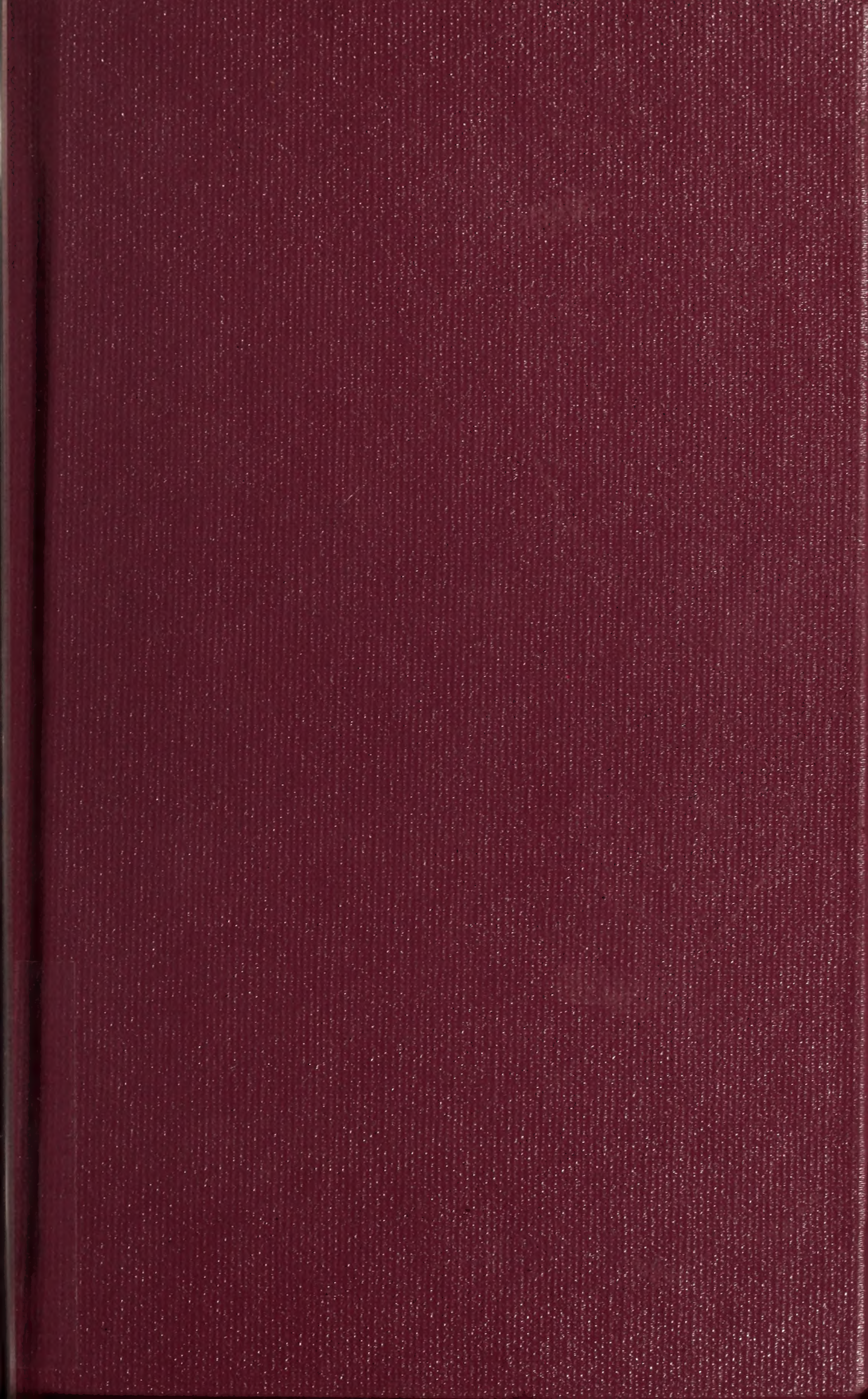




Alfredo Barros Errázuriz

Verdades Cristianas

Imprenta y Editorial "San Francisco"
Padre Las Casas

Alfredo Barros Errázuriz

A Dn Claudio Herrera Prieto
Su affmo amigo
Alfredo Barros E
Santº, junio 9 de 1942

Verdades Cristianas

Imprenta y Editorial "San Francisco"
Padre Las Casas

Temuci, 12 Julii 1937.

IMPRIMATUR

Alvear
V. G.

PROLOGO

Se ha dicho que la obra refleja el alma del autor, y se ha añadido, no sin razón, que, al mismo tiempo, el autor es reflejo de su época.

Tal es el caso de Don Alfredo Barros Errázuriz, cuyo nombre ilustre en la sociedad chilena, es símbolo de actividad siempre práctica y siempre ferviente, que son, no hay duda alguna, rasgos característicos de nuestra época. En el gobierno, como Ministro de Estado; en el parlamento, como Senador de la República; en el foro, como jurisconsulto y profesor universitario; en la banca, como consejero, y como dirigente de la Acción Católica en nuestro país, dondequiera que le haya correspondido actuar, —y ha actuado mucho y siempre en primera línea,— ha puesto de relieve su espíritu eminentemente práctico para captar la necesidad precisa del momento, y una voluntad decidida y enérgica para remediarla.

El señor Barros Errázuriz, en sus "**Verdades Cristianas**" que hoy entrega a la publicidad, refleja esa magnífica tendencia de su espíritu, en toda su plenitud.

Como el mismo título lo indica, "**Verdades Cristianas**" es un libro cuyo fondo substancial encierra una vasta apología del Cristianismo y las múltiples verdades que lo constituyen, es decir, es una obra que tiene por objeto la exposición y defensa de las verdades de nuestra fe cristiana, pero —aquí está su nota distintiva más notable— a diferencia de tantas otras, es

una obra amena, atrayente, acogedora, en cuya portada bien pudieran colocarse, como epígrafe, las palabras del poeta latino: "**Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci, lectorem delectando, pariterque monendo**" (1).

Obras que versan sobre nuestra religión en sus diversos aspectos, hay muchas, y magníficas, y suscritas por nombres ilustres en el mundo de las ideas y de las letras. Ahí están Bougaud y su "Cristianismo y los tiempos presentes", Le Camus y sus "Orígenes del Cristianismo", Weiss y su "Apología del Cristianismo", Gradmaisson y su "Jesucristo", para no citar sino a los autores que han tenido mayor divulgación entre nosotros, en los últimos tiempos.

Pero una obra así, como la de Don Alfredo Barros Errázuriz, no conocemos ninguna otra; y creemos que no la hay, no sólo en lengua castellana, sino en ningún otro idioma.

Y precisamente ahí está la novedad y el mérito de "**Verdades Cristianas**".

Con brevedad séanos permitido desenvolver nuestro pensamiento.

El indiferentismo religioso, y, por lo mismo, la ignorancia religiosa, o mejor dicho, ésta primero y aquél después, son males de nuestro tiempo. Es lógico que ambas cosas anden unidas.

Sin embargo, es más frecuente y común de lo que generalmente se cree, el caso de una verdadera y aún honda inquietud religiosa en los mismos que han adoptado la cómoda posición de vivir con el siglo o con su casta, abandonándose a la corriente del indiferentismo religioso. Manifiéstase tal estado de espíritu en múltiples hechos, de los cuales, uno de los más

---

(1) El autor que mezcla lo útil con lo agradable, al mismo tiempo, deleita y enseña (Horacio).

notorios es la facilidad con que aún sin premisas lógicas de ninguna especie, traen a colación los problemas religiosos en sus conversaciones y discursos; solamente que incapaces de examinarlos y resolverlos por sí mismos en el breve espacio de tiempo y con el mínimum de esfuerzo intelectual que querrían, terminan por elegir como norma de conducta, el criterio simplista de negar **a priori** o poner en tela de juicio las verdades del orden religioso. Pero más tarde o más temprano, sobre todo cuando cesan los intereses egoístas que impiden mirar sin temor las doctrinas y deberes que impone la religión, la inquietud religiosa vuelve al espíritu.

Esta inquietud está plenamente justificada, ya que, siquiera con una breve reflexión, no se puede dejar de comprender que el cauce de la vida humana, en último análisis, depende fundamentalmente de la solución práctica que se haya dado a los problemas religiosos.

Suele decirse "**primum vivere, deinde philosophare**", primero vivir, y después filosofar, pero con mejor juicio habría que invertir el orden de los conceptos y de los términos, pues sin una filosofía, explícita o tácita, no es posible vivir racionalmente, vale decir, digna y humanamente... Y la verdadera filosofía, la filosofía perenne, conduce como de la mano a las verdades fundamentales de la religión y a la admisión de aquellos hechos sobre los cuales se levanta enhiesta, desafiando la ola devastadora de los siglos, la religión de Jesucristo con la magnífica trilogía de su **dogma**, su **moral** y su **culto**.

Los espíritus que ya han abrazado la verdad religiosa, también experimentan un impulso vehemente, una necesidad imperiosa de beber cada día más de las aguas cristalinas, de conocer más y mejor las verdades que constituyen el maravilloso cuerpo de doctrinas de

la única Religión que por su belleza y sublimidad, no puede venir sino de la belleza consubstancial e infinita, que es Dios y su Hijo Unigénito Jesucristo que vino al mundo a anunciar y consumar los misterios de la redención y de la gracia.

Pero he aquí un problema.

Los mismos que por los caminos de la inquietud o por los del amor, anhelan que la verdad religiosa se manifieste a su espíritu, hijos al fin de su época, sólo estarían dispuestos a aceptar en sus manos el libro que les hablara de religión no con la frialdad de un tratado didáctico, que ellos ya no son colegiales; ni con la recia y sólida argumentación de un texto filosófico, que ellos, de filósofos, a lo sumo, sólo tienen el amor a la sabiduría; ni, en fin, con la extensión y grandilocuencia de los grandes maestros de la verdad cristiana, sino con la simpatía, amabilidad y encanto con que se escucha la palabra de un amigo liviano de sangre, agudo de inteligencia, rico de ilustración, suave de carácter y digno y agradable de ser oído aún en larga y tendida conversación.

Encontrar un libro así sobre las verdades de nuestra fe cristiana, un libro como quien dice de molde para los espíritus de nuestra época, era todo un problema... Hoy, gracias a la obra que prologamos, tan trascendental necesidad ha quedado hermosamente resuelta.

Y no deseamos agregar nada más sobre "**Verdades Cristianas**", pues no queremos perjudicar su lectura descubriendo de antemano lo que el autor se propone que sus lectores descubran por sí mismos, esto es, la **verdad cristiana** que se nos presenta a través del pensamiento y de la pluma del señor Barros Errázuriz llena de hermosura, de fuerza y atracción.

* * *

Cuando una idea ha descendido al corazón y se ha hecho amor, y se ha convertido así en el propio ideal que se lleva encendido en el alma como una antorcha luminosa, cuando la vida, y el tiempo que es precio y medida de nuestra existencia, han sido puestos sin reservas al servicio del ideal, cuando éste es amado como uno se ama a sí mismo, y más que a sí mismo, porque ese ideal es Dios, y Jesucristo, y su Iglesia ¡qué consuelo es pensar y sentir que todos los dones de la naturaleza y de la gracia han sido consagrados al servicio del ideal a fin de que sea conocido, sea amado y sea servido de todos! ¡Qué dulce es hacer triunfar el ideal!

Creemos no engañarnos al juzgar que el autor de "**Verdades Cristianas**" tiene legítimo derecho para experimentar ese consuelo y gustar esa dulzura; y para recibir el reconocimiento de la Iglesia cuya divina misión es conservar y difundir las verdades cristianas.

La vida cristiana es la obra de la gracia de Dios y de la donación del hombre a Dios. **La gracia de Dios,** dice San Pablo, **es la vida eterna**; y **aquél,** afirma el Evangelio, **que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos, entrará al reino de los cielos.**

La lectura de "**Verdades Cristianas**", fecundada por la gracia divina, será para gran número de almas el auxilio sobrenatural con que se iluminarán sus entendimientos y moverán sus voluntades en orden a la vida eterna, y serán conducidas a la entera y perfecta donación a Dios.

Sea este augurio su más cumplido elogio y su más revelante mérito intrínseco; y la más honda satisfacción para su autor.

Temuco, 7 de Julio de 1937.

† **Alfredo Silva Santiago,**
Obispo de Temuco.

CAPITULO PRIMERO.

INTRODUCCION

1. LA VERDADERA CIENCIA DE LA VIDA

Dice un filósofo antiguo que en todas las cosas debe mirarse el fin: **respice finem.** Este precepto debe regir todos los actos del hombre, que es superior a los demás seres del mundo visible por la **facultad de la razón,** con que lo dotó el Creador; facultad que lo constituye señor y dominador de las otras criaturas y le asegura la libertad y la responsabilidad de sus actos.

Esa noble facultad, cuyo uso natural es llevar al hombre al conocimiento de la verdad, le impone el deber ineludible de investigar y conocer su fin, para amarlo una vez conocido, y amoldar a él todas sus actividades.

La investigación debe versar sobre el origen del hombre, su dignidad, su misión en esta vida terrenal, sobre el uso que debe hacer de las cosas creadas que de él dependen, y sobre su destino futuro.

En otros términos, el primer deber del hombre, como ser racional, es hacerse aquellas preguntas, que San Ignacio de Loyola, profundo conocedor del alma humana, llama **principio y fundamento** de los Ejercicios del espíritu, a saber: ¿Quién soy?; ¿De dónde vengo?; ¿A dónde voy?; ¿Qué significa esta vida?; ¿Qué uso debo

hacer de las cosas creadas?; ¿A qué normas debo sujetar mis actos para conseguir la felicidad?

Esas preguntas elementales se las hacía el ilustre general Lamoriciere, que tenía sobre su mesa de trabajo libros de instrucción religiosa, los que estudiaba en sus ratos de descanso.

Como un visitante escéptico se manifestara extrañado, él le dijo: "Señor, no os maravilléis de que yo estudie mi religión: no quiero estar como vos, indeciso, con un pie levantado entre el cielo y la tierra; quiero saber a dónde voy, y no me avergüenzo de ello".

Ese conocimiento constituye la verdadera **ciencia de la vida,** porque resuelve el problema que más interesa a nuestra felicidad, lo único que en realidad debe importarnos, según las palabras de Jesucristo: "¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?"

"No hay dice Pascal, sino dos categorías de hombres razonables: los que aman a Dios de todo corazón, porque lo conocen; y los que lo buscan con todo su corazón, porque no lo conocen".

2. DISCIPLINA NECESARIA PARA CONSEGUIR NUESTRO FIN

Conocer el fin es la primera condición o requisito para llegar a la perfección, pero no es la perfección misma, como lo demuestra el aforismo del poeta latino: **Video meliora, proboque, deteriora sequor.** Veo lo mejor, lo apruebo y, no obstante, sigo lo peor. Es aquella ley del cuerpo, que, como decía el Apóstol San Pablo, contradice a la ley del espíritu, y mantiene al hombre en una lucha constante consigo mismo.

Una vez conocido el fin, hay que amoldar los actos a la disciplina necesaria para conseguirlo, hay que luchar, y hacerse violencia a sí mismo hasta triunfar,

porque, como dice el Evangelio, el reino de Dios padece violencia y sólo los que se la hacen, lo arrebatan.

Felizmente, no es necesario engolfarse en grandes estudios científicos para conocer nuestro fin y la manera de conseguirlo.

La Iglesia Católica, establecida por el mismo Jesucristo para guiarnos por el camino de la verdad y del bien, ha compuesto un pequeño libro, llamado **el Catecismo,** que contiene, en breve resumen, la solución de todas las cuestiones que se relacionan con la naturaleza del hombre, con su origen y su destino futuro, esto es, las verdades de la Religión.

Este librito admirable, lleno de sabiduría, y al alcance de todas las inteligencias, nos dice que el hombre no es independiente, porque no se formó solo, sino que fué creado por Dios, y sacado de la nada, como todo el universo; que no sólo fué creado, sino que debe a Dios su conservación de cada momento, lo que importa, como dice la filosofía, una creación continuada; y que, por lo tanto, depende esencial y fundamentalmente de Dios, su Creador, y no tiene autoridad ni dominio absoluto sobre sí mismo.

Su obligación primaria y natural, es conocer la voluntad de Dios, para hacer lo que Dios quiere, y no otra cosa; y ésto, en todas las circunstancias de la vida, debiendo dirigirse a menudo a su Dios y Señor, para preguntarle, como San Pablo, cuando fué derribado del caballo en el camino de Damasco: **Domine, quid me vis facere?** ¡Señor! ¿Qué quieres que haga?, y para pedirle gracias a fin de cumplir sus órdenes.

También nos enseña el Catecismo que el fin del hombre es el más grande y noble que puede concebirse: el mismo Dios su creador, en cuya compañía está llamado a gozar eternamente, si cumple sus leyes; y que esta vida terrenal no es la verdadera, ni la definitiva, sino un tiempo de prueba, algo transitorio, y una

simple preparación para la otra vida, la del más allá, que es la vida permanente.

Siendo Dios el fin del hombre, debe buscar ante todo la gloria de Dios, por medio de la propia santificación y de la extensión del reino de Dios en esta tierra, lo que constituye su **fin próximo**; y debe procurar su salvación eterna, para gozar de Dios en la otra vida, que es su **fin último.**

El conocimiento, amor y servicio de Dios, que forman el fin próximo del hombre, suponen creer todo lo que Dios ha revelado; recibir los sacramentos que Jesucristo ha instituído; guardar los mandamientos que Dios ha establecido; y pedir a Dios su gracia para cumplirlos.

En estas cuatro cosas: **fe, sacramentos, mandamientos y oración,** se encierra todo lo que se llama la religión cristiana.

3. INTIMA ASPIRACION DEL HOMBRE

Siente el hombre una aspiración íntima a gozar de una felicidad perfecta, que no concluya jamás. No le basta lo que tiene; quiere ir siempre más lejos, más allá; y su corazón no está tranquilo hasta que no descansa en el seno mismo de Dios.

Maxime du Camp ha expresado en una feliz imagen este deseo inmenso de felicidad que tiene el hombre.

"Hace tiempo, dice, en una noche clara y azul del trópico, mientras las estrellas de la Cruz del Sur brillaban en el horizonte austral, presté oído atento a un ruido imperceptible que pasaba por el desierto. Era más que un suspiro y menos que un sollozo. ¿No sería el viento que murmuraba rozando las arenas? El árabe que me servía de guía me dijo: "Oyes el desierto. Oyes cómo llora. Se lamenta, porque querría ser pradera".

Mi memoria me ha repetido a menudo esa queja de la soledad y de la aridez del desierto, y he pensado que los hombres llevamos dentro de nosotros mismos un desierto que querría convertirse en pradera".

4. DESGRACIADAMENTE LOS HOMBRES NO MEDITAN EN LO QUE MAS LES INTERESA

Todo anda mal en el mundo, porque los hombres no meditan. Ya lo había dicho la Sagrada Escritura: "Desolada está la tierra porque nadie medita".

A pesar del empeño que tiene la Iglesia Católica en difundir la verdad y señalar a los hombres el camino del bien, éstos, demasiado preocupados de las cosas materiales, no se concentran a pensar en las cosas del alma y dan todo su tiempo y toda su inteligencia a las cosas mediocres. Como decía Lucía Faure, el alma de los hombres de hoy día se asemeja a la hospedería de Belén, en la cual Jesús no encontró lugar.

Gustan los hombres las gotitas de miel de los placeres del mundo, sin acordarse de que el tiempo corre y corre y que los peligros los amenazan por todas partes.

San Juan Damasceno pinta a lo vivo esta situación en que discurre la vida de la mayoría de los hombres.

"Iba, dice, un hombre huyendo de un furioso unicornio, que con sólo sus bramidos hacía temblar los montes y resonar los valles. Huyendo de esta manera, sin advertir adonde iba, cayó en una profunda hoya; pero al caer extendió las manos para asirse donde pudiera, y topó con las ramas de un árbol que allí estaba, al cual se agarró fortísimamente, y se detuvo en él muy contento, pensando que había escapado con eso del peligro. Pero mirando a la raíz del árbol, vió dos grandes ratones, uno negro y otro blanco, que estaban

continuamente royéndola muy aprisa y que ya estaba el árbol para dar de allí abajo de él. Mirando después al suelo de la hoya, vió en ella un diforme dragón que echaba fuego por los ojos y estaba mirándole con aspecto terrible, la boca abierta, esperando que cayese para tragárselo. Luego echando los ojos a un lado de la pared de la hoya, vió que tenían sacadas las cabezas cuatro ponzoñosos áspides para morderle mortalmente; pero mirando también a las hojas del árbol, advirtió que algunas destilaban gotas de miel, con lo cual él muy contento, olvidado de los demás peligros que por tantas partes le amenazaban, se entretenía cogiendo gota a gota la miel, sin reparar en más, y no haciendo caso, de la fiereza del unicornio que estaba en lo alto, ni de la terribilidad del dragón que estaba en lo bajo, ni de la ponzoña de los áspides que estaban al lado, ni de la fragilidad del árbol que estaba para caer, ni del riesgo que corría de írsele los pies y despeñarse; porque todo esto lo olvidaba por la gota de miel con que se entretenía. El unicornio es la muerte; la hoya es el mundo lleno de miserias; el árbol, el curso de la vida; los ratones, el día y la noche; los áspides, los cuatro humores de nuestra complexión; el dragón, el infierno; y la miel, los gustos de la vida''.

Este mismo pensamiento aparece admirablemente expuesto en aquellos hermosos versos del gran poeta español, Lope de Vega, que llama locos a los hombres que no piensan en la salvación.

Yo ¿para qué nací? para salvarme,
Que tengo que morir es infalible;
¡Dejar de ver a Dios y condenarme!
Triste cosa será, pero posible.
¡Posible! y río y duermo y quiero holgarme?
¡Posible! y ¿tengo amor a lo visible?
¿Qué hago? ¿en qué me ocupo? ¿en qué me encanto?
Loco debo de ser, pues no soy santo.

Federico de Prusia conversaba un día con Voltaire, su gran amigo y protegido, cuando acertaron a pasar delante de ellos dos humildes frailes capuchinos. Quedóse pensativo el rey, y luego dijo a Voltaire: Una de dos, o esos frailes o nosotros estamos locos. No hay término medio.

A propósito de esta obligación de meditar, el actual Papa, Pío XI, decía en cierta ocasión a los médicos italianos, que le recordaban su Encíclica sobre los Ejercicios Espirituales: "Pienso en lo que decía Manzoni: "Para que las cosas de la vida vayan bien, es necesario pensar, sentir y meditar". Que es precisamente lo que quieren ser y hacen los ejercicios espirituales. Y son necesarios. Vió un santo vacilar a un médico, que después fué mártir y le dijo aquellas famosas palabras: "Médico, cúrate primero a ti mismo". Es necesario pensar antes que nada en la propia vida presente y futura, en lo esencial de nuestro destino, en enriquecernos para esto de todos aquellos tesoros de bien con los cuales podremos después enriquecer a otros".

Merecen el dictado de **insensatos** los hombres que jamás dedican un momento a pensar en los grandes problemas del alma y que viven preocupados de cosas insignificantes. Así lo reconocía un moribundo al cual preguntaron: ¿qué epitafio quieres poner sobre tu tumba? Y él contestó: "Aquí yace un insensato, que ha salido de este mundo sin saber para qué ha venido a él". Esto contaba el Santo Cura de Ars.

Un misionero decía que preguntó a un campesino que iba montado en un hermoso caballo, muy bien tenido: ¿Cuánto tiempo ocupas diariamente en cuidar vuestro caballo, que está tan bien tenido? Casi dos horas cada día, le contestó. — ¿Y en vuestra alma pensáis alguna vez? — Después de vacilar un poco, el campesino le dijo francamente: No. Entonces, repuso el misionero, ya que cuidas tanto vuestro caballo y tan po-

co vuestra alma, preferiría ser vuestro caballo antes que vuestra alma.

"Hay una cuestión, dice Monseñor Tissier, que es de vida o muerte, y yo me pregunto cómo un hombre sensato, si reflexiona siquiera de cuando en cuando, puede vivir en paz, sin cuidarse de la verdad religiosa. Henos aquí sobre la tierra; somos débiles, pobres, sufrimos el largo tormento de las obscuridades de la inteligencia y de las malas inclinaciones del corazón. ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? ¿Habrá otra vida después de ésta? ¿Seremos rejuvenecidos en la muerte? Decis que no; pero al lado de vuestra opinión está la autoridad de una Iglesia inmortal que cree lo contrario; hay millones de mártires que han derramado su sangre para atestiguar su fe en las reparaciones eternas; están casi todos los genios de que se honra la humanidad, que se han preocupado de su suerte más allá de la tumba y que a pesar de estar en las cumbres de la ciencia se arrodillan, como los hijos del pueblo, para rezar su Credo. Y cuando se observa esta serie de grandes hombres que fueron cristianos y se ve por otra parte la turbación, las vacilaciones, las tristezas de la vida privada de los otros, es inexplicable que se atrevan y puedan desinteresarse de un problema tan grave, porque se trata de arriesgar toda una eternidad de desgracia, si la religión es verdadera; mientras que si es falsa no se comprometería mucho, porque aquí en la tierra la única cosa que hace al hombre verdaderamente feliz es la religión. Vivir sin pensar en esto es envilecer la dignidad humana, es rebajar su alma a un nivel inferior al del animal".

Hay hombres que no quieren oir hablar siquiera de Religión y que se forman una superstición, en la que se adoran a sí mismos, pensando solamente en sus comodidades y en satisfacer sus pasiones.

Son menos sabios que los primitivos pobladores de

Inglaterra, que no conocían todavía la civilización cristiana.

Cuenta la historia que cuando Inglaterra estaba en poder de los sajones, llegaron a sus costas unos misioneros cristianos que pidieron a Edwin, rey de los nortumbrios, que les permitiera instruirlos en la religión de Jesucristo.

Para resolver esta petición, el rey convocó a su Consejo y durante la discusión uno de los ancianos dió esta opinión que adoptaron los demás: ''Acordaos, oh rey, de las tardes de invierno cuando estáis sentado en la mesa con vuestros compañeros en una sala brillantemente iluminada. Afuera arrecia la tempestad y la nieve empujada por el viento golpea las ventanas y vos, sentado cerca del fuego, no pensáis sino en gozar de las delicias del festín. De repente, un pajarito extraviado en la noche entra a la sala y después de atravesarla toda entera desaparece por la otra extremidad. Sale de la noche por breves momentos para volver a sumirse en ella. Tal es la vida humana: una corta aparición en la cálida luz de este mundo. Lo que le precede y lo que le sigue se nos escapa igualmente; su origen y su fin se pierden en una noche profunda. Si estos misioneros tienen algo que enseñarnos sobre el misterio que nos rodea, yo soy de opinión que es necesario oírlos''.

5. ESTA VIDA NO ES LA VIDA VERDADERA Y DEFINITIVA

El error que pierde a la humanidad es la tendencia a cifrarlo todo en esta vida, como si fuera la vida verdadera y definitiva.

Un político liberal, Víctor Hugo, hablando de la necesidad de la Religión, decía en la Cámara Francesa, a mediados del siglo pasado:

"Hay una desgracia en nuestro tiempo, casi diría que **no hay sino una desgracia**, y es la tendencia a cifrarlo todo en esta vida. Poniendo a la vida material por fin y término de la vida humana, se agravan todas las miserias por la negación que eso encierra; se añade al dolor del desgraciado el peso insoportable de la nada, y el sufrimiento, que es una ley de Dios, se convierte en desesperación".

En realidad esta vida es solamente tránsito y preparación para otra que no termina. Dios añade, dice un autor, a ciertos goces que hay en la tierra las amarguras del dolor para que sintamos que éste es un lugar de destierro y pensemos así en la patria verdadera donde tenemos ciudad permanente.

Pensando en que esta vida era un simple destierro, exclamaba Santa Teresa de Jesús:

¡Ay! qué larga es esta vida,
qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida
Sólo esperar la salida
me causa dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

El poeta Quevedo aconseja no olvidar que la vida es como una comedia en que cada hombre tiene su papel y que nuestro deber es desempeñar bien el papel que Dios, autor de la vida, nos ha repartido, sin pensar en que el papel sea grande o pequeño, porque

la representación, o mucha, o poca,
solo al autor de la comedia toca.

Apreciando esta vida en lo que vale, se comprende mejor la justicia divina, que en sus ocultas miras, per-

mite a veces que la inocencia sufra y que la maldad aparezca victoriosa en esta vida transitoria. Como decía Argensola, la tierra no es el centro de las almas, y esa frase todo lo explica.

6. LOS UNICOS SABIOS VERDADEROS

El pensamiento del fin último y de la salvación del alma es el que ha dirigido a los santos, que son en realidad los únicos sabios verdaderos.

San Dositeo, que había pasado los primeros años de su vida en la frivolidad y la disipación, entre los principales cortesanos de un emperador de Oriente, se convirtió a la religión a la vista de un cuadro que representaba los suplicios del infierno. Renunció al mundo, y fué a golpear a las puertas de un monasterio, en el territorio de Gaza en Palestina. El superior, viendo que se le presentaba un joven delicado y vestido con traje de corte, puso inconveniente para recibirlo. Es un engaño, pensaba para sí, o, en el mejor caso, un fervor pasajero; y le hizo sufrir un largo interrogatorio. A todas las preguntas que le hacía, Dositeo contestaba invariablemente: "Quiero salvar mi alma"; eso, únicamente, es lo que me trae aquí.

Una gran estimación de su alma manifestó también el Papa Benedicto IX. En cierta ocasión, se vió en el trance apurado de faltar a su deber o perder la amistad del Emperador que le urgía pidiéndole una gracia, que sólo inicuamente podía ser concedida. El Papa respondió al mensajero: "Decid al Emperador que tengo una sola alma; que si tuviera dos, talvez me resolvería a sacrificar una en obsequio suyo; pero que no soy tan necio para exponerme a perder la única alma que tengo, por contentarle en su exigencia".

Esa conducta guarda conformidad con las enseñanzas del Señor, que nos dijo que **una sola cosa era nece-**

saria, refiriéndose a los negocios espirituales, es decir, a la salvación del alma, que prima sobre todos los cuidados temporales.

Pasando Jesús por Betania, aldea situada a cuatro kilómetros de Jerusalén, se detuvo en casa de Marta, mujer virtuosa y de familia distinguida, hermana de María Magdalena y de Lázaro. Durante la visita del Señor, María estaba sentada a sus pies oyendo atenta todas sus palabras, y Marta, en cambio, estaba afanada en los quehaceres de la casa. Entonces Marta dijo al Señor: ¿no ves cómo mi hermana me ha dejado sola para servir?; dile, pues, que me ayude. Y el Señor le repondió: "Marta, Marta, muy cuidadosa estás y en muchas cosas te fatigas. En verdad una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte que no le será quitada.

¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? Con esa sencilla frase, del Evangelio, que encierra el pensamiento de la eternidad y del verdadero fin del hombre, logró San Ignacio de Loyola la conversión del noble joven y brillante profesor de filosofía, que después llegó a ser San Francisco Javier, el Apóstol de las Indias.

El camino de los sabios, que es el único verdadero, es el de creer en Dios, amarlo con todas las fuerzas del alma, reverenciarlo, y servirlo durante esta vida mortal:

Porque al fin de la jornada,
Aquél que se salva, sabe,
Y el que no, no sabe nada.

7. LOS BIENES TERRENALES

El dominio del hombre sobre los bienes de la tierra

es **relativo**. El único dueño absoluto de todas las cosas, y que puede hacer de ellas lo que quiere, es Dios. Los que el mundo llama dueños o propietarios son amos de esos bienes, sólo respecto de los otros; pero, respecto de Dios, son simples usufructuarios o administradores, con cargo de dar cuenta detallada del uso de ellos, y con la limitación de no usarlos sino en cuanto les ayuden a conseguir su último fin.

Su utilidad también es **relativa**, y no satisface el ansia de felicidad eterna que abriga el corazón del hombre. Es verdad que fueron hechos para el hombre; pero no para que hiciera con ellos lo que quisiera y cifrara en ellas su felicidad, sino para que le sirvieran de **medios**, que, usados discretamente, le conservaran la vida y le ayudaran a conseguir su fin propio.

Esto lo comprendió con las solas luces de la razón el filósofo pagano Séneca: "¿Cuál es el error, se preguntaba, que cometen los hombres al buscar la felicidad? Es que convierten los medios en fin... y obrando así se alejan del fin que querían alcanzar... Comprometiéndose en una vida de riquezas y de placeres, no hacen otra cosa que agobiarse de causas de inquietud y de trabajo; se cargan de pesos que no pueden soportar, de manera que en lugar de avanzar en el camino de la felicidad, retroceden".

Una regla antigua muy sabia dice que debemos estimar el dinero en lo que realmente vale, ni más, ni menos; pues el dinero es un buen servidor, pero un mal amo. En ningún caso debemos poner en él nuestro corazón.

8. REGLAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA SOBRE EL USO DE LOS BIENES TERRENALES

Lo anterior no quiere decir que los bienes terrenales, sean inútiles; por el contrario, usados con la de-

bida discreción, son de gran utilidad para el cuerpo y para el alma. La dificultad está en saber usarlos como es debido.

Acerca del uso discreto que debemos hacer de los bienes de este mundo, para vivir bien, da San Ignacio de Loyola, en el libro de sus Ejercicios, tres reglas muy sabias:

1.a Tanto debe usar el hombre de las cosas, cuanto le ayudan para su último fin;

2.a Tanto debe abstenerse el hombre de las cosas; cuanto le impidan para su último fin; y

3.a A todas las cosas permitidas, y no prohibidas, hemos de hacernos indiferentes.

Habla San Ignacio del uso y de la abstención, porque como enseña la filosofía ascética, podemos valernos de las cosas temporales de dos maneras: **usando** de ellas y **absteniéndonos de ellas.** Se puede servir a Dios, haciendo buen uso de las riquezas; y se le puede servir, quizás, con más mérito, privándonos de lo que tengamos o conformándonos con su divina voluntad que, a veces, quiere que vivamos pobres y careciendo de ellas.

9. LA FORTUNA

Lo que se llama vulgarmente **la fortuna,** que tanto ambicionan los hombres, constituye de ordinario un verdadero peligro. Su posesión exige cuidados y preocupaciones, que van aumentando a medida que ella crece. "Cuidados, dice Cervantes, acarrea el oro y cuidados la falta de él; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad y los otros se aumentan mientras más parte se alcanzan".

Y esas preocupaciones no están debidamente compensadas, porque la fortuna no labra la felicidad. Al-

guien ha definido el dinero, diciendo que es un artículo que puede usarse como pasaporte universal para ir a todas partes, menos al cielo; y como proveedor general de todas las cosas, excepción hecha de la felicidad.

¡Ay de los ricos!, dice el Evangelio; y considera más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que la entrada de un rico en el reino de los cielos.

La hora decisiva para la suerte del hombre es el momento de su muerte, y en ese momento, de nada le sirve haber acumulado muchos bienes de fortuna.

Esos bienes, reunidos con tanto trabajo, son, dice un autor, como las perlas que un hombre encontró en el desierto. Un árabe tuvo la desgracia de perderse en el desierto y el infeliz, después de haber andado errante por las inmensas llanuras y consumido el alimento que llevaba, se vió al cabo de algunos días reducido al estado más lastimoso. Cansado de fatiga, muerto de hambre y de sed, y expuesto a los ardores de un sol abrasador, se dejó lánguidamente caer en el suelo, poniendo la cabeza entre sus manos y esperando la muerte que veía aproximarse, cuando de pronto distinguió no lejos de sí una cisterna en la cual los viajeros acostumbraban a dar de beber a sus camellos. ¡Al menos podré apagar la sed que me abrasa! exclamó el infeliz, dirigiéndose hacia la cisterna, pero la encontró seca. Con todo no desmayó su esperanza, porque al mismo tiempo percibió una bolsa de cuero. ¡Loado sea Dios!, dijo entonces — esta bolsa sin duda contiene dátiles; voy por fin a recobrar mis perdidas fuerzas, voy a saciarme y a apagar mi sed. Lleno de alegría abre la bolsa, con avidez febril entra a un tiempo en ella la vista y la mano, y lleno de dolor exclama: ¡Ay de mí! ¡Son perlas! ¿Para qué me sirven ahora?

Así, en el momento de la muerte, nos encontraremos pobres y vacíos de virtudes y obras buenas, y a la vista de los bienes que forzosamente tenemos que aban-

donar, exclamaremos con dolor: ¿Para qué me sirven ahora?

Uno de los mayores peligros del dinero es el afán que crea de ganar más y más, sin satisfacerse nunca. Ese afán arrastra al hombre, del cual se ha apoderado, con tal fuerza, que no le permite ocupar su pensamiento en otras cosas, y lo lleva a injusticias y maldades, para seguir acumulando, sin saciarse nunca.

Los que pretenden enriquecerse, dice el Apóstol San Pablo, caen en tentación y en lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos, que anegan a los hombres en muerte y en perdición (I Tim. VI, 9).

Ese amor desordenado de las riquezas es contrario al amor de Dios: ''Ningún siervo, dice Jesucristo, puede servir a dos señores: porque o aborrecerá al uno, y amará al otro: o al uno se llegará, y al otro despreciará: no podéis servir a Dios, y a las riquezas'' (San Lucas XVI, 13).

Recordemos el caso del joven que se presentó a Nuestro Señor, y que hincado de rodillas le preguntó: ¿Qué haré para conseguir la vida eterna? El Señor le enumeró los mandamientos de la ley de Dios; mas él le respondió diciendo: Maestro, todo esto he guardado desde mi juventud.

—Jesús, entonces lo miró, le mostró agrado, y le dijo: Una sola cosa te falta: anda, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, y sígueme.—Mas él, afligido al oir esta palabra, se retiró triste; porque tenía muchas posesiones. Y Jesús mirando alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Con cuánta dificultad entrarán en el reino de Dios, los que tienen riquezas! Y como los dicípulos se asombraran, les dijo por segunda vez: Hijitos ¡Cuán difícil cosa es entrar en el reino de Dios los que confían en las riquezas! Más fácil cosa es pasar un camello por el ojo de una aguja,

que entrar el rico en el reino de Dios (San Marcos X, 17 a 25).

Este pasaje del Evangelio da materia para graves meditaciones. Se trataba de un joven, que tenía fe, que quería conseguir la vida eterna; que observaba todos los mandamientos, y que invitado por el mismo Jesucristo para entrar por el camino de la perfección cristiana, se niega, porque le falta el valor para desprenderse de las muchas posesiones. El amor a las riquezas pudo en él, más que el amor a Jesucristo.

Los tesoros de la tierra duran poco, y no es razonable poner el corazón en cosas que un día u otro han de acabarse.

"No queráis, dice el Señor, amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y donde los ladrones los desentierran y roban" (Mat. VI, 19).

La muerte obliga al hombre a abandonarlos. El ataúd del rico no es tan grande que puedan enterrarlo con sus tesoros.

Los palacios que edifican los ricos a veces con tanto costo y trabajo, son posadas transitorias donde se alojan una temporada, más o menos larga. Se cuenta que un hombre rico habitaba un palacio magnífico y un día un peregrino le pidió alimento y que lo dejara descansar en el vestíbulo algunas horas, y él le contestó: "Mi palacio no es posada". ¿Me concederéis lo que pido, si te pruebo lo contrario?, replicó el peregrino.— Sí, te lo prometo. — Sólo os haré tres preguntas, dijo el peregrino. — ¿Antes que vos, quién habitaba este palacio? — Mi padre. — ¿Y quién lo habitaba antes que él? — Mi abuelo. — ¿Y quién lo habitará después de vos? — Mi hijo, si Dios lo conserva. — Pues bien. Yo os digo: ya que cada uno de vosotros no habita este palacio sino durante algún tiempo, y el uno deja el

puesto del otro, no sois sino los huéspedes transitorios y este edificio es una posada.

10. LA GLORIA

Sueñan otros con alcanzar la gloria, la fama, las grandezas humanas. La experiencia de la vida nos enseña la fragilidad de esas grandezas, que hieren la imaginación, vistas desde lejos, pero que si se las observa de cerca, se ven llenas de sinsabores y de miserias.

Cuanto más crecen esas grandezas, más próximas están a desaparecer, como los círculos que forma la piedra al caer en el agua, que se agrandan cuando van a concluir.

Las mayores grandezas humanas nada valen si se comparan con la eternidad. Así lo confesaba Cicerón, a pesar de ser pagano: "¿Qué grandezas puede encontrar el hombre en las cosas humanas, decía, si las compara con la eternidad y la grandeza infinita de la oración? Por lo que a mí toca, la tierra me parece tan pequeña que me avergüenzo de los límites de nuestro imperio romano, que aunque parezca grande, es sólo un punto imperceptible en el universo".

Muchas personas, colocadas en alta posición podrían repetir las palabras que Madame de Maintenon, esposa ya del gran rey de Francia Luis XIV, escribía a la señora de Maisonfort: "¿No ves que me muero de tristeza en una condición tan afortunada que hubiera costado trabajo sólo el imaginarla? Yo he sido joven y graciosa; heme saboreado en muchos placeres; aun en más madura edad me he visto doquiera amada; he subido en fin a la altura de mi presente estado; pero te aseguro que todos dejan en el corazón un espantoso vacío; ¡tenemos acá dentro un no sé qué, que nunca se satisface!"

Y esto sin contar con las injusticias humanas, que

lastiman tan duramente. Cristóbal Colón, el descubridor del Nuevo Mundo, triste y abandonado en su ancianidad, escribía a su hijo poco antes de morir: "Después de veinte años de servicios, después de tantas fatigas y tan grandes peligros, no poseo en España un techo que guarezca mi cabeza; si quiero comer y dormir tengo que ir a la hospedería, y con frecuencia no tengo con qué pagar la parte que me toca".

Había fallecido la gran reina Isabel la Católica, que lo había protegido, y su marido el rey don Fernando, como un gran servicio, permitió a Colón que fuese a verlo a caballo y recibió con frías protestas de benevolencia al que había dado un mundo a la Corona de España.

Hernán Cortés, el glorioso conquistador de Méjico, terminó su vida en Sevilla, víctima de la envidia, olvidado y desamparado de los mismos a quienes había dado tanta fortuna. Un día que el Emperador Carlos V paseaba en coche, Cortés subió al estribo y el Emperador le preguntó: ¿Quién eres? Cortés le contestó, con acento lleno de amargura: "Soy el que os ha dado más provincias que ciudades os legaron vuestros padres y abuelos".

Una revista publicada hace poco, da la estadística comparada de la suerte que habían corrido los gobernantes de sesenta y cuatro naciones. Eran 2.540 entre Emperadores, Reyes y Presidentes: de ellos, 151 habían sido traidoramente asesinados; 62 envenenados; 180 condenados a muerte; 100 muertos en el campo de batalla; 20 suicidados; 11 perdieron la razón; 123 hechos prisioneros; 299 destronados por revoluciones; 64 tuvieron que abdicar; 28 mártires y santos.

Con razón exclama Núñez de Arce:

Triste destino de la gloria humana
¡tan costosa, tan mísera y tan vana!

¡Ayer grandeza y entusiasmo y ruido;
hoy tributo de lágrimas; mañana
hondo silencio, y soledad y olvido!

11. EL PLACER

¿Qué escasos son en la vida los momentos de verdadero placer?

Para alcanzar un minuto de placer, a veces muy costoso, experimentamos mil contrariedades.

Con razón dice Eugenia Guerin en su hermoso diario:

"En la tierra hallo muy pocas cosas de mi gusto. Cuanto más permanezco en ella menos satisfacción encuentro; por eso veo sin pena venir y pasar los años, que son otros tantos pasos hacia el otro mundo. Y no es ninguna pena o tristeza la que me hace pensar de ese modo... es la nostalgia que se apodera de toda alma que se dedica a pensar en el cielo".

Dura poco el placer, viene de ordinario acompañado de remordimientos, y nos deja como recuerdo el dolor y la enfermedad. Como decía el poeta:

¡Cuán presto se va el placer,
Como después de acordado
Da dolor!

La Sagrada Escritura trae un caso muy elocuente de la vanidad de los placeres sensuales alcanzados con las riquezas. El hombre más rico del mundo fué el rey Salomón, que como dice en el libro del Eclesiástico, amontonó plata y oro y los tesoros de los reyes, y nunca negó a sus ojos nada de cuanto desearon, ni a su corazón todo género de deleites. Pero vió que todo eso no daba la felicidad, sino que era **vanidad y aflicción de espíritu.**

El único placer verdadero es la satisfacción del deber cumplido.

12. DIGNIDAD DEL CRISTIANO

Nada más útil para levantar los pensamientos a un nivel superior a las miserias de esta vida, que la afirmación del concepto de la nobleza del cristiano y de su alta dignidad, recordando la historia de su creación y de los sacrificios hechos en su favor por el Hijo de Dios.

En el principio de los tiempos, a la voz de Dios, brotaron de la nada los mundos; los astros brillaron en el firmamento y emprendieron la carrera dentro de sus órbitas; se cubrieron de árboles y de flores los valles y colinas; saltó de la roca el agua cristalina; y millones de seres vivientes se agitaron en el mar, en la tierra y en el aire.

Toda la creación elevaba un suave murmullo de alabanzas al Señor, y parecía que todo había terminado. Sin embargo, faltaba el ser más importante, el rey de las cosas visibles, y Dios, entonces, creó al hombre.

Dicen los comentadores de la Biblia que hasta aquí Dios había hecho todas las cosas, por medio de un mandamiento expreso: **Hágase la luz**; **produzca la tierra**; pero cuando se trata de crear al hombre, que es la más excelente de todas las criaturas visibles, el Señor muda de lenguaje y, representándonos lo que pasa en los secretos consejos de la Divinidad, dijo estas palabras, que expresan la dignidad y nobleza del hombre: ''Hagamos al hombre **a nuestra imagen y semejanza**; y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil, que se mueve en la tierra''.

Y a continuación, con sus propias manos, modeló el cuerpo del hombre, de una tierra roja, y virgen; lo primero, porque ese color tenía alguna relación con la

carne, que es lo que en hebreo significa el nombre de Adán; y lo segundo, como figura que era del nuevo Adán, que había de nacer de una madre virgen.

Formó Dios al hombre, **con sus propias manos,** dice Tertuliano, y no con una palabra como sacó de la nada a las demás criaturas, porque se trataba de formar al futuro señor, que debía reinar sobre todas las cosas creadas y gozar después eternamente de Dios.

En seguida, el Señor **derramó sobre su rostro un soplo de vida,** esto es, creó el alma racional y la unió al cuerpo, para darle vida y movimiento.

Esa alma racional, con inteligencia para conocer a Dios, con corazón para amarlo, con libertad para querer el bien, y con memoria para que siempre recordara sus beneficios, no fué sacada del cuerpo hecho del barro de la tierra, ni formada de alguna otra materia, sino que fué creada con un soplo derramado por Dios, es decir, salido del fondo mismo de la Divinidad, a la manera que el soplo del hombre procede del fondo de sus entrañas. Demostró así, Dios, de una manera palpable, la espiritualidad, y la inmortalidad del alma humana.

La dignidad de nuestras almas es tan grande, dice San Jerónimo, que desde que nacemos tenemos todos un Angel encargado de nuestra guarda.

Como dice el santo profeta David, Dios hizo al hombre poco menor que los ángeles; lo coronó de gloria y honor, y lo constituyó sobre todas las obras de sus manos, poniendo bajo sus pies, todas las ovejas y bueyes, y aun las bestias del campo, las aves del cielo y los peces que surcan los senderos del Océano.

Quiso que fuera como un pequeño mundo, **Microcosmos,** que contuviera en resumen todas las propiedades de los demás seres creados; que participara de la naturaleza de la materia inerte; de la vida vegetativa de las plantas; del instinto y de la sensibilidad de

los animales; de la espiritualidad de los ángeles; y que tuviera también, una chispa o reflejo de la inteligencia divina.

A diferencia de los animales irracionales doblados hacia la tierra, el hombre, erguido sobre sus pies, toca el suelo en señal de dominio; pero su vista mira al cielo, con aire de dignidad y grandeza, que demuestra la altura de su origen y la nobleza de sus destinos.

Otros animales, dice Bossuet, le aventajan en fuerza y agilidad; pero ninguno le aventaja en la excelencia de su belleza, que refleja en su frente la imagen del mismo Dios.

Aunque el hombre se entregue al descanso, dice un autor, todas las criaturas trabajan para él, cumpliendo el orden dispuesto por la Sabiduría Divina. El sol y la luna están continuamente esparciendo su luz y su calor fecundante; las fuentes y los ríos corren día y noche para regar los prados y hacer crecer las flores y los frutos; la tierra se agota para darle el pan con que se alimenta; las abejas vuelan por todas partes para hacer provisiones de lo que necesitan a fin de elaborar la miel tan dulce a su lengua; la oveja se desprende de su vellón para proporcionarle los vestidos, y las uvas esperan con impaciencia los calores del estío para madurar y satisfacer su gusto y regocijar su corazón.

Le dió el **entendimiento**, que es una facultad espiritual, que percibe la verdad de las cosas y que la contempla como norma de obrar. Mediante esa preciosa facultad conoce muchas verdades que lo ligan con Dios, como la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma, que pueden ser demostradas por la sola fuerza de la razón, y que constituyen la Religión natural.

Pero, hay algo que vale más que todos los dones concedidos a la simple naturaleza humana. El hombre fué elevado, gratuitamente, **en el orden sobrenatural**, a

una dignidad muy superior a la exigida por su propia naturaleza.

Mediante la gracia, que es un don sobrenatural de Dios, el hombre fué hecho hijo adoptivo de Dios, partícipe de la naturaleza divina, capaz de obras meritorias, y con derecho a gozar de Dios en la vida eterna; y se dignó El mismo revelarle las relaciones que en ese nuevo orden deberían unir al hombre con Dios, lo que forma **la religión sobrenatural** o revelada.

Por eso, cuando el hombre dice: **soy cristiano,** debe experimentar una profunda satisfacción, porque el título de cristiano no es un mero nombre, sino la señal de que ha sido elevado a un estado sobrenatural, superior a cualquier otro estado o dignidad humana.

Los fieles de los primeros siglos de la Iglesia gritaban con orgullo delante del tirano: ''Soy cristiano'', aunque esa declaración había de tener por pago la muerte.

El noble romano Sebastián llevaba al cuello una medalla donde estaban impresas estas palabras: **soy cristiano**; y repetía con frecuencia: el saber que soy cristiano me estimula a ser virtuoso. Lo amenazaron de muerte si no renunciaba al nombre de cristiano, y contestó: ''Me maravilla que se me hagan tales propuestas''. Entonces, fué atado a un palo y asaetado mientras su corazón ardía en amor a Dios.

Todavía el Señor dió al hombre inocente, los **bienes preternaturales,** para que se sustrajera al dolor, a las enfermedades, a las pasiones, a la ignorancia y a la muerte.

El hombre pudo conservar perpetuamente tanta grandeza y tanta felicidad, respetando la única prohibición que le impuso el Señor para probar su obediencia y su amor; pero, nuestros primeros padres, instigados por el espíritu del mal, y llenos de soberbia y ambición, desobedecieron la ley de Dios y labraron su

caída y su ruina, arrastrando en su pecado a toda la especie humana que ellos representaban.

En el punto mismo en que el hombre desobedeció al Señor, recayó sobre él la amenaza de muerte, que el Señor había fulminado. No murió inmediatamente en el cuerpo, pero sí en el alma; y comprendió que no podía dar un paso que no lo condujera a la tierra de que había sido formado. La naturaleza, que antes le obedecía ciegamente, se sublevó contra él, por causa de su pecado. Las enfermedades, el cansancio, el hambre, la sed, el frío, el calor, la alteración de los elementos, las pasiones que le declararon guerra, todo a un tiempo le decía: "Es necesario que mueras".

El Señor, lleno de bondad y de misericordia, aun antes de que el hombre se reconociera culpable y se arrepintiera de su pecado, le aparejó el remedio, anunciándole un Divino Salvador, que vendría a rescatarlo, y prometiéndole una redención, tan copiosa, que produciría bienes superiores a los males ocasionados por el pecado; y cumplió su palabra divina, a tal punto que la Iglesia no vacila en exclamar: ¡Feliz culpa, que nos has merecido tal y tan gran Redentor!

El misterio de la Encarnación, y de la Pasión y Muerte que sufrió el Hijo de Dios, para redimir al hombre y devolverle la felicidad que había perdido por el pecado, es la prueba más elocuente de la dignidad incomparable del alma humana y del amor infinito de su Creador que, por salvarlo, no vaciló en sacrificar a su propio Hijo.

Y esa nobleza sublime la confirió el Señor a todos, sin excepción: ricos y pobres, nobles y plebeyos; y si alguna diferencia puede anotarse, ella es en favor de los pobres, que fueron los predilectos del corazón de Jesucristo.

Dijo que su misión era evangelizar a los pobres; que de los pobres de espíritu era el reino de los cielos;

aconsejó al que quería celebrar un convite que llamara a su mesa a los pobres, y al que quería ser perfecto que vendiera lo que tenía y lo diera a los pobres.

El mismo amor a los pobres tenía su Madre la Santísima Virgen María que, en su canto precioso del Magnificat, ensalza a Dios, que arrojó de su sede a los poderosos y exaltó a los humildes; que sació de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos.

Colocado Jesucristo entre los ricos y los pobres, dice Donoso Cortés, llamó de preferencia y con voz amiga, a los pobres, a los ignorantes, a los humildes pescadores. Despreció la púrpura real; pasó su juventud en el trabajo y en la obediencia; comió el pan de la caridad; vivió en tal tribulación, que los profetas lo señalaron con el nombre de varón de dolores, y escogió para su trono una cruz de madera donde se dejó clavar con los brazos abiertos, llamándolos a todos.

Confirió el gobierno de su Iglesia a uno de los pobres y no a un príncipe del mundo; y para entregarle su poder soberano, no le preguntó los bienes de fortuna que poseía, sino cuánto le amaba y si le amaba más que los otros.

Hablando de esta dignidad de los pobres, decía el notable publicista francés Tocqueville a uno de sus amigos: "El sentimiento que me domina cuando me encuentro en presencia de uno de estos pobres, por humilde que sea su condición, es de la igualdad original de la especie humana, y pienso más en no ofender su dignidad que en agradarlo o servirlo".

Tiene el cristiano, sea rico o pobre, el privilegio precioso de no considerarse jamás vencido, ni desesperar del bien que ha querido hacer, porque sabe que Dios paga hasta los buenos deseos. En otros tiempos, el ciudadano de un gran imperio exclamaba con orgullo: "Soy ciudadano romano". Con mayor razón el cristiano tiene el consuelo de decir, aún en la derrota

y en la muerte: "Yo soy cristiano"; y esa frase tan sencilla encierra un mundo de verdad y de esperanzas.

Consciente el hombre de su propia dignidad y del valor de su alma, rescatada con la muerte del Hijo de Dios, siente la obligación de conservarla incólume y no dejarse arrastrar por la fuerza de las pasiones; de mantener en todo momento el señorío de su razón y de su conciencia; y de corresponder a la bondad infinita de Dios, amándolo con todas las fuerzas de su alma, observando todos los mandamientos de su ley y aprovechando las gracias de una redención tan copiosa.

Esa dignidad del alma, conservada intacta en medio de las luchas de la vida; ese señorío de la voluntad sobre las pasiones; ese amor a su Creador y Redentor; esa observancia de la ley divina; y ese aprovechamiento de los méritos de Jesucristo, constituyen la práctica de la Religión Cristiana; que une a Dios con el hombre, por mediación del Redentor y Salvador del linaje humano.

Esa religión es inmortal, porque cuenta con las promesas divinas, y no está ligada a la existencia de los templos, ni de otros signos materiales, por muy representativos que sean. Responde a una interrogación de la conciencia humana, y vivirá tanto como viven los hombres.

Vásquez de Mella, el gran orador español, dirigía en una ocasión a los perseguidores de la religión católica estas palabras, que son perfectamente aplicables a la actual situación de España:

"Realizad vuestro ideal en el mundo, les decía; de una vez arrancad todas las cruces, romped todas las aras, derribad todos los templos, levantad con ellos una cordillera de escombros que sea el mausoleo de una civilización y osario de un mundo; sentaos sobre ella como si fuese el trono del ateísmo triunfante, y cuando creáis que habéis arrancado la idea de Dios y la re-

ligión de la mente y del corazón de los hombres, del fondo de esa pirámide de escombros, saldrá una voz misteriosa que repetirá estas tres preguntas que resuenan perfectamente en la conciencia de todo ser racional que no se haya hecho indigno de serlo: ¿De dónde vienes? ¿Adónde vas? ¿Quién eres? ¿Cuál es tu origen? ¿Cuál es tu naturaleza? ¿Cuál es tu destino? Y seguirán los pueblos escuchando la voz de la Iglesia —que es la misma voz de Cristo— él que sólo tiene palabras de vida eterna".

CAPITULO SEGUNDO

DE LA FE

13. ¿QUE ES LA FE?

La palabra **fe** viene del latín **fides** y, en general, significa la creencia en lo que otros nos dicen; pero la fe religiosa que vamos a estudiar la define San Pablo, diciendo que es la "sustancia de los bienes que debemos esperar y el fundamento de las verdades que no alcanzamos a ver". Con la palabra **sustancia** indica que es la base y el fundamento de nuestra esperanza; con la frase **de los bienes que debemos esperar,** significa que Dios, en quien y por quien esperamos, es el principal objeto de la fe, al que se reducen todas las demás cosas reveladas; y con la frase **de las verdades que no alcanzamos a ver,** nos indica que el entendimiento conoce, por medio de la fe, la verdad de las cosas que no puede percibir por los sentidos, ni por la sola razón natural.

Creer en Dios es **tener por cierto** todo lo que Dios ha revelado, porque es infinitamente sabio y veraz y no puede engañarse ni engañarnos.

La fe es una **virtud,** porque es una inclinación, una costumbre del alma que tiende hacia el bien, y es la primera de las tres virtudes teologales, es decir, el fundamento en que descansan las otras. El que la posee, no sólo cree alguna vez, sino que cree siempre y está dis-

puesto a creer las cosas que se le proponen como dichas por Dios.

Es una virtud **sobrenatural**, en su principio, en su objeto, y en su motivo. En su **principio**, porque no puede adquirirse por las solas fuerzas humanas; es una luz y conocimiento sobrenatural, un don de Dios. Como dice San Pablo: "De pura gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no viene de vosotros, siendo como es un don de Dios" (Ef. II, 8).

En su **objeto**, porque muchas de las verdades que nos muestra son superiores a nuestra inteligencia. Y en su **motivo**, porque nos hace creer por la autoridad y la revelación de Dios.

Al prestar asentimiento a las verdades reveladas por Dios cumplimos con el deber elemental que nos impone la razón, de creer en la palabra infalible de la inteligencia infinita.

Dios, movido de su amor a los hombres, hizo revelaciones, en el Antiguo Testamento, por medio de los patriarcas, de Moisés y de los profetas; y en el Nuevo Testamento, por medio de su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo.

De esta manera se ha dignado enseñarnos muchas verdades, que sin la revelación habríamos conocido con mucha dificultad y de un modo insuficiente, y otras que no habríamos podido **conocer jamás, por nosotros mismos**. La necesidad de la revelación hecha por Dios de ciertas verdades, que no podía el hombre conocer con las solas luces de la razón, es de tal evidencia que la han reconocido hasta los enemigos de la religión.

El propio Voltaire se vió obligado a reconocerla: Siéntese, decía, la necesidad de un Dios que hable al género humano, porque sólo a El pertenece explicar su obra. Hecha la revelación, Jesucristo, encargó a su Iglesia el enseñarla a los hombres, diciendo a sus Apóstoles: "Id e instruíd a todas las naciones".

Es propia del espíritu humano la inclinación a deferir a la autoridad de otro, a tener como cierto lo que otros nos dicen o enseñan; y ese **instinto de fe** es tan necesario para la vida de los hombres, que sin él, dice Balmes, desaparecería todo el caudal de la historia y de la experiencia. Si prestamos fe a lo que nos dicen los hombres, con mayor razón debemos prestarla a lo que Dios nos ha revelado.

Dice Eugenia de Guerin que la dirección natural del pensamiento es remontarse a los cielos y que hay entre el cielo y nosotros una atracción misteriosa: Dios nos ama, y nosotros amamos a Dios y creemos en El.

Como la fe no se funda, en ver o comprender lo que creemos, sino en la autoridad de Dios, en su palabra infalible, el **mérito** de ella consiste en creer lo que no vemos, y lo que no entendemos, por la sola razón de haberlo dicho Dios, que es la suma verdad.

"Si el hombre contemplase el mundo futuro, dijo el Señor a Santa Brígida, ¿cuál sería el mérito de su fe y el trabajo de su amor?"

Establecida la existencia de un Dios, Creador y Conservador del mundo, la virtud de la fe es la consecuencia natural de esa verdad primera y fundamental.

Ahora bien, ningún ser racional puede dudar de la existencia de Dios, porque cada hoja de un árbol, cada objeto creado, por pequeño que sea, es una página del gran libro de la naturaleza, abierto a las miradas de los hombres, que revela a cada instante la existencia de un ser supremo, Creador, Ordenador y Conservador de todos los seres creados.

Dudar de esa verdad parecía una locura al poeta Heine. "Me basta, decía, oir discutir sobre la existencia de Dios para sentir en mi alma una inquietud indefinible: el mundo me parece convertirse de improviso en una casa de locos".

Algunos que no se han dado la molestia de pensar, siquiera sea un momento, en estas cuestiones del orden espiritual o superior, llaman **fanatismo** al asentimiento que presta el hombre a la palabra de Dios ¡Desgraciados! Ignoran que la fe se distingue del fanatismo, como la verdad se distingue del error; el fanatismo es un sentimiento religioso extraviado, que la Iglesia Católica, maestra de la verdad, condena con toda energía; pero el asentimiento que, por medio de la fe, presta el hombre a la palabra divina es propio de un ser que piensa y conoce sus deberes primordiales.

Sustentar las verdades de la fe y defenderlas con toda el alma, por medios legítimos, puede, dice Balmes, el gran filósofo, llamarse entusiasmo, heroísmo, pero nunca fanatismo.

Otros se jactan de ser incrédulos, porque creen así halagar a algunos hombres influyentes y obtener ventajas políticas o económicas; pero conviene recordar que casi todos los hombres importantes han tenido fe en Dios; y si durante la vida han dado muestras de debilidad, a la hora de la muerte han arreglado sus cuentas con Dios, vistiéndose el **traje de la fe** para ser recibidos en la patria eterna.

El literato francés Arsenio Houssaye dice que la absolución del sacerdote equivale a ponerse la corbata blanca para ser recibido en la otra vida, y cuenta al efecto una anécdota muy expresiva:

Habíamos comido, dice, en casa del presidente Thiers, que se mostró como nunca animado y festivo, con su lenguaje semi parisién, semi meridional. Cuando nos dirigimos al salón para tomar el café, estaba ya invadido por escogida pléyade de hombres públicos que discutían junto a la chimenea acerca de la incineración y de los entierros civiles. La voz de Julio Ferry dominaba entre todas. Thiers se dirigió a su encuentro y le preguntó: ¿Qué es lo que está diciendo Ferry? —

Digo, señor presidente, que como precisa predicar con el ejemplo, ordenaré que me entierren civilmente cuando llegue la ocasión. — Pues, permitidme que os diga que sois un animal. — Ferry se cuadró sofocado y preguntó: ¿Por qué, decís eso, señor presidente? — Repito que sois un animal al hablar de ese modo. Si no, decidme, ¿por qué habéis venido aquí con corbata blanca? — Es muy natural; porque tenía que presentarme en un salón donde debía encontrar al señor Presidente de la República, a Madame Thiers, a Mlle. Desnos...— Bien, y a otras varias princesas, repuso el presidente, porque, tenedlo entendido, todas las mujeres son princesas. Pues por lo mismo, precisa al morir ponerse corbata blanca para ser recibido en la patria, y la corbata blanca de que os estoy hablando es la absolución del sacerdote. Porque, creedme... haced como todo el mundo, y sabed que todo el mundo no piensa como Voltaire o como Ferry. Todos enmudecieron y Ferry se hizo a un lado bajando la cabeza ante tan severa como merecida reprimenda.

14. NECESIDAD DE LA FE

La fe es el **fundamento de la vida cristiana,** la primera de las virtudes teologales, y condición indispensable para alcanzar la salvación.

El mundo estaba perdido por el pecado original. Jesucristo, lo redimió, abriendo las puertas del cielo, cerradas por el pecado; pero exigió como requisito primero y esencial la fe, esto es, el asentimiento a su palabra divina. Fué la condición que puso el Amor de Dios para dar su Unigénito Hijo por nuestra salvación. Por eso, dice San Agustín: "No hay riqueza más grande, ni tesoro más precioso que la fe católica".

Es la llave de oro, que abre las puertas del cielo.

Esta necesidad de la fe para salvarse es una enseñanza muy repetida en el Evangelio.

Nicodemo, varón principal entre los judíos, fué de noche a ver a Jesús para que lo instruyera y Jesús le dijo que el que no nacía de nuevo no podía ver el reino de Dios, y preguntando Nicodemo cómo podía nacer un hombre siendo viejo, agregó Jesús: "En verdad, en verdad os digo que quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios" y explicándole más el Señor le agregó: es menester que el Hijo del hombre sea levantado en alto "para que todo aquél que crea en El no perezca, sino que logre la vida eterna". Que amó tanto Dios al mundo, que no paró hasta dar a su Unigénito Hijo, a fin de que todos los que creen en El no perezcan, sino que vivan la vida eterna... **Quien cree en El no es condenado; pero quien no cree, ya tiene hecha la condena,** por lo mismo que no cree en el nombre del Hijo Unigénito de Dios" (San Juan III).

Los judíos perseguían a Jesús porque hacía milagros en día Sábado, como la curación del paralítico de la piscina probática, y tramaban el quitarle la vida, porque se hacía igual a Dios. Jesús les dijo: "En verdad os digo que quien escucha mi palabra y cree en Aquél que me ha enviado tiene la vida eterna y no incurre en sentencia de condenación, sino que ha pasado ya de muerte a vida" (San Juan V, 24).

La voluntad de mi Padre, dijo Jesús en otra ocasión, es que todo aquél que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día (San Juan VI, 40).

Las últimas instrucciones de Jesús a sus discípulos fueron éstas: "Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y se bautizare se salvará; pero el que no creyere será condenado" (Mar. XVI, 15 y 16).

No basta para agradar a Dios la vida que el mundo llama correcta; esto es, no matar, no robar, no decir mentira. Se requiere algo más: es menester **temer a Dios y obrar el bien,** conforme a sus mandamientos y a los de la Iglesia por él instituída para gobernar a los hombres.

El que teme a Dios y obra bien merece su agrado, dicen los Hechos de los Apóstoles. No teme a Dios y no obra el bien el que desprecia su palabra y no le rinde el acatamiento de la fe. Si fuera indiferente profesar cualquiera creencia, Dios no habría revelado a los hombres las verdades de la fe. Supuesto el hecho de la revelación divina, que ningún hombre medianamente instruído puede negar, porque es el centro alrededor del cual gira toda la historia del mundo, es obligatoria la fe cristiana para que los hombres consigan su felicidad. Como decía San Pablo: "Sin la fe es imposible agradar a Dios" (Hebr. XI, 16); y en otra parte: "El justo vive de la fe"; y San Agustín agregaba: "El hombre que quiere vivir rectamente, pero no cree, se asemeja a aquél que corre con mucha prisa, pero por un camino extraviado que nunca le conducirá al fin".

La Iglesia Católica es el **cuerpo de Jesucristo** y la cabeza es el mismo Jesucristo. Ahora bien, la vida de la cabeza no puede comunicarse al que no es miembro del cuerpo, esto es, al que no pertenece a la Iglesia; de manera que fuera de la Iglesia Católica es imposible encontrar la salvación.

En la conferencia de Cartago, en el siglo quinto de la era cristiana, declararon San Agustín y demás obispos del Africa: "Quienquiera que se halle separado de la Iglesia Católica, por lo mismo que así se halla separado de la unidad de Cristo, por más laudablemente que crea vivir, no podrá alcanzar la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él".

El precepto fundamental de la religión cristiana

es Amar a Dios sobre todas las cosas, y ese amor debe prevenir de un conocimiento sobrenatural, adquirido por medio de la fe, sin la cual no se puede obtener la gracia de Dios.

15. REGLAS DE FE

No le toca a cada cristiano sacar personalmente las verdades reveladas de las fuentes de la fe, que son la Sagrada Escritura y la Tradición. Si se hubieran entregado esas fuentes a la libre apreciación o criterio individual, se habrían obscurecido al poco tiempo, alteradas por los errores y pasiones de los hombres, y perdido toda su autoridad.

Basta recorrer los libros santos, y en particular el Nuevo Testamento para comprender que no son un catecismo, es decir, una enseñanza religiosa completa.

"Los Apóstoles, dice el protestante Grocio, no tuvieron la intención de exponer detenidamente en sus epístolas las doctrinas necesarias a la salvación, escribían ocasionalmente sobre cuestiones que se les presentaban".

Pero Jesucristo completó su obra. Después de revelar las verdades de la fe, encargó su custodia, y prometió su asistencia perpetua a la Iglesia que El mismo fundó, para que conservara incólume su doctrina y su moral hasta el final de los tiempos, constituyéndola, como dice el Apóstol San Pablo, en la "Iglesia de Dios vivo, columna y apoyo de la verdad".

Después de su gloriosa resurrección, Jesús reunió a once de sus discípulos en un monte de Galilea, para confiarles la misión de establecer su Iglesia. Y les dijo: "A Mí se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra; id, pues, e instruíd a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas a observar todas las

cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos" (Mat. XXVIII, 18, 19 y 20).

Antes de su pasión Jesucristo había advertido las persecuciones y aflicciones que habían de padecer por la confesión de su nombre, y les había prometido la asistencia del Espíritu Santo, que los instruiría y fortificaría en sus tribulaciones. "Yo rogaré al Padre, les dijo y os dará otro Consolador, para que more siempre con vosotros, el Espíritu de verdad, a quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve, ni lo conoce; mas vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos: vendré a vosotros".

Y para que no se afligieran demasido por su próxima partida de este mundo, les dijo: "Conviene a vosotros que yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador; mas si me fuere, os lo enviaré".

Y para que su Iglesia tuviera la **unidad** que necesita la verdad, estableció la autoridad suprema e infalible de Pedro, que han heredado sus sucesores, los Obispos de Roma. "Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos, y todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será también desatado en los cielos" (Mat. XVI, 18 y 19).

Los Pontífices romanos, como jefes supremos de la Iglesia, han mantenido cuidadosamente, en el transcurso de los siglos, la unidad en la fe, en la doctrina, en los sacramentos y en la moral. Por el contrario, los que han negado la autoridad de la Iglesia Católica y del Papa, entregando a la autoridad de cada individuo la interpretación de las Escrituras, no han podido man-

tener esa unidad en la doctrina, y se han subdividido en innumerables sectas.

Separado Lutero de la comunión de la Iglesia, vió inmediatamente levantarse otros jefes, como Calvino y Zwinglio, que le hicieron dura guerra, sin poder jamás dominarlos ni ponerse de acuerdo con ellos, probando, con la historia de sus innumerables variaciones, que no tienen los protestantes la unidad de creencias, que es nota característica de la religión verdadera.

El Rey de Inglaterra, Enrique VIII, en el libro apologético **Assertio,** que escribió antes del cisma, contestaba a Lutero, que se había atrevido a ponerse abiertamente en contra del poder de la Iglesia, recordando las palabras del ilustre romano Emilio Scauro, acusado por Varo: "Quirites, Varo lo afirma, y yo lo niego: ¿a quién creeréis? y agrega: "**No quiero otro argumento que el poder de las Llaves.** Lutero dice que sí y la Iglesia dice que no: ¿a quién creeréis?"

Las continuas disidencias y reyertas de los más famosos corifeos del protestantismo no tardaron en sembrar la duda y el excepticismo en el ánimo de los que habían negado la autoridad de la Iglesia, a tal punto que el mismo Lutero escribía: "Muchas veces pienso a mis solas, que casi no sé ni dónde estoy, ni si enseño la verdad o no".

Su propio discípulo, Juan Musa, se lamentaba una vez de que no podía resolverse a creer lo que predicaba a los otros, y Lutero le contestó: "Bendito sea Dios, pues que sucede a otros lo mismo que a mí; antes creía yo que solo a mí me sucedía".

Y Melacton, el discípulo querido de Lutero, tenía dudas tan graves acerca del protestantismo, como religión capaz de salvar las almas, que preguntado por su madre moribunda sobre cuál religión le recomendaba, como la más segura para morir, tuvo la honradez

de decirle que: "la nueva doctrina era más cómoda, pero que **la antigua doctrina era más segura**".

Tratándose de la interpretación de la Biblia, que tiene sus puntos obscuros y difíciles, debe haber un sistema y una autoridad competente llamada a ilustrarnos, como los hay en cada orden de cuestiones científicas, doctrinales o técnicas. Esa autoridad, establecida por el mismo Jesucristo, es su Iglesia, y, en especial, el Sumo Pontífice, que, hablando **ex cátedra,** es infalible en materias de fe y de moral, porque cuenta, para no errar, con la asistencia del Espíritu Santo. Como dice San Jerónimo: "Los agricultores, los albañiles, los herreros, los escultores en metales o madera, hasta los laneros y los escardadores, y todos los que trabajan en diversos materiales y fabrican cosas de relativa utilidad, no llegan a ser algo sin un maestro que los instruya. Los médicos hablan de lo que se relaciona con la medicina; los herreros tratan las cosas que atañen a su oficio. Sólo en cuestiones de la Escritura todo el mundo se cree competente".

El mismo Lutero se vió obligado a reconocer la dificultad de profundizar la Biblia. "Profundizar el sentido de las Escrituras, dice, es cosa imposible; no podemos sino tocar ligeramente su superficie; comprender el sentido sería una maravilla. Digan y hagan los teólogos cuanto quieran, penetrar el misterio de la palabra divina será siempre una empresa superior a nuestra inteligencia. Sus sentencias son el soplo del Espíritu de Dios; desafían, pues, a la inteligencia del hombre".

Los protestantes, al creer en la Biblia como libro divinamente inspirado rinden sin quererlo, un testimonio de fe a la tradición católica, que nos dice lo que ha hecho la Iglesia en todo tiempo para conservar fielmente esos libros santos confiados a su custodia. Con razón decía San Agustín: "No creería en los Evange-

lios, si la autoridad de la Iglesia Católica no me obligase a creer en ellos".

De todo lo anterior se deduce que la religión verdadera debe tener necesariamente una **regla de fe,** una autoridad infalible que la enseñe y la conserve. Sin eso no hay religión posible.

El protestantismo que no acepta regla de fe, no es propiamente una religión, porque no es una iglesia, ni una institución, ni una doctrina, sino una aglomeración de individuos, una rebelión, una negación. Hay protestantes, pero no protestantismo.

El escritor inglés Gilbert K. Chesterton, en un artículo publicado en la revista inglesa "Examiner" de Bombay, el 13 de Junio de 1929, hace un estudio minucioso de la situación actual del protestantismo, y llega a la conclusión de que el protestantismo, como sistema religioso, se ha evaporado, ha desaparecido, y lo prueba palmariamente.

"No se halla, dice, hoy día, uno entre veinte que desapruebe las oraciones por los muertos, como tampoco se halla uno entre veinte que sea calvinista o partidario de la fe contra las obras. No se halla uno entre veinte que piense que ha de irse al infierno si no acepta inmediatamente la teoría teológica protestante de la redención, así como no se halla uno entre veinte que crea que la Biblia sea infalible a la manera que antes lo creían los protestantes. Nada queda de aquel sistema de creencias religiosas lanzado contra Roma... Pero hay algo que todavía queda: el anticatolicismo... El protestantismo es solo un nombre, pero un nombre que puede usarse para cubrir cualquier "ismo" que no sea el catolicismo. Es hoy un receptáculo en el que pueden vaciarse todas las mil y una cosas que... pueden reaccionar contra Roma... y puede llenarse de estas cosas porque... está hueco... porque el protestantismo en sí está vacío".

Y antes que Chesterton, un gran militar, el general Moltke, dice en sus memorias. "Yo tengo predilección por el Catolicismo. Lutero fué muy lejos en su reforma. Los pastores luteranos serían los primeros en crucificar a Jesucristo, si hoy viniese a hablarles de caridad y buenas obras. La fuerza de los católicos estriba en que tienen un Jefe Supremo, con cuyas declaraciones terminan todas las dudas y una acción que de él proviene, y que lo puede todo sobre la inteligencia y el corazón".

16. FUENTES DE LA FE

Las revelaciones divinas se contienen en la **Sagrada Escritura** o Biblia, y en la **Tradición**; de ellas saca la Iglesia las verdades que nos propone como de fe.

17. LA SAGRADA ESCRITURA O BIBLIA

La palabra **Biblia** viene del griego, y significa libros, en plural, esto es, una biblioteca o reunión de libros; de manera que puede definirse diciendo que es la reunión de los libros escritos por inspiración del Espíritu Santo y reconocidos por la Iglesia Católica como palabra de Dios. Como dice el Papa San Gregorio, es la carta que Dios envía a su criatura.

Los libros que contiene se dividen en dos grupos, que se llaman **Antiguo** y **Nuevo Testamento**. Se llaman **Testamento**, porque en ellos se contiene la última voluntad de Dios y se nos confiere la herencia de los bienes celestiales. Uno de estos se llama "**Antiguo**", o viejo, porque los libros que lo componen fueron escritos antes de la venida de Jesucristo y la promulgación del "**Nuevo**", llamado así, por el nuevo espíritu de la ley cristiana que en él está contenida. Los libros del

Antiguo Testamento fueron escritos antes de la venida al mundo de Jesucristo, y los del Nuevo, después de su Vida, Pasión y Muerte. Hay relación íntima entre unos y otros, porque, como dice San Agustín, el Antiguo Testamento es la figura del Nuevo. Tanto los libros del Antiguo, como los del Nuevo, según aparecen en la antigua edición de la Biblia, conocida con el nombre de Vulgata, que es la tradición hecha, o corregida, por el Doctor de la Iglesia, San Jerónimo — traducción reconocida y adoptada como auténtica por la Iglesia, — deben ser tenidos por sagrados y canónicos o inspirados por Dios; y el que no los recibe todos como tales, o niega pertinazmente alguna de las verdades que contienen, ha de ser considerado como hereje, según el Concilio de Trento.

La Biblia, que contiene la palabra de Dios, es el **libro por excelencia**; y así lo reconocen los hombres más eminentes de todos los países que marchan a la cabeza de la civilización. "En él están escritos, dice Donoso Cortés, los anales del cielo, de la tierra y del género humano; se contiene lo que fué, lo que es y lo que será; en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas, y en su última página, el fin de las cosas y el de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio, y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre... Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, vénse pasar, unas en pos de otras, a la vista de Dios, todas las generaciones, y, unos en pos de otros, todos los pueblos...

Libro prodigioso aquél en que el género humano comenzó a leer treinta y tres siglos há; y con leer en él todos los días, las noches y todas las horas, aún no se ha acabado su lectura... Libro, que cuando los cielos se desplieguen sobre sí mismos como un abismo gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz, y se apaguen las estrellas, permanecerá

él solo con Dios, porque es su palabra eterna, resonando eternamente en las alturas''.

El Apóstol San Pablo dice que la Escritura es ''útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia; para que el hombre de Dios sea perfecto, y esté prevenido para toda obra buena'' (II Tim. III, 16 y 17); y San Pedro recomienda que se le atienda ''como a una antorcha que luce en un lugar tenebroso, hasta que el día esclarezca y el lucero nazca en vuestros corazones'' (II San Pedro, I, 19).

La Biblia es un libro **divino y misterioso,** en el cual, como también dice San Pedro en su segunda epístola, hay algunas cosas difíciles de entender, las que adulteran los indoctos e inconstantes; por lo cual la Iglesia Católica, depositaria de la doctrina de Jesucristo, tiene ordenado que las traducciones en que los fieles quieran leerla, sean aprobadas por ella y vengan acompañadas de notas o explicaciones autorizadas.

La grandeza de la Biblia se impone a los mismos incrédulos, y en ella se han inspirado los más grandes genios. El poeta Byron decía que al que abriera la Biblia para reir o para blasfemar, más le valiera no haber nacido.

Y Juan Jacobo Rousseau daba este argumento para probar la veracidad del Evangelio: ''Mi amigo, decía, no es así como se inventa... Los autores judíos no habrían logrado jamás ese tono y esa moral; el Evangelio presenta caracteres de verdad tan grandes, tan asombrosos, y tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más admirable que el héroe''.

La Biblia difiere esencialmente de los demás libros, no por el argumento, sino porque **tiene a Dios por autor** y ha sido escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo. Hablando de los libros de la Biblia, dice el Concilio Vaticano: ''Estos libros la Iglesia los tiene por santos y canónicos, no porque, compuestos por la sola

habilidad humana, hayan sido después aprobados por la Iglesia; ni tampoco porque contienen la revelación sin error, sino porque, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por autor, y han sido entregados como tales a la misma Iglesia''. La acción de Dios sobre el escritor sagrado se traduce por la determinación sobrenatural de la voluntad para escribir; por la iluminación de la inteligencia acerca de las verdades que va a escribir; y por la dirección y asistencia positiva del Espíritu Santo, acerca de los pensamientos y de las palabras, para preservar al escritor de todo error y hacerle escribir solamente lo que Dios quiere. Como dice Santo Tomás, la redacción de la Sagrada Escritura es obra de Dios, que fué el autor principal, y del hombre que le sirvió de instrumento.

Son cuatro los **sentidos** de la Biblia, a saber: **literal, alegórico, tropológico** o moral, y **anagógico** o místico. Estos cuatro sentidos pueden encontrarse en un solo pasaje de la Biblia, y todos se encuentran en la palabra Jerusalén, que literalmente significa la capital de la Palestina, alegóricamente la Iglesia militante, moralmente nuestra alma que debemos adornar con las virtudes, y anagógicamente la Iglesia triunfante, es decir, la patria celestial objeto de nuestra esperanza.

18. EL ANTIGUO TESTAMENTO

Contiene las revelaciones que hizo Dios antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo. Sus libros son:

1.° **Libros históricos.** Veintiún libros históricos, que narran la creación del mundo y la historia de los patriarcas y del pueblo judío.

Los libros históricos son: en primer lugar los que forman el **Pentateuco** (del griego: cinco volúmenes), escritos por Moisés y que se llaman: el **Génesis** (o generación), que, como lo indica su nombre, narra la his-

toria de la creación del mundo, el pecado de nuestros primeros padres, su expulsión del paraíso, el diluvio, y los patriarcas, Abraham, Isaac y Jacob hasta la ida a Egipto facilitada por José, ministro del Faraón reinante;

el **Exodo** (o salida), que contiene la relación de las desventuras de los hijos de Jacob entre los egipcios, el nacimiento de Moisés, su salvación y hechos maravillosos, la marcha del pueblo de Dios hacia el Sinaí y la aparición del Señor a Moisés, el **salvado de las aguas,** para entregarle las tablas de la ley;

el **Levítico** (o sacerdotal), que trata de los sacrificios y ritos que practicaban principalmente los de la tribu de Leví y de los preceptos religiosos y civiles del pueblo elegido;

el de **Los Números,** que tiene las enumeraciones o censos del pueblo judío, y la historia de Moisés y de los israelitas, desde el segundo mes del segundo año de la salida de Egipto hasta poco antes de la muerte de aquél; y

el **Deuteronomio** (o segunda ley), porque habiendo muerto los que habían oído la ley dada en el Sinaí, Moisés recibió orden del Señor para que intimase a la nueva generación a seguir la ley y los exhortara a su cumplimiento.

Vienen en seguida el libro de **Josué,** que relata sus conquistas; el libro de **los Jueces,** que cuenta la historia de los israelitas bajo el gobierno de los jueces; el de **Rut,** que narra la vida de esa santa mujer; los cuatro libros de **los Reyes,** que narran los hechos de todos los reyes de Judá e Israel; los dos de **los Paralipómenos,** que tratan de los sucesos omitidos enteramente o apenas tratados en los libros anteriores; el libro de **Esdras** y el de **Nehemías** (llamado también segundo libro de Esdras), que cuentan la historia de la libertad concedida a los judíos para que volviesen

de Babilonia a Judea y los sucesos ocurridos treinta y un años después; los libros de **Tobías**, de **Judit** y de **Ester**, que cuentan la vida de esas personas famosas en la historia del pueblo hebreo, por sus virtudes o por su valor; y los dos libros de **los Macabeos**, el primero de los cuales narra la historia de las guerras que Matatías y sus hijos sostuvieron con los Macedonios, desde el año 137 en que comenzó a reinar Antíoco Epifanés hasta el año 177 del imperio de los griegos, y el segundo la de las persecuciones que Epifanés y Eupator hicieron sufrir a los judíos.

2.° **Libros doctrinales.** Son el libro de **Job**; los **Salmos** o el salterio de David, que contiene ciento cincuenta salmos; y los cinco libros, llamados comúnmente **sapienciales**, por conducirnos al estudio y amor de la celestial sabiduría y que son: los **Proverbios**, el **Eclesiastés** o Predicador, el **Cantar de los Cantares**, la **Sabiduría** y el **Eclesiástico**; los cuatro primeros atribuídos al rey Salomón y el último, escrito por Jesús, hijo de Sirac.

3.° **Libros proféticos.** Son los que contienen las profecías de los cuatro profetas mayores: **Isaías, Jeremías, Ezequiel**, y **Daniel**; las profecías de **Baruc**; y las de los doce profetas menores: **Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías** y **Malaquías.**

19. EL NUEVO TESTAMENTO

Contiene las revelaciones que nos fueron hechas por medio de Jesucristo y los apóstoles. Sus libros son:

1.° Los **cuatro evangelios**, escritos por San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, que refieren la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor.

La palabra Evangelio viene del griego y significa buena nueva, o nueva alegre, porque anuncia el bien,

enseñándonos que el Hijo de Dios vivió entre los hombres y con su muerte nos abrió las puertas del cielo.

Dice San Juan Crisóstomo que habiendo sido todos los cuatro evangelistas unos órganos, de que se valió el Espíritu Santo para comunicar a los hombres la verdad del Evangelio, el testimonio de uno solo de ellos hubiese sido más que suficiente para establecerla y asegurarla; pero que el Señor quiso que esta verdad quedase confirmada con la declaración de muchos testigos, no tanto por la verdad en sí misma, cuanto para mayor confusión de los que tuviesen la osadía de combatirla.

''Cuando cuatro hombres, dice el padre Scio, escriben sobre un mismo asunto en lugares diferentes sin comunicarse ni tratar los unos con los otros, y, sin embargo, parece que todos hablan por una misma boca, es indudable la verdad de lo que escriben, y aunque parezca que en algunos pasajes varían entre sí, esto mismo sirve de mayor fundamento para confirmar que es verdad lo que dicen; porque si no se hallase alguna diferencia en sus expresiones o en los tiempos y lugares en que hubiesen escrito, no habría razón con que persuadir a los enemigos del Evangelio de que habían dejado de unirse y comunicar unos con otros, para escribir como de concierto una misma cosa. Pero lo admirable es, que estas diferencias que se notan en estos cuatro sagrados escritores, no tanto se hallan en las mismas cosas, cuanto en la manera de referirlas; siendo por otra parte tan constante la uniformidad que guardan en las cosas substanciales, que miran a la verdad de la religión, a la salud de las almas, y al arreglo de las costumbres, que sólo se oye como una voz comunicada por cuatro diferentes órganos o instrumentos''.

Los Evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas son **biográficos,** y dejan testimonio de lo que Jesús hizo durante su vida; mientras que el de San

Juan es esencialmente **teológico,** y se dirige a hacer palpable la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Los tres primeros Evangelios se distinguen también entre sí por la manera de considerar al Señor, siendo opinión de San Agustín que San Mateo considera en él el carácter **real,** San Lucas el carácter **sacerdotal,** y San Marcos refiere **sus actos como hombre;** diferencias que movieron a dicho Padre de la Iglesia a señalar como símbolos de los evangelistas los cuatro animales del Apocalipsis, en la forma siguiente: el león, rey de los animales, a San Marcos; el buey, ánimal de los sacrificios, a San Lucas; el hombre, a San Mateo; y el águila, a San Juan, ''porque se eleva como el águila por encima de las nubes de la debilidad humana y con los ojos penetrantes del espíritu contempla la luz de la inmutable verdad''.

El más antiguo de los Evangelios es el escrito por San Mateo, uno de los apóstoles, llamado por Nuestro Señor a seguirle, a pesar de que era publicano y se ocupaba en el cobro de los tributos públicos. Como San Mateo era judío, y era poco conocido el misterio de la vocación de los gentiles, lo escribió en hebreo, o en la lengua que era común en aquel tiempo en la Palestina, mezcla de siriaco y caldeo, a instancias se cree de los judíos convertidos, y como seis años después de la muerte del Señor, y fué conocido durante algún tiempo con el nombre de Evangelio de los hebreos.

El segundo en el orden cronológico es el Evangelio de San Marcos, discípulo y compañero de San Pedro, y que probablemente es el mismo a quien San Pedro llama hijo suyo en su primera epístola, cuando dice: ''Os saluda la Iglesia que está en Babilonia, elegida con vosotros, y **Marcos mi hijo**'', sin duda por haberlo convertido a la fe y llevado en su compañía. Acompañó a Roma a San Pedro el año cuarenta y cuatro de Jesucristo; y allí fué en donde movido por el

Espíritu Santo escribió su Evangelio, en griego que era la lengua que se hablaba comúnmente, a instancias de los fieles, que habían oído predicar a San Pedro. El Príncipe de los Apóstoles, viendo que lo que había escrito este amado discípulo e hijo, era en todo conforme a lo que él predicaba y había visto por sus propios ojos, lo aprobó, y mandó que se leyese en las iglesias, como escritura auténtica.

Sigue en el orden cronológico el Evangelio de San Lucas, de profesión médico, convertido a la fe de Jesucristo por San Pablo, que lo nombra en sus epístolas con expresiones del mayor cariño. Acompañó y asistió a San Pablo en sus viajes y fatigas, ayudándolo con el mayor celo en la predicación y en el establecimiento de varias iglesias. Y por esta razón, dice el Padre Scio, lo destinó Dios, como a hombre lleno del espíritu apostólico, para que fuese uno de los sagrados escritores del Evangelio. Tertuliano afirma que San Lucas no fué discípulo del Señor, sino de San Pedro y de los otros apóstoles; por lo cual San Ireneo lo llama **discípulo de los Apóstoles.** El mismo San Lucas lo afirma, diciendo que escribía la historia evangélica, no sobre lo que él había visto, como testigo ocular, sino solamente por lo que había oído de los otros; mas no por eso dejó de ser un órgano del Espíritu Santo, que le inspiró lo que debía escribir. El carácter especial de su Evangelio es de ser más histórico, y referir mayor número de hechos, que preceptos de moral.

San Juan, hijo de Zebedeo y hermano de Santiago, de profesión pescador, distinguido por el Señor con muestras de singular cariño a causa de la inocencia de su vida y estado de virginidad en que vivía, fué el último de todos los Evangelistas, pues lo publicó en edad muy avanzada —según San Epifanio pasaba ya de los noventa años— y se cree que lo hizo después de haber vuelto de su destierro en Asia, cuyas iglesias

gobernó. Vivió hasta el imperio de Trajano y murió en Efeso de más de cien años de edad.

San Juan no se ciñe a demostrar por los hechos la divinidad de Jesucristo, como los otros Evangelistas, sino que, para refutar los errores de los herejes que reducían a Jesucristo a la condición de puro hombre, demuestra que el **Verbo era en el principio**; esto es, que no empezó a ser, cuando se hizo hombre, sino que era ya antes que naciese de María, y antes de todos los siglos, como Dios e hijo de Dios de toda eternidad.

El libro de los Evangelios es de una **actualidad** sorprendente, al decir de Augusto Nicolás; cada una de sus verdades y de sus escenas divinas, revive y pasa a nuestra vista por la similitud de situación del mundo. Hay que leerlo con respeto y sencillez, con recogida atención, amor a la verdad y generosidad para renunciar a sí mismo y seguir a Aquél que tiene palabras de vida eterna.

Lord Byron, el poeta inglés, anotó en un ejemplar de los Evangelios estos pensamientos: "En este Libro augusto está el misterio de los misterios. ¡Ah! dichosos aquellos mortales a quienes Dios hizo la gracia de oir, de ver, de pronunciar en oraciones y de respetar las palabras de este Libro! ¡dichosos los que saben forzar su puerta y entrar en sus senderos! Pero valdría más que no hubieran nunca nacido, si han de leerlo para dudar de él o despreciarlo".

2.° Los **Hechos de los Apóstoles,** escritos en griego por San Lucas. La Iglesia ha reconocido en todos los tiempos por canónico y divino este libro edificante, que narra lo que hicieron los dos principales apóstoles, San Pedro y San Pablo, y alguna cosa sucinta de los demás; y contiene la historia de la Iglesia por espacio de treinta años, desde la Ascensión del Salvador a los cielos hasta que San Pablo salió de la prisión en Roma. Nos cuenta cómo San Pedro y San Pablo, en to-

dos aquellos lugares en donde predicaron el Evangelio, derribaron la idolatría, abolieron las supersticiones de los pueblos; confundieron las vanas sutilezas de los sabios del siglo; y contra todos los esfuerzos de la Sinagoga y el paganismo, hicieron que triunfase la Cruz de Jesucristo. También nos muestra la caridad fervorosa de los primeros fieles, la santidad de su vida, su asistencia continua a la oración, el amor a la pobreza, el desprecio de los bienes de la tierra y la práctica de todas las virtudes cristianas para que nos sirvan de ejemplo de lo que debe ser la perfección de la vida cristiana.

3.° Las **catorce Epístolas** o cartas de San Pablo, que son: una a los Romanos; dos a los Corintios; una a los Gálatas; una a los Efesios; una a los Filipenses; una a los Colosenses; dos a los Tesalonicenses; dos a Timoteo; una a Tito; una a Filemón; y una a los Hebreos.

Convertido San Pablo y hecho discípulo de Cristo y Apóstol de las Gentes, y escogido como vaso de elección para anunciar al mundo los misterios de la redención y de la gracia, ejercitó "su alto ministerio conforme a su divina vocación, pasando de ciudad en ciudad, y de provincia en provincia por las regiones principales del Oriente, fundando Iglesias, ordenando Obispos y ministros, predicando el Evangelio en todas partes con inmensas fatigas, pero también con inmenso fruto". No se contentó con instruir a los presentes en sus dilatadas peregrinaciones; extendió su celo a los ausentes, y a todos los siglos venideros, dejando explicada a los fieles la doctrina del Evangelio, y los misterios de Jesucristo en catorce cartas, las que toda la Iglesia ha venerado siempre, como dictadas por el Espíritu Santo para la común edificación.

4.° Las **siete Epístolas** de otros Apóstoles, que contienen enseñanzas de fe y de moral y que son: una del

Apóstol Santiago; dos de San Pedro; tres de San Juan; y una de San Judas Tadeo.

5.º El **Apocalipsis** o revelación que el mismo Jesucristo hizo a San Juan, su discípulo amado, escrito en la isla de Patmos, adonde por la predicación de la palabra de Dios y por el testimonio de Jesucristo había sido desterrado el Apóstol, durante el imperio de Domiciano, entre el año noventa y cuatro y noventa y seis de Jesucristo, padeciendo la Iglesia una terrible persecución.

Encierra este libro toda la sabiduría de los misterios de la Iglesia y tantos incomprensibles arcanos como palabras. Comprende una profecía de los sucesos considerables de la Iglesia, desde la primera hasta la segunda venida de Jesucristo, en la que, vencidos, postrados y abatidos todos sus enemigos, entrará triunfante y acompañado de sus escogidos en la eterna y quieta posesión de su reino.

Aunque algunas de sus revelaciones se vieron ya cumplidas en los primeros siglos de la Iglesia, es común sentir de los Expositores, fundados en las Escrituras, que muchos lugares del Apocalipsis deben referirse a aquel tiempo en que el mundo tendrá fin. Las amenazas del sello sexto, y las plagas o castigos que lloverán sobre los impíos; los dos testigos o mártires que vendrán a combatir con el grande enemigo que los hará morir, y después resucitarán; y finalmente el reino del Anticristo en Jerusalén, no se puede aplicar sin violencia sino a lo que sucederá inmediatamente antes de la segunda venida de Jesucristo.

20. LA TRADICION

En general se llama tradición todo relato transmitido oralmente de generación en generación. Antes

de que se inventara la escritura era el único medio de conservar los recuerdos de los pueblos y de los sucesos en ellos acontecidos, siendo por lo tanto el manantial a donde tuvieron que acudir los primeros historiadores. Como dice César Cantú, en un principio la historia no se escribe, se hace.

En especial, la tradición, como fuente de la fe católica, es la palabra de Dios, **no escrita**, sino trasmitida de viva voz por los apóstoles, y que ha llegado hasta nosotros de generación en generación por las enseñanzas de la Iglesia.

Nuestra Señor quiso que su doctrina se prolongara por medio de la **predicación**, o palabra hablada, y mandó a sus apóstoles: "Id por todo el mundo, y **predicad** el Evangelio a toda criatura" (S. Marc. XVI, 15); y San Pablo recomendaba a los primeros cristianos: "Mantened las tradiciones que habéis aprendido, ora por medio de la **predicación**, ora por **carta** nuestra".

Los Apóstoles no escribieron todo lo que hizo o enseñó Nuestro Señor; dejaron muchas verdades para que fueran transmitidas por medio de la tradición. Lo dice expresamente San Juan: "Muchas otras cosas hay que hizo Jesús; que si se escribieran una por una, me parece que no cabrían en el mundo los libros que se habrían de escribir" (XXV, 25).

Las verdades enseñadas oralmente por los Apóstoles y transmitidas por la Iglesia fueron consignadas sucesivamente en los **símbolos** de los apóstoles, que eran credos o sumarios de los principales artículos de la fe; en las **decisiones de los concilios generales**, que son la voz de la Iglesia universal; en los **escritos de los santos Padres**, que son el gran canal de la Tradición divina, entre los cuales son reconocidos especialmente como testimonios de la Tradición, los llamados **Padres de la Iglesia**, que son los escritores eclesiásticos de los primeros siglos, griegos y latinos, que se distinguieron

por su doctrina eminente, su santidad notable, una remota antigüedad y el testimonio de la Iglesia; en las enseñanzas de los **Doctores de la Iglesia,** que son los más ilustres entre los Padres por su doctrina y ciencia, y otros eminentes escritores posteriores a quienes la Iglesia ha conferido este título, como Santo Tomás de Aquino; en los **Libros Litúrgicos,** que datan de los primeros siglos, y contienen las oraciones y ceremonias de la Iglesia; en las **Actas de los mártires,** que suministran pruebas incontestables de la fe primitiva de la Iglesia; y en los **monumentos públicos,** que con sus inscripciones atestiguan la creencia de los primeros cristianos.

Entre las verdades de la fe transmitidas por medio de la Tradición se pueden citar: la designación de los libros canónicos; la obligación de bautizar a los niños antes del uso de la razón; la de santificar el domingo, en lugar del sábado; la Asunción de María Santísima en cuerpo y alma al cielo.

La Tradición tiene la misma **autoridad** que la Sagrada Escritura. Hablando de ella dijo el Concilio de Trento, en la sesión 6.ª, que "recibe todos los libros tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, puesto que el mismo Dios es su autor, **lo mismo que las tradiciones,** bien se refieran a la fe o a las costumbres, como dictadas por el Espíritu Santo por boca del mismo Jesucristo y conservadas en la Iglesia Católica por una sucesión continua, y **las abraza con igual respeto y piedad**".

Los protestantes, aunque declaran no creer en la Tradición como fuente de su fe, en el hecho y, talvez sin darse cuenta cabal de ello, aceptan la necesidad de la Tradición.

Es conocido el caso de la disputa que en cierta ocasión se trabó entre un católico y un protestante sobre la necesidad de la Tradición. Afirmaba el protes-

tante que cuanto Dios había revelado se encerraba en la Sagrada Escritura y que la Tradición era por lo tanto algo superfluo e inútil. El católico, con mucha tranquilidad, le dijo: permítame tener un momento en mis manos su Biblia y le haré ver prácticamente la necesidad de la Tradición. El protestante le entregó su Biblia. Después de examinarla, el católico le dijo: Señor, yo le he pedido la Biblia y no un libro de cuentos. El protestante, indignado, replicó: ¡Cómo! Un libro de cuentos. Esta es la Sagrada Biblia. ¿Y cómo sabe Ud., le observó el católico, que ese libro es la Biblia? Lo sé, repuso el protestante, porque mi padre, mi abuelo y todos mis antepasados, a través de varios siglos han venerado ese libro como la Sagrada Escritura. Ya ve, terminó el católico, como la Tradición, cuya necesidad negaba usted hace poco, es la que precisamente sirve para probar la divinidad de la Biblia.

San Agustín tenía en tal aprecio la Tradición, que decía: Yo no creería en la Sagrada Escritura, si no me moviese a ello la autoridad de la Iglesia Católica.

21. VERDADES SUPERIORES A LA RAZON. MISTERIOS

En la revelación divina hay verdades superiores a nuestra razón, que se llaman misterios.

Misterio es una verdad revelada por Dios, de cuya existencia podemos tener certeza absoluta, porque no podemos menos de confiar en la palabra de Dios, infinitamente sabio y veraz; pero cuyo alcance no podemos comprender, sino de un modo muy imperfecto, porque sobrepuja nuestro limitado entendimiento.

Es perfectamente conforme a la razón la creencia en los misterios, puesto que es Dios, la verdad por esen-

cia, quien los ha revelado, no como **cosas contrarias** a la razón, sino simplemente como **superiores** a ella. Muy débil sería, dice Pascal, la razón humana, si no llegara a comprender que hay una infinidad de cosas superiores a ella.

"Si ponéis, dice Bourdaloue, a un ciego delante de un espejo y le explicáis los fenómenos que se producen, que en el espejo hay otro ciego en un todo igual a él, que no ocupa espacio alguno y que imita o reproduce todos sus movimientos, ¿acaso no quedará asombrado al oir semejantes cosas? De seguro que alargará la mano para tocar al otro hombre reproducido en el espejo, y al encontrarse no con el hombre sino con el cristal y no comprendiendo la causa de este fenómeno, no por eso rehusará creer lo que le digáis. Pues en el caso de este hombre ciego estamos nosotros con respecto a los misterios de la fe que Dios ha revelado".

No hay humillación alguna para el hombre en prestar fe a cosas que no alcanza a comprender, fiado en la palabra de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos.

En materias científicas muchas veces prestamos fe a la opinión de los técnicos, aunque no comprendemos sus explicaciones.

Cuenta Próculo que un rey de Sicilia hizo construir una nave tan pesada que los esfuerzos para echarla al agua resultaron inútiles. Acudieron entonces al célebre matemático Arquímedes, el cual prometió construir una máquina tan sencilla que un solo hombre la podría mover. Sonriéronse todos, incluso el rey; pero algún tiempo después el mismo rey, invitado por Arquímedes, con muy poco esfuerzo movió una palanca que levantó la nave y la botó al mar, en presencia de un gran gentío.

Maravillado el rey, exclamó:

"De aquí en adelante cualquier cosa que diga Arquímedes, mando yo que sea inmediatamente creída, aunque no se entienda".

Dice el Concilio Vaticano que hay **dos órdenes de conocimientos,** distintos en su **principio** y en su **objeto**: los que nuestra razón puede alcanzar por sus propias fuerzas y los misterios ocultos en Dios, propuestos a nuestra creencia, y que no pueden ser conocidos, si no son divinamente revelados.

Son distintos: en su principio, porque en el uno conocemos por la **razón natural,** y en el otro por la **fe divina**; en su objeto, porque fuera de las cosas que la razón puede alcanzar, hay misterios ocultos en Dios.

La razón, iluminada por la fe, puede, con la ayuda de Dios, adquirir cierta inteligencia de los misterios, que le es muy provechosa; pero jamás alcanzará a penetrarlos como las verdades que constituyen su objeto propio, porque los misterios divinos, por propia naturaleza, de tal suerte superan la inteligencia creada que, aun después de transmitidos por la revelación y recibidos por la fe, permanecen todavía envueltos como en una nube, mientras viajamos en esta vida mortal. "**Marchamos hacia El por la fe, y no le vemos al descubierto**".

Pero aunque la fe esté sobre la razón, jamás puede existir entre ellas el menor **desacuerdo** ni oposición, porque el mismo Dios que revela los misterios e infunde la fe, es el que ha dado al hombre la luz de la razón.

Y no solo no pueden jamás estar en pugna, sino que se prestan **mutuo apoyo**. La razón demuestra los fundamentos de la fe, e iluminada por su luz, cultiva y desarrolla la ciencia de las cosas divinas; y la fe, por su parte, libra y preserva a la razón de los errores y la enriquece con amplios conocimientos.

Fundado en esas premisas, declaró el Concilio:

"Si alguien dijere que la revelación divina no encierra misterio alguno y que la razón convenientemente cultivada puede, por los principios naturales, comprender y demostrar todos los dogmas de la fe, sea anatematizado".

No es de extrañar que la revelación divina encierre misterios superiores a la inteligencia humana, cuando vemos que en la propia naturaleza creada hay muchas cosas ocultas, cuya existencia es cierta, pero que no comprendemos del todo. "Hay que reconocer, dice Masquart, que sin remontarse al origen de las cosas, la ciencia no tiene delante de sí más que misterios: la atracción, el calor, la constitución de los cuerpos, la luz, la electricidad, el magnetismo, la vida... El saber humano tropieza a cada instante con secretos impenetrables tanto en el mundo físico como en el mismo hombre".

En otros términos, la ciencia comprueba **los hechos** y deduce **las leyes naturales**; pero ignora la **esencia** y la **causa** de muchísimas cosas. La ciencia está encadenada al misterio y los grandes sabios así lo han proclamado, adorando lo desconocido. Se atribuyen a Newton estas palabras: "Soy como el niño que juega en la arena con las olas que vienen a bañar la playa. Sólo sé lo que es el agua con que estoy jugando; pero ignoro lo que es el océano que se extiende delante de mí".

Los misterios de la Religión son los que dan su valor a la virtud de la fe, porque el cristiano cree en ellos, sin verlos, ni comprenderlos, a causa de la **autoridad** y de la **veracidad** de Dios que los ha revelado. Y esa confianza en su palabra es la que agrada a Dios. El apóstol Santo Tomás, que se encontraba ausente cuando se apareció el Señor a los discípulos, después de la Resurrección, no creyó lo que le dijeron sus compañeros, hasta que metió su dedo en el lugar de los

clavos y su mano en el costado del Señor. Jesús le dijo entonces: "Porque me has visto, Tomás, has creído; bienaventurados los que no vieron y creyeron" (San Juan XX, 29).

Una hermosísima parábola de Krummacher nos dice que un ciego estaba gozando de los dulces rayos del sol de primavera, que el benéfico calor del astro penetraba en todos sus miembros, y que los rayos de luz caían sobre los obscurecidos globos de su cara y que entusiasmado exclamó: ¡Oh, tú, mar inmenso de luz, maravilla de la mano omnipotente que te creó y que guía tu magnífica carrera! De tu seno manan el calor y la vida y tu fuerza nunca se agota. ¡Cuán grande y bueno debe ser el que te ha formado! Las palabras del ciego sorprendieron a un hombre que estaba cerca y que le preguntó: ¿Cómo, sin verlo, puedes admirar el astro de la luz? El ciego respondió: Cabalmente, amigo mío, lo admiro porque no lo veo. Desde que se apagaron los ojos de mi cuerpo, brilla en mi alma una nueva aurora, y veo irradiar una poderosa luz interior. Vos no veis el sol, así como todo lo que se os presenta, sino con la vista del cuerpo.

El poeta Lamartine dice que tras la aparente contradicción de las cosas humanas hay un **misterio divino**, y ese misterio es la sabiduría y la bondad de Dios. Adorar a Dios, sin comprenderlo, es nuestro deber y nuestra virtud; si lo comprendiéramos no habría virtud, habría evidencia. Dios quiere ser adivinado y no visto en su obra; así como la luz del mediodía hace trabajar la mirada, el misterio hace trabajar el pensamiento. Este mundo es sólo un crepúsculo; la plena luz del día está más allá de la tumba.

La revelación divina nos manifiesta las perfecciones infinitas del Señor; de modo que los misterios vienen a ser como el **sello** o **la señal** de la religión divina. La revelación de esos misterios era también necesaria

para instruírnos acerca de nuestro destino sobrenatural y los medios para alcanzarlo; para domar nuestro orgullo, haciéndonos reconocer la autoridad de Dios; y para elevar los corazones a Dios y amar sus adorables cualidades.

La historia universal sería un caos inexplicable si no se mirara a la luz de la fe cristiana, con todos sus dogmas y misterios. Toda la historia de la antigüedad no tiene otro objeto que la preparación y el establecimiento del Cristianismo; y Jesucristo es el centro al cual convergen todas las épocas del mundo. No hay humillación en creer verdades que superan a las fuerzas de la razón.

El año 1847, Francisco Arago, el famoso astrónomo, hacía un curso de Astronomía popular en el Observatorio real de París y tuvo la siguiente salida contra la fe: "Creer, dijo, sería un humillación profunda! ¿Porque cómo creer sin confesar por ese mismo hecho que hay verdades que yo no comprendo y que superan mi razón? Uno de sus oyentes, el sabio abate Moigno, le contestó: "No hay humillación alguna en reconocer un hecho más claro que el día, el hecho de que la vista de la inteligencia humana tenga sus límites, como la vista de los objetos materiales tiene los suyos. Ayer, añadió, os habéis entretenido en enumerar las propiedades asombrosas del ojo y en mostrar cuán superior es a todos los instrumentos creados por el genio de los hombres: su poder de recepción o esa maravillosa facilidad con la cual condensa en un solo punto casi indivisible, el horizonte más inmenso; su poder de acomodación casi instantáneo a todas las distancias; su acromatismo tan perfecto, que hace ver los objetos con sus colores naturales. Y, sin embargo, vuestra vida de sabio no es otra cosa que una serie de atentados contra la perfección del ojo: vais proclamando su impotencia, armándolo de mil instrumentos

diversos destinados a completarlo: telescopio, fotómetro, espectroscopio, etc...; otros tantos insultos a esa obra maestra inimitable que tanto habéis admirado. Romped todos esos instrumentos si queréis ser consecuente, porque mi fe no es otra cosa que el telescopio bendito de mi inteligencia".

"Y lo que decimos del ojo, lo decimos de todos nuestros órganos: suplimos las fuerzas de nuestros brazos con todas las fuerzas de la naturaleza: el agua, el viento, el fuego, la electricidad. Compensamos la lentitud de nuestros pies por el velocípedo, la locomotora; y la ciencia moderna ensancha el dominio del oído con nuevos inventos".

"¿Cuál es en último término la misión del genio y de la industria?: la multiplicación y el perfeccionamiento de los instrumentos con que el hombre suple la impotencia de sus órganos".

"Ya que podemos y debemos sin temor de humillar nuestras facultades físicas recurrir incesantemente a los instrumentos que el genio humano inventa cada día, podemos y debemos para ser consecuentes con nosotros mismos, completar nuestra inteligencia y nuestra razón, exaltarlas, centuplicarlas por la acogida prestada a las luces de la revelación. ¿Quién de nosotros no ha encontrado en su camino un hermano ciego? Es conducido por un niño o por un perro, compañero fiel de su infortunio. Algunas veces lleva por guía su bastón con el cual golpea incesantemente el borde del camino para convencerse de que sigue una línea paralela y segura. El ciego es la pobre razón humana, envuelta en profundas tinieblas. La fe, para ella es no sólo el bastón, el perro fiel, el hijo clarovidente o la esposa abnegada: es el ángel de la luz que la defiende de todos los peligros y la conduce al término de su viaje".

Las grandes almas, dice Pascal, después de haber

recorrido todo lo que los hombres pueden saber, encuentran que no saben nada; y en el conocimiento y confesión de los límites de la razón humana se distingue el **sabio verdadero** del **pseudo sabio.**

Hettinger precisa claramente la distinción a que venimos aludiendo: "El pensador, dice, **maduro** por el trabajo y por la edad, que ha recorrido todo el camino de las ciencias, no ve en el misterio más que el límite natural de su propio espíritu; reconoce en él el sello más auténtico de la divinidad de la Religión, la marca cierta de la inteligencia increada, algo, en fin, que nos ordena meditar, más no profundizar; sabe que Dios no obra sin razón; y su palabra carecería de objeto, si revelase en vez de misterios, verdades que el hombre sabe o puede saber, que comprende o puede comprender por sí mismo y sin ayuda de la revelación; y sabe además que cuando Dios cree prudente revelarse, se revela de un modo digno". "En cambio, para el pensador **novel,** todo lo que es superior a la razón es contrario a ella y se apresura a declarar absurdo todo lo que no comprende".

Se cuenta de una princesa que había perdido la fe, porque según decía, no podía creer lo que no veía, y que tuvo un sueño, que según la expresión de Bossuet, fué como el primer toque de la Misericordia Divina que quiso convertirla a la verdad. Soñó que andando sola por un bosque, vió a un ciego en una choza pequeña, y acercándose a él, le preguntó si era ciego de nacimiento o por algún accidente; y le respondió que había nacido ciego. "Pues, según eso, repuso ella, no sabes qué cosa es la luz, lo hermosa y agradable que es, ni qué belleza y resplandor tiene el sol". El ciego contestó: "Nunca he gozado de sus hechizos, ni puedo formarme idea alguna de él; no obstante, creo que tiene una hermosura encantadora y mudando de voz, de aspecto y con un tono de autoridad, continuó así:

"Mi ejemplo, señora, debe enseñaros que hay cosas excelentes y admirables que se ocultan a nuestra vista; pero que no son menos preciosas y verdaderas por más que el hombre miserable no pueda comprenderlas ni imaginarlas".

El orgullo de algunos hombres los induce a rechazar los misterios de la fe. Gustavo Droz, en su obra "El Doctor materialista" dice que lo que perdió a la Providencia en el ánimo de su protagonista fueron los misterios que le ocultaba, porque personalmente nada tenía que reprocharle; y agrega con ironía, si Dios le hubiera descubierto sus misterios, diciéndole: "Este es mi plan", él habría hecho concesiones y aceptado todos los misterios; pero, desgraciadamente, Dios guardó el más absoluto silencio.

Muchos no creen en los misterios de la Religión, pero obedecen ciegamente los dogmas y resoluciones de personas que buscan la destrucción del orden social. Un comunista, que creía de buena fe en la emancipación de todo dogma y de toda autoridad, empezó a recibir órdenes autoritarias sobre lo que debía hacer y sostener. Irritado por esa serie de mandatos, renunció al partido, diciendo: para eso prefiero ser sacristán y depender de Dios, que es internacional, y no de Lenine, que no es más que un pobre ruso. La fórmula "**ni Dios ni amo**" termina en la ciega aceptación de los mandatos de Karl Marx y de las órdenes de cualquiera de sus profetas.

Es que, como dice Núñez de Arce, hay en el cerebro humano un hueco donde reside la fe religiosa, y cuando esa virtud le desaloja, huyendo a los cielos, la naturaleza, que en el orden moral como en el físico tiene, según la frase vulgar, horror al vacío, le llena con el absurdo.

22. RELACIONES ENTRE LA FE Y LA CIENCIA

Hemos visto lo que es la fe. Estudiemos ahora sus relaciones con la ciencia.

La **ciencia,** es el conjunto de verdades y conocimientos que adquirimos con las luces de la razón natural.

Como dijimos al estudiar las verdades superiores a la razón, el Concilio Vaticano, en su Constitución **Dei filius,** enseña que aunque la fe es superior a la razón, no cabe, entre ellas, el menor desacuerdo u oposición. Las vanas apariencias de contradicción que algunos espíritus superficiales han creído notar, entre la ciencia y la fe, proceden particularmente, o de que los dogmas de la fe, no han sido comprendidos y expuestos en el sentido de la Iglesia, o de que opiniones falsas son tomadas como enunciados de la razón. Define el Concilio, que toda aserción contraria a la verdad conocida por la fe, es absolutamente falsa, y dice que la Iglesia, que ha recibido con la misión apostólica de enseñar, la orden de guardar el depósito de la fe, tiene también la misión y el derecho divino de proscribir toda falsa ciencia, para que nadie sea engañado por las vanas sutilezas.

"La Iglesia no ignora, ni desprecia, las ventajas que las ciencias y las artes procuran al hombre. Más todavía: reconoce que así como estas grandes cosas vienen de Dios, **Señor de las ciencias,** así también, si se las cultiva como conviene, deben, con el auxilio de la gracia, llevarnos a Dios".

"La Iglesia no prohibe, en manera alguna, que cada una de estas ciencias se sirva en su esfera, de sus propios principios y de su método; pero reconociendo esta legítima libertad, vigila que las ciencias no adopten errores que las pongan en oposición con la doctrina divina",

Fundado en esa doctrina, establecía el Concilio Vaticano:

"**Canon** 2.º Si alguien dijere que las ciencias humanas deben ser tratadas con tal independencia, que sus afirmaciones, aún en el caso de ser contrarias a la doctrina revelada, pueden ser sostenidas como verdaderas y que la Iglesia no tiene derecho para condenarlas, sea anatematizado"

"**Canon** 3.º. Si alguien dijere que, considerando el progreso de las ciencias, puede llegar el caso en que se deba dar a los dogmas revelados, un sentido diferente de aquel que ha sido comprendido por la Iglesia, sea anatematizado".

Nada más razonable que la anterior doctrina. En efecto, el católico nada puede temer de la ciencia. No teme nada de **la falsa ciencia,** dice el Padre Monsabré, porque ésta siempre es confundida; ni de **la verdadera,** porque ésta marcha siempre de acuerdo con la verdad.

La ciencia y la fe son dos hermanas, dice Menéndez Pelayo, porque son hijas de la verdad.

Son dos líneas paralelas, dice Picatoste, que unen al hombre con el infinito, con la diferencia de que la fe sale de Dios para terminar en el hombre y la ciencia sale del hombre para terminar en Dios.

Ambas hacen su camino estrechamente unidas; y la fe, lejos de ser un obstáculo para el desarrollo de la ciencia, es la luz poderosa que ilumina a la razón humana para subir a las alturas.

La fe es una aliada y no una enemiga de la razón, confiesa Voltaire, y se funda para afirmarlo, en que los mayores progresos de la razón humana datan solamente desde que Jesucristo predicó al mundo su Evangelio.

Hay perfecta armonía entre la razón y la fe. Si contemplamos el orden admirable del universo, el cielo con sus astros, el aire con las aves, el mar con sus

peces, y la tierra adornada de plantas y flores y poblada de animales; si observamos el mecanismo de nuestro cuerpo, y las estupendas dotes de nuestro espíritu, que San Agustín llamó mundo en miniatura, sabiendo nuestra razón la verdad elemental de que no puede haber efecto sin causa, ni orden sin Ordenador, ni creaturas sin Creador, cruza en el momento por nuestra inteligencia y se nos impone con los caracteres de lo evidente, la idea de un Ser Supremo, superior a todo lo visible, principio y causa de todo lo existente, Ordenador y Creador de todo lo que vemos; es decir, nuestra propia razón nos dice a gritos que hay que reconocer como una verdad primera e indiscutible la existencia de Dios.

Pues bien, esa primera deducción, que en uso de sus facultades naturales hace la razón del hombre, es al mismo tiempo la primera palabra del Credo, que es el símbolo y compendio de nuestra fe: "Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del Cielo y de la tierra".

Avanzando en su trabajo la misma razón, que es naturalmente investigadora, llega a establecer los atributos de uno, inmutable, eterno, sabio y omnipotente que corresponden al Supremo Creador y Ordenador de todo lo que existe.

Las aparentes contradicciones que algunos han creído ver entre la Escritura Santa y la ciencia, son fruto del desconocimiento de la verdadera inteligencia de la Escritura, que muchas veces, para darse a entender, no usó términos científicos, sino el lenguaje vulgar de que se valían los hombres. De otra manera, no se habría dado a entender de la generalidad.

Se cuenta que, en casa del sabio Cuvier, un astrónomo descreído, se burlaba del pasaje de la Escritura que narra el milagro de Josué,que ordenó detenerse al sol. Momentos después le preguntó Cuvier: ¡Amigo, ¿a qué hora amaneció hoy? — Y él contestó inmediata-

mente y con toda naturalidad: El sol salió hoy a las 7.50 y se pone, a las 5.11. — ¡Salir el sol! ¡Ponerse el sol!, exclamó Cuvier, y lo dices tú que eres un astrónomo célebre. — Empleo, como todo el mundo, le replicó, las palabras usuales. — Entonces, amigo, no te burles de Josué y de lo que dice la Escritura, que también empleó las palabras usuales.

Con razón el sabio Agustín Cauchy lanzaba este reto: "Cultivad con ardor las ciencias abstractas y las naturales; descomponed la materia; desplegad ante nuestros ojos, sorprendidos, las maravillas de la naturaleza; explorad, si es posible, todas las partes del universo; hojead después los anales de las naciones, las historias de los pueblos antiguos; consultad sobre toda la superficie del globo, los viejos monumentos de los siglos pasados. Lejos de alarmarme por estas investigaciones, yo las procuraré sin cesar, las alentaré con todas mis fuerzas, con todos mis votos, no temeré que la realidad se halle en contradicción consigo misma o que los hechos y documentos recogidos por vosotros, puedan jamás estar en desacuerdo con nuestros Libros Santos".

El secreto de estos ataques contra la idea religiosa es a menudo **la ignorancia de la Religión.** Como decía Gioberti: "He conocido muchos hombres instruídos en las ciencias profanas y al mismo tiempo, irreligiosos; pero jamás he visto a un hombre irreligioso instruído en el conocimiento de la Religión".

Dedican su vida entera algunos hombres al estudio de ramos de las ciencias profanas y no reflexionan, siquiera un momento, sobre los grandes problemas del alma. Si pensaran en esos problemas, muy diversa sería su actitud.

Renán, en su discurso de incorporación a la Academia Francesa, pronunciado el 5 de Abril de 1879, así lo reconocía. "El hombre, decía, que se ha sentado un

momento para reflexionar sobre su destino futuro, lleva en el corazón una flecha que no se arranca jamás''.

El estudio de la Religión levanta el vuelo del espíritu, y es poderoso auxiliar de la ciencia.

El famoso padre Gratry, del Oratorio, que era a la vez un gran filósofo y un gran matemático, preguntado un día cómo se las arreglaba para ser el primero en las matemáticas, ciencia un tanto ajena a su profesión de sacerdote, contestó: ''Es porque cada día, no obstante el trabajo que nos imponen en la escuela, consagro algún tiempo a leer y meditar la Sagrada Escritura, y de esta manera saco la luz de la fuente misma''.

La grandeza de las obras del Creador y su sabiduría, sólo las conoce, decía el gran químico y fisiólogo, Justo de Liebig, el que se esfuerza por entender sus pensamientos en el **Libro de Dios,** que es el mundo; y sólo los charlatanes pregonan la negación de Dios y del alma humana.

Casi todos los grandes sabios han sido creyentes, porque la verdadera ciencia conduce, insensiblemente, a un hombre de buena fe, al estudio de la Religión, por un simple **amor a la verdad.**

Así lo confesaba Lenormand, sabio profesor de Historia en la Soborna.

''He pretendido, dice contentarme con ser sabio para sustraerme al grito de mi conciencia que me impulsaba a ser cristiano; pero el cristianismo escondido en la ciencia, me salía al encuentro con su verdad triunfante; a cada paso que hacía en mi carrera, en la que sólo trataba de conquistar un nombre, el cristianismo se apoderaba de mí por el lado más vulnerable, mi **amor a la verdad**; y así me he transformado, dándome alientos y una energía de que sin él, jamás hubiera sido capaz''.

Se presenta tan a menudo y con tanta claridad, a nuestra razón y a nuestra vista, la obra de Jesucris-

to y su Divinidad, que un hombre de bien no puede prescindir de estudiar la Religión Cristiana. "Desde que Jesucristo vino al mundo, dice Sainte Beuve, un ideal nuevo se presentó a los hombres. Los que lo han despreciado, observadlo bien, tienen alguna falta en la inteligencia o en el corazón".

Santo Tomás, hablando de lo conveniente que es el estudio de la fe, dice que aún cuando no pudiera la razón adquirir sino un conocimiento muy vago de las verdades reveladas, no debía renunciar por eso a su estudio, porque es muy ventajoso al espíritu avanzar, aunque sea dentro de una reducida esfera, en el conocimiento de materias tan importantes y sublimes; y que, aunque no sacara otro fruto de su estudio que entreverlas a lo lejos, estaría bastante recompensado su trabajo.

Las ciencias humanas son tan poca cosa, comparadas con el don inapreciable de la fe cristiana; y por sí solas contribuyen tan poco a la felicidad del hombre, que muchos, dice Nicole, prefieren ignorarlas en vez de saberlas.

En cambio la ciencia de la fe, es la ciencia de la verdadera vida.

Nadie que la ignore puede llamarse propiamente sabio, porque éste, para merecer tal nombre, debe poseer siquiera los conocimientos fundamentales de las grandes cuestiones.

Esos conocimientos fundamentales deben versar sobre los dos componentes del hombre: sobre el alma y sobre el cuerpo; sobre las potencias del alma y los sentidos del cuerpo; debe mirar a la tierra y al cielo. La inteligencia, la voluntad, los sentidos, el alma, el cuerpo, cada cosa, considerada aisladamente, no es el hombre.

En otros términos, el sabio debe ser universal, amplio, elevado, en contraposición al **sectario** que se lla-

ma así, porque sólo conoce secciones de la naturaleza humana, pedazos de la existencia.

La formación de un hombre, sin el estudio de la Religión, no es completa. Por muy ilustrado que sea en otras materias, jamás podrá tratar las cuestiones del alma, que son las más importantes y decisivas; no comprenderá bien la historia y el cambio que en el mundo operó la religión cristiana, que es la que lo divide en dos grandes épocas; en las letras, no conocerá a autores como San Agustín, Santo Tomás, Bossuet, Fenelón, De Maistre, Balmes y Lacordaire, que se han ocupado sólo de estudios relacionados con la religión; ni podrá conocer a fondo el Derecho, la Filosofía y la Moral.

Hoy día felizmente los hombres llamados **intelectuales**, se acercan cada día más a la religión, y comprenden y sienten su necesidad.

Aquello del desacuerdo entre la ciencia y la fe, está completamente pasado de moda. Oigamos la opinión de una de las cumbres del radicalismo francés, el autor de la ley de separación de la Iglesia y el Estado.

El diputado M. Denys Cochin, en carta al Obispo de Niza, Monseñor Chapon, de fecha 3 de Noviembre de 1920, hablando de M. Arístides Briand, recuerda la opinión que éste tenía sobre la supuesta incompatibilidad entre la religión y la ciencia:

''Más joven y menos erudito que Jaurés y Pressensé, pero dotado de una inteligencia luminosa que le hace adivinarlo todo, Briand era entonces habitual compañero y confidente de ellos. Un día me dijo: el maestro de mi pueblo mantuvo una vez conmigo un lenguaje que jamás he olvidado. La religión, me dijo, es un sentimiento que se tiene o no se tiene. Yo no lo tengo; sin embargo, no olvides esto: ''Cuando un hombre te diga que la religión es incompatible con la ciencia, puedes estar seguro de que ese tal, es un imbécil''. En recuerdo de estas viejas palabras de mi antiguo maestro

de escuela, añadía Briand, nunca he querido hacerme francmasón''.

Lejos de ser incompatible con la ciencia, el estudio de la fe, ha servido para desarrollar la inteligencia de los más grandes políticos.

El famoso ministro francés Talleyrand, que había sido licenciado en Teología, reconocía que a esta ciencia debía principalmente, los éxitos de su carrera política.

Poco antes de su muerte, le correspondió hacer en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el elogio del Conde Reinhard, que había sido diplomático después de haber estudiado teología en un Seminario.

''El estudio de la Teología, dijo, le había dado una fuerza y una facilidad de razonamiento que se encuentra en todo lo que salió de su pluma. Recordó los nombres de los grandes negociadores franceses todos teólogos, que condujeron los negocios diplomáticos más importantes: el Cardenal Duprat, Hugués de Lionne, Polignac.

Olvidó, dice el biógrafo de Talleyrand, citar al famoso Cardenal Richelieu, al que llamó, en una ocasión: ''**ministro inmortal en los anales del despotismo**''.

Renán reconoció también, en una ocasión, que al estudio de la teología debía el arte de su raciocinio.

Goethe, el poeta alemán, decía: ''sólo he encontrado verdaderos caracteres en los hombres que tienen una fe convencida, que descansa en una base inamovible, independiente de la época, del espíritu y de la ciencia de su tiempo''.

23. EL LIBRE PENSAMIENTO

La fe supone cierta disciplina de la inteligencia y de la voluntad que mueve al hombre, como ser racional, a asentir a la palabra de un Dios infinitamente sabio

y veraz; y constituye el ejercicio más noble de la facultad, que tiene para elegir entre el bien y el mal, y que se llama **libre albedrío** o libertad humana; facultad tan preciosa como temible, porque mediante ella puede el hombre conseguir su felicidad eterna, con actos libres y meritorios, ayudado de la gracia divina, o apartarse de su fin propio y labrar su ruina perpetua.

Esa libertad, que sentimos en el fondo de nuestra conciencia, es propia del alma espiritual y nos distingue de los seres inferiores, que obran solamente por instinto. Ella es la fuente de la responsabilidad humana; del sentimiento del deber; y de las nociones de la virtud y el vicio, que suponen la existencia del bien y el mal moral y la facultad del hombre para escoger entre ellos.

Pero, esa libertad propia del ser racional tiene sus límites; y no lo autoriza para creer lo que se le antoje, sin sujeción a disciplina o norma alguna, ni para prescindir de las verdades que se imponen a su inteligencia, porque eso es contrario a la esencia misma del ser racional.

El uso razonable del libre arbitrio es reconocer el poder de Dios y someterse gustoso a su ley superior y a su voluntad soberana.

El libre pensamiento absoluto que algunos pregonan, sobre todo, en materia religiosa, esto es: el derecho de pensar y de creer, sin sujeción a principio alguno, es la negación completa de la razón, o sea, la inconsciencia y la locura.

El funcionamiento regular de la inteligencia, supone ciertas reglas o principios fundamentales que pongan orden en las ideas. El desorden caprichoso y arbitrario de las ideas importa una perturbación mental. En la casa de locos hay absoluta libertad de pensamientos: unos se creen reyes; otros emperadores y otros Papas.

"La libertad, dice Brunetiére, de representarnos las cosas como queremos que sean, aunque no sean así; la facultad de llamar el testimonio de las ciencias para las simples fantasías de nuestra imaginación o de nuestro sentido individual nos está prohibida, y si la reivindicamos, seríamos, como dice Pascal, pura y simplemente **tontos**".

Basta meditar un momento para comprender que un hombre racional no dispone de esa absurda libertad de pensamiento con que algunos sueñan. Es rara la materia en que no estamos sometidos a reglas y principios que no podemos rechazar.

En el orden social, nuestra libertad está restringida por el respeto que debemos a la autoridad, a la propiedad, al derecho de los demás, a las leyes civiles, y a las tradiciones y conveniencias que un hombre educado no puede atropellar impunemente.

En el orden doméstico, tenemos que respetar la autoridad de nuestros padres, los lazos del matrimonio, y los deberes para con nuestros hijos y dependientes.

En materia científica, la libertad de pensamiento está limitada por los axiomas y principios. Así, en Matemáticas no podemos negar que dos y dos son cuatro; en Geometría tenemos que reconocer que el camino más corto es la línea recta; en Historia, no podemos negar la existencia de Jesucristo, que con su nacimiento dividió el tiempo en dos épocas, ni la existencia de los grandes personajes, como César, Alejandro, Luis XIV, Carlos V y Napoleón; en Poesía, tenemos que respetar las leyes de la métrica; en Pintura, las de la perspectiva; en Arquitectura, de la estética; en Música, las que regulan las notas y sonidos; y en Filosofía, tenemos, por lo menos, que reconocer los principios fundamentales que rigen el raciocinio, como el de contradicción, que nos enseña que una cosa no puede ser y no

ser al mismo tiempo, y el que nos dice que no hay efecto sin causa.

Si en toda materia en que se ejercita la inteligencia humana, tiene normas y preceptos fundamentales que se ve obligada a respetar, ¿por qué aplicar un criterio de excepción a las cuestiones de orden religioso y moral?

Por desgracia, hay que reconocer que muchos hombres tienen **graves prejuicios** sobre esta materia tan fundamental. Dedicados al cultivo de las ciencias humanas prescinden deliberadamente de la ciencia divina, y se niegan a estudiar y hasta a pensar un momento en estos problemas del espíritu, jactándose de ser libre pensadores. En realidad, no obran libremente, porque el uso de la libertad, que es una facultad de elegir, supone como base previa, el conocimiento cabal de los dos términos entre los cuales debe pronunciarse, y ese conocimiento exige el estudio de la cuestión religiosa. Otras veces, el orgullo les impide reconocer el error y proclamar la verdad. Hablan mucho de su libertad de pensar y de obrar, y se olvidan que el simple buen sentido nos dice que la **verdad es superior a la libertad,** y que ésta no existe, cuando por medio de la libre investigación se ha llegado a conocer la verdad. La libertad es sólo un medio para llegar a la posesión de la verdad, que es el alimento del alma.

Otros son esclavos del medio ambiente y repiten lo que oyen a otros, sin darse la molestia de analizar las ideas que han recogido. "Los que más pregonan de espíritus libres, decía el gran filósofo Balmes, no son otra cosa que el eco de opiniones ajenas". Van al Club, a los corrillos, oyen al primero que habla y la opinión dominante que recogen les quita toda libertad y toda espontaneidad. Elijen lecturas contrarias al sentimiento religioso y después repiten, como si fuera opinión propia, lo que han leído, apareciendo ante el vul-

go ignorante, como personas de gran instrucción científica. No han obrado libremente, porque el autor del libro leído les ha impuesto su opinión.

Jules Vallés, en su libro "Los Refractarios", alude a estos lectores. "Alegrías, dice, dolores, amor, venganza, nuestros sollozos, nuestras risas, las pasiones, los crímenes, todo es copiado, todo. El libro está allí: La tinta sobrenada en ese mar de sangre y de lágrimas. Rarísimos son los que no llevan la marca del libro en la cabeza o en el pecho, sobre la frente o sobre los labios. El libro se apodera de vosotros: os sigue de las rodillas de la madre a los bancos de la escuela, de la escuela al colegio, del colegio al cuartel, al palacio, al foro, al lecho mismo de muerte, donde según el volumen hojeado durante la vida, tendrá la última hora, sacrílega o cristiana, cobarde o valerosa".

Ya nadie cree en esto del libre pensamiento, palabra que hoy ha pasado de moda.

En nombre de la libertad de pensamiento, combatía la Religión un diputado francés, el año 1849, y le contestó Thiers, con estas palabras:

"Me jacto de pertenecer a la sociedad moderna, he estudiado mucho lo que llaman libertad de pensamiento y he visto que la Religión no impide pensar, sino a aquellos que no son capaces de hacerlo".

El ilustre Lamoriciére decía, hablando de los que se llaman libre pensadores: "He visto de cerca a esos farsantes y los he tratado. Se llaman libres y están en el cabestro. No saben nada, ni aún saben que dicen disparates. Dicen que tienen principios y convicciones, y sólo tienen la parada y a menudo, groseros apetitos".

Gustavo Hervé, el famoso socialista francés, educado desde niño en la escuela del libre pensamiento, escribía en su periódico: "Creed a un francés que ha asistido desde niño a la primera aplicación de las leyes laicas y que ha visto los espantosos estragos que han

producido en toda Francia: el libre pensamiento es una filoxera que destruye todo, la disciplina, la moralidad, la felicidad individual, la raza misma y que condena a las naciones que se han infeccionado a una decadencia irremediable y a una muerte sin gloria''.

El título de libre pensador, decía Champfleury a uno de sus amigos, no importa un diploma de inteligencia, porque he conocido muchos ateos muy torpes; y el gran pintor francés Corot contestó indignado a uno de sus clientes que le preguntó si era libre pensador: ¡Libre pensador! ¡Libre pensador! ¿Me creéis, acaso, un pintor de decoraciones?

El año 1893 un diario de Estados Unidos, el ''New York Herald'', publicó el siguiente aviso: ''El doctor Smith cede a los libres pensadores los vastos terrenos que posee en... Piensa construir allí un magnífico edificio que se destinará a habitaciones de las familias libre pensadoras, y en cuyo frontispicio se grabará esta inscripción: ''Los libre pensadores lógicos''. Algunos días después se publicó el siguiente reglamento de la Asociación de libre pensadores lógicos:

Artículo I.—Los libre pensadores lógicos tienen derecho a vivir con sus familias en el edificio construído por el Dr. Smith.

Artículo II.—Repútanse libre pensadores los que se obligan: 1.° a no creer nada que no vean; 2.° a no creer nada que no comprendan; 3.° a pensar lo que quieran de todo; y 4.° a expresar libremente su pensamiento.

El día designado para constituir la Asociación, se presentaron numerosos interesados y el Dr. Smith los recibió sonriendo y les dijo: ''Ciudadanos, me extraña veros aquí; recordad que según el número 1.° del Art. 2.° del Reglamento, estáis obligados a no creer, sino aquello que veáis por vosotros mismos. ¿Habéis visto, acaso, nacer en mi cerebro el plan salvador? ¿Sois tes-

tigos de mis resoluciones internas? ¿No rechazáis toda fe? ¿Por qué habéis dado fe a los anuncios del periódico? Los oyentes se quedaron estupefactos. No temáis, prosiguió el Dr. Smith, soy generoso y os perdono la falta cometida; avanzad, las habitaciones están preparadas. Cuando la muchedumbre comenzó a agitarse, un hombre alto, delgado, de expresión estúpida, seguido de una mujer fea y cuatro chiquillos, quiso subir las gradas. El doctor lo detuvo para preguntarle: Esa mujer ¿quién es? La mía, que con arreglo al Art. 1.° tiene derecho. ¡La vuestra! Pero, yo no he presenciado vuestro matrimonio, y con arreglo al N.° 1 del Art. 2.°, no creo sino lo que veo. Indignado, el libre pensador, dijo al doctor: ¡Tunante! ¡Estafador! Calma, ciudadano, le contestó éste. Según el N.° 2.° del Art. 2.°, no creo nada que no comprenda, y me parece incomprensible que haya alguien querido casarse con un ente tan feo y tan estúpido. El libre pensador levantó el puño cerrado para atacar al doctor, pero éste, impertérrito, le dijo: Aplico los Nos. 3 y 4 del Art. 2.°, yo puedo pensar lo que quiera de todo y expresar libremente mi pensamiento, sin traba alguna. Unos gritaron: tiene razón; otros, éste es un farsante.

Señores, dijo el doctor; sois ignorantes; el libre pensamiento lógico es una utopía, una locura. Si la vida es imposible sin la fe; si la paz sólo es compatible con la mesura en el hablar; si es un absurdo que cada cual quiera pensar lo que se le antoje en cualquier materia ¿por qué solamente la Religión ha de regirse por distintas ideas? En recuerdo de esta lección, voy a daros un banquete.

24. PROPIEDADES DE LA FE. — FE UNIVERSAL

La fe ha de ser universal, firme, constante y viva.

Veamos primero su calidad de universal, o íntegra.

No basta creer algunas de las verdades reveladas; hay que creer, sin exceptuar cosa alguna, todo lo que Dios ha revelado y lo que la Iglesia nos enseña como cosas de fe.

No hay término medio: o prestamos completa fe a la palabra de Dios y creemos todo lo que nos ha revelado; o no le prestamos esa fe completa y hacemos entonces la injuria a Dios de suponer que ha revelado alguna cosa falsa, lo que importa una blasfemia.

Creer en algunas de las verdades y no en otras, es constituirse en juez de Dios; es creer, no lo que Dios enseña, sino lo que a uno se le antoja; es romper la unidad de la fe; es la **herejía.** La negación total es la **apostasía.**

En materia de fe no hay cosas pequeñas. Una palabra puede tener gran importancia. Cuando el gobernador romano Modesto pidió al santo obispo Basilio, en nombre del emperador Valente, que cambiara una sola palabra de su fe, diciendo: el Hijo es **semejante** al Padre, en vez de decir es **igual,** amenazándole con severos castigos y con caer en desgracia del emperador si no aceptaba la sustitución de esa palabra, contestó San Basilio: "Todo lo que enseña la Iglesia lo ha recibido de Dios. Con mi hacienda y con mi vida estoy dispuesto a sostener sus doctrinas: ni una sola palabra, ni una sílaba borraré de ellas".

La religión es el conjunto de deberes del hombre para con Dios, los cuales constituyen un todo inseparable: verdades estrechamente ligadas las unas con las otras, que forman un cuerpo de doctrina armónico, en que debemos creer; preceptos que debemos practicar; y un culto que tributar a Dios.

Lo que caracteriza a la Iglesia Católica es su **unidad.** Es una en su fe, en su culto, y en su gobierno, porque Jesucristo enseñó una sola y misma verdad para to-

dos; una misma manera de honrar a Dios; los mismos medios de salvación; un solo sacrificio; los mismos sacramentos; y fundó para dirigirla, un cuerpo de pastores colocados bajo la autoridad de un Pontífice Supremo. San Pablo, en su epístola a los Efesios, les aconseja que sean solícitos en guardar la unidad, en vínculo de paz, formando un Cuerpo y un Espíritu, reconociendo un Señor, una fe, un Bautismo, un Dios y, Padre de todos, que es sobre todos y por todas las cosas, y en todos nosotros.

Es deber de los católicos procurar con empeño que la fe se conserve pura e íntegra, condenando todo lo que la Iglesia condena. Nos toca, pues, rechazar entre otros errores, los siguientes: el **Ateísmo,** que niega el fundamento mismo de la fe, porque cerrando los ojos a la evidencia, no cree en la existencia de un solo Dios verdadero, Creador, y Señor de todas las cosas visibles e invisibles;

el **Deísmo,** que admite la existencia de Dios; pero niega su Providencia, en el orden moral y físico;

el **Panteísmo,** que afirma que una misma es la substancia de Dios y de las criaturas, una misma cosa el espíritu y la materia, la necesidad y la libertad, lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto;

el **Naturalismo,** en todas sus formas: en el **orden religioso,** porque niega que el hombre pueda ser elevado por Dios a un conocimiento y a una perfección que superen al orden natural; en el **orden científico,** porque enseña que la razón es el único juez de lo verdadero y de lo falso, de lo bueno y de lo malo, y que no existe el orden sobrenatural, ni la revelación divina; en el **orden social,** porque desconoce a la Iglesia su carácter de sociedad perfecta, instituída por Jesucristo para enseñar y conducir a las almas a su fin último; y en el **orden político,** porque rechaza el elemento divino

como fundamento de la autoridad civil y erige al Estado en fuente originaria y moderadora de todos los derechos;
el **Materialismo**, que afirma que sólo existe la materia en sus diversas manifestaciones, y que es invención humana toda realidad inmaterial;
el **Indiferentismo**, según el cual, el hombre es libre para abrazar y profesar cualquiera religión;
el **Modernismo**, conjunto de herejías, según las cuales los dogmas no son revelados por Dios, sino que provienen de una interpretación de los hechos religiosos, elaborada por el inmanentismo siempre evolutivo de la conciencia de los creyentes;
el **Teosofismo**, que contiene una serie de afirmaciones obscuras, materialistas, erróneas, y contradictorias acerca de Dios;
el **Socialismo**, que pervierte el orden social;
el **Comunismo**, que niega el derecho a la propiedad privada; y el **Anarquismo** y el **Sovietismo**, últimas consecuencias de todos los errores anteriores, que niegan la Religión, la propiedad, la familia y, en general, todos los derechos del hombre.

Figura de la integridad de la fe cristiana es la túnica de Nuestro Señor, que no fué partida, sino echada en suerte. Como dice el Evangelista San Juan: "Los soldados, después de haber crucificado a Jesús, tomaron sus vestiduras y las hicieron cuatro partes, para cada soldado su parte. Mas la túnica no tenía costura, sino que era tejida desde arriba. Y dijeron unos a otros: No la partamos, mas echaremos suerte sobre ella, cuya será; para que se cumpliese la escritura que dice: Partieron mis vestidos entre sí, y echaron suerte sobre mi vestidura. Y los soldados ciertamente hicieron esto" (XIX).

25. FE FIRME

La fe debe ser **firme**, y no vacilante; ha de ser resuelta y sin dudas de ninguna especie, porque descansa en un fundamento inconmovible, como es la veracidad de Dios.

Ha de ser como la de San Luis, rey de Francia, que llamado a la iglesia para presenciar el milagro de ver al Salvador Divino en su propia figura en la hostia consagrada, contestó: "Los que dudan de la presencia de Jesús en el Sacramento son los que deben ir. Yo creo en ella más firmemente que si con mis propios ojos lo viera".

Ha de ser como la fe de Abraham, que elogia el apóstol San Pablo, en el capítulo XI, de su epístola a los Hebreos. Por la fe obedeció Abraham a Dios, partiendo hacia el país que debía recibir en herencia y se puso en camino no sabiendo adónde iba. Por la fe, aunque Dios le había prometido hacerle señor de Canaam, habitó en cabañas o tiendas de campaña. Por la fe, su mujer Sara, siendo estéril, recibió virtud de concebir un hijo, por más que la edad fuese ya pasada; y de un hombre como Abraham, amortecido ya por su vejez extremada salió una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Por la fe ofreció en sacrificio a Isaac, a pesar de que se le había dicho: De Isaac saldrá la descendencia que llevará tu nombre. No vaciló Abraham, en cumplir la orden de Dios, considerando que Dios podía resucitarlo después de muerto.

Esta firmeza en la fe supone, por regla general, el conocimiento de la verdad religiosa, la penetración de su doctrina, que nos permita dominar los problemas del orden espiritual, siguiendo a ese guía infalible puesto por Jesucristo para enseñarnos la verdad, que

es la autoridad de la Iglesia y en especial del Pontífice Romano.

Esta es la ventaja inapreciable de que disfrutamos los Católicos.

El santo Cura de Ars, decía: "Estamos en este mundo envueltos en una densa niebla; la fe es el viento que la disipa y hace lucir sobre nuestra alma un bello día. Ved lo que pasa entre los protestantes; todo entre ellos, es triste y frío, como un invierno largo. Entre nosotros todo es alegre, gozoso y consolador".

Esa alegría y esa esperanza, que nacen de la firmeza en la fe, son las que hacen fecunda y levantada la acción de los católicos de verdad.

Y esa fe es la que les atrae la simpatía de otras almas, arrastrándolas con su influencia bienhechora.

Los descreídos, dice Isabel Lesseur, tienen más simpatía por las almas de fe profunda que por esas otras de convicciones flexibles, plegadizas y habilidosas. Se acercan más a los intransigentes de la fe que a los concesionistas, que a fuerza de componendas y sutilezas buscan, cómo hacerlas aceptable la fe. La única condición que ella exige es que la afirmación indomable de la fe vaya siempre envuelta en la más inteligente simpatía, en la más viva y delicada caridad.

Para lograr esta posesión de la doctrina, hay que **estudiar** mucho y en todo momento.

No hay hombre tan ocupado, que no pueda dedicar ciertos momentos al estudio de la Religión. Conversando un día Pío Nono con el gran general Lamoriciere le citó un texto de San Agustín y el general le contestó con uno de San Ireneo. Asombrado el Papa le preguntó: ¿dónde habéis estudiado los Santos Padres? Y él contestó: "En medio de los campos de batalla, como no siempre se pelea, dedicaba mis ratos de descanso a esta lectura que tenía para mí grandes encantos".

Y para esto basta una inteligencia mediana, con

tal que vaya acompañada de un corazón sincero, porque es cosa muy sabida que más fácilmente se llega al conocimiento y al amor de Dios con el corazón que con la inteligencia. Como dice Weis, no podemos pretender elevarnos hasta su sabiduría, que es infinita; nos basta el permiso que nos da para amarlo como el Supremo Bien de la vida.

Pero ¡qué pocos son los hombres instruídos en materia religiosa!

"Cosa triste de confesar, dice Mr. de Carné, el hombre de estos tiempos se ha adueñado de las más misteriosas energías de la naturaleza y sin comprender toda su esencia, las ha transformado en instrumento de sus necesidades y de sus placeres. Su pensamiento franquea el espacio con la rapidez de la luz; lleva fuerzas nuevas a las extremidades del mundo, este heredero de Adán que ha consumado la conquista de sus dominios. Pero él que ha hecho del vapor una bestia de carga, del sol un instrumento, de la electricidad una rama de la administración pública, sabe menos de sí mismo que un pobre salvaje de la Oceanía, instruído por la palabra de un pobre misionero. Preguntad a este maestro de la ciencia y de la industria, al cual obedecen los elementos, algo sobre las cuestiones más esenciales para la dirección de su vida; y, si es sincero, os contestará que la duda ha vencido su inteligencia orgullosa, que doma la tierra y pesa los cielos".

Ese desconocimiento de la verdad religiosa explica por qué hay tantos hombres que carecen de fe. No se puede amar ni practicar una religión que no se conoce; y el daño más grande que se puede hacer a la idea religiosa es mantenrla escondida. Es lo que pretenden los partidarios de la escuela laica: hacer a la religión el vacío del silencio.

Todo el que estudia y conoce la religión no puede

menos que amarla, si tiene el alma recta y su corazón no está ofuscado por las pasiones.

Ya dijimos antes que hay hombres instruídos en las ciencias profanas, y al mismo tiempo irreligiosos; pero no hay ningún hombre irreligioso instruído en el conocimiento de la Religión.

Tertuliano había dicho en los primeros siglos del Cristianismo: "La fe no teme el progreso; lo que teme, es no ser conocida".

Además del estado de ignorancia a que acabamos de aludir, se opone a la firmeza de la fe el estado de **duda** o incertidumbre.

Recordemos algunas lecciones de la filosofía, acerca de lo que es la duda.

La **duda** es el estado en que la mente, sin adherir a uno u otro conocimiento, suspende su juicio. Es un estado transitorio, y no definitivo, porque la índole de nuestra inteligencia requiere de una manera necesaria la adhesión afirmativa a su calidad. Los mismos escépticos, que proclaman la duda como definitiva, salen, aun sin saberlo ni quererlo, de tal estado, cuando confiesan estar ciertos de la duda; porque negar que la verdad existe es afirmar que no existe, y negar que la certeza es posible es afirmar que ella es imposible; en todo lo cual sufren aquella divina imposición que indica el aforismo latino: **Ducum volentem fata, nolentem trahunt.**

La inteligencia humana no puede descansar tranquila en la duda, pues le acompañan la inquietud y zozobra del sentimiento y la indecisión de la voluntad, aparte de que a salir de ella le excita constantemente la presencia misma del objeto.

Ni en filosofía, ni en ciencia alguna, puede la mente partir de la duda universal o metódica, porque hay verdades inmediatamente evidentes, sobre las cuales no cabe duda alguna y que son postulados previos y

necesarios para discurrir juiciosamente. Tales son: el **hecho de la propia existencia,** porque la vemos en nuestro pensamiento y demás actos que la conciencia nos refiere: el **principio de contradicción,** según el cual una cosa no puede ser y no ser a un mismo tiempo, porque el entendimiento, en la idea de ser, ve la exclusión del no ser; y la **veracidad de las facultades,** porque facultades no veraces serían poderes que nada podrían. La única duda posible en las ciencias humanas es la de las verdades mediatas, antes de ser demostradas.

Las verdades inmediatamente evidentes, que, como hemos dicho, son base de todo raciocinio, nos llevan lógicamente a creer en la existencia de Dios, verdad universalmente admitida por todo el género humano; y supuesta la creencia en Dios, no cabe duda racional en lo que se refiere a las verdades de la fe, porque se trata de creer a la palabra de Dios.

El espíritu de soberbia y la sensualidad han fomentado la duda en las cuestiones religiosas, para ensalzar a la razón humana, poniéndola antes que la autoridad divina, y para colocar la ley del placer y de la comodidad, en reemplazo de la ley del sacrificio y del saber. Se trataba de acumular nubes para destruir el edificio secular de la religión revelada y de la moral cristiana.

Así lo decía el escéptico Bayle: "No soy sino un Júpiter que acumula nubes. Mi talento está en formar dudas, pero éstas para mí son sólo dudas".

Estamos, por desgracia, palpando las consecuencias de ese espíritu de duda y de rebelión contra la autoridad de Dios; y el castigo del Señor ha sido dejar al hombre entregado a sus propias fuerzas.

En un libro titulado **Crisis de la filosofía alemana,** dice Mr. Lebre:

"En todos los pueblos un mismo derrumbe de creencias, una misma angustia de las almas, un mismo

desorden de los espíritus. Nos obsesiona la duda, cuyo poder sería inútil disimular. En el santuario de la consecuencia nos propone lo útil en lugar de lo justo, la comodidad en lugar del deber. El huésped funesto nos sigue hasta en el hogar doméstico y allí argumenta contra la familia y la propiedad. Todo está en tela de juicio, todo es precario, todo está amenazado. Por la primera vez el escepticismo esparce sus sombras sobre toda la superficie de la tierra, y en esta obscuridad se apoderan de nosotros la tristeza, el temor y el fastidio. No será un filósofo el que terminará con estas grandes incertidumbres. No están aquí en juego dificultades de escuela, sino crueles y profundas perplejidades. **Grandes sucesos las han hecho nacer; sólo grandes sucesos les pondrán término**".

26. FE CONSTANTE

La fe ha de ser **constante**, que no se deje vencer por las dificultades que seguramente encontrará en su camino; y mantenida de tal manera que el que la posee esté dispuesto a sacrificarlo todo, hasta la vida si fuere necesario, para defenderla. La calidad de la constancia se refiere a la voluntad resuelta de no abandonarla jamás.

Muchos empiezan bien; pero son pocos los que perseveran hasta el fin, y lo importante es llegar a la meta y no quedarse en el camino.

Alguien ha dicho que el hombre es como una linterna expuesta al viento y que la humanidad es el reino de la movilidad y de la inconstancia.

Y lo triste es que la inconstancia se observa en algo que por su naturaleza debería ser invariable, es decir, en los **principios** que informan la vida; muchos cambian de ideales, como si se tratara del cambio de

vestidos. Son verdaderos insensatos que se mueven a todo viento de doctrina.

En los primeros siglos del cristianismo, la fe era tan constante que los padres preferían para sus hijos la muerte o la prisión, antes que verlos renegar de su fe; hoy día, sólo piensan en el empleo y en los intereses materiales, y por éllos sacrifican la fe y hasta el honor de sus hijos.

La Sagrada Escritura aconseja la **firmeza** en la fe y ofrece, como premio de esa constancia, la paz y la justicia.

Dice el Eclesiástico: "Mantente firme en el camino del Señor y en la verdad de tus sentimientos y en tu ciencia: y vaya contigo la palabra de paz y justicia" (V. 12).

La constancia en la fe supone: a) **cierta humildad de corazón,** que nos aleje del orgullo y la cavilación temeraria sobre los misterios de la Religión, recordando lo que dijo Jesucristo a su Eterno Padre: "Yo te glorifico, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeñuelos" (S. Mat. XI, 25). En otra ocasión llamó a sus discípulos y cogiendo un niño lo puso en medio de ellos, y después de abrazarlo, les dijo: "Si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos" (S. Mat. XVIII, 3). Quiere Dios que se crea con la sencillez de los niños, porque "el que se mete a escudriñar la majestad, será oprimido de su gloria" (Prov. XXVI, 27).

b) **La ayuda de la gracia de Dios,** obtenida por la oración y recepción de los Santos Sacramentos. "Velad y orad, dijo el Señor a Pedro, para que no entréis en tentación. El espíritu en verdad está pronto, más la carne enferma" (S. Marc. XIV, 38).

La oración todo lo puede con el Señor: "En ver-

dad, en verdad os digo que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo concederá'' (S. Juan XVI, 23).

c) **Una conciencia recta** que dirija nuestras obras, porque si no se obra como se piensa, se termina lógicamente por pensar como se obra: ''Te recomiendo, dijo San Pablo a Timoteo, que... mantengas la buena conciencia, la cual por haber desechado de sí algunos, vinieron a naufragar en la fe'' (1 Tim. I, 18 y 19).

d) **Huir de las ocasiones peligrosas,** especialmente de la lectura de libros o periódicos impíos. ''¿Por ventura, puede un hombre esconder el fuego en su seno sin que ardan sus vestidos? ¿o andar sobre las ascuas sin quemarse las plantas de los pies?'' (Prov. VI, 27 y 28).

Es menester evitar el trato demasiado familiar con todos aquellos que pueden poner en peligro nuestra fe. Es un tesoro tan grande, que toda precaución es poca para conservarlo intacto, y hay muchos de quienes debemos guardarnos, conforme al consejo del Señor: ''Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos voraces'' (S. Mat. VII, 15).

Esta fuga de las ocasiones, llega, según el consejo del Señor, hasta desprendernos de aquellas cosas más íntimas, que pueden dañar nuestra alma: ''Si tu ojo derecho es para ti una ocasión de pecar, sácalo y arrójalo fuera de ti; pues, mejor te será el perder uno de tus miembros que no todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Y si es la mano derecha la que te sirve de escándalo, córtala y tírala lejos de ti; pues, mejor te será que perezca uno de tus miembros que no el que vaya todo tu cuerpo al infierno'' (S. Mat. V, 29 y 30).

Daurignac, en su Historia de San Francisco Javier, trae un ejemplo de constancia admirable en la fe católica. Dice que el rey de Bungo se convirtió a la fe católica después de la muerte de San Francisco Ja-

vier. Como algún tiempo después perdiera una batalla, y con ella el reino, dijéronle los que le rodeaban que la causa de esta desgracia era haberse hecho cristiano, abandonando los dioses del paganismo. Pero el rey contestó: "¿Qué importa que yo pierda un reino de esta tierra si no pierdo la fe y con ella mi reino celestial? Aunque todos se apartasen de la fe católica, los europeos, los sacerdotes, los jesuítas... no quisiera yo vacilar en esta fe".

Si queremos que sea un hecho el reinado social de Jesucristo y que triunfe la fe cristiana, debemos propagarla incansablemente, siguiendo el consejo del caudillo católico O'Connell, que decía a sus compatriotas, los heroicos irlandeses: "Hay que hablar siempre, escribir siempre, pedir siempre, asociarse siempre, y combatir siempre, hasta que se consiga lo que se desea y que la justicia quede satisfecha".

Por inconstancia, por cobardía y por descuido fracasan muchas veces los planes mejor concebidos. Si hubiéramos sido constantes, Dios nos habría ayudado.

Dios auxilia, decía el Santo Papa Sixto V, a los hombres que piensan y obran con energía y constancia, y guárdense de achacar a Dios lo que es culpa únicamente de su cobardía y de su descuido.

Los católicos, que son los únicos que conservan la verdadera tradición cristiana en toda su integridad, no tienen excusa alguna, si traicionan su fe y abandonan su religión. Muy distinta es la situación de los que sólo poseen un cristianismo incompleto o imperfecto, como los protestantes y cismáticos. Si ellos cambian su religión por la católica, es porque abandonan el error para volver a la fe de sus padres. El Conde de Maistre decía que el católico que pasa a ser protestante apostata verdaderamente, pues que abandona creencias y niega hoy lo que creía ayer; mientras que el protestante que pasa a ser católico no abdica ningún dogma,

ni niega nada de lo que creía; lejos de eso, cree lo que antes negaba, lo que es cosa muy diferente.

27. EL RESPETO HUMANO

Se opone a la intrepidez y constancia de la fe lo que vulgarmente se llama el **respeto humano,** que es la vergüenza de manifestar la fe, un abandono cobarde de las propias ideas y pensamientos íntimos del alma en la materia religiosa, que es la más importante de todas, para parecer a los ojos de los demás lo que en realidad no somos, por el temor servil de desagradar a algunos hombres, que muchas veces son víctima también de la misma cobardía.

El nombre vulgar de **respeto humano** es inadecuado, porque lo que llaman respeto humano es la falta de respeto a sí mismo, para someterse servilmente al capricho ajeno.

Dice Veuillot que el respeto humano es peor que la vanidad de ostentar la fe: "Yo preferiría, dice, mil veces la vanidad de ser cristiano antes que la vergüenza de confesarlo".

Y los que caen en esta debilidad, ni siquiera obtienen el provecho que buscan, porque el mundo, al decir de Víctor Cherbuliez, es a la vez un gran tentador y un austero moralista: quiere que se entreguen completamente a él, y luego desprecia a los que se le entregan; les toma su virtud y después les reprocha el haberla perdido.

Manifestar valerosamente la fe es un deber sagrado que incumbe a los católicos; y hoy más que nunca, porque todos son llamados al apostolado.

Hablando sobre esto decía el Papa León XIII, en un discurso pronunciado el 20 de Abril de 1890: "Un deber se impone a los católicos: el de demostrar que lo son, a cara descubierta, y sufrir todo lo que sea ne-

cesario para conservar el tesoro inestimable de la fe. Hoy no pueden existir más que dos campos: el de los católicos resueltos a permanecer unidos, cueste lo que cueste, con sus Prelados y el Papa; y el de los enemigos que los combaten. Los que por su cobardía temen dar la cara y prefieren permanecer neutrales entre ambos, no hacen otra cosa que ir a engrosar las filas enemigas, porque según la divina palabra: "El que no está conmigo, contra Mí está".

El 7 de Septiembre de 1904 recomendaba el Papa Pío X a los Congregantes Marianos de Italia, que fueran constantes en la profesión de su fe, con estas palabras:

"Estad firmes y constantes en la profesión de vuestra fe; persuadidos de que si valerosamente manifestáis vuestra fe y vuestras convicciones, los mismos adversarios bajarán la cabeza en vuestra presencia y rendirán homenaje a vuestra virtud. Confiad, no en la poquedad de vuestras fuerzas, sino en la bondad, en la misericordia del Señor, que oportunamente vendrá en vuestro socorro y os dará el premio de vuestra constancia".

Es increíble la influencia que ejerce el malhadado respeto humano para apartar a los hombres de las prácticas religiosas.

Un apólogo muy conocido del abate Roux demuestra el inmenso poder del sarcasmo sobre la mayoría de los hombres. Dice que Satanás convocó un día su gran Consejo y los ministros del infierno. Antes de sentarse, discutieron la cuestión de la preeminencia. ¡A mi derecha, el más digno! exclamó Satanás. La lujuria alegó sus derechos, la mentira exhibió sus títulos, y el orgullo se jactó de sus méritos. Satanás estaba indeciso. El sarcasmo lanzó una carcajada, y dijo: "Nadie más digno que yo". El mal que estos hacen es de poco valor, comparado con el que yo sé hacer. De ellos

pueden librarse los hombres; pero de mí no; ellos pierden a los individuos, pero yo pierdo a los imperios; ellos envalentonan al vicio, pero yo descorazono a la virtud. Por mi expira el entusiasmo, sucumbe la justicia, se atemoriza la verdad y se avergüenza el deber''; **Derisor perdet civitatem.**

Ven a sentarte a mi lado, exclamó Satanás.

Este miedo a la burla de los que nada valen es por desgracia un defecto muy generalizado en los países latinos. Edouard Pailleron, en un informe elevado a la Academia Francesa, el 29 de Noviembre de 1884, sobre los premios a la virtud, aborda este tema. Dice:

''Es un pueblo singular el nuestro. En verdad está más ricamente dotado que ningún otro en el mundo. Como el príncipe de esos cuentos encantados con cuyo relato tanto gozaba La Fontaine, parece que todas las hadas fueron convidadas a su bautismo y que todas lo llenaron de regalos. Sin embargo, debe haberse olvidado invitar a una, como siempre ocurre, porque todo lo que esas madrinas han hecho por su ahijado, se ha vuelto contra él. El hada que no fué invitada quiso vengar la injuria y terminada la ceremonia del bautismo apareció grotesca y temible; después, acercándose a la cuna, dijo al niño: ''Yo soy el hada del Ridículo y como las otras no se han acordado de mí, tú me recordarás siempre, y ocultarás cuidadosamente las cualidades que tienes para mostrar los defectos de que careces. Tú eres dulce y la sola idea de tener un aire sumiso hará de ti un revoltoso; hermoso y por el temor de parecer ligero, te harás pesado; fino y la ambición de ser fuerte te hará grosero; amas lo bello y serás impresionista; amas lo delicado y serás naturalista; amas lo honesto y te arrastrará la política. Llamarás a tu sensibilidad, neurosis, y a tu orgullo patriótico, chauvinismo. Para no ser doble en los sentimientos, lo serás en las palabras. **Siendo creyente** pa-

sarás por escéptico, y en definitiva quedarás incrédulo; encontrarás fuera de razón al Dios que te ha creado, porque no lo ves, y adorarás a los hombres que verás demasiado y los convertirás en dioses, pronto a dejarlos para colocar a otros en su lugar".

El respeto humano es una cobardía despreciable. Los hombres valientes no han conocido ese temor a las burlas.

El más ilustre de los Generales de Napoleón fué Drouot. En la memorable y desgraciada campaña de Rusia, divisó Napoleón durante la noche una luz en el campo y en el acto envió a un oficial a acercarse a la tienda en que brillaba la luz. Señor, le contestó el oficial, es Drouot que trabaja y que reza. Al día siguiente, Drouot se batía como un león con el enemigo, y a Napoleón que lo felicitaba por su valor, le contestó: "Señor, yo no temo a la muerte ni a la pobreza; sólo temo a Dios y esa es toda mi fuerza".

Otro de los generales de Napoleón, Brun de Villeret, fué invitado, el año 1830, por el rey Luis Felipe de Orleans a comer a palacio con otras notabilidades políticas y militares, por haberse distinguido en las guerras del Imperio, principalmente en la isla de Lobau, donde al frente de un puñado de valientes había hecho fracasar durante tres días todos los esfuerzos del enemigo. Estaba sentado a la derecha de la reina, y como rechazara todos los platos que le ofrecían, la reina, extrañada, le preguntó por qué no comía. "Hoy es viernes le contestó sonriendo y espero que traigan un plato que no sea de carne". La reina quedó confundida y el Mariscal Soult creyó salvar la situación burlándose de los escrúpulos de su viejo compañero de armas. ¡Cómo! le dijo Brun en alta voz, ¿esto te asombra? Tú me conoces bien y sabes que jamás he comido carne en día viernes, si no en la isla de Lobau,

donde no tuve otra cosa que comer que la cabeza de mi caballo.

Igual valor para no ocultar sus ideas religiosas tuvo el ilustre general Lamoriciere, que convidado por el Presidente Thiers para una reunión en día domingo a las ocho de la mañana, le contestó: "No puedo señor ir a las ocho, porque a esa hora debo oir misa".

Sirve mucho para evitar el fantasma del respeto humano la unión de los buenos católicos que mutuamente se ayuden a confesar su fe. Como dice el Evangelio, el hermano ayudado de su hermano es como una ciudad fuerte.

Así lo hizo un grupo de jóvenes católicos franceses, que se asociaron para obtener que se respetara la ley eclesiástica sobre comida de viernes.

Se supo su existencia de la manera siguiente: Un día Viernes de cuaresma llegaron muchos viajeros al comedor de la estación de Marsella y pidieron la lista, que era toda de carne. Muchos, que eran católicos, vacilaron un momento, pero en definitiva, dominados por el respeto humano empezaron a comer. De repente llega un joven de veinticinco años de edad y en voz alta rechaza la lista y manda hacer una tortilla de huevos. Muchos de los que comían carne se ruborizaron y conocieron su cobardía.

Al salir del comedor, uno de los viajeros se dirigió al joven y le dijo: si usted hubiera llegado diez minutos antes casi todos habríamos comido de vigilia.

Ya lo sabía, repuso el joven, diariamente veo los resultados de mi buen ejemplo. A consecuencia de un verdadero milagro con que me favoreció la Virgen —la curación de mi madre gravemente enferma— le prometí constituirme en **apóstol de la vigilia en los Viernes.** Soy viajante de comercio, y carezco de tiempo para muchas devociones; pero las suplo con este apostolado. Seis compañeros, viajantes de comercio, dirigi-

dos por un religioso, nuestro antiguo maestro, hemos fundado una sociedad que llamamos, el **Apostolado de la tortilla de huevos**. En nuestros viajes somos los primeros en llegar al comedor y pedimos en voz alta una tortilla de huevos, en los días Viernes; y hemos comprobado prácticamente que después de oírnos, son muchos los que siguen nuestro ejemplo y comen de Viernes.

El respeto humano es una **servidumbre** vergonzosa. No es hombre libre el que está reducido a la esclavitud de ocultar sus ideas, y a veces renegar de ellas, para satisfacer el capricho ajeno.

Negar a su Dios y a su Padre, por miedo estúpido al ¿qué dirán? es una inconcebible bajeza; es ser esclavo del vulgo. La historia recuerda con vergüenza la conducta del poeta francés Juan B. Rousseau, en una gran fiesta, en circunstancias que recogía en el teatro los aplausos de la galería. En medio de la turba entusiasta, que lo aplaudía, le mostraron a un hombre que le sonreía con gran amor. Le preguntaron cuál era el nombre de ese desconocido, y contestó que era un campesino de sus tierras. Cometió el poeta la mayor de las bajezas, porque ese hombre que le sonreía amorosamente era su padre, que había venido del campo a participar en su triunfo.

Así lo hacen con Dios, que los está mirando con amor, los cobardes que lo niegan, por respeto humano.

Es también la mayor **inepcia**. ¿De qué se avergüenza el que lo teme? Del título de cristiano, que debería ser todo su orgullo. ¿Y delante de quién? Delante de la opinión del vulgo, de la masa inconsciente de hombres que no reflexionan y que tienen en estas materias, que requieren cierta elevación de criterio para apreciarlas, los juicios más tontos y más injustos.

Con razón decía el literato Víctor Laprade: "Por instinto soy partidario del hombre a quien se le grita

¡abajo! Siempre la muchedumbre ha escogido a Barrabás''.

Y Gustavo Droz hace la siguiente observación: ''He visto siempre a la masa juzgar las cosas por su lado animal y correr hacia lo absurdo, como el fierro hacia el imán. Para ella, el hombre fornido que sentándose rompe una cadena es un ser poderoso al que nada resiste. Estima el valor del sabio por el tamaño de sus anteojos; el genio de un capitán, por la altura de su plumón; y el alma de un patriota por lo sonoro de su voz. La opinión pública es como una balanza que más allá de ciertos pesos se enloquece y se rompe''.

28. FE VIVA — OBRAS BUENAS

La fe ha de ser **viva,** que se traduzca en obras, porque como dice el Apóstol Santiago: ''Como un cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin las obras está muerta (Santiago, 11, 26). Enseña el Señor que las palabras no bastan para salvarse y que son necesarias las buenas obras: ''No todo aquel que me dice: ¡Oh Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos; sino el que **hace la voluntad de mi Padre Celestial,** ese es el que entrará en el reino de los cielos'' (Mat. VII, 21).

San Gregorio dice que sólo creemos verdaderamente cuando demostramos con nuestras obras la fe que profesamos con la boca; y San Gerónimo agrega: ''La fe verdadera no es ociosa ni solitaria; su compañero inseparable es un celo constante por el bien, porque lo que la fe ha reconocido y amado, el celo se esfuerza por traducirlo en obras''.

La ciencia es buena cuando se convierte en obras y es culpable, si, conociendo el bien, no lo practica.

''La necesidad característica, dice Pío X, que debe brillar en todos los miembros de cualquiera obra cató-

lica, es la de manifestar abiertamente la fe con la santidad de la vida, con la moderación de las costumbres y con la escrupulosa observancia de las leyes de Dios y de la Iglesia. Esto debe ser así, porque es el deber de todo cristiano, y además para que nuestros contrarios se avergüencen y no puedan encontrar nada censurable en nosotros".

La verdadera religión, acompaña al hombre a todas partes y en todo momento; penetra su vida entera e influye en todos sus actos.

Los deberes religiosos no se cumplen a una hora determinada, sino todos los días, en todas las horas y en todas las ocasiones, porque todo acto de un católico debe ser conforme con la ley de Dios.

El rey pagano Penda se encolerizaba cuando oía decir que algunos cristianos no vivían de acuerdo con sus creencias. "¿Cómo es posible, decía, creer en Dios y en su Omnipotencia y resistir sus mandamientos y su doctrina?"

Y Santa Teresa de Jesús decía: "No creer en Dios es una verdadera locura; pero creer en Dios y desafiarlo, despreciando sus mandamientos, es el supremo grado de una demencia incomprensible".

Las obras buenas que hagamos en esta vida decidirán nuestra suerte en **el juicio final,** porque, como dice el Evangelio, "el Hijo del Hombre ha de venir, revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles, y entonces dará el pago a cada cual según sus obras" (Mat. XVI, 27). Cualquiera que diere de beber a uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca solamente por razón de ser discípulo mío, os doy mi palabra que no perderá su recompensa (Mat. X, 42).

En la hora de la muerte, el hombre lleva sólo la compañía de sus buenas obras. Una leyenda popular

rusa, muy expresiva, dice que un hombre tenía tres amigos: su dinero, su esposa y sus buenas obras. En la hora de la muerte llamó a los tres para despedirse. Cuando se presentó el dinero, le dijo: Adiós, amigo mío, voy a morir. Y el dinero le contestó: Adiós; tan pronto como mueras yo haré que arda una vela para descanso de tu alma. Llegó después la esposa, se despidieron cariñosamente y ella le prometió acompañarlo hasta la sepultura. Por último, llegaron las buenas obras. ¡Voy a morir! les dijo el enfermo. ¡Adiós! Cómo ¡Adiós!, le replicaron; y piensas acaso que vamos a abandonarte! Si vives, viviremos contigo; si mueres, te seguiremos. Murió el enfermo; el dinero le dió la vela ofrecida; su mujer lo acompañó hasta la sepultura; y las buenas obras lo acompañaron más allá de la tumba y llegaron con él a la presencia de Dios.

No basta hacer obras exteriores buenas. Es menester hacerlas con **buen fin,** esto es, para agradar a Dios. "Guardaos, dice el Señor, de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres, **con el fin de que os vean**; de otra manera no recibiréis el galardón de vuestro Padre que está en los cielos. Y así, cuando das limosna no quieras publicarla a son de trompeta como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles a fin de ser honrados de los hombres. En verdad os digo que ya recibieron su recompensa" (Mat. VI, 1 y 2).

Los que tienen el oficio de **apóstoles,** y se ocupan de predicar el Evangelio y de enseñar sus deberes a los demás, deben empezar por darles ejemplo con sus buenas obras. "Vosotros decía Jesús a sus apóstoles, sois la luz del mundo. No se puede encubrir una ciudad edificada sobre un monte; ni se enciende la luz para ponerla debajo del celemín, sino sobre un candelero a fin de que alumbre a todos los de la casa. **Brille así vuestra luz ante los hombres de manera que vean**

vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. V, 14, 15 y 16).

Hay que hacer las obras buenas, **oportunamente,** y no vivir esperando el día de mañana, que a veces no llega.

"¿Por qué, dice Elizabeth Lesseur, aplazamos para el día de mañana el hacer el bien? ¿Por qué esperamos a ser ricos para dar? ¿No hay acaso el don de sí mismo, que es mejor que el don del dinero? y ¿acaso transcurre un día o una hora que no nos ofrezca ocasión de dar una lágrima o una sonrisa a un ser desgraciado? Una palabra nuestra ¿no sería capaz de fortalecer un alma sumida en la aflicción? Un acto de puro amor, salido de lo más íntimo de nuestro ser ¿no podría iluminar una vida triste? ¡Cuántas veces, Dios mío, en el camino de la vida y olvidando la palabra divina, hemos desatendido a uno de nuestros hermanos y desdeñado el sufrimiento humano!"

29. GRANDEZA Y UTILIDAD DE LA FE

La fe en Jesucristo y en su doctrina divina, es en cierto modo **lo más grande** y lo más útil que hay en el mundo, no sólo en el orden espiritual, sino también en el orden temporal. El mismo Jesucristo nos enseñó el valor y el poder de la fe.

En una ocasión los discípulos le preguntaron por qué ellos no habían podido lanzar al demonio. Les contestó el Señor: "Por vuestra poca fe. Porque en verdad os digo, que si tuviéreis fe, como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible" (Mat. XVII, 19).

La fe es la que **mantiene la vida del alma,** y sin ella impera la frialdad de la muerte. "Yo no quisiera, decía el poeta alemán Goethe, que me privaran de la

felicidad de creer en una vida futura; estaría tentado de decir con Laurent de Médicis que están muertos ya en esta vida los que no esperan en otra''.

Un proverbio japonés, para enseñar la **utilidad social de la fe,** dice: ''Nada creáis al hombre que en nada cree''. Si él no presta fe a lo que los demás afirman, ¿por qué habíamos de creerle a él? Si no cree en la otra vida, en que se premia y se castiga el mal, es de temer que se sienta más inclinado a satisfacer sus apetitos que a cumplir con sus deberes, ya que no tiene freno alguno que lo contenga.

La fe inspira al hombre pensamientos levantados; mantiene en el mundo el orden moral, asegurando el cumplimiento de los deberes; garantiza la verdadera libertad; es el gran consuelo de la vida y la inspiradora de las grandes obras de arte, que asombran al mundo.

Ella nos da el **sentimiento de la propia dignidad y grandeza,** por el fin nobilísimo a que estamos destinados, y levanta nuestros corazones por encima de la sensualidad que todo lo malea.

Un cínico sensualismo, arrogante y desdeñoso, dice Fernán Caballero, se enseñorea del mundo, con su ansia de innovaciones, y con su pendón, que tan alto levanta, en el que se lee: **Intereses materiales sobre todo.** Alza tu vista de este círculo rastrero; considera que el bien y el mal son dos grandes y universales principios: lo que ambos inspiran tendrá siempre las mismas tendencias: la de **arriba** y la de **abajo.** Dios que nos llama y dice: **sube,** y el enemigo de nuestra alma, que nos arrastra y dice: **baja.** Ocupen los intereses materiales el segundo puesto y no le usurpen el primero a los morales.

En presencia de las grandes verdades de la fe, los hombres vulgares, inclinados a la tierra por sus apetitos animales, pueden cerrar sus ojos y vivir indolen-

tes y dormir tranquilos; pero las almas selectas, las que piensan en los problemas del espíritu y de la otra vida, se conmueven, se inquietan y sufren hasta que encuentran la verdad que satisface las ansias inmortales de sus espíritus.

El hombre que tiene fe **comprende la importancia de su misión en esta vida** y sabe apreciar las cosas de la tierra en su verdadero valor. Su sabiduría es superior a la de los demás hombres. Un autor anota la diferencia que hay entre un animal irracional, un hombre indiferente y un hombre religioso. Dice: "Observad al perro: cuando ve el pan menea la cola; cuando ve un campo de trigo lo desprecia. Observad al hombre indiferente, por torpe que sea, le interesará un pedazo de pan, pero le interesan más las mieses que lo producen. Ved en fin al hombre religioso: gusta del pan y cultiva las mieses, pero al pensar en Dios que las crió, cae de rodillas. El perro no pasa del pan. El indiferente no pasa de la tierra. El hombre que tiene fe llega hasta Aquél de quien procede todo don perfecto".

Por eso los grandes genios, las cumbres de la humanidad, han sido hombres de fe.

Cristianos fueron los monarcas y gobernantes que han dejado en la historia el recuerdo de sus grandes obras, como Constantino, Teodosio el Grande, Clodoveo, Carlo Magno, San Luis rey de Francia, Enrique de Baviera, Esteban de Hungría, Canuto de Dinamarca, Wenceslao de Bohemia, Eduardo de Inglaterra, San Fernando, Alfonso el Sabio, Isabel la Católica, Carlos V, Felipe II, y en América, García Moreno el ilustre presidente del Ecuador.

Los grandes literatos y poetas, como el Dante, Tasso, Petrarca, Milton, Klopstock, Cervantes, Calderón de la Barca, Lope de Vega, Fray Luis de León, Corneille, Racine, Shakespeare.

Los grandes genios militares de la edad Media y de los tiempos modernos, como Godofredo de Bouillon, Tancredo, Bayardo Duguesclin, Juana de Arco, Gonzalo de Córdoba, Juan de Austria, Sobieski, Turena, Condé, Napoleón, Bolívar, San Martín.

Los oradores más brillantes, como Bossuet, Fenelón, Bourdaloue, Masillon.

Los filósofos más eminentes, como Santo Tomás de Aquino, Bacon, Descartes, Pascal, D'Aguessau, De Maistre, Bonald, Balmes, Suárez, Vives.

Los físicos, como Ampere, Faraday, Volta, Marconi.

Los químicos, como Lord Carff, Chevreul.

Los astrónomos, como Copérnico, Newton, Le Verrier, Galileo, P. Secchi, Schiapparelli.

Los naturalistas, como Linneo, Bernard, Milne Eduards.

Los matemáticos, como Pascal, Euler.

Los entomólogos, geólogos, histólogos y paleontólogos, como Fábre, Lapparent, Ramón Cajal, Almera.

El gran músico Mozart era creyente fervoroso. "Yo tengo siempre a Dios delante de mis ojos —escribía el 24 de Octubre de 1777— reconozco, acato y confieso su omnipotencia, temo su justicia, mas al mismo tiempo conozco su bondad, su misericordia y clemencia para con las creaturas. El jamás abandona a los que le sirven. Si las cosas que me suceden, las dispone su voluntad, yo las estimaré como venidas de su mano. Así nunca dejaré de considerarme dichoso".

Vivía preparado para la muerte. En una carta del año 1789 —murió en 1791—, decía: "Como la muerte, si bien la consideramos, es verdaderamente el término de nuestra vida, yo estoy hace ya no pocos años tan familiarizado con este verdadero amigo del hombre, que su imagen — lejos de ser para mí espantosa —

se me muestra dulce y conmovedora. Doy rendidas gracias a mi Dios por haberme concedido la gracia de considerar a la muerte como una llave que me abrirá las puertas de la Bienaventuranza. Ninguna noche me acuesto sin pensar que, aunque soy joven —murió de 35 años—, puedo no levantarme mañana; y a pesar de mi continuo pensamiento nadie podrá decir que estoy triste. Agradezco a mi Creador esta dicha y se la deseo a todos los hombres''.

Un prelado francés felicitaba al sabio astrónomo Le Verrier, por el descubrimiento que había hecho famoso su nombre y le dijo: ''Caballero, no se puede decir de vos, como de muchos otros, que os habéis elevado hasta las nubes; esto sería inexacto. Habéis hecho más, habéis subido hasta los astros''. ''Monseñor, replicó Le Verrier, no es bastante esto; quiero subir mucho más alto y para ello medito una empresa mucho más importante''. Las personas que se encontraban presentes esperaban el anuncio de un nuevo descubrimiento científico, cuando el sabio, con noble sencillez, prosiguió: ''Monseñor, tengo la ambición de elevarme sobre los astros, quiero ir al cielo y espero que para facilitarme la empresa, no me rehusaréis el poderoso auxilio de vuestras oraciones''.

Simón Bolívar, el libertador de una gran parte de América, tenía ideas sinceramente católicas.

Y no se contentó con manifestar privadamente esas opiniones, sino que las llevó a la práctica en más de una ocasión.

En una conspiración tomaron parte activa varios jóvenes estudiantes y Bolívar creyó que la raíz de esos males estaba en la enseñanza que entonces se daba en algunas escuelas, basada en principios contrarios a la religión y para remediar ese mal decretó el año 1828: que se restableciera el latín, idioma necesario para el conocimiento de la religión; que los estudiantes de fi-

losofía dedicaran el segundo año al estudio de la Moral y del Derecho Natural; y que todos los jóvenes alumnos estaban obligados a asistir a un curso sobre los fundamentos y apología de la Religión Católica romana y de su historia.

Con razón dice Monsalve: ''Un Bolívar ateo, o siquiera indiferente en materia religiosa, o apóstata, no hubiera sido el Libertador de Colombia y de la América del Sud; no habría sido el Bolívar a quien todo el mundo ibero-americano tributa gratitud y admiración. Bolívar fué Libertador, porque en él encarnó el sentimiento popular de las colonias españolas y éstas eran, como la metrópoli, netamente católicas''.

El gran tribuno español, Emilio Castelar, a pesar de sus veleidades políticas, conservó en su corazón la fe religiosa y volvió a ella en sus últimos años, cuando ya se había desilusionado de sus quiméricos proyectos.

Cuenta la escritora española Dolores de Gortazar que una tarde fué a visitarlo en Madrid a su casa de la calle de Serrano, cuyas puertas estaban siempre abiertas para ella, y la hizo entrar a un bello rincón de su estudio íntimo. Un ''océano de papeles'', como él decía, se desparramaba confuso por la amplísima mesa. En un ángulo del saloncillo despacho se destacaba un reclinatorio de rojo terciopelo y al frente un valioso crucifijo de marfil, un modesto rosario, el Kempis y algunos libros de piedad en la repisa del reclinatorio. También una pilita de agua bendita adosada a la pared.

Yo también sé rezar, le dijo Castelar. Aquí en este reclinatorio me humillo ante Dios y confío en que la Misericordia Infinita del que se inmoló en el Calvario por los pecadores perdonará los extravíos, los errores lamentables de mi juventud, porque Dios perdonó a los que le crucificaron y por la intercesión de su Madre pura, Inmaculada, conseguiré lo que le pida. Soy

católico y como católico espero morir. ¡La República en España! ¡Y sin Religión! ¡Qué hecatombe sería!

Termina diciendo que nunca pudo olvidar la espontánea confesión de fe del tribuno, que murió como cristiano y caballero.

Los jefes del Imperio Británico, en un manifiesto memorable dirigido a sus conciudadanos, en el año 1920, dejan constancia que "ni la educación, ni la ciencia, ni la diplomacia, ni la prosperidad comercial constituyen cimientos sólidos para el ordenado desenvolvimiento de la vida mundial; que el espíritu de buena voluntad entre los hombres descansa necesariamente sobre móviles espirituales, así como la esperanza de una fraternidad humana ha de apoyarse sobre el firme cimiento espiritual de la fe en Dios como Padre, y que en este reconocimiento de Dios, Padre de todos los hombres, y en sus designios respecto al mundo, ejes ambos de la doctrina cristiana, hallaremos las bases primordiales y últimas para la organización de una vida ordenada y armónica entre todos los hombres".

El Presidente Hoover de los Estados Unidos, en un discurso pronunciado para conmemorar el 150 aniversario de una de las batallas de la Independencia, aludiendo a los peligros del socialismo y bolchevismo, decía: "Es significativo que estos sistemas niegan la religión y tratan de expulsarla de la sociedad. No puedo concebir un orden social sano o un sólido sistema económico que no posea raíces en la fe religiosa. El materialismo ciego no puede mantener por largo tiempo la lealtad de la humanidad".

El actual presidente de los Estados Unidos Mr. Roosevelt, en una Asamblea de las Sociedades Católicas de beneficencia, celebrada el 4 de Octubre de 1933, para conmemorar el centenario de las Conferencias de San Vicente de Paul, con asistencia de millares de personas, entre ellos cincuenta arzobispos y obispos y del

Cardenal Hayes, hizo las siguientes declaraciones, que fueron transmitidas por radio a todo el país: "Aquellos que en otros países, aludía a Méjico, y lo digo con toda deliberación, aquellos que en otros países han tratado de eliminar, por decreto o por ley, el derecho del hombre a creer en Dios y practicar sus creencias, en todos los casos hasta hoy conocidos, han descubierto, tarde o temprano, que estaban martillando contra una **necesidad del género humano**: me refiero a la religión".

Poco después de asumir el poder, dirigió a los obispos católicos de su país una hermosa carta para darles las gracias por sus constantes oraciones, en la cual consigna lo siguiente: "Sólo Dios sabe lo reconocido que les estoy por la bondadosa comunicación de caridad de tantas oraciones. Más que nunca, en el momento trágico que el mundo atraviesa, el genio de los hombres no podría nada si no lo iluminara la gracia y la protección de Dios.

"Espero ser útil a los ciudadanos de América, pero pongo mi confianza en Dios antes que en mí y en mis cooperadores.

"La única conferencia internacional en que de antemano tendría yo grandes esperanzas, sería aquella en que los gobernantes se reuniesen para pedir oficialmente a Dios luces especiales para la resolución de las urgentes necesidades públicas, cuya falta de resolución o cuya mala resolución amenazan no ya en un futuro lejano, sino en momento próximo, a la sociedad internacional".

Mussolini ha declarado que la religión es necesaria porque eleva al pueblo a un ideal espiritual más alto". "Es una fuerza que consolida y modera, que mantiene a los pueblos dentro de los principios de la justicia y de la virtud"... "El poder moral y espiritual de la religión, al unir al pueblo en un mismo con-

cepto de lo justo y lo ideal, lo contiene y lo restringe cada vez que en un momento de efervescencia de la vida nacional, se produce un impulso que lo induce a cometer excesos"... "Mi actitud respecto al Catolicismo es ésta: "Respeto al Catolicismo, colaboración con el Catolicismo. La Jerarquía eclesiástica debe ser honrada por el Estado. Siempre que he podido he ordenado a las autoridades civiles y militares que asistan a las grandes ceremonias del culto. Los recursos del clero deben ser aumentados por el Estado"... "La enseñanza de la religión debe ser estimulada por el Estado. El prestigio de la Cruz debe ser reconocido y sancionado por el Estado. He restablecido el Crucifijo en los tribunales, en las escuelas y me propongo restablecerlo en el parlamento".

El poeta portugués, Guerra Junqueiro, en un reportaje sobre la enseñanza religiosa en las escuelas, decía: "La religiosidad nativa y cristiana del pueblo portugués, que es la fuerza suprema del alma nacional, se mueve y vive por tradición dentro de la Iglesia y de la literatura católica. Debemos mantenerla pura y ardiente, porque es la llama sagrada que nos calienta y nos alumbra. Los triunfos y las conquistas de Napoleón no valen la lágrima de un santo. Las pompas de su victoria no valen las de San Francisco. El clamor de las apoteosis guerreras y sangrientas no valen un débil murmullo de oración, yendo de los labios de un justo hasta Dios. Debemos depositar en las manos de todas las criaturas y en el alma de todos los portugueses la evidencia de los tesoros de gracia cristiana y de vida divina, dispersos en sus poetas y en sus místicos"... "El dístico: "Sin Dios, ni religión" en los frontispicios de las escuelas infantiles, es una blasfemia satánica y estupro moral".

30. LA FE Y EL ORDEN MORAL

La Religión es la **que mantiene el orden moral.** Dice Donoso Cortés, que por la Religión entró el orden en el hombre, y por el hombre en la sociedad humana. El hombre encontró en el día de la Redención las leyes que había perdido en el día de la prevaricación y del pecado. El dogma católico fué el criterio de las ciencias, la moral católica el criterio de las acciones, y la caridad el criterio de los afectos.

Según el jurisconsulto español, Martínez de la Rosa, la religión allana la senda de la civilización y cultura; prescribe a los gobiernos la templanza y a los súbditos la fidelidad y la obediencia; suple la ineficacia de las leyes y presta a la moral el apoyo de la sanción divina; declara iguales a todos los hombres, hermana a las diversas clases que dividió el nacimiento o la fortuna; emplea la persuasión y los medios morales, condenando la opresión y violencia; se dirige a la parte más noble del hombre, le purifica, le engrandece, le acerca al mismo Dios que le ha creado.

Es tan imposible, dice, labrar una ciudad en el aire, como fundar un gobierno libre en una nación desmoralizada y descreída. La estructura del régimen popular, descansa en ese fundamento, porque desde el último elector de aldea, que deposita su cédula cerrada en el seno de la humilde urna, empieza la sociedad a encomendar su suerte a la buena o mala voluntad de los ciudadanos, dejándolos a solas con Dios y su conciencia.

Las leyes no bastan. Si no existe un principio de moralidad sostenida y alimentada por el sentimiento religioso, es de temer que la moral de ese pueblo se convierta en **un cálculo de probabilidades**; llevando cada persona el Código Penal en el bolsillo, para consultarlo y regir su conducta, como se cuenta de aquel

patricio que llevaba por las calles de Roma un siervo cargado de oro para pagar la multa que la ley imponía al que abofetease a un ciudadano.

La publicidad tampoco basta para defender el orden social, porque sin religión, lejos de atajar el mal, será un estímulo para él. Colocad a los legisladores en un anfiteatro: dejadlos fluctuantes entre el imán de la ambición, entre el cebo del interés, entre el seductor atractivo de los aplausos populares: ocultad la voz de su conciencia, que no piensen en Dios, sino solo en los hombres; y exigid luego de ellos que lo sacrifiquen todo con buen ánimo, a trueque de no faltar a su deber, amargo a veces, y con frecuencia peligroso. Eso es pedir un imposible.

La fe **asegura el cumplimiento de los deberes,** porque nos obliga a pensar en la cuenta que tenemos que dar a Dios de cada uno de nuestros actos y aun de las simples omisiones. Ella es la que forma y sostiene los mejores ciudadanos de una República libre.

El deber cristiano es un yugo que pesa en todo momento sobre la voluntad humana; es la voz de la conciencia que le ordena dirigir todos sus pasos y mantenerse siempre en el camino del bien. No basta ser sabio para tener conciencia recta; es menester además tener un alma pura, iluminada por las verdades de la Religión. Montesquieu, hablando de la conciencia de los paisanos franceses, decía: ''Yo estimo a los paisanos, porque no son bastante sabios para obrar torcidamente''. Y en otra parte dice: ''Los principios del cristianismo, bien grabados en el corazón, son más fuertes que el famoso honor de las Monarquías, que las virtudes humanas de las Repúblicas y que el temor servil de los Estados Despóticos''.

La conciencia es una fuerza muy poderosa, cuando está unida a Dios del cual es una irradiación, es decir, cuando es el reflejo de la ley divina en el alma

humana, cuando tiene ese carácter imperativo e invencible que arranca de los preceptos que constituyen la moral cristiana. Basta recordar los sacrificios de los mártires que, oyendo la voz de su conciencia, sacrificaron su vida, antes de faltar a sus deberes de cristianos.

Hablando de esa fuerza de la conciencia cristiana, decía Napoleón: "Se puede hacer retroceder a cien mil hombres; pero es imposible vencer la conciencia de una pobre mujer". Separada de Dios la conciencia no tiene valor social apreciable, porque carece de consistencia y es eminentemente variable y tornadiza; para unos, es un resabio de educación; para otros, es la voz de la pasión, del interés, del medio ambiente, o del simple capricho del momento.

Ya lo dijo Lamartine: "Quitad de la conciencia la ley de Dios y se hace la noche en el hombre; la conciencia sin Dios es como un tribunal sin juez".

El poeta alemán Goethe decía: "en mi vida entera sólo he encontrado caracteres desinteresados en los que observan una vida religiosa sólidamente fundada, una fe convencida que descansa en una base inmutable, independiente de la época, del espíritu y de la conciencia de estos tiempos".

Washington, en su mensaje de despedida al pueblo norteamericano, dice a sus conciudadanos que la religión y la moralidad son dos cosas indispensables e inseparables para la prosperidad pública.

"En vano, dice, reclamaría un tributo de patriotismo el hombre que tratase de destruir estas grandes columnas de la felicidad humana, estos firmes apoyos de los ciudadanos... Yo preguntaría sencillamente: ¿Cómo se asegurarían nuestros bienes, nuestra reputación y nuestra vida, si no existiese ese principio religioso, y si por falta de él, no pudieran prestarse ya esos juramentos de que se valen para sus investi-

gaciones los tribunales de justicia? Aun cuando supusiéramos que puede mantenerse la moralidad sin la religión, y, por mucho que quiera concederse a la influencia de la más refinada educación, la razón y la experiencia nos prohiben esperar que pueda prevalecer la moralidad nacional sin los principiois religiosos''.

El presidente del Ecuador, Don Luis Cordero, con motivo de la bendición de la primera piedra de la gran Basílica Nacional de Quito, dedicada al Sagrado Corazón, en un notable discurso, después de hacer pública profesión de su fe cristiana y de declarar que en caso de conflicto entre la Política y la Religión, optaría por el triunfo de ésta, porque sus intereses son infinitamente superiores a los menguados de este mundo, terminó diciendo: ''Mientras mayor sea nuestra sumisión a la doctrina santa del Evangelio, más grande será el escrúpulo con que observemos la ley, la exactitud con que cumplamos nuestros deberes y el miramiento que tengamos por el ajeno derecho. Bien se puede afirmar que hay la sinonimia más exacta entre estas dos expresiones: **cristiano ejemplar, ciudadano excelente**''.

Carlos Dickens, el famoso novelista inglés, recomendaba a su hijo ''la lectura del Evangelio, que es el mejor libro que ha habido y que puede haber en el mundo, porque nos enseña las mejores lecciones que pueden guiar a una criatura humana que quiere ser honrada y fiel a su deber...'' ''Comprenderás mejor el que insista ahora solemnemente sobre la verdad y la belleza de la religión cristiana, tal cual la enseñó el mismo Cristo, y sobre la imposibilidad para ti de cometer faltas graves, si la respetas humildemente, pero de todo corazón''.

La fe es la única **barrera contra el despotismo**, que al decir de Balmes, sólo logra entronizarse en los pue-

blos que han perdido el sentimiento de la propia dignidad.

Sin ella no hay sociedad posible entre hombres libres.

El despotismo y los países atrasados y salvajes pueden vivir, y de hecho han vivido largos años sin fe; pero la libertad y la conciencia humana no pueden vivir en una sociedad que carece de fe. El régimen de libertad afloja los vínculos políticos, y para mantener el equilibrio social hay que estrechar los vínculos morales, porque es doblemente temible un pueblo dueño de sí mismo, si no respeta a Dios.

La fe católica pone el alma en el camino de la verdadera libertad, porque refrena las pasiones, que son las que impiden el vuelo del espíritu, y permite a éste elevarse a las regiones de lo infinito.

El Cristianismo es el único sistema que hace compatible el régimen de libertad con el mantenimiento del orden social, porque éste sólo puede existir mediante el sacrificio de la propia voluntad y de las conveniencias personales en aras del interés general y eso sólo lo enseña la religión cristiana, que es la religión del sacrificio y del amor a Dios.

Al ver la demagogia que imperaba en Colombia, el libertador Bolívar escribió a Rafael Arboleda, el 29 de Julio de 1828: "La Religión es el gran entusiasmo que yo quiero reanimar para utilizarlo contra las pasiones de la demagogia".

Cuando el Ministerio Herriot quiso renovar en Francia, en el año 1925, la lucha antireligiosa de tiempos anteriores, el antiguo socialista revolucionario Mr. Gustavo Hervé dijo en su diario: "El siglo dieciocho lleva en sus flancos la revolución universal, la subversión universal y el bolchevismo generalizado. Sólo ahora lo más selecto de los intelectuales de este país, largo tiempo contaminado por el espíritu volteriano, co-

mienza a sentir confusamente eso que hace un siglo le viene gritando la Iglesia, sin que la hayamos escuchado. Sólo ahora, constatando el progreso de la indisciplina social, de la relajación moral, de la crisis aterradora de la natalidad, lo más selecto (l'elite) comienza a ver el abismo a donde rodamos y el desastre moral que significa la descristianización de las masas populares''.

En la puerta del templo de Apolo estaba escrita esta plegaria, que era el símbolo del paganismo: ''Otorgadme ¡oh Dios! la oportunidad de poder satisfacer siempre mis deseos''. En cambio, la oración del cristiano, enseñada por el mismo Jesucristo, dice: ''Hágase, Señor, tu voluntad, así en la tierra como en el cielo''. En el paganismo, imperaba la satisfacción de los apetitos, es decir, el egoísmo; y en la idea cristiana, domina la abnegación y el amor a Dios.

El sacrificio es el distintivo de la religión católica.

Cuenta el padre Coloma que un padre jesuíta que preparaba para el bautismo a una dama luterana, convertida a la fe católica, le preguntó qué era lo que principalmente le había hecho conocer la falsedad del protestantismo, y ella respondió: ''es que la religión protestante no conoce el sacrificio, y siendo la esencia de la religión el amor, y la esencia del amor el sacrificio, poco amor puede existir allí donde nada se inmola''.

Solo imperará el orden moral cuando los cristianos hagan efectivo su programa de conducta, estrictamente basado en la ley de Dios.

A los cristianos, dice esa admirable mujer Elisabeth Leseur, incumbe el proclamar, en presencia del **egoísmo**, la noción fundamental del **sacrificio**; en presencia del **orgullo intelectual o material** el concepto de la **humildad**; y en presencia del **sensualismo** y de la

molicie, la **ley del deber,** que no es obra de los hombres, sino que procede de una autoridad más alta que ellos.

31. LA FE, EL GRAN CONSUELO DE LA VIDA

La fe, es el **gran consuelo de la vida,** porque nos hace confiar en Dios, que es el único amigo, que no se ve morir..

El gran novelista francés René Bazin, profundamente católico, murió lleno de paz y de tranquilidad, bendiciendo a Dios por el don inapreciable de la fe. "Muero, dijo, en la fe más absoluta y más gozosa en las enseñanzas de la Iglesia Católica. Reconozco que sin la fe, sin la práctica de los Sacramentos, y sobre todo de la Santa Eucaristía, no habría tenido este caudal de dicha y de paz por el cual bendigo a Dios".

En sus últimos años escribió estos bellísimos y consoladores pensamientos, que su esposa hizo colocar en los recordatorios que repartió a sus relaciones, después de la muerte del novelista: "Cuando se envejece, todo se va, pero Dios viene. Creeré en El hasta que le vea a El. He puesto mi fe en mis libros, porque la fe es una verdad, una belleza y un remedio para todo... Toda mi confianza reside en estas palabras: He confesado a Cristo por mi Señor y para siempre. ¡Que los míos, no sean solamente de vuestra amistad, Dios mío, sino de vuestra intimidad!"

"Felices, dice Chateubriand, tres y cuatro veces felices, los hombres que tienen fe: no pueden sonreír sin pensar que sonreirán siempre; no pueden llorar sin pensar que luego concluirán sus lágrimas".

Para los creyentes hay dolores, porque nadie está libre de ellos en esta vida de miserias; pero no hay desesperación, ni esas espantosas tristezas que agobian

ciertas almas, porque ellos saben que la felicidad que les rehusa la tierra han de encontrarla en el cielo.

La fe trae consigo la quietud y la paz del alma, que unida a la esperanza de los bienes futuros, da normas precisas para resolver las grandes cuestiones que preocupan a la humanidad. Sin ella no hay paz. "¡Cómo vivir en paz, dice Theódore Jouffroy, cuando uno no sabe de dónde viene, ni a dónde va, ni lo que tiene que hacer aquí en la tierra, cuando todo es enigma, misterio y motivo de dudas y de alarmas? Vivir en paz en esta ignorancia es cosa contradictoria e imposible".

El mal inmenso que padece la sociedad moderna es el derrumbe de las creencias, que ha traído la angustia de las almas y el desorden de los espíritus. Todo se pone en tela de juicio, todo es precario; y no hay base sólida que sirva de asiento a las grandes ideas, porque se ha eliminado la fe en la palabra de Dios, que era lo único que podía satisfacer a la inteligencia humana, dar al hombre un criterio seguro para todos los actos de la vida y consolarlo en los sufrimientos inevitables de la existencia. Tenemos en esta vida transitoria y de prueba, un compañero inseparable, y ese el el **dolor.**

"No hay imperio, dice Blanc de Saint Bonnet, en este bajo suelo, fundado sobre cimientos tan sólidos como el del dolor... Desde hace seis mil años todo lo ha intentado el hombre para sacudir el yugo de su señorío; ha atravesado los tiempos, ha abandonado países, ha levantado numerosas civilizaciones; tiempos y civilizaciones han sido regados con sus lágrimas, y sus lágrimas son todavía el tributo más seguro que puede ofrecer al porvenir".

Las mismas ideas expresa en uno de sus sermones el padre Lacordaire. Estudiando la historia humana, dice, vemos que el hombre, en todo tiempo y en todas partes

siempre lloró, y que el dolor es su primera y última palabra.

Sólo la fe cristiana puede explicarnos el misterio de ese dolor y de esas lágrimas; sólo ella puede darnos la resignación, la paciencia, y el amor capaces de endulzar sus amarguras, y hacernos vislumbrar la felicidad que nos espera más allá de estas penas que nos agobian.

La incredulidad no tiene palabras para consolar al que sufre.

Sebastián Fauré dió una conferencia materialista en una ciudad de Francia, y dirigiéndose a los oyentes católicos les dijo: "Os dejamos vuestra felicidad eterna. De esta tierra nosotros queremos hacer un paraíso. Y no habrá entre nosotros, como en vuestro Evangelio, muchos llamados y pocos elegidos: todos serán llamados y todos elegidos". Terminada la conferencia una mujer de luto, con aspecto de gran tristeza, se acercó al conferencista y le dijo: "Señor, yo tenía un hijo que era todo mi orgullo y mi alegría. Lo he perdido. ¿Cómo va a hacerme usted un paraíso de la tierra, si no me deja ni siquiera la esperanza de volver a encontrar algún día a mi hijo? El conferencista alzó los hombros y no supo qué contestar a la pregunta de esa pobre mujer.

La fe, en cambio, cuando es fielmente practicada, hace llevaderas las penas de la vida, porque conforma nuestra voluntad con la de Dios, que según nos enseña la fe, sólo quiere nuestro bien.

Se cuenta que a una mujer muy sufrida, que se mostraba siempre alegre, le dijeron un día: ¿No estáis jamás de mal humor? ¿Acaso no sentís las injusticias de los hombres, ni las pequeñeces y ruindades de las cosas? — Lo siento tanto como podéis sentirlo vos, — contestó; pero no me hieren. — ¿Acaso tenéis algún bálsamo especial? — Sí: contra las contrariedades de las personas, tengo la mansedumbre, que es virtud

cristiana; contra las de las cosas, tengo la **oración**; y sobre cada herida sangrienta, pronuncio estas palabras: Así lo ha dispuesto Dios: hágase su voluntad.

Otras veces, esos dolores que tanto nos afligen, llenan una gran misión. Suelen traer la fe o bien, hacen revivir la que estaba olvidada y como muerta. Los romanos del siglo segundo, dice Tertuliano, en tiempo de prosperidad sólo miraban al Capitolio; pero cuando la adversidad llamaba a sus puertas, levantaban tristemente los ojos al cielo, y desde ese momento ya eran cristianos.

En las grandes crisis de la vida la filosofía se demuestra impotente; sólo la Religión nos enseña a sufrir y nos ayuda con sus consuelos.

Un poeta francés, decía, en una ocasión en que explicaba el fracaso de sus teorías filosófico-religiosas: "He empleado diez años de mi vida en imaginar mi sistema, y todo iba a las mil maravillas; pero en días pasados cuando mi niña estuvo enferma, eché a paseo mis elucubraciones filosóficas y me puse sencillamente a implorar el auxilio del Dios Misericordioso, del Padre Celestial, que puede conservarme a mi hija en este mundo, o por lo menos, devolvérmela en el otro".

El novelista Paul Feval agrega: "Se puede ir a Dios en derechura, siguiendo tranquilamente el buen camino; pero no se vuelve a Dios, cuando se le ha dejado, sino por las vías de la desgracia.

Y otro autor exclama: ¡Desgraciado el hombre pecador, que en el camino de su vida no encuentra al **ángel del dolor**! Es el único que puede salvarlo.

Es que el dolor es un gran maestro, cuando no se convierte en verdugo. Sirve de maestro cuando se recibe con paciencia, como una prueba que Dios envía, porque entonces obliga a reflexionar y no arrastra a la desesperación.

El hombre que sufre, y acepta resignado su dolor, y lo ofrece a Dios, expía sus faltas y recobra su tranquilidad y su fe perdida, porque el sufrimiento redime.

Uno de los ministros franceses, comprometido en el negociado de Panamá, prestó la siguiente declaración ante el Jurado del Sena:

"He confesado mi falta; no era un cínico y he manifestado mi arrepentimiento. He restituído espontáneamente trescientos mil francos que había cometido el error de aceptar. Antes había creído de mi deber restituir doscientos treinta mil francos a un diario, al que había hecho condenar por difamación de mi persona. Además he entregado mi fortuna entera, alrededor de setecientos cincuenta mil francos y he vivido en una celda mil ciento treinta y cinco días. No he logrado abrazar a mi hija moribunda. He sufrido tanto que ya me faltan las fuerzas. Sin embargo, yo experimento la necesidad de decir que a medida que aumentaban mis sufrimientos, yo sentía en mi interior que iba quedando absuelto por la expiación de mi falta".

Las **lágrimas** del hombre contienen la ira de Dios. Cuando la Majestad de Dios se enoja, dice Fray Juan Márquez, hace temblar los montes, desencaja las piedras y arranca de cuajo los cedros del Líbano; pero una sola lágrima lo hace volver atrás".

La lágrima, que es la expresión del dolor, es la lente maravillosa que acerca el alma a Dios.

Una antigua leyenda dice que una alma peregrinaba por los campos del mundo, llena de zozobras y agobiada por el deseo de encontrar a Dios subió a la cumbre de las grandezas humanas y sólo encontró vanidad y vacío; trepó con paso trabajoso la cima de la gloria y encontró que todo era sombra. El vaho que subía del valle del mundo la hacía desfallecer, cuando un genio cruzó su camino y le preguntó: ¿Qué buscas?—

Busco a Dios, le contestó el alma, afligida. — Daré a tus ojos, le dijo el genio, la lente maravillosa que aleja las sombras y acerca a Dios, y puso en sus ojos una lágrima. El alma reverente cayó arrodillada... acababa de ver a Dios.

El rey de Inglaterra, Guillermo, hijo de Jorge, dijo una vez, en un banquete público en Londres: "Cuando yo era joven no creía más que en el placer y la locura; pero una tempestad en el mar me hizo comprender las maravillas de esas profundidades infinitas, y entonces yo creí. En adelante fuí siempre cristiano sincero".

Francois Coppeé escribió una obra llamada "**Frutos del dolor**" en la que cuenta su conversión por medio del dolor.

"En mi niñez, dice, fuí educado cristianamente y, después de hacer la primera comunión, cumplí durante algunos años mis deberes religiosos con sencillo fervor...

Más tarde mi piedad se enfrió por la crisis de la pubertad y la vergüenza que me causaba la profesión pública de ciertas ideas..."

"La falsa vergüenza me retrajo de la devoción y por falta de humildad abandoné las prácticas piadosas. Mis lecturas, mis conversaciones, los ejemplos... bastaron para persuadirme de cuán natural y justo era saciar los apetitos del orgullo y sensualidad. Dejé de pensar en las cuestiones religiosas y me eché en brazos de la indiferencia. Mi caso fué de lo más vulgar: algo así como la deserción del soldado, que se cansa de la disciplina militar: no odiaba mi bandera; pero huí cobardemente de las filas y la olvidé...

"Por debilidad y cobardía perseveraba en mi descuidada vida; pero no había dejado de ser católico...

"En Enero de 1897 sufrí una peligrosa operación quirúrgica; eché de ver el peligro que corría, rogué

a la monja que estaba a mi cabecera que en caso de gravedad no dejase de llamar un sacerdote para confesarme... En esa ocasión, mi amigo el Dr. Duchastelet me salvó la vida y no pensé más que en abreviar la convalecencia...

"A principio de Junio una nueva operación me tuvo al borde del sepulcro; aquellos días fueron terribles y sólo entonces se apoderaron de mi espíritu ciertos graves pensamientos; pasé revista a mi conducta anterior y quedé horrorizado de mí mismo. Esta vez sí que recibí la visita de un sacerdote; me confesé con lágrimas del más sincero arrepentimiento y recibí con la absolución un consuelo inefable".

"Mi alma estaba ciega a la luz de la fe y ahora ve claramente su resplandor sublime; estaba sorda a la palabra de Dios y ahora la oye sonar, llena de persuasiva dulzura; estaba paralizada por la indiferencia y ahora bate poderosamente sus alas y se remonta a lo más encumbrado de los cielos, libre para siempre de los impuros lazos que la tenían esclavizada".

"Desde que he meditado el Evangelio, mi corazón no sólo está resignado, sino lleno de calma y de valor. Antes me espantaba la perspectiva de mis últimos días con su cortejo inevitable de achaques y tristezas. Hoy que he llegado prematuramente a la ancianidad, siento no obstante una fortaleza muy cercana a la alegría; y si en realidad nada hago para atraerme la muerte, tampoco la temo desde que el Evangelio me enseñó el arte de padecer y de morir".

32. LA FE CRISTIANA Y EL ARTE

La fe cristiana ha sido la inspiradora sublime de las grandes obras de arte que causan la admiración del mundo.

Las bellas artes, según Chateaubriand, identificadas, por decirlo así, con los pasos de la religión cristiana, la reconocieron por su madre no bien apareció en el mundo. Ellas le prestaron sus encantos terrenales, y la religión les comunicó algo de su divinidad: la música dió notas a sus cantos; la pintura la presentó en sus dolorosos triunfos; la escultura tuvo su complacencia en meditar a su lado en sus sepulcros, y la arquitectura le erigió templos tan sublimes y misteriosos como su pensamiento...

El que carece de fe no puede penetrar el espíritu ni comprender toda la belleza que encierran las grandes obras de arte.

Esta era la opinión del célebre Lorenzo de Médicis, amante de las bellas artes y magnífico protector de los artistas, que solía decir con respecto a las artes, que "**muere ya en esta vida el que no cree en la otra**".

El famoso pintor Cánova, encargado por Napoleón I de hacer un retrato de la emperatriz María Luisa, hablaba un día con él sobre la influencia que la religión tenía en el arte y le decía: en general, las religiones son bienhechoras de las artes; pero la que es más magníficamente su protectora y madre es la verdadera religión, nuestra religión católica romana. Los protestantes se contentan con una simple capilla y una cruz, y no dan ocasión de fabricar obras maestras; los edificios que ellos poseen fueron hechos por otros. Napoleón le contestó: Usted tiene razón; los protestantes nada han hecho de bello.

La fe cristiana es el alma de la verdadera poesía.

Donoso Cortés considera en primer lugar, como fuente de toda poesía grande y elevada el amor a Dios, y dice que para que exista ese amor fecundo es necesario que la Divinidad sea conocida, o sea, para ser poeta hay que tener fe, y agrega que la poesía no

existe hoy día con toda su pompa y majestad, porque no existe ese amor a Dios.

El libro más hermoso que conoce la humanidad, fuente inagotable de poesía, cuya lectura levanta el espíritu a regiones superiores; libro que siempre presenta novedades y nunca cansa, es la Sagrada Biblia, el libro por excelencia, que responde a las aspiraciones del alma y a los sentimientos del corazón humano; que tiene cantos de triunfo para los goces legítimos y consuelo para todos los infortunios de la vida. El que no ha leído ese libro no sabe lo que es poesía.

El fabulista La Fontaine acompañó un día a Racine a una iglesia, y éste, para que aquél no se distrajera, le pasó una Biblia, a fin de que leyera un momento. Abrió la Fontaine la Biblia en la profecía de Baruch, el discípulo de Jeremías, y se puso a leer la plegaria del pueblo cautivo. Entusiasmado por la lectura de cosas tan hermosas, que hasta ese momento no conocía, no pudo contenerse y, con escándalo de los asistentes a la iglesia, exclamó: ¡Qué genio era Baruch! Y después a todos los que encontraba, les preguntaba: ¿Habéis leído a Baruch? ¡Era un gran genio!

Monseñor Baunard dice que cuando el dramaturgo Schiller, desilusionado de la impiedad, se encaminó hacia la religión cristiana, lo primero que lo impresionó, como poeta y hombre de arte, fué la hermosa moral de los caracteres formados en la escuela de la fe cristiana, y que de ahí tomó los tipos admirables de sus últimas tragedias.

En una carta que escribió a Goethe, el poeta pagano, le dice:

"Habéis hablado poco de las cualidades particulares, y sobre todo de la elevación religiosa del cristianismo. Habría mucho que decir sobre lo que una religión semejante puede ser para una alma bella... Yo encuentro en el Cristianismo fuerzas maravillosas;

veo allí el germen de todo lo que hay de más elevado y noble. El Cristianismo es la manifestación de la belleza moral, la encarnación de lo santo, de lo sagrado en la naturaleza humana, es decir, es la única **religión verdaderamente estética**''.

El sacerdote chileno don Francisco Donoso cuenta en su libro ''**Al margen de la Poesía**'' que el poeta peruano José Santos Chocano llevó cierta vez a la redacción de un diario protestante neoyorkino un hermoso soneto dedicado a la Virgen, con pocas esperanzas de que fuera publicado. Como el soneto apareció publicado de inmediato en el diario y en la plana de preferencia, el poeta expresó su extrañeza al Director, diciéndole: ¿Cómo siendo Uds. protestantes publican sin inconveniente una poesía que glorifica a la Virgen? — ''**En arte todos somos católicos**'', le respondió el periodista.

Lo mismo decimos de la **música.**

Cuenta un autor francés protestante que se encontró en una reunión social con Mozart, aquel genio tan eminentemente religioso. Se hablaba de música religiosa. ¡Qué lástima, dijo uno de los interlocutores, que muchos de los grandes músicos, especialmente entre los antiguos, hayan tenido el mismo mal gusto que muchos pintores, consagrando las fuerzas inmensas de su genio a objetos tan estériles y tan ingratos para la imaginación, como son los asuntos de la Iglesia.

Al oir estas palabras, Mozart, que hasta entonces había guardado silencio, se levantó y dijo: ''Esto puede muy bien suceder entre vosotros los protestantes, que tenéis la religión más en la cabeza que en el corazón; vosotros no sentís ni podéis sentir lo que hay en estas palabras: **Agnus Dei qui tollis peccata mundi, dona nobis pacem.** Pero el que como yo ha sido introducido desde su más tierna infancia, en el santuario místico de nuestra Religión, el que ha asistido al San-

to Sacrificio de la Misa con fervor, el que ha comprendido toda la felicidad de aquellos que, arrodillados bajo la solemne conmoción del **Agnus Dei,** esperan la Sagrada Comunión, llenos de confianza en Dios y de alegría mientras que la música repite: **Benedictus qui venit in nomine Domni,** ¡oh! entonces se siente, se experimenta lo que es más fácil de sentir y experimentar que de expresar; y cuando después de haber presenciado y sentido todo esto, se trata de poner en música aquellas palabras mil veces oídas, aquel hermosísimo cuadro se reproduce en la imaginación del compositor y se conmueve hasta el fondo de su alma''.

Rossini, convertido a la hora de su muerte a la fe religiosa que había tenido cuando niño, dijo, poco antes de morir, al sacerdote que le administró los Santos Sacramentos: ''Se ha creído que yo me había educado en las ideas de Maquiavelo; pero esto es un error. ¿Creéis que si no hubiera tenido fe en Dios habría podido yo componer mi Stabat?''

En lo referente a la **arquitectura,** dice Montalembert, que fué la primera de las artes que se sometió a la influencia cristiana, desplegando a la vista sus grandes y elevados pensamientos, y traduciendo el inmenso movimiento religioso de las almas, representado por San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán y San Luis, rey de Francia, por medio de esas gigantescas catedrales, que parecen elevar hasta el cielo en la punta de sus flechas y capiteles el homenaje universal del amor y de la fe victoriosa de los cristianos. El espíritu católico encontró su expresión fiel en esas columnas que, alzándose unas frente a otras en la basílica cristiana, suben hacia arriba a manera de plegarias y encontrándose en la presencia de Dios, se inclinan y abrazan como hermanas, abrazo representado por la ojiva. En vez de extenderse, como antes, sobre la tierra cual dilatadas techumbres, destina-

das a cobijar a los fieles, todo el conjunto de las catedrales góticas sube y se lanza hacia el Altísimo.

No más criptas, ni iglesias subterráneas; el pensamiento cristiano, exento ya de todo temor, se produce todo entero a la plena luz del día. "Dios ya no quiere, dice un poema de la Edad Media, que su amado pueblo se reúna tímido y vergonzoso en agujeros y cuevas", sino que quiere consagrar todas sus fatigas, su imaginación y poesía a la fabricación de palacios que sean menos indignos de la Majestad y poderío de Dios.

Fecundada así la tierra por el Catolicismo, germinaron por todas partes florecientes bellezas que se reprodujeron en cada templo por la prodigiosa vegetación de capiteles, campanarios y ventanales.

Lo mismo decimos de la **pintura**, que encuentra en los motivos religiosos el campo magnífico de la inspiración y del sentimiento, y la parte sobrenatural que exigen los asuntos religiosos, lejos de impedir, ayuda a la realización de obras verdaderamente artísticas. Murillo, el eximio pintor de las apariciones y visiones celestiales, no dejó por eso de ser un realista vigoroso, y concurrieron por igual a inmortalizar su nombre, su gran genio y su fe religiosa.

A la Italia del Pontífice León X corresponde la palma del Renacimiento de las Artes y de las Letras, y las demás naciones de Europa no hicieron otra cosa que seguir sus huellas.

33. CONFESION DE LA FE. — LA SEÑAL DEL CRISTIANO

La santa Cruz es la señal del cristiano, el distintivo de la nación santa, del reino de Cristo, del pueblo de su adquisición.

El pueblo cristiano, guiado por una prudencia divina, no eligió como señal de su fe la imagen de Jesucristo glorificado en el Tabor, sino la Cruz, el instrumento del suplicio en que Jesucristo murió en el Calvario, porque es la demostración más elocuente del amor inmenso de Dios a los hombres.

Tributaron los cristianos desde los primeros tiempos un culto preferente a la Cruz, porque les recordaba los principales misterios de la fe.

La Cruz, dice Gaume, contiene la historia de Dios, del hombre y del mundo. Ella nos cuenta el poder, la sabiduría, la justicia y la bondad infinita de Dios; nos enseña, mejor que todos los libros, la naturaleza, la corrupción, la rehabilitación y el valor del alma humana, rescatada con la muerte de un Dios. **¡Anima tanti vales!**; y resume la historia del mundo antiguo y el nuevo, al primero de los cuales salvó con la esperanza y al segundo con la fe.

Es un resumen y compendio de la religión cristiana, porque nos trae a la memoria el pecado de nuestros primeros padres, la promesa de redención, la Encarnación, Pasión y Muerte del Hijo de Dios.

Con la señal de la Cruz confesamos nuestra fe en los misterios fundamentales de la Religión; el de la Santísima Trinidad y el de la Redención del linaje humano.

Y confesamos la fe, **exteriormente**, esto es, delante de los demás, no contentándonos con guardarla encerrada en el corazón para rendir a Dios el tributo que merece, con nuestra alma y nuestro cuerpo.

Dice el Derecho Canónico que no siempre estamos obligados a confesar nuestra fe de un modo positivo y explícito; pero debemos hacerlo cuando nuestro silencio o disimulo pueden envolver la negación implícita de la fe, el desprecio de la religión, una injuria de Dios, o el escándalo del prójimo (Canon 1325).

Disimular la fe, en ciertas circunstancias, equivale a negarla o, por lo menos, a escandalizar a los débiles. Recordemos que el anciano Eleazar prefirió el martirio antes que disimular su fe.

Cuenta el libro de los Macabeos que al anciano Eleazar, abriéndole por la fuerza la boca, le querían obligar a comer de las carnes del sacrificio, por mandato del rey, pero él, prefiriendo una muerte llena de gloria a una vida odiosa, se encaminó al suplicio, resuelto a no hacer cosa alguna ilícita, por conservar su vida. Algunos, movidos por la antigua amistad que tenían con él, tomándolo aparte, le rogaban que les permitiese traer de las carnes que le era ilícito comer, para dar a entender que había comido de las del sacrificio.

Pensaban por este medio librarlo de la muerte; pero él juzgó que eso no era digno de su fe.

Dijo que antes elegiría morir; porque no era decoroso usar de tal disimulo. Muchos mancebos, agregó, creyendo que Eleazar, de noventa años, se ha pasado a la vida de los extranjeros caerían en error por esta mi ficción, y por conservar un pequeño resto de vida corruptible atraería sobre mi ancianidad la infamia y execración. Porque aunque en este tiempo presente me librase de los suplicios de los hombres, no podría escapar, ni vivo ni muerto, de la mano del Todopoderoso. Por lo que muriendo varonilmente me mostraré digno de esta ancianidad y dejaré a los jóvenes un ejemplo de fortaleza. Lo arrastraron entonces al suplicio que soportó heroicamente, ofreciendo a Dios sus penas, y dejando la memoria de su martirio, para ejemplo de virtud y de fortaleza. Los Padres de la Iglesia lo llaman el Protomártir del Antiguo Testamento, no porque fuese el primero, sino porque la gloria de su martirio podía compararse con la de los primeros y más ilustres (2 Mac. VI, 18).

La confesión de la fe tiene un **premio** ofrecido por Nuestro Señor: "A todo aquel que me reconociere delante de los hombres, yo también le reconoceré delante de mi Padre que está en los cielos; mas a quien me negare delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos" (S. Mat. X, 32 y 33).

El Apóstol San Pablo **se gloriaba** en la Cruz. Decía: "A mí líbreme Dios de gloriarme, sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo" (Gál. VI, 14).

La señal de la Cruz, como medio de manifestar la fe, es **antiquísima**: los primeros cristianos la hacían de continuo. Tertuliano declaraba la costumbre que tenían los cristianos de santiguarse y armarse con la señal de la Cruz, con estas palabras: "En todos los pasos que damos, en nuestras entradas, en nuestras salidas, cuando nos calzamos, cuando nos lavamos y nos ponemos a la mesa, cuando nos sentamos y nos traen lumbre, y nos acostamos, y finalmente en todas nuestras acciones, continuamente hacemos la señal de la Cruz en la frente".

San Efrén recomendaba a los cristianos: "Pintemos en nuestras puertas y en nuestras frentes, en la boca, en el pecho, en todos nuestros miembros, la vivífica señal de la Cruz, armémonos con esta armadura impenetrable de los cristianos, porque la Cruz es la victoria de la muerte, esperanza de los fieles, luz del mundo, llave del paraíso, cuchillo de las herejías, ayuda de los monjes, esfuerzo de la fe, defensa, guarda y gloria perpetua de los católicos. Esta arma ¡oh cristianos!, de día y de noche, en todo lugar y a todas horas trae siempre contigo, y no hagas cosa alguna sin la señal de la santa Cruz. Cuando duermas, cuando veles, cuando camines, cuando trabajes, cuando comas y bebas, y navegues, y pases los ríos, ármate

con este arnés de la Santa Cruz, porque estando con ella armado, los males huirán de ti''.

La Cruz es el **libro** en que han estudiado los Santos la ciencia divina y aprendido sus virtudes. San Pablo encontraba en la Cruz todo lo que le importaba saber y no quería conocer otra cosa que a Jesucristo, y a Este crucificado.

De allí sacaron su amor a Dios y a su Ciencia, San Bernardo, San Agustín, San Francisco y Santo Tomás de Aquino.

Dice San Francisco de Sales que San Buenaventura parecía que al escribir no tenía más papel que la Cruz, más pluma que la lanza, ni más tinta que la sangre preciosa de Jesucristo. ¡Con qué efusión de sensibilidad exclama: Nos conviene estar con la Cruz. Hagamos aquí un tabernáculo, uno para sus pies, otro para sus manos, y el tercero para su costado sacrosanto. Aquí me paro, aquí velaré, leeré y meditaré, teniendo constantemente ante mis ojos este libro divino para estudiar la ciencia de la salvación durante todo el día y hasta por la noche, tantas veces como me despierte!

San Felipe Benicio, en artículo de muerte, dijo a los hermanos que rodeaban su lecho: ''Dadme mi libro''. Le pasaron su libro de Horas, después la Sagrada Escritura, y él decía: ''No, dadme mi libro''. Observaron entonces que miraba fijamente el Crucifijo; y un hermano se lo pasó. Radiante de alegría, lo cogió en sus manos, lo llenó de besos y exclamó: ''Este es mi libro'' y abrazado a él murió.

La Cruz es el **símbolo del Sacrificio** y de la virtud, que nos enseña Jesucristo.

El cargó la Cruz sobre sus hombros y quiso que su vida fuera un **ejemplo** para que nosotros hiciéramos lo mismo. Ejemplo os he dado... para que así lo ha-

gáis vosotros también... No es el siervo más que su amo'' (San Juan, XIII, 15).

Debemos pues a ejemplo suyo cargar con la Cruz de nuestros sufrimientos. ''Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su Cruz y sígame'' (Mat. XVI, 25). ''Quien no carga con su Cruz y me sigue no es digno de Mí'' (Mat. X, 38).

Y debemos cargar nuestra Cruz con **alegría**, porque ella aligera la carga, como dice el adagio: ''No hay cruz pesada siendo bien llevada''.

La señal de la Cruz tiene **gran virtud** para defendernos de los enemigos de la fe y para socorrernos en los peligros.

San Martín, obispo y confesor, gran taumaturgo del siglo cuarto, procuró desarraigar la memoria de toda gentilidad y culto profano, y en cierta ocasión quiso echar por tierra un pino centenario que reverenciaban los druidas y que estaba dedicado al culto del demonio. Opusiéronse los gentiles, y uno de ellos, más atrevido, alzando la voz le dijo: ''Si tú tienes tanta confianza en Dios, nosotros mismos cortaremos este árbol, con tal que tú, cuando cayese, le sostengas y sustentes con tus hombros''. Aceptó el Santo la condición y procedieron a atarlo por los pies para que no pudiese huir, colocándolo en el lugar preciso donde debía caer el árbol. Empezaron a cortar el árbol y el Santo permaneció sin moverse, con gran seguridad, hasta que cuando el árbol ya iba a caer sobre él, sin turbarse alzó el brazo e hizo la señal de la Cruz, y en el momento el pino se volcó hacia el lado contrario y faltó poco para que no matase a los mismos gentiles que lo habían cortado, los cuales testigos del milagro obrado por la señal de la Cruz alzaron sus manos y voces al cielo, rindiendo su voluntad a la del Santo y convirtiéndose a Cristo.

San Benito se resistió a aceptar el cargo de abad

para el cual lo elegían los monjes, porque las costumbres de éstos no eran conformes a su manera de vivir, devota y austera. Al poco tiempo no pudieron sufrir su rectitud y espíritu de perfección cristiana, y para librarse de él determinaron darle veneno en el vaso de vino que tenía sobre la mesa. El Santo hizo la Señal de la Cruz sobre el vaso como tenía costumbre, antes de beber, e inmediatamente el vaso se hizo pedazos derramando sobre la mesa el vino y el veneno que con él estaba mezclado. Entendió el Santo la maldad, y sin turbarse ni mudar el rostro dijo a los monjes: "Dios os perdone hermanos, por lo que habéis querido hacer. ¿No os dije yo que vuestras costumbres y las mías no se podrían conformar, y que vosotros y yo no éramos para uno? Buscad otro padre que os gobierne porque yo no viviré más con vosotros". Dejando el monasterio se volvió a su amada soledad a hacer vida más angélica que humana.

La Cruz en que Jesucristo murió por amor de los hombres es una señal de **misericordia** y de perdón.

El rey de Francia Luis XII, al asumir el gobierno pidió una lista de los oficiales del rey su predecesor y marcó con una cruz los nombres de sus enemigos más encarnizados. Supieron esto los señalados, temieron el castigo y buscaron poderosos empeños para obtener perdón, y el rey dió esta hermosa respuesta: "Al colocar sobre sus nombres el signo de la redención, he creído expresar con bastante claridad que todo quedaba perdonado. Jesucristo murió por ellos en la Cruz lo lo mismo que por mí".

La Iglesia tiene el día de Viernes Santo la conmovedora ceremonia de la adoración de la Santa Cruz, y canta sus bellezas con estas hermosas palabras:

Cruz, árbol el más noble, señalado,
Entre cuantos la selva ha producido:

En hoja, flor y fruto sazonado,
Y en su bello matiz y colorido:
Dulces clavos sostiene, dulce leño,
El dulce peso de mi dulce dueño.

Terminaremos este párrafo relatando el hermoso episodio del **héroe de la cruz.**

Zacarías, joven católico de la Vendée, después de haber combatido valientemente por su Dios, por su Patria y por su Rey, contra los soldados de la Convención, cayó prisionero y fué conducido para ser fusilado en una pradera de la aldea de Briasé, en la que se eleva majestuosa una Cruz.

En el último término de la desierta campiña descubrió Zacarías la humilde choza de su infancia donde iba a dejar abandonados para siempre a los suyos; una lágrima se deslizó por sus mejillas y dejó escapar esta exclamación: ¡Pobre padre mío! — ¿Vive tu padre? le preguntó un soldado. — Es ya muy viejo, le dijo, y mi muerte causará la suya.

Advirtiendo la emoción del joven, el soldado sonrió burlescamente y le dijo: si quieres, vivirás y vivirá también tu padre; haz lo que te voy a mandar. El joven, que no había temblado en la hora del combate, se estremeció, y sus ojos se dirigieron instintivamente hacia el hogar paterno. — ¿A qué precio me devolverás a mi padre?, preguntó. — Toma esta hacha y derriba esa Cruz, le dijo el soldado. El joven vendeano, en un arranque repentino, se precipitó hacia la Cruz, gritando: ¡Venga el hacha! Sus compañeros murmuraron sordamente llamándolo traidor, cobarde, desertor, mientras que los soldados de la Convención se abandonaban al goce de un triunfo inesperado.

El animoso joven, firme al pie de la Cruz, y sujetando con mano febril el hacha que le habían dado para consumar el sacrilegio, gritó con entonación: Es-

ta Cruz es la que bendice nuestros campos y nuestros hogares; al pie de este santo árbol mis rodillas se han hundido muchas veces en el polvo... ¡Y, ahora queréis que la derribe! ¡Desgraciado del que ponga en ella sus manos! Y, blandiendo el hacha con furor, acometió a los soldados sorprendidos ante aquel inesperado ataque: su corazón estaba inflamado por el celo de Cristo y sus ojos despedían llamas.

Los soldados, repuestos de su sorpresa, volvieron a la carga, y Zacarías, viendo que iba a sucumbir, se abrazó a la Cruz. Un círculo de bayonetas le rodeó por todas partes; pero no le hirieron, porque en su rabia diabólica querían obtener de su víctima otra satisfacción mayor que su muerte. ¡La Cruz a tierra, o la muerte! gritaron los soldados. — ¡La Cruz arriba! ¡La Cruz es la vida! contestó el vendeano. ¡Derríbala o mueres! le dijeron, comenzando ya a herirlo con las bayonetas. ¡Ojalá muera yo abrazado a ella! contestó: así ornará mi tumba. La sangre del joven vendeano enrojeció el árbol de la vida, y su última mirada fué de amor a la Cruz.

Manos piadosas lo enterraron al pie de la Cruz, grabando sobre su tumba estas palabras: "Aquí reposa Zacarías, el héroe de la Cruz".

34. USOS DE LA SEÑAL DE LA CRUZ. — SIGNARSE Y SANTIGUARSE

Los cristianos, llevados de un amor grande a la Santa Cruz en que Jesucristo redimió al mundo, han multiplicado su uso, pero el más frecuente y común es el que llamamos **signarse y santiguarse**, lo que constituye una oración breve, pero muy eficaz, porque al hacer la Señal de la Cruz presentamos a Dios Padre la muerte de su Divino Hijo y le recordamos sus padecimientos para que nos dé sus gracias.

Signarse es hacer tres cruces con el dedo pulgar de la mano derecha, que es la más noble, como dice San Justino mártir: la primera en la frente, la segunda en la boca y la tercera en el pecho, diciendo: "Por la señal -|- de la Santa Cruz, de nuestros -|- enemigos líbranos, Señor -|- Dios nuestro".

Nos signamos en la frente, para que Dios nos libre de los **malos pensamientos,** que por muy recónditos que sean El conoce, sin que nadie le dé testimonio o le informe, sabiendo lo que hay dentro de cada hombre (San Juan II, 24).

Nos signamos en la boca, para que Dios nos libre de **las malas palabras.** "Yo os digo, dice el Señor, que de cualquier palabra ociosa que hablan los hombres han de dar cuenta el día del juicio. Porque por tus palabras habrás de ser justificado, y por tus palabras serás condenado" (Mat. XII, 36).

Nos signamos en el pecho, para que Dios nos libre de las **malas obras y deseos.**

"Lo que sale de la boca, del corazón sale; y eso es lo que mancha al hombre, porque del corazón es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias" (Mat. XV, 19).

Santiguarse es hacer una cruz con los dedos de la mano derecha, desde la frente hasta el pecho y desde el hombro izquierdo al derecho, diciendo: "En el nombre del Padre y del Hijo -|- y del Espíritu Santo. Amén.

Se lleva la mano primeramente a la parte más elevada de la cabeza diciendo, en la frente: **En el nombre del Padre,** para mostrar que es la primera persona de la Santísima Trinidad, principio y fin de las otras dos; después se baja la mano hacia el pecho diciendo, **y del Hijo,** para indicar que procede del Padre, el cual le envió a las entrañas de la Virgen María; y luego se pasa la mano del hombro izquierdo al derecho dicien-

do, y del **Espíritu Santo,** para dar a entender que la tercera persona procede del Padre y del Hijo y es vínculo de su amor y caridad, y que por gracia suya logramos el efecto de la pasión. Con este simbolismo se confiesan tres grandes misterios: la Trinidad. la Encarnación y la Pasión; así como el de la remisión de los pecados, por el cual estamos transferidos del lado izquierdo de maldición, al diestro de bendición.

Hemos dicho que el signarse y santiguarse es una verdadera oración, en la cual se hacen muchas peticiones a Dios; debe, por lo tanto, hacerse con gran **reverencia y devoción,** y no a la ligera y maquinalmente, como acostumbran algunos.

El famoso predicador Padre Ravignan conmovía a su inmenso auditorio de Nuestra Señora de París, sólo con hacer la Señal de la Cruz al comenzar sus pláticas. En cierta ocasión fué a oírlo, por curiosidad, un ministro protestante, y al verlo santiguarse, según su habitual costumbre, se volvió a su lado y dijo: "Con la Señal de la Cruz ya ha predicado su sermón; no tiene necesidad de hacer uso de la palabra para ganar a su auditorio".

35. LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ

El día 3 de Mayo celebra la Iglesia la fiesta de la Invención de la Cruz, es decir, de su descubrimiento por Santa Elena.

Constantino sucedió a su padre Constancio, como Emperador romano, el año 312 de la era cristiana. Tenía treinta y un años de edad, y a una aventajada estatura y noble figura unía rectitud de corazón y una sabiduría poco común. Proclamado Emperador en medio de su ejército tuvo que combatir contra Majencio, hijo de Maximiano, que ocupaba a Roma, y pretendía

reinar solo. Acercándose a Roma supo que el ejército de Majencio era muy superior en número, y comprendiendo que para triunfar tenía necesidad de un auxilio extraordinario, elevó su corazón al Dios de los cristianos y con los más ardientes deseos le suplicó se diese a conocer. A la hora del mediodía, cuando marchaba a la cabeza de sus tropas, con un tiempo muy sereno, descubrió en el cielo una cruz brillante, en cuyo centro estaban grabadas con caracteres luminosos estas palabras: "**In hoc signo vinces**". "Por esta señal vencerás". Todos los soldados vieron el prodigio, pero nadie quedó tan asombrado como el Emperador, que sólo pensó en descubrir el significado de la visión. En la noche siguiente, mientras dormía se le apareció Jesucristo con la misma señal, y le ordenó hacer sobre ese modelo un estandarte para llevarlo a los combates como salvaguardia contra sus enemigos. Llamó el Emperador a sus artífices y les trazó el diseño del estandarte, que consistía en una especie de pica cubierta de láminas de oro, con un travesaño en forma de cruz del que pendía un velo de tisú de oro. A lo alto de la cruz había una corona enriquecida de piedras preciosas; en medio de la corona las dos primeras letras del nombre de **Cristo** entrelazadas, y por encima del velo las imágenes del Emperador y de sus hijos. Se dió a este estandarte el nombre de **lábarum**, que viene de una palabra asiria, que significa victoria.

Escogió cincuenta soldados de los más valientes y piadosos para que lo llevasen uno después de otro, y con fe en el triunfo presentó batalla a Majencio que, vencido, tomó la fuga y huyendo cayó en el río Tíber. Roma abrió sus puertas a Constantino que entró victorioso.

Comprendiendo que debía su victoria al Dios de los cristianos llamó obispos a su lado para instruirse en las verdades de la religión e hizo profesión de su fe

cristiana y se consagró a hacerla prevalecer en toda la extensión de su imperio, no por medio de la violencia, sino de la instrucción y de la persuasión. Dió a los obispos de Roma el palacio de Letrán, y de otro palacio cercano hizo una basílica que fué llamada **Constantiniana**, y que es hoy día la de San Juan de Letrán. Fué ese el primer patrimonio del Pontificado Romano.

La Cruz, que hasta entonces había sido un objeto de ignominia, se convirtió en señal de salvación y de gloria, y los mismos Césares romanos, adornaron con ella su corona y la enarbolaron en lo más alto del Capitolio, para anunciar al mundo el triunfo de un Dios crucificado.

El Emperador Constantino, para honrar los lugares consagrados con la presencia visible de N. S. Jesucristo, ordenó levantar un templo en Jerusalén sobre el Santo Sepulcro; y su madre Santa Elena, que tenía también gran devoción a los Santos Lugares, emprendió un viaje a Jerusalén, aunque ya contaba cerca de ochenta años.

A su llegada sintió el deseo ardiente de hallar la cruz en la que Jesucristo había sufrido la muerte y consultó a los ancianos, quienes la dijeron que si podía descubrir el sepulcro del Salvador, no dejaría de encontrar los instrumentos de su suplicio, porque era costumbre entre los judíos enterrar junto al cadáver todo lo que había servido a la ejecución de una persona condenada a muerte.

La investigación era difícil, porque los paganos trataron de borrar la memoria de la resurrección de Jesucristo amontonando mucha tierra encima del sepulcro y edificando sobre ella un templo dedicado a Venus, para alejar de ese lugar a los cristianos.

La Emperatriz hizo demoler el templo profano, retirar la tierra y empezar las excavaciones. Por fin se encontró la gruta del Santo Sepulcro y cerca de la se-

pultura tres cruces y el título de la Cruz de Cristo tan apartado, que no permitía saber cuál de aquellas tres cruces fuese la del Señor.

También se encontraron separados de ellas los clavos que habían atravesado el Sagrado Cuerpo.

La Emperatriz consultó a San Macario, Patriarca de Jerusalén, quien ordenó hacer oración al Señor para que manifestase aquel tesoro divino y mostrase cuál de las tres cruces era la de nuestra redención. Se hizo traer allí una mujer tan enferma que los médicos la tenían por desahuciada y se le aplicó la primera cruz y la segunda sin fruto alguno, pero al aplicarle la tercera, la enferma se sintió inmediatamente sana y se levantó con todas sus fuerzas. La Emperatriz se hallaba presente y toda la ciudad atenta al acontecimiento.

Enajenada de gozo tomó Santa Elena una parte de la verdadera cruz para llevarla a Constantino, y el resto lo encerró en una caja de plata, que puso en manos del patriarca de Jerusalén, para que fuese depositada en la iglesia que Constantino había mandado edificar sobre el Santo Sepulcro, la que se construyó con gran magnificencia, abrazando el Sepulcro y extendiéndose hasta el monte Calvario.

36. LA EXALTACION DE LA SANTA CRUZ

Para conmemorar la aparición milagrosa de la Cruz a Constantino, la iglesia de Oriente celebraba la fiesta llamada de Exaltación de la Cruz, y lo mismo hacían los latinos, celebrando la gloria de la cruz que resplandeció por todo el mundo en tiempo de Constantino; pero las victorias que alcanzó Heraclio sobre los persas, y el haber recobrado el madero de la Santa Cruz de manos de los enemigos y restituídole a los cristianos, el 14 de Septiembre del año 629 del Señor, fué

causa para que se celebrase esa fiesta con mayor solemnidad y regocijo que antes.

Cósroes, rey de Persia, venció al emperador Focas y tomó y destruyó muchas provincias del imperio romano. A Focas sucedió Heraclio, que halló el imperio tan desarmado, que por muchos años no pudo hacer resistencia a Cósroes, el cual conquistó toda la Siria y tomó y saqueó la Santa ciudad de Jerusalén, matando muchos miles de personas y llevándose consigo preso y cautivo a Zacarías, patriarca de Jerusalén. Tomó también el madero de la Cruz de nuestro Redentor que Santa Elena había dejado en Jerusalén en una caja sellada, y, sin abrir la caja ni romper los sellos, lo llevó a Persia y lo puso con gran veneración encima de su silla y trono real, que era de oro fino, entre perlas y piedras preciosas.

Vencido Heraclio quiso hacer la paz, pero Cósroes no quiso admitir convenio alguno, sino con la condición de que Heraclio renegase de la fe de Jesucristo. Heraclio acudió entonces al Dios de los ejércitos y ordenó que en todo el imperio se hiciesen oraciones, plegarias, ayunos, limosnas y otras obras buenas para aplacar al Señor, y juntó un ejército de gente nueva y lo acostumbró al manejo de las armas.

Lleno de confianza, y llevando en su mano derecha una imagen de la Santísima Virgen, de cuya protección esperaba la victoria, salió con su ejército disciplinado en busca de Cósroes, que envió en su contra un ejército numeroso de gente muy diestra y veterana, al mando del capitán Saravago, con el cual peleó Heraclio, obteniendo la victoria después de una batalla muy porfiada y reñida. No desmayó el rey de Persia y juntó otro ejército mayor, para oponerlo a Heraclio, al mando de un capitán de gran fama, llamado Saim. Trabada la batalla, las tropas del emperador comenzaron a desmayar, y Heraclio, volviéndose de nue-

vo a Dios, le pidió socorro por intercesión de la Virgen Santísima, y súbitamente se levantó un viento muy recio, con mucha lluvia y granizo, que daba en las espaldas a los imperiales y a los persas en los ojos, con lo cual en breve fueron vencidos y comenzaron a huir.

No bastaron esas dos victorias para quebrantar a Cósroes, que juntó un tercer ejército, mayor que los anteriores, al mando de un varón muy diestro en la guerra, llamado Razatenes, el cual fué también vencido por Heraclio, que invocó la virtud de la Santa Cruz y peleó con extraordinario valor, matando personalmente a tres esforzados enemigos.

Desanimado por fin Cósroes, abandonó el campo y nombró por rey a su segundo hijo Medarses, postergando a su hijo mayor Siroes, de gran ánimo y discreción. Herido éste por la injusticia, resolvió apoderarse del reino y mató a su madre y a su hermano, e hizo la paz con el Emperador Heraclio, restituyéndole todas las tierras y tesoro y devolviéndole la Santa Cruz y al patriarca de Jerusalén y demás cautivos cristianos.

El Emperador Heraclio, para dar gracias a Nuestro Señor de las victorias alcanzadas, fué a Jerusalén, llevando consigo la Santa Cruz que había estado catorce años en poder de los persas. Llegando a la puerta de la ciudad con la Cruz se detuvo y, a pesar de que quiso seguir su camino, una fuerza invisible le impedía moverse. El patriarca Zacarías le dijo que por ventura era la causa de aquel milagro tan extraño el llevar la Cruz por el mismo camino por donde el Salvador la había llevado, con muy diferente traje y manera que el Señor la llevó. "Porque tú, señor, dijo el Patriarca, vas vestido y ataviado de riquísimas e imperiales ropas, y Cristo llevaba una vestidura humilde; tú llevas corona imperial en la cabeza, y El llevó corona de espinas; y El iba con los pies descalzos, y tú vas con los

pies calzados". Pensó Heraclio que el patriarca tenía razón y en el acto vistióse un vestido vil, se quitó la corona imperial y descalzo pudo proseguir la procesión, hasta colocar la Santa Cruz en el mismo lugar de donde Cósroes la había quitado.

Ocurrieron ese mismo día diversos milagros operados en Jerusalén, por la virtud de la Santa Cruz.

37. VIA CRUCIS

El Vía Crucis, o camino de la Cruz, es una devoción establecida por la Iglesia para honrar la Santa Cruz y recordar el camino que hizo Nuestro Señor con ella a cuestas.

Es una práctica tan antigua como el Cristianismo. A ejemplo de los Apóstoles y de la Santísima Virgen, los primeros cristianos empezaron a recorrer, orando y llorando, el mismo camino que había seguido Jesucristo cargado con el instrumento de su suplicio. Cuando el Evangelio salió de los confines de la Judea, la devoción atrajo a Jerusalén de todas partes numerosos peregrinos. No se interrumpió a pesar de las persecuciones, y aunque a veces los cristianos se veían reducidos a presentar en secreto sus homenajes a los Santos Lugares.

Después de la conversión de Constantino, los cristianos, siguiendo el ejemplo de Santa Elena, inundaron la Tierra Santa y algunos fijaron allí su morada. Los príncipes y los reyes la visitaron sucesivamente, y cuando cayó en poder de los sarracenos, los pueblos cristianos se armaron para reconquistarla. Durante los noventa años que permaneció en poder de los cristianos, no omitieron éstos sacrificio para honrarla; y después de perdida, la Providencia veló para que no faltaran custodios fieles de las diversas comuniones cristianas.

Las estaciones, según la Escritura y la tradición son doce, a las cuales se agregaron el descubrimiento de la cruz y la traslación al sepulcro, lo que eleva su número a catorce.

Los Soberanos Pontífices han aprobado, recomendado y enriquecido con numerosas indulgencias esta devoción, especialmente Benedicto XIV, que en el Breve **Cum tanta,** de 30 de Agosto de 1741, la considera como el medio más oportuno para reformar las costumbres y conservar la devoción.

Por concesión del Papa Inocencio XI, el Vía Crucis goza de todas las indulgencias concedidas en diferentes épocas por los Soberanos Pontífices a la visita de los Santos Lugares de Palestina.

CAPITULO TERCERO

DEL CREDO

38. EL CREDO, O SIMBOLO DE LOS APOSTOLES

Las verdades principales de nuestra fe, que debe saber y creer todo cristiano, se contienen en el **Credo** o **Símbolo de los Apóstoles.**

Refieren algunos santos Padres que los Apóstoles, antes de separarse a predicar la fe de Jesucristo en los diferentes países del mundo, dispusieron determinar cuáles enseñanzas de las verdades reveladas habían de ser predicadas primero y principalmente a todas las gentes; y con el auxilio del Espíritu Santo, las reunieron en una breve oración o resumen, que se llamó **Símbolo de los Apóstoles** o **Credo.**

Los críticos modernos sostienen que el Símbolo, teniendo un **origen apostólico,** en cuanto al **fondo,** no recibió de ellos la **forma** en que ha llegado a nosotros. El texto del Símbolo actual remonta, según ellos, a fines del primer siglo, o a principios del segundo.

Se llama **Símbolo,** porque es la señal de la profesión de fe que debían hacer los verdaderos cristianos para ser reconocidos como tales; y **de los Apóstoles,** porque procede de ellos, que fueron los primeros en confesar por medio de él la fe de Jesucristo.

Aunque al principio no fué escrito, porque la Igle-

sia quería tenerlo secreto, se encuentra en las primeras obras de los Santos Padres y después cada Iglesia tenía un ejemplar de él. Todos los ejemplares eran idénticos, ya proviniesen del Oriente o del Occidente, reconociéndose esta identidad principalmente entre los cuatro Símbolos primitivos, llamados el vulgar, el romano, el de Aquiles y el Oriental.

Además del **Símbolo de los Apóstoles,** que es la profesión de fe más antigua y la que recitan comúnmente los fieles, existe el **de Nicea,** compuesto el año 325 en el primer concilio general de Nicea, que es el que se reza o canta en la Misa; y el **de San Atanasio,** que recitan los sacerdotes los domingos en el rezo del Oficio Divino. Estos Símbolos difieren entre sí sólo en la manera de exponer los misterios, con más o menos pormenores.

El Credo o Símbolo de los Apóstoles consta de doce artículos o miembros, y está dividido en tres partes: en la primera se describe al **Padre,** que es la primera Persona de la naturaleza divina, y la obra de la **Creación;** en la segunda, al **Hijo,** que es la segunda Persona, y el misterio de la **Redención;** y en la tercera, al **Espíritu Santo,** que es la tercera Persona, y la obra de nuestra **Santificación.**

La naturaleza del Credo y su **inmutabilidad,** a través de veinte siglos, son una demostración elocuente de la excelencia de la doctrina cristiana. Es un resumen breve, pero completo y definitivo desde su origen; un código doctrinal hecho para todos los países y para todos los hombres; que ha conservado toda su integridad, a pesar de los gravísimos cambios y trastornos que ha sufrido la sociedad humana; y que ha vencido todas las herejías, las cuales han servido para hacerlo brillar con más esplendor, sin que haya variado ninguna de sus afirmaciones o palabras. Esa inmutabilidad demuestra que no es obra de los hom-

bres, sino de la Sabiduría infinita de Dios, que lo marcó con el sello de la perfección.

Sus diversos artículos han sido atacados rudamente y, unos en pos de otros. Han habido batallas que han durado varios siglos.

La primera verdad, que afirma la existencia de un solo Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, fué la primera que combatieron los paganos, dominados por la idea de que había muchos dioses. El combate duró tres siglos, defendiendo la unidad de Dios contra las objeciones de los politeístas y de los filósofos de Alejandría, entre otros, San Justino, Clemente de Alejandría, Tertuliano, Orígenes, San Ireneo y San Cipriano, hasta que esa verdad fundamental del Cristianismo logró entrar al patrimonio de la humanidad civilizada.

Vino en seguida el ataque a la segunda verdad del Credo. Arrio, Nestorio y Eutiquio negaron la igualdad sustancial de Jesucristo con el Padre, su nacimiento de María Virgen, su doble naturaleza divina y humana, y su personalidad única, agotando en sus objeciones todos los recursos del ingenio de los griegos; pero defendieron con brillo esas verdades, en maravillosos estudios, San Atanasio, San Agustín, San Basilio, San Cirilo de Alejandría y San Hilario, hasta lograr que la cristiandad reconociera la inmortalidad de la segunda afirmación del Credo.

En el siglo noveno Focio, reanimando una lucha iniciada tiempo antes por Macedonio, atacó el artículo tercero del Credo, negando que el Espíritu Santo procede del Hijo y pidiendo que se suprimiera del Credo la palabra **Filioque**; y logró arrastrar en su cisma a una parte del Oriente. La Iglesia no transigió y defendió con energía la integridad del Credo, hasta que Focio obstinado en su error fué separado de

la Iglesia católica y se consumó el cisma griego, que desgraciadamente dura hasta hoy día.

Otras luchas memorables han sufrido diversos artículos del Credo, como el ataque de los protestantes contra la Iglesia Católica, y de los racionalistas y materialistas contra la vida eterna, la inmortalidad del alma y la idea de un Dios vivo y personal; pero ningún artículo del Credo ha sido modificado en lo más mínimo, y hoy, como hace veinte siglos, en todo el mundo se entona el mismo Credo y se profesa una misma fe: la fe católica, apostólica y romana.

Los que han combatido la fe, sin saberlo y sin quererlo, han contribuído al esplendor de la doctrina que intentaban destruir. Lacordaire les decía: ''Creéis que trabajáis contra nosotros y no sois sino los heraldos del Evangelio... Historiadores, filósofos y sabios, recogéis de todas partes preciosos materiales; labráis con el sudor de vuestra frente las piedras para el templo cuyo único arquitecto será el Cristo, y a este templo entraréis mañana con nosotros para cantar juntos **el eterno Credo**''.

Los cristianos **deben rezar** a menudo el Credo, como medio de confesar su fe; y esa oración sirve de verdadero escudo en las tentaciones contra la fe.

La hermana de San Ambrosio, en una de sus cartas, decía al santo que con mucha frecuencia sufría violentas tentaciones y dudas sobre los artículos de la fe. El santo le contestó que se sirviese del Símbolo de los Apóstoles como de un escudo contra esas tentaciones, que no omitiese jamás el rezarlo devotamente por la mañana y por la tarde, y cada vez que sintiese que estaba amenazada la pureza de su fe, asegurándole que de esa manera saldría victoriosa del combate.

San Vicente de Paul hacía coser la oración del Credo a su sotana, y la oprimía contra su corazón cada vez que experimentaba alguna tentación contra la fe.

En los primeros tiempos de la Iglesia un niño de siete años fué llevado ante el prefecto Asclepiades, que le preguntó: ¿Quién sois? "Soy cristiano, respondió", y en voz alta se puso a rezar el Credo. Esta profesión de fe desesperó al tirano, que hizo golpear al niño en presencia de su madre. Insistió el niño en repetir su profesión de fe, y el prefecto le hizo abrir las carnes y por fin cortarle la cabeza; pero las últimas palabras que pronunciaron los labios del heroico niño fueron las últimas del Credo que no cesó de rezar.

San Pedro de Verona, de la Orden de Santo Domingo, fué un predicador entusiasta del Símbolo de la fe. A la edad de siete años, salía de la escuela católica donde por disposición de la Providencia lo había colocado su padre, a pesar de que era hereje, y se encontró con un tío, que también era hereje y le preguntó qué había aprendido. El niño le respondió que el Credo, y comenzó a decirlo en voz alta. Turbóse el tío, y le preguntó si sabía lo que eso quería decir. Sí, le dijo el niño, "Creador del cielo y de la tierra" quiere decir que Dios hizo de la nada todas las cosas por su sola voluntad; hizo el sol, la luna y las estrellas; envía el calor para hacer crecer las plantas y la lluvia para refrescarlas, y por todo eso debemos amarlo". El tío no le permitió seguir hablando y se esforzó en hacerlo cambiar de sentimientos; pero todo fué inútil, porque a todo respondía: "Creo en Dios Padre, Todopoderoso".

Entró a la Orden de los Predicadores y siempre predicaba sobre el Símbolo de los Apóstoles, convirtiendo gran número de herejes. Los maniqueos, indignados, conspiraban para matarlo y el santo, que sabía estas tramas, lejos de temer la muerte, tenía tal celo de la fe y deseo de morir por su Credo que cuando en la misa alzaba la hostia consagrada, o cuando la veía al-

zar, suplicaba a Nuestro Señor que le permitiese morir en defensa de su fe.

Con este celo, y estando enfermo, partió para Milán y a medio camino fué asaltado y recibió una cuchillada en la cabeza que lo hizo caer en tierra. Como mejor pudo, comenzó a rezar el Credo, y mojando el dedo en su propia sangre intentó escribir estas palabras: "Creo en Dios Padre", que habían sido el gran amor de su vida; y expiró encomendando su alma al Señor.

CAPITULO CUARTO

DIOS

39. EXISTENCIA DE DIOS

Hay una **verdad primera y fundamental**, de la cual depende toda la religión; y esta verdad es la que afirma la existencia de Dios.

La religión es el lazo que une al hombre con Dios. Ese lazo supone la existencia de los seres llamados a unirse, esto es, de Dios y el hombre, rindiendo el hombre a Dios el acatamiento de la fe. ''Sin la fe, dice San Pablo, es imposible agradar a Dios''. Lo primero para agradarlo es creer en El y en la verdad de sus promesas. ''Pues es necesario, agrega, que el que se llega a Dios crea que hay Dios, y que es remunerador de los que le buscan'' (Heb. XI, 6).

La Iglesia Católica ha definido así esta verdad fundamental de la fe:

''La Santa Iglesia Católica, apostólica, romana, cree y profesa que hay un solo Dios, verdadero y vivo, Creador y Señor Soberano del cielo y de la tierra, todopoderoso, eterno, inmenso, incomprensible, infinito en la inteligencia, en la voluntad y en toda perfección. Siendo Dios una sustancia espiritual, única, simple e inmutable, debe ser proclamado real y esencialmente distinto del mundo, soberanamente feliz en sí mismo y por sí mismo, y sublimado de una manera inefable so-

bre todo lo que existe o puede ser concebido fuera de él''.

Hay **un solo** Dios, esto es, un solo Ser eterno, perfectísimo y Creador de todas las cosas. La existencia de otro dios destruiría en El estas soberanas y necesarias prerrogativas, porque la eternidad y perfección del uno concluiría con la del otro.

''Escucha, Israel, dice el Deuteronomio, el Señor tu Dios es uno solo'' (VI, 4).

La fe y la razón nos mandan creer en la existencia de Dios, a pesar de que ningún ser viviente lo ha visto.

''Nadie ha visto nunca a Dios, dice el Evangelista San Juan: el Hijo Unigénito del Padre, que está en el seno del Padre, éste nos lo ha declarado'' (Juan I, 18).

La idea de Dios, dice el padre Devivier, está tan profundamente grabada en el corazón de la humanidad, que los antiguos Padres de la Iglesia y los primeros escritores eclesiásticos se dispensan de ordinario de probar su existencia. Orígenes llega hasta declarar que es dar muestra de poca sabiduría el empeñarse en demostrar lo que es manifiesto. Los filósofos paganos eran del mismo sentir. Según Platón, no es posible conservar la calma en presencia de hombres que niegan la divinidad, ya que con ello no hacen otra cosa que combatir la evidencia misma.

La ciencia de las cosas materiales no basta para explicar los fenómenos que presenciamos.

El año 1873 fué recibido en la Academia Francesa Mr. Littré, que era positivista y negaba entonces la existencia de Dios; y Mr. Champagny, el historiador de los Césares, encargado del discurso de recepción, quiso dejar bien en claro que no participaba de las ideas de Littré.

''Habéis creído, dijo, que la ciencia de las cosas visibles debía bastar a la humanidad; habéis prohibi-

do al hombre avanzar más allá... La ciencia, limitada estrictamente al elemento material, esa ciencia árida que estudia los hechos, sin remontarse a la causa suprema, no alcanzará jamás a satisfacer a la humanidad". Necesita el hombre otro ejercicio y otra satisfacción para su razón, otros consuelos para su vida, otras esperanzas para sus dolores, otras flores para honrar la tumba de sus padres y otros cantos para entonarlos en la cuna de los pequeñuelos... Hay alguna cosa perceptible más allá de la ciencia puramente material. No es un Padre de la Iglesia, ni un filósofo al que voy a citar; no es, estad seguro, ni un teólogo, ni un metafísico, ni San Agustín, ni Platón. Es simplemente el hombre del pueblo, el dramaturgo, pero también el gran pensador, Shakespeare. Recordad sus palabras: "Hay muchas cosas en el cielo y sobre la tierra que no pudo soñar vuestra filosofía" y con mayor razón vuestra biología y vuestra fisiología. Esta verdad impalpable que no se ve en el laboratorio del químico, esta desconocida que desaparece en el fondo de los alambiques y se oculta de la imagen de los telescopios, esta incógnita que ninguna investigación experimental logrará descubrir, nosotros, plebeyos de la ciencia la conocemos y la llamamos **Dios**".

La razón humana, por la consideración de las cosas creadas, puede llegar al conocimiento cierto de que hay un Dios verdadero y único, Supremo Creador y Ordenador de cuanto existe.

Las pruebas que al efecto nos suministra son argumentos **a posteriori**, esto es, que prueban la causa por los efectos. No caben aquí argumentos **a priori**, porque la existencia absoluta y necesaria de Dios no es efecto de causa alguna. Es el único ser que no tiene causa.

Los argumentos que nos da la razón para probar la existencia de Dios son: la existencia de un ser ne-

cesario; el libro del universo; el movimiento del mundo; el orden que reina en el universo; la vida de muchos seres creados; la inteligencia humana; las aspiraciones del corazón; la ley moral; y el testimonio del género humano.

Además de los argumentos de razón, existe la revelación divina.

40. LA REVELACION

Para ayudar al hombre en el conocimiento de su misión en esta vida terrenal, en la consecución del fin para que fué creado y en la adoración que debe prestar a su Creador, no quiso Dios dejarlo entregado a las solas fuerzas de su razón natural, y le reveló su existencia.

La palabra de Dios, manifestada al hombre en el Antiguo Testamento, es la prueba más solemne y patente de la existencia del Ser Supremo.

La historia del pueblo hebreo, que Dios escogió para que conservara la creencia en El, es la historia de las manifestaciones de Dios, que se mostraba a los hombres de diversas maneras: ya hablando a Adán y Eva, a Caín, a Noé, a Abraham; ya apareciéndose a Moisés sobre la zarza que ardía sin consumirse; ya descendiendo sobre una nube luminosa; ya hablando a su pueblo por medio de inspirados profetas.

El Nuevo Testamento es la historia de la Encarnación, Vida y Muerte del Hijo de Dios, que bajó a la tierra a hablar a los hombres como Dios y a restaurar la humanidad.

La palabra y las obras de Jesucristo fueron la palabra y las obras de Dios, que se manifestó a los hombres para abrirles el camino de la salvación y enseñarles a andar por él: "Os he hecho saber, dijo, cuantas

cosas oí de mi Padre'' (San Juan, XV, 15). ''Si no queréis darme crédito a Mí, dádselo a mis obras'' (S. Juan, X, 38).

41. EL SER NECESARIO

La existencia de Dios se demuestra por la existencia de un Ser Necesario.

El gran filósofo Balmes pone como primera prueba de la existencia de Dios la necesidad de que haya una causa primera que haya creado todo lo que vemos y que tenga en sí mismo, y no en otro, la razón de su existencia, o sea, la existencia de un ser necesario y eterno demuestra la existencia de Dios.

''Existe algo, dice, cuando menos nosotros: aunque el mundo corpóreo fuese una ilusión, nuestra propia existencia sería una realidad. Si existe algo, es preciso que algo haya existido siempre; porque si fingimos que no haya nada absolutamente, no podrá haber nunca nada; pues lo que comenzase a ser no podría salir de sí mismo ni de otro, por suponerse que no hay nada, y de la pura nada, nada puede salir. Luego hay algún ser que ha existido siempre. Este ser no tiene en otro la razón de su existencia; es absolutamente necesario, porque si no lo fuese sería contingente, esto es, podría haber existido o no existido; así, pues, no habría más razón para su existencia que para su no existencia. Esta existencia no ha podido menos de haberla, luego la no existencia es imposible; luego hay un ser cuya no existencia implica contradicción, y que por consigiuente tiene en su esencia la razón de su existencia. Este ser necesario, no somos nosotros; pues sabemos por experiencia que hace poco no existíamos; nuestra memoria no se extiende más allá de unos cortos años; no son nuestros semejantes por la misma razón; no es tampoco el mundo corpóreo, en el cual no

hallamos ningún carácter de necesidad, antes por el contrario, le vemos sujeto de continuo a mudanzas de todas clases. Luego hay un ser necesario que no es ni nosotros ni el mundo corpóreo; y como éstos, por lo mismo que son contingentes, han de tener en otro la razón de su existencia, y esta razón no puede hallarse en otro ser contingente, pues que él a su vez la tiene en otro, resulta que así el mundo corpóreo, como el alma humana, tienen la razón de su existencia en un ser necesario. distinto de ellos. Un ser necesario, causa del mundo, es Dios; luego Dios existe".

42. EL LIBRO DEL UNIVERSO

La existencia del universo prueba la existencia de Dios. La razón nos dice: "No hay efecto sin causa". Si vemos una casa, inmediatamente se nos ocurre la idea del arquitecto que la ha construído; con mayor razón el espectáculo del mundo que tenemos a nuestra vista debe tener una causa, y esa causa primera del universo se llama Dios.

"¡Qué!, exclama Cicerón, ¡la esfera de Arquímedes prueba la existencia del obrero inteligente que la ha fabricado, y el sistema del Universo, del cual la máquina de Arquímedes es una simple imitación, no tendría la misma fuerza!"

Así como la existencia de un reloj supone la del relojero que lo fabricó, la existencia del universo nos demuestra la existencia de Dios, Creador y Conservador del mundo.

Fenelón, el gran arzobispo de Cambrai, se paseaba una tarde con un niño confiado a su cuidado. El horizonte estaba todavía dorado por los últimos reflejos de un sol poniente, y todo en la naturaleza respiraba la calma, la grandeza y la majestad. Preguntó el niño

qué hora era, y Fenelón sacó un reloj que marcaba las ocho.

—¡Qué hermoso reloj!, gritó el joven; permitidme mirarlo.

El arzobispo se lo entregó, y como el niño lo examinaba por todos lados.

—¡Cosa singular!, mi querido Luis, dijo fríamente Fenelón, este reloj se ha hecho solo.

—¡Solo!, exclamó el niño, mirando a su maestro con una sonrisa.

—Sí, solo, le dijo. Un viajero lo encontró en un desierto; pero el reloj se hizo solo.

—Es imposible, os burláis de mí, monseñor, repuso el niño.

—No hijo, no me burlo. ¿Por qué decir que es imposible?

—¿Por qué? Porque hay tanta precisión en el arreglo de las mil pequeñas ruedas que componen el movimiento y hacen marcar las agujas, que no solamente se necesita inteligencia para organizar esto, sino que pocos hombres serían capaces de hacerlo... Jamás creeré que esto se haya hecho solo.

Fenelón abrazó al niño, y mostrándole el cielo que brillaba encima de su cabeza:

—¡Qué decir, mi querido Luis, de los que pretenden que esas mil maravillas se han hecho solas y que no hay Dios!

—¿Hay hombres tan malvados que digan eso?

—Sí, hay quienes lo dicen. Si es evidente que un reloj no puede hacerse solo, es más difícil creer que el hombre que fabrica los relojes se haya hecho él mismo. Ha habido un primer hombre y es preciso que alguien lo haya hecho, y ese alguien es Dios, el Ser Infinito que no ha sido hecho por nadie.

La fuerza de este argumento convencía a Voltaire de la existencia de Dios. Un día que alguien lo negaba

en su presencia, él, señalando con el dedo un reloj que colgaba de la pared, exclamó:

—Cuanto más lo pienso, menos puedo comprender cómo marcha ese reloj, si no lo construyó un relojero!

Para establecer la existencia de un Dios Creador, San Agustín interrogó a la naturaleza creada: "Cuando yo os buscaba, dice, oh, mi Dios, pregunté a la tierra si ella era mi Dios, y me contestó que no. Todas las cosas que existen sobre la tierra y las que encierra en sus entrañas me contestaron lo mismo. Pregunté a los abismos de los mares y a los seres que viven en las aguas, y me dijeron: "No somos vuestro Dios; buscadle más arriba". Pregunté al aire, y éste, con sus habitantes, me contestó: "No soy tu Dios". Elevé mi vista al cielo y pregunté al sol, a la luna y a las estrellas, y me respondieron: "No somos tu Dios". Dirigiéndome entonces a todas las cosas creadas, les dije: Todas me habéis contestado que no sois mi Dios; decidme, entonces, ¿quién es mi Dios?; y con una voz poderosa respondieron: "Dios es Aquél que nos ha creado" (Soliloq., lib. V, cap. 31).

De ese **libro admirable de la naturaleza** sacaba toda su ciencia San Antonio, el primero de los solitarios de Egipto. Cuando arreciaba la persecución de los arrianos, fué llamado a Alejandría por San Atanasio para que se opusiera al furor de los sectarios y mantuviera el ánimo de los católicos. San Antonio no había estudiado en los libros de los filósofos, pero sus respuestas causaban admiración por su sabiduría y la solidez de su juicio; y extrañados los arrianos le preguntaron en qué libros había estudiado su admirable doctrina. El Santo les mostró entonces con una mano el cielo y con la otra la tierra: "Este es mi libro, les dijo, que reemplaza a todos los otros. Los hombres todos, deberían estudiar el libro de la naturaleza y descubrirían en él, a cada momento, los rasgos de la sa-

biduría, del poder y de la bondad de Dios; y de la contemplación de las creaturas se elevarían al conocimiento y al amor de su Creador''.

En ese libro de la naturaleza saben leer hasta los hombres más alejados del Cristianismo. Monseñor Darrieux cuenta en su ''Viaje en Arabia'' que un día preguntó a un pobre árabe del desierto, ignorante como casi todos ellos, cómo se había asegurado de la existencia de Dios: ''De la misma manera, contestó, que conozco por las huellas impresas en la arena, si ha pasado por ella un hombre o una bestia''.

Fijémonos en una cosa pequeña y veamos qué mundo de misterios encierra.

Coged una **flor**, dice un autor, miradla, es una maravilla. Contemplad sus **raíces**; por recónditos caminos, encogiéndose de un lado, dilatándose por el otro, barrenando con sutiles y delicadísimas fibras los terrenos más densos, absorben por mil de aquellas la humedad y las sales análogas, rechazando las que no les convienen y las envían a la superficie para dar vida a la planta y sostenerla firme contra el rudo embate de los vientos, su **tallo** gentil brota hacia arriba buscando el sol que lo vivifica, como el alma del hombre busca el sol celestial, y por canales imperceptibles sube el jugo que le suministran las raíces, y en cada uno de sus nudos se detiene y se purifica y por mil evoluciones llega hasta el extremo de la flor y se convierte en tela delicadísima. Como el capitel de una columna corintia, el tallo se ensancha en su remate, y un tubo que concluye en varias puntas, como real corona, sostiene cinco hojas purpúreas, festoneadas tan delicadamente que avergüenzan al trabajo del más primoroso artista, y encantan las miradas de los hombres. Ved las **hojas** que inclinadas graciosamente adornan el tronco y lo acarician blandamente y recogen en sus arranques el rocío que refresca el tallo, como las caricias del hijuelo

refrescan el corazón de la madre que lo estrecha entre sus brazos. Fijaos en el centro, examinadlo: allí hay nuevas maravillas: un cáliz verde y resguardado por una porción de hilillos sobrepuestos y rizados, como el sedoso cabello del niño recién nacido. Pues en aquel cáliz está depositado el germen de las flores. Llegará la estación propicia y se hendirá suavemente, y por las hendiduras se escapará un polvo imperceptible, que llevado en alas de templados vientos se posará en otros cálices y fructificarán las semillas en él contenidas, y, mil generaciones de esas lindísimas flores cubrirán el suelo con manto de espléndidos e inimitables colores.

El Presidente de la República Argentina, General don Agustín P. Justo, en la hermosa oración que pronunció en el Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, hacía esta confesión de fe, dirigiéndose al Señor del Universo: "Os presentimos a través de todo lo creado, aunque no siempre os abarque nuestra pobre inteligencia. Os presentimos a través de lo infinitamente grande, en la armonía de los mundos, en la luz de los astros rutilantes que pueblan el firmamento, en cada espectáculo magnífico de la naturaleza. Os presentimos a través de lo inconmensurablemente pequeño, en aquello que no perciben nuestros sentidos, comprobación palpable de vuestra grandeza".

El historiador Thiers cuenta que Napoleón Bonaparte solía conversar con algunos sabios amigos sobre cuestiones filosóficas y religiosas, y que un día dijo a Monge: "Mi religión es muy sencilla. Miro el universo, tan vasto,, tan complicado y tan magnífico, y digo: esto no puede ser obra del acaso, sino la obra de un ser que no conocemos, todopoderoso, superior al hombre, como el universo es superior a nuestras mejores máquinas. Investigad, ayudaos de vuestros amigos, los matemáticos y los filósofos, y no encontraréis una razón más fuerte y decisiva que ésta".

Los paganos no leen la Biblia, y no obstante, dice el apóstol San Pablo, "son inexcusables, y se condenarán por haber tenido cautiva la verdad cerrando los ojos a la luz" (Rom. II). "Pero, ¿cómo se manifestaba a sus ojos la verdad, pregunta San Crisóstomo? ¿Qué profeta, qué evangelista, qué doctor suplía a la Biblia?

El **libro de Dios**, el espectáculo del universo, responde este gran doctor.

Darwin reconocía que éste era el principal argumento para probar la existencia de Dios. "No he sido nunca ateo, decía, jamás he negado la existencia de Dios. La imposibilidad de concebir que este universo grande y admirable con nuestras inteligencias conscientes haya podido provenir de la casualidad, me parece el principal argumento para demostrar la existencia de Dios".

Saintine cuenta la conversión de una alma por el estudio y el amor de una planta pequeña, **Picciola,** que crecía en el jardín del patio de su cárcel. Al principio de su cautividad había escrito sobre el muro de su celda estas palabras, que denotaban su estado de incredulidad: "El azar es ciego y sólo él es el autor de la creación. Dios es sólo una palabra". Algunos días después de haber adoptado su pequeña planta, y meditado a la vista de la contextura de ella, escribió a continuación esta palabra de duda: "¡Talvez". Siguió meditando algunos días, largamente, delante de las maravillas de su querida plantita y volvió de nuevo a su celda, y a continuación de la frase que decía: "Dios es sólo una palabra", agregó esta interrogación: "Pero, ¿no será esa palabra la que explica el gran enigma del universo?" Otras reflexiones posteriores lo llevaron a hacer esta confesión definitiva, que dejó también escrita en la muralla de su celda: "Confieso a Dios; creo ahora en esta causa primera que

Picciola me ha revelado, en este poder eterno, regulador admirable del universo''.

Sólo la existencia de un Dios, creador de todas las cosas, puede explicar los fenómenos que observamos en la naturaleza. Recordemos el llamado **enigma de Pitágoras**, sobre cuál existió primero, si la gallina o el huevo.

A un joven que decía haber hecho grandes estudios y que negaba la existencia de Dios, le dijo una niña:

—No he estudiado filosofía ni matemáticas, ni las cosas que vos sabéis. Sólo conozco mi catecismo; pero, ya que sois tan sabio y que aseguráis que no hay Dios, decidme: ¿de dónde viene un huevo?

—Cuestión ridícula, contestó el joven; el huevo viene de la gallina.

—Y la gallina, ¿de dónde viene?

—Usted lo sabe tan bien como yo, señorita; la gallina viene de un huevo.

—Muy bien. Pero ¿cuál de los dos existió primero?

—Lo que existió primero fué la gallina.

—¿Hay entonces una gallina que no viene de un huevo?

—Perdón, señorita, no me había fijado; el huevo existió primero.

—¿Hay, pues, un huevo que no ha venido de una gallina?

—Ah, es que...

—Lo que veo es que no sabéis cuál existió primero: si el huevo o la gallina. Bien, yo le digo que fué la gallina, y que hay una gallina que no ha venido de un huevo, y que es la madre de todas las gallinas y de todos los huevos. Ahora ¿de dónde viene esta gallina? Ya que no lo sabéis, voy a enseñároslo. El que creó la primera gallina es el mismo que creó el mundo.

Es Dios. ¡Sin El no podéis explicar siquiera la existencia de un huevo y de una gallina, y pretendéis explicar sin El la existencia del universo?

El hombre nada crea, ni es propiamente inventor. Se limita a descubrir las leyes de la naturaleza, que existían, pero no eran conocidas.

El sabio norteamericano Tomás Edison, inventor de tantos adelantos modernos, oyéndose en una ocasión llamar gran inventor, contestó: "Me llaman gran inventor. En verdad no soy un inventor que valga la pena que hablen de él. Cuando pienso que ni siquiera puedo construir un imbécil con sus pensamientos y sus palabras de imbécil. ¡No soy sino una levadura de inventor! Luego, con el dedo levantado hacia el cielo y evocando a Dios, agregó: "He ahí al verdadero inventor". Otras veces llamaba a Dios: "el Gran Inventor".

En su lecho de muerte, Mirabeau, al ver los esfuerzos que para mantenerle la vida hacía su médico Cabanis, le dijo: "Eres un gran médico; pero hay un médico más grande que tú: el autor del viento que todo lo da vuelta, del agua que todo lo penetra y fecunda, y del fuego, que todo lo vivifica y descompone".

El sabio Kepler, después de diez y siete años de investigaciones y trabajos, y de haber descubierto y comprobado varias leyes naturales, escribió al final de su libro de Astronomía estas hermosas palabras: "Yo te doy gracias, Criador y Señor, por todas las complacencias que he experimentado en los éxtasis producidos por la contemplación de tus obras. He proclamado ante los hombres toda la grandeza de ellas. Si algo se me ha deslizado indigno de Ti, recíbeme en tu clemencia y misericordia; y concédeme la gracia de que la obra que termino contribuya a tu mayor gloria y a procurar la salvación de las almas".

Napoleón, a quien ya aludimos, confesó muchas veces su creencia en Dios. Discurriendo un día en Santa Elena con uno de sus generales acerca de la existencia de Dios, dijo: "Me preguntáis: Qué es Dios, si le conozco, y qué noticias tengo acerca de él. Voy a contestaros: Decidme a vuestra vez: ¿Cómo conoces que un hombre tiene talento? ¿Habéis visto jamás el talento? ¿Acaso puede verse? ¿Por qué creéis que existe? Vemos el efecto, del efecto subimos a la causa, la buscamos, la encontramos y creemos en ella, ¿no es verdad? Así, en un campo de batalla, cuando se ha empeñado la acción, si de repente se observa la bondad del plan de ataque por la rapidez y exactitud de las maniobras, se admira uno y proclama: ¡He aquí un hombre de talento! ¿Por qué razón, en lo más recio de la pelea, cuando la victoria parecía indecisa, vos erais el primero que me buscabais con los ojos? Sí, vuestros labios me llamaban, y de todos lados partía la misma voz: ¡El Emperador! ¿Dónde está el Emperador? ¿Cuáles son sus órdenes? ¿Qué grito era este? Era el grito del instinto y de la creencia general en mí y en mi talento".

"Pues bien, yo también tengo un instinto, una certidumbre, una creencia, un grito que se me escapa involuntariamente: **reflexiono, contemplo la naturaleza y sus fenómenos, y digo: Dios. Admírome y exclamo: Hay un Dios**".

"Mis victorias os hacen creer en mí; pues a mí el universo me hace creer en Dios. Creo en él por lo que veo y por lo que siento. ¿Por ventura esos maravillosos efectos de la omnipotencia divina no son tan positivos y más elocuentes que mis victorias? ¿Qué es la más hermosa maniobra en comparación del movimiento de los astros?"

La idea de un Ser supremo se impone con tal evi-

dencia, que los hombres inteligentes, aunque sean ateos, buscan frases para descifrar su ateísmo.

El Doctor Carlos Ibarguren, dijo en un discurso pronunciado en la Academia Argentina de Letras que el ateísmo desencadenado por la Revolución Francesa, fortificado por la filosofía materialista y propagado por la democracia liberal y por el socialismo marxiste, había exacerbado de tal manera el orgullo humano, que el literato francés Anatole France, encontrándose de visita en Buenos Aires, había dicho, en respuesta a un discurso suyo en que aludía a su escepticismo burlón, estas palabras: ''que él también tenía creencias; y esperaba que los hombres algún día crearían a Dios''.

Y para terminar con este punto citaremos las palabras del sabio Cuvier dichas en plena Academia: ''Un hombre que tiene ojos para ver las maravillas del universo, no puede negar que existe Dios, sin ser un necio o un impío''.

43. EL MOVIMIENTO DEL MUNDO

Es un axioma de las ciencias físicas que la materia es inerte; por sí sola no puede moverse. Vemos, sin embargo, que el sol, la luna y las estrellas recorren órbitas inmensas. Igualmente se mueve la tierra, y sobre ella se mueven los vientos, los ríos, las aguas del mar; y germinan y crecen y fructifican las plantas.

Todo movimiento supone un motor que dé el impulso. Existe, pues, fuera de la materia, que en sí misma es inmóvil, un principio inmaterial, una voluntad superior que imprime al universo entero esos movimientos que observamos, un **primer motor, universal, eterno, necesario**; el cual permanece inmóvil, porque no es posible una serie infinita de movimientos. Ese primer motor inmóvil es Dios, Soberano Señor de todo el universo.

Si se niega la existencia de Dios, queda sin explicación posible el movimiento del mundo. La teoría de que el poder que produce ese movimiento radica en la materia misma es contraria a la ley de la inercia; y la idea de un movimiento que carece de una causa que lo produzca es la negación de toda razón y de toda ciencia.

Explicando Laplace el sistema del mundo decía: "Reunidos todos los elementos para la organización del mundo, falta alguien que dé el impulso". Ese alguien que imprime el movimiento al mundo es Dios, el mismo que creó los elementos que lo componen.

44. EL ORDEN QUE REINA EN EL UNIVERSO

El universo, admirablemente ordenado y armónico hasta en sus menores detalles, se anuncia como la obra de una inteligencia soberana que todo lo ha previsto y regulado.

El movimiento de los astros, la corriente de las aguas, las vibraciones del aire, la alternativa del día y de la noche, la sucesión de las estaciones, todo guarda relación, tiene sus proporciones, obedece a una ley y nos demuestra la existencia de un Ordenador Supremo de todo lo creado.

Suponer, decía Proudhon, el sistema del mundo regido por leyes físicas, sin tener en cuenta a un Dios Ordenador, sería tan absurdo como atribuir la victoria de Marengo a combinaciones estratégicas sin contar para nada con Napoleón.

Aristóteles suponía que algunos hombres hubiesen vivido siempre bajo tierra en lujosas moradas adornadas con estatuas y cuadros y llenas de toda clase de comodidades, y que de repente pudiesen abandonar sus mansiones subterráneas para subir a la superficie

y contemplar la tierra, los mares, el cielo, las nubes, la fuerza de los vientos, el sol tan hermoso que con su luz hace nacer el día, la noche que obscurece la tierra y hace brillar inmensidad de estrellas, las fases de la luna y la regularidad invariable de los movimientos de los astros, y se pregunta: ¿podrían esos hombres dudar siquiera un momento de que todo lo que veían era la obra de un Ser Supremo, Creador y Ordenador del universo?

Pero no hay para qué ponerse en una hipótesis tan difícil; basta con observar nuestro propio cuerpo, el cual dice Balmes, encierra tanto caudal de previsión y sabiduría, que por sí solo bastaría para convencer de la existencia de un Supremo Hacedor. A medida que la anatomía y la fisiología van adelantando, se descubren nuevos prodigios en la organización; y siempre con unidad de fin, con sencillez de medios, y con tal delicadeza de procedimientos que asombra al observador.

Julio Favre, en su discurso de incorporación a la Academia Francesa, manifestó su creencia en Dios por el orden admirable que reina en el universo.

"Mis sentidos, dijo, me dan la prueba más brillante de la existencia de Dios, siempre reproducida, siempre nueva y nunca refutada. ¡Cómo! A cada momento somos testigos del orden admirable del universo, la ciencia nos demuestra verdaderos prodigios en la organización del más humilde gusano y, elevando nuestras inteligencias, nos pasea por los campos del espacio donde, gobernados por leyes regulares, gravitan, se atraen, y se sostienen los unos a los otros millones de mundos luminosos; y porque no comprendemos su esencia podríamos rechazar nosotros la existencia de una voluntad superior, sin la cual todas esas maravillas resultarían incomprensibles! Sin embargo, ellas existen. Nuestros sentidos las ven, nuestra razón con-

firma su testimonio, y la fuerza de la evidencia nos lleva hasta Dios, cuya existencia proclaman; o bien, tenemos que negar esa evidencia, y con ella nuestra razón, es decir, degradarnos con nuestras propias manos''.

Galeno, uno de los más célebres médicos de la antigüedad, decía un día al ateo Epicuro: ''Examinad atentamente vuestro cuerpo y estudiad su estructura admirable; y decidme si dudáis todavía de la existencia de Dios. Os doy un siglo para meditar, y veréis que no se puede reprochar el menor defecto a su autor, ni es posible reemplazar unos miembros por otros, sin quitarle su fuerza, su hermosura, su utilidad. Confesad que no se puede desear mayor perfección''.

El sabio Newton probaba la existencia de Dios, repitiendo estas palabras de Platón:

''Vosotros deducís que yo tengo una alma inteligente porque advertís orden en mis palabras y acciones; concluíd, pues, contemplando el orden que reina en el universo, que existe también un alma soberanamente inteligente, esto es, que existe un Dios''.

No es necesario ver al Ordenador del mundo con los ojos del cuerpo, para saber que El existe y gobierna todo lo creado. El capitán que dirige un barco va ordinariamente oculto en su cámara de mando, y sin embargo, por el curso ordenado y constante del barco, los pasajeros saben que no marcha solo, sino que va gobernado por un hombre diestro y experimentado en el arte de la navegación.

El orden del mundo no es obra del **acaso**, porque decir que las cosas han sido producidas y ordenadas por el acaso es lo mismo que decir que han sido producidas y ordenadas por la nada.

La palabra **acaso** o **casualidad** es vacía de sentido, y ha sido empleada para explicar efectos cuyas causas se desconocen. ''La casualidad, decía Víctor Hugo, es

un plato hecho por los pillos para que lo coman los tontos".

Hay hechos o sucesos que llamamos casuales, pero tienen sus causas; y si les damos ese nombre es solo porque ignoramos el concurso de las causas que los han producido.

El ilustre astrónomo Atanasio Kircher quiso demostrar a un amigo suyo lo absurdo de la teoría de que el universo proviene del acaso. Colocó en un ángulo de la habitación, donde solía recibir al amigo, un magnífico globo, en el cual estaban descritos con precisión admirable todos los movimientos de los cuerpos celestes, y cuando llegó el amigo y observó aquella obra estupenda: ¡Magnífico! exclamó; ¿es invención vuestra? — No, respondió el astrónomo.—Pues, ¿quién es el autor? — Nadie, respondió el astrónomo. — Vaya, replicó el amigo; decidme quién lo ha hecho, pues merece mil felicitaciones. — Yo os digo que este globo no tiene absolutamente ningún autor; que nadie lo ha hecho; que apareció allí al acaso. — Dispense usted, dijo un poco enfadado el amigo; no soy ni un niño ni un necio para creer eso. — Y el astrónomo le contestó: Es verdad, no sois un niño ni un necio; pero me tenéis a mí por niño o por necio cuando queréis persuadirme de un desatino mayor: esto es, cuando decís y sostenéis que el mundo es obra del acaso. ¿No podéis comprender cómo un globo tan pequeño, que ni siquiera se mueve, se haya podido formar por sí mismo, y os empeñáis en que yo crea que el universo con todas sus maravillas es obra del acaso? Decís que para construir ese pequeño globo se requiere una gran inteligencia que deseáis conocer, y ¿creéis luego que para formar el universo y conservar la inefable armonía del cielo y de la tierra no sea necesaria la existencia de Dios? Ese lenguaje persuadió al amigo de lo absurdo que es atribuir al acaso la creación del mundo.

Ni vale decir que el orden que vemos en el universo proviene de las leyes de la naturaleza, porque esas leyes reguladoras del orden son la prueba más patente de la existencia del Supremo Legislador y Ordenador, que las dictó y las mantiene y dirige.

45. LA VIDA DE MUCHOS SERES CREADOS

La vida que tienen algunos seres que existen sobre la tierra, también demuestra la existencia de Dios, causa primera y fuente de toda vida.

Hay tres clases de vida; la de las plantas que tienen la vida inferior que es la **vida vegetativa**; en seguida, la de los animales que tienen la **vida sensitiva**; y en la escala superior, la del hombre que tiene la **vida intelectiva.**

La razón nos dice que ninguna de esas tres vidas ha podido nacer de la materia, porque nadie da lo que no tiene, y como la materia carece de vida, no puede darla. Es menester que haya un principio de vida distinto de los átomos que componen los cuerpos; de otro modo, tan sin vida serían las piedras como las plantas y los animales.

El que pone ese principio de la vida en algunos cuerpos, tiene que ser la fuente de toda vida, y éste no es otro que Dios, cuya existencia proclaman los seres vivientes por el hecho mismo de tener vida.

El Evangelio nos enseña que Dios es la fuente de toda vida.

"El Verbo era Dios... Por El fueron hechas todas las cosas, y sin El no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. **En El estaba la vida,** y la vida era la luz de los hombres" (S. Juan I, 1, 3 y 4).

San Pablo, predicando en medio del Areópago, enseñaba: "Ese Dios que vosotros adoráis sin conocerlo es el que yo vengo a anunciaros. El Dios que crió el mundo y todas las cosas contenidas en él, siendo co-

mo es el Señor de cielo y tierra, no está encerrado en templos fabricados por hombres, ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviese menesteroso de alguna cosa; **antes bien, El mismo está dando a todos la vida, y el alimento y todas las cosas.** El es que de uno solo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres... queriendo con esto que buscasen a Dios... como quiera que no está lejos de cada uno de nosotros. Porque dentro de El vivimos, nos movemos y existimos'' (Hechos, XVII, 24 a 28).

Si la vida de los seres organizados no procede de la creación de Dios, habría que reconocer que ella se produce por la generación espontánea.

La teoría de la generación espontánea consiste en que dada cierta materia, en la cual no se encuentran gérmenes ocultos, escondidos o invisibles, puede desenvolverse en ella, mediante el desarrollo de las energías inherentes a la materia una serie de seres vivos. Según esa teoría, la materia inerte puede producir seres vivos con el transcurso del tiempo.

Esa teoría está absolutamente rechazada por la ciencia, y ningún sabio de verdad se atreve hoy a defenderla, después de los experimentos concluyentes de Pasteur. Todos reconocen el principio científico de que un ser viviente procede de otro viviente: **Omne vivum ex vivo.**

Rechazada la teoría de la generación espontánea, hay que reconocer necesariamente la existencia de Dios, fuente de toda vida. No hay otro término de la cuestión, y en eso todos están de acuerdo.

''Si la creación del hombre por Dios, dice Mr. Bougaud, es un misterio, la creación hecha por la naturaleza es un misterio mayor. Decir que Dios creó la tierra y que la hizo capaz de engendrar al hombre es la misma dificultad, con una belleza menos y una degradación más''.

Por su parte el sabio Quatrefages, resumiendo los estudios de otros grandes sabios, llega a la siguiente conclusión: ''Consideramos definitivamente condenada la doctrina de las generaciones espontáneas''.

Ridiculizando la teoría de la generación espontánea, los hermanos De Goncourt cuentan en su Diario que en una comida en que se reunían sabios y literatos, alguien recordó que Berthelot había pronosticado que después de cien años de estudio de la ciencia física y química, el hombre llegaría a saber lo que era el átomo y que podría a su arbitrio moderar, extinguir o reanimar la luz del sol, como si fuera una lámpara. Otro recordó que Claudio Bernard había anunciado que antes de cien años de ciencia fisiológica se conocería la ley orgánica y se podría hacer la creación del hombre, compitiendo con el Creador.

Nosotros, agrega, guardamos silencio, sin hacer objeción alguna; pero estábamos ciertos de que llegado ese momento de la ciencia a que aludían los amigos, bajaría a la tierra el anciano buen Dios con su barba blanca, con un manojo de llaves en la mano, y diría a la humanidad, como se dice en el Salón de Pintura a las 5 de la tarde: ''Señores: ha llegado el momento de cerrar''...

46. LA INTELIGENCIA HUMANA

Nuestra propia inteligencia es una de las pruebas más patentes de la existencia de Dios. Un ser inteligente y libre, que piensa y quiere, no puede provenir del acaso, ni de la materia, sino de una causa inteligente y creadora, y esa causa es Dios.

Nuestros padres nos dan el ser corporal, pero no nos dan la vida, **por sí solos**, sino con la ayuda de Dios, de quien son instrumentos. El alma espiritual que te-

nemos no puede proceder del cuerpo de nuestros padres, porque en ese caso sería corporal; ni de su alma, porque es indivisible; ni de su poder creador, porque no son dioses. Debemos, pues, nuestro origen a un Espíritu Creador, Inteligencia Suma, que ha sacado nuestra alma de la nada, con su poder infinito, por medio de la creación. Ese Espíritu Creador es Dios.

"¿Queréis que probemos, pregunta Tertuliano, la existencia de Dios... por el testimonio de vuestra alma? Pues mirad: a pesar de la prisión del cuerpo que la oprime, a pesar de los prejuicios de la educación que la cautivan, a pesar de las pasiones que la enervan y de los ídolos que la degradan, cuando, sacudiendo su pereza y su modorra, penetra dentro de sí misma y recobra la salud; ¿no véis entonces lo que hace el alma? No otra cosa, sino nombrar inmediatamente a Dios: ¡Dios grande! ¡Dios bueno! ¡Dios misericordioso!, éste es el grito natural de todos. ¡Oh testimonio del alma naturalmente cristiana!"

Napoleón demostraba la existencia de Dios por el hecho innegable del talento de ciertos hombres. "Ya que creéis en el talento, preguntaba a uno de sus generales, ¿tendréis la bondad de decirme de dónde viene al hombre de talento esa invención de ideas, la inspiración, ese golpe de vista que sólo él tiene? ¡Responded! ¿De dónde procede todo esto? Decidme su causa. La ignoráis, ¿no es verdad? Pues yo también la ignoro, y nadie está mejor informado que nosotros dos; y sin embargo, esta particularidad que distingue a algunos individuos ¿no es un hecho tan evidente y positivo como cualquier otro? Ahora bien, supuesto que hay tal diversidad en la capacidad de los hombres, es preciso que haya una causa, es necesario que alguien la establezca: ese alguien no somos vos ni yo, y el talento es una mera palabra que no da la menor razón de su causa. No falta quien dice que esta causa

está en los órganos; esta es una necedad buena para un carabinero, pero no para mí, ¿lo entendéis?"

"Los efectos prueban la causa, y los efectos divinos me hacen creer en una causa divina. Sí, existe una causa divina, una razón suprema, un ser infinito; y esta causa es la causa de las causas, esta razón es la que ha creado la inteligencia. Hay un ser infinito, en cuya comparación, vos, mi general, no sois más que un átomo, y yo con todo mi talento, soy una pura nada. Conozco que existe este Dios... le veo... tengo necesidad de él... creo en él. Si vos no estáis convencido de su existencia, si no creéis en él, tanto peor para vos".

Al lado de nuestra propia inteligencia observamos la existencia de otras inteligencias que reconocen las mismas verdades fundamentales, que han comprendido también con su razón; por ejemplo, que el todo es mayor que la parte, que una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo. Esta **comunidad de verdades** que existe entre las inteligencias de los hombres nos dice que hay una Suprema Inteligencia Ordenadora, superior a la de los hombres, que les manda admitir esos principios y les comunica su propia luz para que los conozcan.

Más aún: la inteligencia del hombre tiene la **idea del ser infinito**, lleno de todas las perfecciones, y esa idea que está en la mente de los hombres, dice San Anselmo, es una prueba de la existencia de Dios.

Algunos hombres invocan la existencia del mal, dice José de Maistre, como argumento contra la existencia de Dios, porque si Dios existiese, dicen ellos, el mal, que es una injusticia, no existiría. ¡Oh señores, saben entonces que ese Dios, que no existe, es justo por esencia! Conocen los atributos de un ser quimérico y están en situación de decirnos cómo sería Dios, si por casualidad existiese.

Si nos fuese permitido reír, tratándose de una cosa tan triste, ¿quién no reiría al oir a los hombres que tienen una cabeza sobre su cuerpo, como la tenemos nosotros, argumentar contra Dios, con la misma idea que El les ha dado de sí mismo, sin fijarse que esa sola idea prueba la existencia de Dios, porque no podrían tener esa idea, si Dios no existiese? La pintura no puede representar a los ojos del hombre algo diverso de lo que existe. La inagotable imaginación de Rafael ha podido cubrir su famosa galería de pinturas con aglomeraciones fantásticas, pero cada una de las piezas que la componen existe en la naturaleza. Lo mismo ocurre en el mundo moral: el hombre no puede concebir sino lo que existe; y así el ateo, para negar a Dios, empieza por suponer su existencia''.

El gran sabio Mr. Pasteur, en su notable discurso de recepción en la Academia Francesa, invocó, también, la noción de lo infinito que tenemos los hombres como una prueba de la existencia de Dios.

''La más importante de nuestras nociones, dijo, es la de lo infinito. Más allá de la bóveda estrellada, ¿qué hay?—Nuevos cielos estrellados. — Bien, y más allá, ¿qué hay—¿Quiere el hombre detenerse ahí? Como el punto en que se detiene es una grandeza finita, mayor sólo que las que le han precedido, apenas comienza a contemplarla, cuando vuelve a plantearse la implacable cuestión, sin que pueda acallar el grito de su curiosidad. De nada sirve contestar: Más allá hay espacios y grandezas sin límite. Nadie comprende esas respuestas. Hay que terminar por proclamar la existencia de lo infinito, y el que proclama esa existencia acumula en esa afirmación una idea que es más sobrenatural que los milagros de todas las religiones, porque la noción de lo infinito tiene el doble carácter de imponerse a la inteligencia humana y de ser a la vez incomprensible. Yo veo en todas partes la inevitable

expresión de lo infinito. En virtud de ella, lo sobrenatural está en lo íntimo de todos los corazones.

Ahora bien, la idea de Dios es una forma de la idea que todos tenemos de lo infinito. Mientras este misterio de lo infinito pese sobre el pensamiento humano, veremos templos levantados en todas partes para dar culto al Ser Infinito''.

Voltaire, haciendo una frase ingeniosa, dijo: ''Si Dios no existiese, habría que inventarlo'', y Legouvé contesta: ''Ese verso es sublime, pero absurdo. No se podría inventar a Dios, si no existiese. La imaginación humana nada crea; ella combina y recuerda. La mejor prueba de que Dios existe es que el hombre lo cree''.

Terminaremos con estas palabras de Cicerón tomadas de su libro ''**De la Naturaleza de los Dioses**'': ''El alma, el espíritu, la razón del hombre, su inteligencia, su sabiduría, son evidentemente la obra de Dios. Para no comprenderlo es preciso, me parece, estar desprovisto de todas estas facultades''.

47. LAS ASPIRACIONES DEL CORAZON HUMANO

El corazón del hombre tiene aspiraciones que no se satisfacen con los bienes de esta tierra. Aspira a un bien ideal cuya posesión le haría completamente feliz, a una vida eterna, a una belleza infinita. Sólo la posesión de Dios, infinita verdad, infinita belleza e infinita bondad, es capaz de satisfacer esa ansia de felicidad perpetua que siente y busca el corazón humano; y sólo El ha podido depositar ese amor y ese deseo en el fondo de nuestras almas.

El corazón humano tiene el **instinto** de la existencia de Dios, siente algo que le lleva hacia El; y lo adivina con una claridad tal que, al decir de un autor,

"se siente y percibe a Dios con el alma, como se siente y percibe el aire con el cuerpo". Ante esa exigencia del corazón, desaparecen los sofismas, las negaciones y las dudas.

Ese instinto y esa percepción de la Divinidad pueden estar momentáneamente adormecidos; pero llega un gran placer a conmovernos, o viene una desgracia imprevista a herirnos, y el corazón se despierta y exclama, sin poderlo evitar: ¡Dios mío!

En una tempestad del mar comenzó un filósofo a invocar a Dios, a quien antes había negado. Preguntado por qué variaba de opinión, contestó: "En tierra firme y cuando van bien las cosas se puede negar a Dios, pero en el peligro de la muerte no se puede".

Ese instinto religioso, que nos lleva a reconocer la existencia de Dios, es una ley de nuestra organización moral e intelectual; basándose en ella los fisiólogos, dicen que la diferencia fundamental entre el ser racional y el irracional es el instinto religioso que mueve al hombre hacia el Autor de su vida.

Por eso se ha dicho que el hombre es un animal religioso.

Tertuliano llama a ese instinto y a esa creencia el **testimonio del alma naturalmente cristiana.** "Siento y conozco, dice, que hay un Dios; ningún ser racional en este mundo puede cambiar o apartar de sí esta convicción; es una conclusión que está en mi misma naturaleza; recibí estos principios cuando niño y los he considerado hasta el presente, después de transcurridos muchos años; nadie me los puede arrancar y al que se hallase falto de este conocimiento y sentido de la existencia de Dios, se le ha de mirar más bien como a un monstruo que como a ser humano".

48. LA LEY MORAL

La existencia de una ley moral, absoluta, universal, inmutable, impresa en el alma de todos los hombres, que manda lo bueno y prohibe lo malo, prueba la existencia de un Supremo Legislador que ordena a la voluntad humana obrar el bien y evitar el mal. Así como no hay efecto sin causa, no hay ley sin legislador; y esa ley universal no han podido darla los hombres a sí mismos, sino que la han recibido de Aquél que ha creado a todos los hombres, y que es infinitamente justo y santo, de Dios, Legislador Supremo, al que alude el profeta David, cuando dice: ''Impresa está Señor sobre nosotros la luz de tu rostro'' (Ps. IV, 7).

Esa ley moral se manifiesta en cada hombre por la **voz de la conciencia,** que habla en el interior del alma, diciéndole en cada caso el bien que debe seguir y el mal que debe evitar; que se alegra y satisface, cuando obra bien, y se entristece y reprueba cuando obra mal, sirviendo a la vez de testigo y de juez. Como dice Núñez de Arce:

Conciencia, nunca dormida,
Mudo y pertinaz testigo
Que no dejas sin castigo
Ningún crimen en la vida.
La ley calla, el mundo olvida;
Mas al Sumo Hacedor plugo
Que a solas con el pecado
Fueras tú para el malvado,
Delator, juez y verdugo.

La historia nos relata casos de remordimientos espantosos que afligen a los grandes criminales.

Teodorico, rey de Italia, que vivía en tiempo de

Clodoveo, de quien era cuñado, se había puesto en su vejez extremadamente desconfiado y cruel; y por falsas sospechas hizo morir a Boecio y Símaco, dos grandes personajes de Italia. Un día que se encontraba comiendo, le sirvieron en la mesa la cabeza de un gran pez y a su vista empezó a temblar, porque se le figuró que era la cabeza ensangrentada de Símaco, su antiguo ministro. Se levantó de la mesa, lleno de espanto, y esa obsesión le persiguió de tal manera que a los tres días era cadáver.

El príncipe Gorschakoff, se encontraba en Varsovia, el día 8 de Abril de 1861, al mando de tropas rusas, y con una crueldad inaudita ordenó hacer quince descargas de infantería sobre un grupo de polacos, hombres y mujeres, que haciendo una tranquila manifestación patriótica, oraban y cantaban de rodillas. Murieron más de cincuenta. No tuvo un momento de reposo después del crimen; creía ver siempre a su lado un grupo de mujeres, vestidas de negro, que lo seguían a todas partes. ¡Oh! ¡Las mujeres negras! ¡Las mujeres negras! gritaba ¡Alejadlas de mí!; y murió víctima de sus remordimientos y su terror.

La conciencia es la voz de Dios, que nos intima sus órdenes, como decía Menandro: **Mortalis cunctis conscientia est Deus.**

No es una quimera. Aunque ella sea del orden espiritual, existe realmente, y sentimos dentro de nosotros su poder y su influencia.

Pregunta Rousseau: "Si bastara para ser rico heredero de un hombre que nunca hemos visto, que no hemos oído hablar, y que vive en el último rincón de la China, apretar un botón que le hiciera morir, para heredar su fortuna, ¿apretaríais el botón? No ciertamente, porque hay una voz interior, que nos dice soberanamente: ¿Qué vas a hacer? Detente. Te lo ordeno".

Cuenta Monseñor Gibier que oyó un día a una mu-

jer del pueblo, que discutía con un hombre y apelaba a su conciencia, diciéndole: ''No oyes la voz de tu conciencia, ella vale por un sacerdote''. En efecto una y otro hablan al hombre, la primera, interiormente; y el segundo, exteriormente.

El picapedrero de S. Pont, de que habla Lamartine, se expresaba así, contestando a la pregunta de cómo sabía distinguir lo bueno de lo malo: ''Es una voz que sentía en mi interior, que yo no hacía hablar, pero que hablaba por sí misma, para decir si o no sin réplica; esa voz que los sabios llaman **Conciencia** y que nosotros, pobres hombres, llamamos el vulgar buen juicio''.

''No disputa, pero jamás se engaña y sabe juzgarlo todo''.

''Cuando el hombre discute consigo mismo y no sabe a qué atenerse, necesita una última palabra que lo dirija; y esa última palabra es la voz de su Conciencia, y mejor dicho, esa última palabra es Dios que la ha escrito en nosotros, como se escriben los avisos en los postes de los caminos para que no se equivoquen los viajeros''.

49. EL TESTIMONIO DEL GENERO HUMANO

La creencia universal del género humano demuestra la existencia de Dios. Todos los pueblos de la tierra, en todos los tiempos, han creído en Dios, en un Ser Supremo al que rendían culto. Algunos se han equivocado acerca de la naturaleza de Dios, adorando al sol, a las piedras, a los animales; pero todos, cultos y bárbaros, han reconocido la existencia de una Divinidad, de un Ser superior, de una Justicia infinita, que ha de premiarnos o castigarnos después de esta vida.

Es tan conocida la afirmación de Plutarco, histo-

riador de la antigüedad, de que nadie ha visto jamás un pueblo sin Dios, sin sacerdotes, sin sacrificios; y Quatrefages, sabio de nuestros tiempos, escribe: "Yo he buscado el ateísmo o la falta de creencias en Dios entre las razas humanas, desde las más inferiores hasta las más elevadas. El ateísmo no existe en ninguna parte, y todos los pueblos de la tierra, los salvajes de América como los negros de Africa, creen en la existencia de Dios".

Anda por ahí uno que otro, que se dice ateo, más o menos interesado en buscar adeptos que lo sigan, halagando las bajas pasiones de los hombres; pero la gran mayoría de los hombres, en el fondo de su alma creen en la existencia de Dios, tienen alguna religión y lo demuestran así en el momento de su muerte, arrepintiéndose de sus faltas antes de presentarse ante el eterno Juez.

La creencia universal del género humano prueba, dice Balmes, que en el reconocimento del Supremo Hacedor, están de acuerdo, con la voz de la naturaleza, las tradiciones primitivas del linaje humano, el cual ha conservado la memoria, aunque a veces desfigurada, de aquellos momentos en que el primer hombre salió de las manos del Creador.

La autoridad del sentido común del linaje humano reúne en este caso todos los caracteres que se señalan para su infalibilidad: es una creencia irresistible, de la cual el hombre no puede despojarse; es universal y extendida, a todos los pueblos de la tierra; puede sufrir el examen de la razón en íntimo acuerdo con ella; y tiene por objeto la satisfacción de una gran necesidad intelectual y moral.

50. EL NOMBRE DE DIOS

Propiamente hablando Dios no necesita nombre

para distinguirse de los demás seres, porque no existe ninguno con el cual pueda confundirse; y es tan grande que ningún nombre puede definirlo exactamente.

Al preguntarle Moisés cómo se llamaba, le respondió: "**Yo soy el que soy**" dando a entender así que no tenía un nombre particular. Los nombres que damos a Dios sirven para expresar el sentido de algunas de sus perfecciones, pero no reflejan con exactitud su divina esencia.

Los hebreos llamaban a Dios con diferentes nombres, por ejemplo: **El**, que significa poder; **Elohim**, que significa señor y maestro; **Adonai**, que en hebreo significa señor; y **Jehovah**, que es el que más comúnmente se usa en el texto hebreo para significar a Dios, esto es, al que es de sí mismo, "**a se**", y que da el ser y existencia a los demás seres. Este nombre lo pronunciaba únicamente el Sumo Sacerdote, y sólo una vez al año, cuando entraba en el **Sancta Sanctorum**. Llega a decir Calmet que los judíos, después del cautiverio de Babilonia, a causa del supersticioso respeto que a este santo nombre tenían, cesaron de pronunciarlo y olvidaron la verdadera pronunciación de él.

Para indicar el valor inmenso del nombre de Dios, dice una antigua leyenda que un rey mandó a sus esclavos que colocasen delante de sus tres hijos, tres urnas selladas con el sello real; una era de oro, otra de ámbar y otra de barro. El rey dijo a sus hijos que por orden de edad eligieran la urna que en su opinión encerrase un tesoro de mayor precio. El mayor escogió la de oro sobre la cual se leía la palabra: **Imperio**. La abrió y la encontró llena de sangre. El mediano tomó la urna de ámbar en que estaba escrita la palabra **Gloria**. Abrió y la encontró llena de cenizas de los hombres que habían figurado en el mundo. El menor tomó la única urna que quedaba, la de barro, y al abrirla la encontró vacía, pero en el fondo había es-

crito el alfarero la palabra **Dios**.—¿Cuál de estas urnas pesa más? preguntó el rey. Los ambiciosos dijeron que la de oro; los poetas y conquistadores, que la de ámbar; y los sabios dijeron que la urna vacía era la que más pesaba, porque una sola letra del nombre de Dios pesaba más que el globo terrestre.

El nombre de Dios, dice Lacordaire, es el más popular aquí en la tierra.

"El labrador, en medio del campo, apoyado sobre su azadón, levanta los ojos al cielo e invoca el nombre de Dios ante sus hijos por un simple movimiento de su rostro, tan sencillo como su alma. El pobre lo llama, el moribundo lo invoca, lo teme el perverso, lo bendice el justo, los reyes le atribuyen las diademas con que ciñen su frente, los ejércitos lo colocan delante de sus batallones, la victoria le rinde acciones de gracias, la derrota busca en él un lenitivo, con él se arman los pueblos contra sus opresores; ¡no hay lugar, ni tiempo, ni ocasión, ni sentimiento en que Dios no aparezca y sea nombrado! ¿Qué es si no lo que se encierra en esta palabra: lo juro? Un solo nombre ciertamente; pero este nombre es el de Dios: este es el nombre que han adorado todos los pueblos, a cuyo honor se han levantado todos los templos, consagrado todos los sacerdotes, y dirigido todas las plegarias: éste es el nombre más grande, más santo, más eficaz, más popular que los labios del hombre tuvieron la dicha de pronunciar".

La noción de Dios se presenta tan clara a nuestra inteligencia que su santo nombre viene a nuestros labios, a veces sin quererlo.

El ilustre físico inglés Faraday, en las lecciones que daba en el Instituto Real de Londres, nunca pronunciaba el nombre de Dios, aunque era profundamente religioso. Un día, por excepción, se le escapó nombrarlo, y de repente se manifestó en los alumnos un

movimiento general de simpatía y aprobación. Faraday, apercibiéndose, interrumpió su lección, y dijo: "Si esto no me había sucedido antes, es porque aquí, en mis lecciones, yo soy representante de la ciencia experimental; pero **la noción y el respeto de Dios** llegan a mi espíritu por caminos tan seguros como los que nos conducen a las verdades del orden físico".

Os habéis fijado, dice el padre Olivier, S. J., que entre todos los nombres que el niño aprende y con mayor facilidad retiene, juntamente con los de su padre y de su madre, se encuentra, y aun antes que éstos, el nombre de Dios? ¿Os habéis fijado que este nombre, no solamente lo aprende y lo retiene, sino que lo comprende, puesto que le atribuye una importancia que no concede a una multitud de cosas diversas que parece le habrían de interesar mucho más?

El nombre de Jesucristo Dios fué el júbilo y la fortaleza de los apóstoles, que predicaban la doctrina en su santo nombre, haciendo numerosas conversiones, resucitando a los muertos y obrando toda suerte de milagros. Ante ese nombre, dice San Pablo, debe doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

San Buenaventura hallaba una suavidad y dulzura indecibles en hablar del Santísimo Nombre de Jesús; y, por invocación de él, San Juan de Capistrano, al frente de las armas cristianas, detuvo delante de Belgrado la invasión musulmana.

51. ESENCIA DE DIOS

No basta creer en la existencia de un Ser Supremo; es menester tener alguna idea de lo que El es, porque nuestra suerte en esta vida y en la otra depende de la idea verdadera o falsa que nos formemos de

la Divinidad. Hay hombres que, para satisfacer sus pasiones y continuar en su mala vida, se imaginan un Dios cómodo y complaciente, del cual nada tienen que temer; otros, por el contrario, piensan en un Dios cruel y vengativo, que sólo inspira temor, y se entregan a la desesperación. El estudio de los atributos divinos nos llevará a la admirable combinación de su infinita justicia con su infinita misericordia.

Dios es un **espíritu puro,** que tiene el ser de sí mismo y no de otro, fuente de toda vida, ser infinitamente perfecto, Señor del cielo y de la tierra, de quien procede todo bien.

Dios es **espíritu,** porque no tiene cuerpo, ni figura, ni color, y así no podemos conocerle por medio de los sentidos. Cuando la mujer samaritana, admirada de que Jesús supiera los secretos de su vida, le dijo que era un profeta, el Señor le respondió: "Llega el tiempo en que ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre... vosotros adoráis lo que no conocéis. Pero llega el tiempo, y ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. **Dios es espíritu**; y por lo mismo los que le adoran, en espíritu y verdad deben adorarle" (San Juan IV, 19 a 24). Siendo espíritu, es un ser **simple,** que no tiene partes como los seres corporales; tiene entendimiento y está dotado de libre albedrío, no a la manera limitada e imperfecta de los hombres, sino como corresponde a la sabiduría infinita. Cuando la Sagrada Escritura habla alguna vez, v. gr.: de los ojos de Dios, que son más claros que el Sol, lo hace en sentido figurado, para darnos a entender de una manera sensible sus perfecciones divinas. La actividad de Dios, como ser simple, consiste principalmente en **conocer y querer.**

Es un espíritu **puro,** que existe independientemen-

te de toda unión con la materia, y real y esencialmente distinto del mundo.

El alma humana es espiritual, pero, mientras el hombre vive, está unida íntimamente al cuerpo; de modo que no puede decirse del hombre que **es espíritu** sino que **tiene espíritu,** lo que es muy diverso.

A muchos cuesta trabajo representarse la idea de un ser puramente espiritual, y se resisten a creer en lo que no ven con sus sentidos; y, sin embargo, creen y hablan diariamente de la ciencia, del talento, de la prudencia, de la justicia, y de otras cualidades espirituales, y que no ven con sus sentidos corporales.

Minucio Félix, célebre apologista del cristianismo, nacido de padres paganos, decía a los idólatras de su tiempo, que no querían creer en Dios, porque no lo veían con sus ojos corporales: "¿Por qué asombraros de que no veáis a Dios? El viento todo lo agita; su soplo lo sienten todas las creaturas, y sin embargo, no se le ve. ¿Podéis acaso mirar de frente el sol que os alumbra? Sus rayos ¿no os ofuscarían si detuviérais la vista en él? Entonces ¿cómo queréis ver a Dios, que es la fuente de la luz y la luz misma? No podéis siquiera percibir vuestra alma, que es el principio de vuestra vida y ¿creeréis tener el privilegio de contemplar a Dios, con los ojos del cuerpo y en una carne mortal?"

San Pablo, hablando de Dios dice, que es el solo inmortal por esencia y que "habita en una luz inaccesible, a quién ninguno de los hombres ha visto, ni tampoco puede ver, cuyo es el honor y el imperio sempiterno" (I Tim. VI, 16).

Dios **tiene el ser de sí mismo,** y no de **otro.** La esencia de Dios consiste en la "**aseidad**" o existencia de sí mismo. Es un ser **a se. El fué siempre, es, y será siempre.**

El poeta español José Zorrilla se pregunta:

"¿Quién es Dios? Definición no puede tener, teniendo un ser infinito, y siendo la infinita perfección.

Cristo lo dijo, y ni antes ni después de Cristo, jamás supo nadie decir más de Dios: **Dios es el que es**".

Dios encargó a Moisés que sacara de Egipto a los hijos de Israel y los llevara a la tierra de Canaán; y bien, dijo Moisés, al Señor, yo iré a los hijos de Israel y les diré: el Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros; pero si me preguntasen: ¿Cuál es tu nombre? ¿Qué les diré?—Respondió Dios a Moisés: **Yo soy el que soy.** He aquí, añadió, lo que dirás a los hijos de Israel: **El que es** me ha enviado a vosotros.

Esta respuesta divina da a entender que lo que esencialmente distingue a Dios de todo otro ser es que Dios existe de sí mismo y no procede de nadie. Todos los demás seres proceden de El.

De esa definición incomparable dada por el mismo Dios, surgen inmediatamente, dice el abate Moigno, todas las perfecciones divinas: su **personalidad,** porque habla a Moisés y le encarga una misión; su **unidad,** porque si hubiera varios dioses no sería el que es, sino una parte del que es; su **eternidad,** porque el que es está siempre esencialmente presente y para él no hay pasado ni futuro sino un eterno hoy; su **inmensidad,** porque El es, es decir, en todas partes y siempre El es; su **inmutabilidad,** porque El que es, necesariamente es lo que es y todo lo que puede ser; su **verdad,** su **bondad,** su **belleza,** porque es el ser infinito, el que es infinitamente veraz, infinitamente bueno e infinitamente bello; su **poder,** su **ciencia** y su **libertad.**

Dios es fuente de toda vida: es **la vida por excelencia.** En el Evangelio de San Juan nos dice: "Yo soy la vida" (XIV, 6). Esta revelación que aparece en el Evangelio la había hecho Dios Nuestro Señor en la creación del primer hombre". Formó pues el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra e inspiróle en el

rostro un soplo de vida y quedó hecho el hombre viviente con alma'' (Gén. II, 7). Los hombres vivimos con el soplo de vida que hemos recibido de Dios; pero no somos la vida. Sólo Dios es **la vida.**

Dice San Agustín que Dios es la **ley eterna,** porque es la razón soberana. Esa ley forma parte de su esencia increada; y es su razón, aplicada a sí misma y que obra conforme al orden inmutable de su libertad eterna. Esa ley no tiene otro fin que Dios mismo, que es a la vez su origen y su fin. Con su razón divina ordena las cosas, a su fin particular, por medios adecuados, y los relaciona con El, como su fin supremo.

Dios es infinitamente perfecto, porque posee sin límite las perfecciones posibles. Es **el único ser** que tiene todas las perfecciones imaginables: tantas y tan grandes, que no tendrían fin si se quisieran medir; ni se les hallaría número, si se quisieran contar; y esa perfección tan grande y tan completa requiere necesariamente que sea superior a cuanto existe fuera de El.

Las criaturas son solamente buenas, **según cierta medida;** tienen algunas propiedades buenas, pero les faltan otras. El hombre más inteligente nunca llegaría a saber lo que sabe el último de los ángeles; y el ángel, que supiese todo lo que saben los ángeles del cielo, estaría a una distancia infinita de la sabiduría de Dios.

La grandeza e infinidad de sus divinas perfecciones es tal que sólo el mismo Dios puede conocerla y comprenderla.

Nunca podrás concebir
La divina perfección,
Porque la esencia infinita
Sólo la comprende Dios.

Es la **grandeza,** el **amor** y la **hermosura,** por exce-

lencia, que subyuga y atrae los corazones de los hombres. San Antonio, el patriarca de los solitarios, subía a menudo por la noche sobre las rocas del desierto, y desde allí, con los ojos fijos en el cielo, contemplaba los astros que brillaban en el firmamento y conmovido ante la belleza del espectáculo, decía: "Es Dios el que ha hecho estas maravillas, cuya hermosura no es nada comparada con la suya. El universo entero no es sino un átomo delante de El. ¡Oh Dios! ¡Qué grande eres y qué pequeños somos!"

Un movimiento espontáneo y natural lleva hacia Dios el corazón del hombre; el cual siente la necesidad de apoyarse en el ser infinitamente perfecto, que todo lo comprende y todo lo puede.

San Agustín exclamaba: "Arrojaos en el seno de Dios, como en un lecho de descanso".

La vida de los santos, que son los verdaderamente sabios, se distingue de la de los hombres del mundo, en que los primeros buscan ante todo a Dios y su justicia, al paso que los segundos se satisfacen con los bienes de la tierra. El biógrafo de San Macedonio cuenta que un cazador, al tropezar con él en el desierto, manifestó gran extrañeza y el santo le dijo: "Vos corréis tras de las bestias y yo corro en busca de Dios".

Y manifiestan su amor, deseando que se cumpla siempre, **la voluntad de Dios,** que es lo que aman sobre todas las cosas. "Lo que yo amo, decía San Francisco de Sales, más que todos los tesoros que el mundo me presenta, más que todos los tesoros del cielo; sí, lo que yo amo más que la flor que aparece al borde de las transparentes aguas; más que el sublime vuelo y canto agradable de las aves; más que las olas del mar cuyo murmullo me embelesa; más que las estrellas, flores de oro que cubren los maravilosos campos del espacio; más que la claridad del relámpago que produce en el corazón del malvado felices y vivos te-

mores; más que los bellos ojos de un niño que inspiran candor; más que la lámpara de oro cuya vaga luz extiende sus rayos en el fondo del santuario; más que los dulces momentos de éxtasis y de oración que paso delante de mi Señor; más que el paraíso adonde mi alma se dirige; más que los arcanos de su santa palabra que en silencio retiene mi corazón; más que su dulce sonrisa y que su misma bondad, radiante siempre y en todo lugar, lo que yo amo, en fin, es la voluntad de mi Dios''.

Dios es el **Señor del cielo y de la tierra,** porque cielo y tierra y espacio y todo cuanto hay en ellos le pertenece y hace su voluntad soberana.

Y **de él procede todo bien,** porque nos da la vida, la razón, las cosas necesarias para la vida, los auxilios necesarios para salvarnos, los buenos pensamientos, la gracia, etc.

52. PERFECCIONES DE DIOS

Las perfecciones de Dios, no se pueden contar, ni comprender debidamente, porque no tienen límite. Dios es un ser simple, y los atributos y perfecciones, que en El consideramos, no implican una **distinción real,** sino solamente **virtual y mental,** como la llaman los teólogos.

De estos atributos unos son **metafísicos,** llamados también **intrínsecos** o **inmanentes,** porque convienen a Dios, considerado independientemente de las creaturas, como son la **aseidad,** o necesidad de ser por sí mismo, la **simplicidad,** la **eternidad,** la **inmutabilidad,** la **inmensidad,** la **felicidad;** otros son atributos **morales,** llamados también de **acción o de operación,** porque resultan de sus relaciones con las creaturas inteligentes, como la **omnipotencia,** la **sabiduría,** la **santidad,** la **veracidad,** la **bondad,** la **justicia,** la **misericordia.**

Consideremos las principales perfecciones de Dios.

Dios es **eterno, inmutable, inmenso, infinitamente sabio y todopoderoso, infinitamente** santo y **justo, infinitamente bueno** y **misericordioso, infinitamente** veraz y **fiel.**

Pero volvemos a repetir, no es dado a la inteligencia humana comprender toda la grandeza de los atributos divinos, que sólo Dios mismo conoce.

Dice el apóstol San Pablo: "¿Quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre, que está en él? así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el espíritu de Dios?"

Se cuenta que el rey Hirón pidió al filósofo Simónides que le explicara la grandeza de Dios, y éste le pidió un día para reflexionar. Interrogado al día siguiente, le pidió un nuevo término de dos días, y pasados éstos, solicitó otros cuatro días más. El rey insistió en su pregunta, y el filósofo continuó pidiendo más tiempo para reflexionar, hasta que extrañado el rey le preguntó por qué obraba de aquella manera, y le contestó el filósofo: "Por más que pienso y medito, mayor dificultad encuentro en decir lo que es la naturaleza de Dios".

53. ETERNIDAD DE DIOS

Dios es **eterno,** esto es, existe siempre, no ha tenido principio, ni tendrá fin, ni hay sucesión de instantes en su vida. El ser absoluto y necesario, que existe por sí mismo, tiene que ser eterno.

Existe siempre, o sea, **Dios siempre es.** Como decía Jesucristo a los Judíos: "Antes que Abraham fuese, yo soy". Empleamos el tiempo presente, porque en Dios no hay ayer ni mañana, sino un perpetuo presente, un

eterno **hoy**. La eternidad no se puede medir en forma de años ni de días; es un instante, siempre presente, que nunca acaba. Mientras pasan para los hombres los millares de años, Dios permanece en infinita calma y majestad.

Explicando cómo para Dios no corre el tiempo, dice el Apóstol San Pedro, que "un día respecto de Dios es como mil años, y mil años como un día".

No ha tenido principio. Todos los seres y cosas que existen, fuera de Dios, han tenido principio; pero Dios nunca lo tuvo. "Tú ¡Oh Dios!, eres antes que fuesen hechos los montes, o se formara la tierra y el mundo universo; eres desde la eternidad y por toda la eternidad" (Salmo 89, 2).

Ser eterno, es más que ser inmortal. Los Angeles y el alma del hombre son inmortales, pero no son eternos; porque han tenido principio y el no tener fin no se lo deben a sí mismos, sino a Dios, que les ha querido conceder la inmortalidad. Dios es el único eterno, el único que no ha tenido principio.

No tiene fin.—Todos los seres creados tienen fin, pero Dios siempre permanece igual. Se cambiarán los cielos, dice el Salmista, mas Tú serás siempre el mismo" (Salmo 101, v. 27, 28). Por eso se llama Dios vivo (Mat. XVI, 16) y Dios inmortal (I a Tim. I, 17).

Las obras de la creación que demuestran la **existencia** de un Dios Creador del universo, también afirman su **eternidad**:

Como dice Balmes: "Si existe algo, existió siempre algo; porque si no hubiese existido algo, se podría suponer un momento en que no hubo nada. Si alguna vez no hubo nada, nunca pudo haber algo; luego, si existe algo, existió siempre algo. De la pura nada no puede salir nada; luego si alguna vez hubo nada, no pudo haber nunca nada.—Tenemos, pues, que existió siempre algo. Esto será necesario o contingente. Si es

necesario, llegamos a la existencia de un ser necesario y eterno. Si es contingente, pudo ser y no ser; luego no tuvo en sí la razón de ser; luego tuvo esta razón en otro, y como de este otro se puede decir lo mismo, resulta que al fin hemos de llegar a un ser que no tenga la razón de su existencia en otro, sino en sí mismo, y que, por consiguiente, sea necesario. Luego, de todos modos, partiendo de la existencia de algo, llegamos a la existencia de un Ser necesario y eterno''.

La eternidad de Dios nos lleva a pensar en la pequeñez de la vida humana, si se compara con la grandeza de Dios, que abarca todos los tiempos: el pasado, el presente y el futuro; lo que hizo exclamar a Pascal, que el hombre era como un punto colocado entre dos extremidades.

Todo lo humano concluye pronto y, generalmente, antes de lo que imaginamos. Darío, rey de Persia, célebre en la historia por la derrota de Maratón donde perdió más de doscientos mil hombres, había creado en su ejército un cuerpo de diez mil soldados que llamaba ''**los inmortales**'', porque lo formaban las tropas más escogidas. Esos valientes inmortales perecieron todos en un solo día.

54. INMUTABILIDAD DE DIOS

Dios es **inmutable**, esto es, permanece eternamente el mismo, sin mudarse jamás en su ser, en sus juicios o consejos.

Permanece eternamente el mismo en **su ser**, es decir, Dios no se muda. Así como ahora es omnipotente, lo ha sido siempre. No puede ser más bueno de lo que es, porque siendo como es suma bondad, no puede aumentar en perfección. Tampoco puede padecer dismi-

nución alguna, porque si la sufriera, no sería infinitamente perfecto: "Existe antes de todos los siglos y por todos los siglos, y nada se le puede añadir, ni disminuir, ni ha menester consejo de nadie" (Eccli. XLII, 21 y 22).

Toda dádiva preciosa y todo don perfecto viene de arriba, como que desciende del Padre de las luces, **en quien no cabe mudanza, ni sombra de variación.** (Santiago I, 17).

Las variaciones de los hombres no cambian los designios de Dios. Dios odia siempre el mal y ama el bien; por esto aborrecía ayer al malvado, y lo ama hoy, viéndole arrepentido: el hombre es quien ha variado, no Dios. Se explica esto con una comparación. Si primero nos miramos en el espejo con la cara tiznada y en seguida con la cara limpia, la limpieza reproducida en el espejo resulta diferente; pero no es el espejo el que ha variado, sino nuestra cara.

Dios mandó al profeta Jonás anunciar a los Ninivitas, que su ciudad sería destruída; pero hicieron penitencia y Dios no hizo perecer la ciudad. Los designios de Dios no cambiaron, pues él había dispuesto que si los Ninivitas no se convertían, pereciese la ciudad. Los que se mudaron fueron los Ninivitas, que se convirtieron e hicieron penitencia.

La inmutabilidad de los designios divinos es un **beneficio inmenso** para el hombre, que puede y debe poner en Dios toda su esperanza, sin temor de que cambie de opinión, como ocurre con los hombres, por muy sabios y santos que sean.

El que cifra su confianza en Dios participa de la inmutabilidad divina. "El mundo pasa, y su concupiscencia. Mas el que hace la voluntad de Dios, permanece eternamente" (S. Juan II, 17).

Por eso decía Santa Teresa de Jesús en la letrilla que llevaba por registro en su brevario:

Nada te turbe,
Nada te espante,
Todo se pasa;
Dios no se muda,
La paciencia
Todo lo alcanza;
Quien a Dios tiene,
Nada le falta:
Solo Dios basta.

Hay unos versículos del Génesis, que se relacionan con la inmutabilidad de Dios, y que necesitan algún comentario para su debida inteligencia.

Dice el Génesis que viendo Dios ser mucha la malicia de los hombres en la tierra, y que todos los pensamientos de su corazón se dirigían al mal continuamente, pesóle de haber criado al hombre en la tierra. Y penetrado su corazón de un íntimo dolor, "Yo raeré, dijo, de sobre la faz de la tierra al hombre a quien crié, desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo; pues siento ya el haberlos hecho" (VI, 5, 6 y 7).

Como Dios es infinitamente sabio e inmutable en sus juicios, esas palabras del Génesis, no indican que Dios se arrepintiera en realidad, o que le pesara de haber creado al hombre, como si la conducta de éste le hubiera sorprendido. No; es una simple manera de hablar que emplea la Biblia para hacer resaltar la inmensa gravedad de la ingratitud del hombre, después de haber recibido tantos beneficios de Dios.—En Dios no puede haber arrepentimiento; todo lo tiene presente y todo lo hace con juicio y medida, según la expresión de la misma Escritura.

(Véase la nota de **Torres Amat,** sobre estos versículos).

55. INMENSIDAD DE DIOS

Dios es **inmenso**, es decir, está en todas partes, en el cielo, en la tierra y en todo lugar, y todas las cosas están en Dios.

Dios está en las criaturas de tres maneras: por esencia, presencia y potencia.

Está en las criaturas **por esencia**, dando el ser, el movimiento y la vida a todas las cosas.

Cuando el apóstol San Pablo anunciaba en el Areópago de Atenas al Dios que los griegos adoraban sin conocer, les hizo una breve explicación de la grandeza del Señor del cielo y de la tierra, que de uno solo hizo nacer todo el linaje de los hombres para que habitasen toda la vasta extensión de la tierra, y les dijo, acerca de su inmensidad: "No está lejos de cada uno de nosotros; porque dentro de él vivimos, nos movemos y somos; y como algunos de vuestros poetas dijeron: Somos del linaje del mismo Dios".

San Agustín compara la inmensidad de Dios con un vasto océano en el que viven las criaturas como abismadas en la esencia divina, que las rodea por todos lados, sin que ellas puedan separarse ni vivir aisladas, ni siquiera un momento.

Pero eso no quiere decir que Dios se confunda con las criaturas. Como dice el Concilio Vaticano, Dios se queda Dios, y las criaturas, criaturas. Dios es enteramente distinto del mundo.

Está en las criaturas **por presencia**, teniéndolas todas a su vista, sin que nada se oculte a sus divinos ojos.

El profeta Jeremías pone en boca del Señor: "¿Acaso piensas tú, que yo soy Dios sólo de cerca, y no soy Dios desde lejos? ¿Se ocultará acaso un hombre en algún escondrijo sin que yo le vea? ¿Por ven-

tura, no lleno yo el cielo y la tierra? (Jer. XXIII, 23 y 24).

Y el profeta Isaías advierte: "Esto dice el Señor: El cielo es mi trono y la tierra la peana de mis pies" (Is. 66, 1).

Esta presencia del Señor, que todo lo llena, que todo lo ve y todo lo sabe, es una especial providencia para el justo, que jamás se verá desamparado, e inspira al hombre un santo temor que lo aleja del pecado.

Para demostrar que nada escapa a sus divinos ojos, dice un autor, que Dios ve y siente a una hormiguita negra que anda, sobre un mármol negro, en una noche negra.

Cuando Dios pactó su alianza con Abraham, le dió este consejo: "Anda delante de mí y sé perfecto" (Gén. XVII, 1), esto es, considérate siempre en mi presencia y así no te apartarás de mi santa ley.

Si Dios observa y penetra hasta nuestros pensamientos más íntimos ¿cómo podremos concebir el mal y mucho menos ejecutarlo? Debemos vivir, decía un filósofo antiguo, como si estuviésemos dentro de una casa de vidrio, que permite observar todos nuestros actos. El santo profeta David ponía en la presencia de Dios toda su confianza: "Aunque caminase yo en medio de la sombra de la muerte, no temeré ningún desastre, porque tú estás conmigo" (Salmo XXII, 4); y en otro salmo exclama: "¿A dónde iré yo que me aleje de tu espíritu? Y a dónde huiré que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al abismo, allí te encuentro; si al rayar el alba me pusiese alas, y fuere a posar en el último extremo del mar, allí igualmente me conducirá tu mano y me hallaré bajo el poder de tu diestra; tal vez, dije yo, las tinieblas me podrán ocultar; mas la noche se convertirá en claridad para descubrirme en medio de mis placeres. Porque las tinieblas no son obscuras para ti,

y la noche es clara como el día: obscuridad y claridad son para ti una misma cosa'' (Salmo 88, 7 a 12).

No se contentaba con ensalzarle, sino que quería tenerlo siempre ante sus ojos: ''Tenía, dice, al Señor siempre presente delante de mis ojos, porque sé que está siempre a mi derecha para impedir que nadie me turbe'' (Salmo 15, 8).

La casta Susana, invitada a pecar por dos ancianos, que la inducían, amenazándola con la deshonra y la muerte, si no pecaba, contestó: ''Mejor es para mí el caer en vuestras manos sin haber hecho tal cosa, que el pecar en la presencia del Señor''.

Se cuenta que en cierta ocasión una mujer liviana incitó a pecar a San Efraín, y éste, para darle una lección, le dijo: ''Vámonos a la plaza a pecar''. ''Allí nos dará vergüenza'', contestó la mujer. ''¿Cómo?'', repuso el santo con severidad, ''¿te avergüenzas de hacerlo delante de los hombres, y no te avergüenzas delante de Dios que todo lo ve?''

El canónigo Schmidt trae el ejemplo de un militar de alta graduación y de noble linaje, que no sólo se mostraba valiente en los combates, sino que guardaba incólume su pureza en medio de los peligros y tentaciones de la juventud, y que preguntado, de qué medios se valía para guardar su inocencia, respondió: ''Desde mi niñez me repitieron muchas veces: Dios te ve. Este pensamiento me ha ayudado para vencer todas las tentaciones''.

Está también Dios en todas las criaturas **por potencia,** sujetando todas las cosas a su imperio.

El profeta Isaías pone en boca del Señor: ''El cielo es mi trono y la tierra la peana de mis pies: ¿Qué casa es esa que vosotros edificaréis para mí, y cuál es aquél lugar donde he de fijar mi asiento? Estas cosas todas las hizo mi mano y todas ellas son obra mía'' (Is. 66, 1 y 2).

Dios está de una **manera especial** en tres partes: **en el cielo,** donde muestra a los justos su belleza y magnificencia, colmándolos de indecible dicha; **en el Santísimo Sacramento del Altar,** donde está Jesucristo real y verdaderamente presente, no sólo en cuanto Dios, sino también en cuanto hombre, en cuerpo y alma, como en el cielo; y **en el alma del justo,** a la cual comunica su gracia santificante y le da sus consuelos.

56. CIENCIA Y SABIDURIA DE DIOS

Dios es **omnisciente,** es decir, lo sabe todo desde la eternidad, sin necesidad de reflexionar ni inquirir: con una sola mirada penetra lo pasado, lo presente y lo futuro.

Sabe **las cosas pasadas,** esto es, todo lo que ha sucedido; y esto que sabe, nunca lo olvida.

Sabe **lo presente,** todo lo que ahora es y sucede. Sabe lo que en este momento piensan, dicen y hacen todos y cada uno de los hombres, penetrando hasta lo más secreto de sus almas. El rayo del sol ilumina y penetra hasta el fondo mismo del arroyuelo; pero la vista de Dios penetra con mucho mayor fuerza hasta lo más profundo y oculto del espíritu de los hombres.

"Los ojos del Señor, dice el Eclesiástico, son mucho más luminosos que el sol, y ven hasta los más recónditos senos del corazón humano" (Eccli. XXIII, 28). Supo el Señor que Judas tenía el designio de entregarle, antes que Judas se lo hubiera manifestado a nadie. Comiendo la Cena con sus discípulos, dijo: "En verdad os digo, que uno de vosotros me hará traición". Y como los discípulos le preguntaran quién era, él dijo: "El que mete conmigo la mano en el plato, ese es el traidor" (S. Mat. XXIV, 21, 23).

Supo el Señor las **intenciones** perversas de los fariseos que, creyendo sorprenderle, enviaron algunos de

los suyos con los herodianos a preguntarle si era lícito a los judíos, pueblo de Dios, pagar tributo al César. El Señor le respondió: "¿Por qué me tentáis hipócritas?" Enseñadme la moneda con que se paga el tributo, y como la moneda tenía una imagen de César, declaró el Señor aquel principio que rige hasta hoy las relaciones de la Iglesia con el Estado: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios".

Sabe **lo futuro**, lo que aún no ha sucedido. Así supo que Pedro le negaría antes que él mismo pensara siquiera en negarle, y se lo profetizó en los momentos mismos en que Pedro protestaba no abandonarlo jamás. Caminando hacia Getsemaní, dijo Jesús a sus discípulos: "Todos vosotros padeceréis escándalo por ocasión de mí esta noche", y Pedro le respondió: "Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo".—Replicóle Jesús: "Pues yo te aseguro con toda verdad, que esta misma noche, antes que cante el gallo, has de renegar de mí tres veces". A lo que dijo Pedro: "Aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré".

A pesar de las protestas de Pedro y de lo advertido que estaba por Jesús, lo negó las tres veces que Jesús le había predicho.

Los discípulos reconocieron explícitamente la sabiduría de Jesús. Poco antes de su Pasión dijo el Señor a sus discípulos que iba llegando el tiempo en que no les hablaría con parábolas, sino abiertamente para anunciarles las cosas del Padre, y después de oírlo, dícenle sus discípulos: "Ahora sí que hablas claro y no en proverbios; ahora conocemos que **Tú sabes todo**, y no has menester que nadie te haga preguntas; por donde creemos que has salido de Dios" (S. Juan XVI, 25 a 30).

Esta omnisciencia de Dios no priva en lo más mínimo al hombre de su libertad; no suceden las cosas

porque Dios las ha previsto, sino al contrario, Dios las ha previsto porque han de suceder. Para Dios no hay pasado ni futuro, sino que lo ve todo en el presente; de modo que el conocimiento que tiene de las acciones humanas no obsta en nada a nuestra libertad. Un espejo colocado en el ángulo de una ventana, en el interior de una casa, dice qué persona viene; pues bien, no viene la persona porque el espejo lo indica, sino que por el contrario, el espejo lo indica, porque la persona viene.

Se refiere que Duns Scoto, en cierta ocasión amonestó a un labrador, a quien oyó blasfemar, y le amenazó con el infierno. El labrador contestó: "Si Dios ha dispuesto que vaya al infierno, de nada me servirá abstenerme de blasfemar; pero si ha querido que me salve, aunque blasfeme me salvaré". Si esto es así, replicó Scoto: ¿para qué siembras? Si Dios ha dispuesto que coseches aquí, aunque no siembres, cosecharás; pero si Dios ha previsto que el fruto no ha de salir, no saldrá por más que siembres. Y agregó: "Yo no sé lo que Dios tiene dispuesto; pero te afirmo con toda certeza, que si no siembras, no cosecharás; y si no huyes del pecado y no vives en el temor de Dios, no entrarás en el reino de los cielos".

Dios **es infinitamente sabio** y ordena todas las cosas de la manera más conveniente para lograr su intento. Preguntan los Proverbios: "¿Quién sujetó al viento con sus manos? ¿Quién envolvió las aguas como en su envoltorio? ¿Quién ha dado estabilidad a todas las partes de la tierra? ¿Cuál es el nombre de éste?" (Prov. XXX, 3 y 4).

David exclama: "¡Oh Señor, y cuán grandiosas son tus obras! ¡Todo lo has hecho sabiamente!" (Salm. 53, 24).

Ha ordenado la sabiduría divina todas las cosas de la naturaleza de una manera tan admirable, aun los

animales más pequeños y las más humildes hierbas del campo, que los hombres más inteligentes no pueden imaginarlas más hermosas y adecuadas, ni mucho menos hacerlas por sus manos. Dió una prueba admirable de su sabiduría, haciéndose hombre y disponiendo las cosas de manera que por una parte quedara satisfecha su justicia, y por otra fuese salvado el hombre y elevado a mayor nobleza que la que tenía antes del pecado.

Demuestra su sabiduría en la vida de los hombres, ordenándola de modo que les sucedan aquellas cosas que están más en armonía con sus divinos designios.

"Todas las cosas, dice San Pablo, contribuyen al bien de los que aman a Dios" (Rom. 8-28).

La aparente desgracia de José, el hijo de Jacob, que fué vendido y llevado a tierra extranjera, donde perdió la honra y la libertad por la calumnia de una mujer, fué dispuesta sabiamente por Dios, para salvar a su familia y a muchos egipcios.

Se cuenta que un irlandés piadoso tenía la costumbre de decir siempre que le ocurría alguna contrariedad: "Todo lo que Dios dispone es bueno". En una ocasión tuvo necesidad de hacer un viaje y entrar en un barco. Al subir a él, resbaló y cayó y se rompió un pie. Entonces le preguntó un amigo: "¿Y ahora dirás que esto es bueno" Ciertamente, contestó, aunque por el momento no conozca la razón por qué es bueno. Tuvo que descender del barco y poco después llegó la noticia de que el barco había perecido con todos sus tripulantes.

57. OMNIPOTENCIA DE DIOS

Dios es **todopoderoso**; por su sola voluntad hace todo cuanto quiere, sin esfuerzo alguno. Son obras de su poder la creación del cielo y de la tierra, la conser-

vación y gobierno del mundo y los milagros que obra para confirmarnos en la fe, especialmente el augusto Sacramento de la Eucaristía, que es un cúmulo de prodigios.

El Credo pasa en silencio los demás atributos divinos y sólo nos habla del Dios **Todopoderoso,** porque este atributo encierra todos los otros. Reconocer que Dios lo puede todo importa confesar que todo lo sabe, que todo está sometido a su imperio, y que tiene todas las perfecciones imaginables, sin las cuales no podríamos concebir su soberano poder.

Dios todo lo puede.—Para Dios no hay cosas imposibles. Lo único que Dios, infinitamente bueno e infinitamente veraz, no puede querer ni ejecutar, porque repugna a su naturaleza, es lo que implica pecado o contradicción; la facultad de obrar el mal o de contradecirse no existe en Dios, porque sería una imperfección manifiesta, una señal de debilidad.

Cuando el ángel Gabriel anunció a la Virgen María el misterio de la Encarnación del Verbo, María preguntó al ángel: "¿Cómo ha de ser eso, pues yo no conozco varón?" El ángel le replicó entonces: "el Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra" y le citó el caso de su prima Isabel, que en su vejez había concebido un hijo, para demostrarle así el poder de Dios, y le agregó: "**porque para Dios nada es imposible**". Comprendió la Santísima Virgen que la Omnipotencia Divina podía hacerla madre del Hijo de Dios, conservándole su virginidad; y, declarándose esclava del Señor, dió su aceptación, diciendo: "Hágase en mí, según tu palabra".

El mismo Jesucristo nos declaró la Omnipotencia de Dios. Cuando decía a sus discípulos que era difícil que un rico entrara en el reino de los cielos, ellos le preguntaron: "¿Quién podrá pues salvarse?" y Jesús,

fijando en ellos la vista, les dijo: "**A los hombres esto es imposible, mas no a Dios, pues para Dios todas las cosas son posibles**" (Marc. X, 27); y en las angustias del huerto de los Olivos, se dirigió a su Padre, diciéndole: "¡Oh Padre mío! **todas las cosas te son posibles,** aparta de Mí este cáliz. No obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lucas, XXII, 42).

Dios hace cuanto quiere **con sola su voluntad.** El rey David canta: "Todas cuantas cosas quiso, ha hecho el Señor, así en el cielo como en la tierra, en el mar y en todos los abismos" (Salmo 34, 6).

Hace el Señor todo lo que quiere, sin esfuerzo, sin materia preexistente, sin necesidad de ordenarlo siquiera; **le basta quererlo.** Recordemos la historia de la creación del mundo. No había entonces cosa alguna de donde Dios pudiera sacarlo y todo lo creó de la nada. En el principio, esto es, antes que hubiera hecho ninguna otra cosa, creó Dios el cielo y la tierra; ésta estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre el haz del abismo; y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas".

Con sola su voluntad creó después todas las cosas, y las puso en orden en el término de seis días (o espacio de tiempo); y formó al hombre y sujetó a su dominio todo lo que había creado (Gén. cap. I).

Jesucristo quiso que su Divina Omnipotencia fuese reconocida y premió la fe de los que la reconocieron.

Después del admirable sermón de la Montaña, bajó del monte seguido por muchas gentes, y un leproso le adoraba diciéndole: "Señor, **si quieres** puedes limpiarme". Y extendió Jesús la mano y le tocó diciendo: **Quiero. Sé limpio.** Y luego su lepra fué limpiada (Mat. VIII, 2 y 3). Dice San Juan Crisóstomo que el leproso dió a conocer la grandeza de su fe, en las palabras de que se valió. No dijo: Señor, si pedís a Dios

por mí, sino que dijo: "Si quieres, puedes limpiarme". Y al reconocer que podía hacerlo con sola su voluntad, reconocía su Omnipotencia.

También el Centurión romano proclamó su Omnipotencia. Dijo a Jesús que su siervo paralítico estaba postrado y reciamente atormentado, y Jesús le respondió: "iré y le sanaré". Entonces el Centurión pronunció aquella hermosa oración, que la Iglesia nos recuerda antes de la Comunión "Señor, no soy digno de que entres en mi casa; mas mándalo con tu palabra, y será sano mi siervo". Jesús, maravillado de la fe del centurión, que así proclamaba su Omnipotencia, dijo a los que le seguían: "Verdaderamente os digo, que no he hallado fe tan grande en Israel", y después dijo al Centurión: "Vé, y como creíste, así te sea hecho". Y fué sano el siervo en aquella hora (Mat. VIII, 8 y 13).

Así como Dios premia la fe de los que reconocen su poder omnipotente, también castiga y confunde la soberbia de los que no cuentan con El, en sus designios y proyectos. Cuenta el Génesis que había en la tierra un solo lenguaje que todos pronunciaban de igual manera, —el mismo que habló Adán, y que enseñó a sus hijos, y éstos a sus sucesores— y que los habitantes de la tierra, partiendo de oriente, hallaron una campiña en la tierra de Senaar, y habitaron en ella. Para no esparcirse y poder conservar la sociedad entre ellos, herederos del orgullo de su primer padre, concibieron el proyecto de edificar una ciudad y una torre, cuya cumbre llegara hasta el cielo y que inmortalizara sus nombres, sirviéndoles de hogar común, y de admiración a los siglos venideros. Algunos autores creen que lo que les movió principalmente a concebir la fabricación de una torre tan alta, fué el librarse de un segundo diluvio, si Dios le enviaba. El Señor, que penetró sus intenciones, quiso darles a conocer su Omnipotencia, y castigar su vanidad y soberbia, y con-

fundió sus lenguas, de manera que ninguno entendiese el lenguaje de su compañero, obligándolos a esparcirse desde aquel lugar por todas las tierras y abandonar la edificación de la ciudad.

La torre ideada para unirlos y no dispersarse, fué, en los admirables designios de Dios, la causa precisa de su necesaria dispersión por toda la tierra.

La fe en la Omnipotencia Divina sirve para que el hombre ponga toda su confianza en Dios y no cifre sus esperanzas en el poder de los hombres, por muy altamente colocados que se encuentren. Nada pueden los hombres en las grandes necesidades de la vida; no pueden detener la muerte, siquiera un momento.

Un vasallo del gran emperador Carlos V, que se había captado todo su afecto, yacía en el lecho, próximo a morir. El emperador le visitó y le dijo que le pidiera la gracia que quisiera. Entonces le pidió el enfermo que le prolongara la vida, siquiera un par de días: "**Esto sólo Dios lo puede**", contestó el emperador. "¡Oh necio de mí!", dijo entonces el enfermo, "que he servido toda mi vida a un hombre, que en la más grande necesidad no me puede ayudar, y que he pensado demasiado tarde en Dios, que es el único que ahora puede ayudarme".

También comprendió lo poco que pueden los reyes de la tierra, y dió un hermoso ejemplo de humildad, el rey Canuto el Grande.

Cuenta la historia que se hallaba un día sentado a la orilla del mar, y un cortesano, para adularlo, le dió el título de rey y señor de tierra y mar. Sin responder palabra, el rey dobló su manto, y lo colocó en la playa, cerca del agua y se sentó sobre él exclamando: Pues, dicen que estás sujeto a mis órdenes, te mando que respetes a tu señor y no te acerques a él. Como las aguas continuaron subiendo y llegaran hasta bañar los pies del rey, éste levantándose, dijo a sus

aduladores: Ya véis cómo soy señor del mar; aprended de aquí lo que vale el poder de los reyes de la tierra, y como no hay otro rey verdadero que el Criador de cielos y tierra. De ahí se fué a la iglesia, y quitándose la regia diadema que solía llevar de ordinario, la puso en la cabeza de un crucifijo, y desde aquel día no volvió a usarla más.

Por eso exclamaba el santo rey David: "No queráis confiar en los poderosos de la tierra, en hijos de hombres, los cuales no tienen en su mano la salud... Dichoso aquél que tiene por protector al Dios de Jacob, el que tiene puesta su esperanza en el Señor Dios suyo, Criador del cielo y de la tierra, del mar y de cuanto ellos contienen. El cual mantiene eternamente la verdad de sus promesas"... (Salmo CXLV, 2, 5, 6 y 7).

El que pretende resistir a la Omnipotencia Divina es un insensato. El ilustre sacerdote chileno, Don Carlos Cruzat Hurtado, describe los últimos momentos, verdaderamente ejemplares, del doctor D. Adolfo Valderrama, secretario General de la Universidad de Chile, que murió proclamando el poder de Dios y aceptando con resignación la muerte que le enviaba el Dios Todopoderoso.

Dice que en la tarde, del día en que él le llevó la Sagrada Comunión, se apresuró a visitarlo y le dijo: ¡Amigo mío; qué día tan feliz ha sido éste para usted! Y él contestó: "Como médico que conozco el estado de mi corazón, tan sensible a las grandes impresiones que pueden paralizarlo en un momento, no sé, ni me explico cómo no he muerto de felicidad y de gusto. Usted me ha dado, agregó, la verdadera vida".

Poco antes de morir, como el señor Cruzat lo exhortara a la resignación con la voluntad de Dios y al amor divino, respondió: "**¿Quién pretenderá resistir a ese poder soberano? Sólo el insensato ofuscado por la**

soberbia. ¡Verdad infalible! agregaba. Creo cuanto me habéis enseñado, espero en vuestra misericordia inmensa, y os amo porque sois bondad infinita''.

58. SANTIDAD DE DIOS

Dios es **infinitamente santo,** es decir, ama y quiere lo que es bueno y aborrece lo que es malo.

La Historia Sagrada está llena de ejemplos del amor de Dios a los buenos y de los castigos a los malos, empezando por el ejemplo de nuestros primeros padres a los cuales, en el estado de inocencia, amó el Señor hasta el extremo de conversar con ellos, como un padre con sus hijos; y después, por un solo pecado, perdieron su amor y su gracia, y fueron arrojados del paraíso. La historia del pueblo escogido es la historia de los premios y de los castigos, que experimentaban cuando cumplían o se apartaban de la ley santa de Dios.

Alaba David al Señor, porque el cetro de su reino es cetro de rectitud. ''Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ungió ¡oh Dios! el Dios tuyo con óleo de alegría'' (Salmo 44, 7 y 8).

No se contentó el Señor con manifestar a los hombres de un modo general que amaba la justicia y aborrecía la iniquidad, sino que les manifestó expresamente su voluntad santísima, mandándoles unas cosas y prohibiéndoles otras. En el monte Sinaí dictó Dios a Moisés, para que lo transmitiera a su pueblo, el Decálogo, o sea, los diez mandamientos de la Ley que debían ser observados y cuyo fiel cumplimiento lo haría acreedor al favor divino. Estos preceptos los grabó Moisés en dos tablas de piedra; en una de ellas estaban los tres primeros relativos a los deberes del hombre para con Dios; y en la otra los siete restantes, re-

lativos a los deberes fundamentales del hombre para con sus semejantes.

Quiso Dios que su autoridad apareciera bien manifiesta, grabando en el corazón del hombre su divina voluntad, que le habla por la voz interior de la conciencia; en cada caso le dice lo que debe hacer y las cosas de que debe abstenerse; y, si por desgracia, esa voz es desoída, viene el remordimiento a servir de castigo del pecado.

Esa santidad infinita es la gloria del Dios de los cristianos, tan augusto y digno del amor y de las alabanzas de los seres inteligentes.

El Dios de los hebreos y de los cristianos, dice Bossuet, no tiene nada de semejante con los dioses de los paganos, tan llenos de imperfecciones, y aun de vicios. Nuestro Dios es perfecto, infinito, el único digno de vengar los crímenes y de coronar la virtud, porque es la santidad misma.

La santidad de Dios es el atributo que rendidamente alaban los ángeles en el cielo.

El profeta Isaías describió la visión que tuvo en que el Señor le apareció en gloria y majestad, sentado sobre un trono elevado. Alrededor del trono estaban los serafines, inflamados en el amor divino, que alternativamente decían en alabanza del Señor: "**Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria**".

El Evangelista San Juan, arrebatado en espíritu al cielo, vió el trono de Dios, y alrededor de él, cuatro animales, llenos de ojos delante y detrás, cada uno con seis alas, que no reposaban de día ni de noche, diciendo: "Santo, santo, santo, es el Señor Dios Todopoderoso, el cual era, el cual es, y el cual ha de venir".

Y la Iglesia repite todos los días en la Misa el canto de los ángeles, diciendo: "Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos. Llenos están los cielos

y la tierra de su gloria. Hosanna en lo más alto de los cielos".

La santidad de Dios debe movernos a un constante anhelo por santificarnos. Si hemos sido hechos a su imagen y semejanza, debemos imitarlo en sus virtudes. "Yo soy el Señor Dios vuestro, decía a los hebreos; sed santos vosotros, pues que yo soy santo" (Lev. XI, 44). Y el apóstol San Pedro dice que debemos portarnos como hijos obedientes del Señor, siendo santos en nuestro proceder; pues está escrito: "Santos habéis de ser, porque yo soy santo" (1.a Epístola, I, 15 y 16).

Jesucristo se presentó al mundo como modelo de todas las virtudes. Dijo a sus discípulos: "**Aprended de Mí** que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas". El ha sido el único que ha podido decir a sus enemigos, sin temor de ser desmentido: ¿Quién de vosotros puede convencerme de pecado? Y su ejemplo de santidad irradia sobre todos los hombres y causa la admiración del mundo.

Los grandes enemigos de Jesucristo se han visto obligados a reconocer la influencia que ejerce en el mundo entero su santidad fecunda y creadora. "Ningún sabio, dice Voltaire, ha tenido la más mínima influencia sobre las costumbres de la calle en que vivía, y Jesucristo ha influído en el mundo entero". Y Rousseau ha dicho: "Si la vida y la muerte de Sócrates son las de un hombre, la vida y la muerte de Jesucristo son las de un Dios.

El Evangelio nos refiere que **el demonio,** por boca de un poseído, proclamó la santidad del Señor. Encontrándose Jesús un día sábado en la sinagoga de Cafarnaum, había en ella un hombre poseído de un espíritu inmundo que comenzó a gritar: "¿Qué tenemos que ver nosotros contigo Jesús Nazareno? ¿Has venido a destruírnos? Sé quién eres, **el Santo de Dios**". Y Je-

sús mandó al espíritu inmundo que enmudeciera y saliera del hombre (Marc. I, 23 y 24).

El Apóstol San Pedro, en su segunda predicación, después de curar al cojo de nacimiento que se sentaba a la puerta del templo a pedir limosna, viendo el asombro que había producido en el pueblo ese milagro, declaró que había sido hecho en virtud de la fe, en el nombre de Jesucristo, y exhortó al arrepentimiento a los que habían negado al **Santo** y al **Justo**, y pedido en su lugar un hombre homicida (Hechos III, 14).

El apóstol San Pablo, predicando en Antioquía de Pisidia, recuerda a los judíos la resurrección de Jesús, cumpliéndose la promesa hecha a David: "No permitirás que tu **Santo** vea corrupción", y el Santo es Jesucristo Dios.

59. JUSTICIA DE DIOS

Dios es infinitamente justo, esto es, premia lo bueno y castiga lo malo, según los méritos de cada uno.

"Justo eres Señor, le decía en su oración el santo varón Tobías, y justos son todos tus juicios; y todas tus sendas no son más que misericordia y verdad y justicia" (Tob. III, 2).

San Pablo dice que el juicio del Señor es justo, y que retribuirá a cada uno, según sus obras: con la vida eterna, a los que, perseverando en hacer obras buenas, buscan gloria, y honra, e inmortalidad; y con ira e indignación, a los que son de contienda, y que no se rinden a la verdad, sino que obedecen a la injusticia (Rom. II, 6, 7 y 8).

A fin de que se preparen para su justicia, advierte el mismo Apóstol que Dios intima a los hombres que hagan **penitencia,** por cuanto tiene determinado el día en que ha de juzgar al mundo con rectitud, por medio de aquel Varón constituído por El, es decir, por

medio de Jesucristo; y le ha dado de esto una prueba cierta con haberlo resucitado de entre los muertos (Hech. XVII, 31).

En su juicio, Dios **no hace acepción de nacionalidades ni de personas.**

Llamado el apóstol San Pedro por el centurión romano Cornelio, que deseaba convertirse a la fe de Jesucristo, le dijo: "No ignoráis que cosa tan abominable sea para un judío el trabar amistad o familiarizarse con un extranjero; pero Dios me ha enseñado, al morir por todos, a no tener a ningún hombre por impuro o manchado... Verdaderamente acabé de conocer que **Dios no hace acepción de personas,** sino que en cualquiera nación, el que lo teme y obra bien, merece su agrado (Hechos X, 28, 34 y 35).

Juzga a cada uno, **según sus obras.** El hombre recogerá, dice San Pablo, a proporción de lo que hubiere sembrado. El que siembra poco, cogerá poco. (Gálat. VI, 8 y Corinto IX, 6). Es decir, Dios juzgará a cada uno, a proporción del trabajo y empeño que hubiere empleado en recibir y cultivar la semilla de la divina palabra. Será liberal y magnífico para derramar sobre los buenos, nuevas y mayores gracias: "Porque al que tiene, se dará", es decir, a los que han sabido hacer buen uso de lo que tenían, les dará más y más. En cambio, a los que desprecian la palabra divina, a los que tienen lo que han recibido, como si no lo tuvieran, porque no han sabido aprovecharse ni hacer buen uso de ello, les será quitado eso poco que tenían, y quedarán reducidos al estado más deplorable: "Al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará" (Marc. IV, 25l.

Como es sabiduría infinita **conoce todos los hechos y circunstancias de la vida de cada hombre;** y para dar su fallo supremo y soberano, tiene presentes en su memoria hasta sus pensamientos más ocultos.

Madre, preguntaba un niño, puesto que nada se pierde ¿dónde van los pensamientos y deseos de los hombres? Están en la memoria de Dios, respondió la madre y quedan fijados en ella para siempre. ¡Para siempre! exclamó conmovido el niño y bajó la cabeza y estrechándose contra su madre murmuró: ¡Tengo miedo! ¿Quién no podría hacer la misma exclamación de ese niño?

Todos los acontecimientos humanos se van grabando en la mente divina para el día del fallo final, en que ha de restablecerse plenamente la justicia. "Hay que tener, dice Brunetiére, la íntima persuasión, la creencia indestructible de que más allá del proscenio en que se representa el drama de la historia y el espectáculo de la naturaleza, se oculta una causa invisible, un autor misterioso, **Deus absconditus**, que todo lo ha arreglado de antemano".

Y como Dios es eterno, es paciente, **y no precipita su fallo.** Deja obrar a los hombres y tolera que al lado de la buena semilla los enemigos siembren la cizaña, no permitiendo a sus criados que la recojan, porque no suceda que arrancando la cizaña arranquen juntamente con ella el trigo. Dijo a los criados el amo de la parábola, que es el Señor: "Dejad crecer uno y otro hasta la siega, que al tiempo de la siega yo diré a los segadores: "Coged primero la cizaña y haced gavillas de ella para el fuego, y meted el trigo en mi granero".

Dice Luis Veuillot que **vivir** es la pena que Dios impone a veces a determinados culpables, porque mayor será el castigo cuando llegue la hora inevitable de la justicia.

Aunque los caminos del Señor son siempre justos, **sus juicios son a menudo ininvestigables**, y no los comprendemos debidamente.

Recordemos la historia de Tobías, que desde sus

primeros años había sido temeroso de Dios y fiel guardador de sus preceptos. Un día, volviendo a su casa fatigado de enterrar cadáveres, se echó junto a la pared y quedóse dormido; le cayó de un nido de golondrinas estiércol caliente sobre los ojos y quedó ciego. Los parientes, al ver la desgracia que le sobrevenía, después de realizar tantas caridades, le zaherían diciendo: ¿Dónde está tu esperanza, por la cual hacías limosnas y entierros? Tobías, que comprendía la justicia del Señor, les reprendió diciendo: No habléis de esa manera: Puesto que nosotros somos los hijos de los santos, y esperamos aquella vida que ha de dar Dios a los que siempre conservan en él su fe.

Explicando esta aparente contradicción se pregunta el poeta Núñez de Arce: "¿Ciego, es la tierra el centró de las almas?"

No todas las culpas se castigan en esta vida, ni se premian todas las virtudes; por el contrario, ocurre a menudo que muchos culpables quedan impunes y que padecen muchos justos. Las leyes humanas, decía Solón, son como las telarañas, pues enredan lo leve y de poca fuerza, pero lo mayor las rompe y se escapa, dando a entender que muchos grandes se escapan de la justicia humana.

Todo eso se encargará de arreglarlo la justicia divina, en el día y hora que lo crea conveniente.

Aquí, en esta vida, nos basta **creer** en la justicia divina; sólo en la eternidad nos será dado **ver** la justicia completa. Dios permite que así ocurra para que los hombres ejerciten la virtud de la fe y adquieran méritos con ella delante de Dios.

No siempre los sufrimientos de los hombres son castigos de la justicia divina. Muchos son manifestaciones de su Bondad infinita, que quiere probarlos en esta vida para purificarlos de pequeñas manchas, como la plata se prueba en la fragua y el oro en el crisol; y lo que

nosotros creemos que son caprichos de la fortuna son advertencias saludables de la Divina Providencia, que vela por la suerte de los que ama.

Dentro de estos pensamientos, decía el bienaventurado Simón de Monfort, que la mayor cruz de un hombre era no tener cruz alguna.

La Sagrada Escritura está llena de pasajes que demuestran la justicia de Dios. A los ángeles que se rebelaron contra Dios, el Señor no los perdonó, sino que amarrados con cadenas infernales los precipitó al abismo, en donde son atormentados (2 San Pedro II, 4). Adán y Eva quisieron ser semejantes a Dios, y desobedeciendo su mandato, comieron de la fruta prohibida; por lo cual fueron condenados con toda su posteridad al trabajo, al dolor y a la muerte.

Toda la raza humana, a excepción de la familia de Noé, cayó en una horrible depravación y esos crímenes fueron castigados con el diluvio universal, del cual sólo escapó la familia de Noé, que había permanecido fiel a la ley divina.

Pero la prueba más elocuente de la justicia es la muerte de su Hijo Unigénito, que para redimir al mundo tuvo que sufrir por los pecados del hombre que había tomado sobre sí. Ni a su propio Hijo perdonó el Señor.

Aunque Dios no siempre castiga inmediatamente los pecados de los hombres, hay casos en que su justicia no demora y se manifiesta de un modo indudable.

Referiré uno ocurrido hace algunos años en España. Se acercó una persona al conductor del tren que partía de Valencia a Barcelona, para hacerle un encargo. — Pasado mañana estará cumplido vuestro encargo, dijo el conductor. — Entonces, hasta vuestro regreso, si Dios lo quiere. — Quiéralo o no lo quiera, replicó el conductor. — Es necesario que Dios lo quiera y que volváis en buena salud. — Yo os lo repito, quiéralo Dios o no lo quiera, pasado mañana estaré

aquí con vuestro encargo cumplido. — Después de esta conversación, partió el tren. Dos días después, al llegar al puente de San Jorge, se destrozaba el tren y de todos los empleados escapó uno solo. El conductor, que si hubiera conservado su puesto se habría salvado, al partir de la última estación se había quedado en un carro de pasajeros donde encontró la muerte. Su cadáver cayó al mar, que lo arrojó a la playa; tenía el rostro espantosamente mutilado, la mandíbula inferior y la lengua habían sido arrancadas. No pudo cumplir su promesa de encontrarse de regreso en Valencia, porque Dios no lo permitió, y castigó su blasfemia.

La justicia de Dios es inseparable de su bondad. Dice el Evangelio de San Lucas que el premio con que Dios recompensa al justo, sobrepuja el mérito de las obras buenas, y Santo Tomás agrega que el castigo que en la otra vida impone al pecador rebelde, es menor que el que merecería por la malicia de sus obras.

Esto de juzgar a los hombres es un atributo, de tal manera inherente a la autoridad de Dios, que lo defiende con el mayor celo y no quiere que los hombres hagan juicios que sólo a El corresponden.

"No juzguéis, dice, y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados".

¿Quién sois vos, dice San Pablo, que os atrevéis a juzgar al siervo ajeno? En el acatamiento del Señor está cada uno en pie o caído. Y en otra parte dice: "No juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual alumbrará lo escondido de las tinieblas y manifestará los designios de los corazones; y entonces cada uno tendrá de Dios su alabanza".

Sólo Dios conoce las intimidades de la conciencia humana; y sólo El es la ley eterna, la razón soberana con la cual ordena todas las cosas, según su fin propio y por medios adecuados, relacionando a los hombres con El, como su fin supremo.

Dios es benigno con los justos. Tiene puestas en ellos sus miradas. "Sus almas están en la mano de Dios y no llegará a ellas el tormento de la muerte eterna" (Sab. III, 1). "A los hombres buenos su justicia los salvará" (Prov. XI, 6). Dios vengará, en el momento oportuno los agravios que recibe de las creaturas. En la parábola del juez inicuo, el Señor dice que a pesar de sus maldades hizo justicia a una viuda para que lo dejara en paz. "¿Y creeréis, dice, que Dios dejará de hacer justicia a sus escogidos que claman a El día y noche, y ha de sufrir siempre que se los oprima? Os aseguro que no tardará en vengarlos de los agravios" (Luc. XVIII, 8).

El premio de los justos comienza en esta vida. "El Señor no afligirá con hambre la persona del justo" (Prov. X, 3). "A los justos se les concederá lo que desean" (Prov. X, 24). "Su fruto es como el árbol de la vida" (Prov. XI, 30). "Sus votos aplacan al Señor" (Prov. XV, 8). "El justo que procede con sencillez dejará hijos dichosos" (Prov. XX, 7). "La bendición del Señor descansa sobre su cabeza; y su memoria será celebrada" (Prov. X, 6 y 7). La observancia de la ley de Dios los colmará de años y de paz. "Hijo mío, no te olvides de mi ley, y guarda en tu corazón mis mandamientos; porque ellos te colmarán de largos días, y de años y de perpetua paz"... "Hijo mío, nunca pierdas de vista estas cosas: observa la ley y mis consejos; que ellos serán la vida de tu alma y un precioso collar para tu adorno. Entonces seguirás lleno de confianza tu camino, y no tropezará tu pie. Te acostarás sin zozobra; te echarás a dormir y tu sueño será tranquilo. No recelarás ningún susto repentino, ni que venga sobre ti la desolación o violencia de los impíos; pues el Señor estará a tu lado, y guiará tus pasos a fin de que no seas presa de ellos" (Prov. III).

Las calamidades que sufren los justos en esta vi-

da contribuyen a su bien. "Sabemos también nosotros, dice San Pablo, que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios, de aquellos que El ha llamado según su decreto para que sean santos" (Rom. VIII, 28).

El Señor será riguroso con **los impíos** en especial con los soberbios. "En el día de su ira destrozó a los reyes. Ejercerá su juicio en medio de las naciones; consumará su ruina, y estrellará contra el suelo las cabezas de muchísimos" (Salmo 109, v. 5 a 7).

Llegará un día en que Dios "se levantará en juicio y dará a los malos el pago, a cada uno en particular, y los enviará al profundo de la tierra" (Eccli. XVII, 19). "Los malos quedarán cogidos en sus propios lazos" (Prov. XI, 6).

Cuando vean el triunfo de los justos, se apoderará de ellos la turbación y un temor horrendo. "Arrojando gemidos de su angustiado corazón, dirán: ¡Insensatos de nosotros! Su vida nos parecía una necedad, y su muerte una ignominia. Mirad cómo son contados en el número de los hijos de Dios, y cómo su suerte es estar con los santos". Comprenderán su error cuando ya el mal no tiene remedio. "Descarriados hemos ido del camino de la verdad; no nos ha alumbrado la luz de la justicia, ni para nosotros ha nacido el sol de la inteligencia. Nos hemos fatigado en seguir la carrera de la iniquidad y de la perdición; andado hemos por senderos fragosos, sin conocer el camino del Señor. ¿De qué nos ha servido la soberbia? ¿Qué provecho nos ha traído la vana ostentación de nuestras riquezas? Pasaron como sombra todas aquellas cosas" (Sab. IV, 1 a 8).

Aun en esta vida los impíos no tienen paz. Para los impíos no hay paz, dice el Señor" (Isaías XLVIII, 22). Pregunta el santo Job: "¿Quién jamás resistió a Dios y vivió en paz?" (Job IX, 4). Y el apóstol San

Juan, dice que los que adoran la bestia, no tienen descanso de día ni de noche'' (Apoc. XIV, 11).

60. MISERICORDIA DE DIOS

Dios es infinitamente misericordioso. ''¡Oh cuán grande es la misericordia del Señor, y cuánta su clemencia para los que a él se convierten'' (Eccli. XVII, 28).

La misericordia es su **obra propia** y el más resplandeciente de sus atributos. ''Para todos es bueno y suave el Señor, dice el Profeta David; pero sobre todas sus obras la misericordia es la que campea y resplandece más'' (Salmo CXLIV, 9); y el Apóstol San Pablo llama a Dios: ''Rico en misericordia'' (Ef. II, 4).

''Quien cree en el Señor, dicen los Proverbios, ama la misericordia'' (Prov. XIV, 21); y la Iglesia Católica en sus oraciones repite que ''es propio de Dios tener misericordia siempre y perdonar''.

La ternura de Dios con los hombres, según el profeta Isaías, es **mayor que la de una madre**: ''Jerusalén piensa que el Señor la ha olvidado y abandonado. ¿Puede una madre olvidar a su hijo y no tener piedad del fruto de sus entrañas? Aunque ella fuera capaz de eso, yo no la olvidaré''.

La oración que dirigió Moisés al Señor cuando descendió sobre la montaña, en medio de una nube, fué para **ensalzar su misericordia.** ''Dominador, le dijo, Señor Dios, misericordioso y clemente, sufrido y piadosísimo y verídico, que conservas la misericordia para millares, que borras la iniquidad y los delitos y los pecados... suplícote que vengas con nosotros y perdones nuestras maldades y pecados, y tomes posesión de nosotros'' (Exod. XXXIV, 5-8).

Dios hace consistir **su gloria** en ejercer la misericordia. La Escritura Santa nos enseña que hace justicia a los hombres hasta la tercera generación, y que hace misericordia hasta la milésima, es decir, sin fin y sin medida.

Aludiendo a esta gloria de la Misericordia Divina, exclama Lamartine: "Los cielos narran la gloria de Dios; pero la tierra y sus grandes acontecimientos cuentan la gloria de Dios en las cosas humanas".

¿Qué es la historia del género humano, sino la narración de las misericordias de Dios?

"¡La filosofía de la historia!, dice Roux, no se oye decir otra cosa. Esto es un abuso. ¿Cuándo se dirá la verdad? ¡La teología de la historia!"

Dice Veuillot que con las sociedades, como con los individuos que infringen sus leyes, emplea Dios una misericordia infinita: advierte, aguarda y suspende el curso principiado de su venganza; deja a los culpables tiempo para pedir gracia, así como suscita espíritus llenos de fuerza y de luz, dándoles la misión, cual en otro tiempo a los profetas de Israel, de indicar el camino recto a los que lo han abandonado y lo desconocen ya.

La misericordia es la perfección que más se ejerce en **esta vida**, y sólo puede ejercerse en ella; porque terminada esta vida transitoria entramos al reino de la justicia inmutable y eterna, en la cual no cabe arrepentimiento ni misericordia.

Según Víctor Hugo, la Misericordia es el **más bello de los nombres** de Dios. "El Eclesiástico, dice, os llama **Omnipotente**; los Macabeos os llaman **Creador**; la epístola a los Efesios os llama **Libertad**; Baruch os llama **Inmensidad**; los Salmos os llaman **Sabiduría** y **Verdad**; Juan os llama **Luz**; los Reyes os llaman **Señor**; el Exodo os llama **Providencia**; el Levítico, **Santidad**; Esdras, **Justicia**; la creación os llama **Dios**; el hombre

os llama **Padre**; pero Salomón os llama **Misericordia**; y éste es el más hermoso de todos". **Misericordia** es el nombre que más agrada a Dios.

Se cuenta que el venerable Padre Juan, abad de Fontfroide era muy indulgente con los pecadores, y alguien le dijo: "No sé cómo se las compondrá Ud. con Dios cuando le dé cuenta de las almas que dirige". Y él contestó: "Dios no ha estudiado teología en nuestros manuales. Usted hace de El un teólogo; pero El se llama la Misericordia".

Catalina de Racconigi, virgen de la Orden Tercera de Santo Domingo, tuvo cierto día una visión en la que vió a Nuestro Señor crucificado, y observó que tenía un brazo más largo que el otro. Jesús le explicó esto diciéndole que el brazo más corto representaba su justicia y el más largo su misericordia. En sí mismos, agregó el Señor, son iguales; pero en este siglo corrompido, se ostenta más la misericordia que la justicia. Catalina pidió entonces al Señor que se dignase extender el brazo de su misericordia a todos los hombres, y como Jesús le respondiera que muchos se niegan a recibirla, insistió Catalina en pedirle que hiciera que todos la quisieran, a lo que repuso el Señor: No, porque si yo les hago tal violencia, les quitaría la libertad.

Misericordia especial de Dios con los pecadores.

El pasaje más consolador del Evangelio es aquel en que Jesús declaró que su misión fué venir al mundo a salvar a los pecadores: "**Yo no he venido a llamar a penitencia a los justos, dijo, sino a los pecadores**".

Tiene gran compasión de ellos. De ordinario, no los castiga inmediatamente que cometen el pecado, sino que les deja tiempo para que se conviertan. "Espera con paciencia, dice San Pedro, no queriendo que nin-

guno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia'' (2 Pedro III, 9). Los colma de bienes, a pesar de su pecado; va en busca de ellos llamando a las puertas de sus corazones para moverlos al arrepentimiento; y, una vez arrepentidos, les perdona de todo corazón, y los recibe con los brazos abiertos, lleno de júbilo, como lo hizo con el Hijo Pródigo.

El Señor nos advierte que no quiere la muerte del pecador, y lo dice **bajo de juramento,** para dar más **fuerza a su expresión:** ''Yo juro, dice el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se convierta de su mal proceder y viva'' (Ezeq. XXXIII, 11).

Y cuanta piedad tenía con ellos lo demostró en el caso de la mujer adúltera. Su pecado era gravísimo. La Sagrada Escritura llama al adulterio crimen enorme, y sin embargo, el Señor la absolvió, contentándose con mandarle que no volviera a pecar.

Los fariseos y los escribas, que veían a los publicanos y a los pecadores acercarse a Jesús, murmuraban y decían que recibía a los pecadores y comía con ellos. Inmediatamente el Salvador les dijo esta parábola: ¿Quién hay entre vosotros, dueño de cien ovejas, que si se le pierde una, no deja las noventa y nueve en el monte y va a buscar la que se le ha perdido hasta que la encuentra? Habiéndola encontrado, la carga lleno de gozo, sobre sus espaldas, y apenas llega a su casa convoca a amigos y vecinos y les dice: Regocijaos conmigo, porque he hallado mi oveja que había perdido. Digoos, pues, que habrá aún más gozo en el cielo por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. ¿O qué mujer hay que, teniendo diez monedas, si pierde una, no enciende la antorcha, barre la casa y la busca con toda diligencia hasta haberla encontrado? Y, cuando ya la halló, convoca a sus amigas y les dice: Congratulaos conmigo, porque encontré la moneda que

había perdido. De este modo, yo lo aseguro, habrá un gran regocijo entre los ángeles de Dios por la conversión de un solo pecador que hace penitencia.

Lejos de rechazar el cargo con que los fariseos creían ofenderlo, Jesús lo acepta, manifestando que nada había más grato a su corazón que abrir la puerta de la misericordia a esas almas que, conscientes de su propia debilidad o miseria, buscaban con el perdón de sus culpas el comienzo de una vida nueva.

Jesús tuvo compasión de todas las desgracias humanas. Pero los pecadores atrajeron de una manera especial su corazón. El Evangelio no hace sino presentarnos en sus páginas, uno tras otro, esos maravillosos cuadros en que vemos a Jesús salir al encuentro de esas almas caídas para rehabilitarlas y volverlas a la vida de la gracia.

En la parábola del **Hijo Pródigo** manifestó su gran amor por el pecador arrepentido|

En cuanto vió que el pecador volvía, se movió a misericordia y corriendo a él, le echó los brazos al cuello y le besó; y ordenó a los criados traerle la ropa más preciosa para vestirlo y ponerle anillo en la mano y calzado en sus pies, e hizo matar un ternero para celebrar un banquete a fin de festejarlo. Extrañado el hijo mayor de esas manifestaciones extraordinarias de afecto, se indignó y no quería entrar al banquete y el padre le dijo: ''Hijo, tú siempre estás conmigo, y todos mis bienes son tuyos; pero razón era celebrar un banquete y regocijarnos, porque éste tu hermano era muerto y revivió; se había perdido, y ha sido hallado'' (Luc. cap. XV).

Dios ejerce su misericordia con los pecadores, respetando la **libertad humana,** sin la cual no hay mérito ante El. ''Para no romper las voluntades, dice Veuillot, las muda y hace que cedan: su omnipotencia nos atrae sin arrastrarnos. **Nemo tan pater,** dijo Tertuliano.

Sugiere a los hijos rebeldes, todos los movimientos y todos los motivos que pueden llevarles a pedirle perdón, industriándose ¡oh bondad! para obligarlos a que vuelvan **por sí mismos. Vueltos,** les recompensa como si no hubiese ido a buscarlos siete veces, y setenta veces siete''.

Esta misericordia del Señor nos mueve a **tener confianza en El** y a **pedirle perdón,** con la seguridad de obtenerlo, diciéndole como el hijo pródigo: ''Padre mío, pequé contra el cielo y contra ti''. La confianza en Dios debe dirigir nuestros pasos, con la seguridad de encontrar acogida en El. ''Contemplad, hijos, las generaciones de los hombres; y veréis cómo ninguno que confió en el Señor quedó burlado. Porque ¿quién perseveró en sus mandamientos que fuese desamparado?, o ¿quién le invocó que haya sido despreciado? Pues, Dios es benigno y misericordioso, y en el día de la tribulación perdonará los pecados; y es el protector de todos los que de veras le buscan'' (Eccli. II, 11, 12 y 13).

Pero la misericordia de Dios no ha de ser motivo para diferir la penitencia; por el contrario debemos recurrir a El inmediatamente, sin demora alguna.

''**Hoy mismo,** si oyereis su voz, guardaos de endurecer vuestros corazones'' (Salmo 94, 8).

El Eclesiástico dice: ''No tardes en convertirte al Señor, ni lo difieras de un día para otro; porque de repente sobreviene su ira, y en el día de la venganza acabará contigo'' (Eccli. V, 8 y 9).

Algunos que abusan de la paciencia del Señor van poco a poco perdiendo el temor de Dios, y corren el gravísimo riesgo de que la Misericordia Divina, cansada de esperarlos, los abandone a su propia suerte, que es la desgracia mayor que puede acontecerles.

''Los hijos de los hombres, viendo que no se pronuncia luego la sentencia contra los malos, cometen la

maldad sin temor alguno. Pero esta misma paciencia con que es tolerado el pecador, aunque peque cien veces, me ha hecho conocer a mí que serán dichosos aquellos que temen a Dios y respetan su majestad'' (Eccli. VIII, 11 y 12).

Dios es paciente porque es eterno; pero nadie se burla impunemente de su paciencia y de su misericordia.

A ejemplo del Divino Maestro, debemos también **ser misericordiosos con nuestros hermanos.** Quiere que seamos misericordiosos, aun con nuestros enemigos. ''Amad a vuestros enemigos; haced bien y dad prestado, sin esperar por eso nada; y vuestro galardón será grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es bueno aun para los ingratos y malos. **Sed pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso.** No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados'' (Lucas VI, 36, 36 y 37).

El Apóstol San Pablo, desarrollando este precepto del Señor, nos exhorta a vestirnos del espíritu de caridad, que es el de la nueva ley. ''Vosotros, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia; sufriéndoos los unos a los otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja del otro; así como el Señor os condonó a vosotros, así también vosotros'' (Colos. III, 12 y 13).

El ejercer la misericordia con el prójimo es condición que Dios pone para perdonarnos. En la oración que nos enseñó quiere que pidamos el perdón de nuestras deudas, invocando el antecedente de haber perdonado nosotros a nuestros deudores: ''Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores''. Y el apóstol Santiago dice: ''Porque se hará juicio sin misericordia, a aquel que no usó de

misericordia, y la misericordia triunfa sobre el juicio".

En la parábola del **siervo cruel,** dice el Señor que el reino de los cielos es comparado a un hombre Rey que quiso entrar en cuentas con sus siervos. Y habiendo comenzado a tomar las cuentas, le fué presentado uno, que le debía diez mil talentos. Y como no tuviese con qué pagarlos, mandó su señor que fuese vendido él, y su mujer, y sus hijos, y cuanto tenía y que se le pagase. Entonces el siervo, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: Señor, espérame, que todo te lo pagaré. Y compadecido el Señor de aquel siervo, le dejó libre, y le perdonó la deuda. Mas luego que salió aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios; y trabando de él, le quería ahogar, diciendo: Paga lo que me debes. Y arrojándose a sus pies su compañero, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia, y todo te lo pagaré. Mas él no quiso: sino que fué y lo hizo poner en la cárcel; hasta que pagase lo que le debía. Y viendo los otros siervos sus compañeros lo que pasaba, se entristecieron mucho; y fueron a contar a su señor todo lo que había pasado. Entonces le llamó su señor, y le dijo: "Siervo malo, toda la deuda te perdoné, porque me lo rogaste: ¿Pues no debías tú también tener compasión de tu compañero, así como yo la tuve de ti? Y enojado su señor le hizo entregar a los atormentadores, hasta que pagase todo lo que debía. Del mismo modo hará también con vosotros mi Padre celestial, si no perdonareis de vuestros corazones, cada uno a su hermano" (Mat. XVIII, 23 a 35)..

El misericordioso se hace bien **a sí mismo**: "El varón misericordioso se hace bien a sí propio; así como el hombre cruel, hasta sus mismos parientes desecha" (Prov. XI, 27). "Errados van los que obran el mal; la misericordia y la verdad son las que acarrean bienes" (Prov. XIV, 22). "Mediante las obras de mi-

sericordia y la viva fe se purgan los pecados'' (Prov. XV, 27).

La Misericordia es **virtud agradable a Dios y a los hombres.** ''No se aparten de ti la misericordia y la verdad; ponlas como collar en tu garganta; y estámpalas en las telas de tu corazón y hallarás gracia y buena opinión delante de Dios y de los hombres'' (Prov. III, 3 y 4).

Dios aprecia más la misericordia que el sacrificio. Los fariseos calumniaban a los discípulos, porque al pasar por unos sembrados en día sábado cogían espigas para saciar el hambre. El Señor tomó la defensa de los discípulos inocentes, recordando que David, cuando tuvo hambre, comió los panes de la proposición, que no le era lícito comer, y agregó: ''Aquí está el que es mayor que el templo''; como quien dice: Si yo soy el Soberano Señor de todo el culto, no los condeno; ¿cómo tenéis vosotros la osadía de hacerlo?; y les recordó aquellas palabras de la Escritura: ''Misericordia quiero y no sacrificio'', para que entendieran que así como la piedad que usó Achimelec con David acosado de hambre, hizo que fuese a Dios agradable aquello que en apariencia se hacía contra su ley; de igual manera la necesidad en que se hallaban los discípulos, los dispensaba de la profanación del sábado'' (Mat. XII, 1 a 7).

Y en el sermón de la Montaña, llama **bienaventurados a los misericordiosos,** porque ellos alcanzarán misericordia (Mat. V, 7).

Uno de los sabios consejos que dió don Quijote a Sancho Panza, antes que fuese a gobernar su ínsula, era éste de tener piedad con los culpables, a ejemplo de Dios misericordioso: ''Al culpado, le dijo, que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin

hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia''.

61. BONDAD DE DIOS

Dios es **infinitamente bueno,** esto es, ama a las criaturas con un amor infinito, y las colma de toda suerte de beneficios.

La **cualidad que define** a Dios es su bondad, su caridad, su amor. La caridad, dice San Juan, procede de Dios; y todo aquel que ama, de Dios es nacido, y conoce a Dios. El que no ama, no conoce a Dios: porque **Dios es caridad** (1 S. Juan IV, 7 y 8).

La **bondad** y la **justicia** divina son como los dos brazos de Dios; pero la bondad, añade Bossuet, es el brazo derecho. Antes que él, había dicho el Dante: ''La bondad infinita tiene los brazos tan largos que alcanzan siempre a los que a ella se vuelven''.

Movido de su amor infinito, crió Dios al hombre, sacándolo de la nada y se constituyó El mismo como su fin y su felicidad suprema. No se contentó con criarlo, sino que lo conserva y vela por él, sin abandonarlo un momento. Para él crió la naturaleza, que es un testimonio viviente de su ternura y de su amor.

''¿Dónde no brillan, pregunta Veuillot, las huellas de su bondad? Sobre la propia tierra amontona maravillas que parecen no tener más objeto que regocijarnos. ¿No parece una madre que se complace en adornar la cuna de su hijo? Las flores, por ejemplo, son un gran testimonio de las ternuras de Dios hacia nosotros; la variedad de sus formas y de sus colores nos dice cosas inauditas. Las flores son sonrisas de Dios, como las estrellas: unas han caído sobre la tierra; las otras

se han quedado en el camino. Sobre todo entre los hombres hace Dios milagros de amor. Forma un número suficiente de almas incomparables, que transforma en mensajeras de sus beneficios. Son una especie de receptáculos vivientes que van repartiendo por todas partes los tesoros de su bondad. ¿Qué hacen en el mundo estos seres adictos a El? No existen para sí mismos, puesto que se olvidan continuamente de sus personas, olvidándose sólo de ellas. Se acuerdan de todos los demás: no bien sufre uno algún dolor, o tiene alguna necesidad, o padece algún mal, véseles llegar con las manos cargadas de ofrendas, con el corazón lleno de caridad, y con el espíritu iluminado por la sabiduría celestial. Como Dios las envía, nada las detiene ni las descorazona; no hay obstáculos ni distancia para ellas. ¿Los perfumes no vuelan más lejos sobre el ala de los vientos, y el ruiseñor que a su nido retorna, se apresura menos en los aires, sin conocer más su camino. Dios los ha dado para todo lo que gime en el universo; van a su misión sin desviarse un punto, y por decirlo así, sin tomar aliento''.

Para defender al hombre que había criado, Dios lo cercó y lo guardó con su **buena voluntad,** esto es, con su amor, como con un escudo fortísimo. Así dice el Salmista, y agrega, como manifestación de ese amor, que lo guarda en lo más escondido y secreto de su rostro, en lo más preciado que tiene, en los ojos de su cara (Salmos 16, 26 y 30).

Hablando de ese amor, pone en boca del Señor, el profeta Zacarías: ''El que os tocare a vosotros, me toca a mí en las niñas de los ojos'' (Zac. II, 8); de modo que el que ofende al prójimo, ofende a Dios que hace suya la causa del prójimo, y el que ama a Dios, necesariamente ama a su prójimo, porque el amor al prójimo es parte del amor a Dios.

El apóstol San Pablo lo llama **amor excesivo,** por-

que excede infinitamente a todo cuanto se puede decir y pensar (Ef. II, 4). No hay entrañas de amor que puedan comparase a las que Dios tiene con nosotros.

Para demostrarnos su amor se compara a una madre que acaricia a sus hijos queridos. "Congratulaos, dice, y regocijaos con la nueva Jerusalén todos los que la amáis... Porque esto dice el Señor: He aquí que yo derramé sobre ella como un río la paz y como un torrente que todo lo inunda la gloria de las naciones: vosotros chuparéis su leche, a sus pechos seréis llevados, y acariciados sobre su regazo. Como una madre acaricia a su hijito, así yo os consolaré a vosotros, y hallaréis vuestra paz y consolación en Jerusalén. Vosotros lo veréis, y se regocijará vuestro corazón, y vuestros huesos reverdecerán como la yerba; y será visible la mano del Señor a favor de sus siervos" (Is. 66, 10 a 14).

Pero, la prueba más grande del amor es dar la vida por sus amigos (S. Juan XV, 13). En esto se demostró el amor de Dios hacia nosotros, en que envió al mundo a su Hijo Unigénito, para que muriera a fin de que nosotros viviéramos por él (1.a S. Juan IV, 9). Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dió a su Hijo Unigénito, para que todo aquél que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna (S. Juan III, 16).

Grande fué el amor de Dios al criar al hombre, sacándolo de la nada y llamándolo a gozar de El, como su fin propio y supremo; pero inmensamente mayor fué el que demostró al redimirlo. "Mas os debo, Señor, dice San Ambrosio, por lo que hiciste por mí en redimirme, que por lo que hiciste en criarme".

Crió el Señor nuestra alma con un soplo de su amor; pero nos redimió con su sangre y su vida.

Se humilló Dios hasta igualarse con el hombre y

constituirse, no ya en su Señor, sino en **su amigo,** lo que supone cierta igualdad. "Ya no os llamré siervos, sino amigos" (San Juan XV, 15).

Monseñor Ramadié, obispo de d'Alby dice: "La obra de la Redención es la obra por excelencia del amor infinito; la obra de la creación es admirable, pero es en el rescate de la humanidad donde el amor de Dios por el hombre se ha manifestado en todo su esplendor. La profundidad de nuestras heridas, la extensión de nuestras miserias, la desgracia de nuestros destinos exigían del amor infinito un sacrificio sangriento. Abraham no vaciló, e inmoló al verdadero Isaac. De tal manera amó Dios al hombre, que le dió su Hijo Unigénito. El amor de Dios al hombre es un amor de preferencia; fuimos preferidos a los ángeles caídos, cuya falta no fué reparada; hemos sido preferidos al propio Hijo de Dios, que murió por enriquecernos con sus derechos y sus privilegios. Y este amor es tanto más generoso cuanto es completamente gratuito, pues Dios no veía en los hombres sino enemigos".

Y este amor no fué sólo por el linaje humano, considerado en general, sino por **cada hombre en particular**. "Yo he te amado, dice el Señor, con perpetuo y no interrumpido amor; por eso misericordioso te atraje a mí" (Jer. XXXI, 3).

Aun en el castigo de los pecadores, se ve la obra de la Divina Bondad.

Cuando Dios resolvió enviar el diluvio, "tocado en lo interior de su corazón con grande dolor, dijo: Destruir tengo al hombre que crié y raerlo de sobre la haz de la tierra" (Gén. VI, 6); y cuando anunció la ruina de Jerusalén, exclamó adolorido el Señor: "¡Ay! que tomaré satisfacción de mis contrarios y me tengo de vengar de mis enemigos" (Is. I, 24).

Según la expresión de Tertuliano el rigor de la justicia es ajeno al Señor; todo lo que es bondad viene

de Dios y todo lo que hay de rigor y de justicia procede de nosotros y de nuestros pecados.

Y el profeta Isaías decía: "El Señor se enojará, como hizo en otro tiempo en el monte de las Divisiones para ejecutar su obra o venganza, una obra que es **ajena de él**".

La bondad de Dios nos obliga **a amarlo** con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas, ya que El fué el primero en amarnos (1 San Juan IV, 19). De ese amor, que es el resumen de los deberes del cristiano, nos ocuparemos en otra parte.

La bondad de Dios nos obliga también **a agradecer** sus beneficios.

"¿Qué cosa mayor, dice San Agustín, podemos traer en el corazón, pronunciar con la boca y escribir con la pluma, que esta palabra: **Gracias a Dios**? No hay cosa que se pueda decir con más brevedad, ni oir con más alegría, ni sentir con mayor alteza, ni hacer con mayor utilidad.

Dios **quiere** que seamos agradecidos y le tributemos alabanzas: "Ofrece a Dios, dice David, sacrificio de alabanza"; y en otra parte pone en boca del Señor: "El que me ofrece sacrificio de alabanza, ése es el que me honra; y ése es el camino por el cual manifestaré al hombre la salvación de Dios" (Salmo 49, v. 14 y 23). "No te olvides, dice el sabio, de la merced que te hizo tu fiador; porque dió por ti su vida" (Eccli. XXIX, 20); y el Apóstol San Pablo quiere que glorifiquemos continuamente con nuestros labios a Dios, deseando que todo lo criado nos ayude a alabarle y darle gracias por ello: "Ofrezcamos a Dios, dice, sin cesar por medio de él sacrificio de alabanza, es a saber, el fruto de labios que bendigan su santo nombre".

Después del Diluvio universal, que fué un castigo extraordinario para reprimir la maldad de los hombres, edificó Noé un altar al Señor; y cogiendo todos

los animales y aves limpias, ofreció holocaustos sobre el altar. El Señor, en su bondad, se complació en aquel olor de suavidad y dijo: "Nunca más maldeciré la tierra por culpa de los hombres, atento a que los sentidos y pensamientos del corazón humano están inclinados al mal desde su mocedad; no castigaré, pues, más a todos los vivientes como he hecho. Mientras el mundo durare, no dejarán de sucederse la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, la noche y el día" (Gén. VIII, 20 a 22).

De manera que los cambios de estaciones y demás alternativas que hacen llevadera la vida, son una mamanifestación constante de la bondad de Dios, que, complacido por el sacrificio de Noé, quiso favorecernos con ellas, mientras durare el mundo.

Dios recomendó a los israelitas que recordaran los beneficios que habían recibido en los caminos del desierto para que pudieran vivir, multiplicarse y entrar en posesión de la tierra prometida; les pidió que no se olvidaran jamás del Señor que los había sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud; y que no se ensoberbecieran pensando que la fuerza y robustez de sus brazos les habían granjeado esas cosas, sino que se acordaran de que Dios les había dado esas fuerzas; y les advirtió que si se olvidaban de su Dios y Señor, perecerían sin remedio.

Jesucristo alabó al leproso, curado de su mal, que volvía a darle gracias por el beneficio recibido, y reprendió a los que habían sido ingratos y mal agradecidos.

Caminando Jesús hacia Jerusalén, atravesaba Samaria y Galilea, y estando para entrar en una población,, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales se pararon a lo lejos, y levantaron la voz, diciendo: Jesús, maestro, ten lástima de nosotros. Luego que Jesús los vió, les dijo: Id, mostraos a los sacerdotes.

Y cuando iban, quedaron curados. Uno de ellos, apenas echó de ver que estaba limpio, volvió atrás, glorificando a Dios a grandes voces, y postróse a los pies de Jesús, pecho por tierra, dándole gracias; y éste era un samaritano. Jesús dijo entonces: ¿Pues qué, no son diez los curados? ¿y los nueve dónde están? No ha habido quien volviese a dar a Dios la gloria, sino este extranjero. Después le dijo: Levántate, vete, que tu fe te ha salvado'' (Luc. XVIII, 11 a 19).

San Jerónimo cuenta que era tradición de los hebreos que la enfermedad que tuvo el rey Ezequías, que le puso a punto de muerte, fué porque después de la victoria que Dios le había dado contra los asirios, en la cual el Angel del Señor había muerto en una noche ciento ochenta mil de ellos, no había entonado cánticos de alabanza a Dios, como solían hacer los demás en semejantes beneficios.

El dar gracias a Dios por los beneficios recibidos es causa, según San Bernardo, de que Dios los conserve y acreciente; en cambio, la ingratitud es como un viento abrasador que todo lo seca y consume y que detiene y cierra la fuente de la divina Bondad.

Finalmente la bondad de Dios debe hacernos comprender la **fealdad del pecado mortal,** que es la mayor ofensa que el hombre puede hacer a un Dios infinitamente bueno.

Debemos tener presente lo que decía Blanca de Castilla a su hijo Luis, que fué rey de Francia: ''preferiría mil veces verte muerto antes de que cometieras un solo pecado mortal''; pensamiento éste que se grabó de tal manera en la mente de su hijo, que hizo de él un gran santo y que aplicó en muchas ocasiones de su vida.

El senescal francés Juan de Joinville cuenta que este rey le hizo la siguiente pregunta en presencia de dos monjes: Senescal: ¿Qué es Dios? Sire, contestó el

senescal — Dios es la suprema bondad que no puede ser sobrepujada. — No hay duda dijo el rey, que está bien contestado. Ahora, díjole el rey, voy a hacerte otra pregunta, y es: "Si preferirías ser leproso antes que haber cometido o estar a punto de cometer un pecado mortal". Yo que no quería mentir, dice Joinville, repuse: "Preferiría haber cometido treinta pecados mortales antes que ser un leproso". Cuando los dos frailes se hubieron marchado, el rey llamó a solas a Joinville y haciéndole sentar a sus pies le dijo: ¿Cómo puedes haberte atrevido a contestar como lo has hecho a mi última pregunta? A lo que Joinville dijo: "Si de nuevo me lo preguntara, de nuevo repetiría lo mismo". ¡Oh loco! añadió el rey, estás engañado, pues debes saber que no existe ninguna lepra tan inmunda como un pecado mortal, y el alma que lleva el peso de tal culpa es como el demonio en el infierno. Es cosa segura que cuando un leproso muere queda curado de su enfermedad, mientras que cuando muere el hombre que ha cometido un pecado mortal, no tiene la seguridad de haberse arrepentido suficientemente de él antes de su muerte para que la bondad de Dios le perdone; por lo cual debe tener gran temor de que la lepra del pecado perdure en él tanto como Dios permanezca en el paraíso. Te ruego, pues, primero por amor a Dios y luego por el afecto que me guardas, que conserves en tu corazón lo que acabo de decirte, a saber: que es mucho más preferible tener el cuerpo cubierto por la más asequerosa lepra, que el alma manchada por un solo pecado mortal, que es la peor de todas las desgracias.

62. VERACIDAD DE DIOS

Dios es veraz, esto es, manifiesta y dice siempre la verdad, porque siendo la plenitud de la ciencia, no pue-

de engañarse; y siendo la plenitud de la santidad, no puede engañarnos.

Los hombres no dicen siempre la verdad, o porque no la saben y se equivocan en lo que afirman; o porque no quieren decirla y afirman con malicia una cosa falsa, es decir, mienten.

El libro de los Números dice que Balaam fué a consultar al Señor y Balac rey de Moab, empeñado en que maldijera a los israelitas, esperaba con ansiedad la respuesta, y le preguntó: ¿Qué ha dicho el Señor? Y Balaam le dijo: Levántate Balac, y escucha:... No es Dios como el hombre, para que mienta; ni como el hijo del hombre para que se mude. ¿Dijo pues y no lo hará? ¿Habló y no lo cumplirá? He sido traído para bendecir, no puedo estorbar la bendición''. En otros términos Balaam aludía a la veracidad del Señor, cuyos decretos no se mudan, de manera que lo que una vez ha dicho se cumple infaliblemente.

En la ley antigua era costumbre afianzar la verdad por medio del juramento; pero Jesucristo, que es la Verdad misma, manifestó tanto aprecio de ella, que no sólo recomendó que no se perjurara y que se cumplieran los juramentos hechos al Señor, sino que aconsejó a los que habían de vivir en la simplicidad de la fe cristiana que se contentaran para manifestar la verdad, con un sencillo **sí** o **no**: ''Vuestro hablar sea, **sí, sí**; **no no**; porque lo que excede de esto, de mal procede''.

Conforme a esa doctrina, la práctica de la Iglesia nos enseña que sólo es lícito jurar cuando lo pide la razón o la necesidad, y que no debe abusarse del juramento, el cual es exigido por la desconfianza de los unos o la mala fe de los otros.

La veracidad de Dios es el fundamento de nuestra fe en las verdades reveladas. Jesucristo vino al mundo a enseñar la verdad, y además advirtió a sus discípu-

los que les enviaría el Espíritu Santo para que les enseñara toda la verdad y lo llamó **Espíritu de verdad**. "Cuando viniere aquel Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad. Porque no hablará de sí mismo; mas hablará todo lo que oyere, y os anunciará las cosas que han de venir" (S. Juan XVI, 15).

En la frase **toda la verdad,** se comprende tanto lo que pertenece a los dogmas, como lo que mira a las costumbres y al gobierno y establecimiento de la Iglesia; y por lo que respecta a los fieles, se entiende esto de todas las verdades que necesitan saber para salvarse.

Para sostener la verdadera doctrina de la fe, estableció también Nuestro Señor su Iglesia, asistida por el Espíritu Santo; y esa **Iglesia del Dios vivo,** como la llama San Pablo, es la columna y fundamento de la verdad, porque está destinada a mantener la fe hasta el fin de los tiempos, a la manera que la columna mantiene el edificio.

En la veracidad de Dios, que no puede faltar a sus promesas, se cifra toda la fuerza de la virtud de la **esperanza**.

San Pablo, aludiendo a la promesa que Dios hizo a Abraham y que éste alcanzó, dice: "Queriendo Dios mostrar más cumplidamente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento, para que a vista de dos cosas inmutables, promesa y juramento, **en que no es posible que Dios mienta,** tengamos un poderosísimo consuelo, los que consideramos nuestro refugio en alcanzar los bienes que nos propone la esperanza, la cual sirve a nuestra alma como de una áncora segura y firme, y penetra del velo adentro (Heb. VI, 13 a 19).

La veracidad de Dios es garantía de nuestra inmortalidad. El alma humana, creada por Dios, siente una sed de inmortalidad, una aspiración incontenible

a una felicidad imperecedera y completa, y espera firmemente una vida futura donde encontrará esa felicidad. ¿Quién ha puesto en el alma humana esa aspiración y esa seguridad tan absolutas? Solamente Dios, y aquí interviene su veracidad, porque nadie duda que debe realizarse esa esperanza que ha depositado en el alma de sus creaturas. Aquél que no ha engañado el instinto de un insecto, dice Lamartine, mucho menos engañará el presentimiento de un justo.

La veracidad de Dios exige de nosotros que creamos por infaliblemente cierto todo lo que nos ha revelado, sin dudar ni vacilar jamás por motivo alguno.

El rey de Francia, San Luis, dió ejemplo de esa firme creencia en la veracidad de Nuestro Señor. Dice el Conde de Montfort que en una ocasión lo llamaron para que fuera prontamente a la Iglesia a ver el milagro de la presencia del Salvador en la Sagrada Hostia, con su propia forma, y el contestó: "Los que dudan de la presencia de Jesús en el sacramento son los que deben ir. Yo creo en ella más firmemente que si con mis propios ojos lo viera".

63. FIDELIDAD DE DIOS

Dios es infinitamente **fiel,** lo que quiere decir que cumple lo que promete y aquello con que amenaza.

El mismo Dios lo ha dicho, tanto en el Antiguo, como en el Nuevo Testamento. Prometió al pueblo escogido toda suerte de felicidades si guardaba sus mandamientos. "Y sabrás, le dice, que el Señor Dios tuyo, él mismo es el Dios fuerte y **fiel,** que guarda el pacto y misericordia con los que le aman, y con aquellos que observan sus preceptos hasta mil generaciones. Y que retorna inmediatamente a los que le aborrecen, en tanto grado que los destruye, y no los dilata más, pa-

gándoles luego lo que merecen. Guarda pues los preceptos y ceremonias y juicios, que yo te mando hoy que observes. Si después de haber oído estos juicios, los guardares y cumplieres, el Señor Dios tuyo guardará también contigo el pacto y misericordia que juró a tus padres. Y te amará y multiplicará, y bendecirá el fruto de tu vientre, y el fruto de tu tierra, tu trigo y tu vendimia, tu aceite y vacadas, los hatos de tus ovejas en la tierra, que juró a tus padres que daría..." (Deut. VII, 9 a 13).

Nuestro Señor Jesucristo anunció a sus discípulos la ruina del templo, y en compendio lo que había de suceder hasta el fin del mundo, llamándoles especialmente la atención sobre la seguridad del cumplimiento de su palabra divina, que es inmutable: "El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán". El cielo y la tierra, dice San Hilario, por su misma naturaleza están sujetos a mudanzas; mas la palabra de Dios no lo está.

La Sagrada Escritura está llena de pasajes que acreditan que Dios cumple fielmente todo lo que ha prometido o aquello con que ha amenazado.

Manifiesta su fidelidad a los hombres, de un modo especial, cuando sufren **tentaciones**. Les ha prometido la gracia de la perseverancia y la victoria sobre ellas, si estuvieran vigilantes y recurrieran confiados a él por medio de la oración. "Velad y orad, dice, para que no caigáis en la tentación", y, en el Padre Nuestro, enseñó a pedir: "No nos dejes caer en la tentación". Pues bien, como dice el Apóstol, **Dios es fiel**, que no permitirá seamos tentados sobre nuestras fuerzas, sino que de la misma tentación nos hará sacar provecho para que podamos sostenernos (1 Corint. X, 13).

Dios cumple fielmente todas sus promesas; pero no olvidemos que algunas son hechas **con condición,** que

es indispensable cumplir por nuestra parte. El Señor nos ha dicho: "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiereis, y se os otorgará" (S. Juan XV, 7). Esa promesa de concedernos lo que pidiéremos, lleva la condición expresa de que permanezcamos unidos a El por el cumplimiento de su ley, y de que hagamos la petición conforme a sus divinas enseñanzas, que deben permanecer en nosotros.

La fidelidad de Dios en el cumplimiento de su palabra es infinita y muy **diversa de la del hombre.** Muy a menudo el hombre no cumple su promesa, por olvido, o porque cambia de parecer, o porque está en la imposibilidad de cumplirla. Pero Dios no puede olvidar su promesa, porque es omnisciente y todo lo sabe y lo recuerda; sus designios no pueden variar, porque es inmutable; y puede mantener todo lo que ha prometido, porque es todopoderoso.

La fidelidad de Dios, que cumple lo que promete y aquello con que amenaza, nos obliga a marchar por el camino recto, obedeciendo todos sus mandamientos para gozar del premio eterno que nos tiene ofrecido si cumplimos su ley, y librarnos del castigo con que nos amenaza si no la cumplimos.

La Sagrada Escritura encomia la fidelidad, diciendo que el embajador fiel refrigera el alma de aquél que le envió, como la frescura de la nieve en tiempo de siega (Prov. XXV, 13).

Debemos obrar nuestra salvación, como dice el Apóstol, **con temor y con temblor**, esto es, desconfiando de nuestras propias fuerzas y poniendo toda nuestra confianza en el poder y socorro del Señor, que ha ofrecido no abandonar a los que con fidelidad le sirven.

Esa confianza en Dios no ha de ser temeraria, de manera que uno se exponga al peligro o dilate la penitencia, confiando en que Dios es misericordioso,

porque eso constituye el pecado de **presunción** y una ofensa a la misericordia de Dios.

Dios quiere que seamos fieles con El, así como El es fiel con nosotros. Se llama **fiel,** por antonomasia, el cristiano que vive en la debida sujección a la Iglesia Católica, fundada por Jesucristo para dirigirnos por el camino de la salvación y que cumple las promesas que hizo al recibir el bautismo.

Esa fidelidad, que representa la justicia para con Dios, nos manda vivir siempre dentro del cumplimiento de su ley, sin salirnos jamás de ella, así como el fiel de la balanza permanece vertical, sin inclinarse más de un lado que de otro, cuando hay perfecta igualdad en los pesos que se comparan.

CAPITULO QUINTO

LA SANTISIMA TRINIDAD

64. DOGMA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

El **dogma** de la Santísima Trinidad está claramente expresado en el Símbolo de San Atanasio, que dice: "Esta es la fe católica: que veneramos a un Dios en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad. No confundiendo las personas, ni separando la substancia. Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo. Pero una es la divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; igual su gloria y coeterna su majestad. Lo que es el Padre, eso es el Hijo, eso es el Espíritu Santo: inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo; eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo; y sin embargo, no son tres eternos sino un solo eterno. Como también no hay tres increados o tres inmensos, sino que es uno el increado y uno el inmenso. Igualmente es omnipotente el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo; y sin embargo no hay tres omnipotentes, sino un solo omnipotente. Así, el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios; y con todo no hay tres dioses, sino un solo Dios. Así, señor es el Padre, señor es el Hijo, señor es el Espíritu Santo; y sin embargo no hay tres señores, sino un solo Señor. Puesto que como en nombre de la verdad cristiana estamos obli-

gados a reconocer singularmente a cada persona como Dios y Señor, así en nombre de la religión católica se nos prohibe hablar de tres dioses o señores. El Padre no ha sido hecho, ni creado, ni engendrado por nadie. El Hijo es sólo del Padre, pero no es hecho ni creado por El, sino engendrado. El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, pero no hecho, ni creado, ni engendrado, sino que procede de Ellos. Por tanto uno es el Padre, y no tres padres ;uno es el Hijo, y no tres hijos; uno es el Espíritu Santo y no tres espíritus santos. Y en esta Trinidad no hay nada de anterior o posterior, nada de mayor o de menor, sino que las tres personas con coeternas y coiguales. De modo que por medio de todas las cosas se ha de venerar la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad. Quien quiera, pues, salvarse, es menester que crea esto de la Trinidad''.

San Atanasio, obispo de Alejandría, fué el defensor de la divinidad de Jesucristo contra la herejía de Arrio, herejía que tomó tal incremento que fué necesario convocar un concilio ecuménico, que se reunió en Nicea el año 325, y en el cual se formó un símbolo de la fe, que terminó la discusión, declarando que el Hijo es **consubstancial** con el Padre; palabra nueva, pero que expresaba perfectamente la tradicional creencia cristiana, en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero.

65. MISTERIO QUE SOBREPUJA LA INTELIGENCIA HUMANA. FUNDAMENTO DE LA FE CRISTIANA

El dogma de la Santísima Trinidad es un **misterio** que sobrepuja nuestras inteligencias en tan alto grado, que en esta vida no podemos tener de él una noción clara; y esto no es de extrañar; porque hasta el

impío Voltaire se veía obligado a reconocer que para saber a punto fijo lo que es Dios, lo que hace, y cómo, y por qué lo hace, habría que ser Dios mismo. Bástenos saber que si en este dogma hay misterio y obscuridad, no hay contradicción ni absurdo, porque las diversas afirmaciones en que puede descomponerse son conciliables entre sí: En Dios hay una sola naturaleza. En Dios hay tres personas distintas. El Padre engendra al Hijo de toda eternidad. El Espíritu Santo procede del Padre y del hijo. Ninguna de estas afirmaciones contradice a la otra.

Dios quiere que el hombre crea en su divina palabra y que la acate humildemente por venir de El; y al que cree en su palabra ofrece la vida eterna. "Examinar con curiosidad este misterio, dice San Buenaventura, es una temeridad, mientras que el creerlo es piedad, y el conocerlo es la vida eterna". Y el apóstol San Pablo nos enseña que al presente no vemos a Dios sino como en un espejo y bajo imágenes obscuras (1 Cor. XIII, 9 y 12).

La Santísima Trinidad es el misterio principal y **el fundamento** de la fe cristiana. Toda la religión y la vida de la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, descansan sobre este misterio.

"Quita este misterio, dice Lieberman en su Teología, y no hay ni Encarnación del Verbo, ni satisfacción de Cristo, ni Redención del hombre, ni efusión del Espíritu Santo, ni concesión de gracia, ni virtud o eficacia alguna de Sacramentos; toda la obra de la salvación cae por su peso".

La Iglesia, que es como la continuación de la Encarnación del Verbo, en virtud de este misterio, existe y trabaja. "Yo rogaré al Padre, dijo el Señor a sus discípulos, y os dará otro Consolador para que esté con vosotros eternamente, a saber: el **Espíritu de verdad**" (S. Juan XIV, 16 y 17). Cuando venga el Espí-

ritu de verdad, El os enseñará todas las verdades'' (S. Juan XVI, 13).

66. IMAGENES O REPRESENTACIONES DE ESTE MISTERIO

Hay en la naturaleza creada algunas **imágenes o representaciones**, que nos permiten formar algún concepto de este misterio de un Dios, uno en esencia y trino en personas.

El sol, una substancia, es a la vez fuego, luz y calor; en el círculo, hay que considerar tres cosas distintas: el centro, la circunferencia y el rayo; el triángulo, una sola cosa, es la misteriosa junta de tres ángulos distintos, imagen de la Trinidad, a tal punto que Kepler lo llamaba **Adumbratio Trinitatis.** El cálculo aritmético 1x1x1=1 es también una imagen de la Trinidad.

Pero lo que da una idea más clara de la Trinidad es el alma humana. Hay en nosotros, dice San Agustín, una sola alma, y en nuestra alma tres cosas diferentes, a saber: **inteligencia, pensamiento** y **amor.** La **inteligencia** que produce el pensamiento, es la imagen del Padre. El **pensamiento** que resulta de la inteligencia es la imagen del Hijo; y, en fin, el **amor,** que procede en algún modo de la inteligencia y del pensamiento, es la imagen del Espíritu Santo.

Bossuet tiene un capítulo que llama: **Una trinidad creada, hecha a imagen de la Trinidad increada,** y dice que la imagen de la Trinidad se manifiesta de un modo especial en la creatura racional esto es, en nuestra alma.

Veamos la explicación que dan los autores de esta imagen de la Trinidad:

Todo lo que la razón puede imaginar de la naturaleza de Dios, por su comparación con el alma hu-

mana, consiste en representárselo como un **espíritu soberano**, esencialmente dotado como el alma humana de **pensamiento** y **amor,** pero en el grado más infinito, porque como dice Cousin: O Dios es inferior al hombre, o posee, por lo menos, cuanto hay de permanente y de sustancial en el hombre, **agregándole la infinidad.** O sea, para figurarse racionalmente a Dios, hay que formarse la idea de un ser infinito, en que las propiedades de pensar y de amar son también esenciales e infinitas.

Pero no basta reconocer esas propiedades; es menester admitirlas en **constante actividad,** y por consiguiente dotadas de un objeto sobre qué pensar y de un movimiento de amor, en los cuales se ejerza con toda su plenitud. Ese objeto sobre qué pensar y ese movimiento de amor, en quienes ejerce Dios su naturaleza pensadora y amante, deben ser correspondientes y adecuados a la infinidad de su naturaleza; porque no puede concebirse al Ser eterno e infinito,, ni un solo instante, ni sobre ningún punto, desprovisto de actividad en su facultad de pensar y de amar. O sea, Dios ha debido pensar siempre y amar siempre, y ese pensamiento y ese amor deben serle coexistentes y coinfinitos.

No puede haber sino **un infinito** y esta verdad lleva en sí misma su evidencia. Dos infinitos implican contradicción, porque recíprocamente se **finitan,** es decir, se destruyen. Si, pues, lo que es pensamiento y lo que es amor en Dios deben ser infinitos, es indispensable que sean de la misma naturaleza que Dios, consubstanciales a Dios, que sean Dios mismo, supuesto que Dios es infinito. Por otra parte es necesario que este **pensamiento** y este **amor** sean **distintos** en él de la facultad que tiene de pensar y de amar. Toda actividad supone una relación entre dos términos: el sujeto y el objeto. Concebimos el pensamiento como un **pro-**

ducto de la inteligencia, y, por consiguiente, como algo distinto de la inteligencia. El genio de Homero hubiera podido no producir **La Iliada**; por consiguente **La Iliada es una cosa distinta** de la inteligencia de Homero. Lo que decimos del pensamiento puede decirse también del amor, con la diferencia de que cuando éste es recíproco, procede a la vez de los dos seres a quienes reúne. La **inteligencia divina** engendra **su pensamiento** desde toda la eternidad: lo que nosotros hacemos sucesivamente y por intervalos lo hace ella, una sola vez y para siempre; y de las relaciones entre la inteligencia divina y su pensamiento resulta el **amor**, que como ellos es infinito, perfecto y eterno.

He aquí el misterio de la Trinidad: **el Padre**, engendra un pensamiento eterno e infinito, que es su **Hijo**; y lo ama con un amor eterno e infinito, que procede del uno y del otro, y ese amor es el **Espíritu Santo**.

La circunstancia de que el Padre engendra al Hijo no quiere decir que el Padre haya existido antes que el Hijo. Para nosotros que vivimos en este mundo, sujetos a las leyes inexorables del tiempo, el padre existe necesariamente antes que el hijo; pero esta procedencia de tiempo no tiene aplicación respecto de Dios, que es eterno.

El Padre engendra al Hijo, contemplándose y conociéndose a sí mismo, y como el Padre se contempla y se conoce a sí mismo desde toda la eternidad, y no podemos suponer un solo momento en que no haya tenido conocimiento de sí mismo, resulta que el Hijo fué engendrado por el Padre desde toda la eternidad.

Mirad el sol, dice San Agustín; si este astro fuese eterno, eterno sería su resplandor; hasta que no se enciende una luz no veis ni la llama ni el resplandor que engendra; pero apenas se enciende la luz aparecen

al mismo tiempo la llama y el resplandor. Ahora bien, pregunta: ¿si el resplandor es el que engendra la llama, o al revés, la llama engendra al resplandor? Todos responden que el resplandor procede de la llama, como realmente es así. Sin embargo, el resplandor, distinto de la llama, engendrado de la llama, empieza a existir al mismo tiempo que la llama.

La idea de Dios, dice un autor, contiene necesariamente la idea de la Trinidad; de manera que aun cuando jamás se hubiera dado noción alguna de este misterio, la verdadera idea de Dios bastaría para llegar de deducción en deducción a la idea de la Trinidad. Dios es más incomprensible, sin este misterio, que el misterio mismo.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas distintas, pero un solo Dios verdadero. Veamos la explicación que un abate francés dió a un morabito de buena fe, que decía que los cristianos adorábamos tres dioses, y no uno solo como ellos.

Los soldados franceses habían tomado la ciudad de Constantina, y el abate Suchet cuidaba indistintamente a los cristianos y a los musulmanes. Un día estaba curando las heridas de un soldado árabe, cuando un morabito de edad avanzada y con una larga barba blanca, se dirigió a él en estos términos: — ¿Por qué curas las heridas de ese hombres? — Porque es mi hermano. — ¡El tu hermano!... Faltas a la verdad. Tú eres cristiano y él musulmán. Tu Dios no es el nuestro. — Mi Dios es el tuyo, es el Dios criador de cielos y tierra; nosotros somos todos hijos suyos. El morabito, después de un momento de silencio, repuso: — No, tu Dios no es el nuestro; vosotros los cristianos adoráis tres dioses. A esta réplica el abate Suchet levantó sus ojos al cielo y pidió a Dios que lo inspirara a fin de que su palabra no cayera en tierra estéril. — Escucha, anciano, dijo al morabito: tú ocupas

una posición superior a la de tus hermanos; tienes sobre ellos una autoridad poderosa; hablas y eres obedecido; tu palabra es una orden sagrada; esta autoridad la debes a tu ciencia, pero la ciencia es difícil de adquirir; ella te ha costado largas vigilias y grandes esfuerzos, y sólo por una facultad que no ha cesado en su ejercicio has podido vencer todos los obstáculos: ¿Cómo llamas tú a esa facultad? — **La inteligencia.** — Está bien, anciano. La sabiduría forma una aureola alrededor de tu cabeza, pero las pasiones han rugido sin duda dentro de tu corazón, como dentro del corazón de los demás; ellas se han presentado a ti con todos sus atractivos, llevando la sonrisa en los labios y con seductores encantos: estabas a punto de aceptar sus halagos, pero has oído una voz que te ha dicho: "Eso es malo" y has resistido y has triunfado. ¿Qué nombre das a esa fuerza que te ha hecho vencedor de las pasiones? — **La voluntad.** — Está bien. Te acordarás sin duda de los días de tu juventud; tu imaginación te transporta al campo de batalla, donde ves a tus hermanos en nobles corceles que hieren la tierra, corren, vuelan y destrozan a los enemigos bajo el filo de su cimitarra. Otras veces recuerdos dolorosos desgarran tu corazón: recibes el último suspiro de tu madre, o estrechas la mano de un amigo moribundo. Dime ¿cómo llamas a esa facultad que reproduce tan vivamente las escenas del pasado? — **La memoria.**

—¡Tú tienes, pues, tres almas!

—No tengo más que una.

—Pero, ¿y la inteligencia, y la voluntad, y la memoria no son facultades distintas? Yo también tengo un solo Dios en tres personas distintas: Dios Padre, o la fuerza; Dios Hijo, o la inteligencia; Dios Espíritu Santo, o el amor.

—¡Alá! ¡Alá! exclamó el anciano morabita: bendito seas, me has convencido.... Tú eres mi Señor y

yo soy tu esclavo; y prosternado a los pies del abate Suchet, le pidió su bendición.

El abate Suchet levantó al morabito y lo abrazó.

Otro sacerdote, para explicar de alguna manera sensible a los niños del Catecismo este misterio de un Dios, replicó con aire triunfante, extendiendo el manteo y echándoselo sobre las rodillas hizo en él tres grandes pliegues. Este es el Padre, dijo señalando el primer doblez; éste es el Hijo y señaló el segundo; y éste tercero es el Espíritu Santo. ¿Son tres dioses? preguntó a los niños; y éstos, como si tuvieran lista la respuesta, contestaron: Sí, padre. — Pues, no son sino un solo Dios, replicó con aire triunfante, extendiendo el manteo y enarbolándolo a guisa de bandera, deshechos ya los tres dobleces.

El santo Padre Claret trae las siguientes comparaciones: Así como si un árbol tiene tres ramas iguales, no es más que un árbol; y así como la manzana que da el árbol tiene olor, color y sabor y sólo es una manzana, y ni el olor es sabor, ni el color es sabor; así en Dios no hay más que una sola naturaleza, una sola substancia, y hay, sin embargo, tres personas, Padre, Hijo, y Espíritu Santo; y el Padre no es el Hijo, ni el Hijo es el Espíritu Santo.

El triángulo es un símbolo de la Santísima Trinidad. Es una figura geométrica que consta de tres ángulos distintos entre sí, cada uno de los cuales viene a ser una figura geométrica, el ángulo; pero los tres juntos no son más que una sola figura. Las tres personas de la Santísima Trinidad son distintas entre sí, y no forman más que una sola naturaleza, un solo Dios verdadero. Si en un triángulo se inscribe o encierra un círculo, veremos que este círculo toca al triángulo solamente por tres puntos y deja gran parte del triángulo, los tres extremos, por llenar.

67. MILAGROS Y HECHOS HEROICOS EN HONOR DE LA SANTISIMA TRINIDAD

Dios, por medio de algunos milagros, ha querido darnos alguna idea del misterio de la Santísima Trinidad. El Cardenal Belarmino cita al efecto el caso de Santa Clara de Monte Falco, devotísima de la Pasión de Cristo y del misterio de la Santísima Trinidad, que durante su vida solía quejarse de grandes dolores en el interior del corazón. Esto fué causa de que cuando murió le abrieran el pecho para ver qué traía dentro del corazón; vieron que tenía en él las insignias de la pasión y la imagen de Cristo Crucificado, hechas como de medio relieve en la misma carne, y en la vejiga de la hiel se hallaron tres piedras pequeñas, de un tamaño y figura, que tomadas las tres juntas, no pesaban más que cada una de ellas, y tomada cada una separadamente, pesaba tanto como todas tres. Expresa imagen, dice, de lo que confesamos de la Esencia divina en las tres divinas Personas; porque siendo una misma en todas ellas, y entera en cada una sola, cualquiera de ellas es tanto como todas juntas, y todas juntas no son más que cada una de ellas.

La confesión del misterio de la Santísima Trinidad fué una de las causas del martirio de Santa Bárbara. Era una joven de extremada belleza, y determinó guardar perpetuamente su pureza virginal, lo que enfureció a su padre llamado Dióscoro, hombre rico y poderoso, pero feroz y cruel. Encerró a su hija en una torre, esperando que condescendiera a su voluntad, y en la torre hizo construir un baño con dos ventanas que le diesen luz. La santa doncella, bajando un día a ver la obra del baño, mandó que se hiciesen en él tres ventanas, en honra de la Santísima Trinidad, y no dos, como había ordenado su padre; y derramando lágrimas, se llegó a un pilar de mármol, e hizo con el

dedo la señal de la cruz, la que quedó señalada e impresa en el mármol. Cuando volvió Dióscoro y halló tres ventanas, donde él había mandado que se hiciesen dos y la señal de la cruz impresa en el mármol, quiso saber de su hija la causa de esa novedad, y ella sin turbarse le declaró que era cristiana y le habló de la fe de Cristo, del misterio de la Santísima Trinidad y de la Redención de los hombres que obró el Hijo de Dios, muriendo en la cruz. Su padre furioso quiso matarla en el acto, y, no pudiendo, la hizo denunciar como cristiana y llevar presa ante Marciano, que nada consiguió con halagos, ni tormentos. Vista su constancia, Marciano la mandó degollar, y su propio padre se ofreció como verdugo, dándole por su mano la muerte.

Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz eran también devotísimos de este misterio de la Santísima Trinidad. Se cuenta que estaba el santo en el locutorio del convento, el día de la Santísima Trinidad, conversando con Santa Teresa acerca de este misterio, y tan íntima y profundamente se engolfaron en su meditación, que ambos, como alejándose de este mundo, se empezaron a elevar en el aire. Santa Teresa, en el mismo banco en que estaba sentada, se subió hasta el techo de la sala; y como él, para impedir el arrobo, se asiese de la silla que ocupaba, subió con silla y todo. Vinieron las monjas y fueron testigos de aquel inaudito, dulce y sabrosísimo espectáculo. Explicando después lo ocurrido, tuvo Santa Teresa una graciosa salida, porque lo atribuyó todo a la alta claridad con que Fray Juan de la Cruz había hablado de aquel misterio, diciendo que no se podía hablar de Dios con Fray Juan, porque luego se trasponía o hacía trasponer a la que con él hablaba.

Los pequeños Apóstoles de Cartago murieron cantando en honor de la Santísima **Trinidad. Hunerico,** rey de los vándalos, era especialmente enemigo del dog-

ma de la Santísima Trinidad y en una cruel persecución con que ensangrentó el suelo del Africa declaró no perdonar ni aun a los niños pequeños, hijos de padres cristianos. Vivían entonces en Cartago doce niños, que cantaban en las funciones sagradas y Hunerico prometió perdonarles la vida, gracias a su voz; pero a condición de que no cantasen jamás en honor de la Santísima Trinidad. No quisieron los niños aceptar esa condición y cuando vieron a sus padres arrastrados a la cárcel, se abrazaron de sus rodillas gritando: "También nosotros queremos ir a la muerte". Y siguieron a sus padres al martirio y todos ellos murieron cantando: Gloria y honor ahora y siempre y por todos los siglos a la Santísima Trinidad. Esos doce niños heroicos recibieron el nombre de **Los pequeños Apóstoles de Cartago.**

68. LA REVELACION DIVINA

La existencia de este misterio, tan superior a la inteligencia humana, la creemos en virtud de la **revelación divina**; de modo que para probarla no hay que recurrir a argumentos de razón, sino que hay que acudir a la palabra de Dios, que consta en las Sagradas Escrituras, y especialmente en el Nuevo Testamento. El misterio de la Trinidad se nos revela por Jesucristo, dice Augusto Nicolás, porque era necesario que conociésemos la Trinidad de las divinas personas para comprender mejor su operación en la redención del mundo.

Los patriarcas y profetas de la antigua ley no enseñaban este dogma al pueblo hebreo, que vivía rodeado de pueblos idólatras, y al cual Dios, desde el monte Sinaí, sólo declaró su unidad.

El Antiguo Testamento, a diferencia del Nuevo,

que descorrió todos los velos, contiene las verdades esenciales de nuestra fe, sólo de una manera latente, oculta, lo que expresa San Agustín, aludiendo a los dos Testamentos, con estas palabras: "**In vetere novum latet, in novo vetus patet**". En el Antiguo Testamento, lo nuevo está latente, al paso que en el Nuevo, lo viejo está de manifiesto.

69. EL ANTIGUO TESTAMENTO

Pues bien, en el Antiguo Testamento hay algunas indicaciones de la pluralidad de personas.

Empieza el Génesis diciendo: "En **el principio** crió Dios el cielo y la tierra". En **el principio,** entienden algunos Padres que equivale a decir, en el Hijo y por el Hijo, ya que Jesucristo se definió a sí mismo llamándose: "**El Principio**" (S. Juan VIII, 25); y San Pablo pone en boca de Jesucristo estas palabras: "En el principio del libro está escrito de mí", esto es, en las primeras palabras del Génesis, según comentario de San Jerónimo y de San Agustín.

La tercera persona nos es anunciada por este texto del Génesis: "y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas" (Gén. I, 2). La mayor parte de los Padres, con San Agustín, aplican estas palabras al Espíritu Santo, el cual se movía sobre las aguas, esto es, comunicaba a las aguas la virtud de producir los peces y las aves.

En el mismo capítulo del Génesis, al tratar de la creación del hombre, resalta la pluralidad de las personas divinas en el lenguaje que emplea el Señor: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gén. I, 26). Según los expositores de la Biblia, Dios entra en consejo consigo mismo, habla al Hijo que obra como El; a Aquél de quien el hombre es al mismo tiempo la criatura y la imagen, como dice el Evangelio de San Juan:

"Todo lo que el Padre hace, el Hijo lo hace también como él". Y habla al mismo tiempo al Espíritu Vivificante, igual y coeterno con los dos. Por lo cual el profundo misterio de la Unidad de Dios en la Trinidad de Personas resplandece y brilla en la formación del que lleva en sí la imagen y semejanza del mismo Dios. Ese mismo lenguaje plural emplea el Señor al tratar del castigo de Adán y de la confusión de las lenguas.

El profeta Isaías describe una visión, en que el Señor le aparece en gloria, y dos serafines, que estaban cerca del trono, daban voces el uno al otro, y decían: "Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria" (Is. VI, 1, 2 y 3). La repetición que los serafines hacían por tres veces de la palabra **Santo** indica el misterio de las tres divinas Personas en una sola esencia, y por los dos serafines que cantan, entiende San Jerónimo, el Antiguo y el Nuevo Testamento.

70. EL NUEVO TESTAMENTO

En el Nuevo Testamento aparece claramente revelado el misterio de la Santísima Trinidad: tres personas distintas y un solo Dios.

Son terminantes las palabras de la primera epístola de San Juan. Dice que vence al mundo el que cree que Jesús es el Hijo de Dios y el Espíritu da testimonio que Cristo es la verdad, y agrega: "**Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa**" (1.a S. Juan V, 7).

Después de su gloriosa resurrección, Jesucristo se mostró a sus discípulos en el monte, en Galilea, y los envió a predicar el Evangelio, diciéndoles: "Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues,

y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del **Padre,** y del **Hijo** y del **Espíritu Santo**'' (Mat. XXVIII, 18, 19). Este pasaje del Evangelio es el que recuerda la Iglesia en la fiesta de la Santísima Trinidad.

Hay otros pasajes en el Nuevo Testamento sobre la Divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Jesús acostumbraba hablar siempre de la Divinidad de su Padre, cuya voluntad cumplía. En una ocasión dijo a Tomás: Yo soy el camino, la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por Mí. Si me hubieseis conocido a Mí, hubierais, sin duda, conocido también a mi Padre... Las palabras que yo os hablo, no las hablo de Mí mismo; y el Padre que está en Mí, El mismo hace conmigo las obras que yo hago... Yo me voy al Padre, y cuanto pidiereis al Padre en Mi nombre, yo lo haré, a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo'' (S. Juan, cap. XIV). Y a los judíos que le querían apedrear en Jerusalén, les dijo: ''**Mi Padre y yo somos una misma cosa**'' (S. Juan X).

El Evangelio enseña también que el Verbo, es decir, el Hijo, es Dios. El Evangelio de San Juan empieza así: ''En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él; y nada de lo que fué hecho se hizo sin él'' (etc.). ''En el principio era el Verbo'', esto es, el Verbo es eterno como el Padre; ''el Verbo era con Dios'', o sea, el Verbo es consubstancial con el Padre; ''Todas las cosas fueron hechas por él'', es decir, el Verbo tenía el poder de crear, que es propio sólo de Dios.

El Espíritu Santo es Dios. Los Hechos de los Apóstoles narran que Ananías y su mujer vendieron un campo, y llevando una parte del precio, como si fuera el total del dinero sacado de la venta, la puso Ananías a los pies de los Apóstoles, y San Pedro le dijo: ''¿Ana-

nías, por qué tentó Satanás tu corazón para que mintieses tú al Espíritu Santo y defraudases del precio del campo?" Los padres y teólogos usan de este pasaje para probar contra Macedonio la divinidad del Espíritu Santo.

Encontramos también pruebas elocuentes de la verdad de este augusto misterio, revelado por Dios, en los pasajes de la Anunciación, del Bautismo de Jesús, de su Transfiguración, y de la venida del Espíritu Santo, en figura de lenguas de fuego, sobre el Colegio Apostólico.

Hablando del bautismo de Jesús, dice Martigny, que las representaciones de los monumentos antiguos ofrecen una imagen sorprendente de la Santísima Trinidad: las tres personas aparecen allí distintamente: el Padre, en la mano que sale de la nube, y que habla diciendo: "Este es mi hijo muy amado"; el Hijo, a quien San Juan bautiza en el Jordán; y el Espíritu Santo, figurado por la paloma. Tal era la pintura de la iglesia de San Félix de Nola, que San Paulino describe así:

"La Trinidad brilla con todo el esplendor de su [misterio,
Cristo está en el río, la voz del Padre truena desde [el alto cielo,
Y el Espíritu Santo se muestra en la paloma".

71. OBRAS QUE SE ATRIBUYEN EN PARTICULAR A CADA UNA DE LAS TRES DIVINAS PERSONAS

Todas las obras de Dios son comunes, en cierto modo, a las tres divinas Personas, las cuales concurren a la **Creación**, a la **Redención** y a la **Santificación**. Sin embargo, se atribuyen principalmente al Padre las obras de la Creación, porque como de El proceden el

Hijo y el Espíritu Santo, a El atribuímos el acto con que el mundo entero ha sido sacado de la nada.

Al Hijo se atribuye especialmente la obra de la Redención, porque él solo se revistió de la naturaleza humana y nos redimió, muriendo en la cruz, aunque las otras dos Personas también concurrieron a la obra de redimirnos. Y al Espíritu Santo se atribuye principalmente la Santificación, porque es el amor substancial de Dios; y la santificación es una obra del amor.

CAPITULO SEXTO

DE LA CREACION DEL MUNDO

72. DIOS SACO AL MUNDO DE LA NADA

Después de haber estudiado a Dios, en su esencia y en sus atributos, vamos a considerar la creación del mundo, que es la obra exterior admirable, de su Omnipotencia y de su Bondad infinitas.

El Credo empieza con estas palabras, que son un resumen de la fe cristiana sobre la creación del mundo: "Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra".

El Génesis, en su primer capítulo, narra con una sencillez sublime cómo Dios crió todas las cosas y las puso en orden en el espacio de seis días; y cómo formó al hombre y sujetó a su dominio todo lo que había criado.

"En el principio, dice crió Dios el cielo y la tierra; la tierra estaba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo; y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas". Después narra la obra de los seis días.

Lo primero que hizo el Señor fué crear el cielo y la tierra, realizando en el tiempo la idea que había concebido desde toda la eternidad.

Antes de la creación del cielo y de la tierra sólo existía Dios, uno y trino. San Juan empieza su evangelio, diciendo: "En el principio era ya el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios". O sea, desde la eternidad el Verbo existía y estaba en Dios. En el mismo evangelio Jesucristo pide a su Padre: "Glorifícame, en ti mis-

14

mo con aquella gloria que tuve yo en ti antes que el mundo fuese'' (XVII, 5).

Dios sacó **de la nada** el cielo y la tierra, con sola su voluntad. La creación del mundo hecha por Dios es un acto supremo de su voluntad infinita y todopoderosa, por el cual la sustancia del mundo, que no existía en Dios, ni en sí misma, ni en su germen, ni en estado latente, fué producida. ''El habló y todo quedó hecho; mandólo y todo fué criado'' (Salmo XXXII, 19). No necesitó esfuerzo; le bastó su solo querer: ''Tú criaste todas las cosas y **por tu querer** fueron criadas'' (Apoc. IV, 11).

Al hablar de la creación del mundo nos referimos a la creación que es **propia de Dios**, esto es, al acto de sacar de la nada, inmediatamente, seres, como las substancias inmateriales y los cuerpos elementales; facultad que sólo tiene el Ser Infinitamente Todopoderoso. No puede llamarse propiamente creación, el acto del hombre, que al construir una obra emplea materiales preexistentes.

Como dice Lactancio: ''Dios no necesitó materia alguna preexistente para crear el mundo, porque es Omnipotente''. El aforismo universalmente conocido de que nada se hace de la nada, **ex nihilo nihil fit**, es verdadero con respecto a las obras del arte humano y a las operaciones naturales e inferiores. Ningún artista hace una obra de su arte sin materiales preexistentes, y en el orden natural de la generación, la planta procede de una semilla que antes existía, y el ave procede de un huevo.

Pero este aforismo, que tiene aplicación respecto de las creaturas o seres inferiores, no rige respecto del Supremo Creador de cielos y tierra, que es Omnipotente, y al cual nadie puede dictar leyes.

El padre Montrouzier, misionero de la Malasia, cuenta que un niño de ocho a diez años de edad, que

había asistido al Catecismo, repetía después a sus padres lo que había oído, y les explicaba las obras de la creación del mundo.

—Dios, les decía, es el que hizo el sol, el que crió la tierra, el mar, los peces, etc.; y en su enumeración hizo también entrar las piraguas.

—No te equivoques, le advirtió el padre; Dios no hizo las piraguas, que son obra de los hombres.

Calló el niño y, después de pensar un rato, le respondió con aire alegre: Sí, pero Dios crió los árboles, y con los árboles hacen los hombres las piraguas.

Entendemos por **mundo**, el cielo, la tierra y todo lo que contienen, como el sol, la luna, las estrellas, los ángeles, los hombres, los animales, las plantas, el agua, el fuego, etc...

El hecho de que el mundo fué creado en el tiempo, es decir **su novedad**, la establece Moisés como piedra fundamental del edificio de nuestra religión. El mundo **no es eterno** como pretendieron algunos filósofos paganos; comenzó a ser cuando el Señor, por medio de su palabra, lo sacó de la nada.

El mundo es **distinto de Dios**. No es ni puede ser Dios, porque no es **uno**, ni en género, ni en especie, ni en individuos; no es **simple**, antes bien, es compuesto de muchas partes y tiene extensión; no es **inmutable**, por al contrario está sujeto a continuos cambios; y no es **inteligente**, porque la materia no piensa.

Establecida así la distancia entre Dios y el mundo, queda destruído el panteísmo, que pretende confundir al Creador con la creatura.

La doctrina relativa al hecho de la creación del mundo está expresamente definida en el Concilio Lateranense: "Dios desde el principio hizo de la nada la criatura angélica y mundana, espiritual y corporal, y después el compuesto humano de ambas".

La cuestión del origen del mundo, sacado de la

nada por el poder de Dios, es diversa de la relativa a las transformaciones o evoluciones de que haya podido ser objeto la materia cósmica, y diversa también de las que se refieren al orden y duración de los días en que se verificó la creación. Santo Tomás de Aquino dice que la creación del mundo, sacado de la nada, es un dogma de fe; pero que la cuestión del orden en que Dios creó las cosas entra en la categoría de las opiniones libres, aunque él cree que el orden cronológico es el más sencillo y, a primera vista, el más conforme con la letra del texto bíblico.

Admitidos como principios fundamentales, la creación del mundo; el movimiento dado por Dios a la materia; la creación de la vida, ya inmediatamente, ya en virtud de fuerzas latentes puestas por Dios para que a su tiempo la produjesen; y la intervención divina en la creación del hombre, queda a la ciencia ancho campo para sus investigaciones y estudios, y la fe le sirve como auxiliar precioso, porque le anticipa las verdades que le sirven de punto de partida para no errar en las investigaciones.

73. LA CASUALIDAD NADA PUEDE CREAR

Innecesario creemos detenernos en demostrar que el mundo no puede ser obra del acaso o de una casual combinación de los átomos. Basta abrir los ojos para ver que la naturaleza y los cuerpos del universo obran de un modo uniforme y periódico, siguiendo las leyes naturales y físicas. Ese orden permanente de la naturaleza creada, que supone la existencia de un Ordenador y Legislador, que dictó las leyes físicas y naturales, es contrario a la idea de **casualidad**, la cual sólo tiene lugar ocasionalmente, en algunas pocas cosas, y sin orden ni regla alguna.

La repetición constante y ordenada de unos mis-

mos fenómenos excluye toda idea de casualidad. Se cuenta que en la tertulia del barón de Holbach, después de una comida muy sazonada de ateísmo, propuso Diderot nombrar un abogado de Dios y la elección recayó en el abate Galiani, que dijo: "Hallándome en Nápoles, asistí a unos juegos de manos. El charlatán que los hacía tomó una vez seis dados, y metiéndolos en un cubilete dijo que haría salir parejas de tres. Sacó los dados del cubilete y efectivamente salieron tal como él había anunciado. Yo exclamé: esto es una casualidad. Repitió el charlatán la operación y yo reproduje iguales palabras. Volvió a meter los dados en el cubilete, tercera, cuarta y quinta vez y los dados daban siempre el mismo resultado. ¡Por vida! exclamé entonces, convencido de que ese fenómeno tantas veces repetido no podía ser obra de la casualidad, ¡los dados deben ser falsos!, y en efecto lo eran".

"Señores, al considerar el orden siempre renaciente de la naturaleza, sus leyes inmutables, sus revoluciones siempre constantes en una escala infinita, esa suerte única y conservadora de un mundo como el nuestro, que reproduce siempre los mismos fenómenos, a pesar de tantas casualidades, tantas perturbaciones y destrucciones, no puedo menos de exclamar: ¡seguramente la naturaleza es falsa!"

No podía ser más ingeniosa la manera de demostrar la existencia de un Dios, Creador de la Naturaleza. Siendo imposible que ella sea obra de la casualidad, hay que reconocer: o que la naturaleza es falsa y nuestra vida y el mundo entero son mentira e ilusión de los sentidos; o bien que existe un Dios, que la creó y ordenó.

74. EL POR QUE DE LA CREACION

Dios es infinitamente feliz y se basta a sí mismo.

"Tú eres mi Dios, le decía David, que no tienes necesidad de mis bienes" (Salmo XV, 2). No tuvo Dios necesidad de crear el mundo. Como dice el Catecismo Romano, era enteramente libre en criar un mundo o no criarlo, en criar este mundo u otro cualquiera. ¿Para qué lo crió entonces?

Lo crió para su **propia honra y gloria.** "Todas las cosas, dice el Sabio, las ha hecho el Señor para gloria de sí mismo" (Prov. XVI, 4); y por boca del profeta Isaías, dice el Señor: "Traedme a mis hijos de sus remotos climas y a mis hijas del cabo del mundo; porque a todos aquellos que invocan mi nombre, los crié, los formé, e hice para gloria mía" (Is. XLIII, 6 y 7).

"Los cielos proclaman la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos" (Salm. XVIII).

Las criaturas inanimadas procuran la gloria de Dios, manifestando al hombre el poder, la sabiduría y la bondad de su Criador; y el hombre, como rey de la creación visible, se hace intérprete y mediador de los seres privados de razón, y eleva en nombre de ellos, al Supremo Hacedor un himno de gratitud y de amor. Su carácter distintivo, dice Lamartine, es ser el sacerdote de la creación.

Los santos ven la bondad de Dios, aun en las cosas más insignificantes. En una ocasión, San Francisco de Asís derramó lágrimas de alegría y alabó al Señor cuando después de una larga jornada, descansó junto a una fuente de agua, a la sombra de unos árboles, para comer un pedazo de pan duro y beber un poco de agua de la fuente. Como alguien se admiró de que mostrara tanta alegría por tan pobre comida, él respondió que lo que lo conmovía era el amor de Dios, que desde la eternidad había dispuesto concederle ese refrigerio.

Toda la naturaleza canta la gloria de Dios. Un autor enumera entre sus voces: el céfiro que susurra en-

tre las flores, el agua que bulle en el manantial, el arroyo que murmura sobre el césped, el insecto que zumba en el rayo de sol, el ave que trina en la enramada, el árbol que gime en el bosque, el huracán que brama en la sierra, el trueno que estalla en la nube, el volcán que hierve en el monte, el león que ruge en el desierto, el reptil que silba en la cueva, el águila que grita en la altura y el mar que retumba soberbio.

El santo rey David invita a todas las creaturas a bendecir al Señor: "Creaturas todas de Dios, en cualquier lugar de su universal imperio, bendecid al Señor. Bendice tú ¡oh alma mía! al Señor" (Ps. CII, 22); y los tres santos jóvenes, de que habla el profeta Daniel, en medio de las llamas del horno alababan a Dios e invitaban a todas las creaturas a bendecirle: "Obras todas del Señor, decían, bendecid al Señor; loadle y ensalzadle sobre todas las cosas por todos los siglos. "Angeles del Señor... Cielos... Aguas todas que estáis sobre los cielos... Virtudes o milicias celestiales... Sol y luna... Estrellas del cielo... Lluvias todas y rocíos... Espíritus o vientos de Dios... Fuego y calor... Frío y calor... Rocíos y escarchas... Hielos y fríos... Helados y nieves... Luz y tinieblas... Relámpagos y nubes... Tierra... Montes y collados... Plantas todas que nacéis en la tierra... Fuentes... Mares y ríos... Ballenas y peces... Aves todas del cielo... Bestias todas y ganados... Hijos de los hombres... Israel... Sacerdotes del Señor... Siervos del Señor... Espíritus y almas de los justos... Santos y humildes de corazón. Ananías, Azarías y Misael, bendecid al Señor, loadle y ensalzadle por todos los siglos sobre todas las cosas" (Cap. III).

Dios creó el mundo para satisfacer su infinita bondad, comunicando a los seres creados la vida y felicidad de que El es principio.

El pensamiento de la bondad infinita de Dios al

crearnos y de la inmensa gratitud que le debemos, aparece muy bien expresado en la respuesta que Lamartine pone en boca del pica-pedrero de Saint Point: — "¿Por qué amáis a Dios? — Porque El me ha creado. — Pero eso nada le ha costado. — Eso le ha costado un pensamiento, ¡un pensamiento del buen Dios! ¿Reflexionamos bastante en lo que esto significa? Yo pienso a menudo en esto, y, en medio de mi humildad, me siento orguloso como Dios, y, en medio de mi pequeñez, me siento grande como el mundo. ¡Un pensamiento del buen Dios!: esto vale tanto como si me hubiese dado todo el universo. Aunque yo sea poca cosa, ha sido necesario para que Dios me creara, que pensase en mí que no existía todavía; que me concibiese primeramente; que me reservase mi pequeño lugar, mi pequeño peso, mi nacimiento, mi vida, mi muerte, y la inmortalidad que presiento. ¡Haber ocupado el pensamiento de Dios, y haberlo ocupado hasta el punto de que se dignara crearme! ¿Encuentra poco esto? Yo le repito, señor, que esto, esto sólo en que pienso, llena todo mi ser de amor por el buen Dios".

CAPITULO SEPTIMO

LA DIVINA PROVIDENCIA

75. CONSERVA Y GOBIERNA EL MUNDO

Dios crió el mundo y, después de criado, no lo dejó entregado a su propia suerte, como suelen hacer los hombres que olvidan y abandonan sus obras, sino que, procediendo de una manera soberana y digna de El, quiso conservarlo con su Omnipotencia y gobernarlo con su Sabiduría, cuidando todas sus creaturas, aun las más pequeñas, de manera que cada una alcanzara el fin para que fué criada.

Ese cuidado constante que tiene el Creador de todas sus creaturas, esa solicitud para conservar y gobernar el mundo, se llama la **Providencia Divina**, que Santo Tomás define así: "la razón del orden de las cosas hacia el fin, tal como existe en la mente divina".

La palabra **Providencia** significa la operación mediante la cual Dios prevé el fin de las creaturas y las **provee**, es decir, les da todos los medios necesarios para conseguirlo, dirigiendo así todas las cosas a la realización de sus eternos designios.

"Tu providencia ¡oh Padre!, dice el Sabio, lleva el timón; por cuanto aun en medio del mar abriste camino al pueblo tuyo que huía a Egipto, y le diste paso segurísimo por entre las olas" (Sab. XIV, 3).

Esta Providencia gobierna el mundo **suavemente**, casi sin que se le sienta. El mismo Sabio lo afirma:

"Ordena todas las cosas **con suavidad**" (Sab. VIII, 1).

Pero, a pesar de esa suavidad con que lo gobierna todo, quiere Dios que los hombres reconozcan su existencia, que vean en los acontecimientos su mano misericordiosa, y que jamás hablen contra ella. "No digas en presencia del ángel: no hay Providencia; no sea que Dios irritado contra tus palabras, destruya todas las obras de tus manos" (Eccli. V, 5).

La Providencia no es un atributo particular de Dios, sino la manifestación misma de sus atributos, en sus relaciones con las creaturas. Es una consecuencia necesaria: de su **Omniciencia**, que todo lo ve y lo sabe, lo grande y lo pequeño, sin esfuerzo alguno; de su **Omnipotencia** e **Inmensidad** que a todo se extienden y todo lo abarcan; de su **Sabiduría** y su **Bondad**, que le impiden despreciar las creaturas que se ha dignado crear y lo mueven a encaminarlas y dirigirlas hacia el fin que les ha asignado, en relación con su naturaleza; y sobre todo es consecuencia, en el orden moral, de su **Justicia** y **Santidad** infinitas, que exigen el cumplimiento de todas sus leyes y el respeto de su voluntad, para lo cual dirige los acontecimiento humanos y saca bienes de los mismos males y pecados que cometen los hombres en el ejercicio de su libre albedrío.

El orden que brilla en el mundo proclama que el Supremo Ordenador no ha abandonado su obra, así como la marcha tranquila del tren nos advierte que el maquinista está en su puesto. Si Dios no gobernara el mundo, reinaría la confusión más espantosa, tanto en el orden moral como en el físico.

Observemos el espectáculo más corriente de las producciones de la tierra.

"Un hombre cultiva su campo y solo tiene necesidad de ir a él en dos épocas, para la siembra y para la cosecha. En todo el tiempo restante no se preocupa; duerme por las noches, se levanta de día y se ocupa de

otras cosas. La tierra está trabajando para él, primero en su seno, al abrigo de toda mirada humana; allí calienta la semilla, la humedece, la ablanda, la desarrolla, recibe sus raíces y las alimenta. Algún tiempo después, el trabajo de la tierra sale al exterior regocijando el espíritu y llenando de esperanzas a su dueño. Al principio aparece una simple yerba, después se muestra la espiga, después se forma el grano dentro de la espiga, se alimenta, toma su color, y luego alcanza su madurez y llega el tiempo de cosecharlo. Reaparece el dueño, hace la cosecha y llena sus graneros con el trigo.

¡Qué poder, qué sabiduría y qué bondad en este orden natural de la Divina Providencia, pero al mismo tiempo qué incomprensibilidad!" (Evangelio Meditado).

76. EL TESTIMONIO DE LOS PUEBLOS

Todos los pueblos han creído siempre en el supremo gobierno de un Dios, cuya justicia puede apaciguarse y cuyos favores pueden merecerse; y éste es el origen de las oraciones, cultos y sacrificios que observamos en la historia de todos los pueblos.

"El dogma de la Providencia, dice el teólogo Bergier, es la fe del género humano; y el culto rendido a la Divinidad, en todas las épocas y lugares, atestigua la confianza de todos los hombres en el poder y en los cuidados del Criador. Un instinto natural nos hace levantar los ojos al cielo en nuestras necesidades y trabajos, y hasta los mismos insensatos, en sus blasfemias contra la Providencia, demuestran que creen en ella. He aquí lo que Tertuliano llama "el testimonio de una alma naturalmente cristiana".

77. EL TESTIMONIO DEL MISMO DIOS

En mil pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento el Señor pondera su grandeza y su cuidado sobre todas las creaturas, y exhorta al hombre a que ponga en El toda su confianza, asegurándole que vela por él como por la niña de sus ojos.

El santo rey David le dice: "Tú haces de las nubes tu carroza; corres sobre las olas de los vientos. Haces que tus ángeles sean como los vientos y tus ministros como fuego abrasador. Cimentaste la tierra sobre sus propias bases; no se desnivelará jamás" (Ps. CIII, 3 a 5).

Por boca del rey Salomón nos dice en el libro de la Sabiduría: "Al pequeño y al grande, El mismo los hizo, y de todos cuida igualmente"... "Mi sabiduría alcanza su fin con certeza y conduce todas las cosas suavemente"... "Señor, no hay otro Dios más que Vos que tenéis cuidado de todo cuanto existe". "¿Cómo pudiediera durar alguna cosa si Tú no quisieras?, ni cómo conservarse sin orden tuya?" (Sab. VI, 8; VIII, 1; XI, 26 y XII, 13).

Por el profeta Isaías nos dice: "¿Quién es aquél que ha medido las aguas del Océano en el hueco de la palma de su mano, y extendiendo ésta ha pesado los cielos? ¿Quién es el que con solo tres dedos sostiene la gran mole de la tierra, y pesa los montes y los collados como en una romana"... "Alzad hacia lo alto vuestros ojos y considerad quién crió esos cuerpos celestes; quién hace marchar ordenadamente aquel ejército de estrellas, y llama a cada una de ellas por su nombre, sin que ninguna se quede atrás; tal es la grandeza de su poder, de su fortaleza y su virtud" (Is. XL, 12 y 26).

Jesucristo en el Nuevo Testamento, nos exhorta a

poner su confianza en El, que cuida hasta de las creaturas más pequeñas.

"Mirad, nos dice, las aves del cielo cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿Pues no valéis vosotros mucho más sin comparación que ellas?... Contemplad los lirios del campo cómo crecen y florecen. Ellos no labran, ni tampoco hilan; sin embargo, yo os digo que ni Salomón, en medio de toda su gloria, se vistió con tanto primor como uno de estos lirios. Pues si una hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe?

¿No es así que dos pájaros se venden por un cuarto, y, no obstante, ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. No tenéis pues que temer; valéis vosotros más que muchos pájaros" (Mat. VI, 26, 28, 29; X, 29, 30 y 31).

En la oración que nos enseñó quiere que nos dirijamos al Padre común, diciéndole: "Padre nuestro que estás en los cielos, etc.", y nos exhorta a pedirle. "Pedid, dice, y recibiréis, buscad y encontraréis", y para darnos toda confianza agrega: "Si vosotros que sois imperfectos sabéis dar a vuestros hijos los bienes que os piden, ¿cuánto mejor no os concederá lo que le pidáis vuestro Padre celestial? En verdad, en verdad os digo que os será dado todo lo que pidáis con fe" (Mat. VI).

Cuida especialmente de los justos, a tal punto que como dice San Pablo: "Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios" (Rom. VIII, 28). Su misericordia permanece ab-eterno y para siempre sobre aquellos que le temen. Su justicia no abandonará jamás a los hijos y nietos, de aquellos que observan su alianza y conservan la memoria de sus mandamientos

para ponerlos en práctica (Ps. CII, 17 y 18). "El don de Dios, dice en el Eclesiástico, permanece en los justos; e irá creciendo continuamente con feliz suceso". "Tiene puestos sus ojos sobre los que le temen".

La misma Sagrada Escritura nos suministra **ejemplos** que demuestran que la Divina Providencia cuida de un modo especial a los que en ella ponen su confianza.

El profeta Elías fué enviado por Dios ante el impío Acab para declararle que en castigo de sus crímenes no caería sobre la tierra rocío ni lluvia durante tres años y medio; y así sucedió, experimentando el pueblo de Israel los horrores del hambre. Para sustraerse al furor del rey, el profeta Elías se ocultó en el desierto, junto al arroyo de Carit, donde la Providencia cuidó de su alimento, ordenando que todas las mañanas y todas las tardes los cuervos le llevaran pan y carne para su comida.

Pasados algunos días secóse el arroyo donde bebía, y el Señor ordenó a Elías que se fuese a Sarefta donde lo alimentaría una mujer viuda. Pidió Elías a la mujer agua para beber y un bocado de pan. Respondió ella que no tenía pan sino un puñado de harina en la orza y un poco de aceite en la alcuza y que pensaba cocerla para ella y su hijo y, después de consumidos esos residuos, morir de hambre. Díjole Elías: "No temas; anda, vé y haz lo que has dicho; mas primero haz para mí de ese poquito de harina un panecillo, cocido debajo del rescoldo y tráemele; que después le harás para ti y para tu hijo. Porque esto dice el Señor Dios de Israel: No vendrá a menos la harina de la orza, ni menguará el aceite de la alcuza, hasta el día en que el Señor enviará lluvia sobre la tierra. Fuése, pues la mujer e hizo lo que Elías le había dicho; y comió Elías, ella y toda su casa. Desde aquel día no faltó nunca harina en la orza ni se disminuyó

el aceite de la alcuza; según lo que había prometido el Señor por boca de Elías" (III Reg. XVII).

Cuando el profeta Daniel fué echado al lago de los leones para que lo devorasen, estaba el profeta Habacuc en la Judea; y había cocido un potaje y desmenuzado unos panes en una vasija, e íbase al campo a llevarlo a los segadores. Y dijo el ángel del Señor a Habacuc: Esa comida que tienes, llévala a Babilonia, a Daniel que está en el lago de los leones. Y respondió Habacuc: Señor, yo no he visto a Babilonia, ni tengo noticia del lago. Entonces el ángel del Señor le cogió por la coronilla de la cabeza, y asiéndole por los cabellos le llevó con la celeridad de su espíritu a Babilonia sobre el lago. Y Habacuc levantó la voz y dijo: ¡Daniel, siervo de Dios! toma la comida que Dios te envía. Daniel entonces dijo: Tú ¡oh Señor! te has acordado de mí, y no has desamparado a los que te aman. Y levantóse Daniel y comió. Y el ángel del Señor volvió luego a Habacuc a su lugar (Dan. XIV, 30-38).

78. LO QUE NOS DICE LA FILOSOFIA

Las creaturas son **contingentes**; todo lo que tienen en su existencia, su substancia, y sus modificaciones lo han recibido de Dios, único Ser Eterno y **Necesario**. Suponer que una creatura tiene algo que no haya recibido o que no continúe recibiendo, constantemente, sería: o bien admitir que puede haber un efecto sin causa que lo produzca, o bien que un ser contingente ha pasado con el tiempo a ser necesario; y ambas hipótesis son absurdas.

Por el hecho de su contingencia los seres creados han sido y continúan siendo, indiferentes en cuanto a su existencia; y sólo la voluntad activa de Dios, el Ser Necesario, explica su creación y su conservación.

Las cosas han existido porque Dios las creó; y

subsisten, porque Dios se ocupa de ellas con un cuidado continuo.

Antes de que existiesen no tenían en sí mismas la razón **de ser**; y después de creadas, no tienen en sí mismas la razón **de subsistir.** La naturaleza de los seres creados es lo que explica la necesidad de la Providencia Divina.

La conservación del universo tiene la misma razón de ser que su creación; de modo que la conservación no es otra cosa que una continuación de la creación.

El vasto imperio del mundo es una obra tan complicada, que subsiste gracias a la Omnipotencia y Sabiduría del Supremo Creador y Conservador, que todo lo gobierna y todo lo provee.

César Augusto, hablando de las conquistas de Alejandro el Grande, y de su audaz pensamiento de dominar el mundo entero, decía: "Yo me admiro de que Alejandro no hubiese comprendido que es tan difícil y tan glorioso saber regir un grande imperio como el conquistarlo y establecerlo".

Lo mismo observamos diariamente en la vida de los negocios. Muchos saben ganar dinero, pero no saben administrarlo ni conservarlo; y después de haber trabajado en ganarlo, lo pierden lastimosamente en cualquiera especulación. El verdadero comerciante es el que sabe ganar el dinero y además conservarlo y administrarlo con provecho.

79. LAS LEYES DE LA NATURALEZA

El universo está lleno de leyes de toda clase: leyes de la organización, del equilibrio, del movimiento, de las afinidades químicas, etc.; leyes que son también contingentes, como los seres sobre los cuales ejercen su acción, y no de necesidad metafísica, porque comenzaron a existir al mismo tiempo que el mundo.

Estas leyes y estas fuerzas naturales no pueden reemplazar a la Divina Providencia, porque siendo contingentes existen y subsisten, sólo por la voluntad de Dios, que se sirve de ellas para obrar sobre las creaturas, de una manera uniforme, general y constante. Dios las dictó y Dios las mantiene.

Rigen a cada especie de los seres creados, conforme a su naturaleza propia, de manera que cumplan con su destino.

"Si tenéis necesidad de un libro de mi biblioteca. dice el Conde De Maistre, vais a tomarlo, ¿no es verdad? y el libro sigue vuestra mano de una manera puramente pasiva, **según su naturaleza.** Esta es una imagen de la acción de Dios sobre las creaturas. El mueve a los ángeles, a los hombres, a los animales, a la materia bruta, a todos los seres, pero a cada uno según su naturaleza. **El hombre creado es movido libremente".**

En otros términos, las leyes de la Providencia, que rigen las criaturas inanimadas e irracionales, no son las mismas que gobiernan a los hombres; las primeras no tienen libertad para separarse de sus leyes propias y alcanzan necesariamente el fin para el cual Dios las ha criado; y en cambio las segundas alcanzan su fin o se apartan de él, por el libre ejercicio de su voluntad, por el cual hay para ellas recompensa y castigo.

La libertad humana no es un obstáculo para que se cumplan los planes de la Divina Providencia; por el contrario ella contribuye a su realización.

"Lo que hay de más admirable, dice De Maistre, en el orden universal de las cosas es la acción de los seres libres bajo la mano divina... ellos hacen realmente lo que quieren sin desordenar los planes generales... En las obras del hombre todo es pobre como el autor; las vistas son restringidas; los medios escasos; los resortes inflexibles, los movimientos penosos y los

resultados monótonos. En las obras divinas, las riquezas de lo infinito se descubren hasta en el menor elemento; su poder obra jugando, todo es fácil, nada se le resiste; para ella todo es medio, aun el obstáculo, y las irregularidades producidas por la obra de los agentes libres vienen a colocarse dentro del orden general''.

80. EL MAL MORAL

Existe, en el mundo el mal moral, es decir, el pecado, que causa daños irreparables y es la forma más repugnante del mal, porque es el único mal verdadero, el que aparta al hombre de su fin, que es Dios.

Es una consecuencia lastimosa, pero innegable, de la **libertad** humana, la facultad más noble del hombre, que haciéndolo responsable de sus actos, asegura su dignidad, su grandeza y su mérito; y lo distingue esencialmente de los seres irracionales, que obran solo por necesidad o por instinto.

El sentimiento íntimo de nuestra alma y la experiencia diaria nos dicen que tenemos esa preciosa y a la vez temible, facultad de elegir, entre mantenernos en la línea del deber y la virtud, o separarnos de ella para seguir el camino del pecado y del vicio.

El Señor, en su bondad infinita, nos dió la libertad, como una cualidad inseparable de la inteligencia humana, para que pudiésemos alcanzar la felicidad de gozar eternamente de El. Para facilitarnos la consecución de ese fin nos dió la **razón**, que inclina la voluntad hacia la verdad y el bien, que señala el fin de nuestra existencia, la noción del deber, la esperanza de lo infinito; nos dió la voz de la conciencia que se deja oir en el fondo del alma y la ayuda poderosa de su **gracia**, que concede a todo el que de corazón y con humildad la pide.

Contrariando los dictados de la razón, y despre-

ciando la gracia divina, el hombre abusa de su libertad y se aparta de su fin. Dios permite que eso ocurra, y tolera la existencia del mal moral en este mundo, porque para evitarlo tendría que privar al hombre de la facultad de merecer, que constituye su grandeza, su dignidad y su felicidad y reducirlo al instinto, como los animales irracionales.

Y si alguien pregunta por qué el Señor nos dió esta facultad tan peligrosa de escoger entre el bien y el mal, le contestamos con Monseñor Bougaud: "¿Para qué la existencia? ¿Para qué la grandeza? ¿Para qué el amor? ¿Para qué la virtud?, porque todas estas cosas augustas no viven sino mediante la libertad".

El mal que Dios permite no es obra suya, sino de los pecadores que violan su santa ley.

"De Dios, dice el Eclesiástico, son la Sabiduría y la disciplina, y la ciencia de la ley; y del mismo son la caridad y las obras que hacen los buenos. **El error y las tinieblas son connaturales a los pecadores**".

La bondad de Dios es una cosa tan manifiesta que se impone a todas las inteligencias. En una clase de Catecismo, un niño contestó al sacerdote que le preguntó: ¿Quién hizo a los ángeles? Dios. — ¿Y quién hizo al demonio? — El niño pensó un rato, y le respondió: Dios lo creó ángel, pero él se convirtió en demonio.

Dios tolera el mal, porque **sabe sacar bien del mismo mal.** La Biblia así nos lo enseña, entre otros, en el caso de José, vendido por sus hermanos a unos ismaelitas que le condujeron a Egipto, donde interpretó los sueños del copero y panadero de Faraón y del mismo Faraón, lo que le valió su designación como gobernador de Egipto; cargo que le permitió ayudar a toda su familia en los tiempos de carestía. Cuando se dió a conocer a sus hermanos les dijo: "El Señor me ha enviado delante a fin de que vosotros os conservéis

sobre la tierra y tengáis alimentos para sostener la vida. No he sido enviado acá por designio vuestro, sino **por voluntad de Dios**, el cual ha hecho que yo sea como padre de Faraón y dueño de su casa toda y príncipe en toda la tierra de Egipto''. Hizo traer también a Jacob su padre, que antes de morir lo bendijo. Y como, después de la muerte de Jacob, anduviesen temerosos sus hermanos y diciéndose unos a otros: ¿Quién sabe si se acordará José de la injuria que padeció, y nos retornará todo el mal que le hicimos? le pidieron perdón, y él respondió: ''Vosotros pensasteis en hacerme un mal; pero Dios **lo convirtió en bien** para ensalzarme, como al presente lo estáis viendo, y para salvar a muchos pueblos'' (Gén. XLV, 7 y 8; y L, 20).

Dios permitió que los judíos cometieran el enorme crimen de crucificar a su Divino Hijo Unigénito, para que por su misma pasión y muerte fuese infinitamente glorificado y se redimiera el linaje humano; y permite las persecuciones que en todo tiempo sufre la Iglesia, para mostrar más claramente su poder y sabiduría, para purificarla, confirmarla y glorificarla cada vez más, confundiendo y avergonzando a los enemigos de la verdad.

A los incrédulos que trabajan contra Jesucristo les dice el Padre Lacordaire: ''Creéis que trabajáis contra nosotros, y no sois sino los heraldos del Evangelio que se apresta a más vastas conquistas. Historiadores, filósofos y sabios, recogéis de todas partes preciosos materiales; labráis, con el sudor de vuestra frente, las piedras para el templo cuyo único arquitecto será el Cristo, y a este templo entraréis mañana con nosotros para cantar juntos el eterno Credo''.

Con razón decía San Agustín que Dios jamás permitiría el mal, si con su Omnipotencia no supiese sacar del mal el mayor bien para su gloria.

81. EL MAL FISICO

Vemos por todas partes el mal físico, esto es, la desgracia, la miseria, el dolor, y sufrimientos de toda especie. Como decía el santo Job: "El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, y está atestado de miserias".

El dolor es la primera y la última palabra del hombre en esta vida transitoria y de pruebas.

"Hace seis mil años, dice Lacordaire, que así como el cielo derrama cada año cierta cantidad de lluvia, el corazón humano vierte cierta cantidad de lágrimas. Todo lo ha intentado el hombre para eludir esta ley, pero en el transcurso de estados muy diversos, desde la última barbarie hasta la civilización más refinada, o sujeto a cetros de varias formas y diferente peso, en todo tiempo y en todas partes siempre lloró; de modo que por más atentamente que leamos su historia, el dolor es la primera y la última palabra".

Según la gráfica expresión de Blanc de Saint Bonnet, no hay en este bajo suelo imperio fundado sobre cimientos tan sólidos como el **imperio del dolor**.

A todos alcanza por igual: a los pequeños y a los grandes. Es una **terrible igualdad de sufrimientos**.

"Esos felices, decía Thiers, que la historia llama Luis XIV y Napoleón I, esos felices que llenaron el mundo con su nombre, el uno durante cincuenta años y el otro durante veinte; el primero, ya anciano, decía un día a Villeroy: "Mariscal, a nuestra edad ya no se es feliz". El otro muere solo, sin su esposa, sin su hijo, encadenado como Prometeo sobre una roca. ¡Y vos, decía a su interlocutor, que habéis visto caer rama sobre rama, trono sobre trono, creéis que no hay dolores arriba, abajo, en todas partes y más arriba que abajo! ¡Inútil divagación, me diréis, por el campo de los dolores universales! Yo hablo de los dolores del sayal

y vos me habláis de los de la púrpura. ¡Ah! tenéis la vista corta si no veis que esta púrpura y este sayal son un velo insignificante arrojado sobre el alma humana, y que bajo el brillo deslumbrante de la una, como bajo el color opaco del otro, hay una terrible igualdad de sufrimientos''.

La familia real de Francia, asediada por la Revolución, estaba ya medio prisionera en las Tullerías, el año 1791. Se paseaba en una ocasión por el jardín el joven príncipe Luis XVII, que tuvo después tan triste suerte, y una mujer del pueblo se acercó para pedirle un favor. ¡Ah Monseñor, le dijo, si yo obtuviese esto que le pido sería feliz como una reina! ¡Como una reina! respondió el príncipe con una mirada melancólica y profunda. ¡Feliz como una reina!, repitió la mujer. Yo conozco una, agregó el príncipe, que no hace otra cosa que llorar.

El dolor es la consecuencia del pecado. El mal físico nace del mal moral, como el arroyo nace de la vertiente. La mayoría de las enfermedades son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia. Nadie puede jactarse de estar libre de pecado. Si pensamos en el pecado original cuyas consecuencias a todos nos afectan; en los pecados de nuestros antepasados; y en nuestras propias debilidades y vergüenzas de cada día, tenemos que exclamar como los hermanos de José: ''Justamente padecemos por haber pecado''... (Gén. XLII, 21).

En esta obra de la justicia tiene su parte, y muy grande, la Misericordia Infinita de Dios. Es frecuente que a la vista de los castigos, los pecadores se conviertan y vuelvan a Dios, que los espera con los brazos abiertos, como esperó al hijo pródigo, celebrando su regreso a la casa paterna, con música, baile y un banquete, porque el muerto había resucitado y el perdido se había encontrado; y esto lo hizo el Señor, con

tanto entusiasmo, que llegó a despertar los celos del hijo mayor.

La Misericordia de Dios permite que se expíen en esta vida, por medio de los sufrimientos, los pecados que su justicia debe castigar, tarde o temprano.

Monseñor D'Hulst cita, en una de sus conferencias, la siguiente declaración prestada ante el jurado del Sena, por un antiguo ministro de Francia, comprometido en el negociado de Panamá:

"He confesado mi falta; no era un cínico y he manifestado mi arrepentimiento. He restituído espontáneamente trescientos mil francos que había cometido el error de aceptar. Antes había creído de mi deber restituir doscientos treinta mil francos a un diario, que había hecho condenar por difamación de mi persona. Además, he entregado mi fortuna entera, alrededor de setecientos cincuenta mil francos, y he vivido en una celda mil ciento treinta y cinco días. No he logrado abrazar a mi hija moribunda. He sufrido tanto que ya me faltan las fuerzas. Sin embargo, yo experimento la necesidad de decir que a medida que aumentaban mis sufrimientos, yo sentía en mi interior que quedaba absuelto por la expiación de mi falta".

Todos los hombres caemos en pecado y necesitamos redimirlo con el sufrimiento. El justo cae siete veces al día, y a todos los que quieren seguir su ley, les dice el Señor: "El que quiera venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame".

No son verdaderos cristianos aquellos que rechazan los sufrimientos y que, como dice Bossuet, "hacen cuenta de salvarse entre delicias"... "Inventan cierto artificio de delicadeza, afectando más de lo que sienten; tienen por blasón el distinguirse del vulgo por el cuidado escrupuloso de evitar las menores incomodidades, siendo esto para ellos como el distintivo de haberse criado en el espíritu de grandeza. ¡Oh corrup-

ción de las costumbres cristianas! ¿Acaso pretendéis salvaros sin llevar impreso en vosotros el carácter del Salvador? ¿No oís al apóstol San Pablo que os dice que "Cristo padeció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas"? Todo esto es de Bossuet.

La desgracia es el camino por el cual muchas almas vuelven a Dios. Mientras se sienten felices no se acuerdan de su alma, de la otra vida, de la justicia de Dios; pero la desgracia les abre los ojos y los despierta a la realidad.

Eusebio Blasco, literato español, poco antes de su muerte recibió los Santos Sacramentos, y dió a conocer los motivos de su conversión a la práctica de la fe católica, publicando en el Heraldo de Madrid un artículo, en el cual dice entre otras cosas: "Mientras uno es joven y se siente fuerte y cree que esta fortaleza ha de durar siempre ¡qué de cosas dice, escribe, y aun propaga! De pronto, en un momento dado, la vida comienza a escaparse, el sufrimiento impide todo reposo, cada noche es un suplicio, cada día que pasa es un paso más hacia lo desconocido... No queda más que una suprema esperanza: ¡Dios! ¡Siempre Dios! Y a cada dolor, a cada congoja, a cada nuevo presentimiento de muerte cercana, las dos palabras eternas, las que están en todas las religiones, con nombres distintos, pero con igual significación para todos los habitantes de la tierra: ¡Dios mío!

El mismo pensamiento tuvo el novelista francés Paul Feval, convertido también a la práctica de su fe. "Se puede ir a Dios en derechura, decía, siguiendo tranquilamente el buen camino; pero no se vuelve a Dios, cuando se le ha dejado, sino por las vías de la desgracia".

Es muy elocuente la historia de la conversión de un famoso revolucionario francés, Isnard, miembro de

la Convención y afiliado al partido girondino, que cuenta Augusto Nicolás. Excedía, dice, a todos en el odio a la Religión y a sus ministros, y en la sesión del 14 de Noviembre de 1791, después de furiosas diatribas contra los sacerdotes, exclamó con acento visible de cólera: "La ley es mi Dios. No conozco otro".

Poco tiempo después fué puesto fuera de la ley, por un decreto especial, porque en circunstancias que el ayuntamiento de París pedía con amenazas la libertad de Marat, él contestó que: "si París atentaba contra la Convención Nacional pronto se buscaría en las riberas del Sena donde había existido París".

Lanzado de la tribuna y perseguido, vivió en una cueva subterránea, en el arrabal de San Antonio, junto al foco mismo de la revolución.

Oyendo los rugidos de la muerte y habitando las cavidades de la tierra, se obró en él una revolución moral que le permitió reconstruir todo el edificio de la verdad religiosa y volver a la fe de sus primeros años; y los treinta y tres de vida que le concedió todavía el cielo fueron un prolongado suspiro de piedad y arrepentimiento. Oigamos sus palabras: "El decreto que me puso fuera de la ley me puso igualmente fuera de las penas de la vida y me introdujo en una existencia nueva y más real. Si nunca hubiera sido proscrito, arrastrado como tantos otros por una especie de torbellino, hubiera continuado existiendo sin conocerme, y hubiera llegado a la muerte sin saber que había vivido. **Mi infortunio me obligó a hacer una pausa en el viaje de la vida,** y entre tanto me miré, me reconocí, y vi de dónde venía, adónde me dirigía, el camino que llevaba andado y el que me faltaba recorrer, los falsos senderos que había seguido y los que me convenía emprender para llegar al término verdadero".

"Me es imposible pintar los purísimos goces que me proporcionaron aquel silencio, aquel recogimiento

absoluto, aquella continua posesión de mí mismo, aquel estudio sostenido de mi ser, aquellos frutos de sabiduría e instrucción que sentía producirse dentro de mí, aquel abandono de la tierra, aquel alejamiento desde donde percibía y juzgaba las criminales locuras de los hombres, aquella adoración sincera y siempre creciente a la virtud, aquella elevación intelectual hacia los objetos grandes y sublimes y sobre todo hacia el Autor de la naturaleza y aquel culto libre y puro que sin cesar le dirigía".

"Prisionero en un retiro aislado, desde el cual no veía más que el cadalso levantado a mi espalda, y delante de mí, el sol, la noche y la naturaleza, no teniendo otro consuelo en la tierra que pensar en Dios, en mi alma y en la religión, me entregaba exclusivamente a una meditación que duró diez y seis meses y que me ocupaba quince horas diarias. Nunca se reflexiona más profunda y seriamente que al pie del cadalso".

"Volvía a encontrar en el fondo de mi corazón los gérmenes religiosos que una sana educación había sembrado en él en la infancia y que largo tiempo sofocados por la prosperidad, **revivían ahora bajo la acción del infortunio**".

"Pero aunque mi alma se sentía atraída hacia la religión, mi entendimiento se negaba a meditar en sus dogmas y misterios, que me parecían absurdos. No podía creer en ellos, porque no había sabido explicármelos".

"Los que en materias religiosas sometieron al rígido examen de su débil razón lo que tantos otros más cuerdos creen, quieren absolutamente que todo se les pruebe, y en semejante situación es preciso que permanezcan extraviados en el laberinto de la metafísica, o bien que a fuerza de meditación y filosofía lleguen a recorrer todo el círculo de los conocimientos religiosos, para encontrarse al fin con los ojos abiertos y una

antorcha en la mano, en el mismo paraje en que los hubiera dejado tranquilamente la fe con los ojos vendados".

"Felizmente, yo he recorrido el círculo; pero más feliz es aun el que no tiene necesidad de dar la vuelta al mundo para volver al mismo punto de donde había salido".

"Emprendí la larga peregrinación con un corazón lleno de celo y un espíritu alucinado; pero resuelto a no descansar un momento hasta encontrar la verdad. El que me había inspirado esta resolución, me dió la perseverancia".

"Comprendí que en materias religiosas, la solución de la verdad depende menos de los los esfuerzos del talento que de la disposición de nuestro corazón; que acerca de las cuestiones que corresponden al sentimiento y a la inteligencia, la ciega razón se extravía y cae queriendo marchar sola con presuntuoso paso; que es necesario que la virtud le preste el firme apoyo de su brazo y que sólo la caridad puede romper la venda que ponen sobre nuestros ojos el vicio y el error".

"Reconocí que en medio de la obscura noche, la verdad sólo se manifiesta por medio de centellas que es preciso aprovechar, y que es como una llama a que la humilde oración da pábulo y que el orgullo extingue".

"Esta es la razón porque hay tan pocas personas aptas para cultivar esta ciencia, mientras abundan las que se dedican con éxito a las demás".

"Empecé, pues, por orar y de este modo, más en relación con Dios, me hice mejor, me sentí más tranquilo, más superior al infortunio y más apto para discernir la verdad".

Una enfermedad fué el principio de la santidad de Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús.

Defendiendo el castillo de Pamplona contra los franceses que lo tenían cercado, fué herido de una bala en la pierna derecha, de manera que casi le desmenuzó los huesos, y además una piedra del muro le maltrató la pierna izquierda. Perdido el castillo, fué enviado Ignacio a los suyos, y el mal creció de manera que había poca esperanza de su vida. Milagrosamente salvó de la enfermedad, y en la convalecencia pidió algún libro de caballería para entretenerse y, por no haber otros libros a mano, le trajeron uno de la **Vida de Cristo** y otro de **Vidas de Santos,** que leyó con tanto provecho que determinó hollar el mundo y entregarse al servicio de Dios.

Las miserias, contradicciones y sufrimientos de esta vida sirven también para **purificar a los justos,** a fin de que adquieran mayores merecimientos y tengan mayor corona en el cielo.

Eugenia De Guerin, en su Diario de familia, relata los sufrimientos de su querido hermano Mauricio, el cual le decía en una ocasión: ''Es conveniente que sufra ya que no puedo comprar el cielo sino por el mérito de mis acciones y que no podía ganarlo sino por la virtud del sufrimento, como todas las almas débiles. Estas almas carecen de alas para subir al cielo y como el Señor quiere que suban les envía un socorro; las coloca sobre un montón de espinas y hace descender el fuego del dolor. Consumida la madera se lanza hacia el cielo como un vapor blanco, semejante a esas palomas que emprendían su vuelo entre las llamas moribundas de la hoguera de los mártires. Es el alma que ha consumado su sacrificio y que el fuego de las tribulaciones ha hecho bastante ligera para que pueda elevarse al cielo. La madera es pesada e inmóvil; prendedle fuego y una parte de ella se levantará hasta las nubes''.

Dice Fenelón que el sufrimiento es una prueba del

amor de Dios, que como médico caritativo aplica el remedio a los males que quiere curar, y que no sólo sirve para expiar el pasado, sino que es también un **contraveneno para el porvenir.**

Por eso el grito de muchos santos es pedir a Dios sufrimientos. Santa Magdalena de Pazzi decía al Señor: ''Sufrir, Señor, siempre sufrir''. San Agustín decía que era un sufrimiento el no sufrir: ''Nulla poena, quanta poena''; y el bienaventurado Simón de Monfort decía: ''La mayor cruz es no tener cruz''.

Cuando estos sufrimientos y contradicciones son ocasionados por manifestar y propagar la fe, entonces el mismo Jesucristo nos ofrece una grande recompensa. ''Dichosos, dice, seréis, cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos'' (Mat. V, 11 y 12).

El sufrimiento es la verdadera demostración del amor a Dios.

No ama mucho quien lo dice,
Sino quien mucho padece,
porque amor sin penas y obras
de amor sólo el nombre tiene.

''Padecer, decía San Juan Crisóstomo, es el único bien que ordinariamente podemos hacer en este mundo; porque rara vez hacemos un bien sin mezcla de mal. Nuestro Señor nunca está tan cerca de nosotros, como cuando sufrimos con paciencia por su amor... Bienaventurados los crucificados''... ''La Cruz de Jesucristo abrió las puertas del paraíso. ¿Por ventura no se dijo que el reino de los cielos padece violencia y que los esforzados lo arrebatan? Mas digo yo: el que está en la Cruz, arrebata el cielo sin violencia. Entre el cielo y la cruz no hay medio. En pos de la cruz, el paraíso''.

82. DESIGUAL REPARTICION DE LOS BIENES Y DE LAS CARGAS

Alegan algunos contra la existencia de la Divina Providencia el hecho de la desigual repartición de los bienes y de las cargas entre los hombres. Unos son ricos y otros son pobres; unos felices y otros desgraciados.

Esta desigual repartición de las capacidades, que el Evangelio llama **talentos**, es una manifestación del orden con que la Sabiduría de Dios ha organizado a la sociedad humana, para que progrese y no perezca.

Bajo la influencia de esa desigualdad, dice La Bruyere, la **necesidad** acerca mutuamente a los hombres: éstos sirven, obedecen, inventan, trabajan, cultivan, perfeccionan; aquéllos gozan, alimentan, socorren, protegen, gobiernan; impera el orden y se ve la mano de Dios. Si todos fueran ricos ¿quién cultivaría la tierra y explotaría las minas? ¿quién transportaría las mercaderías de un punto a otro? ¿quién conduciría los navíos por el mar? Esa igualdad reduciría a los hombres a servirse a sí mismos, haría inútiles las leyes, traería una anarquía universal: la violencia, las injurias, los asesinatos, la impunidad.

Ocurre con las diversas aptitudes de los hombres algo parecido a lo que se observa en los animales puestos por Dios al servicio del hombre: unos sirven para una labor, otros para otra. Una fábula que tiene mucha filosofía, nos dice que el rey Salomón convocó un día a todos los animales, y les dijo: "Quiero edificarme un palacio digno de mi grandeza: ponga cada uno manos a la obra, según su capacidad, y tráiganme el producto de su trabajo". Al punto los zorros, que saben ahondar los terrenos, fueron a excavar las montañas que encierran el mármol y pusieron al descubierto los mejores y más bellos trozos. Los bueyes se un-

cieron a ellos y los condujeron. Los castores, a orillas de los ríos, cortaron los árboles que dan ébano y caoba. El rinoceronte y el elefante cargaron sobre sus espaldas las gruesas vigas y las llevaron. El águila, que conoce los valles en donde se ocultan los diamantes, bajó a ellos con la ayuda de sus grandes alas y los remontó entre sus garras. Los peces se sumergieron en el fondo de los mares y fueron a depositar sobre la orilla la perla y el coral. El gusano que hila la seda tejió magníficas colgaduras, y el insecto que vive sobre el nogal las tiñó de púrpura. La abeja dió las antorchas de cera; el avestruz entregó sus huevos que penden de las bóvedas de Kubbás. La gacela corrió hasta el desierto en busca de la mirra y el incienso; y el rápido caballo acudió llevando en sus espaldas al hombre que venía a ofrecer sus servicios al rey. Por fin, llegó la hormiga arrastrando un granito de arena para la construcción. Como notase Salomón que la hormiga llegaba avergonzada con su débil tributo, les dijo: Estoy contento de todos vosotros. El que ha creado los mundos ha distribuído entre sus creaturas, en proporciones desiguales, la fuerza y la destreza; pero todas las faenas son igualmente buenas, cuando se ejercitan con propiedad y conciencia del deber.

"La igualdad de los varios miembros sociales, dice Pío X en su Motu Propio sobre la Acción Popular Cristiana, consiste solamente en que todos los hombres traen su origen de Dios, su Criador, en que han sido redimidos por Jesucristo y en que deben, conforme a sus méritos o deméritos, ser juzgados por Dios y premiados o castigados. De aquí se sigue que en la sociedad humana y según el orden establecido por Dios, hay mandatarios y súbditos, patrones y proletarios, ricos y pobres, sabios e ignorantes, nobles y plebeyos, los cuales todos unidos por un vínculo de amor, deben ayudarse recíprocamente a conseguir su último fin en el

cielo, y aquí en la tierra su bienestar material y moral".

La justicia divina se armoniza perfectamente con esta desigualdad de condiciones y talentos. La parábola del Evangelio dice que el Señor **obrará como un hombre** que yéndose a lejanas tierras, convocó a sus criados y dió a uno cinco talentos, a otro dos, y uno solo a otro: a cada uno según su capacidad; y que, pasado mucho tiempo, los llamó a cuentas, y elogió la diligencia y lealtad del que había recibido cinco y devolvía otros cinco, y la del que había recibido dos y devolvía otros dos; pero reconvino, como siervo malo y perezoso, al que habiendo recibido sólo un talento lo escondió en la tierra y nada ganó con él y se lo quitó para dárselo al que tenía diez (Mat. 25).

O sea, el Señor exigirá a cada uno en la proporción de lo que ha recibido.

Al hablar de desigualdad entre los hombres, nos referimos a una **relativa desigualdad**, que es obra de la sabiduría de Dios, y no a esa **excesiva desigualdad y abrumadora desproporción** de las clases sociales, que es obra de la codicia de algunos, de su injusticia y falta de caridad. Ese es un mal social, que deben remediar la justicia y la caridad, conforme a las enseñanzas pontificias.

Las diversas aptitudes de los hombres llevan a unos a desempeñar oficios superiores y a otros, oficios más bajos, sin que nadie pueda razonablemente quejarse.

Un diario de Valence cuenta que en una aldea del departamento de Drome, en Francia, ocurrió el siguiente caso: El obrero que movía el fuelle del órgano de la iglesia, hombre sencillo, mal aconsejado por algunos que lo habían convencido de que los hombres eran iguales en todo y por todo, interrogó cierto día al párroco de esta manera: Hay algo, señor cura, contrario

a las leyes de la igualdad; hinchar y deshinchar el fuelle es sumamente pesado y muy mal pagado: cien francos al año. En cambio, el organista Sr. Talbert, está cómodamente sentado y gana cien francos mensuales. Yo me canso moviéndome a la derecha y a la izquierda, y siempre de pie, mientras que el Sr. Talbert se contenta con mover los dedos sobre el teclado. — ¿De modo que tú querías? — Que se aumente mi asignación y se me pague lo mismo que al Sr. Talbert. — Quizás tengas razón, Pedro, le respondió el cura, reflexionaré sobre tu situación. — Pocos días después, le dijo el cura a Pedro, he hablado de tu pretensión al Sr. Talbert; él es joven y tú te vuelves viejo; él encuentra que esta situación no está conforme con las reglas de la igualdad. He aquí, pues, lo que te propone: él ocupará tu sitio en el fuelle y tú el suyo en el órgano; así no tendrás más que mover los dedos sobre el teclado, estarás cómodamente sentado, y ganarás los cien francos mensuales. — Pero, dijo Pedro, un poco turbado... yo no sé mover los dedos sobre el teclado. — ¡Ah!, exclamó el cura, quién se hubiera imaginado jamás que tú no sabías mover los dedos como el Sr. Talbert: eso es contrario a las reglas de la igualdad de que tú hablas.

83. SUERTE DE LOS JUSTOS Y DE LOS PECADORES EN ESTA VIDA

Niegan otros la Divina Providencia, diciendo que si Dios gobernara el mundo abundarían los buenos en prosperidad y los malos serían afligidos con calamidades y trabajos; y, en cambio, vemos a menudo todo lo contrario.

Contestaremos brevemente a esta dificultad:

La completa satisfacción de los pecados sólo tendrá lugar en la **otra vida**. Exigir el premio o el casti-

go, inmediatamente después de realizada la acción buena o mala, sería perturbar el orden del mundo, y exigir anticipadamente una pública manifestación de lo íntimo de las conciencias, la que tendrá lugar en el juicio final, a la faz de todos los hombres.

No es efectivo que los malos abunden siempre en prosperidades. En muchos casos vemos cumplirse aun en esta vida, la justicia divina, que castiga los pecados de los hombres. La historia nos presenta innumerables ejemplos; voy a recordar un solo caso muy elocuente.

Ensoberbecido el emperador Napoleón I por sus triunfos militares trató con gran injusticia al representante de Jesucristo en la tierra, lo hizo prisionero, y lo despojó de sus dominios.

Cansado el Papa de tantas vejaciones se vió en el duro caso de excomulgarlo, y la bula pontificia de la excomunión fué entregada a Napoleón, en su misma tienda de campaña, después de la batalla de Essling.

Leyó al principio el documento con cierta emoción; pero luego, dominado por el orgullo, lo hizo mil pedazos, con grandes muestras de desprecio, diciendo: ¿Qué puede contra mí el Papa? Tengo seiscientos mil hombres bajo mis órdenes, y la excomunión no hará caer las armas de manos de mis soldados.

Poco tiempo después inició la desgraciada campaña de Rusia, donde su gran ejército, invencible hasta entonces, tuvo que emprender una desastrosa retirada, en la que sucumbió la mayor parte de la tropa por el cansancio, el hambre y el frío.

"Dice un testigo ocular de esas escenas de horror, que todo se volvió contra los franceses, hasta las armas de los soldados. Sus brazos entumecidos por el frío no podían soportar el peso de los fusiles. En sus frecuentes caídas las armas se les escapaban de las manos, se rompían o se perdían en la nieve. Si los soldados lo-

graban levantarse del suelo, era sin las armas; pero no porque las arrojaran de ellos, sino porque el hambre y el frío se las arrancaban de las manos. Los dedos de muchos soldados se helaban al contacto de las armas, que no podían conservar en sus manos, porque les impedían el movimiento necesario para mantener un resto de calor y de vida''.

Se cumplió, pues, literalmente lo que Napoleón creía imposible: que se cayeran las armas de manos de sus soldados. ¡Justicia de Dios!

Ordinariamente el justo es más feliz que el pecador, aun en esta vida mortal, porque goza de la paz del alma, que es la suprema felicidad, mientras que el pecador vive atormentado por los remordimientos y las pasiones que lo esclavizan.

Las aflicciones y contrariedades que a veces sufren los justos son desgracias aparentes, pues, todas contribuyen a su bien y a veces los libran de males en esta vida.

Hay en el Talmud una hermosa tradición, que sirve para enseñarnos cómo la Divina Providencia se vale de algunas aparentes contrariedades para salvar a los justos.

El rabino Akiba, hombre piadoso, fué obligado a abandonar su país natal por una violenta persecución, y todo su equipaje consistía en una lámpara, que acostumbraba encender de noche para estudiar la Ley; un gallo que le servía de reloj para anunciar la naciente aurora; y un asno, en el que cabalgaba.

La noche se iba acercando y el vagabundo, fatigado y casi sin fuerzas, llegó cerca de un pueblo, alegrándose porque allí encontraría humanidad y compasión; pero se equivocó, porque nadie quiso recibirlo, viéndose obligado a buscar refugio en un bosque vecino.

Sentóse al pie de un árbol, encendió su lámpara y

se puso a leer la Ley. Apenas había leído un capítulo, cuando una violenta tempestad apagó la luz. Se recostó en el suelo en busca de descanso y no bien había cerrado los ojos, cuando un lobo feroz se acercó y mató al gallo.

Lamentó la muerte de su vigilante compañero; pero, resignado, exclamó: Dios es justo y sabe mejor lo que nos conviene a nosotros, pobres mortales.

Apenas había terminado la frase cuando vino un terrible león y devoró el asno.

¿Qué voy a hacer ahora? exclamó: todo se ha perdido. Pero Dios sea loado, pues todo lo que hace está bien hecho.

Pasó la noche en vela y temprano por la mañana se dirigió al pueblo vecino para procurarse un caballo que le permitiera seguir su viaje. ¡Cuál no sería su sorpresa al no encontrar un solo ser vivo! Una partida de ladrones había entrado en el pueblo durante la noche, matado sus habitantes y saqueado sus casas.

Apenas se repuso del espanto en que le había sumido aquel caso extraordinario, levantó su voz al cielo, diciendo: ¡Oh Dios grande, Dios de Abraham, de Isaac y Jacob, ahora sé por experiencia, que los pobres mortales somos cortos de vista y ciegos: a menudo consideramos como un daño lo que es causa de nuestra salvación. Sólo Tú eres justo, bueno y misericordioso. Si estas gentes de corazón endurecido no me hubiesen negado la hospitalidad, seguramente que hubiera corrido la misma suerte que ellos. Si el viento no hubiese apagado mi lámpara, los ladrones hubieran sido atraídos por la luz y me hubieran asesinado. Comprendo también que fué un favor librarme del gallo y del asno, pues ellos con su ruido hubieran podido descubrir mi presencia a los bandidos. ¡Alabado sea tu nombre por los siglos de los siglos!

Las vidas de los santos están llenas de aconteci-

mientos, al parecer desgraciados, y que significaban, en realidad, una protección visible de la Divina Providencia.

San Francisco de Sales fué favorecido en una ocasión de una manera manifiesta.

Había ido a Ancona a embarcarse para Venecia y encontró dispuesto para hacerse a la vela un falucho que una señora napolitana de alto rango había contratado para ella y su comitiva. Ignorante de esta circunstancia, que le fué ocultada por el piloto, se apresuró a pagar por anticipado su pasaje y el de sus compañeros. Llegó la señora y al verlos dentro del barco ordenó al piloto que los hiciera salir; y sin esperar la respuesta, con ademán imperioso, notificó ella misma al santo que debía abandonar el buque. En vano éste le representó con dulzura y cortesía que no necesitaba más que un pequeño espacio para él y sus compañeros, y que si tenía la bondad de admitirlos no la molestarían en nada. Todo fué inútil: la orden de que salieran del barco lo más pronto posible fué la única respuesta que pudo obtener. Se retiraron del barco y éste se alejó de la costa, con velas desplegadas, a impulso de un viento favorable. Desde la orilla seguían con la vista al barco, admirando la rapidez de su carrera, cuando de repente se levanta un viento impetuoso, una horrible tempestad azota al débil bajel, y el piloto lucha en vano contra las olas enfurecidas entre las cuales desaparece el falucho con todos los que lo tripulaban.

Dios permite a veces que los malvados tengan en esta vida algunos goces, para recompensar el poco bien que han hecho; así como permite los sufrimientos de los justos para que expíen sus pecados e imperfecciones; porque no hay hombre tan malo que no haga algún bien, ni hombre tan bueno que no cometa algunas faltas o imperfecciones.

Finalmente, Dios es paciente, porque es eterno. El malvado puede convertirse, y el justo puede prevaricar, mientras vivan. La suerte definitiva del hombre sólo tiene lugar el día de su muerte y para ese día se reserva Dios la justicia completa e irrevocable.

CAPITULO OCTAVO

DE LOS ANGELES

84 LAS CREATURAS MAS PERFECTAS

Las creaturas más perfectas son los ángeles y los hombres.

Los ángeles son creaturas puramente espirituales, que existen independientes de todo cuerpo, a diferencia de las almas que, siendo también espirituales, forman con el cuerpo humano este ser que llamamos hombre (Catec. de Mazo).

La palabra **ángel** viene de una voz griega, que significa **enviado o mensajero**, porque, como lo enseña San Pablo, están especialmente encargados de cumplir las órdenes del Altísimo.

85. GRADACION DE LOS SERES CREADOS

Los seres creados constituyen una serie no interrumpida, que se desenvuelve en un orden siempre creciente de perfección. El vegetal es superior al mineral; grande es la diferencia entre el vegetal y el animal; mayor todavía es la diferencia entre el animal irracional y el hombre; pero infinitamente mayor es la distancia entre el hombre y Dios, aunque aquél, como declara la Escritura, haya sido hecho a imagen y semejanza de su Creador. "La perfección del universo, dice Santo Tomás, exige que haya espíritus puros, a fin de que la distancia inconmensurable que existe entre la naturaleza humana y la divina sea llenada por

seres de una naturaleza superior a la humana e inferior a la divina; de una naturaleza espiritual que participe de la naturaleza divina, en cuanto a la espiritualidad, y de la naturaleza humana, en cuanto a su contingencia".

86. EXISTENCIA DEL MUNDO INVISIBLE

Siendo los ángeles espíritus puros, que no podemos ver con los ojos corporales, constituyen el **mundo invisible,** de que habla el Credo de Nicea, que se reza en la misa: "Creo en un Dios Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra y de todas las cosas visibles e **invisibles**".

Es de fe que existen ángeles buenos y malos. El cuarto Concilio de Letrán definió de un modo solemne que los ángeles, sacados de la nada por el poder de Dios, han existido desde el principio de los tiempos, y el Concilio Vaticano confirmó e hizo suya esa doctrina.

En numerosos pasajes la Escritura Santa atestigua la existencia de los ángeles y la misión divina que estaban encargados de cumplir.

El Antiguo Testamento cuenta las apariciones hechas a Abraham, a Lot, a Jacob y a Moisés. Un ángel liberta a los hebreos de la esclavitud de Egipto, precede al pueblo en el desierto, y lo guía a la tierra de promisión (Núm. XX, Genes. XIV y XXIII). Un ángel encarga a Gedeón que libre a Israel de la esclavitud de los madianitas (Jueces VI, 14); predice el nacimiento de Sansón, hace respetar la ley durante el cautiverio de Babilonia (Dan. II); liberta a los niños del horno y a Daniel de las garras de los leones (Dan. III); acompaña al joven Tobías, lo alienta y dirige (Tobías); combate con los Macabeos (I Macab. VII); y salva al pueblo de peligros y tribulaciones (Is. LXIII).

En el Nuevo Testamento, un ángel predice el nacimiento del Precursor (Luc. I); y anuncia a María el misterio de la Encarnación del Verbo (Luc. I); los ángeles anuncian a los pastores el nacimiento de Cristo en la ciudad de David (Luc. II); advierten a José que huya a Egipto (Mat. II, 13); le hacen volver después a la tierra de Israel (Mat. II, 19 y 20); sirven a Jesucristo en el desierto (Mat. IV, 11); le confortan en su agonía (Luc. XXII, 43); publican su resurrección (Mat. XXVIII, 5), y declaran su gloriosa Ascensión a los cielos (Hechos I, 11).

Cuando fueron encarcelados los apóstoles, un ángel les abrió por la noche las puertas de la cárcel y los sacó fuera para que pudieran predicar la doctrina de Cristo (Hechos V). El diácono Felipe fué enviado por un ángel al camino de Jerusalén a Gaza para instruir y bautizar al enviado de la reina Candace, cuya conversión debía obrar otras en Etiopía (Hech. VIII). Y un ángel ordena al centurión Cornelio que se vea con el apóstol San Pedro, de quien recibirá la instrucción y el Bautismo (Hech. X).

87. CUANDO FUERON CREADOS LOS ANGELES

Los ángeles fueron creados al mismo tiempo que los cielos.

"**En el principio,** leemos en el primer versículo del Génesis, **crió Dios el cielo y la tierra**"; en la palabra cielo, se comprenden los ángeles o espíritus celestiales.

El cuarto Concilio de Letrán, de acuerdo con la tradición y con la doctrina de los Padres de la Iglesia, declaró que "Dios desde el principio hizo de la nada la **criatura angélica y mundana, espiritual y corporal,** y después el compuesto humano de ambas".

Creados los ángeles antes que el hombre, presen-

ciaron la obra de los seis días. Así lo dice el Señor cuando pregunta a Job: "¿Dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra? ¿Qué apoyo tienen sus bases? ¿O quien asentó su piedra angular, entonces cuando me alababan los nacientes astros y prorrumpían en voces de júbilo todos **los hijos de Dios**? (Job XXXVIII, 4, 6 y 7).

88. SU NUMERO INCONTABLE

El número de los ángeles es incontable. El profeta Daniel vió en una visión cómo los santos ángeles estaban ante el trono del Señor; y, para darnos una idea del número inmenso de ellos, dice: "Mil veces mil (ángeles) le servían, y diez mil veces cien mil estaban en su presencia" (Dan. VII, 10).

Santo Tomás enseña que el número de los ángeles es mucho mayor que el de las cosas materiales que vemos en la tierra. "Lo que Dios ha tenido en vista en la creación de las cosas, dice, es la perfección del universo. Mientras más perfecta es la naturaleza de una cosa, más debe ser multiplicada. Lo que la extensión en los cuerpos, es el número en las cosas incorporales".

"Los cuerpos incorruptibles, que son los más perfectos entre los cuerpos, son considerablemente más numerosos que los corruptibles. De aquí es razonable deducir que las substancias inmateriales sobrepasan incomparablemente en número a las substancias materiales". De modo que los ángeles son más numerosos que las arenas del desierto y que las aguas del mar.

89. SU CIENCIA, PODER Y HERMOSURA

Los ángeles son superiores a todos los demás seres creados, incluso el hombre.

El Santo rey David exclamaba: "¿Qué es el hom-

bre para que te acuerdes de él?... Hicístele un poco inferior a los ángeles, coronástele de gloria y honor, y le has dado el mando sobre las obras de tus manos" (Salmo VIII).

El Creador les dió los mayores dones de la naturaleza; ciencia, poder, hermosura. Podemos asegurar, dice Bossuet, que nuestros conocimientos son una imagen imperfecta de la ciencia de los espíritus puros, cuya vida es sólo razón e inteligencia.

La inteligencia humana es lenta en sus operaciones; trabaja penosamente; necesita continuos descansos; y encuentra los obstáculos que le oponen a cada paso el cuerpo y las pasiones. El ángel, por el contrario, lo comprende todo sin esfuerzo, ni estudio; y penetra hasta el fondo mismo de las cosas; no conoce la fatiga y el sueño, y vive en perpetua actividad sin preocuparse del tiempo, ni de la enfermedad, ni de la muerte, porque goza de la inmortalidad feliz en la posesión de Dios.

Conoce lo relativo a la creación y a su autor; las relaciones de Dios con las creaturas y el gobierno de su Providencia; los seres espirituales y sus facultades; las cosas materiales con las leyes que presiden su conservación, combinación y transformación; los cuerpos celestes y sus movimientos; el hombre, en su doble substancia espiritual y corporal; los pueblos, las familias, los individuos, la historia entera del mundo; y todas las verdades que pertenecen al mundo moral y a la esencia de las cosas.

Nuestro Señor nos dió a entender lo que puede su inteligencia, cuando hablando del juicio final dijo: "El día del juicio no lo sabe nadie, ni aun los ángeles".

Tienen además gran fuerza y poder. El ángel exterminador degolló en Egipto a los primogénitos; y

otro ángel, en una sola noche, mató a ciento ochenta y cinco mil asirios (Is. XXXVII, 36).

Su hermosura excede a todo lo que podemos imaginar. Si viéramos a un ángel en su propia hermosura, dice Santa Brígida, cegaríamos con su resplandor. Y además de esos dones naturales, Dios los elevó al orden sobrenatural, para que pudiesen gozar con El en el cielo y les dió la gracia santificante para que guardaran sus mandamientos y vivieran felices cantando las divinas alabanzas.

La fuerza y la virginal posesión de sí mismos que tienen los ángeles proviene de un **alimento invisible y misterioso.** Lo dijo el Arcángel Rafael a Tobías, cuando explicaba su misión divina y se daba a conocer como enviado de Dios: "Parecía a la verdad, les dijo, que yo comía y bebía con vosotros, mas yo me sustento de un manjar invisible y de una bebida que no puede ser vista de los hombres".

Ese alimento misterioso no puede ser otro que la verdad, la belleza, la bondad, la vida esencial del Verbo Divino.

90. JERARQUIAS ANGELICAS

Hay entre los ángeles, como entre los demás seres creados, desigualdades reales de conocimientos y de funciones, que sirven para clasificarlos en órdenes diversos.

La Sagrada Escritura nombra nueve diferentes coros de ángeles, que la tradición de la Iglesia y las enseñanzas de los Santos Padres, principalmente San Dionisio, San Gregorio y Santo Tomás, han distribuído en tres jerarquías:

Pertenecen a la **primera jerarquía**:

los **Serafines,** que vió el profeta Isaías, alrededor

del solio del Señor, con voz esforzada, cantando a coros: ¡Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria! Se llaman así por la **fuerza de su amor,** que los mueve a cada instante a adorar a su Dios y a abrasar en su amor a todo lo que les rodea (Is. II, 1);

los **Querubines,** que vió el profeta Ezequiel, llenos de ojos, y que, como su nombre lo indica, representan la **ciencia divina,** cuya plenitud sondean. (Ezeq. X); y

los **Tronos**, nombrados por el apóstol San Pablo, y creados por Dios en atención a El mismo, llamados así, según San Gregorio, porque son como el **asiento de la Divinidad**, elevado, fijo e inmutable, por medio de los cuales expide sus fallos justicieros (Colos. I, 16);

Pertenecen a la **segunda jerarquía**:

las **Dominaciones,** de que habla también el apóstol San Pablo, que son los que encabezan la segunda jerarquía, y cuyo nombre indica que ejercen autoridad sobre otros ángeles, con la calma y dignidad que corresponde a su estado, e inspirada en el amor y la abnegación (Colos. I, 16);

las **Virtudes,** que son aquellos que han recibido una mayor fuerza, un carácter más pronunciado para **reproducir la virtud divina.** A ellos alude el Salmista, cuando dice: "Bendecid al Señor todos sus poderíos; ministros suyos, que hacéis su voluntad" (Salm. CII, 21). "El nombre de virtud, dice San Dionisio, significa una fuerza viril inquebrantable, un vigor inmutable para todas las operaciones en que son viva imagen de Dios, para recibir sin desfallecimiento las iluminaciones divinas, para representar poderosamente la imagen de Dios..., para llevar siempre con toda la fuerza la virtud esencial y la imagen de la virtud principal, que es causa de toda virtud".

También las nombra expresamente el Apóstol San Pablo, cuando hablando del poder de Cristo, dice que fué colocado a la diestra del Padre en los cielos, "sobre todo **principado** y **potestad** y **virtud** y **dominación** y sobre todo nombre, por celebrado que sea, no sólo en este siglo, sino también en el futuro" (Ef. I, 21); y

las **Potestades,** incluídas en la enumeración de los coros angélicos que hace San Pablo en su epístola a los Efesios, citada anteriormente; y que, según San Gregorio, sirven para designar a los ángeles que tienen el encargo especial de **combatir a los enemigos del Altísimo.**

Pertenecen a la **tercera y última jerarquía:**

los **Principados,** enumerados también por San Pablo, y que, dentro de esta última jerarquía, **mandan** a los espíritus celestiales especialmente encargados de ejecutar en el mundo las órdenes de Dios;

los **Arcángeles,** que, según San Gregorio, tienen autoridad inmediata sobre los ángeles, y que en los designios de la Providencia son llamados a anunciar los grandes acontecimientos. Conocemos los nombres de San Miguel, Jefe de las milicias celestiales; de San Gabriel, o fortaleza de Dios, que anunció a la Virgen el misterio de la Encarnación del Verbo; y de San Rafael, o medicina de Dios, que acompañó y dirigió al joven Tobías.

El arcángel San Miguel es considerado por la Iglesia como el príncipe de la milicia celestial, y como a tal lo invoca en una oración especial que se reza al final de la Misa, para que, usando el poder de que Dios lo ha investido, libre al mundo de los espíritus infernales que recorren el mundo para perder a las almas. O sea, es el llamado a defender a los hijos de Dios contra los asaltos de los demonios.

Cuando Luzbel, el más hermoso de los ángeles, se llenó de envidia, porque el Verbo divino iba a unirse

con la naturaleza humana y no con la suya angélica, y en un arranque de soberbia lanzó el grito de rebelión: **¡Non serviam!**, otra voz, salida de los espíritus celestiales que se mantenían fieles, la del arcángel San Miguel contestó: **¿Quis est Deus?** ¿Quién como Dios? Tuvo lugar entonces en las alturas la lucha gigantesca de que habla el Apocalipsis, en la que Miguel y los ángeles pelearon con el Dragón y lo derribaron al profundo del infierno con todos los espíritus rebeldes.

Del grito de fidelidad que dió el arcángel tomó su nombre, porque Michael quiere decir: ¿Quién como Dios?

En la ley antigua fué San Miguel el protector especial del pueblo de Dios. A San Miguel reconocen los Padres en el ángel que detuvo el brazo de Abraham para inmolar a Isaac, en el que luchó toda una noche con Jacob para iniciarlo en los combates del Señor, y y en el que, bajo la forma de un guerrero de brillante armadura, precedió a los Macabeos en los heroicos combates por la ley y por su patria. En él creen ver también al ángel que se apareció a Josué, después que pasó el Jordán, ofreciéndose a ayudar a la conquista y sujeción de los cananeos. ¿Eres de los nuestros o de los enemigos?, le preguntó Josué, y él respondió: "No, yo soy el Príncipe de los ejércitos del Señor".

Finalmente vienen los **Angeles**, nombre común a todos los espíritus celestiales, y propio del último de los coros. Son los que ejercen la misión de enviados o mensajeros cerca de los hombres, trasmitiéndoles las órdenes del Creador. Dice San Pablo: "¿Por ventura no son todos ellos unos espíritus que hacen el oficio de servidores enviados de Dios para ejercer su ministerio en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud?" (Heb. I, 14).

La escala que Jacob vió en sueños, con los ángeles que subían y bajaban por ella, es una imagen de

la Divina Providencia que vela por los escogidos, por medio de los ángeles que son los ejecutores y ministros de esta misma Providencia, ya para acudir a nuestro socorro, ya para presentar a Dios nuestras lágrimas y oraciones (Heb. I, 14).

91. EL PECADO DE LOS ANGELES MALOS

Los Angeles fueron criados en la inocencia y la justicia, pero la gracia santificante en que habían sido formados no los hacía impecables. Antes de confirmarlos en la gracia, Dios los sometió a una prueba.

Según la opinión general de los teólogos esa prueba consistió en hacerles saber la Encarnación de su Hijo y la obligación de adorar al Hombre Dios.

El Verbo, como dice San Pablo, no tomó la naturaleza de los ángeles, sino que tomó la sangre de Abraham (Heb. II, 16). Y da a entender que hubo una primera adoración del Verbo por los ángeles, cuando dice: "**Y otra vez** al introducir a su primogénito en el mundo dice: Adórenle todos los ángeles de Dios".

Esto pareció a algunos espíritus soberbios la más insufrible humillación y, encabezados por Lucifer, el más hermoso de los Arcángeles, como lo indica su mismo nombre, se rebelaron contra Dios y lanzaron el grito de la soberbia y de la impiedad: **Non serviam.** Como dice el Eclesiástico: "el primer origen de todo pecado es la soberbia, y quien es gobernado por ella rebosará en abominaciones, y ella al fin será su ruina" (Ecli. X, 15).

"Es sorprendente y terrible, dice Bossuet, que se hayan separado de Dios esas inteligencias llenas de luces divinas, cuyos conocimientos son tan precisos y sus movimientos tan tranquilos, que Dios había creado con tanta gracia y en una condición tan feliz, que podrían merecer su bienaventuranza eterna con sólo un momento de perseverancia".

El profeta Isaías, asombrado, exclama: "¿Cómo caíste del cielo ¡oh lucero! tú que tanto brillabas por la mañana? Tú que decías en tu corazón: Escalaré el cielo: sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono... sobrepujaré la altura de las nubes, semejante seré al Altísimo. Pero tú has sido precipitado al infierno, a la más honda mazmorra" (XIV, 12 a 15).

Y el profeta Ezequiel hace una descripción del poder y ruina del rey de Tiro, que, a juicio de los Padres de la Iglesia, es una figura de la gloria y de la caída de Lucifer. "Tú, sello o imagen de Dios, lleno de sabiduría y colmado de hermosura, vivías en medio del paraíso de Dios; en tus vestiduras brillaban toda suerte de piedras preciosas... Tú, un querubín que extiende las alas y cubre el trono de Dios... Perfecto has sido en tus obras hasta que se halló en ti la maldad. Con la abundancia de tu tráfico se llenó de iniquidad tu corazón y pecaste, y yo te arrojé del monte de Dios; y a ti ¡oh querubín que cubrías el trono! te eché en medio de las piedras como el fuego. Por haberse engreído tu corazón por causa de tu hermosura, y corrompídose tu sabiduría por causa de tu brillo, por eso te arrojé yo al suelo" (Ezeq. XXVIII).

Iniciada la rebelión por Lucifer y sus secuaces "se trabó una batalla grande en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban contra el dragón y el dragón con sus ángeles lidiaba contra él. Pero éstos fueron los más débiles, y después no quedó ya para ellos lugar ninguno en el cielo. Así fué abatido aquel dragón descomunal, aquella antigua serpiente que se llama diablo y Satanás, que anda engañando al orbe universo y fué lanzado a la tierra y sus ángeles con él" (Apoc. XII, 7, 8 y 9).

Se supone que la tercera parte de los ángeles fué arrastrada por Lucifer al abismo, por estas palabras de San Juan: "era un dragón descomunal bermejo

con siete cabezas y diez cuernos y en las cabezas tenía siete diademas y su cola traía arrastrada la **tercera parte de las estrellas del cielo,** y arrojólas a la tierra" (Apoc. XII, 3 y 4).

El Señor lo vió caer. Cuando los discípulos decían a Jesús que hasta los demonios se les sujetaban por la virtud de su nombre, El les respondió: "Yo estaba viendo desde el principio del mundo a Satanás caer del cielo a manera de relámpago" (Luc. X, 18).

Satanás fué **homicida** y **mentiroso.** Jesús dijo antes de su pasión, a los judíos: "Vosotros sois hijos del diablo y queréis satisfacer los deseos de vuestro padre: el fué **homicida** desde el principio; y criado justo, no permaneció en la verdad; y así no hay verdad en él; cuando dice mentira, habla como quien es, por ser de suyo mentiroso y **padre de la mentira**" (Juan VIII, 44).

El castigo de los ángeles malos fué espantoso. "Dios no perdonó, dice San Pedro, a los ángeles delincuentes, sino que, amarrados con cadenas infernales, los precipitó al abismo, en donde son atormentados" (2 San Pedro II, 4).

La ocupación continua de los demonios es tentar a los hombres, y Dios permite que una parte de ellos estén en la tierra o en el aire inferior que la rodea. "Es opinión de todos los Doctores, dice San Jerónimo, que el aire que existe entre el cielo y la tierra está lleno de ángeles malos" y San Pablo nos declara expresamente que tenemos que luchar, no contra la carne y la sangre, sino contra los principados y las potestades, contra los espíritus malignos esparcidos por el aire.

La Iglesia ha ordenado agregar al final de la Misa una oración especial a San Miguel Arcángel, jefe de las milicias celestiales, para pedirle que nos defienda en esta batalla y que desplegando el poder que el cie-

lo le ha conferido, sepulte en los antros infernales a Satanás, y demás espíritus malignos, que recorren el mundo para perder las almas.

92. LOS ANGELES DE LA GUARDA

Los **Angeles de la guarda** o **Angeles Custodios** son los destinados a proteger a cada hombre en particular.

Es doctrina corriente de los Doctores de la Iglesia que cada uno de los hombres tiene su correspondiente ángel tutelar, y esa doctrina tiene fundamento sólido en la Sagrada Escritura.

Hablando el santo rey David de la singular protección de Dios para con el justo, dice: ''No llegará a ti el mal, ni el azote se acercará a tu morada. Porque **él mandó a sus ángeles** que cuidasen de ti; los cuales te guardarán en cuantos pasos dieres. Te llevarán en las palmas de sus manos; no sea que tropiece tu pie en alguna piedra'' (Salmo XC, 10, 11 y 12).

Y en otra parte dice: ''El ángel del Señor asistirá alrededor de los que le temen y los librará del mal'' (Salmo XXXIII, 10).

En el Nuevo Testamento alude Nuestro Señor directamente a los ángeles de la guarda. Hablando del cuidado de los niños, dice: ''Mirad que no despreciéis alguno de estos pequeñitos; porque os hago saber que **sus ángeles de guarda** en los cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial'' (Mat. XVIII, 10).

Y el apóstol San Pablo, en su epístola a los Hebreos, hablando de que Cristo es superior a los ángeles, dice: ''¿Por ventura no son todos ellos unos espíritus que hacen el oficio de servidores o ministros enviados de Dios, para ejercer su ministerio **en favor de aquellos** que deben ser los herederos de la salud?'' (Heb. I, 14).

La caridad es la que nos hace amables a los án-

geles y el pecado, según San Basilio, echa fuera al ángel, como el humo a las abejas.

Algunos Doctores suponen también que no sólo cada hombre, sino también cada reino, tiene su ángel tutelar. En efecto, la Sagrada Escritura habla del ángel guardián de los imperios griego y persa (Dan. X, 13 y 21); y la Iglesia Católica venera a San Miguel Arcángel, como su especial protector.

En cuanto al **oficio** de estos ángeles, como dice San Pablo, ellos lo ejercen en favor de los hombres, para que sean herederos de la salud, inspirándoles constantemente buenos pensamientos y moviendo su voluntad hacia el bien.

Especialmente sirven como intermediarios para ofrecer al Señor nuestras oraciones, penitencias, limosnas, sufrimientos y todas las buenas obras.

''Cuando tú orabas con lágrimas, dijo Rafael a Tobías, y enterrabas los muertos, y te levantabas de la mesa a medio comer, y escondías de día los cadáveres en tu casa, y los enterrabas de noche, yo presentaba al Señor tus oraciones'' (Tob. XII, 12).

Llevan la **cuenta** de nuestras buenas obras para presentarlas y ofrecerlas al Señor. Hay una tradición de un anacoreta que había fabricado su ermita en el valle, cerca de un monte, sobre el que había un hospital. Hubo una gran epidemia, y el hospital se llenó de tal manera que acudieron al ermitaño para que les prestase auxilio. Este se apresuró a acudir, y, al amanecer ,trepaba todos los días la empinada cuesta para tomar su puesto en la enfermería. Un día, en que el calor le fatigaba mucho al subir, pensó que lo mejor sería que labrase su ermita arriba, al lado del hospital, para ahorrarse tanta molestia. Cuando esto pensaba oyó una voz que detrás de él contaba: una, dos, tres, cuatro... Se volvió, pero no vió a nadie. Siguió en su pensamiento, diciéndose: ¿Por qué no había discurrido

esto antes? Oyó de nuevo la voz que a sus espaldas seguía contando. Volvió atónito la cabeza; pero, como la primera vez, no vió a nadie. Cerca de la cumbre ya, tendió su vista para buscar el sitio donde labrar su ermita y oyó por tercera vez la voz que seguía contando. Volvióse con presteza y vió con asombro un hermoso joven que le dijo: "Soy el ángel de tu guarda y voy contando tus pasos". Comprendió la lección y siguió sus pasos como antes.

Dice San Buenaventura que no ofrecen los ángeles a Dios nuestras oraciones, para que las conozca —pues Dios ve todas las cosas— sino para unir con nuestras plegarias sus santos deseos y hacerlas así más eficaces; de modo que en todos los beneficios que Dios nos otorga, tiene según Santo Tomás, una parte nuestro Angel custodio, porque él nos ayuda a impetrarlos del Señor. Nos sostienen en los combates con los demonios, y reaniman el valor y la esperanza de los que han tenido la desgracia de pecar, pidiéndole a Dios que espere los frutos de penitencia.

Principalmente nos auxilian en la hora temible de la muerte, conforme a las palabras del Salmo 33 antes citado: "Asistirá alrededor de los que le temen y los librará del mal", y llevan al cielo las almas de los justos, como llevaron la de Lázaro al seno de Abraham.

Nos defienden de toda clase de peligros, no sólo espirituales, sino también corporales.

El santo joven Tobías describe así el oficio de San Rafael, que le sirvió de Angel de la Guarda: "El me ha llevado y traído sano y salvo; él mismo en persona cobró el dinero de Gabelo; él me ha proporcionado esposa, y ahuyentó de ella al demonio, llenando de consuelo a sus padres; asimismo me libró del pez que me iba a tragar; te ha hecho ver a ti (dice a su padre) la luz del cielo; y hemos sido colmados por medio de él de toda suerte de bienes" (Tob. XII, 3).

El Catecismo de Schmitt cuenta que en las Hojas de las misiones católicas, del 6 de Septiembre de 1874, se publica la siguiente historia, que manifiesta la protección del ángel de la guarda en favor de una niña, a la cual preservó del peor de los ultrajes; historia que, un miembro del Centro Católico en el Landtag prusiano oyó de labios de la misma persona a quien sucedió, lo que le permite garantizar su veracidad. "En tiempo de primavera (así lo refiere la madre de la niña), acostumbraba yo a ir con mi marido al jardín después de mediodía. En uno de estos paseos habíamos llegado al fin de una calle, y sentí como si una persona me tomase del brazo y tirase de mí para volverme a casa. Lo hice notar a mi marido, pero él se rió de mí y me dijo que no hiciera caso de quimeras. Yo seguí entonces mi paseo, pero en mis adentros no estaba tranquila. El afán por volverme a casa era cada vez más vivo y apremiante. Me parecía como si me quisieran llevar a la fuerza. Todavía quise resistirme, pero al fin no pude. "Yo debo volver a casa", dije finalmente a mi marido. "Vuélvete si quieres", replicó mi esposo. Entonces corrí en dirección a mi casa; cuando llegué a ella entré en mi cuarto y en el de mi hija. Todo estaba allí en orden; pero yo no recobraba sin embargo la tranquilidad. Lo registré todo y nada hallé de extraño. Entonces tomé un libro de oración, pero mi ánimo permanecía intranquilo. Un impulso interior me movía a salir afuera. Otra vez recorrí toda la casa; fuí al patio y miré en todos los rincones; en uno de ellos estaba mi única hija. Estaba en manos de un criado; y yo llegué todavía a tiempo para salvarla del peor de los ultrajes. Entonces comprendí por qué había sentido como si tirasen de mí para llevarme a casa, y desde aquel día oré con mayor fervor al ángel de la guarda de mis hijos".

San Bernardo resume nuestros deberes para con

el ángel de la guarda en estas tres frases: **Reverentiam pro præsentia, devotionem pro benevolentia, fiduciam pro custodia**, esto es:

1.° Acordarnos siempre con respeto de su presencia, para no decir o hacer cosa mala. Un padre del desierto, interrogado sobre los medios que empleaba para estar siempre de buen humor, decía: Considero a menudo que está siempre a mi lado el Angel de la guarda, que me asiste en todo momento, me enseña mis deberes y escribe todas mis acciones. Esta idea me llena de un religioso respeto y me impide decir o hacer cosa que le pueda desagradar.

2.° Amarlo a causa de su constante solicitud, procurando imitarlo y siguiendo con prontitud sus inspiraciones.

3.° Invocarlo con gran confianza. "Cualquiera que sea nuestra debilidad, dice San Bernardo, y por grandes que sean los peligros que nos rodean, nada debemos temer con el socorro de tales protectores. Por eso cuando estemos afligidos o agitados por una tentación violenta, debemos implorar el apoyo de aquél que tiene el oficio de velar por nosotros, dirigirnos y asistirnos en los peligros y angustias".

CAPITULO NOVENO

DE LA CREACION DEL HOMBRE

93. ADAN Y EVA

Dice San Juan Crisóstomo que cuando el emperador va a hacer su entrada en una ciudad, todas las personas que están a su servicio hacen sus preparativos, para que cuando llegue su soberano esté todo dispuesto para recibirle; y así ocurrió con el primer hombre, el rey de la creación.

Había sido creado el mundo, los astros colgaban del cielo; la tierra estaba separada del agua y tapizada de flores y con árboles llenos de frutos; los peces andaban por las aguas; las aves hacían resonar los campos con sus conciertos; y los animales esperaban a su señor. Todo estaba dispuesto para recibir al hombre.

Dijo entonces el Señor: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y tenga dominio sobre los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y sobre toda la tierra, y sobre todo reptil que se mueve sobre la tierra" (Gén. I, 26).

Antes el Señor había ordenado: "Hágase la luz": "produzca la tierra". Mas cuando se trata de criar a la más excelente de las criaturas visibles, no emplea palabras de imperio o dominio, sino un lenguaje lleno de suavidad, entrando en consejo consigo mismo y haciendo resplandecer el misterio de la Unidad de Dios

en la Trinidad de personas, en la formación del que lleva en sí la imagen y semejanza del mismo Dios.

"Formó Dios al hombre del barro de la tierra, dice la Escritura, e inspiró en su rostro soplo de vida, y fué hecho el hombre en ánima viviente" (Gén. II, 7).

Fué formado el cuerpo del primer hombre del barro de la tierra, de una tierra roja, cuyo color tenía alguna relación con la carne, que esto es lo que en hebreo significa el nombre de **Adán**; y de tierra virgen, como figura que era del segundo Adán, que había de nacer de una madre virgen.

Formada por Dios la estatua del barro de la tierra, que aun carecía de vida y de movimiento, inspiró en su rostro un soplo de vida, esto es, crió el alma racional y la unió al cuerpo para darle vida y movimiento, indicándonos así que el alma del hombre no fué sacada del cuerpo, ni formada de otra materia, sino del fondo mismo de Dios, a la manera que nuestro soplo procede del fondo de nuestras entrañas, lo que nos demuestra el origen divino, la espiritualidad y consiguiente inmortalidad del alma humana.

Creado Adán, hizo el Señor que las aves del cielo y los animales de la tierra se presentasen a él, en reconocimiento del dominio y potestad que le daba sobre todos ellos, y para que viese cómo los había de llamar, a cada uno por su nombre.

"Y llamó Adán por sus nombres a todos los animales, y a todas las aves del cielo y a todas las bestias de la tierra; mas no se hallaba para Adán ayuda semejante a él" (Gén. II, 20). Los miraba a todos pareados y con compañía, al paso que él se veía solo y sin ella.

"Dijo también el Señor Dios: No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle ayuda semejante a él" (Gén. II, 17), esto es, démosle una compañía seme-

jante en la condición y naturaleza; que le asista; que converse y viva con él; que juntamente con él me alabe y bendiga; y con quien pueda conservar y multiplicar su especie.

"Por tanto el Señor Dios hizo caer en Adán un profundo sueño; y habiéndose dormido, tomó una de sus costillas, e hinchó carne en su lugar. Y formó el Señor Dios la costilla, que había tomado de Adán, en mujer: y llevósela a Adán. Y dijo Adán: Esto ahora, hueso de mis huesos y carne de mi carne: ésta será llamada Varona, porque del varón fué tomada. Por lo cual dejará el hombre a su padre, y a su madre, y se unirá a su mujer: y serán dos en una carne" (Gén. 21, 22, 23 y 24).

El Señor no sacó a la mujer de la cabeza del hombre, como para mandar y ser la señora; ni tampoco de los pies, porque no debía ser pisada y tratada como esclava, sino del costado, con el fin de que el hombre la mirase como una compañera, que Dios le había dado para llevar los trabajos de la vida.

La exclamación que profirió Adán, por instinto particular de Dios, demuestra desde su origen la santidad del matrimonio, que produce una unión tan estrecha y fuerte en los corazones de las personas que Dios une con ese sagrado lazo, que deben abandonar a su padre y a su madre para vivir juntos, llegando a ser un mismo espíritu y un mismo cuerpo, para verse reproducidos en los hijos, que son la gloria y el fin propio del matrimonio.

94. ALMA Y CUERPO

El ser humano es un compuesto de alma y cuerpo.

Hemos visto que una vez que Dios hubo formado el cuerpo del hombre del barro de la tierra, inspiró en su rostro un soplo de vida, lo que importa decir que al cuerpo material unió un alma espiritual que lo vi-

vificara. Sólo cuando el alma fué infundida en el cuerpo "quedó hecho el hombre viviente con alma racional" (Gén. II, 7). Un cuerpo sin espíritu, dice el Apóstol Santiago, está muerto (II, 16).

El cuerpo del hombre, su parte menos noble, es una obra maestra de orden y sabiduría. Galeno, el ilustre médico de la antigüedad, después de haber expuesto la estructura admirable del cuerpo humano, exclamó: "He entonado a la divinidad el himno más hermoso que se puede cantar".

Cada vez que nos servimos del cuerpo, dice Bossuet, para hablar, respirar o movernos de cualquier modo que sea, debemos sentir a Dios siempre presente.

Después estudiaremos las cualidades del alma, hecha a imagen y semejanza de Dios.

La existencia del alma es de aquellas verdades que no puede negar un hombre, que está en su cabal sentido, porque sus propios pensamientos y la misma razón con que discurre le están diciendo que hay en su persona algo superior a la simple materia, la cual es incapaz de pensamiento y raciocinio.

El **materialismo**, al decir del Padre Lacordaire, es una doctrina abyecta y contraria a la naturaleza humana, cuyo origen sólo se explica por la corrupción del corazón, que procura rebajar al hombre de la altura de su excelsa dignidad, a fin de destronar junto con su calidad de su ser espiritual, las ideas de verdad, justicia, orden y responsabilidad, huéspedes ilustres cuya sola presencia molesta al vicio y lo incita a la revuelta.

"Disimulo muchas cosas, decía Napoleón, pero me horroriza el materialista. ¿Cómo queréis que tenga algo de común con un hombre que no cree en la existencia del alma, que cree que es un pedazo de lodo, y que quiere que yo también lo sea como él?"

"¿Qué es el hombre?, pregunta Legouvé, un cuerpo, o bien un cuerpo y una alma? Cuando veo en la calle dos hombres que pelean, deduzco que hay delante de mí dos hombres. Ahora bien, yo siento en cada instante, dentro de mí, dos seres que combaten siempre. Apetitos, pasiones, necesidades, todo es diverso en ellos. Cuando el uno tira hacia la derecha, el otro tira hacia la izquierda. Yo deduzco necesariamente que soy un compuesto de dos substancias contrarias. Tales son las pruebas que me trae la experiencia de todos los días, mi buen sentido. ¿Pero qué es esto al lado de lo que me dice el corazón? He tenido en mi vida afectos profundos, y he sufrido pesares incurables cuando he perdido los objetos de mi cariño. ¡Ahora bien! escuchadme: jamás, jamás, jamás me resolveré a creer que lo que he amado en ellos era una simple combinación de ázoe y oxígeno. Jamás podré persuadirme que yo que los siento soy una mezcla cualquiera de elementos materiales. Esta idea me causa horror".

No sólo existe el alma humana, sino que es algo distinto del cuerpo, la cual tiene vida propia, independiente de los sentidos. Recordemos lo que dice San Agustín, que para enseñar a su amigo Evodio esta verdad, le contó la siguiente historia: "Conocéis a nuestro querido hermano Gennadio, el célebre médico que después de haber ejercido su profesión en Roma con tanto brillo, vive actualmente en Cartago; sabéis que es un hombre que tiene una caridad particular por los pobres. Ha tenido esa caridad desde joven, y sin embargo dudaba de que hubiese otra vida después de esta. Pero Dios no podía dejar mucho tiempo en el error a un hombre tan misericordioso. Una noche vió en sueños a un joven muy hermoso que le dijo: Seguidme. Gennadio lo siguió y llegaron a una ciudad, en la que oyó una música de una dulzura y una armonía que superaban todo lo que había oído en su vida. Deseando

saber lo que era, preguntó al joven, que le dijo: Son los cánticos de los bienaventurados habitantes de la Jerusalén celestial. Despertó de su sueño, y no dió a la visión más importancia que la que se da ordinariamente a un sueño. A la noche siguiente, se le apareció de nuevo el mismo joven, durante el sueño, y le preguntó si lo conocía. — Perfectamente, le respondió Gennadio. — Pero ¿dónde me habéis visto? — Gennadio, que tenía muy fresco el recuerdo de la música deliciosa que había oído la noche antes, no vaciló en decírselo. — Pero ¿eso que visteis, le dijo el joven, fué en el sueño o despierto? — En el sueño, respondió Gennadio. — Es verdad, en sueño lo visteis; y lo que veis ahora también ocurre en sueño. — Gennadio asintió. — ¿Y dónde está ahora vuestro cuerpo?, le preguntó el joven. — En mi lecho, respondió Gennadio. — ¿Y sabéis bien, añadió el joven, que los ojos de vuestro cuerpo están ahora cerrados, y sin acción alguna, y que no es con su ayuda con lo que ahora veis? — Sí lo sé, contestó Gennadio. — Y si no es con los ojos del cuerpo ¿con qué ojos me veis ahora? — Y como Gennadio se turbase con esta pregunta y no acertara lo que debía contestar, el joven le dió a entender por qué le hacía esas preguntas, diciéndole: Reconocéis que los ojos de vuestro cuerpo están cerrados y sin acción alguna mientras dormís en vuestro lecho, sin embargo tenéis otros ojos con los cuales veis todo lo que se os presenta en este momento; de igual manera, cuando vuestro cuerpo esté muerto y vuestros ojos corporales nada puedan percibir, quedará siempre viva vuestra alma, capaz de ver y de sentir de otra manera''.

Para ponderar la excelencia del alma humana y el valor que Dios mismo le atribuye, basta pensar en el misterio del Hijo de Dios, muerto en una cruz para salvación del género humano: **¡Anima tanti vales!**

Este valor del alma lo comprendían los mismos

paganos. Habiéndole dicho en cierta ocasión Esquines a Sócrates: "Soy pobre, nada más tengo que mi persona; me doy todo a vos", Sócrates respondió: "¿Has advertido cuán grande es la dádiva que me haces?"

El alma humana tiene una dignidad tan grande que el obispo Ketteler calificaba como **soberanía**, agregando que la consideraba más augusta aun que la soberanía del Estado. "El Estado pasa, decía, mientras que el alma del hombre vive eternamente. Uno y otra tienen en Dios su principio, y por lo tanto, sus relaciones mutuas, su armonía y coordinación. El Estado y la conciencia humana no deben oponerse ni repudiarse, sino respetarse mutuamente y moverse dentro del círculo de atribuciones que Dios les ha asignado respectivamente. Pero si no pudieran conciliarse, no vacilaríamos en defender la dignidad humana contra las pretensiones del Estado. Sí, lo proclamamos en voz alta; a un Estado con ciudadanos sin conciencia, preferiríamos hombres de conciencia, aunque no pertenecieran a ningún Estado".

Dice el Eclesiástico que hay que honrar el alma, como ella merece ser honrada (X, 31). Por eso la gran preocupación de los santos, que son los verdaderos sabios, es salvar su alma. Sólo en eso ocupan su vida.

Tenemos una sola alma, y de su suerte depende nuestra felicidad o desgracia eterna.

El Papa Benedicto IX, puesto en el trance de faltar a su deber o disgustar al Emperador, respondió al mensajero que en nombre de su señor pedía algo que repugnaba a su conciencia: "Decid al Emperador que tengo una alma; que si tuviera dos, talvez me resolvería a sacrificar una en obsequio suyo; pero no soy tan necio que me exponga a perder la única que tengo por acceder a su petición".

Sin embargo, hay hombres que viven como si no tuvieran alma, como si Dios y el orden sobrenatural

no existieran. A ellos alude la Escritura, cuando dice: "El ha recibido en vano el alma" (Salmo XXII, 4).

95. EL HOMBRE FUE HECHO A IMAGEN Y SEMEJANZA DE DIOS

Dios crió al hombre a su imagen y semejanza. Esto quiere decir, no que sea igual a El, sino que tiene algunas propiedades semejantes a las de Dios; semejanza que se muestra sobre todo en el alma espiritual de que fué dotado.

Los dones o propiedades que hacen al hombre semejante a Dios son unos **naturales**, esto es, que pertenecen a la esencia de la cosa misma, de manera que sin ellos no hubiera sido un hombre perfecto y completo; y otros **sobrenaturales**, que no pertenecen a su propia esencia, sino que son de mayor valor, esto es, que lo elevaron a un orden de vida superior.

Los dones **naturales** son: estar dotado de un alma inmortal; y que esta alma sea racional y adornada de libre albedrío.

El alma humana es **inmortal**, es decir, no puede naturalmente dejar de existir.

"Nada temáis, decía Jesucristo, a los que matan el cuerpo y **no pueden matar el alma**; temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno" (Mat. X, 28). Y en otra parte habla del premio y del castigo eterno (Mat. XXV, 46). A esta voz de Dios se une todo el sentir del género humano. "Esto es lo que nos grita la naturaleza, dice San Agustín; lo que está impreso por el Criador en el fondo de nuestros corazones; lo que los hombres saben, desde la escuela de los niños hasta el trono del sabio Salomón; lo que cantan los pastores en las campiñas; lo que enseñan los sacerdotes en el templo; lo que el género humano anuncia en todo el universo".

El alma humana está dotada de **entendimiento,** con el cual conoce: en esto se asemeja a Dios, que también conoce; pero no le es igual, porque Dios es omnisciente y conoce todas las cosas desde la eternidad y con suma perfección, mientras que el hombre sólo conoce algunas y de un modo imperfecto y por grados. Dios le dió la inteligencia, para que obrase conforme a razón, distinguiéndose así sustancialmente de los animales irracionales. "El hombre usa de la razón, dice el padre Nieremberg, como el león de sus uñas, el ciervo de sus pies, la garza de sus alas, para defensa de su vida. A cada animal dió la naturaleza su dote y gracia; al hombre con darle sola la razón, le dió más que a todos".

El alma humana está dotada de **libre albedrío,** que es la facultad de querer o no querer una cosa, de elegir entre el bien o el mal, sin que nadie pueda obligarle a querer lo que no quiere. En esto se asemeja a Dios, que hace siempre su voluntad soberana, sin que nadie le pueda forzar; pero no es igual a Dios, porque Dios, como Omnipotente que es, hace todo cuanto quiere y el hombre sólo puede hacer algunas cosas. Además, Dios solamente puede querer el bien y nunca el mal; y el hombre puede querer el mal.

El alma humana es también una semejanza de la Santísima Trinidad: en una sola sustancia tiene tres potencias distintas: memoria, entendimiento y voluntad; por la memoria, según San Bernardo, se asemeja al Padre; por el entendimiento, al Hijo; y por la voluntad, al Espíritu Santo.

Los dones **sobrenaturales,** que asemejaban a nuestros primeros padres a Dios, consistían, en que en su corazón habían sido adornados de la gracia santificante, que los hacía hijos de Dios y herederos del cielo; en que tenían un entendimiento ilustrado con gran luz de conocimiento; en que estaban libres de toda in-

clinación concupiscible; y en que estaban exentos de dolores y penas, y nunca habían de morir.

Esos dones extraordinarios y sobrenaturales eran, según Santo Tomás, una merced gratuita, a la cual el hombre por su naturaleza no tenía derecho alguno.

Por la gracia santificante y otros dones de que estaban enriquecidos eran imagen sobrenatural de Dios, semejantes a El en la santidad; por el conocimiento e ilustración de su inteligencia, le eran semejantes en la ciencia; por el dominio sobre sus pasiones, en la potencia; y por la exención de todo sufrimiento, en la dicha.

La **gracia santificante** tenía por objeto hacerlos partícipes de la naturaleza divina en su estado de justicia y santidad (2. Petr. I, 4).

Respecto a la ilustración de su **entendimiento** dice el Eclesiástico, hablando de la creación del hombre y de la mujer: "De la sustancia del mismo formó Dios una ayuda semejante a él; dióles a entrambos razón y lengua, y ojos, y orejas, e ingenio para inventar, y les llenó de las luces del entendimiento. Crió en ellos la ciencia del espíritu y les hizo conocer los bienes y los males. Acercó la luz de sus divinos ojos a sus corazones, para hacerles conocer la magnificencia de sus obras" (Eccli. XVII, 5, 6 y 7).

Estaban **libres de inclinación concupiscible.** "Y estaban ambos desnudos, a saber es, Adán y su mujer; y no se avergonzaban" (Gén. II, 25). Como la carne no se había rebelado todavía contra el espíritu, y se hallaban en un estado de perfecta inocencia, por eso no se avergonzaban entonces de estar desnudos. La vergüenza que después tuvieron fué a un mismo tiempo el efecto y la justa pena de su pecado.

Eran **inmortales.** "Porque Dios crió inmortal al hombre, y formóle a su imagen y semejanza; mas por

la envidia del diablo entró la muerte al mundo" (Sab. II, 23 y 24).

El mandato, y la amenaza del Señor, si violaban la orden indican que el hombre en el estado de gracia no debía morir en cuanto al cuerpo. "Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas; porque en cualquier día que comieres de él, morirás" (Gén. II, 17).

Esta semejanza sobrenatural con Dios, y demás dones anexos a ella, fueron concedidos a nuestros primeros padres, no sólo para ellos, sino también para todos sus descendientes, constituyendo el precioso **caudal de familia,** o **patrimonio,** que ellos, como cabezas del género humano, debían guardar intacto para transmitirlo a sus descendientes.

96. UNIDAD DE ORIGEN DE TODAS LAS RAZAS HUMANAS

Después que Dios hubo criado a Adán y Eva, les echó su bendición y les dijo: "Creced y multiplicaos y henchid la tierra" (Gén. I, 28).

En un discurso en el Areópago de Atenas dijo el apóstol San Pablo, hablando de ese Dios que adoraban sin conocerle, y que él venía a anunciarles: "Es el que **de uno solo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres,** para que habitase la vasta extensión de la tierra, fijando el orden de los tiempos y los límites de la habitación de cada pueblo" (Hechos XVII, 26).

Es artículo de fe que todos los hombres, que actualmente pueblan la tierra, descienden de Adán y Eva, primeros padres del linaje humano; y este dogma se halla íntimamente unido con el del pecado original y el de la Encarnación y Redención del mundo.

Las tradiciones de todos los pueblos, así las orales como las escritas, transmitidas por los libros más

antiguos, convienen de la manera más admirable en hacer descender a todo el género humano de una sola pareja.

Cálculos de la mayor sencillez demuestran que una sola pareja ha bastado para la propagación del género humano, y la inmensa mayoría de los sabios más eminentes profesan la unidad de estirpe.

La organización física es la misma en todos los hombres, en cuanto a las partes esenciales; todos están dotados de razón; tienen la facultad de hablar un lenguaje articulado, y de expresar sus pensamientos con el solo fin de comunicarlos a sus semejantes; las razas más groseras pueden mejorarse con una civilización progresiva; y todos, aunque en diversos grados, tienen cierto sentimiento moral y religioso. Las variedades de colores y de conformación no son más que accesorios, que se explican fácilmente por la diferencia de los climas y los hábitos.

Los sabios más eminentes están también de acuerdo, confirmando el relato de Moisés, en que el hombre fué colocado en un solo punto de la tierra, del cual ha irradiado para poblar sucesivamente la totalidad del globo.

Buffon afirma: "Desde que todos los hombres pueden comunicarse entre sí y producir por medio de su unión, es evidente que vienen del mismo principio u origen y que forman una sola familia".

CAPITULO DECIMO

EL PECADO ORIGINAL

97. LA RELACION BIBLICA

El Génesis refiere el pecado de nuestros primeros padres, y esa relación, en el sentir de todos los doctores de la Iglesia, ha de entenderse **literalmente,** como un hecho histórico, y no como una parábola o figura.

Adán y Eva habían recibido de Dios, además de los dones propios a su naturaleza racional, dones sobrenaturales o extraordinarios, que los hacían hijos de Dios por la gracia, llamados a gozar de El eternamente; y ésto, como una herencia o don **gratuito,** muy superior a los dones naturales.

A pesar de la gratuidad del don, quiso Dios que los hombres tuvieran algún mérito propio en alcanzarlo, y les impuso una condición fácil de cumplir, un mandato que debían obedecer.

Colocado Adán en el paraíso del deleite para que lo labrase y guardase, Dios le mandó, diciendo: "De todo árbol del paraíso comerás, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas: porque en cualquier día que comieres de él, morirás" (Gén. II, 16, 17).

El demonio, llamado también por la Escritura la **antigua serpiente,** entró en el cuerpo de este animal astuto, que con sus vueltas y revueltas se introduce en

todas partes, derramando su veneno sin que se perciba; y se dirigió a Eva, como a la más flaca, diciéndole: "¿Por qué os mandó Dios que no comieseis de todo árbol del paraíso?" A lo cual respondió la mujer: "De la fruta de los árboles que hay en el paraíso, comemos: mas de la fruta del árbol, que está en medio del paraíso, nos mandó Dios que no comiéramos, y que no lo tocáramos, porque no muramos".

Sienten los Padres y expositores de la Escritura que Eva profirió esas palabras, flaqueando ya en su fe, y San Agustín dice que ya había hecho asiento en su corazón un oculto amor de la propia libertad y una cierta soberbia y presunción de sí misma.

Dijo la serpiente a la mujer: "De ninguna manera moriréis. Porque sabe Dios, que en cualquier día que comiereis de él, serán abiertos vuestros ojos; y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal".

Lo que equivale a decir: no seais necios. Si Dios os ha prohibido comer de la fruta de ese árbol, es porque sabe que en el punto mismo en que comáis de ella, llegaréis a ser semejantes a él.

Vió la mujer, que el árbol era bueno para comer, y hermoso a los ojos, y agradable a la vista: y tomó de su fruto y comió" (Gén. III, 6).

La fruta prohibida, según San Agustín, no era mala para comer, pues ¿cómo había de poner Dios cosa mala en paraíso tan feliz? Sólo era dañosa, en cuanto era prohibida.

El demonio aparece contradiciendo la palabra del Señor, y mintiendo. Como dice el Evangelio: "Criado justo no permaneció en la verdad; y así no hay verdad en él: cuando dice mentira, habla como quien es, por ser de suyo mentiroso y **padre de la mentira**" (Juan VIII, 44).

Dios había afirmado una cosa, dice San Bernardo; el demonio niega; y la mujer duda, es decir, no dió

crédito a Dios; y desobedeció, cometiendo un pecado de infidelidad y desobediencia.

Después de haber comido Eva, dió a su marido, el cual también comió (Gén. III, 6). Eva fué engañada por la serpiente, y comió de la fruta, persuadida que tendría efecto lo que el demonio le había dicho; pero Adán no fué engañado, sino que comió por condescender con su mujer; y esta condescendencia de Adán, dice San Agustín, hizo mayor su pecado; su ambición fué más insolente, y su desobediencia más digna de castigo. Debiendo oponerse, como era razón, al injusto deseo de su mujer, afeándole su hecho, y descubriéndole la trama y ardid de la serpiente, se dejó llevar de sus insinuaciones; y por no darle que sentir, viendo el mal y conociéndolo, se precipitó en él, con pleno y entero conocimiento y voluntad. El mismo santo dice que Adán alimentaba ya en su corazón una secreta complacencia de sí mismo, y que el demonio, envidioso de su felicidad, le había inspirado el mismo orgullo que le derribó a él.

San Pablo enseña que Adán no fué engañado como la mujer; sino que ésta, engañada por la serpiente, fué la causa de la prevaricación del hombre (I Tim. II, 14).

"Y fueron abiertos los ojos de entrambos; y habiendo ellos echado de ver que estaban desnudos, cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales" (Gén. III, 7).

Perdieron la gracia y la inocencia que les servían como de velo para no ver su desnudez, y, corrido ese velo que los protegía, se avergonzaron de su lastimoso estado, comprendiendo la gravísima culpa que habían cometido y que envolvía en la desgracia, junto con ellos, a toda su posteridad.

"Y habiendo oído la voz del Señor Dios que se paseaba en el paraíso al aire después de medio día,

escondióse Adán y su mujer de la presencia del Señor Dios en medio del árbol del paraíso. Y llamó el Señor Dios a Adán, y díjole: ¿En dónde estás? (Gén. III, 8 y 9). No ignoraba Dios en dónde estaba Adán; pero con esa voz llena de misericordia lo convida a que vuelva sobre sí, reconozca su pecado e implore el perdón.

Adán respondió: ''Oí tu voz en el paraíso y tuve temor, porque estaba desnudo y escondíme'' (Gén. III, 10). Y díjole el Señor, dándole ocasión para que reconociera su pecado: ''¿Y quién te ha dicho que estabas desnudo, sino el haber comido del árbol, de que te mandé que no comieras?'' Y contestó Adán: ''La mujer que me diste por compañera, me dió del árbol y comí''. Esa respuesta de Adán equivalía a decir: Si no me hubieras dado esa compañera, no me viera yo reducido ahora al estado infeliz en que me hallo, disculpa torpe que acusaba a la mujer y en cierto sentido al mismo Dios.

Entonces el Señor preguntó a la mujer: ''¿Por qué has hecho esto?'' Ella respondió: ''La serpiente me engañó y comí''.

Y dijo el Señor Dios a la serpiente: ''Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales, y bestias de la tierra: sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los días de tu vida. Enemistades pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje; ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas a su calcañar'' (Gén. III, 15). Aquí anuncia el Señor la lucha perpetua entre el bien y el mal, y en su misericordia infinita, aun antes que el hombre se arrepienta de su culpa, le apareja el remedio, anunciándole aquella Mujer que llena de gracia dará a luz un Hijo Dios, que será la cabeza de un nuevo pueblo, destinado a aplastar a la serpiente.

''Dijo asimismo a la mujer: Multiplicaré tus dolores, y tus preñeces; con dolor parirás los hijos, y esta-

rás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre ti'' (Gén. III, 16).

Castigó el Señor a la mujer multiplicando los trabajos, incomodidades y miserias de sus preñeces y haciendo que el parto de los hijos se produjera con dolores terribles, de manera que ella soporta la carga más pesada del matrimonio; y además le quitó el derecho de su libertad de que había abusado, y como deseó ser semejante a Dios, por esto el Señor la sujetó a la autoridad de su marido. Y esto, dice San Agustín, fué un castigo de su culpa, más que condición de su naturaleza. Y este orden puesto por el Señor, que somete a la mujer a la autoridad del marido, debe necesariamente guardarse; porque de lo contrario se invertiría el orden de Dios, y se multiplicaría más y más la culpa.

Y el Señor dijo a Adán: ''Por cuanto oíste la voz de tu mujer, y comiste del árbol, de que te había mandado que no comieras, maldita será la tierra en tu obra; con afanes comerás de ella todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la yerba de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, de la que fuiste tomado; porque polvo eres, y en polvo te convertirás'' (Gén. III, 17, 18 y 19).

Por lo que hizo Adán lo castigó el Señor, maldiciendo a la tierra para que comiera con afán y molestia y le impuso la ley del trabajo, que es general a todos los hombres, de manera que nadie puede legítimamente pasar su vida en el ocio y las delicias.

Aunque no murió inmediatamente en el cuerpo, empezó a experimentar que no daba paso sobre la tierra, que no lo condujese a resolverse en la tierra de que había sido formado; y comenzó a sentir las enfermedades, el cansancio, el hambre, la sed, el frío, el calor, la alteración de los elementos, la molestia de las

criaturas mismas que se rebelaron contra él, y las pasiones que a un mismo tiempo le declararon cruda guerra. Todo esto no era más que una imagen imperfecta de la muerte espiritual del alma, en que incurrió por el pecado de desobediencia y presunción.

Pero en su Providencia infinita quiso el Señor que esas mismas penas a que lo condenaba le sirvieran para despertarle a penitencia, y para que padeciendo en el cuerpo, le asegurasen la salvación del alma.

98. IMPORTANCIA DE LA DOCTRINA CATOLICA SOBRE EL PECADO ORIGINAL

La caída de nuestros primeros padres, lo que llamamos el **pecado original,** es el fundamento de todos los dogmas cristianos, que necesariamente la suponen, a saber, de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, su vida, pasión y muerte, de la redención, de la gracia, etc.

Es también, según confesión de Voltaire, el fundamento de la doctrina religiosa de todos los pueblos antiguos, que tenían ritos expiatorios para purificar al niño a su entrada en la vida, lo que supone la idea de que todos nacemos impuros y pecadores.

Sin este misterio del pecado original, el más incomprensible de todos, dice Pascal, nosotros no podríamos comprendernos a nosotros mismos. Todas las vueltas y pliegues de nuestra naturaleza pasan en el nudo de este abismo; de manera que el hombre es más incomprensible sin este misterio, que no este misterio es incomprensible al hombre.

El que rechaza la doctrina del pecado original, dice Ketteler, no hallará en la historia del mundo sino un misterio impenetrable. Sólo el que la admite, se entiende a sí mismo y la historia de la humanidad.

Y San Agustín afirma que toda la ciencia cristia-

na descansa sobre el conocimiento de la naturaleza humana, caída en Adán y levantada en Jesucristo.

La ignorancia, que fué el fruto y la consecuencia del pecado original, hizo necesaria la revelación divina para la salvación de los hombres.

"Es necesario, dice Santo Tomás, para la salvación del linaje humano, que además de las ciencias filosóficas que estudia la razón natural hubiese una ciencia fundada en la revelación; porque el hombre debe conocer su fin para encaminar a él su voluntad y sus acciones; era necesario para su salvación que la revelación divina le enseñase las verdades que no puede descubrir con sus propias luces".

99. GRAVISIMOS EFECTOS DEL PECADO ORIGINAL

1.° **Perdieron nuestros primeros padres, para ellos y para sus descendientes, la gracia santificante y todos los dones sobrenaturales o extraordinarios, y viciaron la semejanza natural que con el Creador tenían.** Así lo ha definido el Santo Concilio de Trento: "Si alguno, dice, no confiesa que el primer hombre, Adán, al infringir el mandamiento de Dios en el paraíso terrenal, perdió en el acto la santidad y la justicia en que había sido criado, y que incurrió por esta infracción en la cólera e indignación de Dios, y por ella hasta en la muerte, con la que Dios había amenazado antes, y con la muerte, en el cautiverio bajo el poder del que tuvo en seguida el imperio de la muerte, es decir, del demonio; y finalmente, que toda la persona de Adán fué enteramente cambiada y degradada en su cuerpo y en su alma por efecto de esta desobediencia, excomulgado sea".

El hombre era imagen de Dios, por razón de los dones naturales y de los sobrenaturales; estos últimos

los perdió por el pecado; pero los dones naturales no los perdió, sino que quedaron viciados; de modo que la razón conoce, pero no con tanta claridad como antes del pecado; la voluntad existe, pero está enflaquecida y solicitada por los malos deseos. En otros términos, el pecado original introdujo en ella el desorden; las pasiones inferiores se levantaron contra la razón y contra el deber, y empezó una lucha constante, que caracteriza nuestra vida terrenal, y que sólo termina el día de la muerte. "Una molestia grande es innata a todos los hombres; y un yugo pesado abruma a los hijos de Adán desde el día que nacen hasta el día de su entierro (Eccli. XL, 1). "La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra" (Job VII, 1).

Echo de ver en mis miembros decía, San Pablo, otra ley que resiste a la ley de mi espíritu (Rom. VIII, 23); y el poeta latino, a pesar de ser pagano y no creer en el pecado original, hacía la misma confesión: "**Video meliora, proboque, deteriora sequor**". "Veo el bien, lo apruebo y no obstante hago el mal".

Aludiendo a esa lucha constante, decía Racine: "Siento dos hombres dentro de mí"; y el rey de Francia, Luis XIV agregaba: "Conozco bien a esos dos hombres".

Fruto del pecado original es esa contradicción, ese **contraste** tan notable entre la grandeza del hombre, destinado a fines tan altos, y la pequeñez y la miseria de sus bajas pasiones.

¡Qué quimera es el hombre! exclama Pascal: ¡Qué novedad, qué monstruo, qué caos, qué sujeto de contradicción, qué prodigio! ¡Juez de todas las cosas, e imbécil gusano de la tierra!, ¡depositario de la verdad y cloaca de la duda y del error!, ¡gloria y deshecho del universo! ¿quién aclarará este enigma?

Esta inclinación al mal existe en el hombre desde sus primeros años, y debe ser reprimida severamente:

en esta represión estriba toda la ciencia de la educación. Los sentidos y pensamientos del corazón humano, dice la Escritura, están inclinados al mal desde su mocedad (Gén. VIII, 21).

El gran economista Le Play dice al respecto:

"La más grosera de las nodrizas, como la más perspicaz de las madres, puede comprobar a cada momento que la propensión al mal predomina entre los niños. Los grandes pensadores que los han observado personalmente, llegan a la misma conclusión. Finalmente todos los maestros, que han logrado formar hombres eminentes, sólo lo han conseguido reprimiendo con una solicitud constante las inclinaciones viciosas de sus alumnos".

Esta debilidad de nuestra naturaleza nos obliga a invocar al Señor, pidiéndole su gracia, por medio de la oración, a fin de no caer en faltas graves.

El más sabio de los hombres, Salomón, reconocía esa mala inclinación de su naturaleza viciada y la necesidad que sentía de pedir la gracia divina para no caer en el pecado de lujuria: "Como comprendí, dice, que no podía ser casto sin un don especial de la bondad divina, recurrí al Señor para pedirle esta gran gracia" (Sab. VIII, 21).

2.º El pecado sujetó al hombre a la **muerte**, a las enfermedades, dolores, aflicciones y trabajos.

Antes del pecado no estaba Adán sometido a las penalidades de la vida, ni a las enfermedades, ni a la muerte; vivía dichoso en el paraíso, y su felicidad no tenía sombra alguna.

Por el pecado fué condenado a la muerte y a los sufrimientos. Si no fuera por el pecado no moriríamos, seríamos trasladados en cuerpo y alma al cielo.

"Con el sudor de tu rostro, le dijo el Señor, comerás tu pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste formado, porque polvo eres y en polvo te con-

vertirás'' (Gén. III, 19). La Iglesia nos recuerda estas palabras, el Miércoles de la Semana Santa, cuando el sacerdote esparce la ceniza sobre nuestra frente, diciendo: ''Acuérdate, oh hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir''.

La Sagrada Escritura alude a este castigo en muchos pasajes. Dice el libro de la Sabiduría: ''Dios crió inmortal al hombre, y formóle a su imagen y semejanza; mas por la envidia del diablo entró la muerte al mundo'' (II, 23 y 24).

Y el apóstol San Pablo enseña: ''Así como por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el **pecado** la muerte; así también la muerte se fué propagando en todos los hombres, por aquel solo Adán, en quien todos pecaron'' (Rom. V, 12). Y en otra parte dice: ''Está establecido que todos los hombres mueran''.

Al reconocer y deplorar el hombre el triste estado a que se encuentra reducido, confiesa, dice De Maistre, el dogma lamentable del pecado original, porque no puede ser perverso sin ser inclinado al mal, ni malo sin ser degradado, ni degradado sin ser castigado, ni castigado sin ser culpable.

En cuanto al efecto del pecado original en la otra vida, es de fe que nos priva del cielo a no ser que lo borre el bautismo. Lo dice expresamente Nuestro Señor: ''El que no haya sido regenerado por el agua y el Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de los cielos'' (S. Juan III, 5).

3.° El pecado de Adán y Eva pasa con todas sus malas consecuencias a **todos sus descendientes.**

Se llama **original**, para significar que los descendientes de Adán y Eva no lo cometemos personalmente, sino que lo heredamos de Adán, cabeza del género humano, y lo contraemos en cuanto nacemos descendientes de él.

Por culpa de nuestros primeros padres nacemos

sin la gracia santificante, necesaria para ser agradables a los ojos de Dios, esto es, nacemos en estado de pecado, o de muerte espiritual, y necesitamos ser regenerados por las aguas del bautismo.

"Mira, pues, dice el santo rey David, que fuí concebido en iniquidad y que mi madre me concibió en pecado" (Salmo L, 7).

La Iglesia ha definido esta doctrina, en el decreto 2 de la sesión 5.ª del santo Concilio de Trento: "Si alguno pretendiera, dice, que el pecado de Adán no fué perjudicial más que para él solo y no para su posteridad, y que la justicia y la santidad que había recibido de Dios sólo se perdieron para él, y no para nosotros al mismo tiempo; o que, manchado por el pecado de la desobediencia, no ha transmitido al género humano más que las penas corporales y no el mismo pecado, que es la muerte del alma, excomulgado sea; porque contradice al Apóstol, que nos dice que el pecado entró en el mundo por medio de un solo hombre, y la muerte por el pecado, y que también la muerte ha pasado a todos los hombres por aquel en quien todos han pecado".

La Santísima Virgen, por una gracia especial, en atención a los méritos de Jesucristo, fué exenta del pecado original, y esta doctrina de la Inmaculada Concepción de María, contenida en la Tradición de la Iglesia desde los primeros tiempos, fué declarada dogma de fe por Pío IX, el año 1854.

Por eso la Iglesia celebra también la fiesta del Nacimiento de la Santísima Virgen; en cambio, de los demás santos celebra el día de su muerte, que es el día en que su santidad quedó consumada.

Esta trasmisión del pecado original a los descendientes de Adán y Eva guarda perfecta conformidad con la razón y con el sentir general de los hombres en materia de herencia.

La ley de la herencia, en virtud de la cual se trasmite a los descendientes de Adán el pecado original, se aplica en materia de trasmisión de los bienes, y en todo lo que se relaciona con el honor y la infamia de los padres y los abuelos.

"Se pregunta algunas veces, dice José de Maistre, ¿por qué la venganza de un crimen ha de recaer sobre la posteridad del culpable?, y los mismos que eso preguntan, se jactan en seguida de los méritos de sus abuelos, lo que importa una contradicción manifiesta".

"En materia de deshonra hereditaria, no hay otro incrédulo que aquel que la soporta; pero su juicio, por ser interesado, carece de valor. A aquéllos que, por darse el placer de mostrar talento o de contradecir las ideas generales, hablan o escriben contra lo que llaman la suerte o el prejuicio del nacimiento, proponedles, si tienen un apellido honorable, asociarse por el matrimonio con una familia que ha tenido alguna grave caída en tiempos anteriores, y veréis lo que os contestan. Los argumentos que suministra la razón contra esta ley de la herencia se parecen al de Zenón contra la posibilidad del movimiento: no se sabe qué contestar, pero el movimiento existe".

La historia nos suministra ejemplos elocuentes, que demuestran que tanto el pecado como la virtud del padre recaen sobre sus hijos y descendientes.

Cuando el patriarca Noé, que había plantado una viña en su campo, bebió de su vino, quedó embriagado y echóse desnudo en medio de su tienda. Lo cual como hubiese visto Cam, padre de Canaán, salió fuera a contárselo a sus hermanos. Pero Sem y Jafet, echándose una capa sobre sus hombros, y caminando hacia atrás, cubrieron la desnudez de su padre, teniendo vueltos sus rostros; y así no vieron las vergüenzas del padre. Luego que despertó Noé de la embriaguez, sabido lo que había hecho con él su hijo menor, dijo:

Maldito sea Canaán, esclavo será de los esclavos de sus hermanos. Y añadió: Bendito el Señor Dios de Sem, sea Canaán esclavo suyo. Dilate Dios a Jafet y habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán su esclavo (Gén. IX, 20 a 27).

La maldición y la bendición de Noé se han cumplido. Los descendientes de Cam han sido los esclavos de los hijos de Sem y Jafet; los israelitas, descendientes de Sem, conquistaron el país de Canaán, y mataron a los cananeos. Los africanos, y demás pueblos descendientes de Cam, han tenido que soportar el yugo de los pueblos que arrancan su origen de Sem y Jafet.

4.º Los efectos del pecado original pesan también sobre **la tierra**, que Dios había criado para el hombre

"Maldita sea la tierra por tu causa", dijo Dios a Adán. "Con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida. Espinas y abrojos te producirá" (Gén. III, 17 y 18).

100. NO DESPRECIEMOS A NUESTROS PRIMEROS PADRES

El pecado de Adán y Eva fué gravísimo; pero Dios lo perdonó, y sacó bienes preciosos de ese mal, dándonos en su amor infinito una redención tan sobreabundante, que la Iglesia no vacila en exclamar, en el oficio del Sábado Santo: "Feliz culpa, que nos ha merecido tener tal Redentor".

Por ese pecado no debemos despreciar a nuestros primeros padres, ni forjarnos ilusiones sobre lo que hubiéramos hecho en su lugar. Recordemos la conocida anécdota del leñador, que contiene mucha sabiduría:

Un leñador y su mujer se quejaban amargamente de las miserias de la vida, y, en especial, la mujer acusaba a nuestros primeros padres, diciendo que ella en

el lugar de Eva no habría pecado por gula, ni por curiosidad. Oyó sus lamentos un rey que por allí cazaba, y les propuso cambiar de suerte y llevarlos a su palacio donde vivirían en la abundancia y la alegría. Así lo hizo, y transcurridos algunos días en que el leñador y su mujer se felicitaban de su nuevo estado y bendecían al rey, éste los llamó y les dijo: "Si queréis vosotros y vuestros hijos poseer siempre la dicha que gozáis y quedaros en este palacio, sólo os impongo una condición: Comeréis de todos los manjares que se os presenten, pero os prohibo tocar uno que se colocará en medio de la mesa en un vaso de oro". Aceptaron gozosos una condición tan fácil para asegurar su dicha y la de sus hijos. A los pocos días la mujer empezó a perder el apetito, pareciéndole insípidos todos los manjares que estaban en la mesa, y no podía separar sus ojos del vaso de oro, sin atreverse a manifestar su deseo. Después de algún tiempo, dijo a su marido: Querría saber únicamente lo que hay dentro del vaso de oro, pero no es mi intención probarlo. Un día que estaban solos, viendo la mujer que su marido no tenía valor para disgustarla, insistió en que podían tocar el vaso, sin que se conociera, limitándose sólo a levantar la tapa para ver lo que había adentro.

Aceptó el marido por condescender con ella y se apresuró el mismo a levantar un poco la tapa para que la mujer quedara satisfecha. Pero ¡oh desgracia! un ratón blanco se agita en el fondo del vaso; asustada la mujer lanza un grito, y el marido deja caer la tapa sobre la mesa y el diminuto preso huye y desaparece. El rey acudió al ruido y sorprendió infraganti a los culpables, expulsándolos de su palacio.

CAPITULO UNDECIMO

EL MESIAS PROMETIDO

101. PROMESA DEL REDENTOR

Hemos visto en la narración que hace la Sagrada Biblia del pecado de nuestros primeros padres, que el Señor, lleno de bondad y misericordia, aun antes de que ellos reconocieran y se arrepintieran de su culpa, les había aparejado el remedio, prometiendo enviar al mundo un Salvador Divino que lo rescatara. Sin el sacrificio del Hijo de Dios, el género humano no habría sido redimido de su culpa, ni se habrían abierto para los hombres las puertas del cielo.

Chateaubriand demuestra en una bella página la **necesidad de este remedio**: "Sabemos, dice, que el hombre fué criado en un estado perfecto, pero que cayó de él por su pecado. Esta tradición se robustece con la opinión unánime de todos los filósofos de todos los tiempos y países, que nunca ha podido explicarse el hombre moral, sin suponer un primitivo estado de perfección del cual cayó la naturaleza. Si el hombre ha sido creado, lo ha sido para algún fin; por consiguiente habiendo sido creado perfecto, el fin a que venía destinado no podía dejar de serlo. Pero ¿la causa final del hombre, no ha sufrido alguna alteración en virtud de su caída? No, puesto que el hombre no ha vuelto a ser criado; no, puesto que la raza humana no ha sido aniquilada para ser reemplazada por otra. Así,

pues, aunque el hombre se ha vuelto mortal e imperfecto, merced a su desobediencia, ha subsistido no obstante con sus fines inmortales y perfectos. Mas, ¿cómo llegará a estos fines en su actual estado de imperfección? No puede con sus propias fuerzas, por la misma razón que un enfermo no puede conseguir lo que un hombre en plena salud. Luego, habiendo quedado los fines del hombre tan perfectos como antes de su pecado, aunque él haya sufrido una degeneración, es necesario admitir una ayuda para que sea puesto en actitud de conseguir su fin, una reparación para su ruina, una medicina para su enfermedad. Una redención, o un medio cualquiera de hacer al hombre capaz de sus fines, es una consecuencia necesaria del estado en que cayó la naturaleza humana''.

Necesitaba el hombre una ayuda, y al mismo tiempo Dios exigía una reparación infinita. Conciliando la Sabiduría Divina el exceso de su bondad y amor a los hombres con los derechos de su justicia, tomó la reparación en la persona de su propio Hijo, que ''fué ofrecido en sacrificio, porque El mismo lo quiso'' (Is. LIII, 7).

Queda así de manifiesto la gravedad del pecado, ya que solo un Dios podía satisfacer dignamente por él.

El apóstol San Pablo nos muestra el plan de la Redención con estas palabras: ''El gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, se dió a sí mismo por nosotros para redimirnos de todo pecado y purificarnos para sí como pueblo agradable, seguidor de buenas obras''. ''Para que justificados por su gracia, seamos herederos, según la esperanza de la vida eterna'' (A Tito II, 14 y III, 7).

El Antiguo Testamento abunda en pasajes que nos anuncian la Redención y tiene libros llamados **proféticos,** porque contienen las más consoladoras profecías.

Inmediatamente después del pecado de nuestros primeros padres, dijo el Señor a la serpiente, esto es, al demonio que engañó a Eva: "Enemistades pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: **ella quebrantará tu cabeza,** y tú pondrás asechanzas a su calcañar" (Gén. III, 15).

Anuncia aquí el Señor la lucha constante entre el linaje de la mujer y el linaje del demonio, y el triunfo de la mujer que quebrantará la cabeza de la serpiente, refiriéndose a aquélla que, llena de gracia, dará a luz un Hijo de Dios, destinado a redimir al mundo.

La misma promesa de un Redentor renovó después el Señor a **Abraham,** padre de un pueblo muy grande, o de muchas gentes, porque lo fué no solamente de los judíos, sino en un sentido más elevado, de todos los fieles que imitaron su fe, tanto judíos como gentiles; razón por la cual Dios le mudó el nombre de Abrán, que quiere decir **padre excelente o elevado,** en Abraham, que significa **padre de la multitud,** o de muchos pueblos, porque Dios lo tenía destinado por padre de muchas naciones (Gén. XVIII, 5).

"Sal, le dijo, de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré. Y hacerte he en gran gente, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendito. Bendeciré a los que te bendigan, y maldeciré a los que te maldigan, **y en ti serán benditos todos los linajes de la tierra**" (Gén. XII, 1 a 3).

Las promesas de Dios, dice el apóstol San Pablo, fueron hechas a Abraham y a su linaje, esto es, a uno de su linaje, que es el Mesías, que es Jesucristo (Gálat. III, 16). Por éste fueron benditas todas las naciones de la tierra, recibiendo la fe del Evangelio, que nos abre las puertas del cielo. Esta fué una magnífica promesa de la Encarnación del Hijo de Dios, que nacería de su prosapia para bendecir a todos los fieles.

Pactó alianza el Señor con Abraham, y le prometió multiplicarlo en gran manera, haciéndolo padre y cabeza de muchas naciones, y anunciándole que reyes saldrían de él. De Abraham salieron David, Salomón, Ezequías, y otros reyes, y sobre todos, el Rey de los reyes y Señor de los señores, como llama el Apocalipsis a Jesucristo nuestro Salvador (XIX, 10).

"Estableceré mi pacto, le dijo, entre mí y tú, y entre tu posteridad después de ti en tus generaciones con **alianza eterna**; para ser Dios tuyo, y de tu posteridad después de ti" (Gén. XVII, 7).

Para afianzar más esta alianza ordenó Dios a Abraham que le ofreciera en sacrificio a su hijo Isaac. El santo patriarca obedeció prontamente, y en el acto de sacrificarlo, le detuvo un ángel. En premio de su obediencia el Señor le renovó las promesas del Redentor que había de salir de su linaje.

"En tu simiente, le dijo, serán benditas todas las naciones de la tierra, porque has obedecido a mi voz" (Gén. XXII, 18).

La desobediencia de nuestros primeros padres nos trajo el castigo, y la obediencia de Abraham nos valió la renovación de la promesa del Redentor que había de salvarnos.

Vuelve el Señor a elogiar la obediencia de Abraham ,renovando en la persona de su hijo **Isaac** sus bendiciones y promesas.

"Multiplicaré tu posteridad, dijo a Isaac, como las estrellas del cielo; y daré a tus descendientes todas estas tierras; **y serán benditas en tu simiente todas las gentes de la tierra**. Por cuanto obedeció Abraham a mi voz, y guardó mis preceptos y mandamientos, y observó mis ceremonias y leyes" (Gén. XXIV, 4 y 5).

Jacob, el hijo preferido de Isaac, vió en sueños una escala mística, por la cual subían y bajaban los ángeles y el Señor apoyado sobre ella, que le renueva

las promesas hechas antes a sus padres, repitiéndole: "**Y serán benditas en ti y en tu simiente todas las familias de la tierra**" (Gén. XXVIII, 14).

Estando Jacob para morir bendijo a sus hijos, y vaticinó lo que había de suceder a sus descendientes. Dirigiéndose a su hijo Judá, le dijo: "Judá, te alabarán tus hermanos", esto es, tu tribu será honrada y reconocida sobre todas las demás, por tu fortaleza, por tus victorias, por el cetro real, que nunca faltará en tu posteridad, y sobre todo porque de ti nacerá el Cristo o el Mesías. "No será quitado, le dijo, de Judá el cetro, y de su muslo el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la expectación de las gentes" (Gén. XLIX, 8 y 10). Esta profecía tuvo su perfecto cumplimiento en Jesucristo, que nació de la tribu de Judá, a quien los hombres adoraron como a Dios y Salvador.

Moisés, cercano a su muerte, anunció también al Mesías. "El Señor Dios tuyo, dijo, levantará para ti, de tu nación, y de entre tus hermanos **un Profeta** como yo; a él oirás. Según demandaste al Señor Dios tuyo en Horeb, cuando se congregó el pueblo, y dijiste: No oiré de aquí en adelante la voz del Señor Dios mío, ni veré ya más este grandísimo fuego, porque no muera. Y el Señor me dijo: Bien has hablado en todo".

"Levantaré para ellos **un profeta** de en medio de sus hermanos semejante a ti; y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que le mandare. Mas el que no quisiere oir sus palabras, que hablará en mi nombre, experimentará mi venganza" (Deut. XVIII, 15 a 19).

Aquí se anuncia, en el sentido literal inmediato, al Profeta por excelencia, que es Jesucristo, en cuya persona se cumplió este vaticinio. Semejante a Moisés, porque, así como éste fué el legislador de la ley antigua, Jesucristo lo sería de la nueva. La venganza del Señor contra los que no creyeron en Jesucristo se cum-

plió en la ruina de Jerusalén y dispersión de los Judíos.

Mil años más tarde renueva el Señor sus promesas al rey **David**, anunciándole: "El Señor te dice desde ahora que te establecerá casa", o sea, te dará una posteridad gloriosa, que reinará después de ti hasta la venida del Mesías.

"Y cuando tus días fueren cumplidos, y durmieres con tus padres, levantaré en pos de ti un hijo tuyo, que procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino". Al anunciar el Señor la sucesión del reino a uno que había de nacer, figura al Mesías, que fué verdadero hijo de David, y sucesor y heredero de las promesas que le habían sido hechas.

"Este edificará una casa a mi nombre, y yo estableceré para siempre el trono de su reino". La letra de esta promesa mira principalmente al reino eterno de Jesucristo, que edificó la Iglesia, para que en ella Dios fuese eternamente alabado y adorado.

"Yo le seré a él padre, y él me será hijo"; palabras que se entienden singularmente de Jesucristo, hijo de Dios por naturaleza (2 Reyes VII, 11 al 14).

102. PROFECIAS QUE ANUNCIABAN A JESUCRISTO

Los **profetas** anunciaron el tiempo y la ciudad en que nacería el Salvador; dan detalles minuciosos relacionados con su vida, pasión, y muerte; hablan de su gloriosa Resurrección y Ascensión a los cielos, y de la fundación y eterna duración de su Iglesia.

Veamos algunas de esas profecías:

Su nacimiento en Belén.

El profeta Miqueas dice:

"Y tú ¡oh Betlhem, llamada Efrata, tú eres una

ciudad pequeña respecto de las principales de Judá; pero de ti me vendrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad'' (V, 2). Este texto fué el que citaron los Escribas al rey Herodes, cuando les preguntó dónde había de nacer el Cristo, como lo refiere San Mateo en el capítulo II, v. 16.

Tiempo preciso de su venida.

El profeta Daniel anuncia con exactitud el tiempo preciso de la venida del Señor, relatando a los judíos lo que le dijo el arcángel Gabriel, una tarde cuando ofrecía el sacrificio y oraba por la liberación del cautiverio babilónico:

''Se han abreviado, le dijo, setenta semanas sobre tu pueblo, y sobre tu santa ciudad, para que fenezca la prevaricación, y tenga fin el pecado, y sea borrada la maldad, y sea traída justicia perdurable, y tenga cumplimiento la visión y la profecía, y sea ungido el Santo de los santos. Sabe pues, y nota atentamente: Desde la salida de la palabra, para que Jerusalén sea otra vez edificada, hasta Cristo príncipe, serán siete semanas, y sesenta y dos semanas; y de nuevo será edificada la plaza, y los muros en tiempo de angustia. Y después de sesenta y dos semanas será muerto el Cristo; y no será más suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad, y el santuario; y su fin estrago, y después del fin de la guerra vendrá la desolación decretada. Y afirmará su alianza con muchos en una semana; y en medio de esta semana cesará la hostia y el sacrificio; y será en el templo la abominación de la desolación; y durará la desolación hasta la consumación y el fin (IX, 24 a 27).

Señala el profeta el principio desde donde deben contarse las siete semanas; y después de las siete se-

manas dichas, añadidas las sesenta y dos más, esto es, cuatrocientos y ochenta y tres años, anuncia la muerte del Cristo.

Nacería de una Virgen de la familia de David.

El profeta Isaías fué enviado por el Señor al rey Achaz para asegurarle su protección contra los enemigos coaligados, y a fin de que los judíos no desconfiaran del poder de Dios, les dijo: "Oíd pues, casa de David"... "El mismo Señor os dará una señal. He aquí que concebirá una Virgen y parirá un Hijo, y será llamado su nombre Emmanuel" (VII, 15).

San Mateo nos advierte el cumplimiento de esta profecía en la persona de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, engendrado en el vientre de la Santísima Virgen, por obra del Espíritu Santo (I, 22, 23).

La venida del Precursor.

El mismo profeta Isaías anuncia la venida del precursor San Juan Bautista, que precedería al Mesías y que predicaría en el desierto: "Voz del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor, enderezad en la soledad las sendas de nuestro Dios. Todo valle será alzado, y todo monte y collado será abatido, y lo torcido se enderezará, y lo áspero será caminos llanos. Y se descubrirá la gloria del Señor, y verá toda carne al mismo tiempo lo que habló la boca del Señor" (XL, 3, 4 y 5).

La degollación de los inocentes.

El profeta Jeremías anuncia la muerte de los inocentes, que tuvo lugar, decretada por Herodes, al tiempo del nacimiento de N. S. Jesucristo: "Esto dice el Señor: Voz de lamentación fué oída en lo alto, de llanto y de lloro de Raquel que llora a sus hijos, y no quiere ser consolada acerca de ellos, porque no exis-

ten. Esto dice el Señor: Cese de lloro tu voz y de lágrimas tus ojos; porque galardón hay para tu obra, dice el Señor: y volverán de la tierra del enemigo. Y esperanza hay para tus postrimerías'' (XXXI, 15, 16 y 17). Raquel representa al pueblo judío que llora la muerte de los inocentes, que Herodes hizo pasar a cuchillo en las cercanías de Bethelem, poco después de haber nacido el divino Redentor, a cuyo suceso está aplicada esta profecía en el capítulo II versículo 18 del Evangelio de San Mateo.

La huída a Egipto.

Dice el profeta Isaías: ''Duro anuncio contra el Egipto. He aquí que el Señor montará sobre una nube ligera, y entrará en Egipto, y a su presencia se conturbarán los ídolos de Egipto, y el corazón de Egipto se repudrirá en su pecho'' (XIX, 1).

Los intérpretes aplican este pasaje a la huída del Salvador a Egipto, cuando Herodes le buscaba para matarle; y por esta **nube ligera** entienden, o la carne humana de que iba vestido, libre de la carga de la culpa, o el cuerpo virginal de su Madre en cuyos brazos, siendo niño, entró en Egipto. Refieren también muchos Padres que cuando el Señor entró en Egipto temblaron todos los demonios, y cayeron por tierra hechos pedazos los ídolos que había en aquella región.

El Mesías sería Hijo de Dios.

En el salmo profético en que el rey David describe el establecimiento del reino de Jesucristo contra todos los esfuerzos de los hombres, aludiendo al Hijo de Dios engendrado ab eterno y establecido como Rey y Señor de cielos y tierra, dice: ''El Señor me dijo: **Mi hijo eres tú,** yo te he engendrado hoy. Pídeme y te daré las gentes en herencia tuya, y en posesión tuya los términos de la tierra'' (Salmo II, 7 y 8).

El apóstol San Pablo, en su epístola primera a los Hebreos, para demostrar la divinidad de Jesucristo, por quien habló el Señor en aquellos tiempos, usa de este texto, diciendo: **¿A quién de los ángeles dijo jamás: Hijo mío eres tú: yo te he engendrado hoy? Sería a un mismo tiempo hombre y Dios; y haría milagros.**

El profeta Isaías anuncia la venida de Cristo, que vendría a romper las tinieblas del paganismo, y haría amanecer el día a los que moraban en la sombría región de la muerte, en estos términos: ''Ahora que ha nacido un parvulito para nosotros y se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado o la divisa del rey, y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de paz'' (IX, 6). Y en otra parte, hablando de los prodigios de su redención, que había de fructificar copiosamente, agrega: ''Decid a los pusilánimes: Ea, buen ánimo, y no temáis: mirad a vuestro Dios que viene a ejecutar una justa venganza. **Dios mismo en persona vendrá y os salvará**''.

Y anuncia los milagros que había de obrar: ''Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y quedarán expeditas las orejas de los sordos. Entonces el cojo saltará como el ciervo, y se desatará la lengua de los mudos, porque las aguas rebosarán en el desierto y arroyos en la soledad. Y la tierra que estaba árida, quedará llena de estanques, y de aguas la que ardía en sed. En las cuevas, que antes eran guaridas de dragones, nacerá la verde caña y el junco (XXXV, 4, 5, 6 y 7).

Anuncios detallados de su Pasión, Muerte, Sepultura, Ascensión y Glorificación.

Acerca de sus pasos estaba profetizado:

a) **que entraría en Jerusalén pobre y montado en**

una asna: Dice Zacarías: "¡Oh hija de Sión! regocíjate en gran manera; salta de júbilo ¡oh hija de Jerusalén! he aquí que a ti vendrá tu rey, el Justo, el Salvador: él vendrá pobre, y montado en una asna y su pollino" (IX, 9);

b) **que sería vendido por uno de sus amigos**: Dice el Salmista: "Lo que más es, un hombre con quien vivía yo en dulce paz, de quien yo me fiaba, y que comía de mi pan, ha urdido una grande traición contra mí" (XL, 10);

c) **que sería vendido por treinta monedas y el precio entregado después a un alfarero**: El profeta Zacarías dice: "Y ellos me pesaron treinta siclos de plata por el salario mío. Y díjome el Señor: Entrégasele al alfarero ese lindo precio en que me apreciaron. Tomé pues los treinta siclos de plata y los eché en la casa del Señor, para que se diesen al alfarero" (XI, 12 y 13);

d) **que sus discípulos lo abandonarían.** El mismo profeta Zacarías dice: "¡Oh espada! desenváinate contra mi pastor y contra el varón unido conmigo, dice el Señor de los ejércitos: hiere al pastor, y serán dispersadas las ovejas; y extenderé mi mano sobre los párvulos" (XIII, 7);

e) **que sería despreciado y hecho objeto de burla.** En el Salmo titulado **Oración de Cristo paciente** dice el profeta: "Bien que yo soy un gusano y no un hombre: el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe. Todos los que me miran hacen mofa de mí con palabras y con meneos de cabeza, diciendo: En el Señor esperaba; que le liberte; sálvele ya que tanto le ama" (XXI, 7, 8 y 9);

f) **que sería abofeteado y escupido.** Isaías profetiza: "Entregué mis espaldas a los que me azotaban y mis mejillas a los que mesaban mi barba: no retiré mi rostro de los que me escarnecían y escupían" (L, 6);

g) **que sería azotado**: David dice: "En vano he purificado mi corazón y lavado mis manos en compañía de los inocentes. Pues soy azotado todo el día, y comienza ya mi castigo desde el amanecer" (Salmo LXXII, 13 y 14);

h) **que le darían a beber hiel y vinagre.** El mismo profeta David dice: "Presentáronme hiel para alimento mío, y en medio de mi sed me dieron a beber vinagre" (LXVIII, 22);

i) **que sortearían su túnica.** David dice: "Repartieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica" XI, 19);

j) **que taladrarían sus manos y sus pies.** En el mismo salmo se lee: "Han taladrado mis manos y mis pies. Han contado mis huesos uno a uno" (XXI, 17 y 18);

k) **Moriría por su voluntad, manso como una oveja y sería levantado en alto.** El profeta Isaías anuncia así la pasión del Señor:

"Fué ofrecido en sacrificio porque él mismo lo quiso; y no abrió su boca para quejarse; conducido será a la muerte sin resistencia, como va la oveja al matadero y guardará silencio sin abrir siquiera su boca, como el corderito que está mudo delante del que le esquila". "Después de sufrida la opresión e inicua condena, fué levantado en alto" (LIII, 7 y 8);

l) **Su sepulcro sería glorioso.** El mismo Isaías, anunciando al Ungido del Señor, dice: "En aquel día el renuevo de la raíz de Jesé, que está puesto como señal para los pueblos, será invocado de las naciones, y su sepulcro será glorioso" (XI, 10).

m) **Su cuerpo no conocería la corrupción.** Habla David del sepulcro de Cristo: "Porque yo sé que no has de abandonar tú, oh Señor, mi alma en el sepulcro: ni permitirás que tu Santo experimente la corrupción" (XV, 10).

n) **Subiría al cielo a sentarse a la diestra de Dios Padre.** Canta el profeta David: "Cantad, pues, alabanzas a Dios ¡oh reinos de la tierra! load al Señor con salmos. Cantadle salmos a Dios, el cual se elevó al más alto de los cielos desde el oriente. Sabed que desde allí hará que su voz sea una voz todopoderosa".

"El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, mientras que yo pongo a tus enemigos por tarima de tus pies" (LXII, 33 y 34; y CIX, 1).

o) **Su doctrina se extendería por toda la tierra, y su reino será de paz.**

El profeta Isaías anuncia: "Y vendrán muchos pueblos y dirán: ¡Ea! subamos al monte del Señor, y a la casa del Dios de Jacob, y él mismo nos mostrará sus caminos, y por sus sendas andaremos: porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor".

"Y será el juez supremo de todas las gentes y convencerá de error a muchos pueblos; los cuales de sus espadas forjarán rejas de arado, y hoces de sus lanzas; entonces no desenvainará la espada un pueblo contra otro, ni se adiestrarán más en el arte de la guerra" (II, 3 y 4).

p) **Los gentiles entrarán en su reino.** Canta David en sus salmos: "Los que buscan al Señor le cantarán alabanzas; sus corazones vivirán por los siglos de los siglos. Se acordará de los beneficios recibidos, y se convertirá al Señor toda la extensión de la tierra; y se postrarán ante su acatamiento las familias todas de las gentes. Porque del Señor es el reino; y él ha de tener el imperio de las naciones" (XXI, 27, 28 y 29).

q) **La dispersión de los judíos.** Dice el Deuteronomio, en su capítulo de Exhortaciones y sanciones: "El Señor te desparramará ¡oh Israel! por todos los pueblos desde un cabo del mundo al otro; y allí servirá a dioses ajenas que ni tú, ni tus padres conocisteis,

dioses de palo y de piedra. Aun allí entre aquellas gentes no lograrás descanso, ni podrás asentar el pie; porque el Señor te dará allí un corazón espantadizo y ojos desfallecidos, y una alma consumida de tristeza. Y estará tu vida como pendiente delante de ti, temerás de noche y de día, no confiarás de tu vida'' (XXVIII, 64, 65 y 66).

r) **En todas las regiones se ofrecerá un sacrificio puro.** Anuncia Malaquías el sacrificio de la Nueva Ley: ''Porque desde Levante a Poniente es grande mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece al Nombre mío una ofrenda pura; pues grande es mi Nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos'' (I, 11).

s) **Juzgará a todas las naciones.** Canta David al Hijo de Dios, Sacerdote y Rey, y anuncia: ''Ejercerá su juicio en medio de las naciones; consumará su ruina, y estrellará contra el suelo las testas de muchísimos'' (CIX, 6).

103. PREPARACION DE LOS HOMBRES A LA VENIDA DEL REDENTOR

Dios preparó a los hombres a la venida del Redentor, haciendo una alianza especial con el pueblo de Israel, al cual escogió para conservar la fe en un solo Dios y la esperanza en el Redentor futuro; y conservó esa fe y esa esperanza, por medio de la **Ley** con sus sacrificios y ceremonias, a la cual San Pablo llama **la sombra de los bienes venideros** (Heb. X, 1), porque la ley ceremonial y su sacerdocio no eran más que un bosquejo, y una figura imperfecta y pasajera de los misterios de la religión cristiana, y no tenían la realidad o la verdad de dichos misterios.

También conservó esa fe y esa esperanza por medio de las **figuras** de la Antigua Ley, esto es, por me-

dio de las personas o acontecimientos que representaban las propiedades del Salvador, sus misterios y sus obras; y por medio de los **anuncios** de los profetas, que, como acabamos de ver, señalaban cada vez con más claridad todo lo referente al Redentor prometido.

Pero no se contentó el Señor con la alianza que pactó con el pueblo de Israel. Su solicitud alcanzó a los gentiles, a los cuales preparó de diversas maneras.

En primer lugar, por medio de las **tradiciones religiosas** que, conservadas desde los tiempos primitivos, les hacían sabedores de que había de venir un Redentor de todo el linaje humano.

Ellos eran, como los judíos, hijos de Adán y de Noé, y sus antepasados al alejarse de la cuna común llevaron las tradiciones del estado del primer hombre, de su pecado, y de las primeras promesas de un Reparador. Esas tradiciones no habían desaparecido y permitían conservar en todo el mundo la esperanza general de una renovación.

"Reinaba una **general convicción,** dice Tácito, de que los antiguos libros de los sacerdotes anunciaban que en aquella época prevalecería el Oriente, y saldrían de Judea los soberanos del mundo".

Y Suetonio también lo atestigua: "Todo el Oriente, dice, repetía la antigua y constante opinión de que los destinos habían decretado que en aquella época la Judea daría soberanos al universo".

Esta expectación universal la confiesan los mismos enemigos de la religión, como Volney que, en su libro Las Ruinas, dice: "Las tradiciones sagradas y mitológicas de las épocas anteriores a la ruina de Jerusalén, habían esparcido por toda el Asia un dogma completamente análogo al de los Judíos sobre el Mesías. No se hablaba más que de un gran Mediador, de un Juez final, de un Salvador futuro, que, Rey, Dios, Conquistador y Legislador debía hacer volver la edad

de oro a la tierra, libertarla del imperio del mal, y dar a los hombres el reinado del bien, la paz y la felicidad".

Cuarenta años antes del nacimiento de Jesucristo, Virgilio, el famoso poeta de Mantua, evocando los oráculos de la Sibila de Cumas, anuncia en la Egloga IV la caída de la serpiente, el próximo nacimiento de un divino Niño, hijo del gran Júpiter, el cual borraría los crímenes de los mortales y gobernaría en paz el universo con las virtudes de su padre. Anunciaba también el nacimiento y propagación de una raza celestial, que repoblaría el mundo entero y traería consigo la inocencia y las felicidades de la edad de oro.

La sibila de Cumas, cuyo recuerdo evocó Virgilio, fué la más famosa de la antigüedad. Bajo las bóvedas y en las galerías subterráneas que se extendían bajo el templo de Apolo, y de las rocas sobre las cuales estaba la ciudad, dejaba oir la sibila un sordo murmullo. Virgilio dice que esas rocas y cavernas fueron el teatro de las profecías de la inspirada doncella; allí las escribió, en cifras y en palabras, sobre hojas de palmera que recogió y escondió en la caverna, pero que el viento arrancó de allí y las dispersó.

La colección de los libros sibilinos, formada el año 138, por un cristiano cuyo nombre se desconoce, se compone de los antiguos oráculos que circulaban entre los paganos, y a pesar de la mescolanza de cosas ciertas y cosas absurdas que contenían tales libros, los Padres de la Iglesia los tuvieron en grande estima.

San Justino escribió, a mediados del siglo II, que la sibila, autora de ciertos libros que parecían apoyar el cristianismo, era la de Cumas. Dice Martigny que del texto de San Justino resulta que estaba convencido de que en esos libros sibilinos se condenaba la superstición de los paganos y que contenían testimonios sobre la vanidad de las falsas divinidades, en favor de la

unidad de Dios, y también de la divinidad de Cristo. Todo eso pertenece al libro VIII, párrafo segundo de los oráculos sibilinos, libro donde la venida del Salvador, así como los principales hechos de su vida mortal son referidos de una manera tan clara, que se creería leer allí una página del Evangelio.

Y el apologista Tertuliano, a propósito de estas fábulas con que imitaban la verdad, decía, dirigiéndose a los paganos: ''Los que inventaron entre vosotros sus fábulas para desacreditar la verdad con un falso aspecto de imitación en el fondo, sabían que debía venir el Cristo''.

Otro medio de que se valió el Señor para preparar a los gentiles, llamándolos al cumplimiento de sus deberes naturales y procurando apartarlos del camino de sus vicios, fueron los **castigos sorprendentes** que les envió y que justamente merecían. Así, ocurrió a los egipcios que adoraban las serpientes y los cocodrilos. Padecieron por medio de los más viles y abominables insectos, fueron sumidos en horrendas tinieblas, y privados de sus primogénitos.

El libro de la Sabiduría, en su parte tercera, nos hace presente la providencia con que la divina Sabiduría atiende a los suyos y castiga a los impíos, recorriendo la historia desde Adán hasta Moisés, y haciendo muchas reflexiones sobre las plagas de Egipto. Nos manifiesta la longanimidad de Dios, que está pronto para perdonar a todos; y que aun cuando castiga a los malos, no lo hace sino después de haberlos esperado mucho tiempo, y convidado de mil maneras a que se conviertan a él, le pidan perdón y experimenten su bondad y misericordia.

También el Señor, de tiempo en tiempo, hacía aparecer entre los gentiles, **varones extraordinarios,** modelos de virtud, como el santo Job. Aunque idumeo de nacimiento y viviendo en el estado de la ley natural,

era un hombre justo, de corazón sencillo y recto y temeroso de Dios. Tenía siete hijos y tres hijas, considerable fortuna, y numerosos criados, siendo considerado como grande e ilustre entre los orientales. Hallándose en el colmo de su dicha, por instigación del demonio, y permiso de Dios fué derribado de ella, y abismado en las mayores miserias corporales y espirituales, con que fué ejercitado por espacio de muchos meses, y que fueron una larga y penosa prueba de su fe y piedad, pues se veía despreciado de sus amigos y hasta de su esposa.

En este combate, que fué de los más recios que padeció jamás hombre justo, le sacaron vencedor su gran fe y perseverancia, y, después de haber merecido la aprobación de Dios, fué milagrosamente reintegrado en su primera sanidad y superabundantemente galardoneado, viviendo ciento cuarenta años después de esta victoria, y viendo sus hijos y nietos hasta la cuarta generación.

Este hombre extraordinario, aunque no pertenecía al pueblo escogido, fué una viva imagen de los sufrimientos del Redentor, y los Padres le dan el título de profeta, pues habló de los misterios de nuestro Salvador y de su Resurrección, y de la universal de todos los hombres, con tanta claridad y determinación, cual ningún otro del Antiguo Testamento.

La historia del Santo Job nos demuestra que todos los hombres, sin distinción de época o de país, han tenido la gracia necesaria para ser agradables a Dios. San Agustín dice, que la Providencia permitió que este hombre, aunque vivía en medio del Gentilismo, perteneciese a la verdadera religión, para enseñarnos que existían otros entre los paganos que formaban parte de esta santa y universal sociedad; y Santo Tomás, hablando de la revelación y de la salvación de los paganos, dice: "Si algunos fueron salvados, sin es-

ta revelación, no lo fueron por esto sin la fe del Mediador; porque aunque no tuviesen una fe explícita, tuvieron no obstante una fe implícita en la divina Providencia, creyendo que Dios salvaría a los hombres por los medios que le convendrían, y según lo había revelado su Espíritu a los que sabían la verdad''.

Finalmente, Dios se sirvió de los **israelitas,** que eran su pueblo escogido, y los dispersó entre los gentiles para que les dieran a conocer los libros santos y los prepararan para la venida del Redentor.

El anciano Tobías, en su cántico de acción de gracias al Señor, que es uno de los más hermosos de la Sagrada Escritura, convida a todos los hijos de Israel para que bendigan al Señor y lo alaben a la vista de las gentes: ''Porque por eso **os he esparcido entre las gentes que no le conocen**, para que vosotros contéis sus maravillas, y les hagáis saber, que no hay otro Dios Todopoderoso fuera de él'' (XIII, 3 y 4).

Dicen los comentadores de este pasaje de la Escritura que Dios tenía dos miras en la dispersión de los hijos de Israel entre las naciones idólatras: la primera, de castigar a su pueblo, para que se convirtiese a él; y la segunda, para que convirtiéndose él, hiciese conocer a los infieles con sus palabras y con sus ejemplos la santidad y la grandeza del Dios de Israel, que era el solo y verdadero.

104. LOS CUATRO IMPERIOS VATICINADOS POR EL PROFETA DANIEL

Todos los acontecimientos anteriores a la venida del Mesías sirven para prepararla. Allanan los caminos del Señor las cuatro grandes monarquías vaticinadas por Daniel.

Nabucodonosor, rey de Asiria, terror del Oriente, tuvo un sueño que enteramente se le borró de la me-

moria. Llamados los magos, y, no pudiendo adivinarlo, fueron condenados a muerte. Dios reveló al profeta Daniel el sueño, y su interpretación; y éste lo declaró al rey y le explicó la estatua, cuya cabeza era de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de cobre, las piernas de hierro, y los pies, una parte de hierro y otra de barro. Esa estatua era la figura de las cuatro grandes monarquías que habían de sucederse.

Esos cuatro imperios llenan una misión divina para preparar la venida del Mesías y conservar al pueblo judío, depositario de la gran promesa y custodio de la verdadera religión.

El primero de esos imperios vaticinados por Daniel era la formidable **monarquía asiria**, permitida expresamente por Dios para castigar al pueblo judío, si se entregaba a la idolatría, y volverlo así a la práctica de la verdadera religión.. Lo enseña el profeta Isaías: "El Señor, dice, llamará con un silbido un enjambre de asirios... Asur es el palo y la vara de mi furor; he hecho de su mano el instrumento de mi cólera... Cuando el Señor haya purificado a Jerusalén, visitará la fiereza insolente del rey de Asiria y el orgullo de sus ojos altaneros, porque no siendo más que un instrumento en mi mano, se ha gloriado de sus triunfos y ha traspasado mis órdenes: le había mandado que castigase a mi pueblo, y ha querido destruirlo" (Is. VII y siguientes).

El segundo de los imperios es el de **los persas**. Los asirios, no contentos con castigar al pueblo judío, trataron de exterminarlo; y Dios que quería conservarlo, porque el Mesías debía nacer en Judea, de la raza de Abraham, de la tribu de Judá y de una virgen de la familia de David, suscitó un libertador, llamado a conservar el pueblo judío, sacarlo del cautiverio que ya duraba setenta años, y llevarlo a la Judea. Ese fué

Ciro, rey de Persia, fundador del segundo imperio, que tuvo la misión divina de libertar del cautiverio a los hijos de Israel. El mismo profeta Isaías nos comunica los designios de Dios sobre este segundo imperio. Profetizando las victorias de Ciro, ungido del Señor, pone Isaías, en boca del Dios de los ejércitos, estas palabras: "Yo soy también el que levantaré un varón (Ciro) para ejercer mi justicia, y dirigiré todos sus pasos; él reedificará mi ciudad y dará libertad a mis hijos cautivos, sin rescate ni dádivas" (Is. XLV, 13).

Volvieron a la Judea sus antiguos habitantes, y se multiplicaron a la sombra protectora del imperio de los persas, llegando a constituir una nación rica y floreciente. Quedó así cumplida la misión divina del imperio de los persas, y vino el tercer imperio vaticinado por Daniel: el **imperio griego**.

Lo que caracteriza este tercer imperio vaticinado por Daniel, es la rapidez con que se establece y la extensión que alcanza. Estaba mirando, dice Daniel, y "he aquí como un leopardo y tenía sobre sí cuatro alas como de ave, y tenía cuatro cabezas la bestia, y le fué dado el poder" (Dan. VII, 6). Las cuatro alas representan los cuatro capitanes de Alejandro, los cuales después de su muerte se repartieron entre sí su imperio. El mismo profeta, describiendo más adelante a Alejandro, agrega: "Y yo estaba considerándolo: y he aquí venía un macho de cabrío de la parte de Occidente sobre la haz de la tierra, y no tocaba la tierra: y el macho de cabrío tenía una asta notable entre sus ojos. Y llegó hasta aquel carnero armado de astas, que había visto estar delante de la puerta, y corrió para él con todo el ímpetu de su fuerza" (Dan. VIII, 5 y 6). El macho de cabrío que venía del Occidente representa la persona de Alejandro, que venía de la Grecia, que es occidental con respecto al Asia donde estaba el profeta; la circunstancia de no

tocar la tierra significa la rapidez de sus conquistas; y el asta notable, que tenía entre sus ojos, indica su vigilancia, prudencia y sagacidad.

Alejandro intimó a los judíos que se sometieran a su dominación y le enviaran auxilios a Tiro, ciudad potente, cuyo sitio mantenía hacía tiempo. Los judíos se excusaron, diciendo que habían jurado fidelidad a Darío, rey de Persia, e irritado Alejandro con esta respuesta marchó contra Jerusalén. El gran sacerdote judío Jaddo recurrió a Dios en su aflicción y ofreció sacrificios para implorar su auxilio. Dios, que velaba por el pueblo judío y por el cumplimiento de su promesa relativa al Mesías, se apareció en sueños a Jaddo y le mandó que no resistieran a Alejandro, que se esparcieran flores por la ciudad, que se abrieran todas las puertas, y que, revestido de los hábitos pontificales, saliera él mismo a encontrarlo, sin temor ninguno de este Príncipe, porque los protegería. Jaddo contó lleno de alegría al pueblo la visión que había tenido, y todo se dispuso como se le había prescrito en la visión.

Cuando se aproximaba Alejandro, todo el pueblo salió a su encuentro. Alejandro, que esperaba la resistencia de los judíos, quedó absorto al ver al gran sacerdote revestido de su efod, con su tiara en la cabeza y una lámina de oro sobre su frente, donde estaba escrito el nombre de Dios, y se inclinó ante el Pontífice, saludándolo con religiosa veneración. Los circunstantes apenas daban crédito a sus propios ojos, y Parmenión, uno de los confidentes de Alejandro, le preguntó por qué adoraba al gran sacerdote, siendo él adorado de todo el mundo. Alejandro respondió: "No adoro al gran sacerdote, sino al Dios de quien es ministro. Cuando meditaba la conquista de la Persia, se me apareció en sueños este mismo hombre, con el mismo traje y me aseguró que su Dios marcharía conmigo y me daría la victoria contra los persas. Luego que

he visto a este sacerdote, lo he reconocido por su vestidura y las facciones de su rostro, y no puedo dudar de haber emprendido esta guerra por mandato y bajo la dirección de Dios a quien adora; por este motivo le rindo homenaje en la persona de su ministro".

Alejandro abrazó a Jaddo y entró en Jerusalén; subió al templo donde ofreció a Dios sacrificios del modo que le indicó el gran sacerdote; le leyeron las profecías de Daniel que anunciaban la destrucción del imperio de los persas por un rey de Grecia, y transportado Alejandro de alegría y admiración, concedió a los judíos todo cuanto deseaban.

El imperio griego llenó la misión divina de preparar las sendas al Evangelio, popularizando en todo el oriente la lengua griega en que aquél debía anunciarse, y facilitando el camino a la predicación de los apóstoles. Los judíos, atraídos por las promesas y favores con que les honraban los príncipes griegos a causa de su inviolable fidelidad, salieron de su tierra, y se dispersaron por casi todas las comarcas del oriente, como misioneros encargados de dar a conocer el verdadero Dios y, de preparar a los pueblos para recibir un día la luz del Evangelio.

El hecho providencial más notable ocurrido durante la dominación de los griegos fué el dar a conocer, mucho tiempo antes del nacimiento de Jesucristo, los libros del Antiguo Testamento, probando así de una manera solemne la antigüedad y la autenticidad de las profecías y demás libros sagrados, que contenían la ley de Moisés y la historia del pueblo judío.

Ptolomeo II, rey de Egipto, apellidado Filadelfio, gobernó, desde el año 285 hasta el año 247 antes de Jesucristo, uno de los cuatro reinos en que se subdividió el imperio de Alejandro, y se distinguió por su amor a las ciencias y las letras. Fundó en Alejandría una rica biblioteca, dotada con los libros más raros y

curiosos de todas las comarcas del mundo, y que fué el punto de reunión de los sabios de Oriente y Occidente. Supo Ptolomeo que los judíos tenían sus libros sagrados, y concibió el designio de hacerlos traducir del hebreo al griego para enriquecer la biblioteca. Dirigióse al gran sacerdote Eleazar, quien le mandó una copia exacta de la ley de Moisés, escrita en letras de oro, y la hizo acompañar por seis ancianos de cada tribu, para que la tradujeran al griego. Ptolomeo colmó de atenciones a los intérpretes, entre los cuales había poetas, filósofos, médicos y astrónomos, y les proporcionó todo lo necesario para que hicieran la traducción. La obra se acabó en poco tiempo y fué leída al Rey, que admiró la sabiduría de esas libros sagrados, y despidió a los intérpretes con ricos presentes. Esa es la llamada **Versión de los Setenta**, destinada a popularizar el Antiguo Testamento en la lengua que dominaba entonces. San Juan Crisóstomo considera como uno de los grandes milagros de la Providencia Divina el que un rey bárbaro, extraño a la verdadera religión y enemigo de la verdad, mandara traducir la Escritura en griego, y que esparciera por este medio el conocimiento de la verdad entre todas las naciones del mundo.

Cumplida la misión de los griegos, viene el gran **imperio romano**, el cuarto de los imperios anunciados por Daniel. Venía ensanchando cada día sus conquistas, durante varios siglos, y acabó por absorber en su seno a todas las naciones, no conociendo más confines que los del mundo. "El cuarto imperio, dice la profecía de Daniel, será como el hierro. Al modo que el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así este reino destrozará y desmenuzará a todos los demás" (II, 40).

Según los planes divinos, la doctrina del Mesías debía propagarse rápidamente, y Este debía nacer en

Belén, cuando el cetro hubiera salido de la tribu de Judá.

El imperio romano viene a procurar su cumplimiento. Después de conquistar a los más variados pueblos, quiso formar de todos ellos una gran unidad material, y construyó una inmensa red de magníficos caminos, que en parte todavía subsisten. De esta manera los apóstoles que habían de venir podían circular libremente, de un extremo a otro del mundo, y convertir la unidad material en unidad espiritual.

Jacob había anunciado que el Mesías vendría cuando el cetro hubiese salido de la tribu de Judá. Antonio, cónsul romano, después de la derrota de Pompeyo, pasó al Asia y encargó a Herodes, de origen idumeo, el gobierno de Galilea. Poco después el Senado romano dió a Herodes, por medio de un decreto solemne, el título de rey de los judíos, y así salió el cetro de la casa de Judá.

José y María habitaban tranquila y pobremente en Nazaret, y el Mesías debía nacer en Belén. El emperador Augusto, impulsado por la vanidad de hacer un recuento de sus súbditos, expide un edicto que obliga a todos los jefes de familia, en toda la extensión de su imperio, a presentarse en la ciudad de su procedencia, para inscribirse en los registros públicos; y José y María parten a Belén a cumplir con la orden de Augusto, que fué un instrumento de la Divina Providencia para que se cumplieran a la letra todas las profecías.

El imperio romano, cansado de tanta conquista, deja reposar sus armas, y el mundo disfruta de la **paz octaviana,** la más grande que se haya conocido en la historia.

Todo queda así preparado para el nacimiento del Príncipe de la paz, en la pequeña ciudad de Belén, cumpliéndose el final de la profecía de Daniel: "Pero

en el tiempo de aquellos reinos, el Dios del cielo levantará un reino **que nunca jamás será destruído**; y este reino no pasará a otra nación, sino que quebrantará y aniquilará todos estos reinos, y él subsistirá eternamente" (II, 44).

CAPITULO DUODECIMO

ESTADO DEL MUNDO AL TIEMPO DE LA VENIDA DE N. S. JESUCRISTO

105. EL MUNDO PAGANO SUMIDO EN LA IDOLATRIA

A la época de la venida de N. S. Jesucristo, la mayor parte del mundo estaba sumida en las tinieblas de la idolatría. La enorme variedad de sistemas contradictorios, en materia de religión y de moral, era la triste consecuencia del pecado original de nuestros primeros padres y la consiguiente degeneración de su descendencia. Quiso Adán ser como Dios, sabiendo el bien y el mal, y desobedeció el mandato del Señor. Su pecado se trasmitió a todos sus descendientes y, en justo castigo de tanto orgullo, quedó obscurecida la inteligencia humana e inclinada la voluntad hacia el mal. De ahí nació la lucha constante entre el bien y el mal, que existirá mientras dure el mundo.

Dios prometió al hombre un Redentor, y escogió un pueblo, el de Israel, para que conservara la noción del verdadero Dios y fuera el depositario de sus promesas de rehabilitación. Conservó la fe del pueblo de Israel por medio de la **Ley** con sus sacrificios y ceremonias, y por medio de las **figuras** y de los **anuncios** de los profetas, que señalaban cada vez con más claridad al Redentor prometido.

El pueblo de Israel adoraba a un solo Dios, aun-

que a menudo también prevaricó. Los demás pueblos de la tierra, siguiendo el camino de sus propias fuerzas y el movimiento de sus pasiones, fueron alejándose del Dios verdadero y cayeron de error en error.

Desconociendo el dogma del pecado original, que explica la existencia en el mundo del bien y del mal, del amor y del odio, pensaron en la idea errónea de que habían dos principios opuestos, esto es, en la dualidad de dioses. De allí nació el dualismo indio de Mahadeva y Bahavani, el egipcio de Isis y Osiris, y el persa de Oromaces y Arimanes.

A la oposición de esos principios atribuían las catástrofes de la naturaleza, los azotes que caían sobre el género humano, las garras de los gigantes y la corrupción moral de los hombres. Pero como, a pesar de la destrucción de muchos individuos, se conservaba siempre la vida general, el politeísmo añadió un tercer Dios, un Dios mediador, que tenía la misión de combatir en el mundo la fuerza del mal; y de aquí nació la trimurti de los indios, la triada de los egipcios, la trinidad de los persas, los dioses salvadores del mundo, como Vixni, Crichna, Boro, Amnon, Apolo y Tor; y en este sentido explican sus padecimientos, sus batallas, sus descensos al infierno, su muerte y su resurrección, vestigios obscurecidos de nuestros misterios de la Trinidad y la Redención.

Después ensanchó el politeísmo la esfera de sus divinidades. Divinizó a todas las fuerzas que iba descubriendo en la naturaleza, y el número de dioses creció a la par con los descubrimientos de la ciencia; el dios trino se convirtió en cuaternario; a la pentada y a la coctada egipcia siguieron los dos dioses mayores de Grecia; a los dioses del cielo añadieron los de la tierra, del mar y del infierno; atribuyóse un dios tutelar a toda persona, a todo animal, a toda planta, hasta llegar, finalmente, al tiempo en que, como dice

Bossuet, todo fué Dios sobre la tierra, excepto el Dios verdadero.

Esta variedad tan contradictoria de sistemas religiosos y morales hizo llegar al último extremo los extravíos del espíritu y la corrupción del corazón. En Atenas, en Roma, en Alejandría, las ciudades más civilizadas de la antigüedad, la filosofía pagana, después de examinar atentamente esa variedad contradictoria de sistemas religiosos, —sólo en Roma eran toleradas, a la muerte de César, seiscientas religiones diversas— obtuvo como conclusión lógica, la duda, el escepticismo, el materialismo. Ningún sistema había podido resistir a sus ataques; faltando la fe en los principios, desapareció el fundamento de la moral; las costumbres siguieron la suerte de las creencias, y los vicios del corazón crecieron junto con la incredulidad de los ánimos.

César había dicho en pleno senado que después de la muerte no había sino la nada; y Cicerón, tan pronto afirmaba la inmortalidad del alma, como sostenía que el hombre acababa en la tumba.

Emancipados del temor religioso se entregaban en cambio a mil supersticiones, y como se lee en los relatos de Plutarco, los consejos de los hombres más importantes, la suerte de los ejércitos y de los pueblos, dependía de la insignificancia de un sueño, o de la impostura de un augur.

Tal era la situación de los gentiles, en materia de religión, al tiempo del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

106. LO QUE OCURRIA EN EL PUEBLO ESCOGIDO

El **pueblo judío**, a pesar de que había conservado el conocimiento y el culto del verdadero Dios, había

mezclado en la Religión supersticiones indignas de él. Había en Israel cuatro sectas principales los **Fariseos**, los **Saduceos**, los **Esenios** y los **Herodianos**.

Los **Fariseos**, que habían empezado bajo el reinado de los Macabeos, agregaban al texto de la ley muchas tradiciones que se habían conservado sin escritura, se preciaban de ser extremadamente exactos en la práctica exterior de la ley, y procuraban acreditarse entre el pueblo con su conducta, pero en el fondo, la mayor parte de ellos eran ambiciosos, orgullosos, y avaros. El nombre de **fariseo**, que significa **separado, distinguido**, venía a ser, según el Nuevo Testamento, sinónimo de hipócrita, falso, de un hombre que aparenta lo que en realidad no es.

Fueron refutados por Jesucristo en mil ocasiones. Hablando una vez a sus discípulos de la práctica de la caridad, en que consiste toda justicia y santidad, y respecto a la cual tenían los fariseos un falso concepto, pues todo lo reducían a no cometer ningún delito que los deshonrase exteriormente, les dijo: "En verdad os digo que si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos" (Mat. 5). Varias veces los llamó **hipócritas**. Vituperaban los fariseos que algunos de los discípulos de Jesús comían sin haberse lavado las manos y preguntaban al Señor: "¿Por qué razón tus discípulos no se conforman con la tradición de los antiguos, sino que comen sin lavarse las manos?" Y Jesús les respondió: "¿Y por qué vosotros mismos traspasáis el mandamiento de Dios por seguir vuestra tradición?"... "¡**Hipócritas**! Con razón profetizó de vosotros Isaías diciendo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me honran enseñando doctrinas y mandamientos de hombres".

Los **Saduceos** negaban por el contrario, toda autoridad a la tradición y se atenían a la Escritura, que

interpretaban a su modo, creyendo que los castigos y recompensas divinas eran puramente temporales. Negaban la resurrección futura y la inmortalidad del alma, no servían a Dios más que en consideración a los bienes de este mundo, y se entregaban en extremo a los placeres de los sentidos.

En una ocasión propusieron a Nuestro Señor el caso de la mujer que se casó con siete hermanos para preguntarle de cuál de ellos sería el día de la resurrección, y Nuestro Señor les contestó que entre los que serán juzgados dignos del otro siglo, ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres maridos, siendo iguales a los ángeles e hijos de Dios; y respecto a la resurrección de los muertos que ellos negaban, les dijo: "Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. Claro está que Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, porque para El todos viven" (Lucas 20).

Los **Esenios** honraban a Moisés como el primer legislador y consideraban como blasfemos a los que hablaban mal de él y los condenaban a muerte. Eran contrarios a los Fariseos, porque rechazaban las tradiciones; y a los Saduceos, porque creían en la inmortalidad del alma. Sus errores consistían en negar la resurrección de los cuerpos y en considerar el alma como una materia en extremo sutil, que, atraída al cuerpo por un encanto natural, estaba encerrada en él como en una cárcel.

Hacían profesión de una vida más severa, más penitente, y más retirada que las otras sectas. Huían de las ciudades y habitaban en lugares solitarios; se ocupaban en la agricultura, no tenían esclavos, y se servían unos a otros. Despreciaban las riquezas, y se acostumbraban a vivir con poco. Habitaban y comían juntos; se vestían de blanco, tenían las cosas en común, renunciando a la propiedad particular y llevando a la sociedad todo lo que poseían. No se casaban y criaban

a los hijos de otros como si fueran suyos, inspirándoles sus máximas de estar siempre en vela contra la destemplanza y contra la infidelidad de las mujeres.

La austeridad de esta vida se mezclaba con supersticiones y puerilidades; no concurrían al templo, sino que enviaban sus dones y ofrendas; creían en la adivinación, y todo lo atribuían al destino, sin conceder nada al libre albedrío.

Los **Herodianos** constituían una secta que atribuía a Herodes el Grande las profecías del restablecimiento del reino de Israel, dichas del Mesías; favorecían la dominación de los romanos; mezclaban las supersticiones e idolatrías paganas del Judaísmo; y sobre todo abrazaban los errores y profanidad de los Saduceos, de quienes eran compañeros inseparables. Esta secta duró algunos años después de la muerte de Herodes, siguiendo y enseñando sus máximas, celebrando el día de su nacimiento y haciendo muchas cosas en honor de su memoria.

Cuenta el Evangelio que los fariseos, buscando manera de calumniar a Jesús, enviaron sus discípulos juntamente con algunos herodianos, que desempeñaban el cargo de oficiales públicos puestos por Herodes para cobrar los tributos, a preguntar al Señor si era lícito o no dar tributo al César. Creyeron sorprender al Señor, porque si respondía que se debía pagar, le podían replicar los discípulos de los Fariseos, que un pueblo libre, cual era el de Dios, no estaba sujeto a tributos; y si respondía que no, los Herodianos, por su profesión, debían sostener el derecho de los Romanos y acusarlo al César. Jesús, conociendo su malicia, les dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Y Jesús les dijo: ¿Cuya es esta figura, e inscripción Dícenle: Del César. Entonces les dijo: Pues pagad al

César, lo que es del César; y a Dios lo que es de Dios (Mat. XXII, 15 a 21).

107. DESORGANIZACION DE LA FAMILIA

En el mundo griego y romano fué muy imperfecta la organización de la familia. Predominaba en ellos la vida pública sobre la privada. Se conservan multitud de poesías consagradas a cantar las hazañas de los héroes en los campos de batalla o en el foro, pero apenas se conocen las páginas dedicadas a elogiar las alegrías domésticas, los deberes del padre, de la esposa y de los hijos.

La esclavitud, que sujetaba a una gran parte del género humano a sufrir los caprichos de una minoría prepotente, debilitaba los lazos de la familia. El esclavo, al que no le era permitido el matrimonio, no tenía familia, porque su dueño podía venderlo, o matar a sus hijos, o tomar a la esclava por concubina; por su parte el amo no podía tener un gran concepto de la familia, poseyendo la facultad de introducir en ella elementos extraños y corruptores.

El concubinato legal, la absoluta y arbitraria autoridad del padre de familia, y la situación depresiva de la mujer, considerada en su persona y en sus bienes como cosa del marido, que podía abandonarla y castigarla, eran factores que producían una gravísima desorganización familiar.

Era tal el extravío de las ideas y el olvido de la misión verdadera de la familia, como célula constitutiva de la sociedad civil, que genios como Platón, en su preocupación exclusiva por la unidad del Estado, llegaban a sostener que la supresión de la familia aumentaría el amor a la patria.

Con la decadencia de la República romana, el divorcio, destructor del lazo familiar, se hizo muy fre-

cuente no siendo el matrimonio más que un vínculo que se rompe con gran facilidad. Se repudiaba a la mujer por las causas más fútiles, en ocasiones por razones de simple interés pecuniario. Llegó a ser costumbre que los hombres públicos repudiasen a sus mujeres para casarse con la hija, hermana o parienta de algún hombre poderoso con quien les convenía aliarse. César, Antonio y Octavio contrajeron, cada uno, tres, cuatro y hasta cinco uniones matrimoniales. Catón decía de los hombres de su tiempo que era una cosa insoportable ver cómo, comerciando con mujeres, se daban unos a los otros las más altas dignidades de la República. A tal punto llegó el abuso, que fué un honor para una mujer no haber tenido más que un marido, y, para ensalzar una, se escribió sobre su tumba esta inscripción: **Coniugi pio inclitae univiro.**

108. LA ESCLAVITUD IMPERABA EN EL MUNDO

En casi todas las naciones del mundo a la época de la venida de Jesucristo, existía la esclavitud, en una u otra forma, bajo las más diversas organizaciones políticas y variedad de religiones.

En la **India**, según el libro de la Ley de Manú, que era el código social, la población estaba dividida en cuatro castas: sacerdotes, militares, comerciantes y sudras. Esta división en castas se relacionaba con los orígenes de su religión. Tenían los indios la creencia de que, para la propagación del género humano, el dios Brahma había creado de su boca, símbolo de la sabiduría, al brahman o sacerdote; de su brazo, signo de la fuerza, al militar; de la pierna, signo de la riqueza, al comerciante; y del pie, símbolo de la sujeción, al sudra o servidor. Los sudras servían a las tres cas-

tas superiores y a esta clase servil pertenecían los esclavos. Las ocupaciones de los sirvientes se dividían en puras e impuras; eran de esta última clase: ordeñar vacas, hacer la limpieza de la casa, verter aguas inmundas, desnudar al amo, asistir a sus placeres y otras semejantes.

Las causas de esclavitud eran varias. Se consideraban como esclavos: el prisionero de guerra, el deudor insolente, el hijo de la esclava nacido en la casa del dueño, el que perdía su libertad al juego o en una apuesta, el que la vendía por dinero o la cambiaba por alimentos, el que no pagaba la multa que le imponía la autoridad; el que, siendo libre, tenía trato carnal con esclava o esclavo ajeno, que caía bajo el dominio del dueño de éstos; el que era vendido por su padre, etc...

Los esclavos podían ser vendidos, regalados, y trasmitidos por herencia; y podían recuperar su libertad ,pagando la deuda con intereses, o cumpliendo el tiempo de la condena.

En la **China**, existían dos clases de esclavitud: la pública y la privada. En la primera caían los condenados por delito y los prisioneros de guerra; y en la segunda los que se adquirían por compra o por otro medio cualquiera.

Los prisioneros de guerra eran del dominio exclusivo del Estado y se empleaban en el servicio del emperador y de los altos dignatarios.

La causa que más aumentó el número de esclavos fué la venta de personas libres, que empezó como dos siglos antes de la era cristiana. Con ocasión de una espantosa miseria que reinó en el país las personas indignas preferían la esclavitud a la muerte y siendo los hijos una carga para los padres, éstos se deshacían de ellos matándolos. Para evitar esta horrorosa maldad, el emperador permitió que las personas que se vieran

reducidas a la miseria pudieran vender su libertad y la de sus mujeres e hijos.

También podían ser vendidas como esclavas las mujeres que huían de la casa de su marido, las adúlteras y las hijas de familia que no se casaran con el hombre a quien se hubieren entregado.

En el **Egipto**, la esclavitud precedió a la división de la población en castas. Morir a manos del vencedor o caer en la esclavitud, tal era la suerte que en la antigüedad cabía a los prisioneros de guerra; y ésto, el comercio y la legislación fueron los principales orígenes de la esclavitud en Egipto.

La conquista de Etiopía dió muchos esclavos negros a Egipto. Una gran parte de ellos fué destinada al laboreo de las minas de oro, en los confines de Egipto, cerca de la Etiopía.

La condición de los esclavos era muy miserable. Diódoro de Sicilia dice, hablando de ellos: "Los que dirigen los trabajos de estas minas emplean un número muy grande de obreros, que todos son, o criminales condenados, o prisioneros de guerra, y también hombres perseguidos por falsas acusaciones o encarcelados por malevolencia. Los reyes de Egipto, por el gran provecho que sacan, obligan a trabajar en las minas de oro a todos estos desgraciados y, a veces, aun a todos sus parientes como si fueran criminales condenados. Estos infelices cargados de cadenas trabajan día y noche sin cesar, privados de toda esperanza de fuga, bajo la vigilancia de soldados extranjeros que no hablan la lengua del país, para que no se les pueda ablandar, ni con promesas ni con súplicas. Todo el mundo siente lástima a la vista de estos desgraciados que ejercitan trabajos tan penosos, sin tener ni ropas que cubran sus carnes. No se perdona, ni al valetudinario, ni al lisiado, ni al débil anciano, ni a la mujer enferma. A todos se les compele al trabajo a golpes,

hasta que ya sin fuerzas mueren de fatiga. Así es que estos infelices, sucumbiendo a los males del presente y sin esperanzas del porvenir, aguardan con gozo la hora de la muerte, que prefieren a la vida''.

En **Grecia**, la esclavitud estaba ya establecida en los tiempos de Homero. Los orígenes de la esclavitud en Grecia fueron: el nacimiento, pues la condición de esclavo se heredaba; la venta de los hijos por los padres libres; la calidad de prisionero de guerra; la piratería; y la pobreza. ''Los pobres, dice Plutarco, abrumados de las deudas que habían contraído con los ricos, estaban obligados a cederles la sexta parte del producto de sus tierras, y por eso se les llamaba **sesenarios** y mercenarios; o bien, reducidos a empeñar sus propias personas, se entregaban a sus acreedores, quienes los retenían como esclavos o los mandaban vender en países extranjeros. Veíanse muchos forzados a vender hasta a sus hijos, pues ninguna ley lo prohibía, o huían de su patria para libertarse de la crueldad de los usureros''.

Engrandecida Grecia, fué creciendo el tráfico de esclavos y adquirió tal importancia que fué preciso nombrar inspectores y jueces encargados de evitar los fraudes, y los compradores tomaban toda clase de precauciones para no ser engañados, haciendo que los esclavos se desnudaran y sometiéndolos a un escrupuloso examen. Si celebrada la venta se descubría en el esclavo algún defecto físico, podía el comprador anular el contrato.

Muchos países contribuyeron a este comercio y los negros en un principio fueron muy estimados por su escasez y por su color. El esclavo más célebre que salió de la isla de Sicilia, según se cree, fué el gran filósofo Platón.

La condición de los esclavos no fué siempre la misma. En los tiempos heroicos fueron ilimitados los de-

rechos de los dueños; después varió su condición, no sólo por los tiempos, sino por los lugares. En Creta los trataban suavemente, de manera que, según Aristóteles, les estuvo permitido todo, menos asistir a los ejercicios gimnásticos y el uso de las armas; en cambio en Esparta los trataban muy cruelmente. El alimento ordinario de la generalidad de los esclavos fué una ración de harina, ajos, higos y algunas otras frutas de inferior calidad. Su traje consistía en una gorra de piel de perro, túnica de lana que no pasaba de la rodilla, y una especie de capa muy corta. A los esclavos mejor cuidados se les daba una piel para abrigarse los pies en invierno. Condenado a obedecer y servir en trabajos manuales, el esclavo no recibía ninguna educación moral, y si la recibía, no era en su propio beneficio, sino en provecho del amo, quien al educarle aumentaba su valor. No tenía personalidad civil, y no gozaba de los derechos concedidos a los hombres libres, pero con el tiempo se les permitió la adquisición de algunos bienes, con el fin de estimularlos al trabajo e impedir que trataran de huir.

Roma fué el pueblo de la antigüedad que tuvo más esclavos y que más traficó con ellos. Los orígenes de la esclavitud fueron: la **legislación civil y criminal**, el **derecho de gentes**, y, en ocasiones, la **violencia**. El emperador Justiniano dijo: "los esclavos nacen o se hacen".

La **ley civil** concedía al padre de familia una autoridad tan amplia, que podía hasta matar a los hijos, y con mayor razón venderlos. A los mal conformados o enfermizos solía exponerlos públicamente, para eximirse de mantenerlos, acción que en ciertos casos fué origen de esclavitud. Por el nacimiento eran esclavos los hijos de padres esclavos o de madres esclavas. El acreedor podía prender, azotar y aun vender al deudor que no le pagaba. Los patricios tenían en sus ca-

sas calabozos en donde ataban y ponían grillos a su deudor.

Por la **legislación penal** caíase en esclavitud por la comisión de ciertos delitos. El ciudadano que se negaba a inscribirse en el censo, o a alistarse en la milicia, era azotado y vendido como esclavo. El ladrón cogido en flagrante delito era azotado y entregado a la persona a quien había robado para que le sirviese como esclavo. Los sentenciados por algún delito a trabajar en las obras públicas, a combatir en el circo con las fieras, o a morir en un patíbulo fueron también esclavos de la pena.

Los **plagiarios**, esto es, los que robaban y vendían personas libres, eran condenados a servir en las minas al robado.

Por **la guerra**, fueron esclavos los prisioneros, a quienes en lugar de quitarles la vida se les hacía siervos.

El **comercio** fué también causa abundante de esclavitud. Cuando los romanos extendieron sus conquistas a países lejanos, no era posible vender en Roma los prisioneros de guerra y se hacía la venta por las cuestores militares en el campo de batalla.

Los esclavos y los libertos eran el todo en Roma. Los hombres libres, que en otros tiempos se dedicaron a la agricultura, se retiraron de ella y los campos fueron cultivados por esclavos solamente. En las casas ejercían los esclavos toda clase de funciones; eran cocineros, barberos, zapateros, sastres, etc. Algunos estaban junto a las puertas para anunciar a los forasteros y gritar las horas; otros molían y para que, estando hambrientos, no se llevasen a la boca algún puñado de harina, se les ponía alrededor del cuello una ancha tabla; algunos servían de músicos y de bufones, y a este fin se conservaban algunos enanos, oprimiéndoles desde niños los miembros con fajas y colocándolos en es-

tuches, de manera que no pudieran desarrollarse. Julio, hijo de Augusto, tenía dos enanos, hombre y mujer, de 66 centímetros de altura.

El cambio operado en las costumbres romanas con las conquistas de tantos pueblos lo describe Diódoro de Sicilia en estos términos: ''Los romanos, dice, cuyas leyes y costumbres eran antiguamente muy buenas, llegaron en poco tiempo a tal grado de poder, que tuvieron el más célebre y más grande de los imperios de que habla la historia. Pero en época más reciente, la sumisión de tantos pueblos y una larga paz hicieron cambiar, en daño de Roma, las antiguas costumbres. Para descansar de la profesión de las armas, los jóvenes entregábanse a la molicie e intemperancia, porque las riquezas satisfacían a sus deseos. En la ciudad preferíase el lujo a la frugalidad, y el ocio a los ejercicios miilitares; en fin, mirábase como feliz, no al que estaba dotado de virtudes, sino al que pasaba todo el tiempo de su vida en los más grandes placeres. Comidas suntuosas, exquisitos perfumes, tapices bordados, triclinios ricamente adornados, muebles de marfil, plata y de otras materias preciosas artísticamente trabajadas, estuvieron cada día más y más a la moda; desdeñábanse los vinos que sólo halagan medianamente al paladar, éranles menester los de Falerno, Chio, o cualquiera otro que agradara al paladar; gastábanse sumas inmensas en pescados y otros platos delicados. Los jóvenes llevaban al foro trajes de telas suaves, finas y transparentes como los que usan las mujeres''.

''Todos estos objetos de lujo, propios a engendrar una perniciosa molicie, eleváronse pronto a precios increíbles: un ánfora de vino valía cien dracmas; un tarro de salazón del Ponto, cuatrocientas. Los cocineros que sobresalían en su profesión pagábanse en cuatro talentos''.

El trabajo y la industria eran considerados como

cosas innobles y deshonrosas, propias sólo de los esclavos. Cicerón decía que era indigna de un ser libre toda profesión laboriosa, exceptuando sólo las más elevadas, como la medicina y la arquitectura, y que el comercio sólo podía tolerarse cuando daba enormes beneficios.

Sufrían los esclavos horribles **tratamientos.** Antonio y Cleopatra hacían en ellos los experimentos de los venenos. Polión hizo arrojar a las lampreas a uno que le rompió un vaso. Augusto hizo colgar de una antena a uno que le había comido una codorniz. A los banquetes, en que invertían los romanos las noches enteras, hacían asistir a los esclavos en ayunas y de pie, para que alegraran las cenas con atroces combates en que los señores aplaudían, silbaban y decían: "**Haceos allá, canalla, que vuestra sangre no me manche la túnica**". Las inmoralidades más horribles soportaban los esclavos al salir de los banquetes. Cuando llegaban a viejos o contraían enfermedades incurables, se les llevaba a la isla de Esculapio, a orillas del Tíber, y allí se les dejaba morir sin recursos.

En tiempo de Augusto un senado consulto dispuso que cuando un esclavo matase a un ciudadano, los compañeros de aquél debían ser condenados a muerte; y habiendo sido muerto por un esclavo el prefecto de Roma, por celos de un amor degradante, algunos se opusieron a que se quitase la vida a cuatrocientos esclavos, en su gran mayoría inocentes; pero el jurisconsulto Casio exclamó en el Senado: Y qué ¿buscaremos razones cuando ya han sentenciado nuestros antepasados más sabios que nosotros? ¿Es posible que entre cuatrocientos esclavos ninguno tuviese noticia del matador? Y, sin embargo, ninguno lo denunció ni lo prendió. Decís que morirán muchos inocentes; pero cuando se diezma un ejército por su falta de valor, ¿no corren la misma suerte los valientes que los cobardes? En todo grande ejemplo hay algo de injusto; pero la

injusticia cometida con algunos está compensada con la utilidad que todos obtienen. Debido a este razonamiento los cuatrocientos esclavos fueron conducidos al suplicio entre una hilera doble de soldados y los gritos del pueblo que maldecía la legalidad.

Ante la ley el esclavo era cosa, y no hombre. Era considerado como propiedad de otro; no podía testar ni ser testigo, ni repeler personalmente las injurias que se le inferían.

Varron clasificaba los instrumentos de la agricultura en **vocales,** que eran los esclavos; **semi vocales**. que eran las bestias de trabajo; y **mudos,** o sea, las cosas inanimadas. Aristóteles dice que **el buey hace las veces de esclavo para el pobre.**

El **número** de los esclavos era inmenso. Según el censo verificado en tiempo del emperador Claudio, el año 48 de la era cristiana, los ciudadanos romanos ascendían a 6.944.000. Pues bien, los autores calculan que había tres esclavos por cada ciudadano, o sea, más de veinte millones de esclavos.

Claudio Isidoro, en su testamento, se queja de las pérdidas que había experimentado en la guerra civil, por lo cual no dejaba más que 4.156 esclavos, 5.600 pares de bueyes, 25.000 cabezas de ganado menor y 600 millones de sextercios.

Se propuso en cierta ocasión que se diera a los esclavos un traje particular que los distinguiera de los hombres libres, pero se advirtió que se corría demasiado peligro, si llegaban a ver cuán pocos eran los hombres libres comparados con los esclavos.

A retaguardia de las legiones de César en las Galias iba un número tan considerable de esclavos, que las pusieron un día en una situación peligrosa.

Había un **mercado** donde se exponía a los esclavos, en unas especies de jaulas, desnudos, con las manos atadas y un cartel en la frente, donde se indica-

ban, por orden de los ediles, todas sus buenas o malas cualidades. El comprador acudía al mercado y decía al comerciante: "Necesito un molinero, un prensador, un secretario, etc." y luego miraba, palpaba y examinaba detenidamente al esclavo, siendo obligado el vendedor a declarar las enfermedades y defectos de su mercancía.

Al esclavo se le negó en Roma el derecho de asilo. Esto aumentó la fuga de ellos, que fué considerada por la ley romana como delito grave. La ley castigaba al prófugo, haciéndole poner en la frente con un hierro caliente unas letras que manifestaban su delito, o se le ponía un collar de hierro, con una una inscripción que expresaba el nombre del amo, collar de que Pignorio cita un caso en que la inscripción decía: "Cógeme, porque soy prófugo, y restitúyeme a mi amo Bonifacio Linario".

Entre los **hebreos** también existió la esclavitud, y su origen se remonta al tiempo de los Patriarcas. Cuando Abraham fué a Egipto a visitar al Faraón reinante, recibió el regalo de esclavos. El capítulo diez y siete del Génesis, que trata de la circuncisión, dice que será circuncidado todo varón: "tanto el siervo nacido en casa, como el que comprareis' '(versículos 12, 23 y 27). Abraham tenía una sierva egipcia, Agar, como dice el versículo 1.° del capítulo 16 del Génesis. Los hermanos de José querían matarle por envidia, pero después cambiaron de opinión y lo vendieron a los Ismaelitas por veinte monedas de plata (Gén. XXVII,, 27 y 28).

El espíritu de la legislación de Moisés repugnaba la esclavitud que pesaba sobre algunos hebreos; y para que disminuyera su número permitió a su pueblo que adquiriese esclavos de las naciones vecinas o que comprase los hijos de los extranjeros que residiesen en Palestina. Para que los hombres libres no perdiesen su

libertad, fulminóse pena de muerte contra quien vendiera un hebreo libre o le retuviera esclavizado.

El carácter suave y blando que había tenido la esclavitud en la época de los Patriarcas fué desapareciendo. Cautivos los hebreos en Egipto, errantes después en le desierto, y convertidos en guerreros y conquistadores, olvidaron los usos y costumbres de sus antepasados. Para limitar el poder de los dueños de esclavos, necesitó Moisés dictar leyes que templaran el rigor de la esclavitud. Estas leyes autorizaron al esclavo para que se libertara con los bienes que pudiera adquirir, le permitieron que contrajera matrimonio y hasta que pudiera alcanzar la mano de la hija de su señor. El descanso del Sábado, concedido a todos los hebreos, se extendió también a los esclavos.

Estableció Moisés esenciales diferencias entre la esclavitud del hebreo y la del extranjero. La de los hebreos quedó tan suavizada que casi no merecía el nombre de esclavitud. Dice el Levítico: "Cuando tu hermano empobreciere cerca de ti, y a ti se vendiese, no te servirás de él como se sirve de los esclavos; mas estará en tu casa como estaría el mercenario y el extranjero, y te servirá hasta el año del Jubileo" (XXV, 39 a 40).

Esta esclavitud tampoco era perpetua, sino temporal, puesto que el esclavo hebreo debía servir seis años solamente y al séptimo recobrar la libertad, sin dar nada a su señor, y aun el plazo de seis años podía abreviarse, pues si durante ellos llegaba el año del Jubileo, entonces el esclavo hebreo recobraba la libertad para sí y para sus hijos. También se adquiría la libertad por medio de rescate, pero con la condición favorable de que no era preciso entregar todo el precio que el amo hubiera pagado al comprarle, sino la diferencia entre lo pagado y el salario que el esclavo hu-

biera devengado como jornalero libre y solamente hasta el año del Jubileo.

La esclavitud de los extranjeros era perpetua. El mismo Levítico dice: ''Podéis comprar esclavos de las naciones que os rodean, de los extranjeros residentes entre vosotros, o de los hijos que les nacieren en vuestro país. Dejaréis los esclavos a vuestra posteridad por un derecho hereditario, y seréis sus amos para siempre'' (XXV, 44 al 46).

El Cristianismo trató desde el principio de suavizar la situación de los esclavos, y demoró muchos siglos en obtener la supresión completa de esta monstruosa desigualdad. Pereció el Imperio de Occidente y los bárbaros que invadieron la Europa, aunque convertidos al cristianismo, conservaron sus esclavos y con ellos traficaron. Por necesidad tuvo que transigir el Cristianismo con aquella institución que tenía tantos siglos de arraigo; pero si transigió ante la necesidad, se esforzó por hacer cada vez más llevadera la condición de esos desgraciados.

La **esclavitud** se modificó notablemente, convirtiéndose poco a poco en **servidumbre**, siendo muy diversa la condición del esclavo y la del siervo. El esclavo era en Roma una mercancía; no así el siervo en las naciones cristianas, que para ciertos fines, v. gr.: para el sacramento del matrimonio, era igual al hombre libre.

Esta transformación se hizo lentamente, desde el siglo sexto al décimo, porque tenía que luchar con muchos intereses creados.

La doctrina crstiana es abiertamente contraria a la esclavitud. Basta recordar las palabras de Nuestro Señor al empezar su predicación después de haber recibido el bautismo y de haber ayunado durante cuarenta días.

Fué a Nazaret en donde se había criado, dice el

Evangelio, y entró según su costumbre el día de Sábado en la Sinagoga, y se levantó a leer. Y le fué dado el libro de Isaías el profeta. Y cuando desarrolló el libro, halló el lugar en donde estaba escrito: El espíritu del Señor sobre mí; por lo que me ha ungido, para dar buenas nuevas a los pobres, me ha enviado, para sanar a los quebrantados de corazón, para **anunciar a los cautivos redención** y a los ciegos vista, para **poner en libertad a los quebrantados,** para publicar el año favorable del Señor y el día del galardón'' (Lucas IV, 16 a 19).

Hace alusión el Señor al año del Jubileo, tan célebre entre los Hebreos, en el que todos volvían a entrar en posesión de lo que habían vendido, y aun a recobrar la libertad si la habían perdido.

El principio fundamental del Cristianismo a este respecto, es la igualdad de los hombres ante Dios, y el resumen de sus Mandamientos lo constituyen los preceptos de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, preceptos que son contrarios a la idea de esclavitud.

El apóstol San Pablo recomendó al esclavo la obediencia al amo; pero también recomendó a éste que lo tratara bien, estableciendo así la reciprocidad de deberes: ''Y vosotros amos, les dice, sed afectuosos con vuestros esclavos, no tratándolos con dureza ni amenaza, sabiendo que unos y otros tenéis en el cielo un amo común, ante el cual no hay diferencia entre las personas''.

Y, en su epístola a los Colosenses, hace igual recomendación: ''Amos, dad a los esclavos lo que es justo y equitativo, sabiendo que también tenéis un amo en el cielo''.

CAPITULO DECIMO TERCIO

JESUCRISTO

109. CENTRO AL CUAL CONVERGE TODA LA HISTORIA DE LA HUMANIDAD

Jesucristo es el punto culminante de los siglos y de la historia entera de la humanidad. Abraza los tiempos pasados, los presentes, y los futuros. Nadie puede racionalmente desentenderse de El. Para prescindir de El hay que ignorar la historia y no saber el año en que se vive.

Su generación divina es eterna. Como dice el Evangelio, estaba con Dios de toda eternidad, como en su principio; y su genealogía humana remonta hasta Adán. Los tiempos que transcurrieron desde el pecado de Adán hasta su nacimiento en la gruta de Belén, fueron tiempos de **expectación**.

La Sagrada Escritura, el libro por excelencia, relata la creación del mundo y los acontecimientos que más interesan a la Humanidad. El más grande de todos ellos, el que todo lo domina, es la venida de Jesucristo, que divide la historia del mundo en dos épocas diversas. El Antiguo Testamento contiene las profecías, las figuras y la preparación de judíos y gentiles para la venida de Jesucristo, el Deseado de las Naciones; y el Nuevo Testamento es la historia de su Encarnación, Nacimiento, Vida, Doctrina, Pasión, Muerte,

Resurrección y Ascensión. Jesucristo fué precedido por las profecías, y seguido por los milagros.

La historia profana antigua nos relata la formación sucesiva de los grandes imperios que tuvieron la misión de preparar la grandeza de Roma, la ciudad de los Césares, que había de ser después el centro mismo de la religión de Jesucristo; y las historias medias, modernas y contemporáneas, nos cuentan las grandes persecuciones que sufrió la Iglesia de Jesucristo; su exaltación e influencia social; los cismas, las herejías y guerras religiosas que se han sucedido; la serie no interrumpida de los Pontífices romanos, representantes de la autoridad de Jesucristo; la ruptura de la unidad religiosa de Europa que ha traído hondas divisiones y perturbado la vida de los pueblos; y las esperanzas de una renovación espiritual del mundo, por la formación de un solo rebaño y un solo Pastor, conforme a las doctrinas de Jesucristo.

Jesucristo es el único que ha influído en la suerte personal e íntima de los hombres.

''Homero, dice Augusto Nicolás, influyó en la poesía, Sócrates en la filosofía, Newton en la ciencia, Alejandro en el equilibrio del mundo griego, César en el del mundo romano, Carlomagno, Luis XIV y Napoleón en los Estados Modernos. Pero suponiendo que hubiera vivido sucesivamente en la época de estos grandes hombres, ¿qué habría influído en mi suerte personal e íntima; en la felicidad o en mi desdicha propia, en el fondo de mi alma, el declararme en favor o en contra suya? ¿Me vería ni siquiera obligado a tomar partido por ellos? ¿No me pertenecería a mí mismo? Por ventura y rigor, sus obras, sus sistemas, sus descubrimientos, sus grandes hechos o hazañas, su elevación o su caída, ¿no serían verdaderamente para mí cosa extraña y ajena a mi ser? Supóngome sobre todo, en uno de esos momentos inevitables en la vida de cada uno

de nosotros en que se ve absorbida toda la personalidad, en una de esas grandes pruebas que la arrancan de cuanto la rodea, haciéndola víctima de un grande abatimiento, de una gran pérdida, de un gran dolor, en fin, de la muerte, que es el supremo naufragio, ¿qué sería para cada uno de nosotros, en uno de esos momentos, el hombre más grande, sino talvez motivo de profundo pesar por haberle dejado invadir demasiado el sitio que reclamaba, con mucho mejor título, **uno más grande que él**. Este, en esas horas de verdad en que se eclipsa toda grandeza, aparece no solamente el más grande y el único grande, sino **el único que subsiste**, al decaer y desaparecer todo lo demás; y se comprenden estas palabras con que contestó Colbert, al morir, a un enviado de Luis XIV: "No quiero oir ya hablar del rey; que me deje por lo menos ahora tranquilo. Si hubiera hecho yo por Dios lo que por este hombre, hubiera asegurado mi salvación diez veces, y ahora ignoro lo que va a ser de mí". Y nótese que Colbert no comprendía a Dios sino por medio de Jesucristo y en Jesucristo".

El mismo Augusto Nicolás cuenta que después de una reunión en casa de Mme. Swetchine, en la que se había hablado de ciencia, literatura, arte, política, etc. quedando él solo de visita en la casa, ella le dijo, en tono íntimo y sincero, como conclusión o consecuencia de todo lo hablado, estas palabras que cada uno quedó meditando en un conmovedor silencio: "**No hay más que Jesucristo**".

En realidad, toda nuestra vida, todos nuestros pensamientos, todas nuestras discusiones y todas las cuestiones políticas, o filosóficas, de una u otra manera, giran alrededor de Jesucristo, para confesarlo o para negarlo, para amarlo o aborrecerlo; lo que indica que El a ninguna cuestión humana es ajeno.

110. EL NOMBRE DE JESUS

El nombre de Jesús no es invención de los hombres; fué dado por el mismo Dios.

Dice el Evangelio de San Mateo que cuando la Santísima Virgen se halló haber concebido en el vientre, por obra del Espíritu Santo, José su esposo, como era justo, y no quisiese infamarla, quiso dejarla secretamente. Y estando él pensando en esto, he aquí que el ángel del Señor le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas de recibir a María tu mujer; porque lo que en ella ha nacido, de Espíritu Santo es. Y parirá un hijo: y **llamarás su nombre Jesús**; porque él salvará a su pueblo de los pecados de ellos (I, 18 a 21). Este nombre fué dado a nuestro Señor en su Circuncisión: "Llegado el día octavo en que debía ser circuncidado el niño, le fué puesto por nombre Jesús, nombre que le puso el ángel antes que fuese concebido" (Lucas II, 21).

El nombre de Jesús, que significa **Salvador** o **Salud,** era, dicen los comentadores, el que propiamente convenía al Hijo de Dios en su Encarnación; porque venía a merecer, y dar a su pueblo la salud eterna.

El nombre de Jesús es lo más grande que pueden pronunciar nuestros labios, ha de estar constantemente en nuestro corazón, y tiene la virtud de servirnos de defensa contra los esfuerzos de los enemigos de nuestra salvación.

Dice San Pablo que porque Jesucristo se rebajó, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz, debía Dios elevarle y darle un **nombre, superior a todo nombre**; a fin de que a este nombre, toda rodilla se doblara en el cielo, sobre la tierra y en los infiernos (Filip. II, 7 a 10).

Es el **único nombre** que puede traer la salvación a los hombres. "Y no hay salud en ningún otro. Por-

que no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que nos sea necesario ser salvos" (Hech. IV, 12). Es decir, ningún hombre puede salvarse, sino por los méritos de Aquél, que tiene por excelencia el nombre de Jesús, dado por Dios a los hombres para salvarlos.

El **poder del nombre** de Jesús es inmenso; todo lo consigue. "En verdad, en verdad os digo que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo cencederá. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre; pedidle y recibiréis para que vuestro gozo sea completo" (S. Juan XVI, 23 y 24).

En el nombre de Jesucristo se han verificado **grandes milagros.**

El cojo de nacimiento que estaba a la puerta del templo, llamada la Hermosa, cuando vió a los Apóstoles Pedro y Juan que iban a hacer oración, les rogó que le diesen limosna y Pedro dijo: "No tengo oro ni plata; pero lo que tengo, esto te doy. En el nombre de Jesucristo Nazareno levántate y anda". Y tomándole por la mano derecha le levantó, y en el mismo punto fueron consolidados sus pies, y sus plantas (Hech. III, 1 a 7).

El apóstol San Pablo, en sus correrías apostólicas fué seguido varios días por una muchacha, que llevaba un demonio adentro y que gritaba por las calles: "Estos hombres son siervos del Dios excelso que os anuncian el camino de la salud". San Pablo, indignado, se volvió, y dijo al espíritu: "Te mando **en el nombre de Jesucristo que salgas de ella**". Y en la misma hora salió (Hech. XVI, 16 a 18).

Una santa joven, llamada Teófila, solicitada por el Emperador Maximiano para que renegara de su fe, respondió: "Soy cristiana". Indignado el Emperador ordenó que le llevaran a un lugar infame para que allí fuese violada. Teófila tuvo entonces este pensa-

miento. ¿El nombre de Jesús no es mucho más poderoso que el Emperador Maximiano? Y mientras la conducían por la fuerza, ella invocaba, con fe y repetidas veces, el santo nombre de Jesús, pidiéndole que protegiera su virginidad. Dios la oyó, pues todos cuantos se acercaron a Teófila fueron gravemente heridos y la joven pudo conservar su candor, causando la admiración de los circunstantes.

San Lorenzo Justiniano dice que Jesús es el Salvador del mundo, y que "así como la libertad es superior a todos los bienes, así el nombre de **Libertador** es superior a todos los nombres. Por eso quiso Dios que al oir el nombre de Jesús todos hincasen la rodilla en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos... Si consideramos el nombre de Jesús en su origen, vemos que el mismo Dios se lo da a su Hijo como un título de gloria, el Espíritu Santo se lo hace entrever a los profetas, un ángel lo pronuncia en la tierra, y la Virgen María lo oye y lo recoge de la boca del enviado celestial. ¿Hay por ventura alguna cosa más digna de nuestro respeto y veneración? Si consideramos ese nombre divino en su eficacia, ¿cómo podremos rehusarle nuestra confianza y nuestro amor? Si os halláis expuesto y tentado por el demonio, oprimido por los hombres, abatido por las enfermedades y fatigado por el dolor; si os halláis como arrastrado invisiblemente por el espíritu de la blasfemia o por la desesperación, vencido por el temor o atormentado por la duda, pronunciad el nombre de Jesús y al instante vendrá la luz a iluminar vuestros ojos y la gracia a consolar vuestro corazón. En los trances difíciles, en los peligros, en las armas y sobresaltos, en vuestra casa o en viaje, en el desierto o en medio de los mares embravecidos, en cualquier parte en fin en que os halléis, pronunciad el nombre del Salvador, pero hacedlo del fondo de vuestro corazón, con fe y con piedad. Si decís con la

boca: "Jesús, Señor mío", y vuestro corazón confiesa francamente que es en efecto Dios y hombre, entonces experimentaréis cuál es la unción y el poder de su nombre divino, y os salvaréis por ese testimonio de vuestra fe. Primeramente dad a Jesús el afecto de vuestro corazón, para que podáis confesarle después con fruto. Reconocedle, adoradle y alabadle como a vuestro Salvador, vuestro Redentor, vuestro Dios, vuestro Amo, vuestro Abogado, vuestro Hermano y vuestro Amigo; que su nombre se halle siempre en vuestra boca, su amor en vuestro corazón, su pasión en vuestra memoria, su presencia en vuestro espíritu, su sublimidad en vuestros pensamientos, y el deseo de verle en vuestra ambición".

El nombre de Jesucristo, dice Lacordaire, está en todos los labios; objeto de terror y odio para unos, de admiración y culto para otros. El Nilo ha visto sus soldados; el Tajo y el Borístenes han oído el ruido de su marcha; y más lejos su brazo se ha extendido desde los valles de Los Andes hasta las playas inmóviles en que Confucio creía haber encadenado para siempre las almas de las generaciones.

111. CRISTO

Hemos visto que por mandato del cielo el Hijo de Dios se llamó Jesús. Ese es su nombre. Ahora, el título que expresa su ministerio es el de **Cristo,** palabra griega, que quiere decir ungido o consagrado, y que equivale a la palabra hebrea **Mesías.**

En el Antiguo Testamento, los profetas, los sumos sacerdotes, y los reyes eran ungidos con óleo. Así, el Señor ordenó a Elías que ungiera a Eliseo por profeta sucesor suyo (3 Reyes XIX, 16); Moisés ungió y consagró a Aarón como sumo sacerdote (Lev. VIII, 12); y cuando David fué ungido rey, "tomó Samuel la cuerna del óleo, y ungióle a presencia de sus hermanos, y

desde aquel día en adelante el espíritu del Señor quedó difundido en David'' (1 Reyes XVI, 13).

Jesucristo reunía en su persona esos tres ministerios: era nuestro **Profeta**, nuestro **Sumo Sacerdote**, y nuestro **Rey**. Moisés anunciaba: ''Tu Señor Dios te suscitará un **Profeta** de tu nación y de entre tus hermanos como yo. A El oirás'' (Deut. XVIII, 15); San Pablo, en su epístola a los Hebreos, dice que Cristo es verdadero pontífice, no porque se arrogara la gloria de serlo, sino porque se la dió el que le dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy''; y dice que la esperanza sirve a nuestra alma como de una áncora segura y firme y penetra hasta el santuario que está del velo adentro, donde entró Jesús por nosotros el primero, como nuestro precursor, constituído **Pontífice** por toda la eternidad según el orden de Melquisedec (Heb. V, 5 y VI, 19 y 20); y es **Rey**. El ángel que anunció a la Virgen María el misterio de la Encarnación le dijo, hablando de Jesús: ''Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios **dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin**''.

Ciertamente Jesucristo no fué ungido con óleo, como los profetas y reyes del Antiguo Testamento, pues siendo Hijo de Dios, no necesitaba que se le comunicase poder alguno, ya que todo lo tenía recibido del cielo.

Fué ungido con la unción del Espíritu Santo en el Bautismo, cuando se vió ''bajar al Espíritu de Dios a manera de paloma y posar sobre El'' (Mat. III, 16).

El apóstol San Pedro, predicando la divina palabra, dice que Dios envió a Jesús de Nazaret, al cual ''Dios lo ungió de Espíritu Santo y de virtud, el cual anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos del diablo, porque Dios era con él''.

El **ángel** que apareció a los pastores de Belén

lo anunció como el Cristo: "Hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, que es el Cristo" (Lucas II, 11).

El **mismo Jesús** se llamó Cristo; cuando conversaba con la mujer samaritana, ésta le dijo: Sé que está para venir el Mesías, esto es el Cristo, cuando venga, pues, él nos lo declarará todo. Y Jesús le respondió: "**Ese soy yo que hablo contigo**" (Juan IV, 26).

También lo declaró al sumo sacerdote cuando lo conjuró de parte de Dios vivo para que dijera si era el Cristo, o Mesías, el Hijo de Dios, y respondió: "**Tú lo has dicho: yo soy**" (Mat. XXVI, 63 y 64).

En El **se cumplen todas las profecías,** como lo hacía notar el mismo Jesús en sus discursos (S. Juan V, 39 y Lucas XVIII, 31), y, en particular, en la conversación que tuvo con los discípulos de Emmaús, en la cual, "empezando por Moisés, y discurriendo por todos los profetas, les interpretaba en todas las Escrituras los lugares que hablaban de él" (Lucas XXIV, 27).

El nombre de **cristianos** nos viene por ser discípulos de **Cristo,** del Ungido, con quien debemos conformarnos en la vida y en la doctrina; y porque somos también ungidos en el Bautismo, y en la Confirmación con el santo Crisma, y con la gracia, que allí se nos da por Cristo.

La primera vez que los discípulos de Jesús tomaron el nombre de cristianos fué en Antioquía, donde predicaban San Pablo y San Bernabé: "Y estuvieron todo aquel año en esta Iglesia; e instruyeron una grande multitud de gente, de manera que en Antioquía fueron primero los discípulos llamados **Cristianos**" (Hechos XI, 26).

El nuevo nombre de cristianos les fué dado también en cumplimiento de la predicción del profeta Isaías, para quitar la distinción de judío y de griego: "Y dejarás cubierto de execración vuestro nombre a

mis escogidos. El Señor Dios acabará contigo ¡oh Israel! **y a sus siervos los llamará con otro nombre**" (LXV, 15).

Cristo, ungido por Dios como rey de las almas, es el único que puede salvar a la humanidad. Recordemos las palabras de un ilustre católico, a la hora de su muerte. El año 1848, en los días que transcurrieron en París, entre el derrumbamiento de la monarquía de Luis Felipe y la resurrección de la República, mientras retumbaba el cañón, unos pocos amigos rodeaban el lecho de muerte del autor del Genio del Cristianismo. Hubo un momento en que el estrépito se hizo más vivo y llegó a herir los oídos del ilustre anciano; entonces él tomó en sus manos el crucifijo, clavó en él su mirada, y exclamó: ¡Pobre sociedad moderna! A cada momento cambias de soberano, y aun no entiendes que sólo te puede salvar Cristo: "**Vedle aquí, éste es mi Rey**". Y a los pocos instantes descansó en el Señor.

112. HIJO UNICO DE DIOS

Jesucristo es el Hijo **unigénito** de Dios, es decir, el Hijo único de Dios nuestro Padre celestial. Es Hijo de Dios, **por naturaleza,** esto es, según su naturaleza, y no por adopción como lo somos nosotros, que hemos sido adoptados por gracia; fué engendrado **ab aeterno,** como Hijo de Dios por naturaleza; y tiene **la misma divina naturaleza** con el Padre; de modo que la inteligencia del Padre es su inteligencia, la voluntad omnipotente del Padre es también su voluntad. En otros términos, no son varios dioses, sino un solo Dios verdadero.

En el Salmo profético en que David describe el establecimiento del reino de Jesucristo contra todos los esfuerzos de los hombres, el Señor dice a su divino

Hijo: "Mi hijo eres tú, yo te he engendrado hoy" (II, 7); y el Apóstol San Pablo usa de este texto para probar la divinidad de Jesucristo, diciendo: "¿A quién de los ángeles dijo jamás: Hijo mío eres tú: yo te he engendrado hoy?" (Heb. I, 5).

La verdad de que Jesucristo es el único y verdadero Hijo de Dios la declaró el primer Concilio ecuménico, celebrado en Nicea, el año 325, contra la herejía de Arrio. Después de muchas discusiones, el Concilio adoptó, para expresar la unidad indivisible de la naturaleza divina, la palabra **consustancial,** con la cual declaró que Jesucristo es verdadero Hijo de Dios, igual en un todo á su Padre y verdadero Dios como el Padre y el Espíritu Santo.

La declaración del Símbolo de Nicea dice: "Creemos en un solo Dios todopoderoso, Criador de todas las cosas visibles e invisibles, y en un solo Señor, que es Jesucristo, **Hijo único de Dios,** engendrado del Padre, es decir, sustancia del Padre, Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios del verdadero Dios, engendrado y no hecho, consustancial al Padre, por el cual han sido criadas todas las cosas del cielo y de la tierra; quien, por nosotros hombres y por nuestra salvación, descendió de los cielos, se encarnó e hizo hombre, padeció, resucitó al tercer día y subió a los cielos, desde donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos".

Hemos visto que interrogado por el Sumo Sacerdote respondió Cristo que era el Hijo de Dios vivo; pero hay otros pasajes de la Escritura en que también se dice claramente que Cristo es el Hijo de Dios.

Natanael, verdadero israelita, en quien no había doblez ni engaño, al oir al Señor, le dijo: "**¡Oh Maestro! tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel**" (Juan I, 49).

Cuando Jesús visitó en Betania a Marta y a María, después de la muerte de Lázaro, como Jesús le di-

jera que El era la resurrección y la vida, Marta respondió: "¡**Oh Señor! sí que lo creo y que tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo**".

Antes de instituir al primado de la Iglesia, encontrándose Jesús con sus discípulos, les preguntó: ¿Quién decís que soy yo? y tomando la palabra Simón Pedro, en nombre de todos los Apóstoles, hizo esta memorable confesión, cuyo conocimiento le había revelado el Padre celestial: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mat. XVI, 16).

Andando otra vez con sus discípulos, como algunos dejaran de seguirle y reconocerle por Maestro, el Señor, dirigiéndose a los doce Apóstoles, les preguntó: ¿Y vosotros, queréis también iros? Y Simón Pedro, tomando de nuevo la representación de los demás Apóstoles, y repitiendo su confesión anterior, le respondió: "¿Señor, a quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna. **Y nosotros hemos creído y conocido, que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios**".

Los hombres somos hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, y herederos de la eterna felicidad, **no por naturaleza** como Jesucristo, que engendrado por el Padre tiene su misma naturaleza divina, y como El es omnipotente y omnisciente desde toda la eternidad; sino **por pura gracia y bondad de Dios,** que nos adopta como hijos y, nos comunica cierta semejanza con la naturaleza divina, un **consortium divinae naturae,** en virtud del Sacramento del Bautismo, el cual nos hace nacer espiritualmente desde el día en que lo recibimos.

"A cuantos le recibieron, dice el evangelista San Juan, les dió poder de ser hechos hijos de Dios; a aquéllos que creen en su nombre; los cuales son nacidos, no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, mas de Dios" (I, 12 y 13). Según explican los comentadores, a los que le reconocen por su Redentor y Salvador les da la prerrogativa de ser hijos de

Dios, no por una generación o parentesco carnal, sino por un nacimiento del todo espiritual, que viene del Espíritu de Dios, por el cual se corrigen las malas inclinaciones, se disipan las tinieblas del alma, el corazón se purifica y se enciende en vivas llamas del amor divino, por virtud del Bautismo del verdadero Cordero sacrificado en la cruz.

Agrega el apóstol San Pablo que cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo para redimir a aquellos que estaban bajo de la ley, para que recibiesen la adopción de hijos, y pudiesen recurrir a Dios con la mayor confianza, y clamar diciendo: "Padre mío, Padre mío" (Gál. IV, 4, 5 y 6).

Y nos manda el Señor que hagamos oración, diciéndole: "Padre nuestro, que estás en los cielos".

113. DIOS Y HOMBRE

Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. Tiene **dos naturalezas**, una divina y otra humana, unidas ambas a la persona del Hijo de Dios; pero **una sola persona divina**. No tiene persona humana; y en cuanto hombre, subsiste solo unido inseparablemente a la persona del Hijo de Dios. La unión de la persona del Hijo de Dios con la naturaleza humana y divina, se llama **unión hipostática**.

El **cuerpo** de Jesucristo debe ser adorado por razón de la persona divina a la cual está unido. Como Jesucristo tiene dos naturalezas, se manifiesta **alternativamente**, como Dios, y como hombre.

"Para hallarse en la verdadera fe, dice San Atanasio, es preciso creer y confesar que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es al mismo tiempo Dios y hombre; Dios engendrado antes de los siglos de la sustancia de su Padre; y hombre, nacido en el tiempo de la sustancia de María su Madre; Dios perfecto y

hombre perfecto; hombre compuesto de un alma racional y de un cuerpo humano; igual a su Padre, en cuanto Dios; e inferior a su Padre, en cuanto hombre. Y a pesar de que es Dios y hombre al mismo tiempo, no hay en él dos Cristos; sino un solo Cristo; uno solo, no porque la Divinidad se haya cambiado en carne, sino porque la humanidad ha sido elevada hasta la unión con Dios, y uno solo, no por la mezcla y fusión de las sustancias, sino por la unidad de la persona; pues así como un alma racional y un cuerpo humano no hacen más que un solo hombre, así una persona divina y la naturaleza humana no hacen más que un solo Cristo''.

La sociedad cristiana, dice el abate Gaume, debe a la creencia en esta verdad de que Jesucristo es Dios y hombre verdadero, sus nociones tan justas sobre Dios, sobre el hombre, sobre el mundo y sobre las relaciones entre superiores e inferiores. Estas solas palabras: ''**el Hijo de Dios hecho hombre para salvar al género humano**'' nos dicen más sobre la justicia, misericordia y sabiduría infinita de Dios, sobre la inmensidad del mal y sobre la degradación y la rehabilitación de las criaturas, que todos los Profetas antiguos, todas las tradiciones de los pueblos, y todos los libros de los filósofos. Jesucristo es el sublime resumen de la historia del mundo.

Respecto a su calidad de hombre verdadero, El mismo se encargó de demostrarlo a sus discípulos, cuando se les apareció después de la Resurrección. Atónitos y atemorizados, dice el Evangelio, se imaginaban ver algún espíritu, y Jesús les dijo: ''Mirad mis manos y mis pies, yo mismo soy; palpad y considerad que un espíritu no tiene carne ni huesos como vosotros veis que yo tengo. Dicho esto, mostróles las manos y los pies. Mas como ellos aun no lo acababan de creer, estando como estaban fuera de sí de gozo

y admiración, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel. Comido que hubo delante de ellos, tomando las sobras se las dió'' (Luc. XXIV, 37 a 43).

Jesucristo, para darnos a entender que era hombre verdadero, se llamó a sí mismo Hijo del Hombre, y hablando como hombre declaró que su Padre era más grande que El, y que El ignora el día del juicio final.

114. NUESTRO SEÑOR

Jesucristo es Nuestro Señor, esto es, dueño de nosotros, con dominio sobre todas las criaturas, sin excepción alguna.

Es nuestro dueño, como Dios, porque El es nuestro Criador que nos sacó de la nada; de modo que nada hay en nosotros que no le pertenezca.

Es nuestro dueño, como Hombre, porque nos compró a gran precio, dando su vida, para rescatarnos del cautiverio del demonio. San Pablo, hablando a sus discípulos del cuidado que debían tener con sus cuerpos, que son templos del Espíritu Santo, les decía: ''No sois de vosotros, puesto que fuisteis comprados a gran precio'' (1 Cor. VI, 19, 20).

Los discípulos lo llamaban Señor, y El aprobó ese nombre: ''Vosotros me llamáis Maestro, y **Señor**; y bien decís porque lo soy'' (S. Juan XIII, 13). Y lo es, no como los hombres que reciben por gracia este nombre, sino por esencia y naturaleza.

Jesucristo es el Verbo Divino, ''por quien todas las cosas fueron hechas; y nada de lo que fué hecho, se hizo sin él'' (S. J. I, 2 y 3). O sea, Dios crió todas las cosas por su Verbo, que es su razón, su sabiduría, y el divino modelo según el cual todas las criaturas fueron hechas.

"El mundo por él fué hecho, y no le conoció. A **lo suyo** vino, y los suyos no le recibieron" (S. J. I, 10 y 11). Antes de su encarnación lo llenaba todo con su divinidad y omnipotencia, y por su encarnación vino al mundo, que era obra suya propia. Vino a lo suyo, a su casa, a su dominio. "El Cristo, dice San Pablo, se ha dejado ver como en su propia casa; la cual casa somos nosotros" (Heb. III, 6).

En muchos pasajes del Evangelio, Jesucristo se nos presenta como poseedor del dominio del mundo. Dijo que el Padre había puesto en su mano todas las cosas; que había recibido poder sobre toda carne, esto es, sobre todas las criaturas, para dar vida eterna a todos los que el Señor le había dado. "**Tuyos** eran, y me los diste a mí", dijo, hablando de los hombres (S. Juan XVII).

San Pablo llama a Jesucristo "heredero universal de todas las cosas, por quien crió también los siglos y cuanto ha existido en ellos" (Heb. I, 2); que tiene ser ante todas las cosas, y todas subsisten por él, y por él son conservadas" (Col. I, 17). "Porque todo es vuestro, o hecho para vuestro bien, decía a sus discípulos; **vosotros empero sois de Cristo**; y Cristo es de Dios (1 Cor. III, 22 y 23).

115. DIVINIDAD DE JESUCRISTO

El dogma fundamental de nuestra religión es el de la Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. El que no cree en este dogma no profesa la fe de Cristo, o sea, no es cristiano.

Decimos que es **el dogma fundamental**, porque si Jesucristo es Dios, sus enseñanzas son divinas; la Iglesia que El fundó es institución divina; y el magisterio del Pontífice Romano, como sucesor de San Pedro, tiene el don de la infalibilidad que Jesucristo le prome-

tió; de manera que tenemos una garantía divina de la verdad de cada una de las doctrinas que nos enseña la Iglesia Católica, única que tiene la cátedra de Pedro y la asistencia del Espíritu Santo. Por eso, la verdad de la Divinidad de Jesucristo es especialmente creída, demostrada y defendida por la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. En cambio, muchos de los cristianos disidentes o cismáticos no creen o, por lo menos, manifiestan dudas acerca de ella.

Comprendiéndolo así los racionalistas modernos combaten de preferencia esta verdad, y no pudiendo negar el hecho histórico sobresaliente de la extraordinaria y sobrenatural grandeza de Jesús y de su doctrina admirable, que se conserva intacta después de tantos siglos transcurridos, y en medio de las más espantosas persecuciones, afectan saludar en Jesucristo a un gran sabio, a un profundo filósofo, a un bienhechor de la humanidad; pero se niegan a reconocerlo como Dios, es decir, como al Hijo de Dios hecho hombre.

Otros reconocen que **su misión** es divina, esto es, que fué enviado de Dios como Moisés; pero no creen en la divinidad de **su persona,** como creemos los cristianos.

El hombre, que medita y razona, no necesita, mayores pruebas para creer en la divinidad de Jesucristo; le basta pensar un momento en el milagro que diariamente presencia de la vitalidad asombrosa de su doctrina que, predicada hace veinte siglos, subsiste con el mismo vigor del primer día, a pesar de que obliga a sostener una lucha perpetua contra las inclinaciones de la naturaleza decaída.

''En medio de la corrupción pagana, dice Luis Veuillot, se presenta un hombre de pronto; un judío, que no tiene treinta y tres años; que no ha estudiado en parte alguna; que no ha hecho viajes; que no habla

otra lengua que la de su pobre país; que se dirige sólo a los jornaleros y a los paisanos sin letras, y que aun rebaja la sencillez asombrosa de su discurso, con la forma infantil de las parábolas. ¿Qué dice este hombre? "No escuchéis al mundo; engaña y seduce; no encontraréis la dicha en sus caminos". Existían en el mundo, en esta época, los más fuertes, los más sabios y los más asombrosos genios de la antigüedad: existían Platón, Aristóteles y toda la Grecia enriquecida con los secretos de Menfis; existían Virgilio, Cicerón, Roma entera, es decir, la ciencia y el poder del universo, ya sobrecargado de libros, lleno de experiencia y de fastidio. El mundo se engaña y seduce; no posee el secreto de la dicha. Ni Platón, ni Sócrates, ni Virgilio, ni Tiberio, ni el sacerdote, ni el sabio, ni el retórico, ni el siervo, ni el déspota han penetrado el sentido del enigma eterno. La dicha no está en los ardores del vino, ni en las sonrisas de la cortesana; la victoria no guarda la dicha bajo la bandera de las legiones; los aplausos del foro dan únicamente la gloria, y los de los pretorianos el imperio; toda la sabiduría y todo el poder de Roma, toda la sangre y todos los gemidos de las muchedumbres no pueden labrar la dicha de un hombre. No se sabe dónde está la felicidad, ni en qué consiste. Los más instruídos y los mejores solo descubren una sombra vana, incompatible con el fondo mismo de la humanidad. No se conoce la dicha, ni se conoce mejor a Dios: en tal estado se halla el mundo. "No escuchéis al mundo: hallaréis la dicha en la humildad, en la castidad, en la pobreza". Así habla este judío y se le cree. Se le cree en medio de los tormentos y en presencia de la muerte; se acredita por la sangre que a derramarse va, que ha defendido la verdad, y encontrado la dicha. A la dicha de vivir, a la riqueza, al poder, a las voluptuosidades ,prefiérese la dicha de morir humilde, pobre, cas-

to, escarnecido. Eso sucede después de diez y ocho siglos; después de diez y ocho siglos, en todas las regiones de la tierra, se ven y se oyen hombres que proclaman por su vida, por sus obras, por su arrepentimiento, por sus penas y por su muerte, que Jesús ha dicho la verdad, y que son dichosos, porque han hecho lo que les ha enseñado. Si se duda, en presencia de tales hechos, de que Jesús fué un Dios, debíase dudar más aun de que fuese un hombre. ¡Cómo! Anunciarnos la dicha en una lucha perpetua contra las imperiosas inclinaciones de la naturaleza; hacernos encontrar la plenitud de la vida intelectual bajo el yugo que abate la soberbia de nuestros pensamientos, y la paz bajo el yugo que reprime el ardor desenfrenado de nuestros deseos, ¿puede ser obra de una palabra humana, dicha hace mil ochocientos años sobre los bordes de un lago de Judea, por un delirante a quien las autoridades del país hicieron, pocos días después, clavar en el patíbulo entre dos ladrones? La religión nos da la dicha; es, por tanto, verdadera; nos da la dicha por los medios contra los cuales la naturaleza está en perenne rebelión; es, por consecuencia, sobrenatural y divina: lo divino viene de Dios".

Los grandes genios han confesado la divinidad de Jesucristo. Napoleón, a pesar de su soberbia y de su ambición, la reconoció de un modo explícito. En una ocasión preguntó a su compañero de destierro el general Bertrand: ¿Qué piensas tú de Jesucristo? ¿Quién es Jesucristo? El general se excusó de contestar, y Napoleón, insistiendo en el tema propuesto, se puso a comparar a Jesucristo con él, y con todos los grandes hombres de la historia; hizo notar las diferencias características que dan a Jesucristo un lugar aparte en la humanidad, y terminó con esta frase que, al decir del padre Lacordaire, la Francia grabará algún día sobre la tumba del gran capitán, para que resplandezca con

más brillo que el sol de las Pirámides y de Auterlitz: "¡Créeme, yo conozco a los hombres, y te digo que Jesucristo no era hombre!,... como los demás.

Y Víctor Cousin, según cuenta Perraud, en su libro sobre "Libre pensamiento y Catolicismo", hablando de la Divinidad de Jesucristo, prorrumpió en esta exclamación: "Preferiría subir al cadalso antes que negar la Divinidad de Jesucristo".

Si alguno pretendiese negar la divinidad de Jesucristo, invocando su vida pobre y humilde y los sufrimientos de su pasión, le contestaríamos con las palabras del mismo Jesucristo en sus conversaciones con Santa Brígida:

"A la vista de mi divinidad los hombres habrían sido aniquilados por el gozo. Mi palabra: **Non videbit me homo et vivet,** debía cumplirse. Los mismos profetas no han contemplado la naturaleza divina. Cuando he querido mostrarme al hombre, he tomado su propia forma... En mi última hora no manifesté mipoder, para cumplir las profecías y dejar un ejemplo de paciencia. Abandonando la cruz no habría iluminado a los impíos; ellos se indignaban cuando sanaba enfermos y resucitaba muertos. Habrían atribuído ese milagro a la magia".

116. EN JESUCRISTO SE CUMPLIERON LAS PROFECIAS

En la persona de Nuestro Señor Jesucristo se cumplieron a la letra todas las profecías del Antiguo Testamento, que anunciaban la venida del Mesías, del Hijo de Dios. Para probar a los judíos que era realmente el Redentor prometido y que debían alejar la falsa idea de un rey temporal, Jesucristo los invitaba a consultar las Escrituras. "Escudriñad las Escrituras, les decía, en las que vosotros creéis tener la vida eterna;

y ellas son las que dan testimonio de mí'' (S. Juan V, 39).

Cuando, después de su gloriosa resurrección apareció a sus discípulos que iban a Emaús y entró en conversación con ellos que no lo reconocieron, les dijo: ''O necios y tardos de corazón, para creer todo lo que los profetas han dicho. ¿Pues qué no fué menester, que el Cristo padeciese estas cosas, y que así entrase en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y de todos los profetas, se lo declaraba en todas las Escrituras, que hablan de él'' (Luc. XXIV, 25, 26 y 27). Jesucristo, dice Tholuck, no es semejante al sol de las regiones tropicales que asoma sin aurora y se oculta sin crepúsculo. Por el contrario, El fué precedido por las profecías y seguido por los milagros. Esas profecías cumplidas en su persona son una prueba cierta de su Divinidad y de la verdad de la religión en favor de la cual se hicieron y cumplieron, porque solo Dios pudo inspirar a los profetas, y siendo la misma Verdad, no pudo servirse de ellos para autorizar la mentira.

Los profetas fueron hombres inspirados por Dios, porque anunciaron con muchos siglos de anticipación, cosas futuras, que solo Dios podía conocer.

El astrónomo que predice los eclipses, el médico que pronostica la gravedad de un enfermo, el político que ve preparase una revolución, demuestran la perspicacia de su inteligencia y el poder de sus conocimientos; pero no son profetas, porque los fenómenos que anuncian están al alcance de las fuerzas humanas.

''La mayor de las pruebas de la divinidad de Jesucristo, dice Pascal, es la de las profecías. Dios proveyó especialmente a ellas, y su cumplimiento es un milagro perpetuo. Suscitó profecías durante mil seiscientos años, y durante los cuatrocientos años siguien-

tes hizo dispersar esas profecías por medio de los judíos que las llevaron a todas las naciones de la tierra. Si un solo hombre hubiera hecho predicaciones sobre el tiempo y el modo de la venida del Mesías, y Jesucristo hubiera venido al mundo en cumplimiento de ellas, sería esto una fuerza infinita. Pero hay mucho más. Es una serie de hombres, durante cuatro mil años, que constantemente y sin variaciones, uno después de otro, predicen los mismos acontecimientos. Es un pueblo todo entero que los anuncia y que subsiste durante cuatro mil años para asegurar su cumplimiento, a pesar de las amenazas y de las persecuciones''.

En Jesucristo se cumplieron todas las profecías que anunciaban la época de su venida al mundo, su origen de la tribu de Judá, su nacimiento en Belén, su Pasión con los más minuciosos detalles, su Muerte, su Resurrección, la reprobación de los judíos y la vocación de los gentiles. En otra parte de estas lecciones hemos hecho un resumen de esas profecías.

''¿Diréis, pregunta Lacordaire, que esta prodigiosa convergencia hacia Jesucristo de tantos milagros y profecías es puro efecto de la casualidad. Pero la casualidad, aun suponiendo que exista, no pasa de ser un acontecimiento breve y fortuito, y su definición excluye toda idea de persistencia: nadie ha visto casualidades que duren dos mil años y diez y ocho siglos más''.

Es tal la fuerza de las profecías, dice Augusto Nicolás, en el concepto de la persona que examina atentamente su antigüedad, su número, su repetición, su precisión, su anterioridad reconocida y su admirable concordancia con el cumplimiento, que puede decirse que el milagro que ponen en evidencia es tan grande como la resurrección de un muerto.

Estudiemos a uno solo de los profetas, a Isaías y veamos lo que anuncia del Mesías: ''He aquí mi siervo a quien ampararé; he aquí mi escogido en el cual he

puesto toda mi complacencia. Derramaré sobre él mi espíritu, y anunciará la justicia a las naciones. No verá ni tendrá acepción de personas, y su voz no se hará oir nunca en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará la mecha que aun humea. No será triste ni turbulento, mientras establezca la justicia en la tierra. Los países lejanos aceptarán su ley. Entonces serán abiertos los ojos a los ciegos, se devolverá el oído a los sordos, los paralíticos adquirirán la ligereza del siervo, y será desatada la lengua de los mudos. Mi siervo será exaltado, sublimado y se engrandecerá extraordinariamente. Al principio aparecerá sin gloria ante los hombres, y no tendrá nada que lo distinga entre los hijos de los hombres. Rociará en seguida muchas naciones y los reyes cerrarán la boca en su presencia. Despreciado y el postrero de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es sufrir, y su rostro como escondido y despreciado, por el cual no hicimos aprecio de él. En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, hasta el extremo de reputarlo nosotros mismos como leproso y herido de Dios y abandonado. Por nuestras iniquidades fué llagado: quebrantado fué por nuestros pecados. El castigo expiatorio que debía procurarnos la paz cayó sobre él y con sus heridas fuimos sanados. Todos nosotros, como ovejas nos extraviamos; cada uno se desvió por su camino, y el Señor cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros. El se ofreció porque él mismo quiso, y no abrió su boca; como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila enmucederá y no abrirá su boca. El Señor le concederá una numerosa posteridad, y repartirá los despojos de los fuertes, porque entregó su alma a la muerte, y con los malvados fué contado, y cargó con los pecados de muchos, y por los transgresores rogó".

La admirable concordancia, dice Nicolás, de este

retrato de Jesucristo mostrado por el profeta Isaías, con el que ocho siglos después mostró Pilato al pueblo judío, cuando le dijo: **Ecce Homo,** es tanto más decisiva para la fe, cuanto el objeto no podía imaginárselo el profeta y para pintarlo así era absolutamente necesario que lo hubiera visto, porque la idea de humillación y sufrimiento no podía aliarse con la de dominación y triunfo.

117. EL TESTIMONIO DEL ETERNO PADRE

Cuando Jesucristo fué bautizado en el Jordán, se le abrieron los cielos, el Espíritu Santo descendió como paloma sobre El y se oyó una voz del cielo que decía: ''Este es mi Hijo el amado en quien me he complacido'' (Mat. III, 16 y 17).

Observa San Jerónimo que en esta escena del bautismo de Jesucristo se descubre el misterio de la Santísima Trinidad. Intervienen las tres personas divinas: el **Hijo,** que es el mismo bautizado; el **Espíritu Santo,** que desciende sobre él en figura de paloma; y la voz del **Padre,** que da un solemne testimonio de la persona de su Hijo.

En la cima del monte Tabor, cuando la Transfiguración del Señor, que estaba con Pedro, Santiago y Juan, una nube cubrió a Jesucristo, y a Moisés y a Elías, que estaban a su lado, y de nuevo se oyó el testimonio del Eterno Padre, por medio de una voz salida de la nube que decía: ''Este es mi Hijo el amado; a él oíd'' (Luc. IX, 35).

118. EL PROPIO TESTIMONIO DE JESUCRISTO

Jesucristo aseguró de sí ser el Hijo de Dios y Dios verdadero como el Padre, y lo declaró ante sus discípulos, ante el pueblo, y ante los jueces.

Un día interrogó a sus discípulos diciéndoles: ¿Qué dicen de mí los hebreos? Y ellos le respondieron: Unos dicen que eres Juan Bautista, otros que Jeremías, otros que Elías o alguno de los profetas. Y vosotros, replica Jesús, ¿quién creeis que soy? Y Simón Pedro, adelantándose a los demás apóstoles, le dijo: Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo. Y Jesús acepta y confirma estas palabras de Pedro, diciendo: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo han revelado, sino mi Padre que está en el cielo". Y recompensa la fe de Pedro, agregando: "Y yo te digo a mi vez que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia" (Mat. XVI, 13 a 18).

Felipe le pidió una vez: "Haznos ver al Padre, y esto nos basta", Jesús, tomando un tono de queja, le dijo: "Tanto tiempo que estoy con vosotros y aun no me conocéis. Felipe, el que me ve a mí, ve también a mi Padre... ¿No creéis que yo estoy en mi Padre y que mi Padre está en mí?"

Cuando Tomás el discípulo incrédulo vió con sus propios ojos la realidad de la resurrección, cayó de rodillas, exclamando: "Señor mío y Dios mío", y Jesucristo no solo no rehusó este homenaje de rendida adoración, sino que declaró bienaventurados a los que sin haberlo visto habían creído (S. Juan XX, 28 y 29).

La misma declaración hizo delante del pueblo. "¿Hasta cuándo has de tener suspensa nuestra alma?, le dijeron los judíos. Si tú eres Cristo dínoslo abiertamente, y El respondió: Os lo estoy diciendo y no lo creeis: las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas están dando testimonio de mí... Mi Padre y yo somos una misma cosa" (S. Juan X, 22 a 29).

Conducido ante el Supremo Tribunal de los judíos para ser juzgado, el Sumo Sacerdote le hizo esta solemne interrogación: "Te conjuro por el Dios vivo

que nos digas si eres tú el Hijo de Dios". Y Jesús responde: "Yo soy" y agrega: "Y un día veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, viniendo a la tierra sobre las nubes del cielo" (Marc. XIV, 62).

En confirmación de esta verdad padeció muerte de cruz. Testimonio único en la historia del mundo de un hombre que declara ser Dios, y que no se contradice ante el suplicio y la muerte.

No cabe error en esta declaración, porque ningún ser consciente puede engañarse en cuanto a su propia naturaleza, creyéndose algo diverso de lo que es. Su divinidad era un hecho de conciencia, del cual tenía el sentido íntimo y la más clara visión.

No puede explicarse por **demencia,** porque los mismos que niegan su divinidad reconocen su altísima sabiduría y su superioridad intelectual, llamándolo "el filósofo" y "el sabio". Ni cabe **impostura,** porque era el más santo de los hombres y su perfección moral, única y sin límites, es la que sirve de modelo al mundo civilizado.

Pensando un día Napoleón en Santa Elena sobre estos testimonios de Jesucristo, que se llamaba Dios, exclamó: "No hay Dios en el cielo, si un hombre ha podido concebir y ejecutar con éxito tan completo el designio gigantesco de arrebatarle el culto supremo, usurpando el nombre de Dios".

119. PROFECIAS HECHAS POR JESUCRISTO

Hemos visto que en la persona de Jesucristo se cumplieron todas las profecías del Antiguo Testamento. Pero hay más. Jesucristo confirmó el testimonio que dió de su divinidad con una serie de profecías que El mismo hizo, algunas de las cuales ya se cumplieron, y otras se están cumpliendo en nuestros días.

Casi todas las palabras de Jesucristo son proféticas, pues se refieren al triunfo ulterior de su doctrina; pero hay algunas que más explícitamente se señalan. Veamos esas profecías:

Anunció a sus apóstoles Simón Pedro y a Andrés que serían pescadores de hombres (Mat. IV, 19); y la primera vez que predicó Simón Pedro cogió tres mil hombres; la segunda, cinco mil, e insensiblemente, ya no fueron hombres aislados, sino ciudades, provincias, el imperio, el mundo entero, que conquistaron para la idea cristiana.

Cuando Magdalena derramó el bálsamo sobre los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos y después sobre su cabeza, lo que motivó la queja de algunos discípulos, Jesús profetizó que donde quiera que se predicara este Evangelio, por todo el mundo, se contaría también en memoria o alabanza de ese mujer lo que acababa de hacer (Marc. XIV). Así se ha cumplido.

Predijo las negaciones de Pedro (Marc. XIV, 30); la primacía de San Pedro y la perpetuidad de su Pontificado, contra el cual no prevalecerán las puertas del infierno (Marc. XVI, 18); la traición de Judas (Marc. 18 y 20); la entrega de su persona a los príncipes de los sacerdotes, su condenación a muerte, escarnio, azotes, crucifixión y resurrección al tercer día (Mat. XX, 18 y 19); las persecuciones que sufrirían sus discípulos por causa de su nombre (Marc. XII, 13); la predicación de su Evangelio en todo el mundo (Mat. XXIV, 14); el envío del Espíritu Santo a sus Apóstoles para que dieran testimonio de El (S. Juan XV, 26 y 27); la vocación de los gentiles y reprobación de los judíos (Mat. VIII, 11 y 12); y la asistencia perpetua a su Iglesia (Mat. XXVIII, 20).

Predijo la destrucción del templo de Jerusalén, del cual no quedaría piedra sobre piedra (Marc. XIII, 2); y esta profecía merece que nos detengamos un mo-

mento, porque hubo un hombre tan osado que pretendió impedir su cumplimiento, y ese fué Juliano el Apóstata, enemigo declarado de la religión cristiana. Cristo había profetizado en términos tan precisos la destrucción del templo de Jerusalén, que sus ruinas eran consideradas como una de las pruebas más patentes de la verdad de la fe. Para desmentir a Nuestro Señor Jesucristo decretó Juliano la erección de un templo en la cumbre del monte Moria, donde los judíos se congregaran en torno, y renovara los sacrificios judaicos el patriarca Julio. Alipio, amigo del emperador, fué enviado para dar cima a esta obra, cuyo resultado debía ser oponer en conjunto a los galileos el entusiasmo nacional y religioso. Secundóle la nación judía con aquel fervor y aquella liberalidad que no le faltaron nunca, siempre que se trataba de salvar su antigua patria o de alzar nuevamente las murallas de sus ciudades. A pesar de todo, la obra no pudo ser llevada a feliz remate. Bajo Jerusalén se abrían anchas cavernas, ora hubiesen servido de cisternas para conservar el agua, o de almacenes para el trigo. En los tres siglos durante los cuales había estado sin moradores la ciudad santa, se habían llenado de gases inflamables, que, en el momento en que se acercaron con antorchas, se encendieron y explotaron derribando los cimientos del templo comenzado; motivo de asombro para los idólatras, un milagro para los cristianos, y **para todos el cumplimiento de la promesa divina para confusión de una impiedad orgullosa** (Historia de César Cantú).

San Juan Crisóstomo dice: "Juliano se había propuesto dar un mentís a este oráculo de Jesucristo: "**El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán**", y se vanagloriaba de reducir pronto a la nada este dogma del Cristianismo. El hombre que lanzaba así impotentes amenazas ¿dónde está?... ¿Qué fin han

tenido las blasfemias del orgulloso emperador? ¿Qué fué de su sacrílega lengua? No son más que polvo y cenizas que se disputan los gusanos, mientras que el oráculo de Cristo justificado por el advenimiento, por su ejecución fiel, recibe un esplendor semejante al de una columna del metal más rico''.

120. MILAGROS DE JESUCRISTO

Nuestro Señor Jesucristo no se contentó con declarar que era el Hijo de Dios; quiso probar que era Dios, haciendo los milagros más portentosos; milagros que son la confirmación más solemne de la verdad de su aserción de ser Hijo de Dios, por cuanto Dios, Verdad Eterna e Infinita, no puede hacer milagros para autorizar la mentira.

El solo milagro de la resurrección al tercero día, realizado en cumplimiento de las profecías, basta para convencer de la Divinidad de Nuestro Señor a cualquiera que sea capaz de pensar. Este concepto de que la divinidad de una religión se prueba por medio de milagros está en la conciencia de todo el mundo.

Permítasenos recordar a este respecto lo que ocurrió en Francia el año 1802, después de las locuras de la Revolución. Un individuo fanático, Larevéillere-Lepaux, trató de establecer una nueva religión llamada de los Theofilántropos, es decir, de los que aman a Dios y a los hombres; y a pesar de todos sus esfuerzos y de su calidad de miembro del Directorio que entonces gobernaba la Francia, su religión no progresaba y todos se burlaban de sus ceremonias, de sus discursos y hasta del nombre mismo que había puesto a su religión. En sus angustias por el fracaso, se dirigió a su amigo Tayllerand, que le dió esta maliciosa respuesta: ''No funda una religión el que quiere; tra-

tad de morir un viernes y de resucitar un domingo y veréis cómo vuestra religión se impone''.

Varias veces demostró el Señor a sus discípulos que probaba su Divinidad, no solo con su testimonio y con el de Juan, sino con sus obras, que eran las obras de un Dios.

''Yo tengo a mi favor, decía un testimonio superior al de Juan. Porque las obras que el Padre me puso en las manos para que las ejecutase, estas mismas obras, que yo hago, dan testimonio en mi favor de que me ha enviado mi Padre'' (S. Juan V, 36). ''Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas están dando testimonio de mí'' (S. Juan X, 25).

Y cuando le preguntaban si era o no el Mesías, Jesús les remitía a sus obras milagrosas, diciéndoles: ''Id y contad a Juan las cosas que habéis oído y visto; cómo los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia el Evangelio'' (Luc. VII, 22).

Milagro es un hecho extraordinario y sensible que no puede producirse por fuerzas meramente naturales, sino por la sola e inmediata intervención de Dios (Deharbe).

Aquellas cosas se llaman milagros, propia y absolutamente, dice Santo Tomás, que son hechas por virtud divina, fuera del orden que en las cosas se guarda comúnmente. Lo cual indica que para que un efecto sea en realidad milagro, no basta que solo Dios pueda producirlo con su virtud infinita, sino que es preciso que esta producción sea **excepcional** y **extraordinaria** con relación al curso general de la naturaleza, o lo que es lo mismo, que no entre en el cuadro de los medios ordinarios empleados por la Divina Providencia para la conservación y gobierno general del mundo. Es un hecho que escapa a todas las inteligencias de los hom-

bres; que no puede explicarse por las leyes físicas ni por la acción oculta de la voluntad humana; y que demuestra la intervención de un principio sobrenatural.

Solo Dios puede hacer milagros, porque solo El puede producir efectos superiores a las fuerzas y leyes criadas; de manera que cuando en el lenguaje vulgar se dice que los santos hacen milagros, se entiende que los hace Dios, sirviéndose de su ministerio para hacerlos. Al decir que solo Dios hace milagros, no excluímos el concurso de las causas segundas, de las cuales se vale en ocasiones Dios como de medios e instrumentos para la realización de los milagros.

Los milagros hacen brillar con más fuerza a los ojos de los hombres, la sabiduría, el poder y la bondad de Dios, y sirven para despertar la atención de los hombres, a los cuales no logran conmover las maravillas de la naturaleza que diariamente observan.

Cuando la mayor parte de los hombres lo habían olvidado, dice Bossuet, Dios hizo milagros asombrosos y los continúa haciendo, para demostrar por este medio que es el dueño absoluto de la naturaleza y que su voluntad es la que mantiene el orden en el mundo.

El Cardenal Gousset añade que los milagros son el medio de que Dios se vale para instruir a los hombres en las verdades de la religión, porque tienen un lenguaje que está al alcance de todas las inteligencias, que satisface plenamente la razón del sabio, y que no excede a la del ignorante.

El milagro es **posible,** y su existencia no envuelve contradicción o repugnancia de ninguna especie. La fuerza de Dios es infinita, y como infinita no se agota con la producción de un efecto finito, sino que puede producir otros más y más perfectos indefinidamente. Decir que la existencia del milagro envuelve repugnancia es lo mismo que decir que el poder de Dios es limitado. Supuesta la idea de Dios, de su omnipoten-

cia y libertad, nadie puede negar que Dios pudo o no crear este mundo, o crearlo con menos seres que éste, o señalar al actual orden otras leyes, otras disposiciones y relaciones entre sus partes; porque si reconocemos que los seres creados dependen de su libre voluntad en cuanto a su existencia, con mayor razón dependerán de la misma, en cuanto a recibir otras leyes. Si Dios pudo dar al mundo actual otras leyes y otras disposiciones, con mayor razón puede producir efectos o fenómenos superiores e independientes de las leyes y fuerzas que puso en el mundo actual. Su facultad de acción, no solamente es independiente de las causas segundas, sino esencial y necesariamente superior a la facultad de éstas, pues, como dice Santo Tomás, Dios no está sujeto al orden de las causas segundas, sino que este orden está sujeto a él, de quien procede, no por necesidad de naturaleza, sino por el albedrío de la voluntad.

Rousseau, en su Tercera carta de la montaña, se hace esta pregunta: ¿Puede Dios hacer milagros?, es decir, ¿puede Dios derogar las leyes que El mismo ha establecido? y contesta: ''esta cuestión, tratada seriamente, sería impía si no fuera absurda; castigar a quien la resolviese negativamente sería hacerle demasiado honor; bastaría con encerrarlo. ¿Quién ha negado jamás que Dios pueda hacer milagros? Sería preciso ser hebreo para preguntar si podía Dios preparar mieses en el desierto''.

Es difícil negar la posibilidad de los milagros, cuando vemos el hecho milagroso del establecimiento de la religión cristiana en todo el mundo, a pesar de la severidad de su doctrina; y viene a nuestra memoria el dilema de San Agustín: ''O el mundo ha sido convertido por los milagros obrados en favor de la religión cristiana y esta religión es divina, o el mundo ha sido convertido sin milagros, y en este caso el es-

tablecimiento de esa religión es, él solo, el mayor de los milagros''.

O bien, como decía el Conde de Maistre: ''El Cristianismo ha sido predicado por ignorantes y creído por sabios. El hecho de su establecimiento es humanamente imposible; luego esa religión es divina''.

No debe confundirse la posibilidad del milagro con la existencia o realidad de un milagro, en este u otro caso particular. La excesiva credulidad y la precipitación en calificar como milagrosos ciertos fenómenos, por maravillosos que aparezcan a primera vista, son tan contrarios a la Religión y a la Ciencia, como la afectada incredulidad, que es una verdadera debilidad del espíritu.

La Iglesia Católica no canoniza un santo, sino después de haber constatado muchos milagros, en forma irredarguible, y muestra un excesivo rigor en el examen de esos hechos prodigiosos. El padre Daubenton cuenta, en la vida de San Francisco de Regis, el siguiente hecho ocurrido durante el proceso de canonización de este santo. Un anglicano que se encontraba en Roma quiso analizar personalmente los milagros propuestos para una canonización, con todas las piezas y testimonios que los comprobaban. Después de una lectura muy atenta devolvió el proceso que se le había facilitado, diciendo: ''No creía que la Iglesia fuera tan exigente y tan severa en la constatación de los milagros: estos que he leído son innegables''. Se le observó que esos milagros habían sido rechazados como prueba, por no encontrarlos suficientemente acreditados y que después vería otros que estaban plenamente probados. Reflexionó entonces el anglicano y declaró: ''Aquí no hay engaño''.

Jesucristo convirtió el agua en vino en las bodas de Caná, multiplicó los panes y los peces para alimentar a las turbas que lo seguían, calmó con su sola pala-

bra la tempestad del mar de Galilea, curó los ciegos, los sordos y los mudos, lanzó a los demonios, resucitó a Lázaro que estaba sepultado hacía varios días, y El mismo, al tercero día después de morir en la Cruz, se levantó del sepulcro y resucitó y se presentó a sus discípulos, que lo vieron, lo oyeron y lo tocaron, y finalmente subió a los cielos a la vista de sus discípulos.

Los Evangelistas cuentan con una simplicidad y una precisión sobrehumanas esos milagros que sirvieron para establecer a la faz del mundo, la religión cristiana, sobre la sólida base de la intervención divina, claramente manifestada.

Detengámonos ahora un momento en el **milagro asombroso de la propagación de la doctrina cristiana,** que trastornó la sabiduría del mundo pagano, para levantar sobre sus ruinas una moral desconocida entre ellos y contraria a las inclinaciones y pasiones de los hombres.

En la puerta del templo de Apolo estaba escrita esta plegaria, que era como una síntesis del egoísmo pagano: ''Otorgadme, ¡oh dioses! la oportunidad de poder satisfacer siempre todos mis deseos''. Jesucristo predicó por el contrario la abnegación, la mortificación, el amor a Dios y la conformidad con su voluntad, y nos enseñó a orar a su Padre en estos términos: ''Hágase, Señor tu voluntad, así en la tierra como en el cielo''.

Los frutos admirables de esa doctrina, tan contraria a las pasiones, son para Lamartine el fundamento de su creencia en la verdad del Cristianismo.

En su Viaje al Oriente dice: ''Creo en Jesucristo, porque trajo a la tierra la doctrina más santa, más fecunda y más divina que haya iluminado jamás la inteligencia humana. Una doctrina tan celestial no puede ser la obra de la decepción o de la mentira. Cristo lo dijo, como la razón también lo dice: Las doctrinas

se conocen por su moral, a la manera que el árbol se conoce por los frutos; los frutos del Cristianismo son infinitos, perfectos y divinos; luego la doctrina que los produce es divina; luego su autor es el Verbo Divino, como El se llamaba a sí mismo. He ahí por qué soy cristiano; he ahí toda mi controversia religiosa''.

El mismo raciocinio se hace Chautebriand en el Genio del Cristianismo: ''El hijo de un carpintero, dice, en un pequeño rincón de la Judea es un modelo de dolores y de miseria; es condenado públicamente al suplicio; escoge su discípulos entre las clases menos elevadas; no predica sino el sacrificio y el desprecio de los honores, del placer y del poder; prefiere el esclavo al amo, el pobre al rico, el leproso al hombre sano; todo lo que llora, todo lo que sufre, todo lo que se encuentra abandonado del mundo hace sus delicias; el poder, la fortuna y la felicidad son por el contrario amenazados por él. Trastorna las nociones comunes de la moral que entonces dominaba; establece nuevas relaciones entre los hombres, un nuevo derecho de gentes, una nueva fe pública; levanta así su divinidad, triunfa de la religión de los Césares, se sienta sobre el trono de ellos, y logra subyugar la tierra. No, aunque la voz del mundo entero se levantara contra Jesucristo, aunque todas las luces de la filosofía se reunieran contra sus dogmas, jamás se nos convencerá de que una religión fundada sobre esas bases sea una religión humana. El que ha podido hacer que el mundo adore una Cruz, el que ha presentado a los hombres como objeto de veneración a la **humanidad que sufre** y la **virtud perseguida,** ése, así lo juramos, no podría ser sino un Dios''.

121. DOCTRINA DE LOS APOSTOLES. TODOS PROCLAMAN LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO

La divinidad de Jesucristo se comprueba con la

doctrina de los apóstoles, que después de haber oído sus enseñanzas y de haber sido testigos de su vida y milagros, de su Pasión, Muerte y Resurrección, recibieron el encargo especial de ir a todas partes a dar fe de su divinidad y a predicar su doctrina.

Dice el Evangelista San Marcos que después que el Señor resucitó se apareció a los once apóstoles que estaban a la mesa; les dió en rostro con su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado, y les dijo: "Id por todo el mundo; predicad el Evangelio a todas las criaturas; el que creyere y se bautizare se salvará; pero el que no creyere será condenado. A los que creyeren, acompañarán estos milagros: en mi nombre lanzarán los demonios, hablarán nuevas lenguas, manosearán las serpientes; y si algún licor bebieren, no les hará daño; pondrán las manos sobre los enfermos y quedarán estos curados"... Subió el Señor a los cielos a sentarse a la diestra de Dios Padre, y sus apóstoles fueron y predicaron en todas partes, cooperando el Señor, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban (XVI, 14 a 20).

Los apóstoles fueron elegidos por el mismo Jesucristo. Después de haber pasado toda una noche haciendo oración, así que fué de día, llamó a sus discípulos y escogió doce entre ellos a los cuales dió el nombre de apóstoles, a saber: Simón, a quien puso el sobrenombre de Pedro, y Andrés su hermano; Santiago y Juan; Felipe y Bartolomé; Mateo y Tomás; Santiago hijo de Alfeo, y Simón llamado el Zelador; Judas hermano de Santiago, y Judas Iscariote, que fué el traidor (Luc. VI, 12 a 16).

Todos ellos, excepto Judas, predicaron la Divinidad de Jesucristo, y casi todos sufrieron el martirio.

San Juan Crisóstomo se queja de que no conozcamos muy particularmente los hechos memorables de

algunos de los apóstoles, y dice: "Plugiera a Dios que tuviéramos quien nos hubiera con gran diligencia escrito la historia de los sagrados apóstoles, y nos hubiera explicado, no solamente lo que escribieron y lo que hablaron, sino lo que hicieron en toda su vida, y cuando comían, cuando estaban asentados, a dónde fueron, qué hicieron cada día. y en qué partes del mundo vivieron, en qué casas entraron, a qué puertas llegaron, y todas sus cosas grandes y pequeñas nos las refiriera. Porque si muchas veces nos recreamos considerando los lugares en que estuvieron sentados o presos, y con su sola vista nos despertamos y encendemos en la virtud, con mayor ahinco y estudio lo haríamos si supiésemos las palabras que dijeron y las maravillas que obraron. Y pues un amigo suele preguntar de su amigo dónde está, dónde va, y lo que hace, más justamente lo deberíamos hacer nosotros cuando tratamos de los maestros y predicadores de todo el mundo".

Haremos un breve estudio de los datos que se conocen sobre cada uno de los apóstoles, para demostrar cómo todos ellos predicaron y atestiguaron su fe en la divinidad de Jesucristo.

122. SAN PEDRO

Era hebreo, de nación galileo, natural de Betsaida, casado con una mujer que dicen se llamaba Perpetua y era hija de Aristíbulo, hermano de San Bernabé, y de oficio pescador. Su hermano Andrés, que por indicación de San Juan Bautista conoció primero a Jesucristo y se enamoró de sus divinas palabras, sabiendo que era el Mesías, participó la grata noticia a Simón y lo llevó a presencia del Maestro, Este le dijo cómo se llamaba, quién era su padre y que había de **mudar el nombre**: "Tú eres Simón, le dijo, hijo de Juan: Tú serás llamado Cefas; que quiere decir Pedro, o piedra" (S. Juan

I, 42), dando a entender que así como El es la piedra fundamental del edificio de su Iglesia, comunicaría esas propiedades al que constituía como cabeza de sus discípulos en la tierra.

Ese cambio de nombre fué precursor de su **vocación**, que tuvo lugar algunos días después. Caminando Jesús por la ribera del mar de Galilea, vió a Simón llamado Pedro y a Andrés, echando la red en el mar, y les dijo: "Seguidme a mí y yo haré que vengáis a ser pescadores de hombres". Al instante los dos, dejadas las redes, le siguieron (Mat. IV, 18, 19 y 20).

Pedro no se separó del Señor, a quien acompañó aun en las cosas más secretas, como cuando se transfiguró en el monte Tabor, cuando resucitó a la hija de Jairo, y cuando se retiró a orar en el huerto; y recibió de El favores especiales, de manera que sus compañeros le reconocían la preferencia, poniéndolo siempre como cabeza de todos.

Fué el primero que, en nombre de todos sus compañeros, confesó de un modo solemne la divinidad de Jesucristo: ¿Quién dicen los hombres que soy yo?, preguntó Jesús a sus discípulos. Ellos respondieron: Unos dicen que eres Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías o alguno de los profetas. ¿Y vosotros, les pregunta Jesús, quién decís que soy yo? Tomando en el acto la palabra Simón Pedro, como el mayor de los discípulos, y en representación de ellos, contesta: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo; y Jesús, respondiéndole, le dijo: Bienaventurado eres Simón, hijo de Joná; porque no te ha revelado eso la carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra será también atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra

será también desatado en los cielos (Mat. XVI, 13 a 19).

Cuando Jesucristo anunció el misterio de la Sagrada Eucaristía, y ordenó a sus discípulos comer su carne y beber su sangre para morar en El y vivir eternamente, algunos le abandonaron escandalizados por la doctrina que no entendían, y dijo a los que quedaban: "¿Queréis vosotros también iros?" Pedro, tomando de nuevo la representación de los apóstoles, respondió: "Señor ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios" (S. Juan VI, 67 al 70). Nuevo reconocimiento que hacían los apóstoles de su fe en la divinidad de Cristo.

Fué tan grande el amor de Pedro a su Divino Maestro, que, acabada la comida que tuvo con sus discípulos en la tercera vez que se les apareció después de resucitado, Jesús le preguntó: Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos? Sí, Señor, Tú sabes que te amo. Dícele: Apacienta mis corderos. Segunda vez le dice: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Respóndele: Sí, Señor, Tú sabes que te amo. Dícele: Apacienta mis corderos. Dícele tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se contristó de que por tercera vez le preguntase si lo amaba; y así respondió: Señor, Tú lo sabes todo; Tú conoces bien que yo te amo. Díjole Jesús: Apacienta mis ovejas (S. Juan XXI, 13 al 17). Por esas palabras, en premio de su fe en la divinidad de Jesucristo y de su gran amor, tres veces confesado, San Pedro fué establecido cabeza universal de toda la Iglesia, y pastor de todo el rebaño de Cristo.

Después de resucitado, el Señor se apareció en especial a San Pedro (Luc. XXIV, 34).

Cuando hubieron recibido el Espíritu Santo, Pedro fué el primero que predicó a los judíos el misterio escondido de la Cruz, con tan grande espíritu y

fervor, que en un sermón convirtió tres mil, y en otro, cinco mil almas a la fe y amor de Jesucristo.

Terminó su primera predicación a los judíos, confesando la divinidad de Cristo con estas palabras: "Persuádase, pues, certísimamente toda la casa de Israel, que Dios ha constituído Señor y Cristo, a este mismo Jesús, al cual vosotros habéis crucificado" (Hechos II, 36).

Alumbró con su doctrina y admiró con sus milagros a todos los pueblos de la Judea, y habiendo llegado a la ciudad de Antioquía, puso en ella su cátedra pontifical, a la cual acudían los fieles en todas sus dudas y dificultades.

Viniendo una vez a Jerusalén fué preso por mandato de Herodes, que determinó matarlo, como principal caudillo de los cristianos, para congraciarse con los judíos.

Dormía Pedro en la prisión en medio de dos soldados, atado a ellos con dos cadenas y las guardias ante la puerta de la cárcel haciendo centinela. Cuando ya iba Herodes a presentarlo al público, apareció un ángel del Señor, cuya luz llenó de resplandor toda la pieza, y tocando a Pedro en el lado, lo despertó diciendo: Levántate presto, y al punto cayeron las cadenas de las manos. Díjole asimismo el ángel: Ponte el ceñidor y cálzate tus sandalias. Hízolo así. Díjole más: Toma tu capa y sígueme. Salió, pues, y le iba siguiendo, bien que no creía ser realidad lo que hacía el ángel, antes se imaginaba que era un sueño lo que veía. Pasada la primera y segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que sale a la ciudad, la cual se les abrió por sí misma.

Súbitamente desapareció el ángel y Pedro, viéndose libre, comprendió que el Señor lo había salvado (Hechos XII).

Partió San Pedro de Antioquía para Roma, acom-

pañado de su discípulo San Marcos, que después escribió el Evangelio y de otros santos discípulos y compañeros. Entró en Roma el 18 de Enero del año 44, en el segundo del imperio de Claudio; y en este día celebra la Iglesia el establecimiento de la cátedra de San Pedro en Roma, ciudad que pasó a ser sede del Pontificado y capital del mundo cristiano.

Procuró San Pedro la evangelización del mundo, enviando desde Roma obispos y sacerdotes para enseñar el Evangelio, por toda Italia, Francia, España, Africa, Sicilia y otras islas.

Cundía en Roma la doctrina de Cristo, con gran contradicción de los judíos que alborotaban y turbaban la ciudad, a tal punto que el emperador Claudio, el noveno año de su imperio, los mandó salir a todos de Roma. Por este mandato salió también San Pedro, y se dirigió a visitar las iglesias de oriente y estuvo en Jerusalén, donde presidió el primer Concilio que se hizo en la Iglesia, para componer las diferencias que se habían suscitado entre judíos y gentiles convertidos a la fe.

Acabados los negocios que se ofrecieron en Jerusalén y Judea, pasando por Egipto regresó a Roma, donde Nerón, que había sucedido a Claudio, perseguía cruelmente a los cristianos y se valía de las malas artes de Simón el Mago para combatir la doctrina de Jesucristo. San Pedro quedó victorioso en su lucha con Simón el Mago, el cual murió al día siguiente de la disputa pública que tuvieron.

Irritado Nerón por la muerte de Simón el Mago y por la conversión a la fe cristiana de dos mujeres, que antes habían sido sus amigas, condenó a muerte a los príncipes cristianos San Pedro y San Pablo, que fueron llevados a la cárcel llamada de Mamertino, donde estuvieron presos nueve meses.

Acercábase el tiempo en que habían de morir, y

los cristianos, que lloraban la ausencia de sus pastores, pidieron a San Pedro que saliese de la cárcel para el bien de la Iglesia. Vencido por los ruegos y lágrimas, resolvió San Pedro salir de la cárcel y de Roma, para esconderse por algún tiempo; pero Nuestro Señor Jesucristo le apareció en un lugar que se llama **Sancta María ad Passus,** entre San Juan de Letrán y San Sebastián; y viendo el apóstol a su Maestro, y reconociéndolo, le dijo: **¿Domine, quo vadis?** Señor, ¿a dónde vais? Y El le respondió: ''A Roma voy para ser crucificado otra vez''. Comprendió San Pedro lo que quería decirle el Señor, y, volviendo atrás, entró en Roma y se fué de nuevo a la cárcel, aparejado para morir, consolando a los fieles con la visión que había tenido y exhortándolos a conformarse con la voluntad de Dios.

Ambos apóstoles fueron cruelmente azotados antes de que los llevaran al suplicio; y obligados a separarse, San Pedro fué llevado al monte Vaticano donde lo desnudaron y enclavaron en la cruz. Teniéndose por indigno de estar en la cruz en la misma forma que había estado su Maestro y Señor, rogó a los ministros de justicia que le cruficasen la cabeza abajo y los pies arriba. Muerto ya, su cuerpo fué tomado con gran devoción por el presbítero Marcelo, que lo ungió con aromas y lo enterró con gran solemnidad en una parte del monte Vaticano, lejos del lugar del suplicio.

Así murió San Pedro, mártir de su fe en la divinidad de Jesucristo y apóstol de su doctrina.

123. SAN ANDRES

Era hermano mayor de San Pedro, y fué el primero de todos los apóstoles que trató a Nuestro Señor Jesucristo. Era discípulo de San Juan Bautista, y un día que San Juan vió al Señor les dijo: ''Este es el

cordero de Dios", y luego San Andrés y otro discípulo se fueron en seguimiento de Cristo, que los tomó un día en su compañía, llegando ellos a entender que Jesucristo era el verdadero Mesías, el Hijo de Dios.

La Iglesia celebra la fiesta de San Andrés el último día de Noviembre, de donde viene el dicho vulgar en España, con referencia al mes de Noviembre:

Dichoso mes
que empieza con Todos Santos
y acaba con San Andrés.

San Andrés predicó el Evangelio a los scitas, sogdianos, etíopes, y también en la Capadocia, Galicia, Bitinia, Albania y Grecia; convirtió muchos pueblos a la fe de Cristo e hizo grandes milagros.

Confesó de un modo solemne la divinidad de Jesucristo y sufrió el martirio por confesarla, imperando Nerón.

Cuando predicaba el Evangelio en Patrás, el procónsul Egeas quiso persuadir a los cristianos que adorasen a los falsos dioses, y San Andrés lo increpó diciéndole: "Razón fuera ¡oh Egeas! que tú que eres juez de los hombres, conocieses a tu Juez que está en el cielo, y conociéndole le honrases por verdadero Dios, como lo es, y dejases de honrar a los que no son dioses". Egeas le dijo: "¿Eres tú Andrés, el que destruyes los templos de los dioses, y persuades a los hombres que reciban aquella secta supersticiosa que los príncipes romanos mandan desterrar de su imperio?" El Santo contestó declarando el misterio inefable de nuestra redención, y ensalzando y magnificando la grandeza soberana de la Cruz de Jesucristo. Después de lo cual Egeas le amenazó diciéndole: "Si no sacrificas a los dioses, te mandaré poner en la cruz que tanto alabas". Respondió San Andrés: "Yo cada día sacrifico a Dios único, omnipotente y verdadero, no

humo de incienso, ni carne de toros, ni sangre de cabrones, sino el Cordero inmaculado, que recibido de los fieles y bebida su sangre, queda tan entero como antes''.

Hizo mucho Egeas para persuadirlo de que debía adorar a los dioses, pero en vista de su constancia heroica, después de hacerlo azotar por siete verdugos, lo mandó poner en una cruz, no para enclavarle, sino atándole con sogas para que el martirio fuese más lento. El, por sí mismo se desnudó de sus vestidos, y los dió a los verdugos, los cuales le levantaron en alto y ataron a la cruz, presenciando su martirio veinte mil personas, que lloraban su pérdida, a las cuales él consolaba y animaba. Estuvo vivo dos días en la cruz, y Egeas, temiendo la irritación del pueblo, ordenó a los verdugos que lo quitaran de la cruz, y queriendo ellos desatarlo de la cruz, no pudieron, porque sus miembros se entorpecieron y perdían su fuerza y vigor, mientras el santo exclamaba: ''Señor mío Jesucristo, yo te suplico que no permitas que éste tu siervo, que por tu amor está colgado en esta cruz, sea quitado de ella; y que el que por la cruz ha conocido tu grandeza, sea sepultado de un hombre corruptible y miserable como Egeas. Mas Tú, Señor y Maestro, a quien he amado y conocido, y al presente confieso y deseo ver, y en quien soy todo lo que soy, recibe mi espíritu en paz; que es tiempo que vaya a ti, pues ha tanto que te deseo''.

Una claridad celestial, que duró media hora, encubrió a los ojos de los que allí estaban, el cuerpo del apóstol, que entregó su espíritu al Señor el 30 de Nopiembre del año 62 de la era cristiana.

124. SANTIAGO EL MAYOR

Era de la provincia de Galilea, hijo del Zebedeo

y de María Salomé, hermano mayor de San Juan Evangelista, y primo de N. S. Jesucristo según la carne. Cuando el Señor los encontró en la ribera del mar de Galilea, aderezando y reparando sus redes y los llamó para que fuesen sus discípulos, ellos en el acto, obedeciendo a su llamado, dejaron todo para seguir al Señor, que les mudó nombre y los llamó Boaherges, que quiere decir **hijos del trueno**, anunciando así el Señor que con la voz sonora de su predicación convertirían a muchos a la fe de Jesucristo.

Es tradición universalmente admitida que Santiago el Mayor, después de predicar en Jerusalén y Samaria, fué a España, donde convirtió varios discípulos, uno de los cuales fué instituído obispo de Zaragoza.

Encontrándose el apóstol en esa ciudad salió una noche con sus discípulos a la ribera del río Ebro para orar, y estando allí se le apareció la Santísima Virgen, que aun vivía, sobre una columna o pilar de jaspe, traída por los ángeles, que con suavísima armonía le cantaban alabanzas. Postróse el apóstol en el suelo para reverenciarla y ella le ordenó levantar una iglesia de su nombre en esa parte de España que había de ser muy devota suya y que desde luego tomaba bajo su especial protección. Desapareció la visión y el santo hizo allí edificar una capilla en honor de nuestra Señora del Pilar.

Volvió el apóstol de España a Jerusalén, donde fué martirizado, siendo el primero de los apóstoles que dió su vida por Jesucristo en la misma ciudad donde el Señor había dado la suya.

Como el Santo convertía a muchos en Jerusalén, los judíos determinaron matarlo y se concertaron con un mago llamado Hermógenes y con un discípulo suyo por nombre Fileto, para convencerlo en disputa y después maltratarlo y perderlo; pero fracasaron en su intento y se declararon discípulos del santo, aunque,

después no perseveraron, según afirma San Pablo.

Se concertaron entonces con los centuriones romanos, llamados Lisias y Teócrito, para formar un alboroto cuando el santo estuviera predicando, y acudir con su gente y prenderlo.

En efecto, predicaba el santo con gran fervor, probando con testimonios de la Sagrada Escritura que Jesucristo era el verdadero Mesías e Hijo de Dios, y moviendo el auditorio con sus palabras, cuando el sumo pontífice Abiatar hizo la señal convenida y uno de los escribas, llamado Josías, le echó una soga a la garganta y acudiendo los soldados le prendieron y llevaron al rey Herodes, el cual le mandó degollar el 25 de Marzo del año 44 del Señor. Añade Clemente Alejandrino que Josías, que con rabia había sido el primero en prenderle, se convirtió a la fe, confesó la divinidad de Jesucristo, y pidió perdón al santo apóstol, con grande humildad y arrepentimiento; por lo cual los judíos obtuvieron que también fuese degollado.

El Apóstol Santiago es el patrón de España, y también dió su nombre a nuestra ciudad de Santiago de Chile, fundada por D. Pedro de Valdivia el 12 de Febrero de 1541, quien la llamó "**Santiago del Nuevo Extremo**" en honor del santo patrón de España y de la provincia en que él nació.

A los siete meses de fundada la ciudad de Santiago, el capitán D. Pedro de Valdivia tuvo necesidad de alejarse por unos días, para deshacer unas montoneras de indígenas que se agrupaban en los valles de Maipo y Cachapoal; y aprovechando su ausencia, en la madrugada del 11 de Septiembre de 1541, el cacique Michimalonco, al frente de numerosos indios se dejó caer sobre la naciente ciudad, incendiando las casas y arrasando todo lo que encontraba. Los pocos españoles que guarnecían la ciudad se replegaron a la plaza principal, donde armaron palizadas para defenderse. En

su aflicción invocaron fervorosamente a la Virgen del Perpetuo Socorro, y haciendo un esfuerzo supremo salieron de la plaza y cargaron con sus pocos caballos sobre el inmenso número de indios asaltantes. Cuenta la crónica del reino de Chile que los soldados españoles vieron a su lado a un extraño combatiente, montado en un caballo blanco, que infundía un terror espantoso a los indios y que una hermosísima señora, vestida de blanco, les impedía combatir. Eran el Apóstol Santiago, patrono de la naciente ciudad, y la Virgen del Perpetuo Socorro, cuya imagen habían traído de España con gran veneración. Eran las dos devociones predilectas del conquistador de Chile Don Pedro de Valdivia.

125. SAN JUAN EVANGELISTA

Hijo del Zebedeo y de María Salomé, el discípulo amado del Señor, conservó su virginidad, y fué apóstol, profeta y doctor. San Jerónimo dice que era noble y que por su nobleza San Juan era conocido del sumo sacerdote Caifás; y que por esto pudo entrar él y hacer entrar en su casa a San Pedro, al tiempo de la Pasión del Señor.

Eran tan grandes los favores que Jesucristo hacía a San Juan y a Santiago, que María Salomé, su madre, se atrevió a suplicarle que los hiciese los dos personajes principales de su reino, sentando al uno a su diestra y al otro a su siniestra. El Señor les dijo que su reino no era temporal, sino espiritual, y que las primeras sillas se darían a los que conforme a la disposición del Padre Eterno las hubiesen merecido, y les preguntó si estaban aparejados para beber el cáliz de la pasión que él había de beber, a lo que, animosos y esforzados respondieron que sí.

Cuando el Señor resolvió celebrar la última Pas-

cua, en la que iba a instituir el Sacramento de su Amor, escogió a Pedro y Juan, como a los apóstoles más queridos para que preparasen lo que era menesner para celebrarla. En esa memorable Cena, San Juan estuvo al lado de Cristo, y cuando dijo el Señor que uno de los doce le haría traición, San Pedro no se atrevió a preguntar al Señor, y rogó a San Juan que le preguntase quién era y el Señor le respondió que aquél a quien él daría un bocado de pan mojado en el plato. En aquella misma ocasión se recostó San Juan sobre el pecho del Señor, sintió los latidos de su Corazón Divino y supo los secretos y profundos misterios que después había de comunicar a la Iglesia.

Beneficio mayor fué todavía el que le hizo el Señor estando en la Cruz, cuando los demás apóstoles le habían abandonado y él solo le acompañaba, al lado de la Santísima Virgen. Dirigiéndose a la Virgen le dijo: "Mujer, he aquí a tu hijo", y volviéndose a Juan: "He aquí a tu madre". Quedó tan honrado con tal Madre, que desde aquella misma hora la tomó por suya, para servirla y acompañarla durante toda su vida. Estuvo en su compañía al pie de la cruz, hasta que habiendo expirado el Señor un soldado le abrió el costado con una lanza y vió el santo cómo del costado de Cristo salían sangre y agua.

Cuando Magdalena no encontró en el sepulcro el cuerpo del Señor, fué a decirlo a San Pedro y a San Juan, que corrieron en el acto a cerciorarse de la resurrección de Cristo, y fueron los primeros en comprender lo que anunciaban las Sagradas Escrituras.

Fué San Juan el primero que conoció al Señor, ya resucitado, una mañana que se les apareció a la orilla del lago donde habían estado toda la noche sin coger un pez, y lo comunicó a San Pedro, que en el acto se echó al agua y fué donde estaba su Maestro y comieron con El de los peces que pescaron obedeciendo su

orden de echar la red a la parte derecha de la barca.

Después que nuestro Redentor subió a los cielos, se juntaron en el cenáculo Pedro, Juan, Santiago, Andrés y los demás apóstoles, poniendo a San Juan, inmediatamente después de San Pedro.

Yendo San Pedro y San Juan a hacer oración al templo, curaron a un pobre hombre, cojo de nacimiento, y hubo tal ruido en el pueblo por ese milagro, que los sacerdotes los prendieron, los hicieron azotar, y les mandaron, con amenazas, que no hablaran más de Cristo; pero ellos que obedecían a Dios antes que a los hombres, siguieron en todas partes predicando a Jesucristo, y atestiguando todo lo que de él habían visto y oído. Fueron juntos después a Samaria para confirmar a los convertidos y darles, con la imposición de las manos, el Espíritu Santo. Pedro, Juan, y Santiago el Menor, obispo de Jerusalén, eran las columnas de la Iglesia naciente, como afirma San Pablo, y, convinieron en que los tres primeros predicarían a los judíos, y Pablo y Bernabé a los gentiles.

Fué después San Juan a la ciudad de Efeso, cabeza de la provincia de Asia, a predicar el Evangelio, y llevó consigo a la Santísima Virgen, que estuvo allí con él algún tiempo, como se deduce del Concilio efesino, en una epístola escrita al clero de Constantinopla.

Fundó en Asia siete iglesias, a saber: Efeso, Pérgamo, Tiatira, Filadelfia, Sárdis y Laodicea; y en todas ordenó sacerdotes, venciendo enormes dificultades para propagar la fe, principalmente en la ciudad de Efeso, célebre por el famoso templo de Diana, y cuyos habitantes eran muy dados a la idolatría. Algunos enemigos del santo pidieron al procónsul de Asia que lo prendiese y enviase a Roma, para que fuese castigado por Domiciano, como predicador de una doctrina contraria a los dioses del imperio. Lo llevaron a Roma, cargado de cadenas, y en presencia de Domiciano hizo

varios milagros. Ordenó éste que le echaran en una tina de aceite hirviendo, y en efecto, en presencia del senado y de innumerable gente, lo desnudaron, azotaron y echaron en la tina. Perdonó el fuego al santo, que no sufrió daño alguno, y en cambio abrasó a muchos de los ministros de aquella impiedad. Este milagro lo celebra la Iglesia el día 6 de Mayo, en la festividad llamada de **San Juan ante Portam Latinam.**

Turbóse el emperador con este grande milagro y, no atreviéndose a matar al santo, lo desterró a la isla de Patmos para que allí trabajase en las minas de metal. Convirtió San Juan a los moradores de la isla, y estando allí escribió el libro del **Apocalipsis,** que quiere decir revelación, de la cual él mismo dice, en el primer capítulo, que Jesucristo se la envió por un ángel, y que es bienaventurado el que lee y el que oye las palabras de esa profecía, y guarda lo que en ella está escrito; profecía que, al decir de San Jerónimo, contiene en la corteza de la letra, el meollo y los ocultos sacramentos de la Iglesia.

Muerto el emperador Domiciano, su sucesor Nerva dió libertad a los desterrados para volver. Entre ellos estaba San Juan, que quiso volver a Efeso, para gobernar las iglesias de Asia; pero los isleños de Patmos, con lágrimas y sollozos procuraron detenerlo allí, a lo que dijo el santo que no podía condescender, porque el Señor le mandaba otra cosa.

Entonces, dice Metafrastes, que le suplicaron con grande instancia que ya que se partía, les dejase por escrito lo que les había enseñado. Y agrega que él ayunó y mandó ayunar a todo el pueblo, y subió a un alto monte con uno de los siete diáconos, llamado Procoro, y allí se puso en altísima contemplación, y que, estando absorto en Dios, se comenzaron a sentir truenos, relámpagos y rayos, y que al cabo de un trueno espantoso salió una voz y dijo: **In principio erat Ver-**

bum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum, verificándose en este hecho el nombre que Cristo dió a San Juan cuando lo llamó hijo del trueno. Metafrastes es de opinión que en Patmos escribió San Juan su evangelio, dictándolo él y escribiéndolo Procoro.

Según afirman los Santos Padres, los otros evangelistas declararon la humanidad, la vida y las maravillas que hizo Jesucristo, en las cuales se mostraba como Dios; pero que San Juan, sobre todos ellos, voló como águila real y caudalosa, y traspasando los elementos, los cielos, los principados y potestades, los querubines y serafines, finalmente todo lo visible y todo lo criado, llegó al pecho mismo del Padre eterno, fijó los ojos de águila en la rueda de aquel Sol divino y sempiterno, y con una vista clarísima y firme vió sin pestañar que así como el rayo nace del sol, así el Verbo nace del Padre, y como del mismo sol y de su rayo procede el calor, así del Padre eterno y de su Hijo, como fuego amoroso, procede el Espíritu Santo. Vió que de las tres personas de la Santísima Trinidad, coeternas y consubstanciales, y unidas entre sí en una esencia por un modo inefable, manan, como de su fuente, todas las cosas criadas; vió cómo todas las cosas en sí son nada, y tienen ser en el Verbo, y en él viven y se sustentan; vió cómo el Verbo eterno, desde lo más alto del cielo se abatió hasta la tierra y se vistió de nuestra carne; y vió la abundancia de su gloria, que era como la gloria del Unigénito del Padre.

Y no solamente en el principio de su evangelio trata tan altamente la divinidad de Cristo, sino que en todo él, la apoya y declara, deshaciendo todos los errores que los herejes de todos los tiempos han inventado contra la divinidad de Jesucristo.

La Iglesia ha ordenado que al fin de la misa se diga el principio del Evangelio de San Juan, porque

es una breve confesión de la fe cristiana y un testimonio de los principales misterios de nuestra santa religión.

Volvió el apóstol a Efeso, donde gobernó las iglesias de Asia, haciendo muchos milagros en confirmación de nuestra fe y del Evangelio que había predicado.

En el viaje que hizo a una ciudad de Asia para dotarla de obispo, encomendó al obispo designado que cuidara de un joven de mucho ingenio y buena presencia, para que lo hiciese digno ministro del Señor. El obispo cuidó bien al principio del mozo; pero después le dió excesiva libertad, que fué la causa de su perdición, llegando a ser capitán de salteadores de caminos. Cuando pasado algún tiempo volvió San Juan a aquella ciudad y supo por el obispo la suerte que había corrido el joven, tuvo un dolor tan grande que rasgó sus vestiduras, diciendo a gritos al obispo: "¡Buena guarda por cierto dejé yo en ti del alma de mi hermano!"; y sin detenerse en la ciudad subió en un caballo con un guía, y se fué al monte donde estaba el mozo con su compañía de ladrones. En cuanto el mozo lo vió, echó a huir y el santo viejo, corriendo tras él, decía a grandes voces: ¿Por qué huyes, hijo a tu padre, mozo al viejo, y armado al desarmado? Yo daré cuenta por ti a Cristo, y moriré de buena gana por ti, como el Señor murió por nosotros, y daré mi alma por la tuya". Enternecióse el corazón de aquel perdido, con tan amorosas palabras, y se echó a los pies del santo, escondiendo la mano derecha con que había derramado tanta sangre. El santo le besó la misma mano que de vergüenza encubría, y le prometió alcanzarle el perdón de sus pecados, que obtuvo con tanta gracia de Dios, que viéndole ya del todo enmendado, le encomendó una iglesia para que la gobernase.

Estaba el santo tan abrasado del fuego divino y de la caridad para con el prójimo, que no tenía otra palabra en la boca, ni pedía a sus discípulos sino que se amasen unos a otros. Estaba tan viejo, cuenta San Jerónimo, que lo llevaban en brazos a la iglesia y apenas podía hablar, no diciendo a los fieles que se reunían sino estas palabras: "Hijos, amaos unos a otros". Y como sus discípulos, cansados de oir lo mismo, le preguntasen por qué siempre les repetía las mismas palabras, el santo respondió: "Porque es precepto del Señor; y si se cumple, él solo basta".

Siendo ya muy anciano, salió con sus discípulos a un monte donde solía hacer oración, les dió sus últimas instrucciones, mandó cavar un hoyo donde cupiera su cuerpo, y armándose con la señal de la cruz, y diciendo: "Señor mío Jesucristo, sed conmigo", y a los discípulos que allí estaban presentes: "La paz sea con vosotros, hermanos", echó su manto en el hoyo recién abierto, y después entró en él, donde cercado de una luz resplandeciente entregó su espíritu al Señor, en medio del llanto de sus discípulos. Murió el santo el 27 de Diciembre, el año 101 del Señor, bajo el imperio de Trajano, habiendo sobrevivido al Señor 68 años.

126. SANTIAGO EL MENOR

Era primo de Nuestro Señor Jesucristo, y tan parecido a El, que San Ignacio, en una epístola que escribe a San Juan Evangelista, dice que pensaba ir a Jerusalén a ver a Santiago, porque viéndole le parecía ver a Jesucristo.

Se llamó Santiago el Menor, respecto de Santiago el Mayor, no por haber sido menor en la dignidad o santidad, sino porque fué llamado al apostolado después de Santiago, el hijo del Zebedeo.

Le llamaron el Justo; guardó perpetua virginidad, y era de gran penitencia y de una vida tan ejemplar, que los mismos judíos lo consideraban como santo y a porfía venían a él por tocar su ropa y besarla, y a él solo le dejaban entrar en el **Sancta Sanctorum** del templo.

San Juan Crisóstomo dice que San Pedro, como cabeza de la Iglesia, lo ordenó como obispo de Jerusalén, porque aunque Cristo antes lo había ordenado con los otros apóstoles, no le habían señalado iglesia determinada en la cual ejercitase la potestad que había recibido.

En el primer Concilio o junta que hicieron los apóstoles, para resolver las dificultades entre judíos y gentiles, después que San Pedro hubo dicho lo que Dios había obrado por él y como habían abierto la puerta a los gentiles para que se salvaran, Santiago, como obispo de Jerusalén, dijo su parecer con tanta autoridad que todos los demás le siguieron y conforme a él se hizo el decreto que se comunicó a los gentiles.

Innumerables judíos creían en la divinidad de Jesucristo, convertidos por la predicación del santo obispo de Jerusalén. El sumo sacerdote Anano y sus compañeros judíos no podían llevar en paciencia las conversiones que el santo apóstol realizaba, y no atreviéndose a combatirlo directamente, por la gran autoridad y prestigio que en el pueblo tenía, determinaron ganarlo para su partido, y le rogaron que, pues era tan gran siervo de Dios y hombre de tanta oración, se doliese del templo y de la ley judaica y desengañase al pueblo, para que no siguiese a un crucificado, y que para esto el día de Pascua, que era el de mayor concurso de gente, les dijese lo que sentía de Jesucristo.

Llegó el día señalado, y en presencia de innumerables judíos y gentiles subieron al santo a un lugar eminente del templo, y después de haberle hecho los

príncipes de los sacerdotes grandes alabanzas, le preguntaron qué le parecía del hijo del hombre, Jesucristo. Respondió con gran resolución: "¿Qué me preguntáis del Hijo del hombre? Sabed que está sentado a la diestra de Dios Padre, y que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos". Ante esta pública y solemne confesión de la Divinidad de Jesucristo, que hacía fracasar los planes de los sacerdotes judíos, y que arrancaba un murmullo general de aprobación de parte del pueblo, los sacerdotes lo apedrearon y diciendo: "¿No veis cómo ha errado el Justo?" lo arrojaron de alto abajo, y un malvado le dió un golpe en la cabeza esparciendo sus sesos por el suelo. Murió el año 63 de Jesucristo, y gobernó su Iglesia treinta años. Su fiesta se celebra el día 1.o de Mayo.

127. SAN FELIPE

Este apóstol fué de nación galileo y natural de Betsaida, como San Pedro y San Andrés. Era instruído y conocedor de los libros de Moisés, y por eso cuando en el camino de Galilea lo encontró el Señor y le dijo: "Sígueme", en el acto le obedeció y trajo a Cristo a Natanael, su amigo, de quien dijo el Señor que era verdadero israelita y hombre sin doblez ni engaño.

Antes de hacer Cristo el milagro de la primera multiplicación de panes y peces, para probar la fe de Felipe, y darle lugar a que después admirase la grandeza del milagro, le preguntó: "¿Dónde compraremos panes para dar de comer a toda esa gente?", a lo que contestó Felipe: "Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos tome un bocado".

Tuvo el honor de servir como intermediario de algunos gentiles que habían venido para adorar a Dios en la fiesta y que se llegaron a él para pedirle que los presentara a Jesús, lo que hizo en unión de Andrés,

como más anciano. Jesús dió gracias al Eterno Padre, diciendo: "Venida es la hora en que debe ser glorificado el Hijo del hombre".

Después de la sagrada Cena, cuando el Señor anunció su Pasión a los discípulos, y trataba de alentarlos y consolarlos, le dijo Felipe: "Señor, muéstranos al Padre, y eso nos basta" y Jesús le contestó: "Quien me ve a Mí, ve también al Padre".

Cuando los apóstoles se repartieron a predicar el Evangelio, después de la venida del Espíritu Santo, según las tradiciones de la Iglesia correspondió a San Felipe la provincia del Asia Superior, donde derribó ídolos, edificó iglesias, ordenó sacerdotes y enseñó al pueblo a vivir cristianamente. En la ciudad de Hierápolis, según cuenta Simeón Metafrastes, halló que en un templo adoraba el pueblo una serpiente y le ofrecía sacrificios, como si fuera Dios. Pidió San Felipe al Señor, con mucha fe, que librara a ese pueblo de la idolatría, y el Señor oyó su oración, quedando muerta la serpiente, y el pueblo bien dispuesto a recibir la luz del Evangelio y a creer en la divinidad de Jesucristo.

Indignados los sacerdotes y magistrados, prendieron al santo apóstol, y después de haberlo azotado, le crucificaron. Mientras los sayones se burlaban del santo en la cruz ocurrió un temblor espantoso que derribó muchos edificios y mató mucha gente, por lo cual asustados quisieron bajar al santo de la cruz; pero él pidió al Señor que le permitiera morir en la cruz y así acabó su jornada, entregando su espíritu al Criador. En el acto quedó libre el pueblo del espanto que tenía, y los cristianos tomaron su cuerpo y lo sepultaron con toda reverencia.

La fiesta de San Felipe se celebra el día 1.o de Mayo.

128. SAN BARTOLOME

Es nombrado por San Mateo en el sexto lugar entre los apóstoles. Era galileo, y de profesión pescador, como lo fueron otros apóstoles.

No se sabe en qué tiempo, o cómo fué llamado por el Señor para ser su discípulo.

Cuando los apóstoles se repartieron el mundo para predicar el Evangelio, correspondió a San Bartolomé la región de Licaonia, donde, como dice San Juan Crisóstomo, predicó y convirtió mucha gente a la fe de Jesucristo. De allí, según San Jerónimo y otros, pasó a la India citerior, y después entró en la Armenia donde sufrió el martirio.

Varios autores refieren la causa y modo de su martirio de la manera siguiente:

En una ciudad principal de Armenia había un templo donde era adorado un ídolo, que se llamaba Astarot, y que engañaba a la gente con sus respuestas equívocas. Entrando el santo apóstol en el templo, enmudeció el ídolo y sus sacerdotes acordaron consultar otro ídolo, o demonio, llamado Berit, que era adorado en una ciudad cercana, el cual respondió que Astarot había enmudecido porque Bartolomé, apóstol de Dios, lo tenía encadenado con cadenas de fuego y les dió las señas para conocerlo, advirtiéndoles que si él quería esconderse no lo hallarían, porque andaba acompañado de ángeles. En circunstancias que lo buscaban los sacerdotes, se comenzó a divulgar su fama, pues se supo que había echado el demonio de un hombre, y llegó a noticias del rey Polemón, que tenía una hija lunática y muy enferma. Mandó llamar el rey al santo y éste curó a su hija con gran facilidad. Dió al rey noticia de Jesucristo, que era verdadero Dios, y lo instruyó en la religión cristiana, y para que estuviese cierto de la fe que predicaba, le ofreció hacer que el mis-

mo ídolo Astarot confesara los engaños con que tenía perdido al pueblo.

Estando el rey presente en el templo, con los sacerdotes y mucha gente, el ídolo, por mandato de San Bartolomé, declaró sus artificios, y confesó que no era Dios, antes estaba atado con cadenas de fuego por los ángeles del Dios verdadero, cuyo Hijo era Jesucristo que había muerto por salvar el mundo, y que Bartolomé era uno de sus predicadores.

Confusos el rey y los sacerdotes echaron sogas a la estatua del ídolo, la derribaron en tierra, y el apóstol ordenó al demonio que se fuese al desierto, donde nadie más le viese. Se bautizaron el rey, su casa y doce ciudades del reino.

Los sacerdotes incitaron a un hermano del rey Polemón, que reinaba en otra provincia, para que vengase a los dioses. Llamó al santo y mientras hablaba con él, un ídolo que tenía en el templo principal de su ciudad, cayó en tierra hecho pedazos; por lo cual irritado el rey lo mandó azotar y después desollarlo vivo, y como aun viviese, cortarle la cabeza. A los treinta días después, como castigados por el cielo, murieron el rey y los sacerdotes; y se afirmó en su fe el rey Polemón, que fué obispo durante veinte años.

La Iglesia celebra la fiesta de San Bartolomé el día 24 de Agosto.

129. SAN MATEO

Este apóstol y evangelista era el principal de los publicanos que residían en Cafarnaum. Los publicanos arrendaban las rentas imperiales, provenientes de los tributos y exacciones que debían pagar los judíos, los cuales con la conciencia de ser el pueblo escogido de Dios, miraban como un agravio las cargas que les imponían; de manera que el oficio de los publicanos era

muy odioso, y los judíos los consideraban como paganos y pecadores públicos.

Después de la venida del Espíritu Santo, comenzó San Mateo a predicar en la Judea la divinidad de Jesucristo y su doctrina, y cuando los apóstoles se repartieron el mundo, partió a Etiopía.

Se dice que antes del viaje a Etiopía, como ocho años después de la Ascensión del Señor, escribió su Evangelio, siendo el primero de los evangelistas. El Papa San Clemente afirma en sus Constituciones que San Mateo ordenó que los fieles ofrecieran las primicias y el diezmo de sus bienes para el sostenimiento de la Iglesia y asistencia de los pobres. Por eso, en algunos países, los hacendados cristianos lo han tomado por patrono y modelo.

En Etiopía, según refieren varios autores, permaneció más de veinte años, hizo varios milagros, edificó templos, consagró obispos, ordenó sacerdotes, y convirtió a la fe del Señor al rey, la reina y sus hijos. Una mujer del rey, llamada Ifigenia, de hermosura extraordinaria, oyendo predicar al santo sobre el estado virginal, se resolvió a consagrarse a Dios, encerrándose en un monasterio con numerosas doncellas. A la muerte del rey Egipo, se apoderó del reino un hermano suyo, llamado Hirtaco, que quiso casarse con Ifigenia y pidió al santo que lo ayudara en sus propósitos. El santo apóstol, en un sermón que predicó a Ifigenia y sus compañeras, estando también allí el rey con los principales de la corte, después de haber explicado cómo Dios había instituído el matrimonio y cuán necesario era para la conservación del linaje humano, añadió que era más excelente el estado de las vírgenes; que merecía severo castigo el que se atreviese a quitar su mujer al rey; y que siendo Ifigenia esposa de Jesucristo, caería en su indignación el que pretendiera quitársela.

El rey Hirtaco se enojó sobremanera, y salió de la iglesia, amenazando al apóstol, el cual se fué a decir misa. Acabando de decirla fué agredido por los ministros de Hirtaco, que dejaron el altar rociado con su sangre y a sus pies el cuerpo del Santo.

Procuró después el rey persuadir a Ifigenia para que se casara con él; pero como esta se negase, mandó el rey poner fuego al monasterio, y, Dios lo castigó con una lepra tan penosa que el mismo con sus manos se mató.

La fiesta del santo se celebra el 21 de Septiembre.

130. SANTO TOMAS

Era de nación galileo y pobre pescador.

Se distinguió por su amor a Jesucristo. Cuenta el Evangelio que cuando Jesucristo quiso volver a Judea para resucitar a Lázaro, diciéndole los otros discípulos que no fuese, y que se acordase que poco antes los judíos le habían querido apedrear, santo Tomás, con mucho ánimo dijo: "Vamos también nosotros y muramos con él"; palabras que atestiguan el gran amor que tenía a su divino Maestro, pues llegaba hasta ofrecer su vida por él.

En la noche de la Cena, el Señor en un amorosísimo sermón, dijo a los apóstoles que iba a aparejarles lugar y que sabían el camino por donde iba. Entonces Santo Tomás, demostrando el deseo que tenía de saber y aprovechar, dijo: "Señor, no sabemos a dónde vas. ¿Cómo es posible que sepamos el camino?" Y el Señor le respondió con aquella suavísima sentencia: "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

Pero el pasaje más conocido relativo a Santo Tomás fué la exigencia que manifestó de ver para creer. El día de la resurrección del Señor, estando los apóstoles en el cenáculo, se les apareció el Señor, y les

mostró sus llagas, dándoles a entender que era el mismo que había padecido y que ya había resucitado. No se encontraba presente Santo Tomás, y cuando supo que el Señor se les había aparecido vivo y con las señales de las llagas, dijo aquellas palabras que escribe el evangelista San Juan: "Si yo no viere con mis ojos, en sus manos las llagas de los clavos; y entrare estos mis dedos en ellas; y si no pusiere mi mano en su costado, no creeré que es él, ni que ha resucitado".

Poco tiempo duró la incredulidad del apóstol y la borró después con una solemne confesión de su fe. En efecto, ocho días después volvió el Señor a aparecerse a los apóstoles, estando ahora Tomás con ellos, y habiéndolos saludado, se dirigió al apóstol incrédulo y le dijo: "Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; extiende tu mano y toca mi costado; y no seas incrédulo, sino fiel". Quedó asombrado Tomás de la bondad y dulzura del Señor, que así lo atraía, y entendió que era Dios el que había visto su corazón; y, por obedecer, tocó las llagas, aunque para su fe bastaba el haberlo visto, como dice San León, pero para nosotros importaba mucho que las tocase con sus manos; y traspasado de amor exclamó: "Señor mío y Dios mío"; confesando que aquel Señor, que había sido crucificado, era su verdadero Señor y verdadero Dios.

Permitió el Señor la incredulidad del apóstol para confirmar nuestra fe.

"¿Pensáis, dice San Gregorio que fué acaso que Tomás, escogido discípulo de Cristo, faltase cuando él vino a los Apóstoles; y que después viniendo oyese, y oyendo dudase, y dudando palpase, y palpando creyese? No se hizo esto por acaso, sino por dispensación divina. Porque la soberana clemencia del Señor trazó las cosas de manera, que dudando el discípulo tocase en su Maestro las llagas de la carne, para sanar en nosotros las llagas de la infidelidad. Porque más nos

aprovechó para despertar nuestra fe la infidelidad de Tomás que la fe de los otros discípulos''.

Por esto, San Agustín y otros atribuyen a Santo Tomás el artículo de la resurrección de Cristo, que confesamos en el Credo.

Después que recibió el Espíritu Santo con los demás apóstoles y hubo predicado la doctrina de Jesucristo en Jerusalén y Judea, fué a Oriente, donde encontró a los tres reyes magos que vinieron a Belén a adorar al Dios niño, y los bautizó y tomó por compañeros en sus trabajos.

Después llegó hasta la India, donde comenzó a predicar que los dioses que adoraban eran falsos, y que no había sino un Dios vivo y verdadero, Criador del cielo y de la tierra y Salvador del género humano, Jesucristo; y confirmó con milagros su predicación apostólica. Los enemigos de la religión cristiana y amigos de los falsos dioses lo mataron en la ciudad de Calamina, hoy Malipur, el 21 de Diciembre del año 75 de la era cristiana, bajo el imperio de Vespaciano.

131. SAN SIMON Y SAN JUDAS TADEO

Los santos apóstoles **Simón** y **Judas** fueron hijos de María Cleofás, hermana de Santiago el Menor y pariente de la Santísima Virgen. Simón se llamó Cananeo, porque nació en Caná de Galilea y para diferenciarle de San Pedro que también se llamaba Simón; y Judas tomó el sobrenombre de Tadeo, para distinguirse de Judas Iscariote.

Se hace mención de ellos en el Evangelio, cuando se dice en él que el Salvador los escogió y llamó apóstoles: y en el sermón de la Cena cuando Cristo Nuestro Señor dijo: ''El que me ama será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré en él'', preguntó Judas Tadeo: ''Señor ¿cómo ha de ser eso que te has de de manifestar a nosotros y no al mundo?''

No hay otra mención en el Evangelio, y muy pocas son las noticias de otros escritores acerca de ellos.

Se dice que San Simón predicó en Egipto y San Judas Tadeo en Mesopotamia y que después entraron juntos en Persia y, después de haber predicado y confesado a Jesucristo, sufrieron el martirio.

La fiesta de ambos santos se celebra el día 28 de Octubre.

132. SAN PABLO

San Pablo ocupa un lugar especial entre los Apóstoles, y ha merecido por excelencia el nombre de "Apóstol", porque él solo predicó por todo el imperio romano y fundó multitud de Iglesias.

No figura San Pablo entre los doce apóstoles que escogió el Señor, en los comienzos de su vida pública; ni tampoco fué elegido en reemplazo de Judas, pues, para ocupar el lugar de éste, fué elegido San Matías, en la reunión convocada por San Pedro, después de la Ascensión del Señor. Algún tiempo después tuvo lugar la conversión de San Pablo, por una aparición celeste, y fué llamado al apostolado e instruído por el mismo Jesucristo, según afirma, en una de sus epístolas.

Nació San Pablo en Tarso de Cilicia, de padres judíos, pertenecientes a la tribu de Benjamín. Cuando fué circuncidado se le impuso el nombre de Saulo, que más tarde trocó con el de Pablo.

Terminada su primera educación en Tarso, pasó a Jerusalén donde se consagró especialmente a los estudios rabínicos en la escuela de Gamaliel, doctor de la ley y hombre respetado del pueblo. Allí adquirió sus notables conocimentos de las Sagradas Escrituras y la vigorosa dialéctica de que da pruebas en sus cartas y discursos, sirviéndole de gran auxiliar su prodigio-

sa memoria, a tal punto de que casi todas las citas, que se hallan en sus Epístolas, las hizo sin valerse de códice alguno.

Era Pablo un judío fanático y, junto con otros, consintió en la muerte del protomártir San Esteban, que murió pidiendo al Señor que no les hiciera cargo de ese pecado (Hech. VII, 49).

En esos mismos días del martirio de San Esteban se levantó una gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén y, entre los judíos perseguidores, se distinguía Saulo, que "iba desolando la iglesia, y entrándose por las casas, sacaba con violencia a hombres y mujeres y los hacía meter en la cárcel" (Hech. VIII, 1 y 3).

Supo que en Damasco se había formado una comunidad numerosa de cristianos, y como él "no respiraba sino amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al príncipe de los sacerdotes, y le pidió cartas para Damasco, dirigidas a las sinagogas, para traer presos a Jerusalén a cuantos hombres y mujeres hallase de esta profesión. Caminando, pues, a Damasco, ya se acercaba a esta ciudad, cuando de repente le cercó de resplandor una luz del cielo, y cayendo en tierra oyó una voz que le decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Y él respondió: "¿Quién eres tú Señor?" Y el Señor le dijo: "Yo soy Jesús a quien tú persigues. Dura cosa es para ti el dar coces contra el aguijón". El, entonces, temblando y despavorido, dijo: "Señor, ¿qué quieres que haga?" Y el Señor le respondió: "Levántate y entra en la ciudad, donde se te dirá lo que debes hacer. Los que venían acompañándole estaban asombrados, oyendo sí la voz, pero sin ver a nadie.

Levántase Saulo de la tierra, y aunque tenía abiertos los ojos, nada veía. Por lo cual, llevándole de la mano, lo condujeron a Damasco. Aquí se mantuvo

tres días, privado de la vista, y sin comer ni beber.

"Estaba a la sazón en Damasco un discípulo llamado Ananías, al cual dijo el Señor en una visión: ¡Ananías! Y él respondió: Aquí me tenéis, Señor. Levántate, le dijo el Señor, y vé a la calle llamada Recta, y busca en casa de Judas a un hombre de Tarso llamado Saulo, que ahora está en oración".

"(Y en este mismo tiempo veía Saulo en una visión a un hombre llamado Ananías, que entraba y le imponía las manos para que recobrase la vista)".

"Respondió empero Ananías: Señor, he oído decir a muchos que este hombre ha hecho grandes daños a tus santos en Jerusalén. Y que aquí tiene plenos poderes de los príncipes de los sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre. Vé a encontrarle, le dijo el Señor, que ese mismo es ya un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre y anunciarlo delante de todas las naciones, y de los reyes, y de los hijos de Israel. Y yo le haré ver cuántos trabajos tendrá que padecer por mi nombre".

"Marchó, pues, Ananías, y entró en la casa; e imponiéndole las manos, le dijo: Saulo, hermano, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo. Al momento cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista; y levantándose fué bautizado. Y después de haber tomado alimento, recobró sus fuerzas. Permaneció algunos días con los discípulos que habitaban en Damasco. Y desde luego empezó a predicar en las sinagogas que Jesús era el Hijo de Dios".

"Todos los que le oían estaban pasmados, y decían: ¿Pues no es éste aquél mismo que perseguía en Jerusalén a los que invocaban este nombre, y que vino acá de propósito para conducirlos presos a los príncipes de los sacerdotes?"

Saulo, empero, cobraba cada día nuevo vigor y esfuerzo, y confundía a los judíos que habitaban en Damasco, demostrándoles que Jesús era el Cristo".

Mucho tiempo después los judíos formaron el designio de quitarle la vida. Y fué advertido Saulo de sus asechanzas; mas ellos, a fin de salir con el intento de matarle, tenían puestas centinelas, día y noche, a las puertas. En vista de lo cual los discípulos, tomándole una noche, lo descolgaron por el muro, metido en un serón".

"Así que llegó a Jerusalén, procuraba unirse con los discípulos, mas todos se guardaban de él, no creyendo que fuese discípulo de Jesús. Entonces Bernabé, tomándolo consigo, le llevó a los Apóstoles, y les contó como el Señor se le había aparecido en el camino, y con cuanta firmeza había procedido en Damasco, predicando en el nombre de Jesús. Desde aquel momento andaba y vivía con ellos en Jerusalén, y predicaba con grande ánimo en el nombre del Señor".

"Conversaba también con los de otras naciones, y disputaba con los judíos griegos; pero éstos, al verse confundidos, buscaban medio para matarle. Lo que sabido por los hermanos, le condujeron a Cesarea, y de allí le enviaron a Tarso" (Hech. capítulo IX).

Después del año 40, Bernabé fué a buscarle a Tarso para conducirle consigo a Antioquía de Siria, donde se acababa de establecer una comunidad de fieles. "En esta Iglesia estuvieron empleados todo un año, e instruyeron a tanta multitud de gentes, que aquí en Antioquía fué donde los discípulos empezaron a llamarse Cristianos".

Por este tiempo sobrevino un hambre espantosa en Judea, y con este motivo los fieles de Siria recogieron abundantes limosnas que enviaron a sus hermanos de Jerusalén "por mano de Bernabé y de Saulo" (Hech. cap. XI).

Llegados de nuevo a Antioquía reanudaron sus tareas apostólicas con celo infatigable y fruto abundantísimo, en unión de otros profetas y doctores, hasta que por expresa designación del Espíritu Santo se consagraron a la **conversión de los gentiles**.

"Mientras estaban un día ejerciendo las funciones de su ministerio delante del Señor, y ayunando, díjoles el Espíritu Santo: Separadme a Saulo y a Bernabé para la obra a que los tengo destinados. Y después de haberse dispuesto con ayunos y oraciones, les impusieron las manos y los despidieron".

Empezó entonces su misión apostólica entre los gentiles, que le valió el título de **Apóstol de las Gentes**.

San Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, refiere sus tres principales misiones apostólicas; su asistencia al Concilio de Jerusalén; su encarcelamiento en Jerusalén; su cautiverio en Cesárea; su apelación al César; su naufragio junto a la isla de Malta; su llegada a Roma, el año 62; y su primer cautiverio en la Ciudad Eterna, que duró dos años.

Al cabo de ellos, compareció ante Nerón y defendió victoriamente su causa, siendo puesto en libertad a principios del año 64. Se cree que entonces emprendió su viaje a España, reanudando su apostolado para no interrumpirlo hasta su muerte. Desde España se dirigió otra vez a Oriente; visitó Creta, Corinto, Macedonia, Troade y Efeso; recorrió toda la provincia de Asia, alentando y aconsejando a los fieles de Colosos, Hierápolis y Laodicea, volviéndose otra vez a Macedonia. Pasó el invierno en Nicópolis de Epiro, desde donde se cree que volvió a Roma.

Allí fué de nuevo encarcelado, y el 29 de Junio del año 67 fué decapitado, a tres millas de Roma, en la vía Ostia, en el lugar llamado antiguamente Aguas Salvias, y hoy día las Tres Fuentes.

En el espacio de veinte años, que transcurrieron desde su primera expedición apostólica hasta su preciosa muerte, escribió sus admirables Epístolas, cuyo número total se ignora, pero de las cuales catorce han llegado hasta nosotros. De ellas, nueve van dirigidas a diversas iglesias fundadas por el apóstol; dos a su discípulo Timoteo; una a Tito; otra a Filemón; y la última a los Hebreos.

Estas Epístolas, dice San Juan Crisóstomo, son minas riquísimas y fuentes inagotables de Espíritu; minas que nos proporcionan abundantísimas riquezas, más preciosas que el oro; y fuentes inagotables, que manan siempre, más y más abundantes cuanto más se saca de ellas''.

Santo Tomás de Aquino dice que en ellas ''se halla contenida casi toda la doctrina teológica'', y Cornelio A. Lápide certifica que en ellas se contiene ''el meollo de la fe y de la religión cristiana''.

El historiador Eusebio hace el elogio de San Pablo, diciendo que su vida es ''sin par ni semejante en la historia de la humanidad''.

133. BELLEZA FISICA Y MORAL DE JESUCRISTO

Nuestro Señor tenía un cuerpo **real** y **perfecto**, de una belleza grave y severa, con rasgos de dulzura y energía, y todo su exterior admirablemente combinado para inspirar a sus discípulos respeto y amor a su persona sagrada. Según dijo a Santa Brígida, su cuerpo inocente era semejante al cuerpo que pecó en Adán, a fin de que siendo semejante a aquellos que venía a rescatar, pudiese trabajar de la mañana a la tarde y de año en año hasta su muerte.

El Cantar de los Cantares, libro místico, que explica el incomprensible amor de Cristo a su esposa la

Iglesia, y el de ésta a su Esposo Jesucristo, pone en boca de Nuestro Señor estas palabras: "Yo flor del campo y lirio de los valles" (II, 1); flor, no de un jardín cultivado por mano de hombre, sino del **campo,** que se abre y se descubre a beneficio del calor del sol, y de la lluvia que viene del cielo; modesta y sencilla como las almas castas que hallan su descanso y delicias en el retiro y la soledad, apartadas del bullicio del mundo; **lirio de los valles,** que necesita mucha humedad para criarse, y como ésta se mantiene más en los lugares bajos y hondos, goza por eso de mayor frescura, y es más oloroso y de mejor parecer, que el que se cría en los montes.

La Esposa del Cantar de los Cantares andaba por la noche buscando con toda ansia a su amado; y las doncellas que la oyeron, sorprendidas de que anduviese a tal hora buscando con tanta ansia a su amado, le preguntan: "¿Qué tiene tu amado más que otro amado?", y ella describe las señas y calidades del Esposo:

"Mi amado es blanco y rubio, escogido entre millares. Su cabeza oro muy bueno; sus cabellos como renuevos de palmas... Sus ojos como palomas sobre los arroyuelos de las aguas, que están lavadas con leche, y sentadas junto a corrientes muy copiosas. Sus mejillas como eras de aromas plantados por los perfumeros. Sus labios lirios, que destilan la mirra más pura. Sus manos de oro torneadas, llenas de jacintos. Su vientre de marfil, guarnecido de záfiros. Sus piernas columnas de mármol, que están fundadas sobre basas de oro. Su parecer, majestuoso como el Líbano, y escogido como el cedro. Su garganta suavísima y **todo él deseable**: tal es mi amado, y él mismo es mi amigo, hijas de Jerusalén" (V, 10 al 16).

Y el rey David en el salmo XLIV, en que todos convienen que describe a Cristo, lo llama: "Vistoso en hermosura más que los hijos de los hombres, se de-

rramó la gracia en tus labios; por esto te bendijo Dios para siempre".

El abate Gaume trae en su Catecismo el siguiente retrato de la figura física de Nuestro Señor, tal como nos lo ha conservado y transmitido la antigüedad y dice que las pruebas de la autenticidad de este retrato se hallan en la Historia sagrada de Sandini.

"Tenía, dice, un rostro bellísimo y muy animado, el cabello algo rubio, no muy espeso y un poco rizado; las cejas negras y ligeramente arqueadas. Sus ojos, de color de aceituna, brillaban con una gracia admirable. Tenía la nariz recta, la barba rubia y medianamente larga; el cabello bastante largo, pues nunca tocó su cabeza la navaja, ni la mano de hombre alguno, excepto la de su madre durante su infancia. Llevaba el cuello algo inclinado, de suerte que su ademán no era demasiado arrogante ni erguido. Su tez era de color trigueño; la cara ni redonda ni larga, sino como la de su madre, un poco prolongada y ligeramente sonrosada. La gravedad, la prudencia y la serenidad se hermanaban y resplandecían en su semblante. En una palabra, era del todo semejante a su inmaculada y divina Madre".

Veamos ahora su figura moral.

Los hombres más impíos, en sus momentos de sinceridad, se ven obligados a reconocer la belleza moral de Jesucristo. Veamos lo que dice Rousseau, en su Emilio, sobre la personalidad de Nuestro Señor:

"¡Qué dulzura, qué pureza en sus costumbres! ¡qué gracia tan encantadora en sus enseñanzas! ¡qué elevación en sus máximas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡Qué presencia de espíritu, qué finura y precisión en sus respuestas! ¡Qué imperio sobre sus pasiones! ¿Dónde está el hombre que ha sabido sufrir y morir sin debilidad ni ostentación? Cuando Platón pinta su justo imaginario, cubierto de todo el oprobio

del crimen y acreedor de todos los premios de la virtud, no hace más que trazar rasgo por rasgo la imagen de Jesucristo; la semejanza es tan sorprendente, que todos los Padres la han reconocido así, sin que sea posible el engaño. ¿De qué preocupación y ceguedad no es necesario estar poseído para atreverse a comparar al hijo de Sofronisco con el Hijo de María? ¡Qué distancia del uno al otro!

Sócrates, muriendo sin dolores ni ignominia, pudo cómodamente sostener hasta el fin su papel; y si ésta fácil muerte no hubiera honrado su vida quedaría la duda de sí Sócrates, con todo su carácter, había sido más que un sofista. El inventó, se dice, la moral; otros, antes que él, la habían practicado; él no hizo más que poner en lecciones sus ejemplos. Arístides había sido justo, antes que Sócrates hubiera enseñado lo que era la justicia; Leonidas había muerto por su país, antes que Sócrates hubiera convertido en deber el amor a la patria; los espartanos eran sobrios antes que Sócrates alabase la sobriedad, y antes que definiese la virtud abundaban en Grecia hombres virtuosos. Mas, ¿de dónde había tomado Jesús, entre los suyos, esta pura y elevada moral de que El solo ha dado lecciones y ejemplos? Desde el seno del más furioso fanatismo hízose oir la más elevada sabiduría, y la sencillez de las más heroicas virtudes honró el más vil de los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos es la más dulce que se puede desear; la de Jesús, expirando entre tormentos, injuriado, escarnecido, maldecido de todo un pueblo, es la más horrible que se puede temer. Sócrates, tomando la copa envenenada, bendice al que se la presenta llorando. Jesús, en medio de un suplicio afrentoso, ruega por sus encarnizados verdugos. Sí; si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios".

Jesucristo es el **modelo más acabado** de todas las virtudes morales; y su vida es una continua enseñanza para los hombres. Solo El ha podido exclamar: "¿Quién de vosotros me arguirá de pecado?" Aprended de Mí, dijo a sus discípulos, que soy manso y humilde de corazón y hallaréis el reposo para vuestras almas (Mat. XI, 29).

Después de la cena, el Señor lavó personalmente los pies a sus discípulos y los exhortó con su ejemplo a servirse, y asistirse los unos a los otros. "**Ejemplo os he dado**, les dijo, para que como yo he hecho a vosotros, vosotros también hagáis. En verdad, en verdad os digo: El siervo no es mayor que su señor; ni el enviado es mayor que aquél que le envió. Si esto sabéis, bienaventurados seréis si lo hiciereis" (S. Juan XIII, 15, 16 y 17).

En otros términos, si los hombres entienden la necesidad que tienen de amarse mutuamente, de servirse y de humillarse, como lo hizo Jesús, serán bienaventurados.

Los discípulos comprendieron que Jesús era el modelo que debían imitar y al efecto, después del milagro de la curación del sordomudo, exclamaron llenos de admiración: "Todo lo ha hecho bien" (Marc. VII, 37).

Recorramos brevemente las diversas virtudes de que dió ejemplo Nuestro Señor Jesucristo, durante su vida mortal, y ellas servirán para dibujar este divino modelo, que se llamó a sí mismo "camino, verdad y vida", y que es también nuestro Maestro: "Vosotros, dijo a sus discípulos, me llamáis Maestro y Señor; y decís bien, porque lo soy" (San Juan XIII, 13).

134. ENSEÑO LA FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD

Predicó la necesidad de la **fe**, sin la cual no hay salvación posible. "El que oye mi palabra, dijo, y cree a aquél que me envió tiene vida eterna, y no viene a juicio, mas pasó de muerte a vida": "No busco mi voluntad sino la voluntad de aquél que me envió" (S. Juan V, 24 y 30).

Premió a los que manifestaban fe viva en El, haciendo milagros en su favor, como ocurrió con la mujer que hacía doce años padecía flujo de sangre y que se llegó por detrás a tocar siquiera la ropa del Señor, diciendo entre sí: Con que pueda solamente tocar la orla de su vestido, me veré curada. La enferma, sanó completamente, y Jesús elogió su fe, diciéndole, en presencia de una gran muchedumbre: Hija, tu fe te ha curado" (Mat. IX, 22). Reprobó la fe lánguida de los discípulos que, atravesando con El el lago, se asustaron porque un viento recio alborotaba las olas y lo despertaron, diciéndole: ¡Maestro, que perecemos! Y puesto en pie, amenazó al viento y a la tormenta, que cesaron luego, y siguióse la calma. Y les dijo entonces Jesús: ¿De qué teméis, oh hombres de poca fe? (Mat. VIII, 26).

La fe de los gentiles fué agradable a Jesús, que la encontró en algunos casos superior a la de Israel, como ocurrió con el centurión romano, que tenía el siervo enfermo, y que al saber que Jesús iba a su casa a curarlo, le dijo aquellas palabras tan hermosas que nos recuerda la liturgia de la Iglesia, en el momento anterior a la comunión: "Señor, yo no soy digno de que Tú entres en mi casa; pero mándalo con tu palabra y quedará curado mi criado". Al oir estas palabras mostró Jesús grande admiración, y dijo a los que le seguían: En verdad os digo que ni aun en Israel he hallado fe

tan grande. Así yo os declaro que vendrán muchos **gentiles** del Oriente y del Occidente, y estarán en la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras los hijos del reino serán echados fuera a las tinieblas (Mat. VIII, 8 a 12).

Nos enseñó la consoladora virtud de la **esperanza**, para confiar firmemente en que podemos alcanzar todo cuanto Dios infinitamente poderoso, bueno y fiel, nos ha prometido por los merecimientos de Jesucristo.

Advirtió a los discípulos las persecuciones y aflicciones que habían de padecer por la confesión de su nombre, para que entendieran que la paz y la seguridad sólo la obtendrían confiando en El y en los auxilios de su gracia. "Estas cosas, agregaba, os he dicho con el fin de que halléis en Mí la paz. En el mundo tendréis grandes tribulaciones, pero **tened confianza**, pues Yo he vencido al mundo" (S. Juan XVI, 33).

"Mirad, decía a sus apóstoles, que os envío como ovejas en medio de lobos... **No les tengáis miedo**, porque nada está encubierto que no se haya de descubrir, ni oculto que no se haya de saber. Lo que Yo os digo de noche, decidlo a la luz del día; y lo que os digo al oído, predicadlo desde los terrados. Nada temáis a los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma, temed antes al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno. ¿No es así que dos pájaros se venden en un cuarto, y no obstante ni uno de ellos caerá en tierra sin que lo disponga vuestro Padre? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No tenéis, pues, nada que temer; valéis vosotros más que muchos pájaros" (Mat. X, 16, 26 a 31).

Cuando San Pedro dijo al Señor que la higuera que había maldecido se había secado, Jesús aprovechó para infundirles la virtud de la esperanza. "**Tened confianza en Dios**, les dijo, y obraréis maravillas... Si tenéis fe y no andáis vacilando, no solamente haréis

esto de la higuera, sino que aun cuando digáis a ese monte: Arráncate y arrójate al mar, así lo hará... Por tanto, os aseguro que todas cuantas cosas pidiereis en la oración, tened viva fe de conseguirlas, y se os concederán sin falta'' (Marc. XI, 22 a 24).

Para enseñarnos a orar con toda confianza repetía: ''Yo me voy al Padre, y cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, yo lo haré, a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo'' (S. Juan XIV, 13).

Penetrado de esta doctrina de Jesús, el apóstol Santiago quiere que pidamos con esperanza, sin sombra de duda; ''pues quien anda dudando... no tiene que pensar que ha de recibir poco ni mucho del Señor'' (Sant. I, 6 y 7).

La esperanza es la que nos permite conservar la alegría en medio de las penas y contrariedades de la vida. ''Alegraos, dice San Pablo, con la esperanza del premio'' (Rom. XII, 12).

Predicó y enseñó, muy especialmente, la virtud de **la caridad,** que consiste en amar a Dios sobre todas las cosas, entregándonos de corazón a El, para cumplir siempre su santísima voluntad y buscar en primer lugar la extensión de su reino.

Jesucristo era todo caridad, llegando a hacer de esa virtud su propia definición. El celo de la gloria de Dios inflamaba su corazón: ''Yo he venido, decía, a poner fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda? Con un bautismo de sangre tengo de ser yo bautizado; ¡oh! y cómo traigo en prensa el corazón mientras que no lo veo cumplido'' (Lucas XII, 49). Ese celo por el honor de Dios lo movió a arrojar dos veces del templo a los mercaderes que no guardaban el debido respeto a la casa del Señor. En vísperas de la fiesta de Pascua encontró en el templo gentes que vendían bueyes, y ovejas, y palomas, y cambistas sentados en sus mesas, y habiendo formado de cuerdas como un azote,

los echó a todos del templo, juntamente con las ovejas y bueyes, y derramó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas. Y hasta a los que vendían palomas, les dijo: "Quitad eso de aquí, y no queráis hacer de la casa de mi Padre un casa de tráfico. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me tiene consumido" (S. Juan, II, 13 a 17).

Todo lo refería Jesucristo a la gloria y al cumplimiento de la voluntad de su Padre celestial. "Mi comida, decía, es hacer la voluntad del que me ha enviado y dar cumplimiento a su obra" (S. Juan IV, 34); "he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de Aquél que me ha enviado" (S. Juan VI, 38); "Yo no he hablado de Mí mismo, sino que el Padre que me envió, El mismo me ordenó lo que debo decir y cómo he de hablar... Las cosas, pues, que yo hablo las digo como el Padre me las ha dicho" (S. J. XII, 49 y 50); "La vida eterna consiste en conocerte a Ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste. Yo por Mí te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste" (S. J. XVII, 3 y 4); "Y he manifestado tu nombre a los hombres que me has dado del mundo... Yo les di las palabras que Tú me diste, y ellos la han recibido y han reconocido verdaderamente que Yo salí de Ti, y han creído que Tú eres el que me ha enviado" (S. J. XVII, 6 a 8).

Al enviar a sus apóstoles a predicar su doctrina, con facultad de perdonar los pecados, les dijo: "Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros" (S. J. XX, 21). Y en el huerto de Getsemaní, en medio de sus angustias mortales, después de pedir a su Padre que, si era posible, apartara de El ese cáliz de dolor, agregó estas sublimes palabras de conformidad con

la voluntad de Dios: "No obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lucas XXII, 42).

Después de la caridad para con Dios, enseñó al hombre la caridad para con el prójimo. Su gran ley es el amor mutuo entre los hombres. "El precepto mío, dice, es que os améis unos a otros como Yo os he amado a vosotros; que nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos" (S. Juan XV, 12 y 13). "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian" (Mat. V, 44); "Sed pues, misericordiosos, así como también vuestro Padre es misericordioso" (Lucas VI, 36); "haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros" (Mat. VII, 12).

Preguntado Jesús acerca de cuál era el mandamiento principal de la Ley, respondió: "El primero de todos es éste... Amarás al Señor Dios tuyo, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y con todas tus fuerzas... El segundo, semejante al primero, es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento que sea mayor que éstos" (Marcos XII, 29, 30 y 31). "En estos dos mandamientos está cifrada toda la Ley y los profetas" (Mat. XXI, 40).

Y para establecer claramente que su Ley era una Ley de amor, dijo a sus discípulos estas palabras: "Un **nuevo mandamiento** os doy, que os améis unos a otros; y que del modo que Yo os he amado a vosotros, así también os améis recíprocamente. Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis un tal amor unos a otros" (S. J. XIII, 34 y 35).

135. LA PRUDENCIA

Recomendó la **prudencia** a sus discípulos. "Mirad,

les dijo, que os envío como ovejas en medio de lobos. Por tanto habéis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas". "Y guardaos de los hombres. Porque os harán comparecer en sus audiencias y os azotarán en sus sinagogas. Y seréis llevados ante los gobernadores, y los reyes por causa de Mí, en testimonio a ellos y a los gentiles" (Mat. X, 16, 17 y 18). Quiere el Señor que tengamos por sospechosos y no nos fiemos de hombres contrarios al Evangelio, porque el odio que tienen a la doctrina de Cristo prevalece sobre toda otra consideración.

Les promete para entonces la **asistencia divina**: "Si bien cuando os hicieren comparecer, les dice, no os dé cuidado el cómo o lo que debéis hablar; porque os será dado en aquella misma hora lo que hayáis de decir, puesto que no sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros" (Id. 19 y 20).

Quería Jesús que sus discípulos fueran prudentes, aun en el cumplimiento de la nueva ley de sacrificio que venía a predicar al mundo. Los fariseos le preguntaron: ¿Por qué los discípulos de Juan ayunan tanto, y oran y también los de los Fariseos; y los tuyos comen y beben? A los cuales él dijo: Por ventura podéis hacer que los hijos del esposo ayunen, mientras con ellos está el esposo? Mas vendrán días, en que el esposo les será quitado, y entonces ayunarán en aquellos días. Y les decía una semejanza: No pone nadie remedio de paño nuevo en vestido viejo; porque de otra manera el nuevo rompe el viejo y además no cae bien remiendo nuevo en el viejo. Y ninguno echa vino nuevo en odres viejos; porque de otra manera el vino nuevo romperá los odres, el vino se derramará, y se perderán los odres. Mas el vino se debe echar en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conserva. Y ninguno que bebe de lo añejo, quiere luego lo nuevo porque dice: Me-

jor es lo añejo (Luc. V, 33 a 39). Dicen los expositores de la Biblia que con esto quiso significar el Señor, que así como el que está acostumbrado a beber vino añejo, no pasa de repente a beberlo nuevo; del mismo modo los que siempre han guardado un género de vida común y ordinaria, no pasan repentinamente a hacer una vida austera y penitente, sino poco a poco, y como por grados. Ni sus discípulos podían pasar de repente a gustar las asperezas de la cruz, que eran propias de la nueva ley.

Una **norma de prudencia** que enseñó "el Señor a sus discípulos, para distinguir a los profetas verdaderos de los falsos, es mirar sus frutos u obras. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cogen uvas de los espinos o higos de las zarzas? Así que todo árbol bueno produce buenos frutos y todo árbol malo da frutos malos; un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo darlos buenos" (Mat. VII, 16, 17 y 18).

136. LA JUSTICIA

Jesucristo nos enseñó a buscar en primer lugar el reino de Dios y su **justicia**, advirtiéndonos que todo lo demás se nos daría por añadidura (Lucas XII, 31).

La justicia, que consiste en la voluntad constante de dar a cada uno lo que es suyo, es parte esencial de la doctrina de Jesucristo, que estableció una religión de amor y de justicia, y como dice Luis Veuillot, precisamente por ser una religión de justicia es una religión de amor.

La justicia supone el cumplimiento íntegro de la ley divina, no solo exterior, sino interior y de todo corazón, en pensamientos, palabras y obras. Esa fué la que vino a anunciar Jesucristo (Mat. XI, 18).

En el sermón de la montaña ensalzó Nuestro Señor la excelencia de esta virtud de la justicia: "Bienaven-

turados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados... Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos'' (Mat. V, 6 y 10). Tienen hambre y sed de justicia los que, sin olvidar su propia santificación, muestran un grande celo y ardor de hacer justos a sus prójimos; y padecen persecución por la justicia los que son injustamente perseguidos por el nombre de Jesucristo.

La justicia que enseñó el Señor es la justicia **completa**, que nace del fondo mismo del corazón.

Los fariseos tenían un falso concepto de la justicia, pues todo lo reducían a no cometer ningún delito que los deshonrase exteriormente; por eso Jesús dijo a sus discípulos: ''Si vuestra justicia no es más llena y mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos'' (Mat. V, 20). La justicia de los que deben entrar en el reino de los cielos se extiende, no sólo a los actos exteriores, sino también a los pensamientos íntimos del alma y exige que se repriman todos los movimientos desarreglados del corazón: ''No lo que entra por la boca, dijo el Señor, es lo que mancha al hombre, sino lo que sale de la boca, eso es lo que lo mancha... Lo que sale de la boca, del corazón sale; y eso es lo que mancha al hombre, porque del corazón es de donde salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, blasfemias. Estas cosas sí que manchan al hombre; mas el comer sin lavarse las manos, eso no lo mancha'' (Mat. XV, 11, 18, 19 y 20).

Amenazaba el Señor en otra ocasión a los fariseos, diciéndoles: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!, que pagáis diezmo hasta de la hierba buena, y del eneldo, y del comino; y habéis abandonado las cosas más esenciales de la ley: **la justicia,** la misericordia y la buena fe! Estas debierais observar, sin

omitir aquéllas... limpiáis por fuera la copa y el plato; y **por dentro** estáis llenos de rapacidad e inmundicia (Mat. XXIII, 23 y 25).

Jesucristo enseñó la **justicia en las relaciones con el Estado,** dándonos aquel principio fundamental que establece la diversa misión del poder civil y del religioso: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios".

¿Qué te parece, le preguntaron los fariseos para tentarlo, es lícito dar tributo al César o no? Mas Jesús, conociendo la malicia de ellos, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Y Jesús les dijo: ¿Cuya es esta figura e inscripción? Dícenle: del César. Entonces les dijo: Pues pagad a César lo que es del César; y a Dios, lo que es de Dios" (Mat. XXII, 17 a 21). Estas palabras de Jesús nos enseñan a respetar y honrar la autoridad civil, aunque sea de diferente religión, y en todo lo que a ella compete. No dudéis, dice San Juan Crisóstomo, que cuando Jesucristo ordena dar al César lo que pertenece al César, entiende solamente las cosas que no son contrarias a la piedad ni a la religión; porque todo lo que es contrario a la fe y a la virtud, no es el tributo que se debe al César, sino el tributo del diablo.

Mas aun, a pesar de que el Señor estaba libre de pagar tributo personal al César, para no dar ocasión de escándalo, quiso cumplir con la ley general, y no teniendo dinero a la mano, ordenó a Pedro que fuera al mar y echara el anzuelo y tomara el primer pez y abriéndole la boca hallaría la moneda para pagar el tributo de El y de Pedro (Mat. XVII, 26).

Practicó la **justicia en el hogar,** que consiste en el respeto y obediencia que deben los hijos a los padres. El resumen de su vida oculta lo cuenta el Evangelista con estas palabras: "Y estaba sujeto a ellos", es de-

cir, a sus padres (Lucas II, 51). Pero esta obediencia y amor al padre y a la madre no ha de ser superior a la que se debe a Dios, autoridad de la cual arranca toda justicia; y por eso el Señor dijo estas palabras, que completan su doctrina sobre los deberes de familia: "Quien ama al padre o a la madre más que a Mí, no merece ser mío; y quien ama al hijo o a la hija más que a Mí, tampoco merece ser mío" (Mat. X, 37).

Nos enseñó que son **las obras de cada cual** las que prepararán su recompensa en el día de la justicia: "El Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con los ángeles; y entonces dará a cada uno según sus obras" (aMt. XVII, 27).

Y serán premiadas, aun las obras más pequeñas: "Cualquiera que diere de beber a uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca solamente por razón de ser discípulo mío, os doy mi palabra, que no perderá su recompensa (Mat. X, 42).

En especial, las obras de misericordia serán consideradas a favor nuestro en el fallo del juicio final (Mat. XXV).

No exige Dios a todos los hombres que realicen obras de la misma importancia, sino a cada cual **según la medida de la fe y de la gracia** que haya recibido; porque Dios no nos manda cosas imposibles, ni nos pone una carga que no podamos llevar, ayudados de su gracia.

En la parábola de los talentos, en que el Señor nos enseña estas verdades, dice que un siervo recibió cinco talentos y ganó otros cinco; otro recibió dos y ganó dos; y otro que recibió uno lo escondió y no trabajó con él. El que ganó cinco talentos representa, según los expositores, a los obreros del primer orden que, como San Pablo, podían gloriarse en Jesucristo de haber trabajado más que los otros; y el que ganó dos simboliza a los otros ministros de Jesucristo que han

recibido menos que los Apóstoles, pero que fieles a su ministerio sirven a la Iglesia a proporción de los bienes y gracias que han recibido; y el delito del que sólo recibió un talento, no consiste en no haber convertido a Jesucristo muchas almas, sino en no haber trabajado como debía en su conversión.

Y la parábola del administrador fiel termina con esta enseñanza: "Se pedirá cuenta de mucho a quien mucho se le entregó; y a quien se han confiado muchas cosas, más cuenta le pedirán (Lucas XII, 48).

Nos enseñó Jesús, también a observar la justicia en las **palabras,** anunciándonos que de ellas rendiríamos cuenta en el día del juicio. "Yo os digo que de cualquier palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta el día del juicio. Porque por tus palabras habrás de ser justificado, y por tus palabras condenado" (Mat. XII, 36 y 37).

Serán castigados no sólo las palabras, sino hasta los **malos pensamientos** que salen del corazón, que los hombres no ven, pero que ve Dios (Mat. XV, 19).

137. LA FORTALEZA

Toda la vida de Jesús fué un ejemplo de **fortaleza,** virtud que consiste, en que un corazón sea de tal manera denodado que ni en las tentaciones se desmaya, ni en hacer buenas obras se cansa.

El profeta Isaías tenía anunciada la fortaleza del Redentor, venido al mundo con la misión especial de padecer por la salvación de los hombres. "El crecerá, dice, a los ojos del pueblo como una humilde planta y brotará como una raíz en tierra árida... Vímosle después despreciado, y el desecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer; y su rostro como cubierto de verguenza y afrentado; por lo que no

hicimos ningún caso de él. Es verdad que él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y pecados y cargó con nuestras penalidades; pero nosotros le reputamos entonces como un leproso y como un hombre herido de la mano de Dios y humillado, siendo así que por causa de nuestras iniquidades fué él llagado, y despedazado por nuestras maldades.. a él solo le ha cargado el Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros. Fué ofrecido en sacrificio porque él mismo lo quiso; y no abrió su boca para quejarse; conducido será a la muerte sin resistencia suya, como va la oveja al matadero, y guardará silencio sin abrir siquiera su boca delante de sus verdugos, como el corderito que está mudo delante del que lo esquila. Después de sufrida la opresión e inicua condena, fué levantado en alto'' (LIII).

Fué sacrificado y murió en la **cruz**, para enseñarnos que la cruz es la señal del cristiano y el camino para nuestra salvación. ''Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, cargue con su cruz, y sígame'' (Mat. XVI, 24). Después de afirmar de un modo tan claro la necesidad de tomar la cruz, en otra ocasión, lo dijo en forma negativa: ''El que no carga con su cruz y no me sigue, tampoco puede ser mi discípulo'' (Lucas XIV, 27).

Anunció a sus discípulos la necesidad de la fortaleza, para luchar con el mundo, que es uno de los enemigos del alma. ''Si el mundo os aborrece, les dijo, sabed que primero que a vosotros me aborreció a Mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que os entresaqué Yo del mundo, por eso el mundo os aborrece'' (S. Juan XV, 18 y 19). ''Seréis aborrecidos de todo el mundo por causa de mi nombre'' (Marc. XIII, 13). Pero, les advierte que no teman al mundo, porque con la fortaleza cristiana podrán vencerlo: ''En el mundo,

les dijo, tendréis grandes tribulaciones; pero tened confianza, pues Yo he vencido al mundo''.

La ley de Jesucristo es ley de sacrificio y el cielo se conquista por medio de la fortaleza, esto es, haciendo **violencia** a las pasiones que nos combaten. Los violentos, es decir, los que se vencen a sí mismos son los que ganan el cielo: ''Desde el tiempo de Juan Bautista hasta el presente, el reino de los cielos se alcanza a viva fuerza; y los que se la hacen a sí mismos son los que lo arrebatan'' (Mat. XI, 12).

Nos aseguró el Señor **la dicha y la alegría,** en medio de la persecución: ''Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos entonces y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos (Mat. V, 11 y 12).

Y como **premio** de la fortaleza y de la generosidad en las persecuciones nos ofrece el cien doblado en esta vida y en el siglo venidero la vida eterna. ''Yo os aseguro que nadie hay que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o padre o madre, o hijos o heredades por amor de Mí y del Evangelio; que ahora mismo en este siglo y en medio de las persecuciones, no reciba el cien doblado por equivalente de casas y hermanos, y hermanas, de madres, de hijos y heredades; y en el siglo venidero la vida eterna'' (Marc. X, 29, 30).

138. LA TEMPLANZA

Jesucristo nos enseñó la **templanza,** como medio de que el espíritu triunfe sobre la carne. Dice San Agustín que las tres armas de que debe servirse el hombre, los tres remedios que nos prescribió el médico celestial, fueron **el ayuno, la limosna** y **la oración.**

La vida de Jesucristo, el divino modelo, fué una continua penitencia. Nos enseñó que la mortificación de los sentidos era indispensable para conseguir la salvación. Suya es esta sentencia: "Si no hiciereis penitencia, pereceréis todos de la misma manera" (Luc. XIII, 13).

Quiere el Señor que vivamos alerta, con el arma al brazo, teniendo pleno señorío sobre nuestros sentidos para que no se perturbe el entendimiento, ni se ofusque el corazón: "Velad sobre vosotros mismos, no suceda que se ofusquen vuestros corazones con **la glotonería y embriguez,** y los cuidados de esta vida, y os sobrecoja de repente aquel día" (Luc. XXI, 34). Esas palabras son una expresa recomendación de la virtud de la templanza, que modera los apetitos y el uso de los sentidos, sujetándolos a la razón, de manera que ésta sea la señora y no la esclava del cuerpo. Como decía un filósofo antiguo: "La templanza es el vigor del alma".

El apóstol San Pablo, exhortando a la guarda de los mandamientos, dice: "Andemos con decencia y honestidad, como se suele andar durante el día; no en comilonas y borracheras, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas y envidias; mas revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no busquéis como contentar los antojos de vuestra sensualidad" (Rom. XIII, 13 y 14).

Antes de predicar su doctrina, Nuestro Señor se retiró al desierto y practicó la templanza, ayunando cuarenta días y cuarenta noches; y en memoria de este ayuno, y para que los cristianos imitasen el ejemplo del divino Maestro, consagró la Iglesia el ayuno de la cuaresma, hoy muy suavizado, y que es mirado por todos como de tradición apostólica.

Enseñó Jesucristo que mientras vivía no podían estar tristes los hijos del esposo, porque El estaba con

ellos; pero, les agregó: "vendrán días en que les será quitado el esposo; y entonces **ayunarán**" (Mat. IX, 15). O sea, después de la muerte de Jesucristo la vida de los cristianos, renovados por el Espíritu Santo, debe ser una mortificación continua, sin perjuicio de la prudencia que el mismo Jesucristo recomienda a continuación de esas palabras, en la comparación de los odres y el vino.

El ayuno tiene gran eficacia contra el demonio. Asombrados los discípulos de la facilidad con que Jesucristo libró al joven que estaba poseído de un espíritu sordo y mudo, le preguntaron: "¿Por qué no le pudimos nosotros lanzar? Y les dijo: Esta casta con nada puede salir, sino con **oración y ayuno**" (Marc. IX, 28). El pecado, dice un autor, ha entrado en el mundo por el orgullo y la sensualidad; el ayuno es necesario para triunfar de la sensualidad, y la oración para vencer al orgullo.

El ayuno aplaca la ira del Señor. Cuando el profeta Jonás, mandado por el Señor, anuncia la destrucción de Nínive, ciudad tan grande que, al decir de la Escritura, tenía tres días de camino en circuito, creyeron los Ninivitas en la amenaza del Señor; y todos, inclusos el rey y los magnates, vistieron de cilicio y, cumpliendo una orden del rey, se abstuvieron de comer, se convirtieron de su mala vida, e hicieron penitencia hasta mover al Señor a misericordia (Jon. III).

139. LA HUMILDAD

Y llegamos a la virtud de la **humildad**, que es el cimiento de todas las otras. La humildad nos lleva naturalmente a la oración y a la práctica de las demás virtudes, porque, al darnos la absoluta convicción de nuestra pequeñez e impotencia, nos hace comprender la necesidad de recurrir a Dios, en demanda de auxilio,

y de hacernos agradables a El para que nos proteja en las dificultades de la vida.

Conocer su falta de poder, decía Víctor Hugo, es una fuerza, porque en su impotencia el hombre busca la oración como punto de apoyo. El padre Ravignan llama a la humildad la potencia milagrosa de la debilidad; y Lamartine agrega que la humildad es la palabra más santa del Evangelio y que el que inventó la humillación interior del alma, inventó la única relación posible del alma con Dios.

El profeta Isaías, **anunciando a Jesucristo,** lo caracteriza por la virtud de la humildad, que hizo complacerse a la Divinidad. "He aquí mi siervo, dice, que escojí, mi amado, en quien se agradó mi alma. Pondré mi espíritu sobre él, y anunciará justicia a las gentes. No contenderá, ni voceará, ni oirá ninguno su voz en las plazas. No quebrará la caña que está cascada, ni apagará la tea torcida que humea, hasta que saque a victoria el juicio" (XLII, 1, 2 y 3).

Y, en efecto, Jesucristo se presentó como **modelo de humildad.** Recomendó esta virtud de una manera especialísima, y así como él la practicó en toda su perfección, no temió presentarse como modelo a sus discípulos, dándoles esta regla fundamental: "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis reposo para vuestras almas" (Mat. XI, 29).

Prometió el cielo a los humildes. "Bienaventurados, dijo, los mansos", esto es, los que sufren con humildad las injusticias, que no tienen rencillas ni contiendas con otros por cosas temporales, "porque ellos poseerán la tierra", es decir, la de los vivientes, la de aquella ciudad santa y dichosa, cuyo arquitecto es el mismo Dios (Mat. V, 4).

Enseñó que la humildad es la llave para entrar en el reino de los cielos. Habiéndole preguntado los discípulos ¿quién sería el mayor en el reino de los cie-

los?, llamó a un niño, lo puso en medio de ellos. Y dijo: "En verdad os digo, que si no os volviereis e hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. XVIII, 1, 2, 3 y 4). Quiso el Señor, para reprimir su orgullo y ambición, significar a sus discípulos con la presencia de ese niño inocente, incapaz de odio y descuidado de honores y riquezas, que si querían entrar en el reino de los cielos, habían de ser por voluntad, como dice San Gerónimo, lo que eran los niños por la edad.

Jesucristo nos enseñó que los altos lugares del cielo no se conquistan como los de la tierra, por medio de la ambición; sino, por el contrario, por medio de la humildad. Cuando Santiago y Juan le pidieron que los sentara a su lado en el reino de los cielos, y se suscitó con ese motivo una disputa entre los discípulos sobre primacía, Jesús les dijo: "Bien sabéis que los que tienen la autoridad de mandar a las naciones, las tratan con imperio, y que sus príncipes ejercen sobre ellos un poder absoluto. No debe ser lo mismo entre vosotros, sino que quien quisiere hacerse mayor ha de ser vuestro criado y quien quisiere ser entre vosotros el primero, debe hacerse siervo de todos, porque aun el Hijo del hombre no vino a que lo sirviesen, sino a servir y a dar su vida por la redención de muchos" (Marc. X, 42 a 45).

Varias veces les dijo el Señor que "los postreros en este mundo serán los primeros en el reino de los cielos, y los primeros postreros" (Luc. XIII, Mat. XX).

En la parábola de las bodas, les enseñó a buscar el último lugar, para que cuado vega el que convidó lo haga subir más arriba; porque "cualquiera que se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado" (Luc. XIV).

No reconoció el derecho de creerse superiores y

envanecerse, ni siquiera a los que han hecho cosas buenas y les propuso la semejanza del amo que no se tiene por obligado con el criado que hizo lo que le mandó, y les dió este consejo: "Después que hubiereis hecho todas las cosas que os han mandado, habéis de decir: Somos siervos inútiles; no hemos hecho más que lo que teníamos obligación de hacer" (Luc. XVII, 10).

En la parábola del fariseo y del publicano nos enseña que la humildad justifica y que la soberbia será castigada (Luc. XVIII, 14).

Dió a sus apóstoles el **más hermoso ejemplo** práctico de humildad, lavándoles los pies, después de celebrada la cena pascual, y les explicó lo que había hecho, diciéndoles: "¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, debéis también vosotros lavaros los pies uno al otro; porque ejemplo os he dado para que lo que yo he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también. En verdad, en verdad os digo que no es el siervo más que su amo, ni tampoco el enviado mayor que aquél que lo envió, y añadió: Si comprendéis estas cosas, seréis bienaventurados como las practiquéis" (S. Juan XIII).

En su vida pública **huyó de la vanagloria** cada vez que las turbas querían ensalzarlo o proclamarlo rey, en vista de los milagros que realizaba, como ocurrió después de la curación del leproso en una de las ciudades de Galilea; después de haber curado desde la barquilla a muchos enfermos, cuando hasta los poseídos de espíritus inmundos le gritaban diciendo: "Tú eres el Hijo de Dios"; y en seguida de curar al sordo mudo de la Decápolis. Después de la Transfiguración, ordenó a sus discípulos que a nadie contasen lo que habían visto hasta que hubiese resucitado, y en efecto guardaron el secreto en su pecho.

Premió la humildad del **centurión** romano, que se declaraba indigno de recibirlo en su casa; y la de la **mujer cananea** que se comparaba a los cachorrillos que comen debajo de la mesa de sus amos las migajas que dejan caer los hijos.

140. LA LARGUEZA

La virtud de la **largueza** pide que nos acordemos del prójimo, que pensemos en sus necesidades, y que tengamos el ánimo pronto para socorrerlo y contribuir con nuestros bienes a las obras de misericordia.

La Sagrada Escritura no se cansa de encarecernos la necesidad de la oración, el ayuno, y la limosna, o sea, la piedad, la mortificación, y la caridad. Estas tres obras buenas tan recomendadas, corresponden, según el Catecismo Romano a tres géneros de bienes: los del alma, los del cuerpo, y los que se llaman de fortuna.

Enseñó Jesucristo que el primero de todos los mandamientos de la Ley era amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas; y que el segundo, semejante al primero, era amar al prójimo como a sí mismo, y que en estos dos mandamientos se cifraban toda la Ley y los profetas. Mas aun, lo que caracterizó su doctrina fué la perfección de la ley del amor al prójimo. ''**Un mandamiento nuevo** os doy, dijo a los discípulos, y es que os améis unos a otros; y que del modo que yo os he amado a vosotros, así también os améis recíprocamente''. Y lo llamó **nuevo**, para mostrar que lo debemos tener siempre presente como cosa nueva.

La observancia de este nuevo mandamiento es la **señal distintiva** de los cristianos: ''Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis tal amor unos a otros'' (S. Juan XIII, 34 y 35).

Jesús no se contentó con establecer el precepto general del amor al prójimo, como característico de su doctrina, sino que lo precisó insistiendo repetidas veces en lo relativo a esta virtud de la largueza o generosidad.

En el sermón de la montaña llama **bienaventurados a los misericordiosos**; porque ellos alcanzarán misericordia (Mat V, 7). Esta misericordia no solamente se extiende a la limosna material en ayuda del prójimo, sino también a perdonar a nuestros hermanos, sufriendo con paciencia sus defectos, soportando los unos las cargas de los otros, como dice San Pablo, para cumplir así la ley de Cristo (Gálat. VI, 2).

Nos ordena que demos de nuestros bienes al que necesita. "Dad al que te pidiere; y al que te quiera pedir prestado, no le vuelvas la espalda" (Mat. V, 42). "Dad, y se os dará: buena medida, y apretada, y remecida y colmada darán en vuestro seno. Porque con la misma medida con que midiereis, se os volverá a medir" (Luc. VI, 38).

Y precisa más este mandato de dar limosna, enseñando que, satisfechas nuestras necesidades, **de lo que nos sobra o resta,** debemos dar al prójimo.

'Sobre todo, dijo a los fariseos, dad limosna de lo vuestro que os sobra, y con eso alcanzaréis de Dios que todas las cosas estarán limpias en orden a vosotros" (Luc. XI, 41).

Acerca de la **manera de dar la limosna,** nos enseñó: "Así cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti, como los hipócritas en las sinagogas, y en las calles, para ser honrados de los hombres: En verdad os digo, recibieron su galardón. Mas tú, cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. Para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que ve en lo oculto, te premiará" (Mat. VI, 2, 3 y 4).

Impuso la obligación de dar limosna, en general, a todos los que pueden hacerlo; pero a los que **aspiran a la perfección cristiana,** les exigió más. "Si queréis ser perfecto, dijo al mancebo que lo interrogó, vé, vende cuanto tienes, y dálo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme" (Mat. XIX, 21). El afecto a las riquezas es un estorbo para la perfección cristiana, que exige amar a Dios con todo el corazón, evitar la ocasión de despreciar al prójimo y apartar todo lo que fomente la ambición y el deleite.

Enseñó las **grandes ventajas de la limosna: formarse en el cielo un tesoro** que no se agote jamás. "Vended, si es necesario, lo que poseéis, y dad limosna. Haceos unas bolsas que no se echen a perder, un tesoro en el cielo que jamás se agote, a donde no lleguen los ladrones, ni roe la polilla" (Luc. XII, 33); **granjearse amigos con ella,** para que nos sirvan en la hora de la muerte: "Granjeaos amigos con las riquezas, manantial de iniquidad, para que cuando fallecieres seais recibidos en las moradas eternas" (Luc. XVI, 9).

Nos enseñó también a apreciar la limosna, no por su monto natural, sino por la **recta intención** con que se hace, aunque su monto sea muy pequeño. Estaba una vez sentado frente al arca de las ofrendas y vió cómo la gente echaba dinero en ella, y que muchos ricos echaban grandes cantidades. Vino también una viuda pobre, la cual metió dos pequeñas monedas, que hacen un maravedí; y entonces convocando a sus discípulos les dijo: En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado más en el arca que todos los otros. Por cuanto los demás han echado algo de lo que les sobraba; pero ésta ha dado de su misma pobreza todo lo que tenía, todo su sustento (Marc. XII, 41, 42, 43, y 44).

Elogió especialmente la limosna hecha a **sus discí-**

pulos, en razón de ser tales. "Cualquiera, dijo, que diere de beber a uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca solamente por razón de ser discípulo mío, os doy mi palabra que no perderá su recompensa" (Mat. X, 42).

Pero la mejor recomendación ,y en general de las obras de misericordia con el prójimo, es la declaración que hizo Jesucristo de que la **sentencia irrevocable que expedirá el día del juicio final**, y, decidirá la suerte de todos los hombres, se basará en la consideración de si han hecho o no obras de misericordia, premiando al que las hubiere hecho y castigando al que no hubiere tenido piedad con su prójimo. "Entonces el Rey dirá a los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo; porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era peregrino y me hospedasteis, estando desnudo me cubristeis, enfermo me visitasteis, encarcelado y vinisteis a verme y consolarme. A lo cual los justos le responderán diciendo: Señor ¿cuándo te vimos nosotros hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber?; ¿cuándo te hallamos de peregrino y te hospedamos, desnudo y te vestimos?; ¿o cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a visitarte? Y el Rey, en respuesta, les dirá: En verdad os digo, siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis". A la inversa, echará al fuego eterno a los que estarán a la izquierda por no haber tenido misericordia con el prójimo (Mat. XXV).

Quiere Jesucristo que **despreciemos las riquezas**, en el sentido de que no pongamos en ellas nuestro corazón.

La vida del hombre, dijo, no depende de la abundancia de los bienes que posee (Luc. XII, 15); "No

queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen y donde los ladrones los desentierran y roban'' (Mat. VI, 19).

Y en muchos pasajes del Evangelio habló el Señor de **los peligros que encierran las riquezas**:

En la parábola del sembrador nos dice que los cuidados de este mundo y el embeleso de las riquezas **sofocan la palabra de Dios** y la hacen infructuosa, como las espinas que ahogan el grano sembrado entre ellas (Mat. XIII, 22).

Propuso al joven que quería ser perfecto que vendiera lo que tenía y lo diera a los pobres para tener así un tesoro en el cielo, y al verlo afligido porque tenía muchos bienes, exclamó el Señor: ''¡Oh, **cuán difícilmente los acaudalados entrarán en el reino de Dios.** ¡Ay, hijitos míos, cuán difícil cosa es que los que ponen su confianza en las riquezas entren en el reino de Dios. Más fácil es el pasar un camello por el ojo de una aguja, que no el entrar un rico en el reino de Dios'' (Marc. X, 23, 24 y 25).

En el sermón de la montaña, después de llamar bienaventurados a los que padecen, dijo: ''Mas **¡ay de vosotros los ricos!**, porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo (Luc. VI, 24). Y enseñó que las riquezas eran opuestas a Dios, y que no **podía servirse al mismo tiempo a Dios y a las riquezas**, porque ninguno puede servir a dos señores; porque o tendrá aversión al uno y amor al otro, o si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo (Mat. VI, 24).

141. LA CASTIDAD

La **castidad** fué virtud preferida de Jesucristo. Los que siguen su doctrina la llaman **virtud angelical**, esto es, propia de ángeles, y confiere a los que la guardan durante su vida terrenal, el honor de rodear en

el cielo el trono del Señor, cantando un cántico nuevo y siguiendo al Cordero doquiera que vaya (Apoc. XIV, 4).

Dió ejemplo de esta virtud, eligiendo el estado de virginidad con preferencia a otro, por ser el más santo, el más perfecto, el más apropiado a las funciones divinas de su ministerio y el más conforme a su propósito de desviar a los hombres de los placeres sensuales.

Encarnó en las entrañas purísimas de la Virgen María, tan enamorada de la castidad que desde muy niña había hecho voto de guardarla y que aceptó ser Madre de Dios solo cuando supo, por boca del Angel, que podía serlo sin perder su pureza virginal. Su amigo predilecto fué el discípulo virgen, el Evangelista San Juan, al cual permitió reposar sobre su pecho y oir los latidos de su Corazón Divino.

Antes de que Cristo viniera al mundo, los Libros Santos habían cantado las excelencias de la castidad: "¡Oh cuán bella es la generación casta con esclarecida virtud! Inmortal es su memoria y en honor delante de Dios y de los hombres. Cuando está presente, la imitan, y cuando se ausenta, la echan de menos; y coronada triunfa eternamente, ganando el premio en los combates por la castidad" (Sab. IV, 1 y 2).

Jesucristo nos enseñó el camino para alcanzarla y el honor que ella trae a los hombres delante de Dios.

No es virtud superficial: **ella radica en el fondo mismo del corazón.** Ahí es donde la combaten los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones (Mat. XV, 19).

Allí, en el fondo del corazón está la malicia del adulterio, que comienza con el mal deseo: "Cualquiera que mirare a una mujer con mal deseo hacia ella, ya adulteró en su corazón" (Mat. V, 28).

A los hombres castos les llama limpios de corazón

y les ofrece el premio de ser llamados a ver a Dios: ''Bienaventurados los limpios de corazón; porque ellos verán a Dios' '(Mat. V, 8).

Es una virtud **difícil de guardar**, que sólo se alcanza, mediante la oración y la gracia de Dios. ''No todos son capaces de ésto, dijo el Señor, sino aquéllos a quienes es dado'' (Mat. XIX, 11), esto es, aquellos que humildemente la piden al Señor, que a nadie la niega, pues, no manda cosas imposibles.

La preciosa joya de la castidad, dice el Maestro Juan de Avila, no se da a todos, más que a los que con muchos sudores la alcanzan de Nuestro Señor.

Esta imposibilidad de guardarla con las propias fuerzas la experimentaron, entre otros, Salomón y San Agustín.

San Agustín declara en el libro de sus Confesiones:

''Me imaginaba que se podía vivir en la continencia con las solas fuerzas de la naturaleza, y me sentía demasiado débil. ¡Insensato! ignoraba que nadie puede ser casto, si Vos, oh mi Dios, no le dais la fuerza y la gracia. Esta gracia me la concederéis, si llamo a vuestra puerta gimiendo en lo profundo de mi corazón, y si me abandono a Vos con entera confianza''.

La continencia, dice San Pablo, es un **don de Dios**. A los que no tienen ese don les aconseja que se casen, pues más vale casarse que abrasarse.

Recomendó el Señor la **virginidad**, que es el grado más alto de la castidad, a los que fueran capaces de conservarla. Los que guardan virginidad, dijo, son los que a sí mismo se castraron por amor del reino de los cielos. El que pueda ser capaz, séalo (Mat. XIX, 12).

Estos son, afirma San Agustín, los que queriendo imitar la pureza de los ángeles, se han castrado a sí mismos de una manera espiritual, no en su cuerpo, si-

no en la raíz misma de la concupiscencia, que es el corazón.

Quiere Jesucristo que todos los hombres guarden castidad: de una manera absoluta, los que tienen don de continencia y aspiran a la perfección evangélica; y de una manera relativa, los que prefieren el estado del matrimonio. Pero, en una u otra forma, hay que crucificar la carne para seguir las huellas de Cristo. Los que son de Cristo, dice San Pablo, tienen crucificada su propia carne con los vicios y las pasiones (Gál. V, 24).

Son tan repugnantes los vicios contrarios a esta virtud, que el Apóstol San Pablo recomienda que entre cristianos no se hable de fornicación y de otra especie de impureza, que ni aun se nombre, como corresponde a santos (Efes. V, 3).

Para conservar esta virtud hay que **cuidar el uso de los sentidos**, porque como dice la Escritura "por las ventanas entra en el alma la muerte". "Si tu ojo derecho, dijo el Señor, es para ti una ocasión de pecar, sácale y arrójale fuera de ti; pues mejor te está el perder uno de tus miembros, que no todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Y si es tu mano derecha la que te sirve de escándalo, córtala y tírala lejos de ti; pues mejor te está que perezca uno de tus miembros, que no el que vaya todo tu cuerpo al infierno" (Mat. V, 29 y 30). "Guardaos, dice San Pablo, de tomar vino en exceso, pues en el fondo del vaso está la lujuria". Y en otra parte nos aconseja acomodarnos a lo espiritual, esto es, levantar los pensamientos para seguir al Espíritu de Dios, "porque el hombre animal no puede hacerse capaz de las cosas que son del Espíritu de Dios; pues para él todas son una necedad, y no puede entenderlas, puesto que se han de discernir con una luz espiritual que no tiene" (1 Cor. II, 13 y 14).

Este cuidado de los sentidos debe ir acompañado

de la oración y de la mortificación, porque el demonio de la impureza es de aquellos que solo puede vencerse a fuerza de oración y de ayuno (Marc. IX, 28).

142. LA PACIENCIA

Inseparable del sufrimento prolongado es la virtud de la **paciencia**, que enseña a tolerar calladamente los infortunios y trabajos que por lo general irritan o conmueven nuestra pobre naturaleza. Jesucristo, cuya vida fué un continuo sufrimiento, es el modelo de la más consumada paciencia. Su primera palabra en la cruz, en medio de los horribles dolores, fué para pedir a su Padre que perdonara a los que lo crucificaban, porque no sabían lo que hacían.

Advirtió a sus discípulos que serían odiados de todo el mundo por amor de El; no obstante, les dijo, ni un cabello de vuestra cabeza se perderá. "**Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas**" (Luc. XXI, 17, 18 y 19).

Quería que uniéramos a la mansedumbre, la paciencia: "No hagáis resistencia al agravio; antes si alguno te hiriere en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera armarte pleito para quitarte la túnica, alárgale también la capa; y a quien te forzare a ir cargado mil pasos, vé con él otros dos mil" (Mat. V, 39, 40 y 41).

La paciencia es la que conserva y hace dar fruto sazonado a la palabra de Dios. En la parábola del sembrador nos enseñó que la palabra de Dios que cae en buena tierra denota aquellos que con un corazón bueno y muy sano la oyen, y la conservan con cuidado y "**mediante la paciencia da fruto sazonado**" (Luc. VIII, 15).

El apóstol San Pablo, enseñando la doctrina de Cristo, dice: "es necesaria la paciencia, para que ha-

ciendo la voluntad de Dios, obtengáis la promesa'' (Heb. X, 36). Aconseja: ''Sed sufridos en la tribulación; en la oración continuos'' (Rom. XII, 12). Dice que ''la caridad es sufrida'' (1 Cor. XIII, 4). La tribulación es inevitable; ahora bien: ''la tribulación ejercita la paciencia, la **paciencia sirve a la prueba de nuestra fe,** y la prueba produce la esperanza'' (Rom. V, 3 y 4). Se gloriaba porque sus discípulos tenían paciencia, aguantaban a los imprudentes, a los que los reducían a la esclavitud, a los que los trataban con altanería o les tomaban sus bienes (2 Cor. XI, 18 a 20); y oraba para que sus discípulos tuvieran siempre una perfecta paciencia y longanimidad acompañada de alegría.

El Evangelista San Juan, en su Apocalipsis, dice que el Señor ofreció librar de la tentación al ángel de la Iglesia de Filadelfia, ''ya que has guardado la **doctrina de mi paciencia**''; y hablando de los juicios de Dios, dice que en ellos ''se verá **el fruto de la paciencia** de los santos que guardaron los mandamientos de Dios y la fe de Jesús'' (III, 10; y XIX, 12).

Y el apóstol Santiago enseña que ''la paciencia perfecciona la obra''; y decía a sus hermanos: ''tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador con la esperanza de recoger el precioso fruto de la tierra aguarda con paciencia que Dios envíe las lluvias temprana y tardía. Esperad, pues, también vosotros con paciencia y esforzad vuestros corazones ,porque la venida del Señor está cerca (V, 7 y 8).

143. LA DILIGENCIA

Jesucristo pasó su vida haciendo el bien, dándonos ejemplo de **diligencia** y de vigilancia. ''Vigilad y orad, decía a sus discípulos, ya que no sabéis cuándo

será el tiempo'' (Marc. XIII, 33). Quiere, como decía San Pablo, que no seamos flojos en cumplir con nuestro deber, acordándonos de que es al Señor a quien servimos (Rom. XII, 11).

En cuatro parábolas explicó las ventajas de esa virtud y los daños de la pereza, que es la madre de todos los vicios.

En la parábola **del que sembró cizaña en medio del trigo,** nos dice que mientras los hombres dormían y no vigilaban el campo, llegó un enemigo del padre de familia que había sembrado buena simiente y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué, y estando ya el trigo en hierba y apuntando la espiga se descubrió la cizaña que pretendía ahogar el trigo (Mat. XIII, 24).

En la parábola **de los criados vigilantes,** elogió a los criados que aguardaban despiertos a su amo para abrirle la puerta prontamente, cuando volviera de las bodas y aconsejó a sus discípulos que fueran semejantes a ellos y estuvieran con las ropas ceñidas a la cintura y con las luces en las manos, prontos a servir al Señor (Luc. XII, 35 y 36).

En las **parábolas de las vírgenes,** nos enseña que las vírgenes necias que no se proveyeron de aceite al coger sus lámparas, porque estaban entregadas al sueño, fueron excluídas del cielo; en cambio las prudentes, que habían sido diligentes en proveerse de aceite, fueron admitidas a seguir al Esposo y entraron con El a las bodas (Mat. XXV, 12).

Y en la **parábola de los talentos,** el siervo perezoso que había escondido en la tierra su talento, fué privado de él, reconvenido severamente por el Señor que lo llamó ''siervo malo y perezoso'', y arrojado a las tinieblas exteriores; en cambio fueron premiados los siervos activos que habían hecho fructificar sus talentos.

CAPITULO DECIMO CUARTO

LA ENCARNACION DEL VERBO

144. MISTERIO FUNDAMENTAL DEL CRISTIANISMO

La Encarnación del Verbo Divino es un misterio fundamental, que sirve como de base a la doctrina cristiana, y que participa de todos los demás misterios de nuestra fe. Supone la existencia de la Santísima Trinidad, el hecho de la caída y degradación de la naturaleza humana, y la necesidad de la Redención. Nos dispone también para creer en la presencia real de Jesucristo en la Santa Eucaristía.

Consiste este misterio en la **unión del Verbo Divino con la naturaleza humana,** en la acción divina por la cual el Hijo de Dios se hizo hombre para redimir a la humanidad, como lo expresa el evangelista San Juan con estas breves palabras: **el Verbo se hizo carne.**

La creencia de este misterio es **necesaria** para la salvación eterna. La verdadera fe, como dice San Atanasio, es que creamos y confesemos que Jesucristo es Dios, engendrado de la sustancia de su Padre antes de los siglos, y **hombre,** nacido de la sustancia de su madre en el tiempo. Dios perfecto y hombre perfecto, te-

niendo un alma racional y un cuerpo humano; igual al Padre, según la divinidad, e inferior al Padre, según la humanidad.

Aunque sea Dios y hombre y tenga dos naturalezas, una divina y otra humana, **es un solo Cristo,** una sola persona divina, no por confusión de naturalezas, sino por unidad de persona. Es uno, no porque la divinidad se cambiara en humanidad, sino porque Dios tomó la humanidad y la unió a su divinidad.

Schmitt dice, para aclarar esta doctrina, que una muy bella semejanza puede tomarse del rayo de sol. El rayo de sol es de la misma naturaleza que el Sol, procede del Sol y es tan antiguo como el Sol. Así es el Hijo de Dios: es de la misma naturaleza que el Padre, procede del Padre, y es eterno como el Padre. El rayo de sol desciende hasta la tierra sin dejar por eso al Sol. Cuando el rayo de sol atraviesa un cristal de colores, recibe el color del cristal. ¿Deja entonces por eso de ser rayo de sol?, ¿se ha mudado en tal caso la naturaleza de la luz? No por cierto: sigue siendo rayo de sol, conserva la naturaleza de la luz, y además recibe los colores. Pues así permanece el Hijo de Dios, y añade a su divina naturaleza la naturaleza humana. ¿Son por ventura dos los rayos de luz, uno blanco y otro de color? No, sino un solo rayo. Pues así no hay dos Cristos, sino un solo Cristo. El color no existe por sí, pertenece al rayo de sol, forma con él una sola cosa. De la misma manera la naturaleza humana no existe en Cristo por sí misma, sino pertenece al Hijo de Dios: la divinidad y la humanidad pertenecen a una misma persona. El rayo de luz es tan antiguo como el sol; pero el color no lo recibe hasta que toca al cristal. Así Cristo es eterno en cuanto Dios, pero en cuanto hombre no es eterno; porque no tomó la humanidad hasta que fué concebido en el seno de María Santísima.

El que encarnó fué el **Hijo de Dios,** la segunda persona de la Santísima Trinidad; pero en este misterio intervienen también el Padre, que al decir, de San Juan "amó tanto al mundo que no paró hasta dar a su Hijo Unigénito" (III, 16); y el Espíritu Santo, por cuya obra y gracia fué concebido el Hijo de Dios en las entrañas purísimas de María.

¿Cómo puede explicarse, pregunta el bienaventurado Padre Claret, que una persona divina se encarnase y no las otras dos? Con este símil, responde, podrá aclararse lo que es un misterio inexplicable a la razón humana. Así como de un árbol que tuviera tres ramas puede injertarse una, sin que se injerten las otras dos; del mismo modo pudo encarnarse el Hijo, que es persona distinta, sin que se encarnaran ni el Padre ni el Espíritu Santo.

El **cuerpo de Jesucristo,** agrega, fué formado milagrosamente en el seno de María Santísima. Porque si el primer hombre, Adán, que con su pecado inficionó a todo el género humano, fué formado, no por generación, sino inmediatamente por el mismo Dios, y de la tierra roja y virgen del campo damasceno, como dicen algunos santos Padres, el segundo Adán, Jesucristo, que venía a reparar los males causados por el primero, debía, con más razón, ser obra de Dios exclusivamente, y no por vía de generación, sino de la sangre roja y virgen del castísimo y purísimo corazón de María.

145. MISTERIO DE AMOR Y DE HUMILLACION QUE SOLO UN DIOS PUDO CONCEBIR

Es un misterio **incomprensible,** y, no por eso, menos racional y cierto.

Dice Augusto Nicolás que las objeciones que hace una razón débil a este misterio son precisamente los

motivos que determinan a una razón superior a abrazarlo.

"¿El Cristo, pregunta San Hilario, no es Dios para vosotros, porque eterno, nace; inmutable, crece; impasible, padece; vivo, muere; y muerto, vive; y en todas las cosas confunde a la naturaleza? Pero os ruego me digáis: ¿qué es todo esto, sino ser Omnipotente, es decir, Dios?"

No me preguntes, agrega San Juan Crisóstomo, cómo se verificó esto o cómo pudo verificarse. Donde Dios quiere, se doblega el orden natural: todo se coloca a su voluntad. Quiso y pudo; descendió y salvó: **Voluit, potuit, descendit, salvabit.**

Nos resistimos a creer en la Encarnación, porque ella nos presenta, como dice Chateaubriand, al soberano de los cielos en un pobre establo; al que lanza el rayo, envuelto en pañales; y a Aquél que el universo no es capaz de contener, encerrado en el seno de una mujer.

Es que es un misterio **de amor al hombre,** que excede a toda ponderación, y que sólo un Dios pudo realizar. Cuando San Agustín se apareció a Santa María Magdalena de Pazzis para encenderla en ardientes llamas de amor a Dios, no hizo otra cosa que escribir con letras de oro en el corazón de la Santa las palabras de este misterio: **El Verbo se hizo carne.**

Con este misterio comienza el reinado del amor: Jesucristo no quiso venir al mundo con majestad, como en otro tiempo se mostró Dios sobre el monte Sinaí; sino que para alejar todo temor y atraer suavemente a los hombres, vino como Niño pequeño, manso y humilde, y dispuso que las primeras palabras que pronunciaran los ángeles para anunciar al mundo su nacimiento fueran éstas: **Nolite timere,** es decir, no temáis, porque ya llegó el tiempo del amor.

Tres grados, dice Bossuet, quiso descender el Hi-

jo de Dios de la soberana grandeza hasta la última humildad. Y en efecto, se hace hombre, y por este primer paso se hace inferior a los ángeles, puesto que toma naturaleza menos noble, según lo que dice la Sagrada Escritura: "Le habéis colocado más abajo de los ángeles". Empero esto no es bastante, pues mi Salvador desciende un segundo grado. Si él se ha humillado colocándose en una esfera inferior a la naturaleza angelical, da otro paso que le hace semejante a los pecadores. ¿Y cómo lo hace? El Divino Salvador no toma la naturaleza humana tal como era en su inocencia, es decir, sana, incorruptible e inmortal, sino que la toma en el desgraciado estado a que le había reducido el pecado, expuesta por todas partes a los dolores, a la corrupción y a la muerte. Sin embargo, mi Salvador no se cree bastante humillado. Ya le veis inferior a los ángeles por nuestra naturaleza, e igual a los pecadores por la flaqueza; y ahora dando un tercer paso, va a ponerse bajo sus pies, por decirlo así, abandonándose al desprecio por la miserable condición de su vida y de su nacimiento. He ahí por qué grados desciende de su trono el Dios encarnado... ¡Cuánto deploro la ignorancia de los libertinos cuando dicen que todo lo que se cuenta del Verbo encarnado, es una historia indigna de un Dios!, pero Tertuliano les contesta diciendo: todo lo que es indigno de Dios, es útil para mi salvación, y en el momento que es útil para mi salvación, ya es digno del mismo Dios; porque no hay nada más digno de Dios que ser liberal para con su criatura, y no hay cosa más digna de Dios que salvar al hombre... Porque al fin por mucha indignidad que el hombre impío se imagine en el misterio del Verbo hecho carne, Dios no por eso deja de ser menos grande, y así nos eleva; Dios no se agota, y nos enriquece; cuando Dios se hace hombre, no pierde lo que es, y nos lo comunica; Dios permanece siendo lo que es, y nos lo da; de

ese modo nos da pruebas de su amor, conservando su dignidad; y por consiguiente vemos que si Dios toma nuestra débil naturaleza es para reanimarla y realzarla.

En la obra de la Encarnación y Redención del hombre hay que considerar dos grandes misterios: uno es el **amor** inmenso con que Dios nos amó desde la eternidad, y otro es el **dolor** a que voluntariamente se sujetó Cristo en la tierra, y que no lo abandonó un instante desde su nacimiento hasta su muerte en la Cruz. Estos dos misterios canta un poeta español:

Desde el nacer al morir
no aciento a apreciar, Señor,
si fué más grande tu amor,
o más grande tu sufrir;

pues las lágrimas primeras,
que derramaste al nacer,
nos hicieron comprender
que nos amabas de veras.

Mas los raudales cruentos,
que de tus sienes divinas
brotar hacen las espinas
con indecibles tormentos,

me dicen cuánto excediste,
sufriendo en la Cruz clavado
a lo mucho que han pecado
los mismos que redimiste:

Pero sé también que el que ama
sufre animoso y contento,
pues se calma el sufrimiento
del puro amor en la llama.

... ...

Por eso creo, Señor,
que del nacer al morir
inmenso fué tu sufrir,
pero más grande tu amor.

146. NARRACION EVANGELICA

El **Evangelio** de San Lucas nos relata así el misterio de la Encarnación: "Estando ya Isabel en su sexto mes, envió Dios al ángel Gabriel a Nazaret, ciudad de Galilea, a una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José, y el nombre de la Virgen era María. Y habiendo entrado el ángel a donde ella estaba, le dijo: "Dios te salve ¡oh llena de gracia!, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres". Al oir tales palabras, la Virgen María se turbó, y púsose a considerar lo que signifi-

caría una tal salutación. Mas el ángel le dijo: ¡Oh María, no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Sábete que has de concebir en tu seno y parirás un hijo a quien pondrás por nombre Jesús... Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David y reinará en la casa de Jacob eternamente; y su reino no tendrá fin. Pero María dijo al ángel: ¿Cómo ha de ser eso, pues yo no conozco varón alguno? El ángel, en respuesta, le dijo: El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, por cuya causa el santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios... Y ahí tienes a tu parienta Isabel que en su vejez ha concebido también un hijo; y la que se llamaba estéril, hoy cuenta ya el sexto mes, porque para Dios nada es imposible. Entonces dijo María: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra. Y en seguida el ángel se retiró de su presencia".

Agrega el Evangelio que para alejar los temores de San José, esposo de María, el Señor le reveló este misterio: siendo como era justo, dice y no queriendo José infamar a María, deliberó sobre dejarla secretamente. Y estando él en este pensamiento, he aquí que un ángel del Señor le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no tengas recelo en recibir a María tu esposa, porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo. Así que parirá un hijo a quien pondrás el nombre de Jesús, pues El es el que ha de salvar a su pueblo de sus pecados. Todo lo cual se hizo en cumplimiento de lo que prometió el Señor por el Profeta, que dice: "Sabed que una Virgen concebirá y parirá un Hijo, a quien pondrás por nombre Emmanuel, que traducido significa Dios con nosotros".

147. MATRIMONIO ESPIRITUAL DEL HIJO DE DIOS CON LA HUMANIDAD

La Encarnación, al decir de Santo Tomás de Aquino, fué un **matrimonio espiritual** que el Hijo de Dios quiso contraer con la humanidad. A este efecto, fué solicitado por la Anunciación el consentimiento de la Virgen, **en el sitio y lugar de toda la Naturaleza humana.**

Y este honor lo hizo Dios a toda la humanidad, dando participación en él a los **dos sexos.** Dice Augusto Nicolás que en la caída, el hombre como jefe, tuvo la responsabilidad; pero la mujer había tenido la iniciativa. En la Reparación quiso Dios honrar a los dos sexos, para no desunirlos por medio de una suerte demasiado diferente. Tomó el Hijo de Dios el sexo del hombre, en quien, como en su autor, había caído la raza humana; pero lo tomó de la mujer, por quien el hombre había sido inducido al mal. Y lo tomó de la mujer sola, esto es, de la mujer virgen; de tal suerte, que si el hombre es elevado en **Cristo,** por la unión hipostática, a la gloria incomparable de Hijo de Dios, la mujer es elevada en **María** a la prerrogativa deslumbradora de Madre de Dios. Y así como la mujer había tenido en Eva la iniciativa del primer consentimiento en el mal que arrastró su caída; la mujer tuvo también en María la iniciativa del consentimiento en el misterio de nuestra salvación. En ambas partes, es un **fiat** de su boca lo que deshace y rehace los destinos de la humanidad. Y este gran fiat de la Encarnación no fué para María sola, sino para toda la naturaleza humana, que, por falta de persona humana en el Cristo, no pudo contraer su unión con él sino por medio de la intervención de la Virgen, que fué de esta suerte como la plenipotenciaria de la salvación universal. A pesar de la evidencia de este honor inmenso que

Dios confirió a la humanidad, elevándola hasta sí mismo, no han faltado hombres soberbios que rechazaban la Encarnación, por no adorar a un Hombre Dios. A ellos contestaba San Agustín, diciendo: "Los muy sabios se desdeñan de descender de la altura en que se han colocado, y de tomar a Dios por maestro, porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Así, no les basta a estos desgraciados encontrarse enfermos; necesitan vanagloriarse de su misma enfermedad, y se avergüenzan del método que podría curarlos... Para consentir en esta verdad necesitáis humildad, virtud que es tan difícil de persuadir a vuestras erguidas frentes".

148. ERRORES CONTRA ESTE MISTERIO

Dos naturalezas, dos entendimientos, dos voluntades, unidas en una sola persona divina: he ahí el misterio de la Encarnación del Verbo.

La razón humana, abandonada a sí misma, ha incurrido en muchos errores, con relación a este misterio.

Algunos judíos, mal convertidos a la fe cristiana, creyeron que Jesucristo era un hombre como los demás, aunque revestido de cierta virtud divina cuya influencia le daba un carácter sobrenatural, y negaron su divinidad, compartiendo esa opinión algunos filósofos, como Corinto y sus discípulos. A principios del siglo cuarto Arrio renovó este error, y su doctrina fué condenada expresamente en el Concilio de Nicea.

En el siglo quinto, Nestorio, patriarca de Constantinopla, enemigo de los arrianos y defensor apasionado de la divinidad del Verbo, la creyó rebajada por su unión sustancial con la humanidad, y supuso que no existía sino una unión moral, un concierto de voluntades y de operaciones, de lo cual resultaba que en

Jesucristo había dos personas, y que por lo tanto no era personalmente Dios y la Virgen María no era Madre de Dios, sino de la persona humana. Su doctrina fué condenada en el Concilio de Efeso en 431.

Algunos años después quiso Eutiques combatir la doctrina de Nestorio y fué a caer en el extremo opuesto, pretendiendo que, en virtud de la Encarnación, se habían confundido en Jesucristo las dos naturalezas, y había sido absorbida la naturaleza humana por la divina. El Concilio de Calcedonia condenó en el año 451 la doctrina de los eutiquianos, algunos de los cuales, al abjurar de ella, siguieron creyendo que si las dos naturalezas subsistían distintamente y sin confusión en Jesucristo, por lo menos no tenían ellas sino una sola voluntad y una sola operación. Este error de los **monotelistas** fué condenado en un concilio general de Constantinopla en el año 680.

149. DIOS HECHO HOMBRE FUE EL QUE MURIO EN LA CRUZ

Habiendo en Jesucristo una sola persona divina, el que padeció en la Cruz no fué solamente un hombre, sino el Hijo de Dios hecho hombre.

El obispo de Ancira se expresaba así en el Concilio de Efeso:

"No es un puro hombre al que crucificaron los judíos; no es la sola naturaleza humana, que veían los ojos, lo que aquellos hirieron; sino que Dios mismo, apropiándose las impresiones de la naturaleza que se había unido, fué objeto de su sacrílego atentado. Para haceros esto perceptible, supongamos que un rey otorga por su munificencia un decreto que confiere a una de sus ciudades algún gran privilegio de franquicia; que escribe acerca de él un edicto en pergamino, y que lo envía a esta ciudad. Si acontece que habiendo

sido interceptado este edicto, en el trayecto, por algún rebelde audaz, es rasgado, entonces decidnos ¿qué es lo que habrá sido rasgado? ¿Será el pergamino solo, o también el real edicto? Si es solamente el pergamino el que puede decirse que ha sido rasgado, con poco se podrá satisfacer este atentado. Sin embargo, espera al culpable la pena capital por haber rasgado no solamente el pergamino que contenía el edicto real, sino también este mismo edicto. La palabra imperial insensible en sí misma, es tal que las manos no han podido ajarla ni rasgarla; y sin embargo, es indudable que ha sido rasgada, porque la fragilidad del pergamino y de los caracteres habían llegado a serles propios. Vése, pues, por este ejemplo, cómo puede acontecer que lo que es imposible en sí, sea posible de una violencia por medio de su asociación a una naturaleza pasible. No se venga a decirnos que el judío solo elevó a un hombre en la cruz. Porque este hombre que se veía era el pergamino; pero lo que contenía en los caracteres trazados sobre él era la Palabra real proferida, no por la boca, por la naturaleza misma de su autor. El Verbo, en efecto, única producción del Padre, no es una simple enunciación, sino una Persona substancial y subsistente. En su propia naturaleza divina no pudo padecer nada; pero todos los sufrimientos de su humanidad eran suyos por apropiación.

150. LA ENCARNACION NO ES INDIGNA DE DIOS

Nestorio oponía la grandeza de Dios como incompatible con su encarnación humana, y San Teodoto lo refutaba así en el Concilio de Efeso:

"No opongas siempre los miembros de una Virgen como un oprobio a la Divinidad. Porque, por su naturaleza, nada tienen que no sea digno. Si hubieran

sido indignos y vergonzosos para Dios, no los hubiera formado él mismo con sus divinas manos; porque Dios no crea nada malo; antes por el contrario, no crea nada que no sea excelente. Sí, pues, cuando Dios formó los miembros de la mujer, no creíste que se había rebajado, ¿cómo había de haberse lastimado su dignidad al venir a habitarlos? No puede ser indigno de un Dios habitar su propia obra''.

''Pero insistes, y no te parece decoroso que quien habita en los cielos haya venido a aposentarse en el hombre. Juzgas de esta suerte nuestra naturaleza, no por razón filosófica, sino tan solo por pasión, por preocupación. Ruégote me digas, qué cosa más grande, sin exceptuar el cielo, que el hombre? No te detengas a considerar el esplendor de los elementos; no te seduzca la elegancia de las formas y de los colores que se ostentan en la naturaleza; no te dejes deslumbrar tampoco por la magnificencia de los rayos del sol; no te ofusques en fin, de que, según la palabra de Job, haya sido yo revestido de piel y de carne. Pero considera la excelencia de un alma racional; contempla la constitución moral del hombre, y entonces no podrás menos de admirar este ser divino. Dotado de una inteligencia con que puede dominar a todos los animales, ha recibido manos que sirven a su pensamiento, y con las que, como por medio de instrumentos, verifica toda clase de maravillas. El ha sido el único, entre todos los animales, que ha sido instituído libre de coacción; él es el único que ha sido creado con voluntad libre. ¿No ves al sol que obedece a la necesidad de dar su giro? ¿No observas cómo, siempre constante y semejante a sí mismo, no cesa de rodar en su órbita? ¿Por qué es esto? Porque no es un árbitro de su voluntad. Pero tú avanzas libre y haces lo que quieres. No sufres la menor coacción: el sol es esclavo; el hombre es libre. No hay, pues, nada de sorprendente, ni de

increíble en que haya venido Dios a habitar en el hombre, a quien formó tan a su beneplácito, a su semejanza, declarando con esto, desde el origen, la inclinación que sentía hacia él''.

''Es verdad que para formar su cuerpo se valió de barro; pero hizo su alma a imagen de su divinidad. ¿Y por qué aquél a quien debía decorar con tanto esmero fué formado de tan vil materia? ¿Por qué no tomó del esplendor del sol la materia con que debía erigir a este hombre, sino del polvo, del elemento más ínfimo, del que todo el mundo huella a los pies? ¿Quieres saber por qué? Precisamente porque debía honrar al hombre con su semejanza, le formó de tan vil materia, temiendo que aquel honor tan grande exaltara demasiado su orgullo, y a fin de que su superioridad, encontrando su equilibrio en el recuerdo de su baja extracción, no se envaneciera demasiado y reconociera siempre que no era a su propio mérito, sino a la munificencia de su Autor a lo que debía referir este honor inmenso''.

''Es pues el hombre un noble animal; aunque posteriormente, sobreviniendo las pasiones, haya sido contaminado de ignominia. Pero no le mires después de su ofensa y aprecia su nobleza por lo que era antes de su transgresión; y no encontrarás tan indigno de un Dios bondadoso, que en bien de semejante criatura, se comunicara a ella como lo hizo''.

151. LA SOLUCION DEL PROBLEMA DEL HOMBRE

Este misterio de la Encarnación, seguido del de la Redención del hombre, es el único que explica la contradicción que sentimos dentro de nuestra propia naturaleza, que tiene vislumbres de cielo y bajezas de miseria, que nos hacen vivir en lucha perpetua con

nosotros mismos. Los estoicos hacían del hombre un Dios y los cínicos lo colocaban entre los brutos.

Pascal sacó partido de estas diversas tendencias para demostrar que Jesucristo es su única solución y su único remedio.

"El hombre no sabe, dice, en qué clase colocarse. Hállase visiblemente extraviado, y siente en sí restos de un estado feliz, de que ha caído y que no puede recobrar. Lo busca por doquier con inquietud y sin resultado en las tinieblas impenetrables. Es el origen o fuente de los combates de los filósofos. Y lo más extraño de todo es que cada partido se vale de las razones del otro para fundar sus opiniones; porque la miseria del hombre se deduce de su grandeza y su grandeza se deduce de su miseria... Es miserable, puesto que lo conoce; pero es muy grande puesto que es miserable... ¿Qué quimera es, pues, el hombre? ¿Qué novedad, qué caos, qué objeto de contradicción? Juez de todas las cosas, imbécil gusano; depositario de lo verdadero y cúmulo de incertidumbre; gloria y derecho del universo, si se envanece, yo le rebajo; si se humilla yo le alabo, y le contradigo siempre hasta que comprenda que es un monstruo de contradicción".

Según la apologética de Pascal este caos solo se desembrolla a la luz del Cristianismo.

El hombre decayó de su primitivo estado, y esta decadencia exigía un remedio. El remedio del problema del hombre consiste precisamente en el misterio del Dios hecho hombre, que uniendo en sí las dos naturalezas, la divina y la humana, sacó a los hombres de la corrupción del pecado para reconciliarlos con Dios en su persona divina.

152. LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

Al hablar de la Encarnación del Verbo no pode-

mos prescindir de la Mujer incomparable, que tuvo la dignidad más alta que puede concebir la inteligencia humana: la de ser Madre de Dios.

La Virgen María es la señal anunciada de la Redención del mundo; señal que, desde la caída de nuestros primeros padres, brilló, ante la vista de los hombres, como el faro de las divinas esperanzas.

El profeta Isaías la mostró a la tierra, en estos términos: "El Señor, por sí mismo, os dará un **signo**: una Virgen concebirá y parirá un hijo". Rechazar este signo, dice San Cirilo, es manifestar que Emmanuel, del cual pende toda la esperanza de nuestra salvación, no es verdadero Dios".

El Evangelio nos relata el saludo que Ella recibió del mensajero celestial; que la llamó **llena de gracia**. Esa frase del Evangelio encierra todas las perfecciones de la Virgen: no puede hacerse de Ella un elogio mayor.

San Epifanio, hijo de Palestina, nos ha conservado este retrato: "María, dice, se presentaba en todo llena de reserva y gravedad; hablaba poco, escuchaba atentamente, era muy afable, y honraba y respetaba a cuantos la rodeaban. Su estatura era algo más que mediana, tenía la tez ligeramente dorada, el cabello rubio, los ojos animados, las pupilas muy ovaladas y de color de oliva, las cejas arqueadas y de un negro muy gracioso, la nariz prolongada, los labios rosados y de una dulzura al hablar inefable, el rostro oval, y las manos y los dedos de una longitud más que mediana. Sus trajes eran muy sencillos y del color natural de la tela de que estaban hechos; finalmente, respiraba todo su cuerpo una gracia divina".

"María, dice Donoso Cortés, es una criatura aparte, más bella por sí sola que toda la creación; el hombre no es digno de tocar sus blancas vestiduras, la tierra no es digna de servirla de peana, ni de alfombra

los paños de brocado; su blancura excede a la nieve que se cuaja en las montañas; su rosicler al rosicler de los cielos; su esplendor al esplendor de las estrellas. María es amada de Dios, adorada de los ángeles''.

Y el poeta español, Gabriel y Galán describe su hermosura, diciendo que Dios,

> ''Quiso en un ser, por bello y soberano,
> compendiar la hermosura peregrina
> que vertió en lo divino y en lo humano;
> y con la luz de todas las blancuras;
> con la clave de todas las grandezas;
> con el fuego de todas las ternuras;
> con la esencia de todas las purezas;
> con las mieles de todas las dulzuras
> y las cifras de todas las bellezas,
> grandiosa, exuberante,
> casta, ideal, magnífica, triunfante,
> más sencilla y gentil que las palomas,
> más hermosa que el día,
> más pura que la luz y los aromas,
> más hermosa que el sol... ¡hizo a María!

La Iglesia reconoce a la Santísima Virgen cuatro grandes prerrogativas, que son el fundamento de su santidad y de su gloria, a saber: su **Inmaculada Concepción**; su **Divina Maternidad**; su **perpetua Virginidad**; y su **Asunción gloriosa en cuerpo y alma a los cielos.**

153. LA INMACULADA CONCEPCION DE LA VIRGEN MARIA

Se entiende por estas palabras que la Santísima Virgen María, por un favor especial y en atención a los méritos futuros de su divino Hijo, fué exenta del pecado original desde el primer instante de su exis-

tencia; de manera que su inteligencia no estuvo rodeada de las tinieblas de la ignorancia; su voluntad no experimentó la inclinación al mal, y su corazón no conoció la concupiscencia, es decir, estuvo libre de las miserias que sufren todos los hombres, como consecuencias del pecado de Adán y Eva.

Esta creencia guarda perfecta conformidad con todo lo que nos enseñan respecto de la Virgen María la Escritura Santa y las tradiciones de la Iglesia.

En las primeras páginas del Génesis, después del pecado de Adán y Eva,. vemos que Dios maldijo a la serpiente, .diciéndole: "Enemistades pondré entre ti y la mujer; y entre tu linaje y su linaje: ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás asechanzas a su calcañar".

Para que la enemistad fuera completa entre la serpiente y la mujer anunciada por Dios, debía ésta ser exenta de toda mancha y no estar un solo momento sometida al yugo del pecado. Esa mujer llamada a quebrantar la cabeza de la serpiente era la Santísima Virgen María que, llena de gracia, daría a luz al Hijo de Dios, Salvador del mundo.

El ángel, al saludar a María para anunciarle el misterio de la Encarnación, la llamó **llena de gracia**; y Orígenes dice acerca de esa salutación: "No recuerdo haber encontrado ese término en otra parte de la Sagrada Escritura; esa salutación no ha sido dirigida a ningún hombre; estaba reservada a María sola".

La tradición de la Iglesia Católica fué siempre favorable a la creencia de esta verdad, a pesar de las objeciones que algunos presentaban contra ella.

El año 1304 el Papa Benedicto XI ordenó una disertación pública en la Universidad de París. Duns Scotto, que mereció el dictado de Doctor Sutil, de treinta años de edad, recibió encargo del general de los Franciscanos de representar a la Orden en la disertación y defender la tesis favorable a la Inmacula-

da Concepción, que ellos habían tomado por especial patrona y abogada. Se preparó Scotto con oraciones y ayunos, y encontrando en su camino una imagen de María, la saludó con estas palabras de la liturgia: **Dignare me laudare te, Virgo Sacrata: da mihi virtutem contra hostes tuos.** Permitid, oh Virgen Santísima, que os alabe; y dadme fuerza para vencer a vuestros enemigos.

Se presentaron doscientos argumentos para demostrar que la sentencia pronunciada por Dios contra el género humano alcanzaba también a la Santísima Virgen. Cuando acabaron de exponerse todos los argumentos, Duns Scotto, que los había oído atentamente los repitió y contestó, uno a uno, deshaciéndolos todos con sus razones y elocuencia irresistible. La defensa, que hizo fué admirable y puede condensarse en estas palabras: **Potuit, vóluit, décuit, ergo fecit.** Dios pudo hacerlo; lo quiso; era conveniente; luego lo hizo.

España se distinguió en creer y defender la Concepción de María sin pecado original; sus Reyes solicitaron de la Santa Sede declaraciones en favor de esta verdad; sus teólogos la enseñaron y defendieron; y el pueblo entero manifestaba su fe, saludando a la Virgen con el "Ave María Purísima, sin pecado concebida" que era dicho con la mayor frecuencia, y grabando en las puertas de las casas inscripciones tan fervorosas como ésta:

"Nadie pase este portal
que no jure por su vida
ser María concebida
sin pecado original".

El Papa Pío IX, el 8 de Diciembre de 1854, declaró el dogma de la Inmaculada Concepción, en presencia de más de doscientos obispos, y en medio de un entusiasmo indescriptible.

He aquí el texto de la declaración dogmática: "Declaramos, pronunciamos y definimos, que ha sido revelada por Dios, y debe por lo tanto ser creída firme y constantemente por los fieles todos, la doctrina que sostiene que la Santísima Virgen María, en el primer instante de su concepción, fué preservada de toda mancha de culpa original por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente ,atendidos los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano. En cuya razón, si, lo que Dios no permita, osaran algunos sentir en su corazón contra lo definido por Nos, sepan y entiendan que se condenan por su propio juicio, que sufren naufragio en punto de fe y separándose de la unidad de la Iglesia y que a más en el mismo hecho quedan sujetos a las penas **a jure** establecidas si se atreviesen a manifestar exteriormente de palabra, por escrito, o de otro cualquier modo, lo que abriguen en su interior. A nadie, pues, sea lícito infringir esta página de nuestra declaración, fallo y definición, u oponerse a ella y contrariarla con osadía temeraria. Si alguno presumiere intentarlo, sepa que incurre en la indignación de Dios Omnipotente y de sus bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo".

Una revista española cuenta que preguntado el Papa Pío IX, en el año 1857, por una de las Hermanas del Buen Pastor de Imola, sobre los sentimientos que experimentó al proclamar a María concebida sin mancha original, dijo: "No tuve éxtasis ni visión alguna, pero lo que experimenté al definir aquel dogma es tal, que ninguna lengua humana lo podría expresar. Cuando comencé a publicar el decreto dogmático, sentí que mi voz era impotente para hacerse oir de las cincuenta mil personas que se apiñaban en la Basílica Vaticana; pero cuando llegué a la fórmula de la definición, Dios concedió a la voz de su Vicario tal fuerza y un vigor tan sobrenatural que hizo resonar toda

la Basílica. Y yo quedé tan impresionado con tal socorro divino, que me vi obligado a suspender por un momento la palabra para dar libre desahogo a mis lágrimas. Además, mientras Dios proclamaba el dogma por boca de su Vicario, dió a mi espíritu un conocimiento tan claro y tan grande de la incomparable pureza de la Santísima Virgen, que abismado en la profundidad de este conocimiento, que ninguna lengua podría describir, mi alma quedó inundada de delicias inenarrables que no son de la tierra y que no pueden experimentarse más que en el cielo. Ninguna prosperidad, ningún gozo de este mundo podría dar de aquellas delicias la menor idea; y yo no temo afirmar que el Vicario de Dios tuvo necesidad de una gracia especial para no morir de dulzura bajo la impresión de este conocimiento y de este sentimiento de la belleza incomparable de María Inmaculada''.

Para perpetuar el recuerdo de la proclamación, dispuso Pío IX que un gran artista francés hiciera un cuadro de pintura. Dispuesto el diseño, lo presentó al Papa, manifestándole el gran trabajo que había tenido de agrupar alrededor de la gloria principal que brotaba del trono del Eterno, todas aquellas miríadas de ángeles y santos que componen la Corte celestial. A la primera mirada, el Papa exclama: ¿Y San José? ¿dónde está? El artista, señalando un grupo perdido entre las nubes de la gloria, respondió: Lo pondré aquí. — No, no, replicó Pío IX, y poniendo el dedo al lado de la figura de Jesucristo: Aquí, dijo, y solo aquí lo pondréis, porque en el cielo está aquí, y no en otra parte.

154. MATERNIDAD DIVINA DE MARIA

La madre de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, fué la Santísima Virgen María. El arcángel San Gabriel, al anunciarle el misterio de la Encarna-

ción, le dijo: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por cuya causa **el santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios"** (Luc. I, 35).

María concibió en su casto seno, por obra del Espíritu Santo, a Jesucristo, Hijo único de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre, que reunía en su persona divina las dos naturalezas, la divina y la humana; ella formó, como todas las madres, el cuerpo del Hijo de Dios de su sustancia y de su sangre virginal; lo llevó en su seno purísimo durante nueve meses, y lo dió a luz en el establo de Belén.

Al tratar de esta materia tan importante debemos evitar dos errores: María no dió a luz a la divinidad, la cual existía desde la eternidad, ni tampoco fué madre solamente de la carne del Hombre Dios, pues aunque las madres no engendran el alma, no se dice que ellas solo lo son del cuerpo de sus hijos.

María fué, verdaderamente y con toda propiedad, la Madre del Hijo de Dios, porque concibió y dió a luz un Hombre Dios, es decir, un hombre verdadero, formado de su sustancia y unido personalmente a la divinidad.

Santa Isabel, cuando la Virgen fué a visitarla, proclamó la maternidad divina de María, con estas palabras: "¿Y de dónde esto a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?" (Luc. I, 43); y San Pablo dice expresamente: "El Hijo de Dios fué hecho de la sustancia de la mujer" (Gálat. IV, 4).

El 3.er Concilio ecuménico, celebrado en Efeso, el 22 de Junio del año 431, condenó la herejía de Nestorio que sostenía que María Santísima no debía llamarse Madre de Dios, y definió la fe católica, diciendo: "Si alguno osare negar que Nuestro Señor es verdadero Dios y hombre, y por consiguiente que la Virgen Santísima es **Madre de Dios, anatema sea".** Desde ese

momento la salutación Angélica se completó con esta invocación: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén".

La tradición atribuye esas palabras al Papa San Celestino, el cual también se dice que hizo pintar en los muros de una iglesia un fresco que representaba la sesión habida en la basílica de Santa María en Efeso, en que se proclamó el dogma de la Maternidad Divina de María ante ciento noventa y siete Padres del Concilio.

Esta dignidad incomparable de ser Madre de Dios eleva a María sobre todas las creaturas, no solo sobre los hombres, sino también sobre todos los coros de los ángeles. Ningún serafín, dice San Francisco de Sales, ha podido decir jamás al Salvador del mundo: "Eres mi hijo y como tal os amo"; y el Salvador del mundo no ha podido decir, sino a la Santísima Virgen estas palabras: "Eres mi madre verdadera; y por consiguiente eres toda para mí, como vuestro hijo único; y yo soy todo tuyo como la única creatura a la cual debo mi nacimiento en el tiempo".

La Maternidad Divina de María es un dogma fundamental del Cristianismo. "Tomada la corriente del Cristianismo en cualquier punto de su vida histórica, dice Augusto Nicolás, por muy cerca que sea de las fuentes del Calvario, no encontraremos el Cristianismo completo, sino que es necesario ir más arriba, hay que subir hasta encontrarlo en las entrañas purísimas, virginales de María, porque allí fué donde el Verbo se hizo hombre y tomó nuestra carne, y tomándola y muriendo después en la Cruz, redimió al humano linaje de la ignominiosa esclavitud a que lo redujo la caída del primer hombre".

La simple lectura de los Evangelios nos dice que la Maternidad Divina de María está claramente afir-

mada en ellos; y no son lógicos al negarla los protestantes, que consideran la Biblia como la norma de su fe.

Un sacerdote inglés, hablando de este tema, relató en un Congreso Católico de Lille, el siguiente caso:

"Un niño de seis años de una familia protestante oyó rezar a los católicos el Ave María, oración que le produjo el efecto de una melodía angélica. La aprendió de memoria y en su casa la repitió en alta voz. Su madre, protestante fanática, lo reprendió ásperamente, diciéndole: "No repitas eso: es una superstición de los papistas que quieren hacer de María una Divinidad. Es una pura criatura, una mujer como las demás". El niño calló, aunque el solo recuerdo del Ave María lo inundaba de gozo. Algún tiempo después, hojeando la Biblia, leyó en el Evangelio de San Lucas: "Y el ángel dijo a María: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo", y saltando de gozo corrió adonde estaba su madre llevando el libro abierto en sus manos. Mira, mamá, lo que dice la Biblia: "Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo". Entonces ¿como dice usted que es superstición de los católicos repetir las mismas palabras de la Biblia?... La madre iracunda le quitó el libro y le prohibió repetir esa oración. A los trece años el niño, que ya era capaz de discurrir, se planteó esta cuestión: Los protestantes admiten la Biblia como única regla de sus creencias, y ¿cómo, diciendo tan claramente la Biblia que la Virgen es llena de gracia, no quieren confesar que es la más excelente de todas las criaturas, algo más que una simple mujer? ¡O el Evangelio o el Protestantismo es falso! Siguió leyendo el Evangelio y encontró las palabras del **Magnificat**: Bienaventurada me llamarán todas las generaciones. Entonces su convicción fué inquebrantable, y dijo a su familia: La Virgen es más que una simple mujer; es llena de gracia, Madre de

Jesús, y por consiguiente Madre de Dios. Decís que la Biblia es el fundamento de vuestra fe, y no creéis en lo que la Biblia dice de la Virgen María. He ahí vuestra contradicción. Yo me hago católico''.

155. PERPETUA VIRGINIDAD DE MARIA

María Santísima fué siempre virgen, incomparablemente pura; fué virgen antes del parto, en el parto, y después del parto. Como dice el Catecismo Romano: "al modo que los rayos del sol penetran el cuerpo sólido del vidrio sin quebrarle ni hacerle daño alguno, así, y por modo más alto con infinitas ventajas, salió a luz Jesucristo... sin detrimento alguno de la integridad de su madre''.

En otros términos, la Santísima Virgen, después de haber concebido al Hijo de Dios, por operación del Espíritu Santo y de haberlo dado a luz de una manera milagrosa, permaneció siempre virgen, tal como lo era antes de la concepción y del parto. Esta es una de las grandes glorias de María: reunir en su cabeza, como lo canta la Iglesia, las dos coronas más hermosas que existen: la de la dignidad de la madre y la de la pureza de la virgen. Es la única entre todas las mujeres que reúne los dos títulos de madre y de virgen.

Dice el abate Thiebaud que en las letanías que la Iglesia canta en honor de María la llama **reina de las vírgenes** y que este hermoso título proclama su incomparable hermosura y le asegura la primacía sobre todas las almas puras y virginales. De tal manera es la reina de las vírgenes, que al nombrarla comúnmente se le da el nombre de **Virgen** sin otra denominación, lo que significa que Ella sola es la virgen por excelencia, el tipo, el modelo, la reina de todas las vírgenes.

Es **dogma de fe** que la Madre de Dios fué siempre virgen, así antes de la concepción de Cristo, como en ella, y después de ella. Lo afirma el Credo, lo proclaman a una voz los Padres de la Iglesia y lo han definido los Concilios y el Papa.

El cánon tercero del Concilio de Letrán, reunido en tiempo del Papa Martín I, dice: ''El que se negare a confesar según los Santos Padres, propiamente y conforme a la verdad, que la Santa Madre de Dios, la inmaculada siempre Virgen María... concibió sin cooperación de padre humano, del Espíritu Santo, el Verbo de Dios, el cual era engendrado del Padre antes de todos los siglos y que le dió a luz o parió sin corrupción, perseverando íntegra su virginidad para siempre después del nacimiento del Verbo; sea anatema''.

Y el Papa Paulo IV en su constitución, **Cum quorondum** (año 1555) enumera, entre otras herejías, la de los que dicen ''que nuestro Señor Jesucristo no fué concebido según la carne en el seno de la Santísima y siempre Virgen María, del Espíritu Santo; sino que fué concebida como los demás hombres del linaje de José... o que la misma bienaventurada Virgen María no era verdadera Madre de Dios, o que no conservó siempre su integridad virginal antes de la concepción y nacimiento de Cristo, en su concepción y nacimiento y después de su nacimiento''.

Según los Profetas, el Mesías había de nacer de una virgen.

El Profeta Isaías así lo anuncia: ''Por eso el mismo Señor os dará una señal. He aquí que concebirá una Virgen, y parirá un Hijo, y será llamado su nombre Emmanuel'' (Isaías VIII, 14). San Mateo nos advierte el cumplimiento de esta profecía en la persona de Jesucristo, Dios y hombre verdadero (Mat. I, 22 y 23).

También lo anuncia el profeta Jeremías: ''¿Has-

ta cuándo, dice, estarás desmadejada por las delicias, hija vagabunda?, pues el Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra: **una hembra rodeará al varón**''. Según los Santos Padres el profeta se dirige a la Sinagoga, anunciándole un nuevo portento, un suceso admirable: **una hembra**, una Virgen pura, sin concurso de varón, por obra del Espíritu Santo, rodeará, esto es, llevará y abrazará en su seno **al varón**, esto es, a aquél fuerte y poderoso, a Jesucristo, que aunque aparezca pequeño en su cuerpo, será un varón perfectísimo, lleno de los dones del Espíritu Santo; y quiere el profeta que la Sinagoga se abrace a este Hombre Dios, único que puede darle la salud y la felicidad.

156. ASUNCION GLORIOSA DE MARIA

La Santísima Virgen subió en cuerpo y alma a los cielos, por la virtud de su Divino Hijo, como remate y cumplimiento de todos sus gozos y deseos.

Bajo el título de la Asunción celebramos el día 15 de Agosto, tres fiestas diversas de la Santísima Virgen: una es la de su felicísimo tránsito, cuando su bendita alma, dejando su cuerpo en la tierra, voló al cielo; otra es cuando poco después se juntó y se reunió la misma alma con el cuerpo y con inefable gloria subió al cielo; y la tercera es su coronación por Reina de los ángeles y Señora del universo. La primera se llama el **Tránsito**; la segunda constituye propiamente la **Asunción**, llamada así, porque no subió por su propia virtud, sino por la virtud de su Hijo; y la tercera es la **Coronación**.

Cuando Nuestro Señor Jesucristo subió a los cielos por su propia virtud, dejó por algunos años a la Virgen María en la tierra, para ejemplo de los fieles y consuelo de su naciente Iglesia. Quiso también aparejarle El mismo en el cielo el lugar que había de te-

ner y salir a recibirla, acompañado de toda la corte celestial, para dar la mayor solemnidad a la Coronación de su Santísima Madre, como Reina y Soberana de todo lo criado.

San Anselmo pregunta al Señor: "¿Cómo os sufrió el corazón ¡oh buen Jesús! que volviendo vos al reino de vuestra gloria dejaseis como huérfana en las miserias de este mundo a vuestra sacratísima Madre, y no la llevaseis para que reinara con Vos?" Y el mismo santo responde: "Queríais ir, Señor, delante, para aparejarle en vuestro reino el lugar de gloria que había de tener, para que después, acompañada de toda la corte celestial, con mayor fiesta la salieseis a recibir y con mayor honra la sublimaseis, como convenía que lo hiciese tal Hijo con tal Madre".

Una tradición muy general en Oriente nos dice que siendo la Santísima Virgen de edad avanzada —a los setenta y dos años según se cree— abrasada de amor, y deseosa de ver a su Divino Hijo, le suplicó fervorosamente que la llevara al cielo; y Jesucristo, que oyó sus piadosos ruegos, envió al Arcángel San Gabriel a anunciarle su próxima muerte, trayéndole una palma en señal de la perfecta victoria que había alcanzado del pecado, del demonio y de la misma muerte.

Se acercaba el momento de la muerte. Oyóse entonces, dice San Jerónimo, en el sitio donde la Virgen reposaba, una dulce armonía que fué para los santos Apóstoles el anuncio de que María les dejaba, y redoblando en momento tan supremo sus lágrimas y oraciones, le dijeron: ¡Oh! Vos que sois nuestra madre, no nos dejéis; dadnos vuestra bendición, y no nos abandonéis, porque somos débiles y desgraciados. María volvió hacia ellos sus miradas y les dió su último adiós: Benditos seáis, hijos míos, les dijo: nunca dejaré de pensar en vosotros.

Su testamento fué muy sencillo: no poseía sino dos túnicas y encargó a San Juan Evangelista que las diese a dos vírgenes, pobres como ella, que la habían servido con gran cariño.

El amor a Dios rompió los lazos que la ataban al mundo, y plácidamente se durmió en el Señor.

"Virgen Santísima, dice la Iglesia, en el himno de Vísperas, cuando os llamaron las recompensas celestiales que estaban preparadas para Vos, el amor rompió los lazos que tenían vuestra alma cautiva en la cárcel del cuerpo mortal; pero la muerte, vencida por el fruto de vuestro seno, no puede tener imperio sobre Vos, y no se atreve a retener en las cadenas a la que ha dado al mundo el Autor de la vida".

Sepultaron los apóstoles el cuerpo de la Virgen, envuelto en una limpia sábana y esparcieron flores y suaves olores; pero la fragancia que exhalaba su cuerpo purísimo era tan grande, que ningún otro olor se le podía comparar.

A los tres días de sepultada llegó Santo Tomás, que estaba ausente, y pidió con instancia que se abriese el sepulcro para que él también viese y reverenciase el santo cuerpo de la Madre de Dios. Abierto el sepulcro no se halló en él, sino la sábana en que había sido envuelto el cuerpo de la Virgen, y llenos de gozo tuvieron por cosa cierta que la Reina de los ángeles y Señora nuestra había subido al cielo en cuerpo y alma, por la virtud de su Divino Hijo, a gozar de la presencia de Dios.

El arca viva, que había encerrado el cuerpo del Señor no podía padecer corrupción. De ella dijo el profeta David: "Levantaos, Señor, a vuestro descanso, vos y el arca que santificaste".

"Aquella purísima carne, dice San Agustín, de donde tomó la suya el Hijo de Dios, no puedo creer, ni me atrevo a decir que fuese entregada a los gusa-

nos para que la comiesen... Si Dios en medio de las llamas, no sólo conservó los cuerpos de los tres jóvenes en el horno de Babilonia, sino también sus vestiduras sin quemarse, ¿cómo no había de hacer en su Madre lo que hizo en la vestidura ajena?''

La Iglesia, instruída por los Apóstoles, ha creído siempre que la Virgen María subió en cuerpo y alma al cielo, y esta creencia, aunque todavía no es un artículo de fe, la expresan vagamente en un principio los Padres de los primeros siglos y fué desenvolviéndose cada día más y hoy día reúne los homenajes de Oriente y de Occidente. Hay un gran movimiento en el mundo católico para pedir al Santo Padre la definición dogmática de este misterio, que vendría a coronar las glorias de María. La fiesta de la Asunción fué instituida, según San Bernardo, en tiempo de los mismos Apóstoles, y continuada después por tradición. El emperador Mauricio la hizo celebrar en Grecia el año 583 y Carlomagno hizo lo mismo el año 802, en Francia, donde se cuentan treinta y seis catedrales y seis metropolitanas consagradas en honor de la Asunción. Luis XIII puso la Francia bajo la protección de María y mandó celebrar todos los años la fiesta de la Asunción, en cada iglesia, con una procesión solemne.

San Estanislao de Kostka se distinguió por su amor a este misterio de la Santísima Virgen María, con la cual se entretenía a veces en amorosos coloquios, llamándola ''Madre mía, Madre mía''.

El ocho de Agosto, antevíspera de la fiesta de San Lorenzo mártir, que la suerte le había designado como protector del mes —según la costumbre de la Compañía—, Estanislao, con un fervoroso deseo de imitarlo y, encendido en vivas llamas de amor al Señor y a la Santísima Virgen, se dirigió a su Madre, por medio del santo protector, suplicándole afectuosamente que le sa-

case presto de este destierro para hallarse presente en el cielo en la fiesta de su gloriosa Asunción.

No dudó que obtendría este favor de la Virgen, y dirigiéndose a la iglesia de Santa María la Mayor, dijo a un padre de la Compoñía, con quien hablaba de la fiesta de la Asunción que se acercaba, que le parecía que aquel día debía tener en la patria celestial como un nuevo paraíso a causa de la gloria de la Madre de Dios, coronada Reina del cielo y de los Angeles. ''Y si es verdad, añadió, como lo creo firmemente, que la misma solemnidad se renueva todos los años, espero asistir a la primera que se celebre''.

La víspera de San Lorenzo salió al refectorio con pública disciplina, y de rodillas dijo sus faltas y besó los pies a todos y comió en el suelo, pidiendo de limosna la comida y la bebida, y de allí se fué a servir a la cocina y meditó allí con tanta vehemencia, que le dió un desmayo y fué necesario llevarlo a la cama. Esa misma noche le acometió la fiebre, y aunque al principio poco violenta, se persuadió de que su ruego había sido oído y decía: ''No volveré a levantarme'' y dirigiéndose al Padre Aquaviva, que estaba a su lado, le dijo: ''Padre, creo que San Lorenzo me ha alcanzado de la Virgen Santísima la gracia de asistir en el cielo a la fiesta de su Asunción''.

El catorce de Agosto anunció a uno de los religiosos que no existiría ya a la noche siguiente: ''¡Ah hermano, respondió éste, mayor milagro será veros morir de aquí a entonces, que hallaros completamente restablecido''. A medianoche cambió súbitamente el estado del enfermo, le sobrevino un sudor frío y le faltaron las fuerzas. Suplicó que lo acostasen en el suelo para morir como penitente y allí se confesó de nuevo y recibió el Santo Viático y la Extrema unción, no cesando de besar y estrechar contra su corazón una imagen de su Madre. Tenía el rosario en su mano, y como le

preguntaran de qué le servía, cuando ya no podía rezarlo, contestó: "Me sirve de consuelo, porque es cosa de mi Madre".

Pidió que le rezaran la letanía de los santos y durante el rezo le apareció la Santísima Virgen, con la cual habló regaladamente un rato, como pudieron advertirlo los circunstantes; y con suave silencio entregó su espíritu al Señor, en la madrugada del 15 de Agosto, para celebrar en el cielo, como lo había solicitado, la fiesta de la Asunción de su Santísima Madre.

CAPITULO DECIMO QUINTO

DE LA PASION Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

157. LA PASION Y MUERTE DE JESUCRISTO DEBEN SER EL OBJETO DE NUESTRA FRECUENTE MEDITACION

Jesucristo con su Pasión y Muerte, nos redimió del pecado y de la esclavitud del demonio, y nos abrió las puertas del cielo.

"Tenemos la esperanza, dice San Pablo, de entrar en el santuario (es decir en la casa de Dios), por la sangre de Cristo, con la cual nos abrió camino nuevo y de vida" (Heb. X, 19 y 20).

El amor de Jesucristo a los hombres, manifestado principalmente en la Pasión y Muerte que por nosotros sufrió, es lo más grande que puede concebirse: porque, como dice el evangelista San Juan, "nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos (III, 16).

San Paulino, obispo de Nola, no teniendo cosa alguna que dar a una pobre viuda que le pedía una limosna para rescatar a un hijo que tenía en Africa en poder del yerno del rey de los vándalos, le pidió que lo tomase a él y lo entregase al yerno, al cual de buena gana serviría, en cambio de su hijo. Así se

hizo, y obtuvo el santo la libertad del hijo de la viuda. San Gregorio, papa, elogia el heroísmo de San Paulino.

Nuestro Señor Jesucristo dió, no sólo su libertad, sino su vida, para salvar a los mismos que lo habían ofendido, y que le causaban la muerte.

Ese acto de amor infinito de un Dios debe ser el objeto constante de nuestros pensamientos.

"Medita muchas veces, dice el Catecismo Romano, la dolorosísima pasión y muerte de Jesús y no olvides jamás que El entregó su vida por tu amor".

La meditación de la Pasión nos une a Jesucristo y nos recuerda su amor y sus dolores; es una verdadera comunión espiritual. "Tantas veces, dice la Imitación de Cristo, comulga el hombre secretamente y es recreado invisiblemente, cuantas se acuerda devotamente del misterio de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo y de su preciosísima Pasión y se enciende en su amor".

Santa Brígida nos refiere de una revelación en que Nuestro Señor se quejó de que la impiedad y el orgullo habían levantado la cabeza en el mundo y en cambio se había echado al olvido en cierto modo su Pasión, de la cual apenas se ocupaban los hombres.

Padeció Jesucristo por nosotros dolores acerbísimos, tanto en el cuerpo como en el alma y ésta sintió los tormentos como si no estuviera unida a la divinidad, según la expresión del Catecismo Romano. Los padeció **toda su vida**, porque desde el primer instante tuvo presentes ante los ojos del alma los padecimientos que después había de sufrir, acompañados de todas sus circunstancias.

Padeció la muerte **libremente**, ofreciéndose El mismo en sacrificio, por el inmenso amor que nos tenía. "Fué ofrecido, dice Isaías, porque El mismo lo quiso" (LIII, 7) y San Pablo dice "vivo en la fe del Hijo de

Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí'' (Gál. II, 20).

El mismo apóstol afirma que ''Cristo murió **por todos**'' (2 Cor. V, 15), para salvarnos a todos.

Desgraciadamente no se salvan todos, porque muchos no quieren poner de su parte los medios necesarios, y esa cooperación personal de nuestra voluntad la exige Dios, como un respeto a la libertad humana. ''Dios que te crió sin ti, dice San Agustín, no te salva sin ti''.

Los sufrimientos espantosos y la muerte de Jesucristo en la Cruz, ofrecidos a la justicia divina para que no castigara los pecados de los hombres, nos dicen cuánta es la gravedad y fealdad del pecado a los ojos de Dios.

Para hacernos comprender esa gravedad, San Vicente Ferrer nos refiere la siguiente parábola:

''En cierta ocasión llegaron a una ciudad tres ladrones con la idea de hacer allí sus robos. A la entrada de la ciudad había una horca, y de ella pendía el cadáver de un hombre ricamente vestido. Habiendo preguntado los ladrones quién había sido aquel hombre, les respondieron que era el hijo del hombre más principal y juez de la ciudad. ''Muy cruel debe ser este juez, o muy malo sería su hijo'', añadieron los ladrones. ''Al contrario'', les respondieron. ''El padre es el mejor y el más bondadoso de los padres, y el hijo el más santo e inocente de los hijos''. Un siervo del juez había cometido un robo, por el cual fué encarcelado y condenado a muerte. Pero el hijo del juez, compadecido de aquel infeliz siervo, se ofreció por él a su padre, para pagar por él y satisfacer su culpa. Con esto el siervo culpable consiguió la libertad, y el justo juez mandó llevar al suplicio a su propio hijo. Entonces dijeron entre sí los ladrones: ''En esta ciudad no debemos cometer ningún robo; porque si el

juez ha castigado tan severamente en su propio hijo un robo cometido por otro, ¡cómo nos castigaría a nosotros!''

Si Jesucristo dió su vida por nosotros, la gratitud exige que le consagremos nuestra vida, esto es, que vivamos solo por Aquél que murió por nosotros.

La mujer de un rey pagano nos da una hermosa lección de gratitud, que debemos imitar. Refiere la historia que Tigranés rey de Armenia, fué despojado del reino y reducido a prisión, juntamente con su esposa, por Ciro rey de Persia. Una vez le preguntó Ciro, qué pensaba dar como rescate por la libertad de su esposa. A lo que contestó Tigranés: ''Si tuviera mi reino, podría ofrecerlo por su libertad; como no lo tengo, estoy dispuesto a dar mi vida por ella''. Conmovido Ciro con esta respuesta que le demostró el gran amor que tenía el rey a su esposa, devolvió a ambos la libertad y el reino. Cuando después preguntó Tigranés a su esposa qué opinión le merecían Ciro y su corte, dió ella esta hermosísima respuesta: ''Desde mi cautiverio no he pensado en otra cosa que en aquél que estaba dispuesto a dar su propia vida para rescatarme''.

Jesús no sólo ofreció, sino que dió su vida por nosotros y, por nuestro propio bien, quiere que recordemos su Pasión. Sería muy grande nuestra ingratitud si nos olvidáramos de pensar en ella.

Seis cosas, dice Fray Luis de Granada, que han de meditarse en la Pasión de Jesucristo: **la grandeza de sus dolores** para compadecernos de ellos; dolores que fueron los mayores del mundo, así por la delicadeza de su cuerpo como por la fuerza de su amor y por padecer sin ninguna manera de consolación;

la gravedad de nuestros pecados, que los causaron, para aborrecerlos y sacar de aquí motivos de dolor,

considerando que ellos fueron la causa de que él padeciese tantos y tan graves dolores;

la inmensidad del beneficio que nos hizo, para agradecerlo debidamente, pensando en que nos redimió tan copiosamente, con tanta costa suya y tanto provecho nuestro;

la excelencia de la divina bondad y caridad que allí se descubre, para amarla;

la conveniencia del misterio, para maravillarnos de la sabiduría de Aquél que la ordenó y el medio que Dios tomó para curar nuestra miseria; esto es, para satisfacer por nuestras deudas, para socorrer a nuestras necesidades, para merecernos su gracia, y humillar nuestra soberbia, e inducirnos al menosprecio del mundo, al amor de la cruz, de la pobreza, de la aspereza, de las injurias y de todos los otros virtuosos y honestos trabajos; y

la muchedumbre de las virtudes de Cristo que allí resplandecen, para imitar algo de ellas, poniendo los ojos en su mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, pobreza, aspereza, caridad, humildad y benignidad, a fin de que no tengamos ocioso el espíritu y caminemos a él por él.

158. LA CRUZ EN QUE PADECIO Y MURIO NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Dice el Prefacio de la Pasión que Dios ordenó la salvación del género humano en el **árbol de la Cruz,** para que de donde salió la muerte de allí renaciese la vida y el que en un árbol venció fuese también en un árbol vencido.

Este misterio de la muerte del Hijo de Dios en el árbol de la Cruz había sido presentido por los judíos, como señal de futura redención. Jacob cruzó sus bra-

zos para implorar las bendiciones del cielo en favor de los hijos de José, colocando su mano derecha sobre la cabeza del que estaba a la izquierda y su mano izquierda sobre la del que tenía a su derecha; actitud misteriosa que indicaba, según afirma Tertuliano que de la cruz vendrían las bendiciones del cielo. Cuando los israelitas entraron en batalla con los amalecitas, Moisés subió a un monte y extendiendo sus brazos en cruz, hizo oración para que el Altísimo les diera la victoria. La serpiente de bronce atada en la cruz en el desierto era un símbolo expresivo de este misterio. Y en el templo de Jerusalén, cuando el sacerdote elevaba la víctima del sacrificio, la llevaba de oriente a occidente, en la misma forma de cruz en que hoy se bendice al pueblo.

La cruz era, según la legislación de los judíos, señal de ignominia y de maldición. "Cuando un hombre, dice el Deuteronomio, cometiere delito de muerte, y sentenciado a morir fuere colgado en un patíbulo, no permanecerá colgado su cadáver en el madero; sino que dentro del mismo día será sepultado; **porque es maldito de Dios el que está colgado del madero**; y tú por ningún acontecimiento has de manchar tu tierra, cuya posesión el Señor tu Dios te hubiere dado" (XXI, 22 y 23).

El suplicio de la cruz era tan infamante que, según dice Suetonio, César que había jurado crucificar a unos piratas, cuando los tuvo en su poder, quiso ahorrarles ese suplicio y ordenó que los estrangulasen en lugar de crucificarlos.

Pues bien, para redimirnos de la maldición de la ley, Cristo se hizo por nosotros objeto de maldición. "Cristo, dice San Pablo, nos redimió de la maldición de la ley, habiéndose hecho por nosotros objeto de maldición; pues está escrito: Maldito todo aquél que es colgado de un madero" (Gálat. III, 13).

Después que Jesucristo se abrazó con la Cruz, dejó de ser objeto de maldición, y pasó a ser señal de redención, de triunfo, de honor, de bendición, y de perdón.

"**In hoc signo vinces**". "Con esta señal vencerás". Estas palabras leyó Constantino en el cielo, al pie de una cruz luminosa, como anuncio de sus futuros destinos y del cambio que el mundo iba a experimentar, y adoptó como lábaro imperial la santa enseña de la redención.

La cruz adorna ahora los palacios, las iglesias y los hogares, y da su nombre a los emblemas destinados a honrar a los grandes servidores públicos.

Las más altas autoridades reclaman el honor de conducir la cruz. En una solemne festividad religiosa y patriótica celebrada en la ciudad de Quito, el sacerdote que predicaba en la iglesia Catedral, al final de su sermón, anunció que se iba a colocar una cruz en las puertas de la ciudad, como símbolo de la fe del pueblo ecuatoriano; y pidió que la cruz fuera conducida en procesión por algunas personas de buena voluntad. El presidente de la República, Dn. Gabriel García Moreno, descendió el primero de su tribuna e, invitando a los ministros que lo acompañaban, reclamó para sí tan alto honor de llevar a sus espaldas tan preciosa carga.

Nuestro Señor anunció su triunfo en la cruz y la poderosa virtud de este símbolo de la fe. "Ahora, dijo, será lanzado fuera el príncipe de este mundo. Y cuando yo fuere alzado de la tierra todo lo atraeré a mí mismo" (S. Juan XII, 31 y 32). O sea, ha llegado el momento de que el demonio sea vencido y arrojado de su trono, mediante mi sangre, que será el precio de la paz y libertad humanas; y una vez que yo sea elevado sobre la Cruz, arrastraré y llevaré a mí, tanto a los judíos como a los gentiles, y reinará la paz.

La Cruz es el lugar de nuestro refugio, de nuestro descanso y consuelo en las luchas de esta vida.

¡Lugar en verdad bien extraño de reposo! exclama el Padre Faber. Y, sin embargo, hace ya diez y nueve siglos que allí van los tristes de la tierra en busca de la paz que no puede darles el mundo; allí se han secado lágrimas cuya fuente parecía inagotable; allí han recobrado amor a la vida corazones que anhelaban morir; allí la viuda inconsolable ha logrado mejor esposo, las madres han robado al sepulcro los hijos que él les quitara, y los huérfanos han vuelto a los brazos de su perdida madre. Millares de almas han averiguado allí cuán santamente bello es el padecer, pues que les descubre el rostro de Dios.

¡Misterio insondable! dice Gabino Tejado!... ¿Cómo el pie de un suplicio puede ser lugar de descanso? ¿Cómo el dolor puede ser condición necesaria del supremo gozo y camino único abierto a los hombres para la eterna felicidad?.... ¡Paradoja sublime, que con razón tendríamos por demencia, si la misma eterna sabiduría no nos la hubiese propuesto en aquella asombrosa cláusula: ¡Bienaventurados los que lloran!

La cruz es símbolo del perdón. Pendiente de ella, Jesucristo nos dió el ejemplo de perdonar a los verdugos que lo crucificaban.

San Juan Gualberto se convirtió de la vanidad del mundo a la perfección evangélica por haber perdonado a un enemigo de su padre, en consideración a la Pasión del Salvador.

Su padre, nacido en Florencia de noble familia, era un valiente y bravo soldado, y, conforme a una costumbre bárbara del siglo once, buscaba al asesino de un pariente suyo para matarlo, y vengar así la afrenta sufrida. El lo seguía en estos pasos, abrigando los mismos propósitos que su padre. Un día de viernes santo, yendo a Florencia, bien armado y acompañado

de un criado, bien armado también, encontró al enemigo de su padre, en el camino, desarmado, y en un paso tan estrecho que no podía huir ni escapar. La vista del enemigo de su padre encendió su cólera y echó mano de la espada, dispuesto a atravesar el corazón del asesino; pero el pobre hombre culpable se echó a sus pies con gran humildad y le pidió que le perdonase la vida, en consideración a la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, cuya memoria se celebraba ese día.

El recuerdo de Jesucristo que, moribundo en la Cruz perdonó a sus verdugos y oró por ellos, conmovió el corazón de Juan Gualberto, que levantó del suelo a su enemigo y le dió la mano, diciéndole: ''No podría negarte lo que me has pedido en nombre de Jesucristo; no solamente te otorgo la vida sino mi amistad y te ruego pidas a Dios que perdone mis pecados''. Se abrazaron y siguieron juntos el camino, dirigiéndose Juan Gualberto a la abadía de San Miniato, donde se arrojó a los pies del Crucifijo, lleno de fe y de confianza, diciéndole: ''Señor, he hecho lo que me habéis ordenado; he perdonado; perdonadme ahora a mí''. El crucifijo inclinó la cabeza a Juan, como agradeciéndole el servicio que le había hecho al perdonar a su enemigo, en recuerdo de su Pasión; y Juan Gualberto, confundido por tanto beneficio, resolvió abandonar el mundo y consagrarse al servicio del Señor, vistiendo el hábito de San Benito.

159. HUMILLACIONES Y DOLORES QUE SUFRIO NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Para meditar la Pasión hay que seguir ordenadamente la historia de cada una de las humillaciones y dolores que sufrió Nuestro Señor.

La meditación de los dolores y oprobios que sufrió Nuestro Señor servirá para que soportemos con pacien-

cia nuestras tribulaciones, tan inferiores a las que padeció Jesucristo por amor nuestro.

Un día que San Francisco de Asís sufría agudos dolores, le dijo uno de sus compañeros: Amado Padre, rogad al Señor que aligere un poco vuestro tormento. Y el Santo le contestó: si no te excusase tu simplicidad, debía quejarme de lo que has dicho, ¿has olvidado los dolores que padeció Jesús? ¿qué son los nuestros en comparación de los del Redentor?

Veamos esos pasos dolorosos de Jesucristo, tomados de los diversos Evangelios, por el orden en que ocurrieron.

160. LOS PRINCIPES DE LOS SACERDOTES TRAMAN LA MUERTE DE JESUS. — TRAICION DE JUDAS

"Acercábase ya la fiesta de los Azimos, que es la que se llama Pascua, y los príncipes de los sacerdotes y los escribas andaban trazando el modo de dar la muerte a Jesús: mas temían al pueblo. Entretanto Satanás se apoderó de Judas, por sobrenombre **Iscariote**, uno de los doce Apóstoles; el cual se fué a tratar con los príncipes de los sacerdotes y con los prefectos, acerca de la manera de ponerle en sus manos. Ellos se holgaron, y concertáronse con él en cierta suma de dinero. Obligóse Judas; y buscaba oportunidad para entregarle sin tumulto" (Luc. XXII, 1 a 6).

161. JESUS LAVA LOS PIES A SUS DISCIPULOS

"Jesús... levantóse de la mesa, y quitóse sus vestidos; y habiendo tomado una toalla, se la ciñó. Echó después agua en un lebrillo, y púsose a lavar los pies de los discípulos, y a limpiárselos con la toalla que se había ceñido. Vino, pues, a Simón Pedro, y Pedro le

dijo: ¡Señor! ¿tú lavarme a mí los pies? Respondióle Jesús, y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás después. Díjole Pedro: Jamás por jamás no me lavarás tú a mí los pies. Respondióle Jesús: Si yo no te lavare, no tendrás parte conmigo. Díjole Simón Pedro: Señor, no solamente los pies, sino las manos también y la cabeza. Jesús le dijo: El que acaba de lavarse, no necesita lavarse más que los pies, estando como está limpio. Y en cuanto a vosotros, limpios estáis, bien que no todos. Que como sabía quien era el que le había de hacer traición, por eso dijo: No todos estáis limpios. Después, en fin, que les hubo lavado los pies, tomó otra vez su vestido, y puesto de nuevo a la mesa, díjoles: ¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y decís bien, porque lo soy, pues si yo que soy el Maestro y Señor, os he lavado los pies; debéis también vosotros lavaros los pies unos a otros. Porque ejemplo os he dado, para que lo que yo he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también. En verdad, en verdad os digo, que no es el siervo más que su amo; ni tampoco el enviado mayor que aquél que le envió. Y añadió: Si comprendéis estas cosas, seréis bienaventurados si las practicáis'' (San Juan XIII 4 a 17).

162.—MARIA MAGDALENA PERFUMA LOS PIES DEL SEÑOR

''Seis días antes de la Pascua, volvió Jesús a Betania, donde había muerto Lázaro, a quien Jesús resucitó. Aquí le dispusieron una cena: Marta servía y Lázaro era uno de los que estaban a la mesa con él. Y María tomó una libra de unguento de nardo puro y de gran precio, y derramólo sobre los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos: y se llenó la casa de la

fragancia del perfume. Por lo cual Judas Iscariote, uno de sus discípulos, aquel que le había de entregar, dijo: ¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios, para limosnas de los pobres? Esto dijo, no porque el pasase algún cuidado por los pobres; sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, llevaba el dinero que se echaba en ella. Pero Jesús respondió: Dejadla que lo emplee para honrar de antemano el día de mi sepultura. Pues en cuanto a los pobres los tendréis siempre con vosotros; pero a mí no me tendréis siempre'' (S. Juan XII, 1 a 8).

163. ULTIMA CENA DEL SEÑOR. — ANUNCIA LA TRAICION DE JUDAS

''Llegó entretanto el día de los Azimos, en el cual era necesario sacrificar el cordero pascual. Jesús, pues, envió a Pedro y a Juan, diciéndoles: Id a prepararos lo necesario para celebrar la pascua. Dijeron ellos: ¿Dónde quieres que lo dispongamos? Respondióles: Así que entréis en la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro con agua: seguidle hasta la casa en que entre, y diréis al padre de familias de ella: El Maestro te envía a decir: ¿Dónde está la pieza en que yo he de comer el cordero pascual con mis discípulos? Y él os enseñará, en lo alto de la casa, una sala grande y bien aderezada; preparad allí lo necesario. Idos que fueron, lo hallaron todo como les había dicho, y dispusieron la Pascua'' (Lucas XXII, 7 a 13).

Estando en la mesa de la Cena, dijo el Señor a sus discípulos: ''Yo conozco a los que tengo escogidos: mas ha de cumplirse la Escritura, que dice: Uno que come el pan conmigo, levantará contra mí su calcañar. Os lo digo desde ahora, antes que suceda: para que cuando sucediere, me reconozcáis por lo que soy, esto es, por el Mesías. En verdad, en verdad os digo, que

quien recibe al que yo enviare, a mí me recibe; y quien a mí me recibe, recibe a aquél que me ha enviado. Habiendo dicho Jesús estas cosas, se turbó en su corazón, y abiertamente declaró, y dijo: En verdad, en verdad os digo: Que uno de vosotros me hará traición. Al oir esto los discípulos horrorizados, mirábanse unos a otros, dudando de quién hablaría. Estaba uno de ellos, al cual Jesús amaba, recostado a la mesa con la cabeza reclinada sobre el seno de Jesús. A este discípulo, pues, Simón Pedro le hizo una seña, diciéndole: ¿Quién es ése de quien habla? El, entonces, recostándose más sobre el pecho de Jesús, le dijo: Señor ¿quién es? Jesús le respondió: Es aquél a quien yo ahora daré pan mojado. Y habiendo mojado un pedazo de pan, se lo dió a Judas, hijo de Simón Iscariote. Y después que tomó este bocado, se apoderó de él Satanás plenamente. Y Jesús le dijo: Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes. Pero ninguno de los que estaban a la mesa, entendió a qué fin se lo dijo. Porque como Judas tenía la bolsa, pensaban algunos que Jesús le hubiese dicho: Compra lo que necesitemos para la fiesta; o que diese algo a los pobres. El luego que tomó el bocado, se salió; y era ya de noche. Salido que hubo Judas, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios glorificado en él'' (S. Juan XIII, 18 a 31).

164. INSTITUCION DE LA EUCARISTIA

''Llegada la hora de la Cena, púsose a la mesa con los doce Apóstoles, y les dijo: Ardientemente he deseado comer este cordero pascual y celebrar esta Pascua con vosotros, antes de mi pasión. Porque yo os digo, que ya no la comeré otra vez, hasta que tenga su cumplimiento en el reino de Dios'' (Luc. XXII, 14, 15 y 16).

''Mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, y

lo bendijo, y partió y dióselo a sus discípulos, diciendo: Tomad, y comed: éste es mi cuerpo. Y tomando el cáliz dió gracias, lo bendijo,y dióselo, diciendo: Bebed todos de él. Porque ésta es mi sangre, que será el sello del nuevo testamento, la cual será derramada por muchos, para remisión de los pecados. Yo os declaro que no beberé ya más, desde ahora, de este fruto de la vid, hasta el día en que beba con vosotros del nuevo cáliz de delicias en el reino de mi Padre'' (Mat. XXVI, 26 a 29).

Después dió a los apóstoles, la facultad de consagrar el cuerpo y sangre de Nuestro Señor, diciéndoles: ''haced esto en memoria mía'' (Luc. XXII, 19).

165. EL SEÑOR ANUNCIA LA NEGACION DE PEDRO

Terminada la cena, ''Y dicho el himno de acción de gracias salieron hacia el monte de los Olivos. Entonces —es decir, antes de partir— díceles Jesús: Todos vosotros padeceréis escándalo por ocasión de mí esta noche, y me abandonaréis. Por cuanto está escrito: Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño. Mas en resucitando yo iré delante de vosotros a Galilea, donde volveré a reuniros'' (Mat. XXVI, 30 a 32). ''Dijo también el Señor: Simón, Simón, mira que Satanás va tras de ti para zarandearte, como el trigo cuando se criba: mas yo he rogado por ti, a fin de que tu fe no perezca; y tú cuando te conviertas y arrepientas, confirma en ella a tus hermanos'' (Luc. XXII, 31 y 32).

''Pedro, respondiendo, le dijo: Aun cuando todos se escandalizaren por tu causa, nunca jamás me escandalizaré yo ni te abandonaré. Replicóle Jesús: Pues yo te aseguro con toda verdad, que esta misma noche, antes que cante el gallo, me negarás tres veces. A lo

que contestó Pedro: Aunque me sea forzoso el morir contigo, yo no te negaré. Eso mismo protestaron todos los discípulos'' (Mat. XXVI, 33, 34 y 35).

166. ANUNCIA LA PROXIMIDAD DE SU PASION Y MUERTE

Para consolar a sus discípulos y avisarles que debían prepararse para grandes tribulaciones, les dijo:

''En aquel tiempo en que os envié sin bolsillo, sin alforja y sin zapatos, ¿por ventura os faltó alguna cosa? Y ellos respondieron: Nada. Pues ahora, prosiguió Jesús, el que tiene bolsillo, llévele, y también alforja; y el que no tiene espada, venda su túnica y cómprela. Porque yo os digo, que es necesario que se cumpla en mí todavía esto que está escrito: El ha sido contado y sentenciado entre los malhechores'' (Is. LIII, 12). **Lo cual sucederá luego**; pues las cosas que de mí fueron prenunciadas, están a punto de cumplirse. Ellos salieron con decir: Señor, he aquí dos espadas. Pero Jesús, cortando la conversación, les respondió: Basta'' (Luc. XXII, 35 a 38).

167. LA ORACION EN EL HUERTO DE LOS OLIVOS

''Entretanto llegó Jesús con ellos (los discípulos) a una granja llamada Getsemaní (donde acostumbraba orar con sus discípulos, y les dijo: Sentaos aquí, mientras yo voy más allá, y hago oración. Y llevándose consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, empezó a entristecerse y angustiarse. Entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte: aguardad aquí y velad conmigo. Y adelantándose algunos pasos, se postró poniendo su divina faz sobre la tierra, orando y diciendo: Padre mío, si es posible

no me hagas beber este cáliz; pero no se haga como yo lo quiero, sino como lo quieres y ordenas tú'' (Mat. XXVI, 36 a 39).

''En esto se le apareció un ángel del cielo, confortándole. Y entrando en agonía, oraba con mayor ahinco. Y vínole un sudor como de gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo'' (Luc. XXII, 43 y 44).

''Volvió después a sus discípulos, y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: ¿Es posible que no hayáis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentación. Que si bien el espíritu está pronto, más la carne es flaca. Volvióse de nuevo por segunda vez y encontrólos también dormidos: porque sus ojos estaban cargados de sueño. Y dejándolos, se retiró de nuevo a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. En seguida volvió a sus discípulos, y les dijo: Dormid ahora y descansad: he aquí que llegó ya la hora, y el Hijo del hombre va luego a ser entregado en manos de los pecadores. Ea, levantaos, vamos de aquí: ya llega aquél que me ha de entregar'' (Mat. XXVI, 40 a 46).

168. PRISION DE JESUS

''Judas que le entregaba, estaba bien informado del sitio: porque Jesús solía retirarse muchas veces a él con sus discípulos. Judas, pues, habiendo tomado una cohorte de soldados y varios ministros que le dieron los pontífices y fariseos, fué allá con linternas y hachas, y con armas. Y Jesús, que sabía todas las cosas que le habían de sobrevenir, salió a su encuentro, y les dijo: ¿A quién buscáis? Respondiéronle: a Jesús Nazareno'' (S. Juan XVIII, 2 a 5).

''El traidor les había dado esta señal: Aquél a quien yo besare, ése es, prendedle. Y al punto, acercándose a Jesús, dijo: Dios te guarde, Maestro. Y le

besó. Díjole Jesús: ¡Oh amigo! ¿a qué has venido aquí?" (Mat. XXVI, 48 a 50). ¡Oh Judas! ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?" (Luc. XXII, 48).

"Díjoles Jesús: Yo soy. Apenas, pues, les dijo: Yo soy, retrocedieron todos, y cayeron en tierra. Levantados que fueron, les preguntó Jesús segunda vez: ¿A quién buscáis? Y ellos respondieron: A Jesús Nazareno. Replicó Jesús: Ya os he dicho que yo soy: ahora bien, si me buscáis a mí, dejad ir a estos. Para que se cumpliese la palabra que había dicho: ¡Oh Padre! ninguno he perdido de los que tú me diste" (S. Juan XVIII, 5 a 9).

"Llegáronse entonces los demás, echaron la mano a Jesús, y le prendieron. Y he aquí que uno de los que estaban con Jesús (Pedro), tirando de la espada, hirió a un criado del príncipe de los sacerdotes (llamado Malco), cortándole una oreja. Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a la vaina, porque todos los que se sirvieren de la espada, a espada morirán. ¿Piensas que no puedo acudir a mi Padre y pondrá en el momento a mi disposición más de doce legiones de ángeles? Mas ¿cómo se cumplirán las Escrituras, según las cuales conviene que suceda así?" (Mat. XXVI, 50 a 54). "Y habiendo tocado la oreja del herido, le curó" (Luc. XXII, 51).

"Jesús, empero, tomando la palabra, les dijo: Como si yo fuese algún ladrón, habéis salido a prenderme con espadas y garrotes. Todos los días estaba entre vosotros enseñando en el templo y no me prendisteis. Pero, es necesario que se cumplan las Escrituras. Entonces sus discípulos, abandonándole, huyeron todos. Pero cierto mancebo le iba siguiendo, envuelto solamente con una sábana sobre sus carnes, y los soldados lo cogieron. Mas él, soltando la sábana, desnudo se escapó de ellos" (Marc. XIV, 48 a 52).

169. JESUS EN CASA DE ANAS

"De allí le condujeron primeramente a casa de Anás, porque era suegro de Caifás, que era Sumo Pontífice aquel año. Caifás era el que había dado a los judíos el consejo: Que convenía que un hombre muriese por el pueblo. Entretanto el pontífice se puso a interrogar a Jesús sobre sus discípulos y doctrina. A lo que respondió Jesús: Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo: siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, adonde concurren todos los judíos, y nada he hablado en secreto. ¿Qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído lo que yo les he enseñado; pues esos saben cuáles cosas haya dicho yo. A esta respuesta, uno de los ministros asistentes dió una bofetada a Jesús, diciendo: ¿Así respondes al pontífice? Díjole Jesús: Si he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; pero si bien, ¿por qué me hieres?" (S. Juan XVIII, 13 a 23).

170. JESUS EN EL TRIBUNAL DE CAIFAS. SENTENCIA DEL SANEDRIN

"Le condujeron a casa de Caifás, que era sumo pontífice, donde los escribas y los ancianos estaban congregados. Los príncipes, pues, de los sacerdotes, y todo el concilio andaban buscando algún falso testimonio contra Jesús, para condenarle a muerte; y no le hallaban, a pesar de que muchos falsos testigos se hubiesen presentado. Por último aparecieron dos falsos testigos, y dijeron: Este dijo: Yo puedo destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días. Entonces, poniiéndose en pie el sumo sacerdote le dijo: ¿No respondes nada a lo que deponen contra ti? Pero Jesús permanecía en silencio. Y díjole el sumo sacerdote: Yo te conjuro de parte de Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. Respondióle

Jesús: Tú lo has dicho, yo soy; y aun os declaro que veréis después a este Hijo del hombre, que tenéis delante, sentado a la diestra de la majestad de Dios, venir sobre las nubes del cielo. A tal respuesta, el Sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: Ha blasfemado: ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? vosotros mismos acabáis de oir la blasfemia con que se hace Hijo de Dios: ¿qué os parece? A lo que respondieron ellos diciendo: Reo es de muerte. Luego empezaron a escupirle en la cara y a maltratarle a puñadas: y otros, después de haberle vendado los ojos, le daban bofetadas, diciendo: Cristo, adivina ¿quién es el que te ha herido?'' (Mat. XXVII, 57 a 68).

171. NEGACIONES Y LLANTO DE SAN PEDRO

Cuando Jesús fué llevado a casa de Caifás, ''Pedro le iba siguiendo desde lejos, hasta llegar al palacio del sumo pontífice. Y habiendo entrado, se estaba sentado con los sirvientes, para ver el paradero de todo esto''... ''Acercándose a él una criada, le dijo: También tú andabas con Jesús el Galileo. Pero él lo negó en presencia de todos, diciendo: Yo no sé de qué tú hablas. Y saliendo él al pórtico, le miró otra criada, y dijo a los que allí estaban: Este también se hallaba con Jesús Nazareno. Y negó segunda vez, afirmando con juramento: No conozco a tal hombre. Poco después se acercaron los circunstantes, y dijeron a Pedro: Seguramente eres tú también de ellos, porque tu misma habla de Galileo te descubre. Entonces empezó a echarse imprecaciones y a jurar que no había conocido a tal hombre. Y al momento cantó el gallo. Con lo que se acordó Pedro de las palabras que Jesús le había dicho: Antes de cantar el gallo, renegarás de mí tres veces. Y saliéndose fuera, lloró amargamente'' (Mat. XXVII, 58, y 69 a 75).

172. JUDAS SE AHORCA

"Judas, el que le había entregado, viendo a Jesús sentenciado, arrepentido de lo hecho, restituyó las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, diciendo: Yo he pecado, pues he vendido la sangre inocente. A lo que contestaron ellos: A nosotros ¿qué nos importa? Allá te las hayas. Mas él, arrojando el dinero en el templo, se fué y echándose un lazo se ahorcó. Pero los príncipes de los sacerdotes, recogidas las monedas, dijeron: No es lícito meterlas en el tesoro, siendo como son precio de sangre. Y habiéndolo tratado en consejo, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros. Por lo cual se llamó dicho campo **Haceldama,** esto es, campo de sangre, y así se llama hoy día. Con lo que vino a cumplirse lo que predijo el profeta Jeremías, que dice: Han recibido las treinta monedas de plata, precio del que fué puesto en venta, según que fué valuado por los hijos de Israel: y las emplearon en la compra del campo de un alfarero, como me lo ordenó el Señor" (Mat. XXVII, 3 a 10).

173. JESUS EN EL PRETORIO. INTERROGADO POR PILATOS, ES REMITIDO A HERODES, QUIEN LO DEVUELVE A PILATOS

"Llevaron después a Jesús desde casa de Caifás al pretorio. Era muy de mañana; y ellos no entraron en el pretorio, por no contaminarse, a fin de poder comer de las víctimas de la Pascua. Por eso Pilatos salió fuera y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? Respondieron y dijéronle: Si éste no fuera malhechor, no lo hubiéramos puesto en tus manos. Replicóles Pilatos: Pues tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Los judíos le dijeron: A nosotros

no nos es permitido matar a nadie. Con lo que vino a cumplirse lo que Jesús dijo, indicando el género de muerte de que había de morir. Oído esto, Pilatos entró de nuevo en el pretorio, y llamó a Jesús, y le preguntó: ¿Eres tú el rey de los judíos? Respondió Jesús: ¿Dices tú eso de ti mismo, o te lo han dicho de mí otros? Replicó Pilatos: ¡Qué! ¿Acaso soy yo judío? Tu nación y los pontífices te han entregado a mí: ¿qué has hecho tú? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, claro está que mis gentes me habrían defendido para que no cayese en manos de los judíos: mas ahora mi reino no es de acá. Replicóle a esto Pilatos: ¿Con que tú eres rey? Respondió Jesús: Así es como dices: yo soy rey. Yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad: todo aquel que pertenece a la verdad, escucha mi voz. Díjole Pilatos: ¿Qué es la verdad?" (S. Juan XVIII, 28 a 38).

"Pilatos dijo a los príncipes de los sacerdotes y al pueblo: Yo no hallo delito alguno en este hombre. Pero ellos insistían más y más, diciendo: Tiene alborotado al pueblo con la doctrina que va sembrando por toda la Judea, desde Galilea, donde comenzó hasta aquí. Pilatos, oyendo nombrar a Galilea, preguntó si aquel hombre era galileo. Y cuando entendió que era de la jurisdicción de Herodes, remitióle al mismo Herodes, que en aquellos días se hallaba también en Jerusalén. Herodes holgóse sobre manera de ver a Jesús, porque hacía mucho tiempo que deseaba verle, por las muchas cosas que había oído de él, y con esta ocasión esperaba verle hacer algún milagro. Hízole, pues, muchas preguntas, pero Jesús no le respondió palabra. Entretanto los príncipes de los sacerdotes y los escribas persistían obstinadamente en acusarle. Mas Herodes, con todos los de su séquito, le despreció; y para burlarse de él, le hizo vestir de una ropa blanca y le

volvió a enviar a Pilatos. Con lo cual se hicieron amigos aquel mismo día Herodes y Pilatos, que antes estaban entre sí enemistados'' (Luc. XXIII, 4 a 12).

174. PILATOS DECLARA LA INOCENCIA DE JESUS. ES POSPUESTO A BARRABAS. LOS AZOTES

''Habiendo, pues, Pilatos convocado a los príncipes de los sacerdotes y a los magistrados, juntamente con el pueblo, les dijo: Vosotros me habéis presentado este hombre como alborotador del pueblo, y he aquí que habiéndole yo interrogado en presencia vuestra, ningún delito he hallado en él de los que le acusáis. Pero ni tampoco Herodes; puesto que os remití a él, y por el hecho se ve que no le juzgó digno de muerte. Por tanto, después de castigado le dejaré libre'' (Luc. XXIII, 13, 14, 15 y 16).

''Y como los príncipes de los sacerdotes le acusaban en muchos puntos, Pilatos volvió nuevamente a interrogarle, diciendo: ¿No respondes nada? mira de cuántas cosas te acusan. Jesús empero nada más contestó; de modo que Pilatos estaba todo maravillado'' (Marc. XV, 3, 4 y 5).

''Acostumbraba el presidente conceder, por razón de la fiesta de la Pascua, la libertad de un reo, a elección del pueblo; y teniendo a la sazón en la cárcel a uno muy famoso, llamado Barrabás, preguntó Pilatos a los que estaban allí congregados: ¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás, o a Jesús, que es llamado el Cristo? Porque sabía bien que se lo habían entregado por envidia. Y estando él sentado en su tribunal, le envió a decir su mujer: No te mezcles en las cosas de ese justo; porque son muchas las congojas que hoy he padecido en sueños por su causa. Entretanto los príncipes de los sacerdotes y los ancianos indujeron al

pueblo a que pidiese la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. Así es que preguntándoles el presidente otra vez, y diciendo: ¿A quién de los dos queréis que os suelte? respondieron ellos: a Barrabás. Replicóles Pilatos: ¿Pues qué he de hacer de Jesús, llamado el Cristo? Dicen todos: sea crucificado. Con lo que viendo Pilatos que nada adelantaba, antes bien que cada vez crecía el tumulto, mandando traer agua, se lavó las manos a vista del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo: allá os lo veais vosotros. A lo cual respondió todo el pueblo, diciendo: Recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Entonces les soltó a Barrabás'' (Mat. XXVII, 15 a 26).

''Tomó entonces Pilatos a Jesús, y mandó azotarle'' (S. Juan XIX, 1).

175. CORONA DE ESPINAS. ECCE HOMO. PILATOS LO ENTREGA PARA QUE LO CRUCIFIQUEN

''Los soldados formaron una corona de espinas entretejidas, y se la pusieron sobre la cabeza, y le vistieron con ropa o manto de púrpura. Y acercándose a él le decían: Salve ¡oh rey de los judíos!, y dábanle de bofetadas. Ejecutado esto salió Pilatos de nuevo afuera, y díjoles: He aquí que os le saco fuera, para que reconozcáis que yo no hallo en él delito ninguno. Salió, pues, Jesús, llevando la corona de espinas y revestido del manto de púrpura. Y les dijo Pilatos: Ved aquí al hombre. Luego que los pontífices y sus ministros le vieron, alzaron el grito, diciendo: Crucifícale, crucifícale. Díjoles Pilatos: Tomadle allá vosotros y crucificadle, que yo no hallo en él crimen. Respondiéronle los judíos: Nosotros tenemos una ley, y según esta ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios. Cuando Pilatos oyó esta acusación, se llenó más de te-

mor. Y volviendo a entrar en el pretorio, dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le respondió palabra. Por lo que Pilatos le dijo: ¿A mí no me hablas? pues ¿no sabes que está en mi mano el crucificarte, y en mi mano está también el soltarte? Respondió Jesús: No tendrías poder alguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba. Por tanto quien a ti me ha entregado, es reo de pecado más grave. Desde aquel momento Pilatos, aun con más ansia, buscaba cómo libertarle. Pero los judíos daban voces diciendo: Si sueltas a ése, no eres amigo de César; puesto que cualquiera que se hace rey, se declara contra César. Pilatos, oyendo estas palabras, sacó a Jesús consigo afuera: y sentóse en su tribunal, en el lugar dicho en griego Litostrotos y en hebreo Gabbata. Era entonces el día de la Preparación o el viernes de Pascua, cerca de la hora sexta, y dijo a los judíos: Aquí tenéis a vuestro rey. Ellos, empero, gritaban: Quita, quítale de en medio, crucifícale. Díjoles Pilatos: ¿A vuestro rey tengo yo de crucificar? Respondieron los pontífices: ¿No tenemos rey, sino a César? Entonces se lo entregó para que le crucificasen'' (San Juan XIX, 2 a 16).

176. LA CRUZ A CUESTAS. EL CIRENEO. LLANTO DE LAS MUJERES

''Después de haberse así mofado de él, le quitaron la púrpura, y volviéndole a poner sus vestidos, le condujeron afuera para crucificarle'' (Marc. XV, 20).

''Y llevando él mismo a cuestas su cruz, fué caminando hacia el sitio llamado el Calvario, en hebreo Gólgota'' (S. Juan XIX, 17).

''Al conducirle al suplicio, echaron mano de un tal Simón, natural de Cirene, que venía de una granja, y le cargaron la cruz para que la llevara en pos de Jesús. Seguíales gran muchedumbre de pueblo y de

mujeres, las cuales se deshacían en llanto y le plañían. Pero Jesús, vuelto a ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras mismas, y por vuestros hijos. Porque presto vendrán días en que se diga: Dichosas las estériles, y dichosos los vientres que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar. Entonces comenzarán a decir a los montes. Caed sobre nosotros; y a los collados: Sepultadnos. Pues si al árbol verde le tratan de esta manera, ¿en el seco qué se hará? Eran también conducidos con Jesús a la muerte otros dos facinerosos'' (Luc. XXIII, 26 a 32).

177. CRUCIFIXION. TITULO PUESTO EN LA CRUZ. SORTEO DE LA TUNICA. INSULTOS. TINIEBLAS

''Llegados al lugar que se llama Gólgota, esto es, lugar del Calvario o de las calaveras, allí le dieron a beber vino mezclado con hiel. Mas él habiéndolo probado, no quiso beberlo'' (Mat. XXVII, 33 y 34).

''Era ya cumplida la hora de tercia cuando le crucificaron. Crucificaron también con él a dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda. Con lo que se cumplió la Escritura que dice: Y fué puesto en la clase de los malhechores'' (Marc. XV, 25, 27 y 28).

''Escribió asimismo Pilatos un letrero, y púsolo sobre la cruz. En él estaba escrito: **Jesús Nazareno, Rey de los Judíos.** Este rótulo lo leyeron muchos de los judíos: porque el lugar en que fué Jesús crucificado estaba contiguo a la ciudad, y el título estaba en hebreo, en griego y en latín. Con esto los pontífices de los judíos dijeron a Pilatos: No has de escribir: Rey de los judíos: sino que él ha dicho: Yo soy el rey de los judíos. Respondió Pilatos: Lo escrito, escrito. Entretanto los soldados, habiendo crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos (de que hicieron cuatro partes: una para

cada soldado) y la túnica. La cual era sin costura y de un solo tejido, de arriba abajo. Por lo que dijeron entre sí: No la dividamos, mas echemos suerte para ver de quién será. Con lo que se cumplió la escritura que dice: Partieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica. Y esto es lo que hicieron los soldados'' (San Juan XIX, 19 a 24).

''Los que pasaban por allí le blasfemaban y escarnecían, meneando la cabeza, y diciendo: Hola, tú que derribas el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz. De la misma manera también los príncipes de los sacerdotes, a una con los escribas y los ancianos, insultándole decían: A otros ha salvado, y no puede salvarse a sí mismo; si es el rey de Israel, baje ahora de la cruz y creeremos en él: él pone su confianza en Dios; pues si Dios le ama tanto, líbrele ahora, ya que él mismo decía: Yo soy el Hijo de Dios'' (Mat. XXVII, 39 a 43).

''Desde la hora de sexta hasta la hora de nona, quedó toda la tierra cubierta de **tinieblas**'' (Mat. XXVII, 45).

178. LAS SIETE PALABRAS

Tres horas estuvo Nuestro Señor pendiente en la cruz, padeciendo tormentos indecibles de cuerpo y alma, y durante esas horas pronunció siete palabras o frases, que han recogido los evangelistas y que nos enseñan los pensamientos que Dios tenía en esos momentos de dolor:

Primera palabra: ''Entretanto Jesús decía: **Padre mío, perdónales, porque no saben lo que hacen**'' (Luc. XXIII, 34).

Segunda palabra: ''Uno de los ladrones que estaban crucificados, blasfemaba contra Jesús, diciendo:

Si tú eres el Cristo o Mesías, sálvate a ti mismo y a nosotros. Mas el otro le reprendía, diciendo: ¡Cómo! ¿Ni aun tú temes a Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Nosotros, a la verdad estamos en él justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos: pero éste ningún mal ha hecho. Después dijo a Jesús: Señor, acuérdate de mí, cuando hayas llegado a tu reino. Y Jesús le respondió: **En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso**'' (Luc. XXIII, 39 a 43).

Tercera palabra: ''Estaban al mismo tiempo junto a la cruz de Jesús su Madre, y la hermana o parienta de su madre, María, mujer de Cleofas, y María Magdalena. Habiendo mirado, pues, Jesús a su Madre, y al discípulo que él amaba, el cual estaba allí, dijo a su madre: **Mujer, ahí tienes a tu hijo.** Después dijo al discípulo: **Ahí tienes a tu madre.** Y desde aquel punto encargóse de ella el discípulo, y la tuvo consigo en su casa (S. Juan XIX, 25, 26 y 27).

Cuarta palabra: ''Después de esto, sabiendo Jesús que todas las cosas estaban a punto de ser cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: **Tengo sed**'' (S. Juan XIX, 28).

Quinta palabra: ''Y a la hora de nona exclamó Jesús, diciendo en voz robusta: ¿Eloi, Eloi, lamma sabacthani? **Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?** Oyéndolo algunos de los circunstantes decían: Ved cómo llama a Elías. Y corriendo uno de ellos, empapó una esponja en vinagre, y clavándola en la punta de una caña, dábale a beber, diciendo: Dejad que cobre así algún aliento, y veremos si viene Elías a descolgarle de la cruz'' (Marc. XV, 34, 35 y 36).

Sexta palabra: ''Jesús, luego que chupó el vinagre, dijo: **Todo está cumplido**'' (S. Juan XIX, 30).

Séptima y última palabra: ''El sol se obscureció, y el velo del templo se rasgó por medio. Entonces Je-

sús, clamando con una voz muy grande, dijo: **Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.** Y diciendo esto expiró" (Luc. XXIII, 45 y 46).

179. MUERTE DE JESUS. EL CENTURION. — EL COSTADO DE JESUS ABIERTO CON UNA LANZA

Al momento de la muerte de Jesús, además de rasgarse en dos partes el velo del templo, "la tierra tembló, y se partieron las piedras, y los sepulcros se abrieron, y los cuerpos de muchos santos, que habían muerto, resucitaron... Entretanto el centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, visto el terremoto y las cosas que sucedían, se llenaron de grande temor y decían: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Mat. XXVIII, 51 a 54).

"Y todo aquel concurso de los que se hallaban presentes a este espectáculo, considerando lo que había pasado, se volvían dándose golpes de pecho. Estaban al mismo tiempo todos los conocidos de Jesús, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, observando de lejos estas cosas" (Luc. XXIII, 48 y 49).

"Como era día de Preparación, o viernes, para que los cuerpos no quedasen en la cruz el sábado, que cabalmente era aquel un sábado muy solemne, suplicaron los judíos a Pilatos que se le quebrasen las piernas a los crucificados y les quitasen de allí. Vinieron, pues, los soldados, y rompieron las piernas del primero, y del otro que había sido crucificado con él. Mas al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas: sino que uno de los soldados con la lanza le abrió el costado, y al instante salió sangre y agua. Y quien lo vió es el que lo asegura, y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice la verdad, y lo atestigua para que vosotros creáis. Pues estas cosas

sucedieron en cumplimiento de la Escritura: que dice: No le quebraréis ni un hueso; y del otro lugar de la Escritura que dice: Dirigirán sus ojos hacia aquél a quien traspasaron'' (S. Juan XIX, 31 a 37).

180. JESUS ES SEPULTADO

''Siendo ya tarde, compareció un hombre rico, natural de Arimatea, llamado José, el cual era discípulo de Jesús'' (Mat. XXVIII, 57); ''persona ilustre, que esperaba también el reino de Dios'' (Marc. XV, 43); ''senador, varón virtuoso y justo'', ''el cual no había consentido en el designio de los otros, ni en lo que habían ejecutado'' (Luc. XXIII, 50 y 51).

''Este se presentó a Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús'' (Mat. XXVIII, 58). Pilatos, admirándose de que tan pronto hubiese muerto, hizo llamar al Centurión, y le preguntó si efectivamente era muerto. Y habiéndoselo asegurado que sí el Centurión, dió el cuerpo a José'' (Marc. XV, 44 y 45).

''Vino también Nicodemo, aquel mismo que en otra ocasión había ido de noche a encontrar a Jesús, trayendo consigo una confección de mirra y de aloé, cosa de cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, (que José bajó de la cruz), y bañado en les especies aromáticas, lo amortajaron con lienzos, según la costumbre de sepultar de los judíos (sábana limpia que había comprado José). Había en el lugar, donde fué crucificado, un huerto; y en el huerto un sepulcro nuevo, donde hasta entonces ninguno había sido sepultado. Como era la víspera del sábado de los judíos, y este sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús'' (S. Juan XIX, 39 a 42).

''Las mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea, yendo en pos de José, observaron el sepulcro, y la manera con que había sido despositado el cuerpo

de Jesús. Y volviéndose a sus casas hicieron prevención de aromas y bálsamos: bien que durante el sábado se mantuvieron quietas, según el mandamiento de la Ley'' (Luc. XXIII, 55 y 56).

''Al día siguiente, que era el sábado, acudieron juntos a Pilatos, los príncipes de los sacerdotes y fariseos, diciendo: Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida, dijo: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día: porque no vayan quizá de noche sus discípulos y le hurten, y digan a la plebe: Ha resucitado de entre los muertos: y sea el postrer engaño más pernicioso que el primero. Respondióles Pilatos: Ahí tenéis la guardia, id, y ponedla como os parezca. Con eso yendo allá, aseguraron bien el sepulcro, sellando la piedra y poniendo guardias de vista'' (Mat. XXVII, 62 a 66).

CAPITULO DECIMO SEXTO

RESURRECCION DEL SEÑOR

181. DESCENDIO A LOS INFIERNOS

Tan pronto como Cristo murió en la Cruz, su alma santísima, unida como siempre a su Divinidad, bajó a los infiernos, y allí permaneció, dice San Ireneo, mientras su cuerpo estuvo en el sepulcro.

La palabra **infiernos,** que viene del latín **infer,** que significa inferior o debajo de, está tomada aquí, no en el sentido del infierno de los condenados o lugar de tormentos, sino en el sentido del lugar donde se recibían las almas de los justos muertos antes de Jesucristo y que estaban esperando su santo advenimiento, lugar que se llama vulgarmente **el limbo** y en la Escritura el **seno de Abraham.** En este mismo sentido está tomada la palabra infierno, cuando el apóstol San Pedro dice, aplicando a la Resurrección del Señor aquellas palabras de David: **Quoniam non derelinques animam meam, in inferno, nec dabis Sanctum tuum videre corruptionem.** Porque no dejarás mi alma en el sepulcro (o lugar inferior), ni permitirás que tu Santo vea corrupción (Hech. II, 27).

El alma de Jesucristo bajó a los infiernos, como dice el mismo apóstol San Pedro, "a predicar a aquellos espíritus que estaban en la cárcel" (1.a Cor. III,

19), o sea, a anunciar a los justos y pecadores arrepentidos, que allí estaban detenidos, que había llegado la hora de la salvación y que se habían abierto las puertas de los cielos, que hasta entonces habían estado cerradas para los hombres. Desde ese momento quedaban abiertas para los justos que le precedieron desde Adán, y para los que habían de venir al mundo después de su santo advenimiento, y hasta el final de los tiempos.

Jesucristo bajó solo; pero cuando de allí subió a lo alto, "llevó cautiva a la cautividad", según palabras de San Pablo, o sea, llevó consigo la gran compañía de los justos que lo estaban esperando, imagen fiel de lo que será su gloriosa entrada en el cielo con todos los justos, después del juicio final. El mismo apóstol San Pablo se pregunta: "Y que subió ¿qué es sino porque antes había descendido a los lugares más bajos de la tierra? El que descendió, ese mismo es el que subió sobre todos los cielos, para llenar todas las cosas (Eph. IV, 8, 9 y 10).

Cumplida su misión Dios ensalzó a su Hijo Divino "y le dió el nombre de Jesús o Salvador, que es sobre todo nombre, para que a este nombre se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos" (Philip. II, 9 y 10).

182. Y RESUCITO AL TERCERO DIA

Los profetas habían anunciado la Resurrección de Jesucristo.

Hablando de Nuestro Señor, dice el Salmista: "Porque yo sé, que no has de abandonar mi alma en el sepulcro, **ni permitirás que tu Santo experimente la corrupción**" (Ps. XV, 10). Y en otra parte, dice: "Ya me cuentan entre los muertos; he venido a ser como un hombre desamparado de todos, manumitido entre

los muertos" (Ps. LXXXVI). Estas palabras, **manumitido entre los muertos,** las aplican los Santos Padres a Cristo, que solo entre los muertos fué libre del imperio de la muerte.

El profeta Isaías, anunciando al Ungido, esto es al Mesías, dice: "En aquel día el renuevo de la raíz de Jesé, que está puesto como señal para los pueblos será invocado de las naciones, y su sepulcro será glorioso" (XI, 10).

Se cumplieron literalmente las profecías y el anuncio del Señor.

"Avanzada ya la noche del sábado, al amanecer el primer día de la semana, o domingo, vino María Magdalena con la otra María a visitar el sepulcro. A este tiempo se sintió un gran terremoto; porque bajó del cielo un ángel del Señor, y llegándose al sepulcro removió la piedra y sentóse encima. Su semblante brillaba como el relámpago, y era su vestidura blanca como la nieve. De lo cual quedaron los guardas tan aterrados, que estaban como muertos. Mas el ángel, dirigiéndose a las mujeres, les dijo: Vosotras no tenéis que temer: que bien sé que venís en busca de Jesús, que fué crucificado: ya no está aquí, porque ha resucitado, según predijo. Venid y mirad el lugar donde estaba sepultado el Señor. Y ahora, id sin deteneros a decir a sus discípulos que ha resucitado: y he aquí que irá delante de vosotros a Galilea: allí le veréis" (Mat. XXVIII, 1 a 7).

Nuestro Señor resucitado se apareció a María Magdalena, de la cual había lanzado siete demonios, y ella no le conoció hasta que El la llamó por su nombre (J. 20); a las santas mujeres que habían ido al sepulcro, y que postradas en tierra abrazaron sus pies y lo adoraron (Mat. 28); a los dos discípulos que iban a Emaús, los que solo lo conocieron cuando, estando juntos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo; y habién-

dolo partido se los dió (L. 24); a los apóstoles, que estaban reunidos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos, y a los cuales demostró que tenía un cuerpo real y verdadero (L. 24); al apóstol San Pedro (Luc. XXIV, 34); nuevamente a los apóstoles, encontrándose con ellos Santo Tomás, que vió las hendiduras de los clavos y metió su mano en la llaga del costado (S. Juan XX, 26, 29); a siete de los apóstoles que estaban pescando en el lago de Galilea, cuando tuvo lugar la segunda pesca milagrosa (S. Juan XXI, 1 a 14); por cuarta vez a los apóstoles, en la montaña que les designó (Mat. XXVIII, 16 a 18); al apóstol Santiago (1 Cor. XV, 7); y por última vez a los apóstoles en su Ascensión a los cielos (Luc. XXIV, 50).

Permaneció Jesús sobre la tierra, después de su resurrección, cuarenta días, y durante ese tiempo instruyó a los Apóstoles, "hablándoles de las cosas tocantes al reino de Dios" (Hechos I, 3); constituyó a San Pedro jefe de la Iglesia, encargó a los apóstoles predicar el Evangelio a todas las naciones, y les prometió enviarles el Espíritu Santo para que les ayudara a convertir al mundo.

Al salir victorioso del sepulcro, su alma se unió a su mismo cuerpo, el cual quedó impasible, ágil, sutil y luminoso. Cuando, después de resucitado, se apareció a los apóstoles que estaban reunidos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos, ellos quedaron atónitos y atemorizados, imaginándose ver algún espíritu; y Jesús entonces les dijo: ¿De qué os asustáis y por qué dais lugar en vuestro corazón a tales pensamientos? Mirad mis manos y mis pies. **Yo mismo soy**; palpad y considerad que un espíritu no tiene carne ni huesos como vosotros veis que yo tengo. Dicho esto, mostróles las manos y los pies; mas como ellos aún no lo acababen de creer, estando como esta-

ban fuera de sí de gozo y admiración, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Ellos le presentaron un pedazo de pez asado y un panal de miel; y comido que hubo delante de ellos, tomando las sobras se las dió (Luc. XXIV, 37 a 43).

Para demostrar que había resucitado **con su mismo cuerpo**, quiso conservar las cicatrices de sus gloriosas heridas, como señales perpetuas de su triunfo, y así lo vemos en la historia del apóstol Santo Tomás, que a pesar de lo que le contaban los otros apóstoles que habían visto a Jesús resucitado, respondió: Si yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos y no meto mi dedo en el agujero que en ellas hicieron, y mi mano en la herida de su costado, no lo creeré. Ocho días después el Señor se apareció de nuevo a los apóstoles y dijo a Tomás: Mete aquí tu dedo y registra mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel; a lo cual respondió Tomás, que vió las heridas: ¡Señor mío y Dios mío! (S. Juan XX, 24 a 28).

Conservó sus heridas, dice San Bernardo, para mostrarnos que no nos quiere olvidar, pues nos trae escritos en sus manos con su propia sangre... y la del costado la conservó, además, para indicarnos cuán fácil se nos ha hecho, por sus dolores la entrada en su corazón.

Como Jesucristo era Dios, y tenía virtud divina en su alma y en su cuerpo, resucitó, sin ayuda extraña, **por su propia virtud**, cumpliéndose en El la profecía de David: "Cantad al Señor un cántico nuevo; porque ha hecho maravillas. Su diestra misma y su santo brazo han obrado su salvación" (XCVII, 1).

Lo que quiere decir que su misma Omnipotencia fué la que le salvó de la muerte.. El mismo dijo en una ocasión que tenía poder para dejar su vida y volverla a tomar: "Por eso mi Padre me ama, porque doy

mi vida por mis ovejas, bien que para tomarla otra vez. Nadie me la arranca, sino que yo la doy de mi propia voluntad, y soy dueño de darla y dueño de recobrarla'' (S. Juan X, 17 y 18).

Y antes de resucitar a Lázaro, dijo el Señor: ''Yo soy la resurrección y la vida'' (S. Juan XI, 25).

San Juan dice en el Apocalipsis que Jesucristo es el **primogénito de entre los muertos,** es decir el primero que resucitó de entre los muertos. Algunos antes habían resucitado milagrosamente, por la virtud de Cristo, como la hija de Jairo y Lázaro el amigo de Jesús, pero habían resucitado con la necesidad de morir segunda vez, mientras que la resurrección de Jesucristo fué **perfecta,** quitando toda necesidad de morir de nuevo. Así lo enseña el apóstol San Pablo: ''Si nosotros hemos muerto con Jesucristo creemos firmemente que viviremos también juntamente con Cristo, sabiendo que Cristo resucitado de entre los muertos no muere ya otra vez; y que la muerte no tendrá ya dominio sobre él. Porque en cuanto al haber muerto, como fué por destruir el pecado, murió una sola vez; mas en cuanto al vivir, vive para Dios, y es inmortal'' (Rom. VI, 8 a 10).

La resurreección de Jesucristo es **el principio de la de todos los hombres,** lo que hace de ella una resurrección enteramente aparte y única. En Cristo resucitaremos todos. ''Cristo, dice San Pablo, ha resucitado de entre los muertos, y ha venido a ser como las primicias de los difuntos. Porque así como por un hombre vino la muerte al mundo, por un hombre debe venir también la resurrección de los muertos. Que así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados. Cada uno empero por su orden, Cristo el primero: después los que son de Cristo y que han creído en su venida'' (1.a Cor. XV, 20 a 23). Esas palabras del apóstol prueban, según dice el Catecismo

del Concilio de Trento, no solamente que la Resurrección de Jesucristo se nos propone como modelo de la nuestra, sino también que el poder para resucitar, El nos lo dió, y nos comunica fuerza y valor para perseverar en santidad y justicia en la observancia de los mandamientos de Dios.

La resurrección futura era la esperanza del Santo Job en medio de sus miserias: ''Porque yo sé que vive mi Redentor y, que yo he de resucitar de la tierra en el último día, y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía, y en ésta mi carne veré a mi Dios, a quien he de ver yo mismo en persona y no por otro, y a quien contemplarán los mismos ojos míos. Esta es la esperanza que en mi pecho tengo depositada (XIX, 25 a 27).

La Resurrección es el más grande de los milagros de Cristo y el **fundamento principal de nuestra religión,** porque en ella se apoyan nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra propia dignidad de cristianos, según las palabras de San Pablo: ''Mas si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicación, y vana es también vuestra fe'' (1.a Cor. XV, 14). Por eso, este milagro ha sido el blanco especial de los ataques de los impíos, que comprenden que admitido el hecho de la Resurrección de Jesucristo es imposible negar su divinidad.

No está el mérito de los cristianos, según San Ambrosio, en creer que Cristo murió, sino en creer que resucitó de entre los muertos.

El milagro de la Resurrección de Jesucristo, anunciada por El mismo, es **la señal** que dió de su autoridad divina. ''Los judíos se dirigieron a él y le preguntaron: ¿Qué señal nos das de tu autoridad para hacer estas cosas? Respondióles Jesús: Destruid este templo y yo en tres días lo reedificaré. Los judíos le dijeron: Cuarenta y seis años se han gastado en la re-

edificación de este templo ¿y tú lo has de levantar en tres días? Mas él les hablaba del templo de su cuerpo. Así cuando hubo resucitado de entre los muertos, sus discípulos hicieron memoria de que lo dijo por esto, y creyeron con más viva fe a la Escritura y a las palabras de Jesús'' (S. Juan II, 18 a 22).

En otra ocasión algunos de los escribas y fariseos le hablaron, diciendo: Maestro, quisiéramos verte hacer algún milagro. Mas él les respondió: Esta raza mala y adúltera pide un prodigio; pero no se le dará, sino el prodigio de Jonás profeta: porque así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra'' (Mat. XII, 38, 39 y 40).

Tuvo el profeta Jonás la honra singular de ser imagen de Jesucristo en el inefable misterio de la Resurrección, permitiendo el Señor que viviera tres días y tres noches en el vientre de un pez. Con ese milagro, dice San Jerónimo, quiso Dios desde entonces dar esa figura de la Resurrección con documentos de admirable doctrina.

También Sansón, abriendo a media noche las puertas de la ciudad de Gaza, y librándose de las manos de los enemigos y de la muerte, fué figura de Nuestro Señor Jesucristo en su gloriosa Resurrección.

Cuando los apóstoles predicaban a los primeros cristianos, formando esas comunidades de fieles que tenían un mismo corazón y una misma alma, lo que hacían, según dice San Lucas, era dar testimonio con gran valor de la resurrección de Jesucristo Señor Nuestro, como verdad fundamental de la religión cristiana.

La resurrección de Jesucristo es el tema principal del primer discurso de San Pedro.

''A ese Jesús, que habéis hecho morir clavándole en la cruz, Dios lo ha resucitado, librándolo de los dolores de la muerte, siendo como era imposible quedar

El preso por ella en tal lugar. Porque ya David en persona de El decía: Tenía siempre presente al Señor ante mis ojos, pues está siempre a mi diestra para que no experimente ningún trastorno. Por tanto se llenó de alegría mi corazón, y resonó mi lengua en voces de júbilo, y mi carne reposará en la esperanza. Que no dejarás mi alma en el sepulcro, ni permitirás que tu Santo experimente la corrupción. Me harás entrar otra vez en las sendas de la vida, y colmarme has de gozo con tu presencia. Hermanos míos, permitidme que os diga con toda libertad y sin el menor recelo: el patriarca David muerto está y fué sepultado, y su sepulcro se conserva entre nosotros hasta el día de hoy. Pero, como era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento que uno de sus descendientes se había de sentar sobre su trono; previendo la resurrección de Cristo, dijo que ni fué detenido en el sepulcro, ni su carne padeció corrupción. Este Jesús es a quien Dios ha resucitado, de lo que todos nosotros somos testigos''.

183. HIMNO DE FE Y DE AMOR

La Resurrección de Jesucristo es toda nuestra esperanza. Entonemos a ella un himno de fe y de amor. Digamos con el poeta Francois Coppee.

''Ha resucitado. Veinte siglos de bondad han nacido de tal misterio. Yo creo en ti, Jesús... Pero ¡ay! impíos sectarios quieren hacer olvidar tu nombre a nuestros hijos... y hay días en que parecen triunfar. Mas ¿qué importa? Cuando llenos de odio y de imbécil orgullo hubiesen roto el último Crucifijo, y cuando a los nietos de nuestros nietos hubiesen destruído el alma de tal suerte que llegaran a creer que la fe en Cristo estaba del todo muerta, y que en el sepulcro, en el fondo de un abismo, estaba sellada con el sello

del Sanhedrín, como lo fué antes tu cuerpo ¡oh Maestro Divino!, entonces, ¿no es verdad? bastaría que un sacerdote errante entre el crepúsculo, por desiertas sendas, encontrara en su camino dos cristianos, ¡los últimos!, y partiera con ellos, como Jesús, el pan místico, para que sintiéndose fortalecidos con el Santo Viático, como los discípulos de Emaús, al clarear el día, fueran a proclamar la fe de Jesucristo. Y ¿no es verdad?, Dios mío, que predicando tu palabra tan fecunda, harían de nuevo la conquista de la humanidad entera, y que todos, volviendo al Dios de la verdad, exclamarían otra vez: Ha resucitado. ¡Aleluya!''

CAPITULO DECIMO SEPTIMO

EL ESPIRITU SANTO

184. PERSONA DIVINA, REALMENTE DISTINTA DEL PADRE Y DEL HIJO

El Espíritu Santo es una verdadera persona, realmente distinta del Padre y del Hijo, y consubstancial a uno y otro.

El Padre, mirándose en el espejo de su divinidad, engendra al Hijo, su imagen consubstancial, **por vía de conocimiento**; y el **amor mutuo** del Padre y del Hijo dan origen al Espíritu Santo, por una procesión inmanente, eterna y sustancial, en identidad de naturaleza, enteramente igual a su principio.

Por este diferente origen se atribuyen al Padre las obras de la **Omnipotencia**; al Hijo las de la **sabiduría** y al Espíritu Santo las del **amor**.

Se atribuyen al Espíritu Santo las obras del amor, según el Catecismo Romano, porque es el **amor** substancial de Dios; y la santificación, por ser ésta una obra del amor. Se atribuye al Espíritu Santo la Encarnación del Hijo de Dios, porque fué ante todo una obra de amor y de gracia para con los hombres. "Amó Dios tanto al mundo, que no paró hasta dar a su Hijo unigénito" (S. Juan III, 16).

Las **gracias** que Jesucristo nos mereció se nos co-

munican por el Espíritu Santo, porque ellas pertenecen a la obra de nuestra santificación. El Espíritu Santo habita en el alma de los fieles, mientras se conservan limpios de pecado grave, para hacerlos santos y justos; y consuela, ilumina y fortalece el alma con su gracia. ''No sabéis vosotros, decía el apóstol San Pablo, que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros'' (1.a Cor. III, 16).

Se dan al Espíritu Santo como nombres apropiados todos los que expresan las obras de la bondad, de la caridad, de la misericordia y de la santificación, y en este sentido se le llama **Paráclito, Consolador, Santificador, Vivificador, Caridad, Amor, Vínculo, Unión** y otros que indican las efusiones de la gracia o el amor inmenso de las divinas personas.

Los macedonios en el siglo IV negaron la divinidad del Espíritu Santo, diciendo que era una criatura inferior a Dios en naturaleza y en dignidad, error que fué condenado en el primer Concilio general de Constantinopla el año 381.

Los socinianos no solamente negaron su divinidad, sino también su substancia personal, diciendo que era una metáfora para significar las operaciones divinas.

Los griegos cismáticos niegan que el Espíritu Santo procede del Hijo, y habiéndose añadido en el Símbolo la partícula **Filioque,** suscitaron graves cuestiones de las cuales tomaron ocasión o pretexto para separarse de la unidad de la Iglesia Católica. A este respecto, la fe católica está positivamente formulada, así por los Santos Padres, como por los Concilios de Oriente y Occidente, entre otros por el Concilio de Lyon, que se expresa así: ''Confesamos fielmente y con piedad que el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo, no como de dos principios, sino como de un principio; no por dos aspiraciones, sino por una sola aspiración''.

La divinidad del Espíritu Santo y su existencia como persona, realmente distinta del Padre y del Hijo, consustancial a uno y a otro, ha sido claramente revelada por la Sagrada Escritura.

Nuestro Señor, al enviar a sus apóstoles a predicar el Evangelio, les dijo: "Id pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mat. XXVIII, 19).

San Juan nos dice: "Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son una misma cosa", o sea, los tres tienen iguales atribuciones, igual unidad de naturaleza.

Expresamente dan las Escrituras al Espíritu Santo el nombre de Dios. San Pedro dijo a Ananías: "¿Por qué tentó Satanás tu corazón para que mintieses tú al Espíritu Santo?" y luego añade: "Tú no mentiste a los hombres sino a Dios" (Hechos V, 4).

El apóstol San Pablo dice que los fieles son templo de Dios, porque habita en ellos el Espíritu Santo: "¿No sabéis vosotros que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?" (1.a Corin. III, 16). Hablando el mismo apóstol de la profundidad de la doctrina de Cristo dijo: "A nosotros, empero, nos lo ha revelado Dios por medio de su Espíritu; pues el Espíritu todas las cosas penetra, aun las más íntimas de Dios".

También la Sagrada Escritura le atribuye en diversos pasajes los milagros, la remisión de los pecados, la santificación, y la inspiración de los profetas; y le reconoce los atributos divinos, sin ninguna restricción; como la inmensidad (Sab. I, 7); la omnipotencia (Salmos XXXIII, 6); la creación y conservación de las cosas (Sal. CIII, 30).

El mundo católico profesa, desde los primeros tiempos, la fe en la existencia y divinidad del Espíritu

Santo, repitiendo diariamente: ''**Gloria al Padre, gloria al Hijo, y gloria al Espíritu Santo**''.

185. DONES Y FRUTOS DEL ESPIRITU SANTO

El profeta Isaías, al anunciar la venida del Mesías al mundo, dijo que su humanidad sería dotada de la plenitud de los dones del Espíritu Santo, es decir, que los tendría, no con taza y medida como los otros santos, según afirma San Jerónimo, sino en toda su integridad. He aquí las palabras de Isaías: ''Y reposará sobre él el espíritu del Señor; espíritu de sabiduría, y de entendimiento, espíritu de ciencia y de piedad. Y le llenará el espíritu del temor del Señor''.

De ese pasaje del profeta Isaías se deduce que son siete los dones del Espíritu Santo: **sabiduría, entendimiento, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.**

Estos dones del Espíritu Santo, necesarios para nuestra santificación, no son movimientos pasajeros, sino hábitos sobrenaturales, fuerzas espirituales que nos hacen dóciles a las inspiraciones de la gracia, y que nos unen con Dios. ''Nuestra alma, dice Santo Tomás, no es guiada por el Espíritu Santo, sino en cuanto le está unida de algún modo, así como el instrumento no es puesto en movimiento por el operario, sino en cuanto está, por medio del contacto, unido en cierto modo a éste. La primera unión del hombre se verifica por la fe, por la esperanza y por la caridad; de modo que estas virtudes son como las raíces de los dones del Espíritu Santo. He aquí porque todas se encierran en estas tres virtudes, de las que son una dimanación o derivación''.

Los siete dones del Espíritu Santo se oponen a los siete pecados capitales, y sirven para combatir a los siete espíritus inmundos de que habla San Mateo,

los cuales entran en lo interior del hombre, con el intento de morar allí y perderlo, si pueden (Mat. XII, 45). "Los siete dones del Espíritu Santo, dice San Antonino, son los siete espíritus enviados al mundo contra los siete espíritus malos de que habla el Evangelio. El don de temor es opuesto al de la soberbia; el de consejo, a la avaricia; el de sabiduría, a la lujuria; el de inteligencia, a la gula; el de piedad, a la envidia; el de ciencia, a la ira; y el de fuerza a la pereza".

Los siete dones del Espíritu Santo son simbolizados por las siete antorchas y los siete canales del candelero de oro que el Señor mostró al profeta Zacarías con los olivos que destilaban aceite para mantener la luz de las siete lámparas de aquel candelero.

"Miré, dice Zacarías, y vi un candelero todo de oro, y su lámpara sobre la cabeza de él, y sus siete antorchas sobre él; y siete canales para las antorchas que estaban sobre su cabeza" (Zac. IV, 2).

Por el candelero de oro se entiende la Iglesia, que tiene por cabeza a Jesucristo, el cual recibió del Padre la plenitud de su Espíritu, significado por el aceite, para comunicarlo y derramarlo sobre los fieles. Las siete antorchas son las diversas operaciones de su Espíritu en los fieles; y el principal uso de éstas es derramar la luz y resplandor de la palabra de Dios. Los siete canales son los diversos medios con que la virtud espiritual de Jesucristo se comunica a sus miembros.

Los siete dones producen en las almas de los justos doce frutos principales, que San Pablo llama frutos del Espíritu Santo.

Mostrando los verdaderos ejercicios del cristiano, recomienda a los Gálatas que no cumplan los deseos de la carne, sino que andan en Espíritu, y les dice que el fruto del espíritu es: **caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad** (Gál. V, 22 y 23).

186. PECADOS CONTRA EL ESPIRITU SANTO

Son los que se oponen **directamente** a la infinita bondad de Dios, cualidad que se atribuye de un modo particular al Espíritu Santo.

El Evangelio habla de la gravedad de estos pecados contra el Espíritu Santo. "Todo el que dijere palabra contra el hijo del hombre, perdonada le será; mas el que la dijere contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este siglo ni en el otro" (Mat. XII, 32).

Son pecados de esta clase: **la desesperación de salvarse,** porque injuria gravemente la bondad del Señor, que se hizo hombre y murió en la Cruz por salvarnos; **la presunción de salvarse sin merecimientos,** que es una burla a la Bondad Divina, porque es valerse de ella, precisamente para vivir alejado de Dios; **la impugnación y rechazo de la verdad conocida,** porque al rechazar la verdad se rechaza a Dios y se resiste a su gracia; **la envidia de la gracia ajena,** que importa un odio satánico contra la gracia y los dones espirituales, y el deseo de que todo el mundo viva en la impiedad; **la obstinación en los pecados,** desoyendo las inspiraciones y movimientos del Espíritu Santo; y **la impenitencia final,** porque como dice el Eclesiástico, "el corazón duro lo pasará mal a lo último" (III, 27).

187. VENIDA DEL ESPIRITU SANTO SOBRE LOS APOSTOLES

Mucho tiempo antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, Dios había anunciado, por boca de los profetas de la antigua Ley que nos enviaría el Espíritu Consolador.

"Derramaré mi espíritu sobre toda carne; y pro-

fetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y aun también sobre mis siervos y siervas en aquellos días derramaré mi espíritu'' (Joel II, 28 y 29).

Con las mismas promesas de enviarles el Espíritu Santo consoló a sus Apóstoles nuestro divino Redentor.

''Yo rogaré al Padre, les decía, y os dará otro Consolador para que esté con vosotros eternamente, a saber, el **Espíritu de verdad,** a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conoceréis: porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros'' (S. Juan XIV, 16 y 17).

''Mas cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad que procede del Padre y que yo os enviaré de parte de mi Padre, **él dará testimonio de mí**'' (S. Juan XV, 26).

''**Os conviene** que yo me vaya, porque si yo no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo en orden al pecado, en orden a la justicia y en orden al juicio. En orden al pecado, por cuanto no han creído en mí; respecto a la justicia, porque yo me voy al Padre, y ya no me veréis; y tocante al juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado'' (S. Juan XVI, 7, 8, 9, 10 y 11).

''Cuando, empero, venga el Espíritu de verdad, **él os enseñará** todas las verdades; pues no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oído, y os pronunciará las venideras. **El me glorificará**; porque recibirá de lo mío y os lo anunciará'' (S. J. XVI, 13 y 14).

Momentos antes de su Ascensión a los cielos, preguntado por los Apóstoles si sería éste el tiempo en que había de restituir el reino a Israel, les contestó que no les correspondía a ellos saber los tiempos y momen-

tos que el Padre tenía reservados; pero los consoló diciéndoles: "Recibiréis, sí, la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y me serviréis de testigos en Jerusalén, y en toda la Judea y Samaria, y hasta el cabo del mundo" (Hech. I, 8).

Estas promesas tan consoladoras debían tener su cumplimiento en la Ley de gracia. Los dones del Espíritu Santo habían de ser el fruto de la Pasión y Muerte del Salvador; y así el Consolador prometido no vino hasta que Jesucristo hubo sido glorificado.

Diez días habían transcurrido desde la Ascensión de Jesucristo al cielo, y cincuenta de su gloriosa Resurrección, cuando en el tiempo en que los judíos celebraban la Pascua de Pentecostés, una de las fiestas más solemnes, destinada a conmemorar el día en que el Señor les dió la ley escrita en el monte Sinaí, el Espíritu Santo bajó sobre los Apóstoles para escribir en el corazón de cada uno de ellos la nueva ley del amor y encenderlos en su divino fuego.

San Lucas narra así la venida del Espíritu Santo:

"Al cumplirse, pues, los días de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar: cuando de repente sobrevino del cielo un ruido, como de viento impetuoso que soplaba, y llenó toda la casa donde estaban. Al mismo tiempo vieron aparecer unas como lenguas de fuego, que se repartieron y se asentaron sobre cada uno de ellos. **Entonces fueron llenados todos del Espíritu Santo,** y comenzaron a hablar en diversas lenguas las palabras que el Espíritu Santo ponía en su boca" (Hech. II, 1, 2, 3 y 4).

Hablando de ese día dice San Juan Crisóstomo: "Hoy la tierra se nos ha hecho cielo, no por haber bajado las estrellas del cielo a la tierra, sino por haber los apóstoles subido de la tierra al cielo: porque la gracia copiosa del Espíritu Santo se ha derramado por el mundo y le ha convertido en paraíso; no trocando

la naturaleza, pero enmendando y enderezando las voluntades. Halló el Espíritu Santo al publicano, e hízole evangelista; halló al perseguidor e hízole apóstol; halló al ladrón y llevóle al paraíso; halló la pecadora e hízola igual a las vírgenes; halló magos encantadores, y convirtióles en evangelistas. Desarraigó la maldad y plantó la bondad; desterró la servidumbre y trajo libertad; perdonó la deuda y diónos la gracia; y por esto digo que hoy la tierra se ha hecho cielo''.

El Espíritu Santo por medio del ministerio de los apóstoles fundó la Iglesia cristiana, primero en Jerusalén y después en los diferentes países que ellos recorrieron. ''El muro de la ciudad, dice el Apocalipsis, tenía doce cimientos y en ellos los doce nombres de los doce Apóstoles del Cordero'' (XXI, 14).

Enriquecidos con los tesoros de los dones divinos se realizó en los Apóstoles una transformación maravillosa. Eran hombres sin instrucción y de súbito desciende sobre sus inteligencias el espíritu de sabiduría, y pasan a ser los oráculos del mundo, los maestros de la verdad y la luz de los pueblos; eran ambiciosos que aspiraban a ocupar los primeros lugares de un reino temporal, y la caridad de Dios los transforma en modelos de sublime abnegación; eran pusilánimes y cobardes hasta el punto de abandonar a su Maestro cuando lo vieron perseguido y de negarlo, el más importante de ellos, por temor a las palabras de una criada, y el espíritu de fortaleza, que recibieron del Espíritu Santo, los hace fuertes, invencibles, conquistadores del mundo que no temen el fuego, ni el hierro, ni el frío, ni el hambre, ni la persecución y les da valor para derramar su sangre por la fe de Jesucristo.

Conforme al plan divino **era necesaria** la venida del Espíritu Santo. Los dones, gracias y merecimientos de Jesucristo, dice el Padre Rivadeneira, no nos serían de provecho sin el don del Espíritu Santo, por-

que así como cuando una persona necesita una medicina para alcanzar la salud, no basta con que la compre, sino que es menester que efectivamente la tome después de comprada, y de nada le sirve, si la desprecia y no se aprovecha de ella; de la misma manera, la medicina de la sangre de Jesucristo y de su preciosísima Pasión, aunque sea tan eficaz, saludable y poderosa para dar salud y vida a todo el mundo, no tiene eficacia en el enfermo que no la recibe, y para que la reciba se requieren la gracia y el favor del Espíritu Santo.

188. EL ESPIRITU SANTO ASISTE A LA IGLESIA DE JESUCRISTO, Y LA VIVIFICA

Dice San Agustín que lo que el alma es para el cuerpo del hombre, eso es el Espíritu Santo para el cuerpo místico de Jesucristo, la Iglesia; y que así como el alma vivifica todos los miembros de nuestro cuerpo, así el Espíritu Santo vivifica a todos y cada uno de los fieles que componen la Iglesia Católica.

El Catecismo nos enseña que el Espíritu Santo, como Dios está en todas partes; pero como dispensador de la gracia, está de una manera especial en la Iglesia Católica y en el alma del justo, que por eso se llama **esposa** del Espíritu Santo.

La Iglesia no puede errar jamás, en sus juicios o enseñanzas, en materia de fe y costumbres, porque está asistida por el Espíritu Santo, conforme a la promesa que hizo Jesucristo a los Apóstoles. "El Espíritu de verdad a quien el mundo no puede recibir... os enseñará todas las cosas... os enseñará todas las verdades" (S. Juan XIV).

Este Espíritu, prometido a los Apóstoles, a los

cuales acompañó siempre, vive y se perpetúa en la sucesión de los siglos, asistiendo a la Iglesia Católica, en las **resoluciones de los Concilios,** en el **Magisterio infalible del Sumo Pontífice,** y en las **enseñanzas de los Padres y Doctores de la Iglesia,** que nos trasmiten los dogmas de la tradición divina; y la asistirá hasta el último día de los tiempos, para que los hombres, conociendo la verdad, puedan alcanzar su salvación.

El Espíritu Santo constituye también la autoridad y la fuerza de los Obispos, que son los sucesores de los Apóstoles.

Al consagrar al Obispo se le unge la cabeza, y el consagrante dice en el acto de esta unción: "El óleo de la alegría descienda sobre la cabeza de este nuevo Aarón, a fin de que el Espíritu Santo sea la autoridad, el poder, la fuerza de su episcopado".

Así como los apóstoles quedaron transformados después que el Espíritu Santo bajó sobre ellos, muchos obispos, propuestos a la Santa Sede por los gobiernos civiles para que les sirvieran de instrumentos, han demostrado después de su consagración una fortaleza de carácter que no era presumible esperar de ellos.

Luis Felipe, rey de Francia, decía a propósito de ciertos obispos que él había propuesto, confiando en la conducta dócil que antes habían tenido con el Gobierno: "Todavía no reciben al Espíritu Santo, cuando ya tienen el diablo adentro". Esta expresión irrespetuosa y falsa, que empleaba el rey, sirve para demostrar el cambio radical operado en la conducta de los designados como obispos.

También se cuenta que Napoleón I tuvo la idea de fundar una Iglesia Católica Nacional, y quiso atraer a sus miras a un obispo, que creyó complaciente, Monseñor Miollis, obispo de los Alpes, y éste, para ganar tiempo, le contestó: "Dadme tiempo, yo no tomo resolución alguna de importancia sin consultar antes al

Espíritu Santo''. Al día siguiente, en presencia de algunos Cardenales y Obispos, Napoleón le preguntó en tono de burla: Y bien, ¿qué os ha dicho el Espíritu Santo? Y el obispo de los Alpes, que era hombre inteligente, le respondió: ''Sire, el Espíritu Santo no me ha dicho ni una sola palabra sobre las cuestiones de que V. M. me habló ayer''.

CAPITULO DECIMO OCTAVO

LA SANTA IGLESIA CATOLICA

189. LA IGLESIA CATOLICA

Si al morir Jesucristo en la Cruz, después de haber enseñado a los hombres las verdades necesarias para su salvación, no hubiera dejado en el mundo una sociedad y una autoridad que fueran el eco fiel de su voz divina, ésta se habría olvidado con el trascurso de los años, entre el cúmulo de los intereses humanos y los apetitos sensuales.

Jesucristo, con su sabiduría infinita, lo previó todo, y dejó fundada una sociedad perfecta e independiente, la Iglesia Católica, llamada a conservar intactas su doctrina y su moral hasta el final de los tiempos. Instituyó para gobernarla una jerarquía admirable, designando al Primado de ella a quien dió el poder de las llaves y además la infalibilidad necesaria para conservar sus enseñanzas; y prometió a él y a sus sucesores la divina asistencia, de manera que las puertas del infierno no prevalecieran contra la obra encargada de perpetuar su fe.

El misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, siguió pues realizando su obra salvadora, por medio de la Iglesia Católica, que como dice Moehler, es la encarnación permanente del Hijo de Dios a través de las edades.

Constituyen la Iglesia Católica los fieles cristianos

esparcidos en todo el mundo, que profesan la fe de Jesucristo y obedecen a su representante visible en la tierra, que es el Romano Pontífice.

Quedan fuera de ella los **infieles**, que no han recibido el bautismo, como los judíos y mahometanos; los **incrédulos, apóstatas** y **herejes**, porque aunque han recibido el bautismo rechazan voluntariamente su doctrina; los **cismáticos**, que niegan la obediencia al Pontífice Romano; y los **excomulgados**, que son los expulsados de su seno.

Los **pecadores** siguen siendo miembros de ella, pero como **miembros muertos**, a la manera de las ramas secas de un árbol que no reciben la savia vivificadora de las raíces.

La Iglesia es el **reino** de Jesucristo; pero reino espiritual, porque tiene el fin específico de procurar la salvación de las almas de sus miembros. "Mi reino, dijo el Señor, no es de este mundo" (San Juan XVIII, 36). No necesita la Iglesia riquezas temporales, sino en cuanto son necesarias para su fin espiritual, y el exceso del dinero le es perjudicial.

Dios ha permitido muchas veces que los perseguidores de la Iglesia se apoderen de sus bienes temporales, y eso no ha sido un obstáculo para que Ella continúe desempeñando su misión divina.

Jesucristo comparó a su Iglesia con un **rebaño**. Los fieles, tiernos en la fe, son los corderos; los pastores están figurados por las ovejas; y el pastor universal, encargado de conducir y apacentar el ganado, es el Sumo Pontífice, como sucesor de San Pedro y como representante en la tierra de Jesucristo, que es el Buen Pastor, que quiere atraer a su rebaño a todos los hombres. El dijo: "Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas" (S. Juan X, 11).

Llegará un día, anunciado por el Señor, en que "habrá un solo rebaño y un solo Pastor", y entonces reinará la paz en el mundo. Ese será el día en que todos ingresen a la Iglesia de Jesucristo, agrupándose en torno del Romano Pontífice.

La Iglesia Católica constituye en su organismo externo, un verdadero **cuerpo**, compuesto de diferentes miembros, y el alma que la anima es el Espíritu Santo, que le da vida con la virtud vivificadora de su gracia. Así como Dios, después de formado del barro el cuerpo del hombre, le infundió una alma inmortal; de la misma manera Jesucristo perfeccionó la obra de su Iglesia, enviándole el Espíritu Santo.

"Así como el cuerpo humano es uno, dice San Pablo, y tiene muchos miembros, y todos los miembros, con ser muchos, son un solo cuerpo, así también el cuerpo místico de Cristo. A este fin todos nosotros somos bautizados en un mismo Espíritu para componer un solo cuerpo, ya seamos judíos, ya gentiles, ya esclavos, ya libres; y todos hemos recibido un mismo Espíritu" (1 Cor. 12 y 13).

Todos los miembros de este cuerpo místico de Cristo deben estar íntimamente **unidos** entre sí, como los miembros del cuerpo humano, a fin de que no haya cisma o división; "antes tengan los miembros la misma solicitud unos de otros. Por donde si un miembro padece, todos los miembros se compadecen; y si un miembro es honrado, todos los miembros se gozan de él".

Y no hay que mirar a ninguno con desprecio, porque "aquellos miembros que parecen los más débiles del cuerpo, son los más necesarios" (1 Cor. XII, 22, 25 y 26).

Siendo Jesucristo la cabeza de la Iglesia Católica, nadie puede salvarse si no pertenece, por lo menos, al alma de Ella, porque el que está fuera del alma de ella

no participa de la vida sobrenatural de Jesucristo, que es Nuestro Redentor y Salvador.

La Iglesia Católica, consciente de que posee la verdadera doctrina de Jesucristo, y segura de su verdad, no acepta transacción alguna con el error. En cambio, las sectas cristianas, separadas de la Iglesia Católica, se sienten débiles, y no se atreven a negar que los católicos pueden salvarse, practicando su religión; lo que deja a éstos en una situación de manifiesta superioridad.

Esa fué la razón que movió al rey de Francia Enrique IV a preferir la religión católica sobre la protestante.

El historiador Perefixe cuenta su conversión. Se celebraba, dice, en San Dionisio una conferencia sobre religión, en presencia del rey y de toda su corte. De un lado varios teólogos católicos, y del otro los protestantes.

Viendo el rey que uno de los ministros protestantes no se atrevía a negar que pudiese haber salvación en la religión católica, tomó la palabra y dijo: ¡Cómo! ¿estáis de acuerdo en que puede haber salvación en la Iglesia Romana? El ministro protestante respondió: "que no lo dudaba, con tal que se viviese bien". Y vosotros, señores, dijo el rey a los doctores católicos, ¿pensáis que pueda salvarme permaneciendo protestante? — Pensamos, señor, y os declaramos que, habiendo conocido la Iglesia verdadera, estáis obligado a entrar en ella, y que no hay salvación para vuestra alma en el protestantismo. Entonces, el rey resolvió: "La prudencia exige que yo pertenezca a la religión de los católicos, y no a la vuestra, porque perteneciendo a la suya me salvo, según ellos y según vosotros, y perteneciendo a la vuestra, me salvo, según vosotros, pero no según ellos; la prudencia, pues, exige que yo siga lo más seguro". Y se hizo católico.

Todo ha cambiado en el mundo. Solo la Iglesia Católica permanece **inmutable** en su doctrina de verdad y enseña lo mismo que enseñó Jesucristo hace diez y nueve siglos.

"No hay nada más impresionante, dice el ilustre escritor mejicano Vasconcelos, que ver a la misma ciencia rectificándose; a diario los laboratorios introducen variantes en el sistema de Copérnico y ya hace mucho que desechamos a Tolomeo... La verdad de Cristo es la única verdad inmutable. Cambia la ciencia, según va variando la práctica; se modifican los gustos, según la época, el clima y la raza; y solo la ética que es valor del espíritu y en la idea que es ejercicio del alma, encontramos la suprema calidad de lo eterno".

190. UNA, SANTA, CATOLICA Y APOSTOLICA

La Iglesia es **una, santa, católica** y **apostólica,** y esas son las señales por las cuales se conoce que es verdadera.

Es **una,** porque Jesucristo fundó una sola y no varias Iglesias; porque siempre ha tenido y tiene en todas partes una misma fe, unos mismos sacramentos y una misma cabeza.

Es una, porque es el reino indestructible de Jesucristo, que es uno y que no puede dividirse, porque según las propias palabras del Señor: "todo reino dividido en sí mismo será destruído".

Es una, porque, como dice San Pablo, así como el cuerpo humano es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros, por ser muchos, son un solo cuerpo, así también la Iglesia, el cuerpo místico de Cristo es una; todos somos bautizados en un mismo Espíritu para componer un solo cuerpo; y todos hemos bebido un mismo Espíritu.

Es una, porque la unidad es requisito indispensable para alcanzar la salvación eterna de los hombres y el progreso moral de la humanidad, que supone unidad de pensamiento en las verdades fundamentales; unidad de voluntades por la aproximación al tipo de la perfección, que es Dios; y unidad de acción por la concordia en el empleo de los medios. Esa unidad, dice Toniolo, solo la realiza la Iglesia: en el entendimiento, por medio del Dogma; en las voluntades, con su Moral; y en la acción, con la dirección de su autoridad infalible.

No hay nada, dice Màdame Swetchine, tan universal y tan sencillo como equivocarse. Y he aquí porque Dios ha establecido en su Iglesia una sola autoridad y está, infalible.

Es **santa**, porque su fundador, el santo de los santos, la instituyó para santificarnos, con doctrina santa, con moral santa, y con sacramentos santos.

La Iglesia santa es una madre tierna que nos recibe en sus brazos al nacer, nos acompaña durante el curso de la vida y nos bendice al morir, abriéndonos el camino de la eterna felicidad.

''Apenas abrimos los ojos a la luz de la razón, dice Concepción Arenal, nos enseña las verdades que necesitamos para ser buenos y dichosos y nos da sus santas leyes. Nos olvidamos de ella y ella no nos olvida nunca; la huimos y nos sigue; la ofendemos y nos perdona; la maldecimos y nos bendice. Si los hombres nos persiguen injustamente, ella acude con justicia; turban nuestro reposo, nos da su paz; nos afligen, trae su consuelo; la ley nos impone una merecida pena, llega con su misericordia. Cuando todos nos abandonan, nos acoge; cuando todos nos persiguen, nos da asilo; cuando todos nos escarnecen, nos honra; y por manchados que estemos, nunca teme mancharse, y siempre nos abre amantes sus amorosos brazos. Todos sus preceptos son

justos; todos sus consejos, santos; todos benditos. Mira con ojos de piedad y habla con voz de amor, y perdona el mal que hemos causado, y recuerda el bien que hicimos y recoge nuestras lágrimas de arrepentimiento como en un cáliz sagrado. Siempre nos llama hijos, aunque la llenemos de dolor y de vergüenza; nos sigue adonde quiera que vayamos; entra con nosotros en la prisión, baja al calabozo, sube al cadalso, e implora la misericordia divina, recitando la misma oración sobre el cadáver del rey que del pobre presidiario".

Solo Ella forma santos y hace hombres perfectos, en cuanto lo permite nuestra pobre condición humana, porque solo Ella nos enseña los deberes integrales, empezando por los que tenemos para con Dios; y después de enseñarnos los deberes, nos da la gracia divina para cumplirlos. Nadie discute la santidad de los grandes hombres, cuya memoria venera la Iglesia Católica y es la única Iglesia que se atreve a declarar santos.

El poeta Racine quería que su hijo fuera un perfecto hombre de bien y para ello le aconsejaba en primer término el cumplimiento de sus deberes religiosos. "No dudo, le decía, que haciendo todo cuanto esté de tu parte para ser un perfecto hombre de bien, te persuadirás que no podrías serlo sin dar a Dios lo que le es debido".

La santidad de la Iglesia se manifiesta especialmente en la conducta que observa con los que la calumnian o persiguen. "Contra todos aquellos que la calumnian, la encadenan o la traicionan, decía Montalembert en la Cámara Francesa, tiene la Iglesia, seguras desde hace diez y ocho siglos, una victoria y una venganza: una venganza, la de rogar por ellos; y una victoria, sobrevivirles".

Es **católica,** o sea universal, porque Jesucristo la fundó para todos los hombres, hasta el fin de los tiempos y para todos los lugares de la tierra.

La Iglesia existe esparcida **de hecho** en todos los ámbitos de la tierra, y está llamada **de derecho** a reunir a todos los hombres en un solo rebaño, bajo el cayado de un solo Pastor. Ella logró extenderse por todo el mundo y ha triunfado en todos los climas y en todas las razas. Montesquieu advierte sobre este carácter universal de la Iglesia: "Dios por leyes que nos son desconocidas ensancha y dilata como le place los límites de su Religión. ¿Escóndese la fe dentro de los subterráneos? Esperad, y la veréis debajo del dosel imperial. No son los triunfantes obstáculos de la tierra los que detienen sus pasos. Fomentad en los espíritus la mayor repugnancia contra ella; ella misma vencerá estas repugnancias. Inventad costumbres, fomentad ideas, publicad edictos, promulgad leyes: ella al fin triunfará del clima, de las leyes y de los legisladores".

Y esto no quiere decir que no tenga enemigos; los tiene y en todas partes; y los tendrá hasta el fin de los tiempos, porque su doctrina santa contradice a las pasiones humanas. La promesa que la Iglesia tiene de Jesucristo, dice Hettinger, no es de que destruirá a sus enemigos, sino de que no será destruída por ellos.

Los incrédulos que la combaten, muy a menudo contribuyen a sus triunfos. "Creéis, les decía Lacordaire, que trabajáis contra nosotros y no sois sino los heraldos del Evangelio que se apresta a más vastas conquistas. Historiadores, filósofos y sabios, recogéis de todas partes preciosos materiales; labráis con el sudor de vuestra frente las piedras para el templo cuyo único arquitecto será el Cristo y a este templo entraréis mañana vosotros para cantar juntos el eterno Credo".

Finalmente es **apostólica** o sea tiene la misma doctrina que enseñaron los apóstoles, y viene, en sucesión no interrumpida, desde el tiempo de ellos, que recibie-

ron directamente de Jesucristo el encargo de propagar y gobernar su Iglesia.

La Iglesia Católica es la misma que fundó Jesucristo y propagaron los apóstoles. Las demás religiones que se llaman cristianas empezaron a vivir muchos siglos después de Jesucristo y de los Apóstoles, y, por lo tanto, no son apostólicas. Por eso, están en condición muy diversa el católico que abandona su religión para hacerse protestante, y el protestante que se convierte a la religión católica.

El Conde De Maistre decía que el católico que pasa a ser protestante apostata verdaderamente, pues que abandona creencias y niega hoy lo que creía ayer; mientras que el protestante que pasa a ser católico no abdica ningún dogma, ni niega nada de lo que creía; lejos de eso, cree ahora lo que antes negaba, lo que es cosa muy diversa.

El literato alemán Werner, elevado en Berlín a los más altos cargos, lo abandonó todo para hacerse católico y después sacerdote, muriendo como religioso redentorista. Comiendo un día con altos personajes protestantes, uno de ellos que no podía perdonarle el haber abandonado la reforma, le dijo, que él nunca había podido estimar a un hombre que cambiaba de religión. Yo tampoco, replicó Werner, y por eso precisamente he despreciado siempre a Lutero.

El protestantismo y la religión griego-cismática debieron su origen a las pasiones de hombres soberbios que se apartaron de la religión que antes practicaban, y lo que llevaron de la doctrina de la Iglesia Católica lo han alterado y obscurecido en términos tales que si resucitaran los que iniciaron la separación no reconocerían el sistema religioso que ellos idearon.

El protestantismo no puede siquiera exhibir un resumen de su doctrina; de modo que como religión, esto es, como un sistema de creencias religiosas, en

realidad no existe; es una simple aglomeración de personas, unidas, no por preceptos positivos de que carecen, sino por la idea negativa de rechazar la autoridad del Romano Pontífice. Chesterton, el gran escritor inglés, afirma que el protestantismo como sistema religioso, como religión nacional y común, ha desaparecido, se ha evaporado y que lo único que existe es el odio al Catolicismo.

Los templos protestantes son fríos, porque no reside en ellos el Autor de la vida, como reside en los templos católicos, donde éstos rinden el homenaje de amor a su Dios, realmente presente.

La inferioridad religiosa del Protestantismo es algo que se impone a primera vista y no sufre comparación posible con la gran fuerza moral del Catolicismo.

En la puerta de una iglesia católica de Edimburgo se leía el siguiente manifiesto, dirigido a los visitantes no católicos: "Esta iglesia pertenece a la comunidad cristiana más grande del mundo, que comprende trescientos veinte millones de hombres. La religión que aquí se enseña es la misma que fué enseñada en todas las regiones de este país antes de la reforma protestante. En esta iglesia no estáis solos, porque en el tabernáculo, en medio del altar mayor, está Jesucristo, tal como estaba en el pesebre de Belén y en la Cruz del Calvario. Por eso los católicos se arrodillan delante del altar, y se os ruega a vosotros os portéis con respeto. Las estatuas que veis no son de ídolos; son como vuestra fotografía que lleva un recuerdo a los amigos que están lejos. Si veis a un católico arrodillado delante de ellas, no penséis que las adora; solamente pide a los santos que representan para que intercedan por él delante de Dios, de la misma manera que vosotros pedís a un amigo para que interceda por vosotros. No creáis las historias que os cuentan de los católicos; no pueden ser verdaderas con respecto a trescientos vein-

te millones de hombres, entre los que se cuentan muchos de los más insignes personajes de nuestros días..."

La Iglesia rusa cismática sufrió un golpe de muerte, al caer el Czarismo, que era la armazón que la mantenía en pie, y se declaró impotente para resistir al bolchevismo.

En realidad, la religión católica es la única de las que profesan el cristianismo que puede exhibir un credo completo de su doctrina y una organización sólida y universal.

191. ES UNA SOCIEDAD PERFECTA E INDEPENDIENTE

La Iglesia Católica es una sociedad perfecta, que tiene la elevada misión de conducir las almas al cielo. En el ejercicio de su ministerio es independiente del Estado, el cual, sin embargo, le debe protección y ayuda para que pueda realizar su misión espiritual de salvar las almas, que prima sobre los fines temporales que busca el Estado.

Constituye un crimen contra la civilización todo lo que tiende a divorciar la Iglesia del Estado, o a disminuir la bienhechora influencia de aquella.

Son dos árboles gemelos, dice Monseñor Gibier obispo de Versalles, cuyas raíces están enérgicamente enlazadas en el subsuelo glorioso de nuestra historia, donde ha corrido a torrentes la sangre de nuestros padres. Llevar el hacha a las raíces de la religión sería llevarla a las raíces mismas del Estado".

Clemenceau, el famoso político radical francés, reconoció, durante la última guerra mundial, que la separación de la Iglesia y del Estado y la ley sobre Asociaciones religiosas dictada en Francia pocos años antes habían constituído enormes faltas y que la gue-

rra proporcionaba ocasión favorable para repararlas. Desgraciadamente, la reparación completa no ha llegado, y esas leyes inicuas todavía no han sido derogadas.

El clero católico es el mejor auxiliar del Estado. Bajo el punto de vista material, es el que protege a los pobres y a los hombres de trabajo; que crea un estado de confianza para el desarrollo del comercio y de la industria y el que fomenta las artes y, las letras; y bajo el punto de vista moral, beneficia a la sociedad con sus sabias enseñanzas y con su acción constante sobre las almas, predicando el sentimiento de la justicia, el amor al prójimo, el respeto de sí mismo y el cuidado de la dignidad moral, el espíritu de abnegación y de sacrificio, en una palabra, todo lo que constituye la grandeza y la fuerza de un Estado.

Si la Iglesia no hace mayor labor social, no es por falta de voluntad o por defecto de su doctrina, sino porque sus enemigos se lo impiden, con uno u otro pretexto.

Donoso Cortés decía a Guizot: ''Culpa es de los reyes de la tierra y de los gobiernos del mundo que no se lo han consentido a fuerza de ponerle trabas y obstáculos... Mientras que los hombres se ocupan en aborrecerse y devorarse mutuamente, la Iglesia sola arde todavía en amor a los hombres, porque el amor ha sido siempre su patriotismo, su fuerza, y su secreto''.

192. SIEMPRE PERSEGUIDA Y SIEMPRE EXISTENTE

Jesucristo dejó a su Iglesia el legado doloroso de la persecución y de los sufrimientos, para que fuera un reflejo fiel de lo que El padeció en la tierra. La Cruz, que es su emblema, es signo de contradicción y de lucha perpetua.

Durante los primeros siglos de su vida sufrió la Iglesia diez persecuciones generales, que hicieron subir a la cifra de once millones el número de los mártires; y esas persecuciones se han reproducido, de tiempo en tiempo, en el transcurso de las edades.

En el momento en que escribimos estas líneas la Iglesia padece gravísima persecución en la República Española, en Rusia y en Méjico.

Pero nunca han faltado los milagros y las manifestaciones especiales de la protección divina, prometida a la Iglesia hasta el final de los siglos, cumpliéndose literalmente las palabras de Jesucristo, cuando anunció que las puertas del infierno no prevalecerían contra su Iglesia (Mat. XVI, 18).

Después de las persecuciones que hoy sufre la Iglesia, se vislumbran días mejores. El Santo Pontífice Pío X, hablando de los sufrimientos de la Iglesia, dijo en su Encíclica de 2 de Febrero de 1914 que "las piadosas solicitaciones de la Virgen nos hacen esperar la salvación para un tiempo más próximo de lo que habríamos creído... Tanto más cuanto que es una especie de ley de la Divina Providencia, según la experiencia nos enseña, que de los últimos esfuerzos del mal a la libertad no hubo jamás largo espacio... Cerca está su tiempo. No tardarán sus días, porque se compadecerá el Señor de Jacob, y elegirá todavía algunos de Israel. Por eso con entera confianza Nos podemos esperar tener que exclamar pronto: El Señor ha hecho pe-

dazos el cetro de los impíos. Toda la tierra en paz y silencio: se alegra y regocija".

Y el actual Pontífice Pío XI, dirigiéndose a los jóvenes católicos mejicanos que lo visitaron en Enero de 1927, en plena persecución religiosa en Méjico, les dijo estas consoladoras palabras: "La única cosa que debéis temer, el único mal es el pecado. Fuera de esto nada os debe infundir temor... Dios está con vosotros. Esto lo ha dicho Jesucristo... Sí, Jesucristo, que es Rey; y si El está con vosotros, ¿quién puede estar contra vosotros?... Si Dios está con vosotros, participaréis de la fortaleza misma de Dios, como lo estáis participando ahora. Porque del que está conmigo, dijo el Redentor, de ese es la victoria y nosotros estamos con El y El con nosotros. Cristo no muere, ni puede morir, Murió sí una vez por darnos la vida, pero resucitó. Cristo, una vez resucitado, ya no puede morir. Cristo no muere, ni morirá nunca".

193. DIVINA INSTITUCION DE LA IGLESIA

Dice el Catecismo Romano que "no fueron los hombres los autores de esta Iglesia, sino el mismo Dios inmortal". Es, pues, obra divina, y esta verdad es la única que explica la perpetua vitalidad de la Iglesia, en medio de las persecuciones que por todas partes la combaten.

Como obra de Dios, ella supera a todas las demás en grandeza y duración. Hace diez y nueve siglos, dice Augusto Nicolás, a que fué fundada, y se encuentra hoy más joven y lozana que nunca. Los autores humanos no viven con sus obras. Si se pregunta algo a las obras de la pintura, dice Platón, ellas guardan profundo silencio. Lo mismo sucede con la escritura, que ignora lo que debe decir a un hombre ni lo que debe

callar a otro. Si se las ataca e insulta injustamente, no pueden defenderse, porque jamás está allí su padre para apoyarlas. Solamente la Iglesia, obra de Jesucristo responde siempre lo que se le interroga; sabe lo que debe decir y lo que debe callar y no puede ser atacada e insultada, sin que se defienda. No hay otra sociedad más militante, ni más subsistente que ella, aun careciendo de todos los medios humanos. Parece que va a ser vencida cuando triunfa, para dirigir al mundo, conducirlo y sostenerlo con sus leyes. Su poder estriba en que cuenta con la presencia, con el apoyo, con la acción constante de su propio Autor, que cumple las palabras que dijo al desaparecer de la vista de sus enviados: "Estad ciertos de que estaré continuamente con vosotros hasta la consumación de los siglos".

Para fundar su Iglesia eligió como sus **apóstoles** a doce de sus discípulos, y les dió sus propios poderes para la salvación de los hombres.

No buscó hombres nobles, ricos, poderosos, letrados, políticos, ni guerreros, sino a unos pobres y humildes pescadores; y a ellos confió el ministerio importantísimo de propagar el Evangelio en todo el mundo.

"Como mi Padre me envió, así os envío también a vosotros" (S. Juan XX, 21).

"Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, e instruíd a todas las naciones en el camino de la salud, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándolas a observar todas las cosas que yo os he mandado. Y estad ciertos que yo mismo estaré siempre con vosotros, hasta la consumación de los siglos" (Mat. XXVIII, 18, 19 y 20).

"Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad le-

prosos, lanzad demonios; dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido. No llevéis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos, ni alforja para el viaje, ni más de una túnica y un calzado, ni tampoco bastón u otra arma para defenderos; porque el que trabaja merece que le sustenten... Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos; por tanto, habéis de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas... Os delatarán a los tribunales, y os azotarán en sus sinagogas; y por mi causa seréis conducidos ante los gobernadores y los reyes para dar testimonio de mí a ellos y a las naciones"... Cuando en una ciudad os persigan, huid a otra. En verdad os digo, que no acabaréis de convertir las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del hombre" (Mat. X).

"Recibid el Espíritu Santo. Aquéllos cuyos pecados perdonareis, perdonados les serán; y los que retuvieseis sin perdonar, serán retenidos" (S. Juan XX, 22 y 23).

Jesucristo dió fin a la fundación de su Iglesia, enviando el **Espíritu Santo** sobre los apóstoles que había elegido.

Desde mucho tiempo antes tenía Dios anunciado, en el Antiguo Testamento, por boca de sus profetas, que enviaría a los hombres el Espíritu Consolador. "Derramaré aguas sobre la tierra, decían, y arroyos sobre la seca... Entonces profetizarán vuestros hijos, vuestros ancianos soñarán y vuestros jóvenes verán visiones. Les declararé mi voluntad y cosas muy extraordinarias en sueños y visiones misteriosas. Y no esconderé más mi rostro de ellos, porque derramaré mi espíritu de gracia, de justicia y santidad sobre toda la casa de Israel cuando entrare en ella mi Iglesia, y entonces experimentará los efectos de mi misericordia y tendrá salud. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo, que nunca más será confundido".

Las mismas promesas de enviarles el Espíritu Santo repitió a sus apóstoles: "Yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador y abogado, para que esté con vosotros eternamente, a saber, el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir".

"El consolador, el Espíritu Santo, que mi Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo, y os recordará cuantas cosas os tengo dichas".

"Os conviene que yo me vaya, porque si yo no me voy, el consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os le enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo en orden al pecado, en orden a la justicia y en maravillosa transformación.

"El Espíritu de verdad os enseñará todas las verdades necesarias para la salvación; pues no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oído y os prenunciará las venideras" (S. Juan XIV,, 16, 17 y 26; XVI, 7, 8 y 13).

Estas promesas tuvieron estricto cumplimiento en tiempo de la Ley de Gracia. Habían transcurrido diez días desde la Ascensión de Jesucristo al cielo, y en circunstancias que los judíos celebraban la Pascua de Pentecostés para conmemorar el día en que el Señor les dió la ley escrita en el monte Sinaí, el Espíritu Santo, en figura de lenguas de fuego, bajó sobre los apóstoles para escribir en sus corazones la nueva ley del amor. El Espíritu de verdad fué el alma infundida en la naciente Iglesia, la cual realizó en los apóstoles una maravillosa transformación.

Se operó un cambio grande en su **inteligencia,** pues demostraron tener ideas precisas y una convicción profunda de las verdades de la fe; en su corazón, que quedó lleno del amor de Dios a fin de que pudieran traducir con sus palabras lo que abundaba en su interior; y en su **voluntad,** que manifestaron, en mo-

mentos difíciles, acompañada del carácter suficiente para cumplir los mandamientos y predicar con el ejemplo de sus virtudes.

"Ved, dice San Crisóstomo, con qué intrepidez se conducen. Superan todos los obstáculos, a la manera que el fuego devora la paja que halla a su paso. Ciudades enteras se levantan contra ellos; las naciones se coligan para perderles; las guerras, las fieras, el hierro, el fuego les amenazan. ¡Vanos esfuerzos! a vista de tales peligros se mantienen tan serenos, cual si se tratara de amenazas y enemigos quiméricos. Están desarmados, y hacen frente a legiones enteras; carecen de toda humana instrucción, y compiten con multitud de oradores, sofistas, filósofos y los confunden. San Pablo por si solo humilla el orgullo de la Academia, del Liceo y del Pórtico; los discípulos de Platón, de Aristóteles y Zenón se quedan mudos en presencia de él".

Llenos del Espíritu Santo los apóstoles empezaron a predicar por todas partes la palabra del Señor, y Dios favorecía sus trabajos, por medio de prodigios y milagros, que hacían cada día más numerosa la multitud de los oyentes. "Muchos creyeron", dicen los Libros Santos, al hablar de las primeras conquistas de los apóstoles. Más adelante leemos: "se contaban ya cinco mil cristianos"; y después agregan: "este número iba en aumento".

Se constituyeron así las primeras iglesias de cristianos a que alude San Pablo en sus cartas.

Los escritores y apologistas de los primeros tiempos describen asombrados el rápido incremento de la Iglesia de Cristo.

"Ha extendido su ramaje, dice Lactancio, por oriente y occidente, de tal suerte que apenas queda rincón de la tierra, por lejano que esté, en que la religión no haya penetrado".

Orígenes dice: "En todo el orbe de la tierra, en toda la Grecia y en todas las naciones extranjeras, son innumerables los que habiendo dejado a sus padres, sus leyes, y a los que juzgaban sus dioses, se han entregado a la observancia de la ley de Moisés y al servicio y culto de Cristo".

Roma, la capital del imperio y la ciudadela de la idolatría, estaba llena de cristianos. "Somos de ayer, decía Tertuliano, y lo llenamos todo: vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras colonias, vuestras aldeas,... el palacio del Emperador, el Senado, el Foro... Solo os hemos dejado los templos".

Y amenzaba a los paganos con estas palabras: "Podríamos, sin rebelarnos abiertamente, haceros experimentar una ignominiosa derrota; bastaría para ello que nos separásemos de vosotros".

El desarrollo de la religión cristiana fué tan efectivo, a pesar de las persecuciones, que la Cruz llegó a flamear en las alturas del Capitolio y la Roma de los Césares pasó a ser la capital del mundo cristiano.

Los emperadores romanos, con todo su poderío, no lograron mantenerla encerrada en las catacumbas.

El Cardenal Lavigerie solía decir esta frase, que se inscribió en el mausoleo levantado en su honor, en la ciudad de Cartago: "Soy el servidor de un Amo al que jamás se ha podido encerrar en una tumba".

El establecimiento de la Iglesia, su propagación rápida por todo el mundo, y su conservación maravillosa al través de los siglos es una prueba manifiesta de su divina institución.

"Hace diez y nueve siglos, dice Monseñor Tissier, aparece un hombre que se llama el Hijo de Dios. Nace en las pajas de un pesebre, pobre y débil. Su vida transcurre en el sufrimiento y el olvido. Antes de morir sobre una Cruz como un criminal, escoge apóstoles para realizar su obra; pero no escoge ricos, ni sabios,

ni valientes: doce hombres ignorantes y cobardes. Judas lo traiciona, Pedro lo niega, los demás lo abandonan. Resucita, y encontrando a estos mismos apóstoles les inspira no sé qué divina luz y qué santa audacia: ''Id por el mundo, les dice, y predicad lo que os he enseñado: Yo estaré con vosotros''. Y he aquí que desafiando los peligros y la muerte se reparten el mundo para conquistarlo''.

''En vista de este entusiasmo pensaréis talvez que su doctrina es simpática y seductora. Desengañaos: el símbolo de su fe no tiene sino dogmas llenos de misterios; contradice todas las concepciones del pensamiento humano; trastorna todas las ideas de la filosofía antigua, humillando el orgullo de los sabios y la razón de los sencillos. Y al lado de sus dogmas, ¡qué moralidad tan austera! Ella no ha cambiado. El Evangelio declara una guerra sin cuartel a las pasiones. ¿Qué acogida debía hacer a esta ley de sacrificio y de penitencia un mundo egoísta, corrompido y envejecido en los placeres?

Y sin embargo, la Iglesia se funda; se adora al Dios Crucificado; se aceptan sus misterios increíbles. Con generoso ardor, grandes y pequeños, ricos y pobres abrazan esta ley sublime, pero dura. ¡Y no es la fuerza, ni la riqueza, ni el prestigio de las armas lo que revoluciona el mundo! El Evangelio solo enseña a sacrificarse y a morir. En vano se ligan contra él las potencias políticas; en vano la herejía toma mil formas y dispara mil golpes. El Cristo al fin triunfa y reina. Todo lo ha sometido. No podéis mirar el pasado sin encontrar en todas partes señales de su victoria''.

''Y ahora que de nuevo todo parece desencadenado contra él; en este momento en que el odio contra Dios crece hasta inspirar miedo; en esta época en que la impiedad parece haber concluído con el nombre de cristiano, yo no os dejaré creer en la derrota del Evan-

gelio. Si el ejército del mal tiene soldados numerosos, nunca ha mostrado más valor el ejército del bien. El ruido de estas luchas ha llegado hasta las almas más sordas y no ha muerto una religión que tiene al frente tantos enemigos. Explicadme, si no es por el más asombroso de los milagros, esos triunfos pasados y ese vigor presente de la Iglesia Católica. Esto no se ha hecho solo: ha sido menester el brazo divino para sostener el peso de esta obra inmensa''.

194. EL JEFE SUPREMO DE LA IGLESIA

El jefe supremo de la Iglesia Católica es el Papa, el Romano Pontífice, como sucesor de San Pedro, a quien Jesucristo constituyó como fundamento visible y cabeza de su Iglesia.

Preguntó un día Jesús a sus discípulos: ¿Y vosotros quién decís que soy yo? Respondió Simón Pedro y dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y luego que Pedro hubo así confesado ante los otros apóstoles la divinidad de Jesucristo, el Señor le contestó: Bienaventurado eres Simón, hijo de Juan, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos (Mat. XVI, 13 a 19).

El Señor había anunciado antes a Simón, cuando por primera vez fijó sus ojos en él, que se llamaría **Cefas**, nombre que significa piedra o roca. Al decirle ahora: ''Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia'', lo eligió para **fundamento** de ella, y con esas palabras le prometió, según dicen los expositores, hacerlo cabeza

o suprema autoridad visible de su Iglesia, porque lo que el cimiento es para un edificio material, eso es la autoridad para el edificio moral de la sociedad.

Como fundamento visible mantiene la estabilidad y la unidad de la Iglesia; de manera que la Iglesia Católica es la verdadera Iglesia de Jesucristo, precisamente porque en ella está el Papa. Como dice el Concilio Vaticano: "El primado del Papa es el principio permanente y el fundamento visible de la unidad de la Iglesia".

Eligió el Señor a Pedro para **cabeza** de su Iglesia, y como a tal le prometió las llaves del reino de los cielos, figura que designa la plenitud del poder, porque según la antigua costumbre, al dueño de una ciudad se le entregaban las llaves, como símbolo del mando.

Después de su resurrección, cumplió el Señor las promesas que había hecho a Pedro de constituirlo fundamento y cabeza de su Iglesia, al mandarle apacentar, o sea, enseñar y dirigir a sus corderos (los simples fieles); y las ovejas (que son los prelados y demás pastores).

Cuenta el evangelista San Juan que la tercera vez que Jesús apareció a sus discípulos, después que resucitó de entre los muertos, dijo Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que éstos? Dícele: Sí Señor, tú sabes que te amo. Dícele: Apacienta mis corderos. Segunda vez le dice: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Respóndele: Sí Señor, tú sabes que te amo. Dícele: Apacienta mis corderos. Dícele tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se contristó de que por tercera vez le preguntase si le amaba; y así respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú conoces bien que yo te amo. Díjole Jesús: Apacienta mis ovejas (S. Juan XXI, 14 a 17-.

El ser fundamento y cabeza de la Iglesia, a la cual el Señor prometió su asistencia de todos los días, fué

un don hecho a Pedro, como príncipe de los apóstoles, para que después de su muerte, lo trasmitiera a sus sucesores, de modo que la Iglesia pudiera conservarse hasta el fin de los siglos, conforme a las palabras del Señor. El curso de la historia así lo ha confirmado, pues las pasiones humanas, el poder de la fuerza, los cismas, y las herejías y revoluciones religiosas no han logrado destruir ese fundamento; y después de veinte siglos, el Obispo de Roma, como sucesor de San Pedro, continúa siendo reconocido como cabeza visible de la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Se han derrumbado muchos imperios y han caído muchos tronos; pero el trono pontificio continúa en pie, como el primer día. Es el más antiguo de Europa, y sigue siendo el apoyo moral de los pueblos y el representante más elevado del derecho, que levanta valerosa su voz, cada vez que ve amenazada la dignidad humana.

El Pontífice Romano no muere. Cuando Pío VI murió en Valencia de Francia, donde estaba desterrado ,algunos exclamaron: ''Hemos sepultado al último Papa''. En efecto, las circunstancias no podían ser peores. Roma estaba ocupada por los revolucionarios franceses; los Cardenales, que debían elegir al sucesor, estaban dispersos, gimiendo en el destierro; Italia era el teatro de una lucha espantosa y toda la Europa ardía en guerras sangrientas. Sin embargo, Dios velaba por su Iglesia y se burló de las previsiones humanas. Treinta y nueve cardenales, venidos de diversos puntos, lograron reunirse en Venecia, en la iglesia de San Jorge, y eligieron Papa a Gregorio Bernabé, de los condes de Chiaramonti, que tomó el nombre de Pío VII, el cual más tarde sostuvo luchas memorables con el mismo Napoleón y ofreció refugio en Roma a la propia familia de su perseguidor, ya destronado.

Esta admirable vitalidad del Pontificado es una

de las manifestaciones más claras de la divinidad de la Religión Católica y ha originado muchas conversiones. Monseñor Felize, Vicario Apostólico de Noruega, cuenta que en una misión se le presentó un protestante, que le preguntó con mucho interés: ¿Existe todavía el Papa? — Ciertamente, le contestó Mgr. Felize. — Pues bien, si es así, yo quiero ser católico. — El Vicario quedó muy admirado y el protestante continuó: ¿Qué cosa más clara? Lutero, fundador del protestantismo, dijo que él sería la muerte del Papa. Si, hoy, después de cuatro siglos, todavía existe el Papa, quiere decir que Lutero ha mentido; y Dios no puede haber elegido a un mentiroso para fundar una religión o reformar a la Iglesia, que ha tenido y sigue teniendo un Papa.

El padre Monsabré trae una meditación muy hermosa sobre esta perpetuidad del Pontificado. Un día, dice, creí ver delante de mí un mar inmenso agitado por la tempestad. En medio de las olas tumultuosas se levantaba una roca cuya encumbrada cima elevaba hasta el cielo un edificio lleno de luz y de cánticos de fiesta. Estaba de pie, tranquilo, como si en torno suyo reinaran la soledad y el silencio. Y sin embargo, las olas furiosas y rugientes se precipitaban con todo su peso sobre él y rompían sobre sus flancos. Los monstruos del abismo chocaban contra él y caían ahogados en las olas. Los navíos de alto borde lo golpeaban con sus proas y se hundían a sus pies. Las águilas y los cuervos procuraban despedazarlo con sus picos y sus garras, y sus picos y sus garras quedaban ensangrentados. Millones de parásitos se pegaban a sus costados para roerlos y no lograban tomar nada. Yo estaba conmovido: me parecía que esa piedra inmóvil vivía. ¿Quién eres?, le pregunté, tú, a quien nada asombra, nada quebranta y nada divide? Y del seno de la roca, brotaron de repente estas palabras: "Tú eres Pedro,

y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella''.

La vida del Pontificado en el transcurso de los siglos es una alternativa constante de dolores y triunfos; y en esa alternativa fundaba el Cardenal Manning, Azobispo de Westminster, sus esperanzas de una victoria definitiva de la Iglesia Católica.

Cuarenta y seis Papas, decía, fueron arrojados de Roma, o murieron sin poder poner el pie en ella, a saber: San Pedro fué arrojado de Roma siete años después de haber establecido allí su Sede; el emperador Trajano arrojó a San Clemente; el emperador Galo al Papa Cornelio; Constantino confinó a la Tracia al Papa Liberio; Teodorico aprisionó en Ravena a Juan I; Justiniano desterró a los Papas Silverio y Vigilio; Constante confinó a Crimea a Martino I; perseguido tuvo León III que abandonar Roma; un rey de Italia obligó a Juan VII a refugiarse en Francia; Otón I arrojó de Roma a Juan VIII, y después confinó en horrible clima a Benedicto V. Un anti-papa expulsó de Roma a Benedicto VIII; los revolucionarios expulsaron de Roma a Juan XIII, a Juan XV y a Gregorio V. Dos veces fué arrojado de Roma Benedicto IX; lo mismo Gregorio IV y Alejandro II. Por amor a la justicia murió en el destierro Gregorio VII; bandidos alejaron de Roma a Inocencio II; insurrectos expulsaron a Eugenio III y Adriano IV; varias veces fué desterrado Alejandro III; desterrados salieron de Roma Lucio III, Gregorio IX, Inocencio IV, Urbano IV, Bonifacio IX, Inocencio VII; ejércitos hicieron huir de Roma a Juan XXIII, Eugenio IV y Clemente VII. Fueron expulsados de Roma Pío VI, Pío VII y Pío IX. Si a éstos agregamos los mártires, suman por todo ochenta y dos Papas perseguidos.

En cambio, ha habido Papas, que han gobernado durante largos años.

Cuando el mundo católico celebró el jubileo pontifical del gran León XIII, al cumplir sus veinticinco años de gobierno, el diario norteamericano **Tribune,** de la ciudad de Chicago, hizo el siguiente elogio, que es una verdadera apología del Pontificado Romano:

"Ser el guía espiritual, infalible, de una multitud, quizás la sexta parte de la población del mundo; heredar del jefe de los apóstoles, por una sucesión no interrumpida de 273 Papas, una supremacía de honor y autoridad entre el pueblo cristiano; disfrutar tan inefable dignidad y poder en la ciudad de Roma, imperial y eterna; hacer obrar y dirigir un mecanismo de Patriarcas, Arzobispos, Obispos, sacerdotes, e incontables órdenes de religiosos y religiosas, mecanismo que por su delicadeza y lo eficaz de sus trabajos es la maravilla del mundo; tener intereses y deberes relacionados con todas las naciones de ambos hemisferios; seguir y vigilar el curso de todas las cosas civiles y eclesiásticas en pro de una organización que tiene sus ramificaciones en todos los resquicios del edificio social, así en toda Europa, como en América y muchas partes del Asia y del Africa; ¿qué puede exhibir la tierra capaz de compararse con esto en la eminencia del rango, en la anchura de lo que abarca la vista, y en el alcance del poder? El haber ocupado tal puesto por un momento solo hubiera sido digno de una preparación que se extendiera a toda la vida; el haberlo ocupado veinticinco años es una hazaña que Joaquín Pecci puede recordar con tan legítimo orgullo, como temor a todas luces inevitable. Grandes por igual han sido su dignidad y su responsabilidad".

El Papa es **infalible** cuando, como Maestro de todos los cristianos, define doctrinas acerca de la fe y costumbres; y en esa infalibilidad estriba la fuerza de su autoridad suprema.

Un general alemán, ilustre, Moltke, así lo afirma

en sus memorias: "La fuerza de los católicos, dice, consiste en que tienen un jefe supremo con cuyas declaraciones terminan todas las dudas y una acción que de él proviene, y que lo puede todo sobre la inteligencia y el corazón".

Una definición de lo que es el Papa, dada por un pastorcito romano, nos da una idea de su grandeza moral.

Dice Monseñor Segur que, encontrándose un día en la campiña romana, preguntó sobre el Catecismo a un pastorcito de catorce años que le servía de guía en las maravillosas montañas del Lacio. El pastorcito no sabía leer ni escribir, pero contestaba con admirable precisión todo lo que se refería a la religión, es decir, a lo único necesario. Después de muchas preguntas bien contestadas, se le ocurrió preguntarle: ¿quién es el Papa? A esta pregunta el niño se detuvo, se sacó el sombrero, y mirando a Monseñor con una mezcla de orgullo y de religioso respeto, le contestó: "El Papa es Jesucristo en la tierra".

195. LOS OBISPOS

La jerarquía católica, en la admirable organización de la Iglesia, la constituyen **el Papa,** como jefe supremo de los cristianos de todo el mundo; los **obispos,** esparcidos por todos los ámbitos de la tierra, cada uno al frente de su diócesis; y los **sacerdotes,** que son los auxiliares del Obispo.

Los creyentes sabemos que la jerarquía católica subsiste y desempeña su misión de propagar la verdad, aun en los tiempos de frío materialismo en que hoy vivimos, porque está asistida por el Espíritu Santo, conforme a las promesas divinas; pero esta organización de la jerarquía católica llama la atención, aun de los peores enemigos de la Iglesia, que solo la consideran bajo un punto de vista humano y natural.

Lenine, el padre del bolchevismo ruso que hoy amenaza destruir la civilización del mundo, es quizás el enemigo que más daño ha causado a la Iglesia en el presente siglo. Oigamos su opinión sobre la jerarquía católica.

Poco antes de su fallecimiento conversó con él un sacerdote católico italiano, al cual hizo, entre otras, las siguientes declaraciones, publicadas en L'Osservatore Romano. Le dijo Lenine: "La humanidad camina fatalmente hacia el sovietismo. Es cuestión de tiempo. Dentro de cien años no existirá otra forma de gobierno en los pueblos civilizados. Sin embargo, creo que entre las ruinas de las actuales instituciones, **seguirá viviendo la jerarquía católica**, porque en ella se cumple sistemáticamente la educación de los destinados a dirigir a los otros. No se nace Obispo o Papa, como hasta aquí se nacía Príncipe o Emperador, sino que para llegar a ser jefe o gobernante en la Iglesia Católica, es preciso haber dado pruebas de capacidad. En esta prudente combinación radica la gran fuerza moral del catolicismo, y, gracias a ella, resiste desde hace dos mil años a todas las tempestades. Ella será también la que le haga invencible en el porvenir. La fuerza de la Iglesia Católica es puramente moral y no coercitiva. La humanidad necesita tanto de la una como de la otra. Veo de aquí a cien años, apenas un siglo, una sola forma de gobierno, el sovietismo, y una sola religión, el catolicismo. Tu ideal se realizará como el mío. Desgraciadamente ni tú ni yo viviremos ya" (tomado de la Revista argentina **Criterio** de 21 de Noviembre de 1929).

"Los obispos, dice el Código de Derecho Canónico, son los sucesores de los Apóstoles y, por institución divina, presiden las iglesias particulares o diócesis, las que gobiernan bajo la autoridad del Romano Pontífice" (Canon 329).

Tienen **la plenitud del sacerdocio,** de tal suerte que pueden transmitir a otros el poder sacerdotal, confiriendo el Sacramento del Orden, y pueden ejercer todas las funciones del sacerdocio católico, por lo cual son llamados **Pontífices.** Son los jefes de la jerarquía del Orden, es decir, son la cabeza y la columna del sacerdocio. Representan a Dios, ocupando el primer lugar en la Iglesia y son los padres espirituales de los fieles.

Tienen el **poder de jurisdicción** o de gobierno en sus respectivas diócesis, ejerciendo su cargo pastoral con la debida subordinación al Pontífice Supremo. Le deben obediencia los fieles, en todas las materias que caen bajo la potestad episcopal.

El obispo está en la Iglesia, dice San Cipriano, y la Iglesia está en el obispo; y el que no está con el obispo, no está en la Iglesia. En vano los que no tienen paz con los obispos se lisonjean de pertenecer a la Iglesia, diciendo que les basta tenerla con algunos, pues la Iglesia, que es una, no puede estar rasgada y dividida, sino que debe estar unida por la unión de los obispos que comunican unos con otros. Quien no recoge con los obispos, esparce''.

Y San Ignacio enseña: ''Los que son de Dios y de Jesucristo están unidos con su obispo''.

El Papa León XIII, en carta al Obispo de Tours, de 17 de Diciembre de 1888, explica claramente el alcance de esta obligación de obediencia a los obispos:

''Es obligación nuestra, dice, ordenar y hacer que la divina autoridad de los obispos se mantenga en todas partes fuerte y respetada y que en todo reciba de los católicos la justa sumisión y el justo honor que se le deben. Los obispos forman la parte más augusta de la Iglesia, aquella que por derecho divino instruye y gobierna a los hombres; y quien quiera que les resiste y se niega obstinadamente a obedecer sus palabras,

ése se separa de la Iglesia. Y la obediencia no debe limitarse a las materias que dicen relación con la fe, sino que debe practicarse en campo mucho más dilatado, puesto que ha de extenderse a todas las cosas que caen bajo la potestad episcopal... a la que los súbditos deben estar sometidos, honrándola, obedeciéndola y cumpliendo sus mandatos''.

''Y la verdadera y sincera obediencia no se satisface con palabras, sino que consiste principalmente en la sumisión de la inteligencia y de la voluntad''.

''Faltarán a esta obligación, no sólo aquellos que resistan abierta y resueltamente a la autoridad de sus jefes, sino todos cuantos se muestran contrarios y hostiles a ellos, ya por medio de astutas tergiversaciones, ya con disimulaciones y rodeos''.

''Y vivan persuadidos de esta verdad y grábenla indeleblemente en su memoria: que si son osados a quebrantar estas disposiciones y guiarse por su juicio particular, ora prejuzgando cuestiones que la Santa Sede no ha resuelto todavía, ora menospreciando la autoridad episcopal y arrogándosela sin el menor derecho, en vano aspiran a conservar el honor del nombre católico, y a servir la santa y nobilísima causa que intentan glorificar y defender''.

Y se pone León XIII, aun en el caso de ''un Obispo que no tuviera lo suficientemente presente su dignidad o que pareciera infiel a alguna de sus santas obligaciones'', y agrega: ''No por ello perdería nada de sus poderes en tanto que permaneciera en comunión con el Pontífice Romano, ni a nadie le sería permitido amenguar ni en poco ni en mucho el respeto y la obediencia debidos a su autoridad. En cambio, escudriñar los actos episcopales y criticarlos no pertenece en modo alguno a los particulares, sino solo a aquéllos que en la jerarquía sagrada tienen un poder superior; y sobre todo al Pontífice Supremo, puesto que a él

confió Jesucristo el cuidado de apacentar, no sólo los corderos, sino a las ovejas''.

Finalmente recomienda ''a los redactores de los periódicos católicos... que respeten como leyes sagradas las enseñanzas mencionadas antes, sin que se puedan salir de ellas''.

Son **maestros de la verdad**, que enseñan a los fieles la doctrina de Jesucristo, con la asistencia del Espíritu Santo; y son guardianes de la fe, de las costumbres y de las leyes eclesiásticas, participando de la infalibilidad de la Iglesia, cuando en armonía con el Papa y con el cuerpo del episcopado, enseñan la doctrina revelada.

Es deber de los cristianos, escuchar sus enseñanzas, y seguirlas, como si vinieran del mismo Jesucristo, recordando las palabras del Señor a los Apóstoles: ''El que a vosotros escucha, a Mí me escucha; y el que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia''. Comentando estas palabras dice el padre Jamin: ''El obispo es imagen de Dios y príncipe de los sacerdotes. El que oye su voz, oye la de Jesucristo, y el que la menosprecia, menosprecia a Jesucristo''.

Encargados de procurar la salvación de las almas de los fieles, mediante la práctica de las virtudes cristianas, deben servirles de **modelos,** imitando en su conducta a los Apóstoles, de quienes son sucesores.

Así lo enseña San Jerónimo: ''Cada estado, dice, tiene sus héroes que proponer a sus miembros como ejemplares para que procuren imitarlos. Imiten, pues, los generales romanos a los Camilos, Fabricios, Régulos y Escipiones; propónganse los filósofos en sus estudios a los Pitágoras, a los Sócrates, a los Platones y a los Aristóteles; trabajen los poetas por imitar a Homero, Virgilio, Menandro y Terencio; procuren los historiadores escribir como Tucidides, Salustio, Heródoto y Tito Livio; en fin, tengan siempre los orado-

res ante sus ojos a los Lisias, los Gracos, los Demóstenes y Cicerones. Pero, viniendo a lo que más nos importa, propónganse los obispos y sacerdotes a los apóstoles por modelos de sus obras y puesto que ejercen el honroso ministerio que estos ejercieron, trabajen por imitar las virtudes que ellos practicaron".

El ejercicio del cargo episcopal supone **grandeza de alma** y fuerza de carácter para resistir a las pretensiones injustas, y mantener incólume la doctrina de Jesucristo.

Recordemos el ejemplo del gran obispo de Cesárea, San Basilio, que resistió con santa energía las pretensiones del emperador romano Valente, hasta que el prefecto Modesto lo hizo comparecer a su presencia, entablándole este diálogo memorable, que nos da una idea de lo que es la dignidad episcopal:

Prefecto: ¿Por qué, habiéndose sometidos los demás a la voluntad del Emperador, sólo tú no la respetas?—El Santo: Porque mi Dios y Señor no me lo permite.

Prefecto: ¿Y quién piensas que somos nosotros?—El Santo: Nada, cuando tales cosas mandáis.

Prefecto: ¿Desprecias entonces nuestra protección y amistad? — El Santo: Dios es más grande e ilustre que vosotros.

Prefecto: ¿Y no temes mi poder? — El Santo: ¿Y por qué he de temerlo?

Prefecto: Decretaré la confiscación de tus bienes. —El Santo: No está sujeto a ella el que nada tiene.

Prefecto: Te desterraré. — El Santo: Imposible, porque cualquier parte del mundo la considero igualmente mía, pues en todas partes soy huésped y peregrino.

Prefecto: Te condenaré a muerte. — El Santo: Será esto para mí un gran beneficio, porque así iré a

gozar más pronto de aquel Dios por quien tanto tiempo suspiro.

Prefecto: Nadie se había atrevido jamás a hablar así a Modesto. — El Santo: Y ¿sabes por qué? Porque hasta ahora no habías hablado con un obispo. Cárganos de afrentas, rodéanos de amenazas; pero ten entendido que nunca nos vencerás.

Cansado el prefecto de luchar con el obispo, dijo al Emperador: Nada se puede contra el obispo Basilio y he quedado vencido. Lleno de admiración el Emperador por la conducta del santo, ordenó ponerlo en libertad.

Las vestiduras y demás exterioridades de los obispos deben guardar relación con la dignidad y la importancia del cargo de Príncipe de la Iglesia y con las necesidades y costumbres de los tiempos, sin que esto signifique vanidad ni ostentación. Es el simple cumplimiento de un deber social, inherente al elevado cargo que desempeñan.

Los obispos más santos han sufrido con este motivo algunas críticas injustas. San Francisco de Sales tuvo que ir a París, el año 1619, en compañía del Cardenal de Saboya, y un protestante, escandalizado de verlo viajar en carroza, solicitó de él una entrevista. ¿Sois vos, le preguntó, el que llaman obispo de Ginebra? — Así me llaman, respondió el obispo con su dulzura acostumbrada. — Pues bien, ya que tanta fama tenéis de varón apostólico, ¿quisiera saber si los apóstoles viajaban en carroza? — Sorprendido el santo por la repentina pregunta, detúvose un momento y se acordó que San Felipe subió en el carro del ministro de la reina de Etiopía, y respondió que en verdad, cuando convenía, también los apóstoles iban en carroza. — ¿Dónde dice eso la Escritura? repuso el protestante.— Entonces el santo le recordó el pasaje relativo a San Felipe. — ¡Ah!, dijo el protestante, pero esa carroza

no era del apóstol. — Tampoco, he dicho yo, agregó el santo, que viajasen en carroza propia. — Pero aun así, replicó el protestante, no viajaban en carrozas talladas, ni tiradas por hermosos caballos, guiados por lacayos, que ni los reyes usan más galas. ¡Oh! qué buenos santos son los que van al cielo en carroza. — ¡Ah Señor! añadió el Santo, sin inmutarse, los de Ginebra que se incautaron de las rentas de mi Obispado me dejaron tan mal, que jamás he tenido carroza, ni medios para procurármela. — Pero, ¿esa carroza en que os veo no es vuestra? — No señor, es del Rey, y una de las que ha destinado para la comitiva del Cardenal. Quedó el protestante admirado de la humildad y dulzura del Santo y le aseguró que en adelante le profesaría grande estima.

En el proceso de beatificación del gran Cardenal español, Jiménez de Cisneros, que fué modelo de humildad y de pobreza, se lee el siguiente episodio que demuestra le ligereza de los cargos que suelen hacerse a los obispos, por guardar las conveniencias sociales.

El vestido interior y exterior del Cardenal consistía ordinariamente en un hábito remendado y caminaba casi siempre a pie y descalzo. Para no olvidarse de la pobreza y de la vida religiosa procuraba tener siempre en su mesa algunos frailes franciscanos de los más virtuosos. El Sumo Pontífice le obligó a moderar su pobreza para mantener la dignidad exterior de su alto cargo; pero él jamás abandonó su vida austera y murió vestido con la mortaja franciscana. Sin embargo, este hombre tan humilde y austero no se vió libre de compromisos y de críticas.

El Embajador Beltrán de Medina le regaló un vestido de riquísimas pieles traídas de Ultramar. El Cardenal, por no desairar a tan alto personaje, aceptó el regalo con la intención de devolvérselo con cual-

quier pretexto en la primera ocasión que se le presentase, como en efecto lo hizo, después de haberlo usado como abrigo una que otra vez.

A pesar de que las pieles eran del mismo color del hábito, un simple presbítero, que tenía que predicar en su presencia, llegó a saberlo y se desencadenó contra él, desde el púlpito, llamándolo vanidoso, mal franciscano y poco ejemplar. Todos creyeron que sería reprendido el predicador; pero el Cardenal lo llamó a palacio, le dió las gracias por lo bien que había predicado y le dijo: "Con esa libertad evangélica deben predicar los ministros del Señor. Hoy comerá usted conmigo", y en la comida, le agregó: "Los Prelados tenemos muchos que nos adulen y pocos que nos digan las verdades".

Pero **la verdadera gloria** de los obispos es el ejercicio de la caridad en sus variadas formas, de manera que, si fuere posible, no hubiera entre ellos ningún necesitado, como ocurría en las primeras comunidades de cristianos.

"La gloria de los obispos, dice San Jerónimo, es remediar las necesidades de los pobres"; y agrega: "el no tener otra mira que sus intereses es ignominia del sacerdote".

Ya el profeta Ezequiel, en el Antiguo Testamento, había recordado a los pastores el deber de apacentar a sus rebaños y lanzaba esta queja: ¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿Por ventura, no es obligación de los pastores el apacentar a los rebaños?

Y nos referimos, no solamente a la caridad material, sino a la espiritual, que es más importante, y que constituye la misión propia y especial del obispo. Enseñar personalmente la doctrina cristiana a los pobres es el gran honor de un obispo.

Monseñor Dulong du Rosnay relató en el Congre-

so eclesiástico de Reims el siguiente caso ocurrido a él mismo, y que habla con elocuencia en favor de esta enseñanza personal de la doctrina cristiana a los pobres.

Dice que viendo pasar por el frente de su casa un niño pobre que se ocupaba en deshollinar las chimeneas, lo hizo llamar para que limpiase la suya. Terminado el trabajo, le pagó y le dijo: Estamos en paz. Apenas se hubo marchado el chico, trató de continuar su trabajo de preparación de un sermón, mas no pudo seguir, pues una voz interior de su conciencia le decía: ¿Cómo que estáis en paz? ¿Acaso ese pobre niño es una máquina? ¿No tiene como tú un alma inmortal redimida con la sangre de Cristo? Y asomándose a la ventana llamó al muchacho que se alejaba, lo hizo volver a su pieza, lo interrogó respecto de Dios, de la Virgen, del Catecismo, de su primera comunión; pero como de todo estaba ignorante, pues no tenía padres ni quien se hubiese cuidado de enseñarle la doctrina cristiana, resolvió encargarse personalmente de su educación, y como demostrase aptitud para el estudio y una piedad edificante, al cabo de algunos años el antiguo deshollinador de chimeneas llegó a ser sacerdote y bendecía agradecido el apostolado de su protector.

196. LOS SACERDOTES

Los auxiliares o cooperadores secundarios de los Obispos son los sacerdotes.

Son **expiadores**, es decir, otros Cristos, que perpetúan en el altar el sacrificio de la Cruz, aplicando su mérito a todas las generaciones. Consagran el pan y el vino; y Cristo se encarna en sus manos para vivir sacramentalmente entre nosotros. Por medio del Santo Sacrificio de la Misa mantienen el fruto de la Redención, uniendo el cielo y la tierra; y debido al número

de sacerdotes y a la diversidad de meridianos entre los diversos puntos del globo, ese sacrificio no se interrumpe jamás. Es éste el primer deber que les impuso Jesucristo: "Haced esto, les dijo, en memoria mía"; y San Pablo da la razón de este deber, diciendo: "Todo pontífice tomado de entre los hombres está puesto a favor de ellos en aquellas cosas que tocan a Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados".

Esta facultad de hacer nacer, digámoslo así, en el Altar al Rey de cielos y tierra constituye la excelsa dignidad del sacerdote.

Son **maestros** llamados a enseñar la verdad, bajo la dependencia inmediata de sus respectivos Obispos. "Sois la luz del mundo, les dijo el Señor: Id pues y enseñad a todas las gentes".

Este es un deber y al mismo tiempo un honor. León Ollé Laprune, miembro del Instituto de Francia, decía: "¡Qué honor tener que enseñar! Enseñar: es decir, ejercer una acción sobre los espíritus, sobre las almas, y comunicar la verdad. Que yo lo pueda hacer con respeto y con amor, por la verdad y por las almas; os lo pido mi Dios, por intercesión del santo Doctor San Jerónimo".

Antes que él había dicho Lamartine: "De todos los lugares a que puede subir un mortal sobre la tierra, el más alto es indudablemente la cátedra sagrada".

Jesús se encarna en la palabra del sacerdote, dice Bossuet; de modo que aunque el que habla es un hombre, su palabra es viviente, inagotable; y esa palabra, que es la voz de Dios, es la que forma a los verdaderos cristianos.

Al final de su vida el gran economista Federico Le Play, que ya era cristiano práctico, decía a sus amigos: Mientras no vea a mis amigos reunirse periódicamente en una iglesia, a oir a un sacerdote que nos

diga todas las verdades, conociéndonos y hablando para nosotros, no creería haber concluído la obra de mi vida.

Lacordaire cumplió este deber de predicar la verdad, hasta el extremo que el desgaste físico causado por el esfuerzo de hablar fué la causa directa de su muerte. Cuando acababa de expirar, un hermano de religión preguntó al médico que lo asistía: ¿Y de qué muere? Muere de haber predicado, le contestó: todos los órganos que sirven a la palabra están gastados.

A este deber de enseñar que tienen los sacerdotes, corresponde el deber de los fieles de oir sus palabras: con **humildad**, como si fuera el mismo Cristo quien habla; con **atención**, a la manera que el pueblo hebreo oyó la lectura de la ley del Señor: fué tan grande, dice Moisés, la emoción y tantas las lágrimas y sollozos que los Levitas se vieron obligados a pedir al pueblo que se sosegase y se hiciese silencio para que el lector pudiese seguir; y con el **propósito de ejecutar** lo que el predicador recomienda, guardando cuidadosamente las enseñanzas que oyen.

Es señal de predestinación oir en esa forma la palabra de Dios. El Señor dijo a los fariseos: "El que es de Dios oye las palabras de Dios; y por eso vosotros no la oís, porque no sois de Dios". Y en otra parte: "Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan".

Son **dispensadores de los misterios de Dios,** llamados a distribuirlos a los miembros del cuerpo místico de Cristo. Tan pronto como el hombre viene a este mundo lo limpia de culpa y lo regenera, dándole la vida sobrenatural por medio del Bautismo; lo alista después en la milicia de Cristo con el sacramento de la Confirmación; cuando ya el niño es capaz de discernir el pan de los ángeles, lo alimenta y fortalece con la Sagrada Eucaristía; si cae en pecado, lo levanta

y, en nombre de Dios, se lo perdona en la Confesión, ejerciendo una potestad pavorosa y tan propia de Dios, según palabras de Pío XI, que la soberbia humana se vió obligada a negar que tal poder se pudiera comunicar al hombre, y que Dios no dió, como dice San Crisóstomo, ni a los ángeles, ni a los arcángeles; está presente en el sacramento del Matrimonio para atraer la bendición de Dios sobre los contrayentes y su casto amor; cuando está el hombre para salir de esta vida mortal, lo libra de culpa y lo conforta, ungiéndolo con el sagrado Crisma en el sacramento de la Extrema-unción; después de muerto acompaña sus restos mortales hasta el sepulcro con plegarias de sagrados ritos que trascienden a esperanzas inmortales; si tiene necesidad de alivio en la otra vida, lo socorre con el refrigerio de sus oraciones.

Son **intermediarios constantes entre Dios y los hombres,** viviendo siempre para interceder por nosotros (Heb. VII, 25), presentándose ante Dios como públicos y oficiales intercesores, ofreciendo a Dios todos los días el sacrificio de alabanza (Ps. XLIX, 14) y las públicas oraciones, con salmos, preces e himnos, tomados en gran parte de los sagrados libros.

Son los **modelos inmediatos** que la Iglesia presenta a los fieles para que imiten sus virtudes. Lo dijo el Señor: ''Sois la sal de la tierra. Brille de tal suerte vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos''.

''Cada vez, dice el Excmo. Obispo de Málaga D. Manuel González creo más en el sacerdote, en el bueno para quererlo y agradecerlo, en el malo para temerlo más. No creo que haya hombre entre todos los revestidos de poderes, dignidades y prestigios en la tierra que ejerza en ella más poder que el sacerdote: para edificación, si es fiel; para destrucción y ruina, si por

desgracia no lo es. Si por institución del Divino Fundador del sacerdocio, es luz y sal del mundo, no le queda opción a serlo o no serlo: o es luz que alumbra y calienta, o es luz que ofusca, ciega, quema y achicharra; o sal que preserva de la corrupción, o sal que inutiliza y esteriliza toda siembra del bien: ¡siempre luz! ¡siempre sal! Porque Jesús lo quiso, lo mandó y lo sostiene".

Es increíble lo que puede el ejemplo del sacerdote. Dice un autor que el sacerdote, con la dulzura de su conversación, la gravedad de su conducta y el desinterés de sus acciones hace mayor impresión en favor de la religión que la lectura de grandes volúmenes de Apologética. Dice que oyó a unos que calumniaban a los sacerdotes delante de un joven obrero y éste les contestó: "No me importa todo lo que digáis; he conocido personalmente a un sacerdote, el abate de Segur, y aunque fuera el único que obre bien, la religión sería verdadera".

La buena conducta de los sacerdotes, a la vez que un ejemplo para los buenos, es un reproche constante para los malvados. "He hecho una observación, dice un autor liberal: todos los pillos, borrachos, petroleros y malvados son enemigos de los sacerdotes. En cambio, las personas honradas, buenas y caritativas tienen por ellos respeto y simpatía".

La Madre María Rafols pone en boca del Señor estas palabras relativas a los sacerdotes: "Lo que más me duele es que me ofendan, olviden y desprecien las almas que me están consagradas. ¡Cuánto amor siento por mis queridos sacerdotes y religiosos, y qué poco se esmeran en devolverme amor por amor! Para todos, hija mía, hago este llamamiento; quiero que mis sacerdotes sean la sal de la tierra; que sean santos; que vengan a mi Sagrario,

que tan olvidados me tienen la mayor parte, sin acordarse que para ellos principalmente estoy en esta prisión de amor. Muchos no cuentan conmigo para nada, se olvidan de que soy la Infinita Sabiduría; que los amo con locura, que quiero me tengan presente en todos sus actos; para eso les di ejemplo en todo, y que sepan que sin Mí nada pueden hacer. Que se acerquen con grande confianza a mi Tabernáculo Santo, que los espero para enseñarles, para inspirarles, para comunicarles mi espíritu y después lleven la vida a las almas. Los quiero muy humildes, muy puros y castos; que no olviden nunca que mi mayor deseo es que se amen unos a otros como Yo los he amado desde un principio; y que las faltas de caridad son las que más lastiman mi corazón. Que se cubran los defectos con la envoltura de la caridad, para no escandalizar al pueblo. Que el Santo Sacrificio de la Misa lo celebren con grande reverencia y amor. ¡Cuántas gracias retiro en este Sacrificio por lo mal dispuestos que llegan a El mis amados sacerdotes! ¡Y cuántas gracias recibirían, si me visitaran con frecuencia en este mi Sagrario! También me ofenden mucho las irreverencias y faltas de respeto con que andan y están en el templo. Mi Corazón se vería muy contento si encontrase en ellos sus delicias. Me gustaría conversar íntimamente con mis amados sacerdotes y comunicarles la luz de mi Evangelio; pues no todos los que lo leen lo entienden. Quisiera que todos correspondieran a los altos designios que les he confiado. Los he puesto para que sean la luz del mundo y me representen a Mí en la tierra y hagan el mismo oficio que Yo hice con las almas. Consigna también, hija mía, que si Yo soy para todos Padre misericordioso y compasivo, lo soy muy especialmente para mis amados sacerdotes; pero que no olviden nunca que en el último día les pediré estrecha cuenta de sus almas y de las que a ellos les tengo confiadas. Que

se amen unos a otros con amor y caridad fraternal y que este amor no se cansen de recomendarlo nunca a mis hijos los hombres''.

Son **ministros de Dios que, es todo caridad**; de modo que deben olvidarse de sí mismos para pensar en los demás. Como discípulos de Jesucristo, su vida y doctrina, según Luis Veuillot, se compendia en dos palabras: sufrir y compadecer: el sufrimiento para sí; la compasión para los otros; sufrimiento paciente y silencioso; compasión ardiente, activa y eficaz.

A imitación del Divino Maestro, la ocupación de los sacerdotes es hacer el bien, todo el bien posible, sin mirar a quién, sin esperar gratitud ni recompensa en esta vida.

Son los enfermeros de los pobres y de los que sufren, conforme al consejo del Señor: ''Sanad enfermos, limpiad leprosos, haced el bien a todos''.

Junto al lecho de los enfermos consiguen las milagrosas curaciones de las almas. Podríamos citar miles de casos de actos heroicos de sacerdotes católicos. Nos limitaremos a citar uno.

El boletín diocesano de Reims del 22 de Abril de 1882 cuenta el siguiente caso: El abate Baron, antiguo capellán de la escuela militar y Vicario de Douai fué llamado para auxiliar a un dueño de almacén, ateo, que estaba moribundo. A la vista del sacerdote el enfermo palideció de furor y con el semblante irritado parecía como que quería devorarlo. El sacerdote se acerca a la cama y le pregunta por su salud, y por toda respuesta no obtuvo sino el esfuerzo que hacía el enfermo para escupirlo en la cara. En ese momento tuvo el abate una inspiración sublime. Acerca bien su rostro al moribundo hasta que su piel tocaba la boca húmeda del enfermo y le dice con un acento de ternura indefinible: ''No os fatiguéis, amigo mío. Si os agrada escupir mi rostro aquí lo tenéis''. Después de un

instante de silencio sintió una mano temblorosa que lo atraía y que una lágrima mojaba su rostro: era el moribundo que lloraba y que quería abrazarlo. La caridad heroica del sacerdote había conseguido ese cambio y lo había convertido.

Algunos protestantes se ven obligados a reconocer la caridad heroica de los sacerdotes católicos y desearían que sus pastores los imitaran en ella.

Un diario protestante de Hanover, hablando de esto, dice:

"No es la menor de las ventajas de la Iglesia Católica la de tener sacerdotes, es decir, hombres de acción y no solamente de palabras. No hace seis meses que nos llegaba una terrible noticia. De resultas de un choque en altar mar un buque se iba a fondo con todo el equipaje, tripulación y pasajeros. Mientras las olas invadían el buque, mientras los pasajeros asustados se refugiaban en el puente en desorden indescriptible; mientras unos lloraban y otros rogaban y otros se abandonaban a la desesperación; en esos momentos supremo, un sacerdote católico, respirando tranquilidad, iba de uno a otro grupo dando la absolución y anunciando a todos los que se arrepentían el perdón de sus pecados, en nombre de Dios ante el cual pronto debían comparecer. ¡Cuadro sublime de valor sacerdotal!

Load a vuestros generales que en cien combates exponen con bravura el pecho a las balas enemigas; cantad las glorias de vuestros hombres de Estado, que a sangre fría dan el rostro a un revólver con que los apunta un asesino. Bien está. ¿Pero qué valen en comparación de este sacerdote?

Cuando todos habían perdido la calma de su espíritu, él permanece tranquilo; cuando todos retrocedían espantados ante los horrores de la muerte, él, levantando las manos al cielo, ofrece la vida eterna a los que van a morir.

Y de cien sacerdotes de la Iglesia Romana, noventa y nueve son del mismo temple que éste, mientras de cien ministros de la Iglesia Evangélica, talvez no se encontraría uno solo.

Sí, nosotros, pastores protestantes, somos muy valientes en palabras; quien nos oiga o nos lea, formará sin duda de nuestro valor la más alta opinión; quien asista a nuestras conferencias temería estrellarse contra nuestra energía. Mas cuando se trata de traducir en actos nuestras palabras y de cubrir con nuestros cuerpos la bandera que hemos desplegado con tanta audacia, ¡oh! apodérase de nosotros el desaliento y nuestra bravura se evapora como el humo. La esposa, los hijos, los amigos nos detienen, y en conclusión, nuestro valor enteramente artificial carece de fundamento sólido".

197. LA COMUNION DE LOS SANTOS

Se llama **comunión de los santos** la comunicación y la estrecha unión que existe entre los fieles que están en la tierra, que forman la Iglesia **militante,** llamada así porque su vida temporal es una continua lucha contra los enemigos del alma; las almas del purgatorio que forman la Iglesia **purgante** o paciente, porque sufren su pena antes de entrar al cielo; y los santos que ya están en el cielo, que constituyen la Iglesia **triunfante,** porque vencieron a sus enemigos y gozan de su victoria. No son tres Iglesias distintas, sino una sola Iglesia, que tiene miembros en diferentes estados.

Se llama comunión de los **santos,** porque todos están lavados o santificados por el bautismo y son llamados a la santidad y a poseer el reino de Dios. Como dice San Pablo: "fuisteis lavados, fuisteis santificados, fuisteis justificados, en el nombre de Nuestro Señor y por el Espíritu de Nuestro Dios" (1 Cor. VI,

11). Es un dogma **consolador**, porque une a los bautizados, con Jesucristo, y entre sí, permitiendo que los unos ayuden a los otros en la gran obra de alcanzar el cielo.

Los fieles que están en la tierra, las almas del purgatorio y los santos del cielo están íntimamente **unidos con Cristo**, y forman un solo cuerpo cuya cabeza es Cristo. "Así como el cuerpo humano es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros, con ser muchos, son un solo cuerpo, así también el cuerpo místico de Cristo. A este fin todos nosotros somos bautizados en un mismo Espíritu para componer un solo cuerpo" (1 Cor. XII, 12 y 13).

La **cabeza** de este cuerpo místico es Jesucristo. "El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia y el principio, el primero a renacer de entre los muertos para que en todo tenga él la primacía; pues plugo al Padre poner en él la plenitud de todo ser" (Col. I, 18 y 19).

Jesucristo es la **vid** que comunica a los sarmientos la savia vivificante. El mismo se valió de esta comparación para enseñarnos la unión íntima que todo cristiano debe tener con El: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: quien está unido conmigo, y yo con él, ése da mucho fruto; porque sin mí nada podéis hacer. El que no permanece en mí, será echado fuera como el sarmiento inútil, y se secará, y le cogerán, y arrojarán al fuego, y arderá. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiereis, y se os otorgará" (S. Juan XV, 5, 6 y 7).

Los miembros de la Iglesia, en los tres estados en que pueden encontrarse, están **mutuamente enlazados** y, como dijimos antes, pueden ayudarse unos a otros. Los únicos que no necesitan ayuda de nadie son los santos que están en el cielo.

Los que viven en la tierra **pueden ayudarse mutuamente**, por medio de oraciones y de buenas obras.

El apóstol Santiago aconseja a los cristianos que oren unos por otros. ''Orad, dice, los unos por los otros para que seais salvos; porque mucho vale la oración perseverante del justo'' (V, 16).

San Pablo pedía a sus hermanos que lo ayudasen con sus oraciones. ''Hermanos, les decía, os suplico por Nuestro Señor Jesucristo y por la caridad del Espíritu Santo que me ayudéis con las oraciones que hagáis a Dios por mí, para que sea librado de los incrédulos, que hay en Judea, y la ofrenda de mi ministerio sea bien recibida de los santos en Jerusalén, a fin de que de esta manera pueda ir con alegría a veros, si es la voluntad de Dios, y recrearme con vosotros'' (Rom. XV, 30, 31 y 32).

En especial los sacerdotes, intermediarios constantes entre Dios y los hombres, deben orar por el pueblo. Aun en el Antiguo Testamento había Dios prometido perdonar al pueblo por la oración de los sacerdotes. ''Orando por ellos el sacerdote, Dios los perdonará'', dice el Levítico (IV, 20). Cuando Dios quería exterminar al pueblo de Israel, por haber murmurado contra Moisés y Aarón y haberse levantado contra ellos, Moisés dijo a Aarón: ''Corre a toda prisa hacia el pueblo para rogar por él; porque ya el Señor ha soltado el dique a su ira, y la mortandad se encruelece'', y Aarón, obedeciendo a Moisés, ''puesto entre los muertos y los vivos, intercedió por el pueblo, y cesó la mortandad'' (Núm. XVI, 41 a 48).

También pueden los cristianos satisfacer los unos por los otros, ofreciendo a Dios sus buenas obras, y en particular sus **sufrimientos**.

Elisabeth Leseur, ofreció a Dios sus sufrimientos para obtener la conversión de su marido, y en carta dirigida a una amiga que tenía a su esposo enfermo, le decía que el sufrimiento ofrecido a Dios es **la forma superior de la acción**. ''Sé por experiencia, decía, que

precisamente en las horas de prueba se obtienen para los demás ciertas gracias que antes todos nuestros esfuerzos habían sido impotentes para alcanzarlos. De ahí que haya sacado esta conclusión: que el sufrimiento es la forma superior de la acción y la más elevada expresión de la admirable Comunión de los Santos, y que sufriendo tenemos la seguridad de no equivocarnos —como a veces lo hacemos obrando—; la de ser útiles a los demás y a las grandes causas a que anhelamos cooperar".

Podemos también y debemos **ayudar a las almas del purgatorio** con oraciones y buenas obras.

Antes de Jesucristo, ya los judíos creían que los vivos podían ayudar a los muertos con sus oraciones y sacrificios.

El valeroso Judas Macabeo, después de una de sus batallas, habiendo ido con los suyos al campo, para llevar los cuerpos de los judíos muertos, y enterrarlos en los sepulcros de sus padres, encontró debajo de las túnicas de los que habían sido muertos las ofrendas de los ídolos, prohibidas por la ley a los judíos, y conoció que esa había sido la causa de su muerte; por lo cual hizo una colecta entre su gente y envió a Jerusalén doce mil dracmas de plata: "para que se ofreciese sacrificio por los pecados de los que habían muerto, pensando con rectitud y piedad de la resurrección (pues si no esperara, que habían de resucitar aquellos, que habían muerto, tendría por cosa vana e inútil el orar por los muertos), y porque consideraba, que los que habían muerto en la piedad, tenían reservada una grande misericordia" y concluye con estas palabras: "Es pues santa y saludable la obra de rogar por los muertos, para que sean libres de sus pecados" (Mach. Libro II capítulo XII).

La misma doctrina enseña San Pablo (1 Cor. XV), y practica la Iglesia, la cual en el Memento de la Santa

Misa, después de la consagración, ora por las almas de los difuntos, y definió esa doctrina en el Concilio de Lyon el año 1274 diciendo que los sufragios de los fieles vivientes, como las misas, oraciones, limosnas y obras pías aprovechan para mitigar las penas de las benditas almas que padecen en el purgatorio.

Es especialmente grata a Dios la caridad con las almas del purgatorio. Así lo manifestó el Señor a Santa Gertrudis: "Siempre, le dijo, que librais una alma del purgatorio, hacéis al Señor tal servicio como si a él mismo le libraseis de la esclavitud. Seréis recompensados en tiempo oportuno".

Recíprocamente las almas de los fieles difuntos se muestran agradecidas a sus bienhechores, como se ve en la gloriosa victoria que Judas Macabeo obtuvo de Nicanor, después de una visión en la que Onías, el que había sido sumo sacerdote, le mostraba al profeta Jeremías, diciéndole: "Este es el amador de los hermanos y del pueblo de Israel: éste es el que ruega mucho por el pueblo", después de lo cual Jeremías extendió su derecha y dió a Judas una espada de oro, diciéndole: Toma esta santa espada como don de Dios, con que derribarás los enemigos de mi pueblo de Israel (Mach. libro II cap. XV).

Aludiendo a este pasaje de la Escritura, que es una confirmación del dogma católico acerca de la intercesión de los santos que han salido de esta vida, dicen los comentadores: "Los santos que salieron ya de esta vida, aman a los que quedan en ella, como miembros que son de un mismo cuerpo o de una misma Iglesia; y no puede concebirse, cómo amándolos de veras, puedan dejar de mostrarlo por las obras, orando a Dios por ellos, para que les conceda todos los bienes que pidan y necesitan. Esto requiere el amor que aquí se dice, y también la comunión de los santos, de que hacemos expresa profesión en el símbolo".

CAPITULO DECIMO NONO

LOS NOVISIMOS

198. LOS NOVISIMOS

Se llaman **los novísimos**, esto es, los últimos en el orden de los sucesos que se relacionan con la suerte del hombre, las cuatro postrimerías, que son: **muerte, juicio, infierno** y **gloria.** Además del infierno y de la gloria, existe el purgatorio, que es un lugar de purificación para muchos de los que van al cielo.

Todos los hombres están sujetos a la muerte; todos, después de morir, han de ser juzgados; e irán en definitiva, los unos al cielo y los otros al infierno, por toda la eternidad.

La Sagrada Escritura nos exhorta a pensar en los **novísimos.** "En todas tus acciones, dice, acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás" (Ecli. VII, 40). Nos llama a considerar que algún día hemos de morir, ser juzgados, y, según sea la sentencia, ir al cielo o al infierno, por toda la eternidad; y a los que meditan en ellos hace esta promesa: "y nunca jamás pecarás", porque estos saludables pensamientos servirán para apartarnos del pecado.

El temor al fuego del infierno preservó a San Martiniano, ermitaño, de consumar un pecado mortal, que había llegado a consentir en el pensamiento.

Hacía veinticinco años que vivía en la soledad de un monte cerca de la ciudad de Cesarea en Palestina, alcanzando gran fama por su rara santidad. Una ramera muy hermosa, llamada Zoe, que oyó hablar con gran admiración de la vida, más divina que humana, que hacía Martiniano, dijo que no era maravilla que fuera casto el que nunca veía mujer y que solo creería en su virtud, si ella le hablase y le tentase y él resistiese.

Concertóse al efecto con algunos hombres para ir a la soledad a tentarlo, y desnudándose sus ropas galanas que dobló y puso en un lío, se vistió de otras viles, se ciñó una soga y con un bordón en la mano, fingiéndose peregrina que pedía amparo, llegó de noche donde estaba el santo y le dijo que en la soledad había perdido el camino y temía ser comida de las fieras.

Creyéndose el santo obligado por caridad a recibirla, abrió la puerta de su celda, le hizo fuego para que se calentase, le dió de comer, y se entró en otra celda separada, cerrando su puerta.

Al amanecer salió de su celda para despedir a la mujer y la encontró vestida con ropas preciosas y con cara alegre y risueña. Queriendo saber la causa de aquella mudanza de traje, ella le declaró quien era y supo decirle tantas razones y tantas blanduras, llegándose a él y tocándole las manos, que ablandó el corazón de Martiniano, que llegó a consentir en un mal pensamiento. Salió de su celda para ver si venía alguien y no dar escándalo, si le hallaban con esa mujer, y Dios abrió entonces los ojos de su alma y le dió a comprender el abismo de males en que iba a caer, despojándole de todos los merecimientos de su vida pasada. Encendió al punto fuego con unos sarmientos que allí habían y con los pies descalzos se arrojó en medio de las llamas, estuvo en ellas hasta que se quemó bue-

na parte del cuerpo; y saliendo de él al cabo de un rato se dijo a sí mismo: "Mira lo que has padecido con este fuego en tan breve rato. Si piensas poder sufrir el del infierno, llégate a esa mujer, que es el camino para ir a él. Acuérdate de aquel suplicio que es eterno, del gusano que nunca muere, y del crujir de dientes, y que los demonios son crueles y nunca se cansan de atormentar a los condenados". Y volvió a echarse en el fuego, pidiendo a Dios que le perdonase aquel mal consentimiento, y que no permitiese que perdiera tantos años de trabajo, pues quería por su amor, antes arder en aquel fuego, que ofenderle e ir al fuego eterno. La mujer, que estaba presente a ese espectáculo, se desnudó sus vestidos de ramera, los arrojó al fuego, se vistió de penitente y con lágrimas dijo a Martiniano que no quería volver a la ciudad, sino hacer toda su vida penitencia de sus pecados, como en efecto lo hizo entrando a un monasterio, donde vivió doce años con extremada aspereza.

San Bernardo decía: "Es conveniente que Dios se encolerice contra nosotros y nos haga bajar al infierno en vida. Los que bajan en esta vida no descenderán dos veces".

El deseo del cielo y el temor del infierno, es decir, el premio y el castigo eternos son los motivos que inducen a muchos hombres a observar los mandamientosde la ley de Dios. El puro amor a Dios debería ser la razón suprema de nuestra manera de obrar; pero no todos son capaces de moverse por tan noble sentimiento y Dios, compadecido de la flaqueza humana, les proporciona otros motivos que los alejen del pecado.

Cuenta Paulet, en su sermón de la Resurrección, que una gran señora de mucha piedad, salió a mediodía por las calles de una ciudad, con la melena tendida, con un jarro de agua en una mano y unos carbones encendidos en la otra, y encontrándola uno, asom-

brado de ver a una dama ilustre y prudente en aquella forma, le preguntó adónde iba y qué intentaba; a lo que ella respondió: Con estas ascuas voy a quemar el cielo, y con esta agua voy a extinguir el infierno, para que, no habiendo premio ni pena, no haya otro motivo de amar a Dios que por sí mismo.

199. LA MUERTE, FRUTO DEL PECADO ORIGINAL

Una vez que fueron criadas todas las cosas, el Señor formó al hombre, el rey de la creación. ''Y crió Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo crió'' (Gén. I, 27). Esta frase repetida que emplea la Escritura Santa, al tratar de la creación del hombre, nos indica su excelencia y dignidad. A semejanza suya le dió el Señor una alma espiritual e inmortal, capaz de conocerlo y de amarlo, y un cuerpo majestuoso, con la frente erguida que mira al cielo, descubriendo así la nobleza de su destino y la superioridad sobre los animales irracionales, siempre inclinados a la tierra.

Aunque el cuerpo del hombre fuese mortal, dice San Agustín, se puede afirmar en un sentido verdadero que fué criado inmortal, porque no hubiera muerto, si no hubiera pecado. Era mortal por la naturaleza de su cuerpo animal; pero inmortal por la gracia de su Criador, que quería conservarle la vida, mientras guardara su ley.

Dice el Libro de la Sabiduría que ''Dios crió al hombre inmortal'', porque lo hizo a imagen y semejanza de El. Es propio de Dios el ser de suyo inmortal y conservar las criaturas a que dió el ser, con el influjo de su divina virtud y prudencia. ''Dios no hizo la muerte, dice el mismo Libro, ni se alegra de la perdición de los vivos. Porque crió todas las cosas para que fuesen, e hizo saludables las cosas que nacen en el

mundo; y no hay en ellas ponzoña de exterminio" (I, 14 y 15; y II, 23).

Para conservar la perpetua juventud y la vida del hombre inocente, puso el Señor, en medio del paraíso terrenal el **árbol de la vida** (Gén. I, 9), llamado así, porque su fruto tenía por objeto impedir que envejeciese, manteniéndolo siempre vigoroso y sano.

Además del árbol de la vida había en el paraíso toda clase de árboles frutales y el Señor autorizó expresamente al hombre para que comiese de todas sus frutos, con una sola excepción: "Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas; porque en cualquier día que comieres de él, **morir morirás**" (Gén. II, 17); expresión enérgica, que equivalía a decir: "morirás infaliblemente y sin recurso".

El demonio, envidioso de la felicidad de que gozaba el hombre en el paraíso de deleite, movido de su malicia, por boca de la serpiente, se atrevió a dirigir a la mujer estas palabras, llenas de seducción y de maldad, e injuriosas a la majestad del Criador: "De ninguna manera morir morirás. Porque sabe Dios que en cualquier día que comieres de él, serán abiertos vuestros ojos; y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal' '(Gén. III, 4 y 5).

La mujer se dejó engañar por la serpiente, desobedeció el mandato de Dios, tomó la fruta prohibida, la comió, e hizo que Adán comiera también.

Inmediatamente se cumplió la sentencia del Señor. Adán y Eva murieron en el alma, que se hizo enemiga de Dios, y empezaron a experimentar las vergüenzas, flaquezas, dolores, enfermedades, y miserias del cuerpo, sintiendo que cada paso que daban en el camino de la vida los llevaba a resolverse en la tierra de la que habían sido formados, cumpliéndose literalmente el castigo del Señor: "porque polvo eres y en polvo te convertirás" (III, 19).

"Y entró la muerte en el mundo por la envidia del diablo" (Sab. II, 24).

"Y fueron abiertos los ojos de entrambos" (Gén. III, 7) no, como les había ofrecido el demonio, para ser como dioses, sino para comprender el **bien** infinito que habían perdido, al apartarse de Dios, y el **mal** horrible en que se habían precipitado por haber desobedecido al Señor, arrastrando consigo a todos sus descendientes.

"Por eso, dice San Pablo, que la muerte es el estipendio y la paga del pecado" (Rom. VI, 23).

"Así como por un hombre, agrega, entró el pecado en este mundo y por el pecado la muerte; así también pasó la muerte a todos los hombres por aquel en quien todos pecaron" (Rom. V, 12).

200. LEY GENERAL PARA TODOS LOS HOMBRES

Desde ese momento quedó promulgada la **ley de la muerte,** para todos los hombres, sin excepción alguna, como castigo del pecado de nuestros primeros padres.

"Está establecido, dice San Pablo, que los hombres mueran una sola vez" (Heb. IX, 24).

"Acuérdate, dice el Eclesiástico, que te ha sido notificado decreto de los infiernos: porque es decreto de este siglo el morir certísimamente" (XIV, 12).

"Todos morimos y nos deslizamos como el agua sobre la tierra, que no vuelve atrás" (II Reg. XIV, 14).

La muerte nos sigue a todas partes, sin abandonarnos jamás; es una compañera inseparable, que al decir de la misma Sagrada Escritura, anda y conversa con nosotros (Ecli. IX, 18).

Cada día, dice Séneca, nos arrebata una parte de nuestra existencia, y nuestro mismo crecimiento es un decrecimiento de la vida.

La tierra donde vivimos es la tumba en que desde el principio del mundo la mano de la Divina Providencia ha venido amontonando generaciones sobre generaciones, polvo sobre polvo; y es mucho mayor, inmensamente mayor, el número de los cadáveres que yacen sepultados en ella que el de los hombres que la habitan.

El pecado introdujo un cambio tan radical en la condición de los hombres, que la muerte de los unos vino a ser necesaria para la vida de los otros, y los goces de los vivos se alimentan con la sustancia de los muertos.

El hombre, como el gusano, vive sobre cadáveres y el polvo que respiramos ha sido animado por la vida de los que nos precedieron en el paso por el mundo.

El dramaturgo Shakespeare pone en boca de Hamlet estas palabras: "¡A qué viles empleos podemos llegar, Horacio! ¿Por qué la imaginación no podría descubrir el noble polvo de Alejandro, hasta encontrarlo cerrando la abertura de un tonel?... Es verosímil, agrega, raciocinar así: Alejandro murió, Alejandro fué sepultado, Alejandro se convirtió en polvo; el polvo vuelve a la tierra; con la tierra hacemos cemento; y ¿por qué con este cemento en que han sido convertidos los despojos de Alejandro no se ha podido tapar un tonel de cerveza? ¡El augusto César, muerto y convertido en tierra, podría tapar un agujero y sujetar el viento! ¡Y pensar que este polvo que dominó el mundo estaba destinado, andando el tiempo, a remendar un muro y evitar el viento del invierno!"

Jerjes, ese monarca poderoso de la Persia, considerando desde un lugar elevado el inmenso número de sus soldados, todos los cuales tendrían que pagar tributo a la muerte, de manera que antes de cien años no viviría ya uno solo de ellos, se puso a llorar amargamente; y San Jerónimo agrega: "Si nosotros, pudié-

semos mirar toda la tierra, desde una altura, veríamos el mundo entero sepultado en sus propias ruinas: naciones contra naciones: reinos contra reinos; aquí torturas y matanzas; allá naufragios y rebaños de cautivos; aquí una generación que se levanta; allá otra que baja a la tumba; aquí la embriaguez del gozo, allá gritos de dolor; aquí la prosperidad insolente, allá el exceso de la miseria. Veríamos, no solamente el ejército de Jerjes, sino toda la población que hoy respira sobre la tierra condenada a ser presa de la muerte. No hay expresión que corresponda a la grandeza de este pensamiento y la emoción que produce es superior a todo discurso".

En realidad, nuestra vida, desde el principio hasta el fin, no es otra cosa que un camino para la muerte.

Desde el día en que nacemos
A la muerte caminamos
No hay cosa que más se olvide
Ni que más cerca tengamos.

201. LOS HOMBRES OLVIDAN ESTA LEY

Sin embargo de esta ley general, la idea de la muerte es tan contraria a la naturaleza humana que a menudo los hombres se olvidan de que es una ley forzosa, y como dice Fernán Caballero, buscan disculpas en cada caso y atribuyen la muerte a cualquiera cosa que no sea la voluntad de Dios. Trae al efecto un cuento muy expresivo. Dice que la muerte no quería desempeñar su oficio y pidió al Señor que la dispensara. ¿Y por qué?, le preguntó el Señor. — Porque me van a aborrecer y llamar tirana. — Descuida, le dijo el Señor, que te prometo que siempre serás disculpada. Una vez son las comidas; otras veces son los mé-

dicos. El asunto es que el mundo se figura que la muerte no puede entrar sin que se le abra la puerta.

Cada día, decía Séneca, pasan delante de nuestros ojos los entierros de personas que conocemos y que no conocemos, y nosotros no lo advertimos, y con otros cuidados nos olvidamos, y pensamos que es repentino lo que toda la vida se nos está predicando.

Bossuet, en su sermón sobre el Honor, llama la atención sobre este olvido de los hombres, que jamás piensan en la muerte que necesariamente ha de venir. "Tantas veces conde, dice, tantas otras señor, dueño de tantas y cuantas riquezas, amo de tantos criados y servidores, ministro de tantos consejos, etc., etc. multiplíquense en hora buena los títulos cuanto se quiera: para derribarle basta siempre con una sola muerte. Pero él no piensa en ella y absorto en el medro indefinido con que sueña su vanidad, jamás se le ocurre medirse por las dimensiones de su ataúd, no obstante ser la única cosa que le mide con toda precisión".

La verdad es que los hombres olvidan lo que debería constituir la mayor preocupación de su existencia, porque no hay problema que más nos interese que el de morir bien. Esto no lo dice un místico, sino un liberal republicano, Emilio Castelar. "El problema de nuestra existencia, dice, no está en vivir, sino en morir; no está en pasar por este mundo, donde todos combaten, quieran o no: está en llegar al puerto seguro de la muerte, donde todos descansan. La creencia general no se engaña cuando afirma que nuestra tumba es cuna, nuestro ataúd lecho, y el cadáver perdido para este mundo un recién nacido para otro mundo mejor".

202. LEY IRREVOCABLE

Esta ley de la muerte es **irrevocable**. Como decía

el Santo Job: "Pasada mi vida, ya no volverá; así como no puede volver a soplar el viento, que una vez pasó; del mismo modo si una vez llego a morir, se acabó para mí el disfrutar estos bienes. Después de muerto, ninguno me verá más aquí; tú mismo, si un poco te descuidas, y quieres poner sobre mí tus ojos, ya no me hablarás, ni seré. Porque así como una nube se disipa y desvanece enteramente con el viento; del mismo modo el que una vez muriere y descendiere debajo de la tierra, no volverá ya de allí, ni subirá para volver a habitar en ella. No volverá más a su casa, ni le reconocerá más el que entrare a ocupar su lugar, dignidad y riquezas (VII, 7 a 10).

203. MAS PROXIMA DE LO QUE PENSAMOS

Pensamos en la muerte como en una cosa muy lejana y ordinariamente está más **próxima** de lo que nos imaginamos. Los Libros Santos no se cansan de recordarnos la brevedad de la vida.

"El número de los días del hombre cuando mucho cien años: como una gota de agua de la mar son reputados: y como una chinita de arena, así son pocos los años en el día de la eternidad" (Eccl. XVIII, 8).

"Toda carne envejece como heno, y como hoja que fructifica en árbol verde. Unas hojas nacen y otras se caen: así la generación de la carne y de la sangre, la una fenece y la otra nace" (Id. XIV, 18, 19).

"El hombre nacido de flaca y débil mujer, de corta duración sobre la tierra, y lleno de trabajos y miserias mientras vive. Apenas se deja ver, cuando semejante a la flor, es cortado y se marchita: desaparece como sombra, y jamás permanece en un mismo estado, porque es inconstante y mudable" (Job XIV, 1 y 2).

204. INCERTIDUMBRE DEL MOMENTO EN QUE HA DE OCURRIR

No sabe el hombre cuando morirá. La muerte viene cuando menos se la espera. Insiste mucho la Sagrada Escritura en esta **incertidumbre del momento de la muerte,** y nos aconseja vivir siempre preparados, para que no nos coja en un mal momento.

"No sabe el hombre su fin, dice el Ecclesiastés; sino que como los peces son cazados en el anzuelo, y las aves son prendidas con el lazo, así los hombres son cazados en el tiempo malo, cuando de improviso les sobreviniere".

Y en otra parte enseña: "No está en poder del hombre retener el espíritu, ni tiene potestad sobre el día de la muerte, ni se le da tregua en la guerra que le amenaza, ni al impío salvará su impiedad. Todas estas cosas consideré, y puse mi corazón en todas las obras que se hacen debajo del sol. El hombre domina al hombre a veces para su propio mal" (VIII, 8 y 9; IX, 12).

"Velad, dice el Evangelista San Mateo, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro señor. Mas sabed, que si el Padre de familias supiese a qué hora había de venir el ladrón, velaría sin duda, y no dejaría minar su casa. Por tanto estad apercibidos también vosotros; porque a la hora que menos pensáis, ha de venir el Hijo del hombre" (XXIV, 42, 43, 44).

"Velad ,nos repite San Marcos, porque no sabéis cuándo vendrá, el dueño de casa: si de tarde, o a media noche, o al canto del gallo, o a la mañana. No sea que cuando viniere de repente, os halle durmiendo" (XIII, 35 y 36).

Y San Lucas agrega que vendrá: "así como un lazo" puesto por un cazador (XXI, 35).

El precepto de la vigilancia cristiana es necesa-

rio, pues, para asegurar la dicha eterna, porque como dice San Agustín, el estado en que Cristo hallare a cada uno en el último momento de su vida, que ignora cuando será, ese mismo estado tendrá en el último día del mundo, y este decidirá la suerte que le ha de caber por toda una eternidad. Este es aquel terrible momento, de que depende la eternidad.

Esta incertidumbre del momento de la muerte obliga a los hombres a vivir siempre pendientes de su fin sirviendo a Dios por amor en todos los días de su vida, y no solo en las proximidades de la muerte, por temor a sus consecuencias.

Dice Santa Brígida que el Señor le manifestó que si los hombres supiesen cuándo iban a morir lo servirían por temor en lugar de servirlo por caridad. Y es equitativo que el hombre sufra de esta incertidumbre por haberse alejado voluntariamente de la verdad.

La hora de la muerte debe encontrarnos ya preparados, y debidamente arrepentidos de nuestras faltas, porque las angustias que la preceden, quitan al espíritu la tranquilidad y lucidez que necesita para poner en orden a la conciencia y hacer un acto verdadero de amor a Dios.

"Cuando se dejare caer de repente la calamidad, y se echare encima la destrucción, como una tempestad: cuando viniere sobre vosotros la tribulación y la angustia: Entonces me llamarán y no oiré: madrugarán y no me hallarán: Porque aborrecieron la instrucción, y no recibieron el temor del Señor, ni condescendieron a mi consejo, y desacreditaron toda reprensión mía. Comerán pues los frutos de su camino y se hartarán de sus consejos" (Prov. I, 27 a 31).

¿Cómo pretender la esperanza de hallar a Dios en el momento de la muerte, dice Bacon, si no se le ha buscado jamás durante la vida?

Un hermano de religión preguntó a Santo Tomás

de Aquino, que estaba ya moribundo, qué era lo que más le había sorprendido en la tierra y el santo le contestó: "Lo que nunca he podido comprender es cómo un hombre se atreve a dormir en pecado mortal".

La muerte suele ser cual la vida, dice el periodista católico español Luis María de Llauder, porque generalmente nos sorprende sin tiempo ni disposiciones para volvernos a Dios de veras y obtener su perdón. Cuán pocos son los arrepentimientos verdaderos de la última hora lo prueba el que muchos reciben los Santos Sacramentos creyendo que van a morir, y cuando se restablecen vuelven a sus antiguos pecados y disipaciones. Si quieres morir bien, está preparado siempre para este viaje, pues tú mismo serás el primero en desconocer la proximidad de tu muerte, y tus allegados te la ocultarán.

Ya que la muerte, nos espera en todas partes, dice San Bernardo, la prudencia aconseja que en todas partes la esperemos nosotros.

Don Carlos Walker Martínez ha traducido este pensamiento en la siguiente estrofa:

Alma, si quieres ser fuerte
en las luchas de la vida,
Procura vivir de tal suerte,
que nunca pueda la muerte
hallarte desprevenida.

Esta preparación para la muerte supone haber recibido oportunamente la necesaria instrucción religiosa, porque en la última hora es difícil, casi imposible, suministrar esa instrucción. El enfermo, cercano a la muerte, no está en situación de recibir enseñanzas nuevas sobre materias que no le fueron familiares durante la vida.

Se cuenta al respecto una escena dolorosa acaeci-

da en Francia en casa de una familia importante. Se encontraba moribundo un joven de catorce años que no había recibido enseñanza religiosa alguna, porque su padre se oponía a ello. La madre del joven, aunque hija de padres cristianos, por no contrariar a su marido, había dejado que su hijo creciera sin haber oído hablar de Dios. Pero la gravedad del hijo le hizo recordar su fe olvidada, y dijo a su marido: ¿no convendría llamar un sacerdote? El marido se turbó, y sin responder palabra salió fuera de la alcoba.

La madre, que veía acercarse la muerte del hijo, tuvo el valor de insistir ante el marido, que le respondió: "Haz como quieras, pero que nadie se entere". Envían a llamar al sacerdote, y entretanto el padre y la madre, ambos impresionados ante la proximidad de la muerte del hijo querido, le hablan de Dios, padre de misericordia, y lo invitan a orar. El joven clava los ojos en sus padres, y con débil voz les dice: ¿Pero quién es ese Dios? ¿Dónde está ese Dios del cual me habláis por primera vez? ¡Por favor, no me fastidieis... dejadme en paz... no puedo hablar... sufro tanto. Los padres lloran desconsolados y esperan ardientemente la llegada del sacerdote, el cual es introducido inmediatamente al cuarto del joven. Este que siempre había oído a su padre hablar mal de los sacerdotes, le dice: "Echadle fuera, no quiero verlo". Y expiró en seguida, sin recibir ningún auxilio religioso.

205. LA HORA DE LA CLARIDAD

Si la vida es un sueño, decía Voltaire, la muerte es un despertar.

La hora de la muerte es el momento de la claridad, en que abrimos los ojos a las realidades de nuestro destino, en que despertamos del letargo en que vivimos.

No es el momento en que todo concluye, como algunos desgraciados imaginan, sino por el contrario el momento en que todo comienza. Se refiere que el autor dramático Rosin, se encontró con Lamennais, a la salida de la iglesia de San Eustaquio en París, en circunstancias en que salía un acompañamiento fúnebre para el Cementerio de Peré-Lachaise, y le dijo: "He aquí donde todo concluye". Decid mejor, le contestó Lamennais, que "aquí es donde todo comienza".

En esa hora suprema se aprecia el valor de los principios cristianos, y los que no han perdido la fe, si disponen de algún tiempo, lo comprenden así y procuran volver a ellos.

El gran español Aparisi y Guijarro, profundamente católico, sostenía con gran valor sus ideas, y en una ocasión fué increpado por un amigo liberal con estas palabras: ¿Por qué te empeñas en sostener ideas tan antiguas y ya mandadas retirar? ¿No ves que estás siempre solo? — "No lo creas, contestó Aparisi: tengo mayoría; a la hora de la muerte todos me dan el voto".

Cuando se acerca la muerte lo único que nos consuela es la práctica de la religión.

Casimir Perier, que fué Presidente de Francia, estando en su lecho de agonía, dijo al joven médico que lo asistía: "Joven, la religión, la religión, es lo único importante. Sin la religión no hay nada. Soy yo quien se lo digo y usted lo verá. Tenga mucho cuidado".

206. EL HORROR A LA MUERTE

El pensamiento de la muerte, a pesar del horror natural que ella nos inspira es saludable, y ayuda a mantener la moralidad de los individuos. Para apartarse del mal y excitarse al bien el más fuerte estí-

mulo es el pensamiento de la muerte, dice el Padre Claret, y ya antes había dicho la Sagrada Escritura: "Piensa en tus postrimerías y no pecarás".

El pensamiento de la muerte es útil a la sociedad, porque como dice Aparisi, asombra los placeres del impío, refrena los furores del insensato, consuela a los infelices y alienta a los débiles.

Debemos temer a Dios y no la sentencia de la muerte, que pesa sobre todo hombre desde el día en que nace. "Acuérdate, dice el Eclesiástico, de lo que fué antes de ti, y de lo que ha de venir después de ti: esta es la sentencia del Señor sobre toda carne: ¿Y qué cosa te sobrevendrá sino lo que fuere del agrado del Altísimo, ahora sean diez, ahora ciento, ahora mil años. Porque en el infierno no se hace cargo de lo que uno vivió" (XLI, 5, 6 y 7). La palabra infierno está tomada aquí por el estado que sigue a la muerte. La Escritura Santa quiere que el hombre acepte gustoso el divino beneplácito, cualquiera que sea el tiempo que le conceda de vida, que no será más ni menos que lo que tiene decretado, y nos advierte que después de muertos no sentiremos haber vivido poco o mucho, sino el haber vivido bien o mal.

La muerte de las personas queridas, nos causa impresión de dolor, porque como dice Pascal, no somos como los ángeles, que son espíritus puros y carecen de sentido. Pero no es justo, agrega el mismo autor, que quedemos inconsolables, como los paganos que carecían de la gracia; es propio que seamos afligidos y consolados como cristianos y que los consuelos de la gracia primen sobre los movimientos de la naturaleza, a fin de que no solo esté la gracia en nosotros sino que esté victoriosa en nuestros corazones; que se cumpla en nosotros la voluntad de nuestro Padre Celestial; que las aflicciones inevitables de esta vida sean como la materia de un sacrificio que la gracia consu-

ma y anonade para su propia gloria, y que estos sacrificios particulares honren y preparen el sacrificio universal en que toda la naturaleza debe ser consumida por el poder de Jesucristo.

Contra la dura y cruel necesidad de la muerte, una cosa nos consuela, dice San Jerónimo: creer que un día no lejano podremos ver a los que lloramos ausentes.

La muerte del justo hay que llorarla poco, porque ya descansa: lo que debe llorarse es la muerte del impío, porque es el principio de su desgracia eterna.

"Llora tú por el muerto, dice el Eclesiástico, porque le faltó la luz; y llora por el fátuo porque le falta el seso. Llora empero, poco por un muerto, pues ya goza de reposo. Siete días dura el llanto de un muerto; pero el llanto por el fátuo e impío ha de durar mientras vivan (XXII, 10 a 13).

207. MUERTE DEL CRISTIANO

La muerte, de suyo es horrible; pero, mirada a la luz de la fe cristiana es hermosa, porque es el término de las tribulaciones de esta vida terrenal, y el tránsito a otra vida mejor.

Los paganos, decía Madame de Stael, divinizaron la vida; pero los cristianos han hecho divina la muerte.

Es el **descanso** de nuestras fatigas. La Iglesia llama al lugar de la sepultura **Cementerio,** que significa en griego lugar de descanso. En esta vida somos jornaleros, obligados a cumplir una tarea de trabajo, a veces larga, a veces corta; y solo después de la muerte conseguimos el reposo eterno. El santo Job, en medio de sus penas, decía: Así como el ciervo desea la sombra y el trabajador ansía el fin de su jornada, así yo he deseado el descanso. El jornalero fatigado con el trabajo bajo los ardores del sol anhela la som-

bra del árbol, y todavía desea la sombra completa de la noche para entregarse al sueño tranquilo y reparador.

Y el Apocalipsis nos dice: "Los que mueren en el Señor descansan de sus trabajos".

La muerte del justo es algo más que un descanso: es la entrada en el gozo eterno, es la visión de Dios, el cumplimiento del fin para que el hombre fué creado. La Sagrada Escritura la califica como hermosa, y dice que es mejor que el día de su nacimiento, y la Iglesia celebra como día de los santos el día de su muerte.

Nuestro Señor Jesucristo, dice el padre Lacordaire, encontró demasiado hermosa la muerte para tomarla sola; y por esto la revistió de oprobios y sufrimientos.

Los pintores del Renacimiento, copiando a los antiguos paganos representaban a la muerte bajo la imagen de un horrible esqueleto, armado de una guadaña con la cual segaba las generaciones humanas, como se siega la hierba de los campos.

El Cardenal San Carlos Borromeo creyó que esas representaciones desterraban la noción cristiana de la muerte, e hizo suprimir la guadaña y reemplazarla por una llave de oro, que sirve para abrirnos las puertas del cielo.

San Pablo calificaba la muerte como **ganancia.** "Para mí, decía, el vivir es Cristo, y el morir ganancia" (Philip. I, 21). O sea, si vivo, a Cristo tengo consagrada toda mi vida; y si muero, es para mí una ganancia la muerte, puesto que me sirve de camino para ir a Cristo.

San Jerónimo la llamaba "**su dulcísimo consuelo**". Mi alma decía, está hastiada de este mundo y suspira por ti, Dios mío. Cuando se acercaba su último momento, los amigos afligidos le anunciaron su fin. Son-

rió el santo y les dijo: "Amados míos, gracias os doy; Dios os recompensará de haberme dado tan buena nueva; era ya tiempo de acabar mi viaje. Dulce es morir, cuando se aprendió a vivir en justicia".

Morir, para quien muere en Jesucristo, decía Aparisi Guijarro, es saltar en el bajel que aporta a las playas eternas: es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles. Y Fernán Caballero agregaba: Morir, morir es solemne pero no horrible, cuando el ángel de la muerte es el que cierra suavamente los ojos ya quebrados de la criatura y da así alas al alma para elevarse a otras regiones.

El gran músico Mozart, que era fervoroso creyente, llamaba a la muerte **el verdadero amigo del hombre.** En una de sus cartas del año 1789 —murió en Diciembre de 1791— decía: "Como la muerte, si bien la consideramos, es verdaderamente el término de nuestra vida, yo estoy hace ya no pocos años tan familiarizado con este verdadero amigo del hombre, que su imagen, lejos de ser para mí espantosa, se me muestra dulce y conmovedora. Doy rendidas gracias a mi Dios por haberme concedido la gracia de considerar a la muerte como la llave que me abrirá las puertas de la Bienaventuranza. Ninguna noche me acuesto sin pensar que aunque soy joven —vivió solo treinta y cinco años— puedo no levantarme mañana; y a pesar de mi continuo pensamiento en la muerte nadie podrá decir que estoy triste. Agradezco a mi Criador esta dicha y se la deseo a todos los hombres".

Luis Veuillot da este consejo a los cristianos: Es bueno pensar en la muerte, no temerla y aun desearla; pero es menester no desearla por un sentimiento análogo a la flaqueza del suicida. Es preciso poner la vida en manos de Dios, conservarla, defenderla, usarla en fin para su gloria y la nuestra. No debe anhelarse vivir, ni expirar, ni hacer grandes cosas, ni holgar, sino

simplemente seguir viviendo siempre dispuestos para lo que Dios pida más adelante.

208. JUICIO PARTICULAR

Se llama juicio particular el que sigue a la muerte de cada persona, y que es diverso del llamado universal o final, que tendrá lugar en el último día del mundo y en el cual Jesucristo juzgará de una manera solemne y pública a todos los que vivieron en la tierra, sin excepción alguna.

Hombres de todas las religiones han creído siempre en la existencia de este juicio particular que sigue inmediatamente a la muerte.

Platón escribía que el alma, después de salir libre de su cuerpo como de un ataúd, sufrirá un juicio en el campo de la verdad, es decir, en aquella región donde se conoce la verdad completa sobre el destino humano.

Séneca decía: "Yo me examino con atención, esperando aquel día en que ha de ser juzgada toda mi vida".

Las tradiciones de la China, de la India y de todo el Oriente, de acuerdo con las de Egipto, Grecia, y Roma, describen el juicio riguroso que sufren todos los mortales al exhalar el último suspiro y la ejecución inmediata de la sentencia.

Para los cristianos es dogma de fe la existencia de este juicio particular. "Está establecido, dice San Pablo, que el hombre muera una vez, y después viene el juicio" (Heb. IX, 27).

Se sabe por las definiciones de los concilios y las enseñanzas de los Santos Padres que después de la muerte no se difiere el premio a los buenos y el castigo a los malos, sino que al punto reciben su merecido, **statim,** como dice el Papa Benedicto XIV, en su bula del año 1316.

En la parábola del rico avariento el divino Salvador nos describe como **cosa presente** la gloria de Lázaro el mendigo, y la desgracia del mal rico. "Sucedió, dice, que murió dicho mendigo y fué llevado por los ángeles al seno de Abrahán. Murió también el rico, y fué sepultado en el infierno" (Luc. XVI, 22).

Y al buen ladrón que murió a su lado, le dijo el Señor: "**hoy** estarás conmigo en el paraíso" (Luc. XXIII, 43).

En este juicio particular cada uno dará cuenta al Señor de los pensamientos, palabras y obras de toda su vida.

El Señor nos anuncia repetidas veces en el Evangelio que llegará un momento en que vendrá a pedirnos esa **cuenta**. "Dame cuenta de tu administración, porque no quiero que en adelante cuides de mi hacienda" (Luc. XVI, 2).

Nos advierte que vendrá a pedirnos esta cuenta, como ladrón nocturno, en el momento en que menos pensemos; y nos aconseja que estemos preparados para rendirla, como los criados vigilantes que estaban con las luces encendidas, esperando a su amo que volviera de las bodas (Luc. XII, 40, 43).

Agrega que pedirá cuenta de mucho a quien mucho se le entregó; y a quien se le han confiado muchas cosas, más cuenta le pedirán (Id. 48).

En esa cuenta se manifestarán todas nuestras obras. "En el fin del hombre se manifiestan sus obras" (Ecli XI, 39).

Saldrán a luz nuestras acciones más ocultas: "Porque nada hay oculto que no deba ser descubierto; ni escondido que no haya de ser conocido y publicado" (Luc. VIII, 17). Será, dice San Basilio, como cuando se corre el velo que cubre una estatua y se analiza en sus menores detalles.

Esa visión completa de todas las faltas impresio-

nará nuestras almas de una manera terrible. El padre Le Jeune, en su sermón sobre el juicio particular, refiere que había conocido mucho a un hombre muy virtuoso a quien Dios convirtió a la piedad en la edad de veinte años haciéndole conocer los pecados que hasta entonces había cometido, de la misma manera que los conocerán todos los hombres después de su muerte. El conocimiento de sus pecados le hizo tan profunda impresión, que enfermó y cayó en cama, donde permaneció por espacio de tres meses en un estado tal como si fuera pronto a expirar. El mismo decía que si Dios le hubiera ofrecido librarlo de aquel tormento interior si se arrojaba vivo en una hoguera, lo hubiera hecho gustoso. Y se trataba solo de pecados veniales.

Se dará cuenta hasta de una palabra ociosa: "Yo os digo que hasta de cualquiera palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta en el día del juicio" (Mat. XII, 36).

La muerte es el **día del pago,** y el pago supone el juicio previo para establecer lo que cada uno merece. "Fácil es a Dios, dice el Eclesiástico, dar a cada uno en el día de la muerte el pago según sus obras" (XI, 28). Ninguna obra buena quedará sin recompensa: "Cualquiera que diere de beber a uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca por razón de ser discípulo mío, os doy mi palabra que no perderá su recompensa" (Mat. X, 42). Aludiendo a esta recompensa, dice San Ambrosio, que la muerte es la cobranza del salario, la gracia de la cosecha.

Jesucristo en persona es el que nos juzgará en este juicio particular. La potestad de juzgar que pertenece a la divinidad, es comunicada a la humanidad de Jesucristo por el Verbo divino, con el cual está unida por la Encarnación. El Evangelio de San Juan dice: "Y el Padre no juzga a ninguno: mas todo el juicio

ha dado al Hijo"... "Y le dió poder de hacer juicio, porque es Hijo del hombre" (V, 22 y 27).

El título de Cristo es ser **juez de vivos y muertos.** San Pedro en un discurso pronunciado poco antes de que el Espíritu Santo bajara sobre los gentiles, hablando de Jesucristo, decía, que "les había mandado que predicasen y testificasen al pueblo que El había sido por Dios constituído juez de vivos y muertos" (Hech. X, 42).

"Todos, dice San Pablo, hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo. Pues escrito está: Yo juro por mí mismo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y que toda lengua o nación ha de confesar que soy Dios. Así que cada uno de nosotros ha de dar cuenta a Dios de sí mismo" (Rom. XIV, 10, 11 y 12).

Por lo cual, nos aconseja el mismo apóstol que durante la vida procuremos ganarnos la voluntad de Jesucristo que ha de juzgarnos: "Por esta razón todo nuestro conato consiste en hacernos agradables al Señor, ora habitemos en el cuerpo, ora salgamos de él para irnos con Dios: siendo como es forzoso que todos comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba el pago debido a las buenas o malas acciones que habrá hecho mientras ha estado revestido de su cuerpo" (2 Cor. V, 9 y 10).

Como Jesucristo es Dios, y sabe todo lo que ha ocurrido en la vida de los hombres y lo tiene todo presente, es un juez de naturaleza especial, que, para emitir su fallo, no necesita de declaraciones de testigos. El mismo es el juez y el testigo. Lo dijo, por boca del profeta Jeremías: "Por haber hecho ellos necedades abominables en Israel, y cometido adulterios con las mujeres de sus amigos, y hablado mentirosamente en Nombre mío, sin haberles dado yo ninguna comisión: yo mismo soy el juez y el testigo de todo eso, dice el Señor" (Jer. XXIX, 23).

Es un juez que no se paga de grandezas humanas, ni hace acepción de personas. "No exceptuará, dice el Sabio, persona alguna, ni respetará la grandeza de nadie; pues al pequeño y al grande él mismo los hizo, y de todos cuida igualmente" (Sab. VI, 8). No distinguirá, dice San Pablo, entre libres y esclavos: "estando ciertos de que cada uno de todo el bien que hiciere, recibirá del Señor la paga, ya sea esclavo, ya sea libre. Y vosotros, amos, haced otro tanto con ellos, excusando las amenazas y castigos, considerando que unos y otros tenéis un mismo Señor allá en los cielos, y **que no hay en El acepción de personas**" (Ef. VI, 8 y 9).

Lejos de hacer acepción de personas, exigirá mayor cuenta a los grandes y a los gobernantes, porque han tenido en su vida mayor influencia. Lo dice el Libro de la Sabiduría: "Más a los más fuertes más fuerte suplicio les amenaza" (VI, 9).

Será inexorable con los que no han tenido misericordia. El apóstol Santiago aconseja que usemos de misericordia con el prójimo para alcanzarla en el juicio de Jesucristo: "Porque se hará juicio sin misericordia, a aquel que no usó de misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio" (II, 13).

También será riguroso con los soberbios que han permanecido obstinados en sus pecados. "Ciertamente, dice el Salmista, Dios quebrantará las cabezas de sus enemigos: la mollera cabelluda de los que se pasean en sus pecados" (LXVII, 22).

209. JUICIO UNIVERSAL O FINAL

Además del juicio particular de cada hombre, en el momento de su muerte, habrá al fin de los tiempos un juicio universal, llamado también el **Juicio final**, el cual ha de extenderse, no ya a cada hombre, sino a to-

do el género humano, reunido en la asamblea más solemne que puede concebirse.

Este juicio final, que cierra la era del tiempo para inaugurar la de la eternidad, será la ejecución pública y general, a la faz de todos los hombres, de los diversos juicios parciales emanados de Dios, en el transcurso de la historia del mundo, desde el primero hasta el último día.

La meditación del juicio final, en que han de aparecer publicadas y castigadas nuestras faltas, en presencia de todos los hombres y premiadas nuestras virtudes, es de la mayor eficacia para inducirnos a seguir el camino del deber y del amor al Divino Juez. La vida presente, dice un autor, es como la instrucción del proceso y en el día del juicio final se dictará la sentencia definitiva, que decidirá de nuestra suerte eterna.

Esa consideración convirtió a la pecadora, que fué después Santa Pelagia. Era una joven disoluta que escandalizaba la ciudad de Antioquía. Un día entró por casualidad en una iglesia en el momento en que San Nono, obispo de Edesa, predicaba sobre el juicio final. Fueron tan convincentes las palabras del obispo, que la joven pecadora, herida hasta lo más íntimo de su corazón, resolvió cambiar de vida, inmediatamente, y terminado el sermón se arrojó a los pies del santo Obispo, pidiéndole que le administrara el bautismo. Alcanzada esta gracia, despositó en manos del Obispo todo cuanto poseía de oro, piedras preciosas y ricos vestidos, y cubierta pobremente se dirigió peregrinando hacia Palestina, donde sobre el monte de los Olivos construyó una celda en la que vivió muchos años, ocupada en la meditación constante del juicio final.

El canónigo Schmidt cuenta que en cierta ocasión, como hubiese predicado un sacerdote sobre el juicio final, llegóse a él una pobre mujer muy conmovida, hecha un mar de lágrimas, y le preguntó que cuándo lle-

garía aquel juicio de que había predicado. ¿Qué harías tú si lo supieras? le replicó el sacerdote. — Me prepararía para él confesando mis culpas y haciendo penitencia. — Pues haz esto mismo, porque, venga cuando quiera, el día de tu juicio particular no está lejos, y como de este juicio salgas bien, dichosa será tu suerte en el juicio final. La mujer siguió el consejo; hizo confesión general, y vivió después una vida piadosa y penitente.

Jesucristo, consolando a sus discípulos, les anunció expresamente su segunda venida al mundo para llevarse a los buenos y separarlos de los malos, esto es, para el juicio final: "Os aparejaré lugar, les dijo: vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que en donde yo estoy, estéis también vosotros" (S. Juan XIV, 3). Y los ángeles que estaban al lado de los apóstoles, en el momento en que Jesucristo subió a los cielos, les dijeron: "¿Varones galileos, qué estáis mirando al cielo? este Jesús que de vuestra vista se ha subido al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hech. I, 11). Esto es, vendrá glorioso y con la misma majestad a juzgar al mundo.

En el Credo, o Símbolo de los Apóstoles, se proclama como verdad de fe que Jesucristo ha de venir a juzgar a todos los hombres: a los **vivos** y a los **muertos**; a los **vivos**, esto es, a los buenos que murieron en gracia de Dios y que poseen la verdadera vida, la vida sobrenatural de la gracia, la cual los hará vivir eternamente en el cielo; y a los **muertos**, que se llaman así, porque muertos a la gracia están condenados a la muerte eterna, que consiste en la eterna separación de Dios. A unos y a otros, o sea, a todos los hombres, sin excepción alguna, vendrá a juzgar el mismo Jesucristo.

La misma verdad se repite en el símbolo de Constantinopla, atribuído a San Atanasio, y en las profesiones de fe de los Concilios de Toledo.

La creencia en el juicio final es una verdad universalmente admitida. San Pablo la llama una de aquellas verdades fundamentales que supone conocida aun de los que comienzan a creer en Jesucristo (Heb. VII, 2). Ha sido profesada por los verdaderos creyentes, antes y después de la venida de Nuestro Señor.

El apóstol San Judas en su epístola, al describir a los impíos y aconsejar a sus hermanos que debían guardarse de ellos, les recuerda que el patriarca Enoch, que fué el séptimo después de Adán, profetizó el juicio final y el terrible castigo que espera a los impostores, diciendo: "He aquí que vino el Señor entre millares de sus santos a hacer **juicio contra todos,** y a convencer a todos los impíos de todas las obras de su impiedad, que malamente hicieron, y de todas las palabras injuriosas, que los pecadores impíos han hablado contra Dios" (14 y 15).

El Evangelio afirma muchas veces que habrá un día del juicio, en que se tomará cuenta a todos los hombres.

Cuando el Señor daba instrucciones a sus discípulos les decía que si en una ciudad no querían recibirlos salieran de ella y sacudieran el polvo de sus pies, porque "en verdad os digo, que Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor en **el día del juicio,** que no la tal ciudad" (Mat. X, 15). Aludiendo a las ciudades de Corozaín y de Betsaida, donde no habían hecho penitencia, a pesar de los muchísimos milagros realizados en ellas, decía: "Os digo que Tiro y Sidón serán menos rigurosamente tratadas en **el día del juicio** que vosotras"; y a la ciudad de Cafarnaum advirtió: "que el país de Sodoma en **el día del juicio** será con menos rigor que tú castigado" (XI, 22 y 23). Y cuando el Señor confundía a los fariseos, que no hablaban cosas buenas, les dijo: "Yo os digo que de cual-

quiera palabra ociosa que hablaren los hombres han de dar cuenta en el día del juicio'' (XII, 36).

El día del juicio final es el día de la siega, en que el Señor va a separar el trigo de la cizaña. Así lo enseñó Jesucristo a sus discípulos, cuando le pidieron que les explicara la parábola de la cizaña sembrada en el campo. Les dijo así: ''El que siembra la buena simiente es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena simiente son los hijos del reino; la cizaña son los hijos del maligno espíritu. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del mundo; los segadores son los ángeles. Y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo: enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y quitarán de su reino a todos los encandalosos y a cuantos obran la maldad; y los arrojarán en el horno del fuego: allí será el llanto y el crujir de dientes. Al mismo tiempo los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre'' (Mat. XIII, 37 a 43).

Los evangelistas San Mateo, San Marcos y San Lucas anuncian detalladamente cómo se realizará este juicio final, cuyo verdad proclaman de la manera más solemne.

210. NECESIDAD DEL JUICIO FINAL

Si el juicio particular de cada hombre es necesario, no lo es menos el juicio general de todo el linaje humano.

La exige la Sabiduría Divina, que debe ser públicamente reconocida por todo el mundo.

El juicio final es la última expresión de la Providencia divina que ha tenido a su cargo la conservación y gobierno del mundo, y servirá para demostrar a todos los hombres la sabiduría de sus caminos, los motivos de su acción soberana, la causa de los acontecimien-

tos que han asombrado a los hombres, y el secreto de todos los misterios y de todos los hechos ignorados, porque en este juicio "no habrá nada oculto que no sea descubierto y nada secreto que no sea conocido" (Mat. VI).

Si el juicio universal, dice Hettinger, no nos hubiera sido revelado, deberíamos nosotros pedirlo y afirmarlo como una consecuencia necesaria, como la última expresión de la Providencia Divina, que dirige el movimiento de la historia a través de los siglos, como la última medida para completar su obra y estampar su sello.

El Doctor Lingard, hablando del juicio universal, dice que cuando todos los intentos que Dios tuvo al criar el hombre se hayan cumplido, pondrá nuestro divino Señor fin al presente orden de cosas del mundo, y resolverá al mismo tiempo satisfactoriamente las aparentes anomalías que se ven en los caminos de la Divina Providencia, llamando y citando en juicio a su presencia a todo el género humano, y dando a cada uno, según su anterior conducta en este mundo, una herencia eterna de felicidad o una pena eterna también en el otro.

Es necesario el juicio final, para que los hombres buenos reciban públicamente, a la faz de todo el mundo, el honor que han merecido y los malos el castigo.

En el juicio particular solo es juzgada el alma, la cual recibe honor o tormento; pero el cuerpo yace entre tanto en el sepulcro, convertido en polvo. En el juicio universal comparece también el cuerpo resucitado; el de los buenos, brillando en todo su esplendor y el de los malos, espantoso y aborrecible; y el hombre entero es públicamente juzgado.

Muchos hombres buenos son despreciados en este mundo y queda oculto el bien que hacen, y muchos malos son honrados y estimados y gozan de buen nom-

bre. En el juicio universal se conocerá toda la verdad acerca de la conducta de los hombres; se harán públicas las buenas obras de los justos, que serán públicamente honrados y sus nombres serán contados en el número de los hijos de Dios; y los malos serán públicamente afrentados, confundidos y echados de la presencia divina. En la frente y en el corazón de los justos estarán escritas sus virtudes, y en la frente y en el corazón de los malvados, todas sus iniquidades, aunque hayan sido cometidas en el silencio y obscuridad de la noche. Será espantosa la vergüenza de los que verán divulgados sus pecados secretos.

Se cuenta del emperador Carlos V, que hallándose solo en una habitación con un cortesano miraba al campo por una ventana. El cortesano, creyendo que el emperador no lo observaba, tomó un puñado de monedas de una mesa en que había gran cantidad de dinero y se las guardó en el bolsillo. Pero el emperador llevaba en la mano un anillo con una gran piedra tallada, en la cual se reflejaba todo como en un espejo y así pudo ver lo que hacía el cortesano. Salieron después juntos de la habitación y pasaron a la sala del trono, donde estaban reunidos los grandes de la Corte, y allí, en presencia de todos, el emperador mandó al infeliz cortesano que restituyera las monedas que había robado. Fué tan grande la vergüenza que sufrió el ladrón de verse acusado ante toda la Corte por tan feo delito que a los pocos días murió de pena.

Los justos comprenderán todo el bien que hicieron, con sus buenos ejemplos, sus sacrificios y sus consejos; y los malos sabrán todo el daño que causaron con sus engaños y malos ejemplos. Verán también todas las consecuencias de sus actos buenos y malos.

El Catecismo del Concilio de Trento dice que los tormentos de los que han sido reprobados por causa de escándalo aumentarán hasta el fin de los siglos, a

medida que se cometan en el mundo nuevos crímenes ocasionados por sus malos ejemplos y doctrinas perniciosas, y por el contrario, el buen ejemplo dará cada día para los justos, nuevos frutos de mérito y de recompensa y hasta el juicio no se fijará definitivamente el grado de su gloria.

A la vista de las virtudes de los hombres exclamarán todos con el santo rey David: "Justo eres tú, oh Señor, y justos son tus juicios" (Salmo CXVIII, 137).

Finalmente, el juicio universal es necesario para que a la faz de todo el mundo sea glorificado Jesucristo, que durante su vida fué pobre, despreciado, ofendido y crucificado, y que después ha sido ofendido por los malos cristianos, odiado por los impíos y desconocido por los indiferentes. Aparecerá entonces con todo el esplendor de su majestad y toda rodilla se doblará en su presencia.

211. SEÑALES DEL JUICIO FINAL

Es de fe que habrá un juicio final para todos los hombres; pero no sabemos el día y la hora en que se ha de realizar.

El Señor anunció a sus discípulos que el reino de Dios estaba **cerca a las puertas**, y algunas de las circunstancias precursoras del juicio final, pero respecto a la fecha de su realización, agregó: "Mas de aquel día, ni de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo, sino solo el Padre" (Mat. XXIV, 36). Quiere la Divina Providencia que los hombres ignoren ese día, para que vivan siempre preparados, esperándolo cuidadosos de su salvación; y solo el Padre lo sabe, esto es, Dios tan solamente, y ningún puro hombre. Comentando esta incertidumbre acerca del día del juicio, dice San Agustín: "Haz lo que debes mientras es de día, y no tienes por qué temer la venida del Juez".

Sin embargo, a fin de conmover a los hombres y llevarlos a la penitencia, que los cristianos estuvieran constantes al final de los tiempos y no perdieran el ánimo, en presencia de los sucesos extraordinarios que ocurrirán, reveló algunas señales precursoras de ese día: unas que precederán con cierta anticipación y otras que le precederán inmediatamente o le acompañarán.

Estudiemos esas señales:

A) **Predicación del Evangelio en todo el mundo.** Anunciando el Señor a sus discípulos lo que había de suceder hasta el fin del mundo y como ese fin estaba cerca, agregó: "Y será predicado este Evangelio del reino por todo el mundo, en testimonio a todas las gentes; y entonces vendrá el fin" (Mat. XXIV, 14).

San Jerónimo y otros autores han aplicado las palabras **el fin**, que emplea ese versículo, al fin del mundo y a la consumación de los siglos.

La palabra **entonces** parece indicar que el fin de los tiempos no vendrá hasta que el Evangelio haya sido predicado por todo el mundo.

La misma señal aparece anunciada en el Evangelio de San Marcos. Hablando el Señor del fin de los tiempos y pidiendo a sus discípulos que estuvieran sobre aviso en orden a sus personas, porque habrían de padecer persecuciones por su causa, les advirtió: "Mas primero debe ser predicado el Evangelio a todas las naciones" (XIII, 10).

B) **Apostasía general de los cristianos.** Otra señal de que se acerca el juicio final será la apostasía general de los individuos y naciones.

El Apóstol San Pablo, en su primera epístola a los Tesalonicenses, les advierte de la venida de Jesucristo, que será cuando menos se espere, y los exhorta a que vivan en vigilancia, aplicados siempre a hacer buenas obras. Como quedaran aterrados con lo que les

decía en esa primera epístola, poniéndoles por delante dos grandes sucesos que debían precederle: Primero, la apostasía casi general de los cristianos que abandonarían la verdadera fe; y segundo la venida del Anticristo, que se haría adorar como Dios.

"No os perturbéis, les decía, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como enviada de nos, como si el día del Señor estuviese ya cerca. Y no os dejéis seducir de nadie en manera alguna: porque no será sin que antes venga la apostasía, y sea manifestado el hombre de pecado, el hijo de perdición" (2 Tes. II, 2 y 3).

Siendo la apostasía una señal precursora del juicio final, por la cual los verdaderos cristianos conocerán que ese día está cerca, será una apostasía pública, patente, de carácter general, y no solo de los individuos particulares sino también de las naciones que se rebelarán contra Jesucristo, como Dios y como Rey, y contra el Sumo Pontífice, su representante en la tierra. La separación de la Iglesia y el Estado, la laicización de la educación y de la beneficencia y la prescindencia de Dios en las leyes serán muestras de esa apostasía.

El evangelista San Lucas hablando de que Dios hará justicia y vengará a sus escogidos, dice: "presto los vengará. Mas cuando viniere el Hijo del hombre, ¿pensáis que hallará fe en la tierra?" (Luc. XVIII, 8). O sea, cuando Jesucristo venga a juzgar el mundo, serán muy pocos los que tengan verdadera fe, esperanza y caridad, concepto que es semejante al enunciado por San Pablo sobre la apostasía general.

El mismo evangelista dice que así como en los días de Noé los hombres comían, bebían y tomaban mujeres, y vino el diluvio; y en los días de Lot, comían y bebían; compraban y vendían; plantaban y hacían casas, y llovió fuego y azufre del cielo, y los mató a todos, de la misma manera será el día en que se manifes-

tará el Hijo del hombre (XVII, 26 a 30). O sea, los hombres, además de ser incrédulos, estarán sumidos en la afición a las cosas de la tierra.

"Por la inundación de los vicios, dice el Evangelio de San Mateo, se resfriará la caridad de muchos" XXIV, 12).

C) **Venida del Anticristo.** Hemos visto que San Pablo enseñaba a los Tesalonicenses, que antes del día del Señor, o sea del juicio final, sería manifestado el **Anticristo,** esto es, el **enemigo** o **contrario de Cristo,** llamado también el hombre de pecado o el hijo de perdición, "el cual se opone, y se levanta sobre todo lo que se llama Dios, o que es adorado, de manera que se sentará en el templo de Dios, mostrándose como si fuese Dios" (2.a Tesal. II, 3 y 4).

El Anticristo intentará destruir todo el culto del Dios verdadero, dice Santo Tomás, y se hará adorar él solo como único objeto de la adoración de los hombres, será como el resumen y la síntesis de todos los errores y de todas las herejías que han combatido a Jesucristo.

San Juan, en su Apocalipsis, describe, muy a lo vivo, el reinado del Anticristo. Dice que vió salir del mar una bestia —los Padres entienden por ella al Anticristo que sale del mundo— que tenía siete cabezas —siete reyes cuyos estados serán ocupados por el Anticristo— y diez cuernos, y sobre sus cuernos diez coronas y sobre sus cabezas nombres de blasfemia. Y la bestia que vi, era semejante a un leopardo, y sus pies como de oso, y su boca como boca de león. Y le dió el dragón su poder, y grande fuerza. Y vi una de sus cabezas como herida de muerte; y fué curada su herida mortal. Y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia. Y adoraron al dragón, que dió poder a la bestia; y adoraron a la bestia diciendo: ¿Quién hay semejante a la bestia? y ¿quién podrá lidiar con ella? Y le fué

dada boca con que hablaba altanerías, y blasfemias; y le fué dado poder de hacer aquéllo cuarenta y dos meses. Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar su nombre, y su tabernáculo, y a los que moran en el cielo. Y le fué dado que hiciere guerra a los Santos, y que los venciese. Y le fué dado poder sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación. Y le adoraron todos los moradores de la tierra: aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero, que fué muerto desde el principio del mundo. Después vió otra bestia que ejercía en su presencia el poder de la primera y engañaba con sus prodigios a los moradores de la tierra (Cap. XIII).

Decía San Pablo que ya estaba el demonio en el mundo "obrando el misterio de la iniquidad", o sea, que ya estaba fraguando la apostasía o misterio de la iniquidad, que se ha venido formando insensiblemente desde el principio del cristianismo, por medio de los errores, cismas y herejías que preparan el camino al Anticristo, que será el que pondrá la última mano a la obra de sus ministros.

Y agrega San Pablo: "Y entonces se descubrirá aquel perverso. **Entonces**, es decir, antes de que venga el **juicio final.**

La venida del Anticristo será, dice San Pablo, "según operación de Satanás, en toda potencia, y en señales y en prodigios mentirosos. Y en toda seducción de la iniquidad para aquéllos que perecen: porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por eso les enviará Dios operación de error, para que crean en la mentira, y sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, antes consintieron a la iniquidad" (2.a Tesal. II, 8 a 11).

Los prodigios que obrará el Anticristo, por virtud del demonio, tendrán sólo la apariencia de milagros, como los que obraban los magos de Faraón; y con ellos

logrará persuadir a los réprobos, que perecerán miserablemente, porque creerán que pueden cometer impunemente los delitos más enormes, sin que les quede que temer nada, ni en esta ni en la otra vida.

El Anticristo tendrá también sus precursores.

El apóstol San Juan daba a entender que el Anticristo no estaba muy distante —contaba por muy poco el tiempo que debía pasar hasta la segunda venida de Cristo— porque ya había en el mundo tantos herejes, que eran precursores suyos.

"Hijitos, decía, ya es la última hora: y como habéis oído que el Anticristo viene: así ahora muchos se han hecho Anticristos: de donde conocemos que es la última hora. Salieron de entre nosotros, mas no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, hubieran cierto permanecido con nosotros" (1.a S. Juan II, 18 y 19).

El evangelista San Marcos, hablando de los últimos días del mundo, anuncia las guerras y aflicciones que han de suceder, y previene a los cristianos contra los falsos Cristos y falsos profetas. "Entonces, dice, si alguno os dijere: He aquí está el Cristo, o hételo allí, no le creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y darán señales y portentos, para engañar, si puede ser, aun a los escogidos" (XIII, 21 y 22).

Aquellos días serán de "tales tribulaciones, cuales no fueron desde el principio de las criaturas, que hizo Dios hasta ahora, ni serán. Y si el Señor no hubiere abreviado aquellos días, no se salvará ninguna carne: mas por amor de los escogidos que escogió, abrevió aquellos días" (Marc. XIII, 19 y 20).

El reinado del Anticristo no será largo; durará según los expositores de la Biblia, tres años y medio. El profeta Daniel, hablando del fin de los tiempos, anuncia que después de la cuarta bestia que será el

cuarto reino en la tierra, que tendrá diez astas que serán diez reyes, "se levantará otro después de ellos, y éste será más poderoso que los primeros, y derribará tres reyes y hablará contra el Excelso, y atropellará los santos del Altísimo; y pensará poder mudar los tiempos y las leyes, y serán puestos en su mano hasta un tiempo y dos tiempos, y mitad de un tiempo" (Dan. 23, 24 y 25).

Son tres tiempos y medio, es decir, tres años y medio.

El Apocalipsis, en varios pasajes, se refiere también a la duración del reinado de la bestia, que fija en tres años y medio. Hablando del templo de Dios dice que se le dijo: "Levántate, y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él. Mas el atrio que está afuera del templo (alude al último atrio que se llamaba de los Gentiles), déjalo fuera, y no lo midas: porque se ha dado a las gentes, y hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses: Y daré a mis dos testigos, y profetizarán mil doscientos y sesenta días, vestidos de sacos" (XI, 1, 2 y 3). El templo de que habla el Evangelista es la Iglesia de Jesucristo, y se le manda que cuente el número de los verdaderos fieles que se encontrarán en el mundo al tiempo del Anticristo. Los dos testigos serán Enoch y Elías, que enviará Dios para oponerlos al Anticristo, y que en hábito de penitencia predicarán durante todo su reinado, esto es, por espacio de tres años y medio, que es el número que resulta de los mil doscientos sesenta días, dando treinta a cada mes.

En el capítulo XII, el apóstol describe una señal que apareció en el cielo, a saber: la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas. Esa mujer es la Iglesia, que aparece cubierta del sol, porque la viste Jesucristo, verdadero Sol de justicia; con la luna debajo de sus pies, porque desprecia las cosas

temporales sujetas a mudanza; y con doce estrellas en su cabeza, que representan los doce apóstoles, que fueron las primeras lumbreras que la esclarecieron.

Esa mujer parió un hijo varón, esto es, a Jesucristo en el corazón de los fieles; y perseguida por el dragón, esto es, por el Anticristo, "huyó al desierto, en donde tenía un lugar aparejado de Dios, para que allí la alimentasen mil doscientos y sesenta días" (Apoc. XII, 1 a 6).

Más adelante, en el mismo capítulo dice: "Y fueron dadas a la mujer dos alas de grande águila, para que volase al desierto a su lugar, en donde es guardada por un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo, de la presencia de la serpiente" (XII, 14).

Comentando esto, dicen los expositores, que durante el reinado del Anticristo tendrá la Iglesia lugar seguro donde refugiarse y ponerse a cubierto de su persecución, y que no faltarán pastores ni predicadores que la gobiernen, consuelen y fortifiquen durante los tres años y medio que reinará el Anticristo en la tierra.

En el capítulo XIII vuelve el Evangelista a hablar de la bestia que blasfema contra Dios, y contra los santos, y que es adorada por los hombres. Dice: "Y le fué dada boca con que hablaba altanerías y blasfemias; y le fué dado poder de hacer aquello cuarenta y dos meses" (XIII, 5).

Por grande que sea el poder del Anticristo, no podrá prevalecer contra Jesucristo, el cual con suma facilidad destruirá todo su imperio y descubrirá todos sus engaños. Como dice el apóstol San Pablo: "entonces se descubrirá aquel perverso, a quien el Señor Jesús matará con el aliento de su boca, y le destruirá con el resplandor de su venida" (2.a Tesal. II, 8).

El Apocalipsis describe el combate, que habrá al fin de los siglos entre la Iglesia asistida por San Mi-

guel y sus ángeles con la bestia, esto es, con el mismo demonio y los espíritus infernales. Combatirá San Miguel, ayudando y defendiendo a los cristianos y en particular a los ministros de la Iglesia, para que juntamente con Enoch resistan al Anticristo, que tendrá de su parte al diablo y a sus ángeles.

"Y hubo, dice el Apocalipsis, una grande batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban con el dragón, y lidiaba el dragón y sus ángeles: Y fué lanzado fuera aquel dragón, aquella antigua serpiente, que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo; y fué arrojado en tierra, y sus ángeles fueron lanzados con él" (XII, 7, 8 y 9).

Después de las blasfemias y abominaciones cometidas en la tierra por la bestia, narra San Juan el último combate de la bestia y del Verbo de Dios.

Dice: Y fué presa la bestia (esto es el Anticristo), y con ella el falso profeta (su precursor): que hizo en su presencia las señales con que había engañado a los que recibieron la marca de la bestia y adoraron su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos en un estanque de fuego ardiendo y de azufre" (XIX, 20).

D) **Predicación de Enoch y Elías.** Antes del juicio final vendrán a la tierra Enoch y Elías, a predicar la penitencia durante el reinado del Anticristo, y a convertir a los judíos.

Los Padres e intérpretes de la Biblia convienen en que Enoch y Elías son los dos testigos y mártires que Dios enviará para oponerlos al Anticristo y sus secuaces. Según la tradición de la Iglesia, apoyada en la Escritura, ambos viven todavía y están reservados para los últimos tiempos. San Jerónimo cree que Enoch y Elías fueron trasladados al cielo con sus cuerpos, y que están allí a la disposición de Dios.

Recordemos brevemente lo que sobre ellos dice la Sagrada Escritura.

Dice el Génesis que Enoch vivió sesenta y cinco años, y engendró a Matusalem, y que anduvo Enoch con Dios, y que vivió, después que engendró a Matusalem, trescientos años, y engendró hijos e hijas. Y todos los días de Enoch fueron trescientos y sesenta y cinco años. Y anduvo con Dios, y **desapareció: porque le llevó Dios** (Gén V, 21 a 24).

El Eclesiástico, elogiando la gloria de los antiguos Padres que guardaron la fe, dice: ''Enoch agradó a Dios, y fué transportado al paraíso para predicar al fin del mundo a las naciones la penitencia (XLIV, 16).

Y el apóstol San Pablo, haciendo también la Apología de la fe, en las glorias de los patriarcas, dice hablando de Enoch: ''Por la fe fué trasladado Enoch de este mundo para que no muriese, y no se le vió más, por cuanto Dios le transportó a otra parte que no se sabe: mas antes de la traslación tuvo el testimonio de haber agradado a Dios'' (Heb. XI, 5).

El Libro IV de los Reyes narra cómo **Elías fué** arrebatado del mundo. Los profetas Elías y Eliseo acababan de pasar el río Jordán y ''proseguían su camino andando y hablando entre sí, cuando he aquí que un carro de fuego con caballos también de fuego separó de repente al uno del otro; y **Elías subió al cielo en un torbellino.** Estaba Eliseo mirándole y gritaba: ¡Padre mío, Padre mío: carro armado de Israel y conductor suyo! Y ya no le volvió a ver más'' (II, 11 y 12).

El profeta Elías fué arrebatado al cielo; pero ha de venir a la tierra antes del fin del mundo. Lo dice expresamente el profeta Malaquías: ''He aquí que yo os enviaré el profeta Elías, antes que venga el día grande y tremendo del Señor'' (IV, 5).

Veamos ahora la misión que según el Apocalipsis, desempeñarán en la tierra Enoch y Elías, en lucha con el Anticristo, antes del juicio final.

Dice el Señor:

"Y daré a mis dos testigos, y profetizarán mil doscientos y sesenta días, vestidos de sacos. Estos son dos olivos, y dos candeleros, que están delante del Señor de la tierra. Y si alguno les quisiere dañar, saldrá fuego de la boca de ellos, y tragará sus enemigos: y si alguno les quisiere hacer daño, es necesario que también él sea muerto. Estos tienen poder de cerrar el cielo, que no llueva en los días de la profecía de ellos; y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre, y para herir la tierra con toda suerte de plagas, cuantas veces quisieren. Y cuando acabaren su testimonio lidiará contra ellos una bestia que sube del abismo, y los vencerá y los matará. Y los cuerpos de ellos yacerán en las plazas de la grande ciudad, que es llamada espiritualmente Sodoma, y Egipto, donde el Señor de ellos fué también crucificado. Y los de las tribus, y pueblos, y lenguas verán los cuerpos de ellos tres dias y medio, y no permitirán que sus cuerpos sean puestos en sepulcros. Y los moradores de la tierra se gozarán por la muerte de ellos, y se alegrarán; y se enviarán presentes los unos a los otros, porque estos dos profetas atormentaron a los que moraban sobre la tierra. Y después de tres días y medio, entró en ellos el espíritu de vida enviado de Dios. Y se alzaron sobre sus pies, y vino grande temor sobre los que los vieron. Y oyeron una grande voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube; y los vieron los enemigos de ellos" (XI, 2 a 12).

Vendrán Enoch y Elías, en hábito de penitencia, a predicar y profetizar por espacio de tres años y medio; comunicarán la gracia del Espíritu Santo y alumbrarán a los hombres con el ejemplo de sus virtudes. Saldrá de su boca la palabra de Dios, encendida como un fuego, que confundirá a sus contrarios, y condenará su doctrina y sus obras. Con el fuego, que por sus

oraciones bajará del cielo, acabarán con los que pretendan hacerles algún daño. Luego que hubieren cumplido su ministerio de predicar la penitencia, y de anunciar el juicio final, la bestia, esto es el Anticristo, poseído y agitado de los demonios, descargará su furor contra los dos testigos, les declarará la guerra y les hará quitar la vida, permitiendo Dios que sus cuerpos queden tendidos en tierra, sin darles sepultura, durante tres días y medio, para que todos sepan su muerte y sea manifiesta su victoria y la confusión de sus enemigos, que los verán resucitar, y subir triunfantes al cielo.

E) **Conversión de los judíos.** Antes del juicio final tendrá lugar la conversión de los judíos a la fe de Jesucristo; y esa conversión será una de las señales de la proximidad del fin de los tiempos.

El hecho histórico más extraordinario es la existencia del pueblo judío, disperso por todo el mundo, sin hogar, sin rey y sin sacrificio, en espera de su conversión que tendrá lugar al final de los tiempos, conforme a las profecías.

Cuando Jesucristo anunció a sus discípulos en compendio lo que sucedería en el mundo, desde la promulgación del Evangelio hasta el fin de los tiempos, les dijo: "En verdad os digo, que **no pasará esta generación,** que no sucedan todas estas cosas" (Mat. XXIV, 34). Hablaba a judíos, y les anunciaba que no pasaría esa generación, es decir, que esa generación se perpetuaría de familia en familia hasta el fin del mundo, para que viera el cumplimiento de las promesas de Dios. Así lo interpreta San Juan Crisóstomo.

El profeta Oseas anuncia, en forma muy terminante, la conversión del pueblo judío al final de los tiempos. "Muchos días, dice, estarán los hijos de Israel sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin ephod y sin theraphines. Y después de esto volverán los

hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios, y a David su rey: y se acercarán con temor al Señor, y a sus bienes en el fin de los días'' (III, 4 y 5).

Es decir, anuncia el profeta el estado actual del pueblo judío, separado de Dios por el crimen del deicidio, por sus idolatrías y pecados; sin reino, ni forma de república, ni ejercicio de la verdadera religión, hasta que se convierta al Señor su Dios y reconozca al Mesías, al hijo y descendiente de David; y convertido a El lo mire con el mayor respeto y adore y admire su bondad, largueza y misericordia, lo que ocurrirá en **la postrimería de los días,** o sea, al fin del mundo.

El misterio de la reprobación de los judíos y de su futura conversión al final de los tiempos, lo enseña muy claramente el apóstol San Pablo, en su epístola a los Romanos:

''No quiero, dice, hermanos que ignoréis este misterio (a fin de que no tengáis sentimientos presuntuosos de vosotros mismos) y es, que una parte de Israel ha caído en la obcecación, hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado en la Iglesia, entonces salvarse ha todo Israel, según está escrito: Saldrá de Sión el libertador que desterrará de Jacob la impiedad; y entonces tendrá efecto la alianza que he hecho con ellos, en habiendo yo borrado sus pecados. Es verdad que en orden al evangelio, son enemigos de Dios por ocasión de vosotros: mas con respecto a la elección de Dios, son muy amados por causa de sus padres los patriarcas. Pues los dones y vocación de Dios son inmutables. Pues así como en otro tiempo vosotros no creíais en Dios, y al presente habéis alcanzado misericordia por ocasión de la incredulidad de los judíos; así también los judíos están al presente sumergidos en la incredulidad para dar lugar a la misericordia que vosotros habéis alcanzado, a fin de que a su tiempo consigan también ellos misericordia. El

hecho es que Dios permitió que todas las gentes quedasen envueltas en la incredulidad, para ejercitar su misericordia con todos''.

Y, después de enseñar ese misterio de los judíos, termina el apóstol con esta exclamación: ¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son sus juicios, cuán inapelables sus caminos! (Rom. XI, 25 a 33).

Según las enseñanzas del apóstol, después que la multitud de los Gentiles haya entrado en la Iglesia, el cuerpo de la nación judía entrará también y se someterá a la fe. El Señor borrará sus pecados y le cumplirá la promesa solemne de enviarle un Soberano Libertador, cuando después de haber sufrido una parte de las penas que merece por sus pecados, le dé su gracia para que se convierta y haga penitencia, lo que ocurrirá al final de los tiempos.

San Agustín, comentando este pasaje de San Pablo, dice que si se mira a los judíos, en atención al Evangelio, son enemigos de Dios, porque no han querido recibirlo, y Dios lo ha permitido así para la salud de los Gentiles, que se han aprovechado de su desgracia; pero que si se les mira, con respecto a la voluntad inmutable que hay en Dios de convertir algún día el cuerpo de la nación, le son amados, a causa de la piedad de los patriarcas y de las promesas que les fueron hechas.

Santo Tomás dice que el decreto de la vocación de los judíos y de su elección eterna, siendo absoluto y sin condición, no será jamás revocado.

La conversión se hará por medio del profeta Elías, conforme a la profecía de Malaquías: ''He aquí yo os enviaré al profeta Elías, antes que venga el día grande y tremendo del Señor. Y convertirá el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a sus

padres: no sea que yo venga y hiera la tierra con anatema'' (IV 5 y 6).

Vendrá el profeta Elías, antes del juicio final, especialmente a convertir con su predicación a los judíos, los cuales, creerán en Jesucristo y lo reconocerán como el verdadero Mesías. Convertirá el corazón de los hijos a sus padres, esto es, reunirá a la Sinagoga con la Iglesia, para formar de todos ellos un pueblo santo. No sea que cuando Jesucristo venga a juzgar a todos los hombres, halle toda la tierra abismada en su incredulidad y pecado y fulmine contra ella anatema de eterna condenación.

F) **Unidad en la fe.** Hemos visto que la conversión de los judíos tendrá lugar antes del juicio final, pero una vez que ''la plenitud de las naciones haya entrado en la Iglesia'', según las palabras del apóstol San Pablo.

Una de las señales de que se acerca el juicio final será la unidad en la fe, anunciada por el mismo Jesucristo, que dijo a los judíos, después de proponerles la parábola del buen Pastor: ''Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco: es necesario que yo las traiga, y oirán mi voz, y será hecho un solo rebaño y un solo pastor'' (S. Juan X, 16).

Las ovejas que no pertenecen al aprisco son los Gentiles, que debían creer en Jesucristo, y formar una sola Iglesia con los Judíos convertidos.

Hermosa comparación, dice Torres Amat, para expresar como ha de ser la Iglesia, según la mente de Cristo: un solo rebaño o agrupación de hombres, y por lo tanto visible, bajo un solo pastor o autoridad suprema, del mismo carácter que la agrupación, es decir, visible. El mismo Cristo nombró después a Pedro pastor de todo ese rebaño, compuesto de corderos, que son los simples fieles, y ovejas, que son los demás pastores de almas.

G) **Grandes tribulaciones de los últimos días.** Estando Jesús sentado en el monte Olivete se acercaron algunos de sus discípulos y le preguntaron en secreto: Dinos, ¿cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?

El Señor les anunció en esa ocasión las señales inmediatas de su segunda venida, o sea, del juicio final. Les habló primero de una serie de tribulaciones que deberían sufrir los hombres, y agregó: ''Pero luego después de la tribulación de aquellos días, el sol se obscurecerá'', etc. y siguió contándoles cómo sería ese día tremendo del juicio final.

En las proximidades del juicio final habrán, pues, según la palabra del Señor, días de gran tribulación. ''Será tan terrible entonces la tribulación que no la hubo semejante desde el principio del mundo hasta ahora ni la habrá jamás. Y a no acortarse aquellos días, ninguno se salvaría; pero serán abreviados por amor de los escogidos'' (Mat. XXIV, 21 y 22; Marc. XIII, 19).

Consistirán estas tribulaciones en **persecuciones a los cristianos,** los que serán presos, conducidos a los tribunales, atormentados y muertos; y llegarán a ser aborrecidos de las gentes por causa del nombre de Jesucristo, con lo que muchos padecerán escándalo y se harán traición unos a otros, y se odiarán recíprocamente. El Señor advirtió a sus discípulos cómo debían conducirse en esas persecuciones, asegurándoles su protección y que mediante la paciencia salvarían sus almas (Mat. XXIV, 9 y 10); Marc. XIII, 9, 11, 12 y 13; y Luc. XXI, 12 a 19).

Habrá una **gran perversión en las doctrinas,** porque ''aparecerá un gran número de falsos profetas que pervertirán a mucha gente'' (Mat. XXIV, 11); y ''harán alarde de milagros y profecías, para seducir, si se pudiese, a los mismos escogidos'' (Marc. XIII, 22).

Se corromperán las costumbres y "por la **inundación de los vicios** se resfriará la caridad de muchos" (Mat. XXIV, 12).

Se oirán noticias de batallas y rumores de **guerra.** Se armará una nación contra otra nación y un reino contra otro reino y se levantará un pueblo contra otro pueblo (Mat. XXIV, 6 y 7; Marc. XIII, 7 y 8; y Luc. XXI, 9 y 10).

Habrá **pestes, y hambres y grandes terremotos** en varias partes y aparecerán en el cielo cosas espantosas y prodigios extraordinarios (Mat. XXIV, 7; Marc. XIII, 8; Luc. XXI, 11).

Todo esto aun no es más que el principio de los males (Mat. XXIV, 8).

212. EL DIA DEL SEÑOR

Llegará por fin el día del juicio final, que se llama también el **día del Señor,** porque Jesucristo será glorificado a la faz de todo el mundo y tomará venganza de sus enemigos.

a) Empezará con una gran **perturbación de toda la naturaleza física.**

Después de la aflicción de aquellos días de gran tribulación, que serán pocos por amor de los escogidos, "el sol se obscurecerá, y la luna no dará su lumbre, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes del cielo serán conmovidas (Mat. XXIV, 29). "En la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes, por el estruendo del mar y de las olas, secándose los hombres de temor y de sobresalto, por las cosas que han de sobrevenir a todo el universo; porque las virtudes de los cielos, o esferas celestes, se estarán bamboleando" (Luc. XXI, 25 y 26).

b) "Entonces aparecerá en el cielo **la señal del**

Hijo del hombre, a cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos'' (Mat. XXIV, 30).

Esta señal, según San Juan Crisóstomo, será la Cruz del Salvador, que llenará de confusión y amargura a todos los que la hubieren despreciado, y servirá principalmente para abatir el orgullo de los judíos''.

c) Todas las tribus de la tierra verán al **Hijo del hombre que vendrá** en las nubes del cielo con grande poder y majestad (Mat. XXIV, 30; Marc. XIII, 26; y Luc. XXI, 27).

Esta segunda venida de Jesucristo a la tierra será: **en su propio cuerpo,** tal como los discípulos lo vieron subir a los cielos (Hechos I, 11); **repentina**: ''como el relámpago sale del Oriente y se deja ver hasta el Occidente: así será la venida del Hijo del hombre'' (Mat. XXIV, 27); **gloriosa,** esto es, con gran poder y majestad, sobre las nubes del cielo, tal como El lo anunció a Caifás, cuando le preguntó si era el Cristo (Mat. XXVI, 64); y vendrá **acompañado de todos sus ángeles** (Mat. XXV, 31).

d) **Los justos lo recibirán en los aires.** ''Los que murieron en Cristo, dice San Pablo, resucitarán los primeros; después nosotros los que vivimos, los que quedamos aquí, seremos arrebatados juntamente con ellos a recibir a Cristo en los aires'' (Tes. IV, 16).

e) El Señor ''enviará **sus ángeles con trompetas,** y con grande voz; y allegarán sus escogidos de los cuatro vientos, desde lo sumo de los cielos hasta los términos de ellos'' (Mat. XXIV, 31; Marc. XIII, 27). De los cuatro vientos, o cuatro puntos cardinales del mundo: quiere decir, de toda la tierra.

En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, el Señor hará que se reúna el polvo de los cuerpos de todos los hijos de Adán, desde el primero hasta el último para formarlos nuevamente.

Esa voz y esa trompeta de que habla el Evange-

lio significa, dice Santo Tomás, que será intimada la divina voluntad a todos los muertos, para que resuciten y se presenten al tribunal de Jesucristo.

El mar, dice el Apocalipsis, entregó los muertos que había en él y la muerte y el infierno entregaron los muertos que tenían dentro (XX, 13).

f) El Señor "**se sentará entonces sobre el trono de su majestad** y serán todas las gentes ayuntadas ante él, y apartará los unos de los otros, como el pastor aparta las ovejas de los cabritos: Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a la izquierda" (Mat. XXV, 31, 32 y 33).

"Vi, dice San Juan, un gran solio reluciente, y a uno, esto es, a Jesucristo, sentado en él, a cuya vista desapareció la tierra, y el cielo, y no quedó nada de ellos. Y vi a los muertos grandes y pequeños estar delante del trono" (Apoc. XX, 11 y 12). Grandes y pequeños, quiere decir que todos, hemos de comparecer en el día del juicio delante del tribunal de Jesucristo.

g) **Empieza el juicio**. "Y fueron abiertos los libros: y fué abierto otro libro, que es el de la vida: y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras" (Apoc. XX, 12).

Los **libros** que se abrirán son los de las conciencias de los hombres, en donde se leerán claramente las obras de todos, para dar a cada uno su merecido.

El Señor pondrá en claro, dice San Pablo, aun las cosas escondidas de las tinieblas y manifestará hasta las intenciones secretas y los designios de los corazones, para que cada cual tenga su alabanza; y, como ese juicio será público y a la faz de todo el mundo, recomienda a los hombres que no juzguen antes de tiempo, hasta que venga el Señor (1 Cor. IV, 5).

El **otro libro** que se abrirá es el **de la vida**, esto es, el de la divina predestinación, en donde están escritos los nombres de todos los escogidos para la gloria.

h) Viene en seguida **el fallo** definitivo e inapelable.

Primero dictará el **fallo de salvación** de los escogidos, que estarán a su derecha:

"Venid benditos de mi Padre a poseer el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo: porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era huésped y me hospedasteis; desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; estaba en la cárcel y me vinisteis a ver".

Los justos le preguntarán: ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, huésped, enfermo, o en la cárcel? Y El les dirá: "en cuanto lo hicisteis a uno de mis hermanos pequeñitos, a mí lo hicisteis".

Vendrá en seguida el **fallo condenatorio** de los réprobos, que estarán a su izquierda:

"Apartaos de mí malditos al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era huésped y no me hospedasteis; desnudo, y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis" (Mat. XXV, 34 a 45).

i) Finalmente viene la **inmediata ejecución de los fallos.** "Los justos irán a la vida eterna, y los réprobos al suplicio eterno" (Mat. XXV, 46).

213. LUGAR EN QUE SE REALIZARA EL JUICIO FINAL

El juicio final se verificará en la tierra, y no en otro lugar, porque en ella vivieron los hombres y efectuaron sus obras buenas y malas; porque en ella fué despreciado, perseguido y muerto Jesucristo, y en ella debe ser públicamente glorificado; y porque al juicio concurrirán todos los hombres, buenos y malos, y estos no pueden poner un pie en el cielo donde no en-

tra nada manchado, ni aquéllos podrían ir al infierno, que es un lugar de castigo.

Muchos doctores, fundados en la profecía de Joel, afirman que el juicio final tendrá lugar en el valle de Josafat, situado cerca de Jerusalén, entre el monte de los Olivos y el Calvario.

Dice el profeta Joel:

"En aquellos días, y en aquel tiempo, juntaré todas las gentes y las llevaré al valle de Josafat; y allí disputaré con ellas". "Levántense, y vayan las gentes al valle de Josafat: porque allí me sentaré para juzgar a todas las gentes al contorno" (Joel III, 2 y 12).

La palabra Josafat quiere decir **juicio del Señor,** y el valle se llama así, del nombre de Josafat, rey de Judá, por haber erigido en él un arco triunfal, después de una victoria.

Los doctores que sostienen que Jesucristo ha de hacer el juicio de todo el mundo sobre el valle de Josafat, inmediato a Jerusalén, dan en apoyo de su sentir, dice una nota de la Biblia de Scio, una razón de congruencia, que no parece despreciable. El Señor, dicen, ha de juzgar a todos los hombres en algún lugar del mundo; ¿pues en dónde mejor, ni más para el intento, que a la vista de aquél en donde el mismo Juez por su pasión y muerte obró la salud de todo el mundo, y en el que fué juzgado, sentenciado y crucificado por los impíos?

214. EL INFIERNO

El **infierno** es el lugar de los tormentos eternos. Así lo definió el rico Epulón, que yacía sepultado en él sufriendo los más horribles suplicios y que clamaba a Abraham para que advirtiera a sus hermanos para que no corrieran su misma suerte (Luc. XVI, 27 y 28).

La Sagrada Escritura lo designa con diversos

nombres. Lo llama **suplicio eterno** (Mat. XXV, 46), porque no concluirá jamás; **horno de fuego** (Mat. XI, 42), **fuego inextingible** (Marc. IX, 44), **lago que arde con fuego y azufre** (Apoc. XXI, 8), para expresar que allí se padece el tormento del fuego, alimentado perpetuamente por la justicia divina para castigo de los réprobos; **tinieblas exteriores** (Mat. XXII, 13) para dar a entender que los que allí moran vivirán sumidos en la más profunda obscuridad, sin ver a Dios, que es la fuente de toda luz; **lugar de llanto y crujir de dientes** (Mat. VIII, 12), para significar el gran dolor y rabia de los condenados; **lugar donde el gusano que les roe nunca muere** (Marc. IX, 43), porque siempre vivirán atormentados por un perpetuo remordimiento; **tenebrosísima tempestad** (Judas 13) que no les dejará descansar un momento; y **tierra de miseria,** en donde tiene su asiento la sombra de la muerte, y donde no hay orden alguno, sino un horror sempiterno (Job. X, 22).

También lo llama la **segunda muerte** (Apoc. XXI, 8), porque es la muerte eterna e irremediable.

Es el infierno la manifestación necesaria de la justicia divina, en la cual resaltan a la vez su Omnipotencia, su Sabiduría y su Amor, atributos de las tres personas de la Santísima Trinidad.

Como dice el sublime autor de la Divina Comedia, al hablar de la inscripción que supone escrita en la puerta del Infierno: "Este es el camino para la ciudad de las lágrimas; para el abismo de los dolores; para el lugar donde están las razas criminales. La justicia animó a mi sublime Creador; yo soy la obra de la Omnipotencia, de la Sabiduría más elevada, y del primer Amor. Solo las sustancias eternas fueron creadas antes de que yo existiera, y yo duraré eternamente. ¡Oh vosotros que aquí entráis!, perded toda esperanza".

215. EXISTENCIA DEL INFIERNO. CREENCIA UNIVERSAL

La existencia del infierno es uno de los principales dogmas de nuestra fe, y guarda relación con uno de los atributos de Dios que es ser remunerador, esto es, que premia a los justos eternamente en el cielo y castiga a los malos con el infierno eterno.

La existencia de un lugar donde se padecen tormentos eternos es una creencia universal del género humano, tanto entre los pueblos civilizados como entre los salvajes, lo que prueba que tiene su fundamento en lo más íntimo de la conciencia de los hombres.

Celso, el famoso impugnador del cristianismo, afirmaba el hecho de ser universal esa creencia: "Los cristianos, decía, tienen razón en creer que los que viven santamente serán recompensados después de la muerte, y que los malos sufrirán suplicios eternos. Además, este sentimiento es común a toda la humanidad".

Patuzzi, en su obra sobre la suerte de los impíos, ha probado que en todos los países de la tierra y hasta en los lugares más apartados y desconocidos, el corazón del hombre vive siempre penetrado del temor de un infierno eterno.

Maury, miembro del Instituto de París, aunque incrédulo, hace un resumen de los trabajos históricos sobre esta cuestión, y dice que el dogma del infierno aparece entre los habitantes de las selvas de América, de las islas de la Oceanía, del continente africano, de la antigua Roma, entre los Etruscos, en el Egipto de los Faraones, entre los sectarios de Zoroastro, entre los Brachmanes y Budistas, y en China y Japón.

Platón decía que los malos eran precipitados al Tártaro para no salir ya más de allí; y, como para responder a algunas dudas, dice: "Convengo que no se hará caso de lo que digo; pero después de reflexionar

maduramente y todo bien examinado, nada he hallado que estuviese tan conforme con la sabiduría, la razón y la verdad''.

Los clásicos paganos describen con horribles colores las penas del Infierno, los suplicios eternos de las Danaides, de Sísifo, de Ixión, de Teseo y de otros condenados. Virgilio describe el Tártaro con sus triples murallas bañadas por un río de fuego, los gemidos, azotes, cadenas, serpientes, y según su enérgica frase, cien bocas no le bastarían para nombrar la variedad de penas de aquella mansión de horror. Ovidio y Horacio, Orfeo y Hesiodo consignan también esta creencia general.

El corazón del hombre no se engaña en esta materia tan fundamental, y, a pesar de los extravíos de la inteligencia, siente el temor a un castigo eterno.

Voltaire, a un amigo que le escribió diciéndole: ''Creo haber encontrado al fin la certidumbre de que no existe el infierno'', le contestó: ''Sois muy feliz: yo estoy aun muy lejos de ello''.

Rousseau, preguntado muchas veces sobre este punto, no se atrevía a negar la existencia del infierno, y contestaba invariablemente: No lo sé.

Diderot hace aparecer en un diálogo a su propio espíritu, hablando consigo mismo acerca de la existencia del infierno en estos términos: ''Si abusáis de vuestra razón, seréis desgraciado, no solamente en esta vida, sino también en el Infierno, después de vuestra muerte. — ¿Y quién os ha dicho que hay un Infierno? — Aunque dudéis de la existencia del infierno debéis obrar como si lo hubiese. — ¿Y si yo estuviera seguro de que no existe? — Os desafío a que me probéis que no existe.

Algunos, por dárselas de espíritus fuertes, aparentan en la conversación no creer en el infierno, pero apenas meditan un instante, lo temen.

El capellán de la Escuela Militar de Saint Cyr acababa de predicar durante la cuaresma sobre el infierno, y un viejo capitán le dijo en tono de burla: Señor Capellán, ¿me podría decir si en el infierno seremos asados o hervidos? El capellán se volvió tranquilamente, lo miró un instante sin decir palabra y le contestó con frialdad: "Ya lo averiguaréis vos mismo capitán". El capitán se marchó, pero no se reía; y después de algún tiempo declaró que a esa respuesta inesperada y a la meditación sobre el infierno debía su conversión a la fe católica.

Dicen algunos que nadie ha venido del infierno a contarnos lo que allí pasa, y que, por lo tanto, no podemos afirmar con seguridad que existe ese lugar de tormentos.

Establecida la naturaleza del infierno, que es un lugar de castigo al cual se entra para no salir jamás, la objeción resulta contraria al sentido común.

A pesar de que el infierno es un encierro tenebroso, Nuestro Señor en el Evangelio hace hablar al rico Epulón, que yace condenado en el fondo del infierno, para contar los tormentos horribles que allí sufre y para clamar a Abraham que aperciba a sus hermanos para que no caigan a ese lugar.

También por permiso especial de Dios puede un condenado dar testimonio de la existencia de ese lugar.

Recordemos el caso histórico que cuenta Monseñor Segur, ocurrido entre personas de gran situación social.

Dice Monseñor Segur que su abuelo el conde Rostopchine, gobernador militar de Moscú, era muy amigo del general Orloff, hombre muy valiente, pero muy impío. Un día después de una comida, el conde Orloff y uno de sus amigos el general **V**, volteriano como él, se habían burlado de una manera horrible de la reli-

gión y sobre todo del infierno. Y, si por casualidad, dijo Orloff, hubiese algo más allá de la tumba? En ese caso contestó el general V, el que se muera primero vendrá a advertir al otro ¿queda convenido?— Excelente idea, respondió Orloff, y se dieron mutuamente la palabra de honor de no faltar a su compromiso. Algunas semanas después estalló la guerra entre Rusia y Francia, y el general V recibió la orden de partir inmediatamente para hacerse cargo de un importante comando. Había partido de Moscú, hacía como tres semanas, cuando una mañana muy temprano el Conde Rostopchine siente que se abre bruscamente la puerta de su dormitorio. Era el conde Orloff que llegaba, en traje de dormir, con los cabellos erizados, la vista extraviada y pálido como un muerto. ¿Sois vos? le pregunta Rostopchine, ¡a esta hora y en ese traje! ¿Qué tenéis? ¿qué ha sucedido? Querido amigo, le contestó Orloff, creo que me vuelvo loco: acabo de ver al general V. ¡Al general V.!, le pregunta Rostopchine ¿pero que ha vuelto del campo de batalla? No, responde Orloff, arrojándose en un sofá y tomándose la cabeza con sus dos manos; no, él no ha vuelto, y eso es lo que me espanta. — Pero, contadme, le dice Rostopchine, lo que os ha sucedido. Y el conde Orloff habló así: Mi querido amigo, hace algún tiempo el general V y yo nos juramos mutuamente que el primero que muriese vendría a decir al otro si hay algo más allá de la tumba; y esta mañana, hace apenas media hora, estaba yo tranquilamente en mi lecho, despierto hacía mucho rato, cuando de repente se abren las cortinas y veo a dos pasos de mí al general V, de pie, pálido, con la mano derecha sobre el pecho, que me dice: "Hay un infierno y yo estoy allí". Después desapareció y yo vine en el acto a buscaros. ¿Qué cosa más extraña! Yo no sé qué pensar.

Doce días después de ese incidente un correo del

ejército trajo al Conde Rostopchine, entre otras noticias, la de la muerte del general V ocurrida en la mañana del mismo día en que el Conde Orloff lo había visto y oído. El desgraciado general había salido a reconocer la posición del enemigo, cuando cayó atravesado por una bala de cañón.

Hay también un cuento oriental, muy expresivo, para demostrar lo absurda que es la afirmación de que no existe el infierno, porque nadie ha venido de allá a relatarnos su existencia.

Dos peces, dice, andaban muy contentos en un río, uno ya de edad y el otro aun bisoño. Un pescador se acerca a la ribera y echa su anzuelo. ¡Atención! dijo el pez experimentado al novicio: bajo el cebo se oculta un grave peligro. No lo toques, eso te costaría la vida: un gancho de fierro te cogería, y a pesar tuyo te llevarían a tierra. Ahora bien, en la tierra hay fuego, y el fuego tuesta los pescados y, una vez tostados, los hombres se los comen... Si amas la vida, aléjate de ese peligro. — Vamos, pues, responde el pescado bisoño: ¡tierra, adonde no se puede nadar! ¡fuego que nos ha de tostar! ¡hombres que nos van a comer! ¿Quién ha vuelto de allá para asegurarnos eso? Yo no creo. Y el imprudente mordió el anzuelo y cayó en poder del pescador; y la parrilla donde lo pusieron a tostar le enseñó, aunque por desgracia ya tarde, que a pesar de su incredulidad existía de veras, fuera del agua, una tierra donde había un fuego que tuesta los pescados para que los hombres se los coman.

216. LO QUE DICE LA RAZON

La razón nos dice que la justicia de Dios exige un castigo eterno para los que mueren en pecado mortal.

Santo Tomás enseña que el pecado mortal es una ofensa gravísima, una injuria contra Dios, que envuel-

ve en cierto modo una malicia infinita, como quiera que va dirigida contra un Dios infinitamente bueno, y que merece por lo tanto ser castigada, si posible fuera, con una pena infinita. Como el hombre no es capaz de soportar una pena infinita, en cuanto a la **intensidad**, debe soportar una que sea infinita, siquiera en cuanto a su **duración**, es decir, una pena eterna.

Además, la gracia divina es un beneficio concedido a los hombres, solamente mientras viven y son capaces de merecer; pero termina con la muerte, la cual crea un estado definitivo de conciencia, inclinada al bien o al mal, que permanece invariable para siempre, esto es, por toda la eternidad. "Cuando viene la noche de la muerte, dice el Evangelista San Juan, ya nadie puede trabajar" (IX, 4). El que muere en pecado mortal no puede ya arrepentirse, porque con la muerte perdió la libertad para tornar al bien y perdió la gracia que podía auxiliarla. Su alma conserva para siempre el odio a Dios, a quien injurió; y Dios, por su parte, no puede menos que aborrecerlo y apartarlo de sí eternamente. Ese odio a Dios es el alimento de los condenados. Teófilo Gautier pone en boca de Satanás estas palabras: "Si yo pudiese amar un minuto solamente, me sentiría subir al cielo".

La existencia del infierno es una consecuencia triste, pero necesaria, de la libertad moral de que goza el ser racional, que constituye su más noble atributo y que lo hace responsable de sus actos conscientes.

Abusando de esa libertad moral puede el hombre preferir el mal al bien, el condenarse al salvarse, el odiar a Dios, en lugar de amarlo.

Lo dice expresamente la Escritura: "Delante del hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal; lo que escogiere le será dado" (Ecli. XV, 18).

Supuesto que el hombre tiene plena libertad para escoger entre salvarse y condenarse, entre la vida o la

muerte eterna, la justicia y la misericordia de Dios, que son igualmente infinitas, exigen la existencia del cielo como término de la misericordia y del infierno, como término de la justicia.

Negar la existencia del infierno, dice Donoso Cortés, importaría negar la libertad humana, la facultad que el hombre tiene de salvarse y de perderse; importaría negar la virtud y el pecado, el bien y el mal, la recompensa y el castigo, el mundo moral y sus leyes.

Hay una diferencia esencial entre el bien y el mal, entre el amor y el odio a Dios; y esta diferencia hace que el destino eterno de los buenos sea radicalmente diverso del destino eterno de los malos.

No pueden llegar al mismo destino eterno, dice Monseñor Bougaud, un ser vicioso, corrompido, obstinado en su rabia contra Dios, que la mantiene hasta el fin de su vida, y una virgen pura, casta, consagrada al bien, y constante en su abnegación hasta el último instante de su existencia.

La supresión del infierno eterno sería la confusión del bien y del mal, más aun, el triunfo definitivo del mal sobre el bien. Un malvado podría perseguir a Dios con sus injurias, blasfemar hasta el momento de la muerte y decirle burlándose de El "soy más fuerte que Tú, porque a pesar de mis insultos estás obligado algún día a recibirme en el paraíso y a gozar de tu presencia".

"Es de toda justicia, dice San Gregorio en sus Diálogos, que no tenga término en su castigo aquel que no ha querido poner fin a sus pecados".

El cielo y el infierno, dice Perujo, son los dos polos de nuestro destino eterno y el hombre oscila toda su vida entre estas dos eternidades. Un dogma es el contrapeso y la explicación del otro, y mientras el uno retrae del pecado a los hombres por el temor, el otro los estimula a la virtud por la esperanza. En esta for-

midable alternativa hallamos los más eficaces motivos para ajustar nuestras acciones; porque ¿quién no hará los mayores esfuerzos para evitar un castigo tan terrible y para merecer una felicidad tan inefable?... Buenos y malos, todos admiten con gusto el dogma de la bienaventuranza eterna, y se regocijan ante esta perspectiva de gloria, y solo los malos niegan y atacan el dogma del infierno, no por otra razón, sino porque le temen. Por eso se ha dicho que el infierno es el fantasma de las malas conciencias, porque proyecta sus espantosas sombras sobre sus deseos desordenados y les anuncia que sus maldades no quedarán impunes. Es el aguijón del pecado, porque desde esta vida su imagen aterradora le castiga con anticipación''.

217. LA LEY MORAL NECESITA UNA SANCION EFICAZ

La ley moral, necesaria para el orden social y grabada por Dios en la conciencia misma de los hombres, debe tener una sanción eficaz para lograr su observancia. Si Dios hubiera establecido para las faltas graves una sanción temporal, no estaría suficientemente provista la observancia de sus mandatos, porque el atractivo de los bienes del mundo y de los placeres de los sentidos engaña de tal manera al hombre, ya de suyo inclinado al mal, que fácilmente hubiera despreciado el temor del castigo temporal, con la seguridad de que después de cumplida la pena su condición sería la misma que la del justo.

El temor del castigo eterno no siempre es eficaz para apartar al hombre del pecado, ¿qué ocurriría si Dios hubiese establecido solo un castigo temporal?

''Si se enseñara, dice el filósofo Kant, que las penas del infierno tienen fin, podría decir cualquiera: yo las soportaré. En este caso la suerte de los malvados

sería a la postre la misma que la de los hombres virtuosos".

218. EL HOMBRE ES CONDENADO POR SU PROPIA CONCIENCIA

Dice San Juan Damasceno que los tormentos del infierno no tienen por autor a Dios, sino al mismo hombre.

En efecto, Dios condena a las penas del infierno al hombre que desprecia su misericordia y se burla de su justicia; al que se niega a creer lo que El mismo ha revelado; al que, libremente y con plena conciencia de sus responsabilidades, muere en estado de impenitencia final, es decir, en un estado de odio a Dios, del cual no puede ni quiere arrepentirse. Afirma Leibnitz que hombres piadosos, penetrados de esa verdad, piensan que los condenados sienten tanto odio contra Dios que no quieren recurrir a su Bondad y que prefieren llevar adelante su desgracia eterna antes que arrepentirse.

Dios no podría salvar a esos hombres, sin destruir su autoridad soberana, su justicia, y su propia dignidad.

Santa Brígida asistió en espíritu al juicio particular de algunos condenados, y el Señor, para instruirla, obligó a hablar a una de esas almas sobre la causa de su condenación. "Mi voluntad, dijo, fué la de pecar hasta el último minuto de mi vida". Entonces tu conciencia te condena, replicó el juez, y de nuevo le preguntó: ¿Cuál debe ser tu castigo? "El más duro y el más amargo", contestó el alma.

¿Por qué estás muerta? preguntó el Señor a otra alma condenada. "Porque no os he amado", respondió ella.

Una tercera, interrogada por el Señor, contestó

blasfemando, y agregó: "Para que no tengáis ningún consuelo, yo prefiero las penas del infierno a los goces del cielo. Yo os odio de tal manera que mis dolores serían menos crueles, si pudiera quitaros la alegría".

Envalentonada la Santa, en presencia de las misericordias del Señor, se atrevió a decirle que su espíritu se sentía turbado en presencia de las penas eternas, y pidió al Señor alguna explicación. Este le dijo: "Yo soy la Verdad y la Justicia. Yo escruto los corazones y las voluntades, y doy a cada uno según sus obras. Mis caminos y mis juicios no están al alcance de las inteligencias humanas. Los que quieren siempre vivir y siempre pecar no pueden entrar en mi eternidad infinitamente pura. No hago justicia sin misericordia y uso de la misericordia, aun con los condenados. El hombre es mi hermano, por la humanidad de que me revestí, y como hermano lo juzgo. **Es su conciencia la que dicta su pena.** Yo le digo: he cargado con tus sufrimientos; he expiado la falta que tú no podías rescatar; te he preparado los caminos; te he manifestado mi amor; y tú has huído de Mí. Eres digno de justicia, porque has despreciado mi misericordia. Sin embargo, si me fuere posible morir todavía por ti, antes que juzgarte, preferiría sufrir de nuevo todo lo que he sufrido".

El Santo Cura de Ars enseñaba esa misma doctrina en sus admirables lecciones de Catecismo: "No es Dios quien nos condena, decía, sino nosotros con nuestros pecados. Los condenados no acusan a Dios, sino a sí mismos. He aquí lo que dicen: "He perdido a Dios, el alma y el cielo por mi culpa". Nadie se ha condenado jamás por haber hecho mucho mal, sino por no haberse arrepentido. Si un condenado pudiese decir una sola vez: "Dios mío, yo os amo", ya no habría infierno para él. Pero esa pobre alma ha perdido el poder de amar que había recibido, y del cual no ha sa-

bido aprovecharse. Su corazón está seco como el racimo oprimido por la prensa. Ya no hay paz, ni felicidad para esa alma, porque no le es posible el amor".

219. TESTIMONIO DE JESUCRISTO

El mismo Jesucristo nos ha atestiguado de un modo tan claro y terminante la existencia del infierno, como lugar de tormentos eternos, que todo hombre de buena fe, que presta asentimiento a la palabra de Dios revelada en el Evangelio, se ve obligado a reconocerla.

Elogiando Jesús la fe del centurión, dijo a sus discípulos: "Vendrán muchos gentiles del Oriente y del Occidente, y estarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, **mientras que los hijos** del reino serán echados fuera a **las tinieblas**: allí será el llanto y el crujir de dientes" (Mat. VIII, 11 y 12).

Cuando explicó a sus discípulos la parábola de la cizaña entre el trigo, les dijo: "Así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo: enviará el Hijo del hombre a sus ángeles, y quitarán de su reino a todos los escandalosos y a cuantos obran la maldad; y los arrojarán en **el horno del fuego**: allí será el llanto y el crujir de dientes" (Mat. XIII, 40, 41 y 42).

Hablando de la necesidad de evitar la ocasión de pecar, enseñó a sus discípulos: "Si tu mano te es ocasión de escándalo, córtala: más te vale el entrar manco en la vida eterna, que tener dos manos e ir al **infierno, al fuego inextinguible ,en donde el gusano que les roe, nunca muere, y el fuego nunca se apaga**"... lo mismo les dijo para el caso de que el pie o el ojo les sirvan de ocasión de pecado, y les agregó que "la sal con que todos ellos serán salados es el fuego" (Marc. IX, 42 a 48).

Cuando maldijo a las ciudades ingratas, exclamó: "Y tú Cafarnaum, que orgullosa te has levantado hasta el cielo, serás abatida hasta el **profundo del infierno**" (Luc. X, 15).

Relatando a sus discípulos lo ocurrido con el rico, que negaba al mendigo Lázaro las migajas que caían de su mesa, dijo: "murió también el rico y fué sepultado en el **infierno.** Y cuando estaba en **los tormentos,** levantando los ojos vió a lo lejos a Abraham y a Lázaro en su seno: Y exclamó diciendo: ¡Padre mío Abraham! compadécete de mí y envíame a Lázaro, para que mojando la punta de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues **me abraso en estas llamas.** Respondióle Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro al contrario males; y así éste ahora es consolado, y **tú atormentado**; fuera de que entre nosotros y vosotros está de por medio un abismo insondable; de suerte que los que de aquí quisieran pasar a vosotros no podrían, ni tampoco de ahí pasar acá. Ruégote, pues, oh padre, replicó el rico, que lo envíes a casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, a fin de que los aperciba, y no les suceda a ellos, el venir también a este lugar de tormentos"... etc. (Luc. XVI, 19 a 31).

En la parábola de los talentos, dijo el Señor: "a ese siervo inútil arrojadlo a **las tinieblas de afuera**: allí será el llorar y crujir de dientes" (Mat. XXV, 30).

Y cuando anuncia los castigos que tendrán lugar el día del juicio final, advierte que dirá a los réprobos: "Apartaos de mí malditos: id **al fuego eterno,** que fué destinado para el diablo y sus ángeles". Y en consecuencia irán estos **al eterno suplicio**" (Mat. XXV, 41, 46).

220. TESTIMONIO DE LOS APOSTOLES

Los apóstoles atestiguan también la existencia de

las penas eternas del infierno, porque Cristo se lo reveló así a ellos.

San Juan dice, en sus misteriosas revelaciones del Apocalipsis, que el que ''adorare la bestia y a su imagen y recibiere la marca en su frente o en su mano, éste tal ha de beber también del vino de la ira de Dios, de aquel vino puro preparado en el cáliz de la cólera divina y ha de ser atormentado con fuego y azufre a vista de los ángeles santos y en la presencia del Cordero; y el humo de sus tormentos estará subiendo por los siglos de los siglos, sin que tengan descanso ninguno de día ni de noche'' (XIV, 9, 10 y 11). Dice que la bestia y el falso profeta fueron precipitados en el estanque de fuego y azufre, donde ''serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos'' (XX, 10). Hablando del juicio final dice que ''el que no fué hallado escrito en el libro de la vida, fué asimismo arrojado en el estanque de fuego'' (XX, 15); y que la suerte de los cobardes e incrédulos, y excecrables y homicidas... será en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda y eterna'' (XXI, 8).

El apóstol San Pablo enseña que ''Jesús descenderá del cielo y aparecerá con los ángeles... a tomar venganza de los que no conocieron a Dios, y de los que no obedecen al Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán la pena de una eterna condenación'' (II Tes. I, 7, 8 y 9). Dice que los injustos, los fornicarios. los idólatras, los adúlteros, los afeminados, los sodomitas, los ladrones, los borrachos, los maldicientes y los que viven de la rapiña no han de poseer el reino de Dios'' (1 Cor. VI, 9 y 10).

El apóstol San Pedro, en su segunda epístola, hablando de los maestros embusteros que corrompían a los hombres, dice que el juicio viene a grandes pasos, y que si Dios no perdonó a los ángeles delincuentes, sino que amarrados con cadenas infernales los precipi-

tó al abismo donde son atormentados, lo mismo hará con los malos, para los cuales reservará tormentos en el día del juicio, mayormente para aquellos que por satisfacer sus impuros deseos siguen la concupiscencia de la carne y desprecian las potestades, que son osados, pagados de sí mismos, blasfemos, herejes, los cuales perecerán en sus vergonzosos desórdenes y recibirán la paga de su iniquidad.

221. DEFINICION DE LA IGLESIA

El Símbolo de San Atanasio dice que "los que hicieron el bien, irán a la vida eterna; pero los que obraron el mal al fuego eterno".

Todos los obispos de la Iglesia han enseñado siempre lo mismo, y todos los Santos Padres dan testimonio de esta verdad.

Orígenes se atrevió a contradecir esta doctrina, sosteniendo que las penas del infierno habían de tener fin, y su error fué condenado por la Iglesia en el quinto Concilio general, afirmando que las penas del infierno son eternas.

El Concilio de Letrán, en 1215, declaró que todos los hombres resucitarán "para recibir conforme a sus obras, buenas o malas, los unos, los réprobos, la pena eterna con el diablo, los otros, los escogidos, con Cristo la gloria eterna.

222. PENAS DEL INFIERNO, Y PRIMERAMENTE DE LA PENA DE SENTIDO

Las penas del infierno son de dos clases: **pena de daño y pena de sentido.** Estudiaremos primero la pena de sentido para ocuparnos en seguida de la pena de daño, que es la más importante.

La pena de sentido consiste en los tormentos **sen-**

sibles que sufrirá el condenado y corresponde al amor desordenado que tuvo a las criaturas, abusando de ellas para ofender a Dios. Por eso Dios "armará las criaturas para vengarse de sus enmigos" (Sab. V, 18).

Según la doctrina de Santo Tomás, en el infierno habrá **tormentos diversos**, según las clases de pecados por los cuales son condenados los hombres; y la Sagrada Escritura nos da la noción de esos sufrimientos, indicando que el sentido de la vista sufrirá con las tinieblas (Mat. VIII, 12); el del oído con los sollozos y maldiciones de los otros condenados (Job. XV, 21); el del gusto con el hambre y la sed (Luc. VI, 25 y XVI, 24); el del tacto por el ardor del fuego (Mat. XI, 42); y el del olfato por el hedor intolerable del lago de azufre (Apoc. XXI, 8).

Estos tormentos **no serán iguales** para todos los condenados: se graduarán, según el número y gravedad de los pecados. "Cuanto cada uno vivió en delicias, tanto tendrá de tormento y pena" (Apoc. XVIII, 7); "A proporción de la muchedumbre de sus delitos serán sus tormentos" (Job. XX, 18).

Los tormentos serán **eternos** y **continuos**. "No tendrán descanso, dice el Evangelista San Juan, de día, ni de noche... serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos" (XIV, 11 y XX, 10).

La meditación de estos tormentos hacía que un santo monje llamado Olimpo soportara con gran paciencia habitar en una celda estrecha de un Monasterio del Oriente, donde lo quemaba un calor tropical y lo devoraban los insectos. Como alguien se manifestara asombrado de tanta austeridad, él respondió: "Sufro así para escapar con mayor seguridad a los espantosos suplicios del infierno, que no concluirán jamás: si me resigno a soportar las picadas de los insectos, es para no sentir un día la mordedura del gusano roedor que nunca muere. ¡Oh! no es tan difícil, como lo ima-

gináis, soportar estas molestias, cuando se tiene un gran temor al fuego del infierno; sin duda, estas molestias son penosas; pero son temporales y concluirán dentro de poco tiempo, mientras que los tormentos de los condenados durarán para siempre''.

La primera de las penas sensibles que se padecen en el infierno es debida a la acción del **fuego**, que es el principal instrumento de las venganzas divinas y al cual alude la Escritura Santa en numerosos pasajes, cuando habla del fuego inextinguible, del horno de fuego, del lago que arde con fuego y azufre. Anota un autor que el divino Maestro, hablando del infierno, repite once veces la palabra fuego.

Es un fuego real y verdadero, que rodeará a los condenados y hará padecer su cuerpo y su alma, en virtud de una cualidad especial comunicada por Dios para que sirva de castigo del alma y del cuerpo, que unidos cometieron el pecado. Hablando el profeta David del castigo de los impíos, dice que ''caerán sobre ellos ascuas'' y que el Señor los precipitará en el fuego (Salmo 139, v. 11) y el Eclesiástico dice que ''el fuego y el gusano castigarán la carne del impío'' (VII, 19).

Es un fuego diverso del que vemos en la tierra. Este sirve para los menesteres de la vida, y destruye y consume las cosas que arden en él. Aquel quema, sin consumir jamás; de modo que conserva a los condenados, al mismo tiempo que los tortura. Lo dice expresamente el Evangelio. Hablando del castigo de los escandalosos que serán arrojados al fuego del infierno, afirma que ''la sal con que todos ellos serán salados es el fuego'', esto es, que el mismo fuego que los quema les servirá de sal para conservarlos (Marc. IX, 47 y 48). ''Pagará todo el mal que hizo, mas no por eso será consumido'' (Job XX, 18).

El fuego de la tierra calienta y alumbra a la vez,

mientras que el fuego del infierno, como hace notar Santo Tomás, quema, pero no alumbra, ni da claridad, y por eso el Evangelio llama al infierno "**tinieblas exteriores**". Un fuego que no alumbra abrasará al impío, dice el libro de Job (XX, 24).

San Agustín, tratando del fuego del infierno, en su comentario sobre el Salmo 57, dice que es más terrible y fuerte que lo más terrible y fuerte que en esta vida se puede tolerar.

Tertuliano llega a afirmar que, aunque material, es un fuego inteligente que aumentará o disminuirá sus ardores, según la culpabilidad de cada réprobo.

El infierno es todo fuego, que envolverá a los condenados de tal manera que serán como un carbón encendido. "Harás de ellos, dice el Salmista, como un **horno encendido**... y el fuego los devorará" (XX, 10). Y el Evangelista San Juan pone en boca del Señor la advertencia de que el que no esté unido a él, "será echado fuera como el sarmiento inútil y se se secará y le cogerán, y arrojarán al fuego y **arderá**" (XV, 6).

Otra pena espantosa de los condenados es la **privación de toda libertad**, la perpetua inmovilidad en el encierro de una cárcel estrecha y tenebrosa.

El profeta Isaías, hablando del juicio final en que el Señor residenciará a los reyes del mundo, dice que "serán reunidos todos y hacinados en un solo haz y echados al lago, y allí serán encerrados en una cárcel" (XXIV, 22).

Estarán apretados los réprobos en ese encierro, como racimos que se amontonan en el lagar para ser estrujados. Dice el Apocalipsis que el que estaba montado sobre el caballo blanco, llamado Fiel y Veraz, que venció a la bestia y al falso profeta, ha de gobernar a las gentes con cetro de hierro y que "él mismo pisa

el lagar del vino del furor de la ira del Dios omnipotente'' (XIX, 15).

Estarán en el infierno, atados de pies y manos, como lo afirma el Evangelio, respecto del convidado que no iba con vestido de boda. Cuando apareció en el banquete, dijo el rey a sus ministros: ''Atado de pies y manos, arrojadle fuera a las tinieblas; donde no habrá sino llanto y crujir de dientes'' (Mat. XXII, 13). Las cadenas con que están atados representan el rigor con que, sin poderse resistir, serán separados para siempre de la presencia de Dios.

Esa inmovilidad de los condenados en el encierro de una cárcel la consideran como uno de los castigos del infierno, aun los autores paganos.

El poeta Virgilio, eco de las tradiciones antiguas hablando de Teseo, dice: ''El desgraciado Teseo está inmóvil en el infierno y lo estará para siempre''.

Santa Teresa de Jesús, en su autobiografía, describe muy a lo vivo el encierro del infierno.

Estando un día en oración, dice, me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno... Ello fué un brevísimo espacio; mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme. Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo, y obscuro y angosto; el suelo me pareció de una agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él; a el cabo estaba una concavidad metida en una pared, a manera de una alacena, adonde me vi meter en mucho estrecho... Estando en tal pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en éste como agujero hecho en la pared; porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga; no hay luz, sino todo tinieblas obscurísimas. Yo no entiendo có-

mo puede ser esto, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena, todo se ve... Yo quedé tan espantada, y aun lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así que me parece el calor natural me falta de temor aquí donde estoy. Y así no me acuerdo vez que tengo trabajos ni dolores, que no me parezca nonada todo lo que acá se puede pasar; y así me parece, en parte, que nos quejamos sin propósito. Y así, torno a decir, que fué una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarme a padecerlas y dar gracias a el Señor, que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.

El infierno es un sitio obscuro, denominado por el mismo Dios "**las tinieblas externas**" (Mat. XXII, 13).

Huyeron durante su vida de Jesucristo, que es la luz del mundo, y su castigo es vivir para siempre en las tinieblas.

El santo Job se querella de sus grandes aflicciones y, temeroso de perderse y ser condenado al infierno, suplica al Señor que lo deje llorar su dolor antes de su muerte. "Déjame, dice, que llore un poquito mi dolor, antes que vaya, y no vuelva, a la tierra tenebrosa, y cubierta de obscuridad de muerte. Tierra de miseria y de tinieblas, en donde habita sombra de muerte, y ningún orden, sino un horror sempiterno" (X, 21 y 22).

El apóstol San Judas, hablando de la perversidad de algunos impíos y del terrible castigo que les espera, los compara a las "ondas furiosas de la mar, que arrojan las espumas de su abominación, estrellas errantes: para los que está reservada la **tempestad de las tinieblas eternas**" (v. 13). O sea, los compara a los meteoros que suelen verse en el aire, que pasando rápidamente de una parte a otra, desaparecen presto, ca-

yendo en la obscuridad de la noche. Así los impostores, después de infinitos errores y de haber engañado a los incautos con el resplandor de sus escasas luces, desaparecerán y serán abismados en la noche eterna de las tinieblas del infierno.

"¿Quién podrá describir esas tinieblas? pregunta Enault. La inteligencia del hombre no alcanza a concebirlas. Se dice a menudo de una tiniebla espesa que se puede cortar con un cuchillo; pero esta manera de hablar nada significa para pintar la noche espantosa del infierno. Esa noche es tan pesada que oprime y agobia a los condenados, como si estuvieran presionados entre dos montañas, sin poderse mover ni repirar. Ninguna concepción humana puede dar idea de lo que será esa noche, excepto quizás la expresión de la Biblia cuando habla de las tinieblas exteriores, lo que quiere decir excesivas".

Los condenados vivirán en una noche horrible, privados de toda luz; y si algo pueden ver, dice Santo Tomás, será solo para aumentar sus tormentos por los horribles espectáculos que se presentarán a sus ojos, **quantum sufficit ad videndum illa quoe torquere possunt.**

Contribuye a agravar el tormento de los condenados la **compañía de los demonios y de los réprobos,** que son las criaturas más odiosas y abominables; y mientras mayor sea el número de los condenados, mayores serán sus sufrimientos, porque los verán aumentarse por la presencia, la fealdad, el odio, el contacto y los gritos constantes de los compañeros que tendrán a su lado. La compañía de otros réprobos no disminuirá la desgracia de los condenados, dice Santo Tomás: **ibi miseriorum societas, miseriam non minuet.**

Los demonios aumentarán el suplicio de los condenados con su sola presencia: "horribles espectros

irán y vendrán con él continuamente, dice el libro de Job, hablando del castigo del impío'' (XX, 25).

La vista de un demonio es una cosa tan espantosa, que San Francisco de Asís, después de haber visto uno, confesaba que le había sido necesario un especial socorro de Dios para mirar tal monstruo, sin morir de espanto; y Santa Catalina decía al Señor que prefería andar sobre un camino de fuego hasta el juicio final, antes que ver por segunda vez a esta imagen del infierno.

Los demonios no dejarán descansar un instante a los condenados. ''Huirá por un lado de las armas de hierro y caerá por otro en las sectas del arco de bronce'' (Job. XX, 25). Serán ''ministros de la venganza divina, los cuales en su furor hacen sufrir continuamente sus castigos'' (Ecli. 39, v. 33).

Luis Veuillot se pone en el caso de un gran señor, estimado en el mundo, que baja al infierno a vivir en la miserable compañía de los condenados. ''Si el grande hombre, dice, cae inmediatamente bajo el gobierno del demonio, como hay razón para temer, ¡imaginad la cara que pondrá con todo su genio! Vedle primeramente mezclado con la más horrible canalla que haya manchado el globo, sin ningún grado, ni aureola ninguna. En el mundo era cuando menos uno de los reyes del mal: no es allí, ahora, más que un insecto innominado, en la turba de estas deformes sabandijas que se roen a sí propias incesantemente. Sin embargo, él ha sido gran poeta y gran señor, gran ejemplo y gran doctor de escándalo. La multitud de los condenados lo ignora, él lo recuerda y Satanás lo sabe. Satanás, pues, se pasea y mira. Su mirada, que todos quisieran evitar, cae sobre los que han reinado por su poder o por su inteligencia. Los llama y los hiere con el cetro que han llevado. Ensalza a los poetas impúdicos por las conquistas que han hecho para él, y canta sus

versos más hermosos... y las mordeduras del fuego eternal son nada comparadas con la vergüenza y con la desesperación, que les hace dar aullidos".

Atormentará a los condenados **el gusano roedor que nunca muere.**

"Más te vale, dice el Evangelio, entrar manco en la vida, que tener dos manos, e ir al infierno al fuego que nunca se puede apagar: en donde **el gusano de aquellos no muere,** y el fuego nunca se apaga" (Marc. IV, 43).

Ya había hablado de ese gusano que no muere el profeta Isaías. Cantando la gloria de los habitantes de Jerusalén, esto es, de la Sión celestial, que tendrán siempre presente el castigo de los impíos, para ensalzar más la misericordia de Dios, que los ha librado a ellos. "Y saldrán, dice, a ver los cadáveres de los que prevaricaron contra mí; **cuyo gusano nunca muere** y cuyo fuego jamás se apagará: y el verlos causará náusea a todo hombre" (LXVI, 24).

Por nombre de gusano entienden los Padres la conciencia del pecado, que atormentará y remorderá sin cesar a los condenados. Explicando esto, Santo Tomás advierte que la palabra gusano está tomada en sentido metafórico y significa el remordimiento de la conciencia, que propiamente se llama gusano, como quiera que nace de la corrupción y podredumbre del pecado, y atormenta al alma como un verdadero gusano, royendo sin cesar dentro del condenado.

Remorderá la **conciencia** a los condenados, porque verán claramente la enormidad de sus pecados; sentirán una espantosa **desesperación** al reconocer con cuanta ligereza desecharon la gracia de Dios y la facilidad con que habrían podido salvarse; sufrirán la **vergüenza** indescriptible de ver recordados a cada momento delante de todas las inteligencias sus más ocultos delitos; y los atormentará la **envidia,** al ver la

suerte de los bienaventurados que ellos no pueden alcanzar.

Ese remordimiento del delincuente es una cosa espantosa. Ni la obscuridad lo disminuye, porque, como dice Víctor Hugo, la sombra misma es un espejo en que sus crímenes se muestran y el remordimiento está siempre a su vista. Cada uno de ellos ve su crimen. El mismo espectro hace decir a Nerón: ¡mi madre!, y gritar ¡mi hermano! a Caín.

Refiere Schmitt que un periódico alemán hablaba de dos hermanos autores de cierto crimen que había quedado oculto. Los remordimientos les atormentaron tan terriblemente, que uno de ellos rogó a su hermano, cuando estaban trabajando en el campo, que le matara a golpes de azadón. Así lo hizo, y luego el matador se presentó al juez y confesó el delito que ambos habían cometido, añadiendo que él había muerto a su hermano.

El remordimiento por la apostasía y abandono de la fe persigue al traidor de una manera horrible.

Lamennais, sacerdote apóstata sufrió ese remordimiento hasta el fin de su vida desgraciada. Se cuenta que en una reunión social estaba sentado a la extrema izquierda de la sala, con esa actitud sombría, taciturna y casi humillada que le acompañó después de su pecado. Apareció en la reunión el padre Lacordaire, antiguo amigo y compañero de Lamennais, y su noble, tranquilo y austero semblante atrajo las miradas y los respetos de todos. Uno solo permaneció inmóvil, con los ojos bajos y la actitud distraída: era Lamennais. Mirad, le decían algunos, es un antiguo conocido vuestro. ¿Habéis visto a ese sacerdote?, le preguntaban otros. Y no comprendiendo los que se hallaban próximos a él, la impasibilidad de que daba muestra y el hecho de tener la mirada invariablemente fija en tierra, le hostigaron llamándole la atención sobre

la presencia del padre Lacordaire. ¡Ah, por Dios, dejadme! exclamó al fin, acompañando sus palabras con un gesto de manifiesta impaciencia. ¿No veis que ese hombre pesa sobre mis hombros como un mundo? La vista del amigo sacerdote le recordaba su prevaricación.

Otro suplicio espantoso será el **mal olor.**

Los condenados "exhalarán un olor insufrible" dice el profeta (Is. XXIV, 3).

Verificado el juicio final, todas las inmundicias que hay en la tierra se precipitarán al abismo como en una inmensa cloaca, y los cuerpos de los réprobos esparcirán tal olor, dice San Buenaventura, que uno solo arrojado sobre la tierra bastaría para infeccionar toda la atmósfera y hacer perecer a todos los hombres.

Sentirán los condenados **dolores** tan horrendos que vivirán en perpetua queja: allí será el llanto y el crujir de dientes, dice el Evangelio.

Sentirán además, una **sed** tan terrible, como la del rico Epulón que clamaba a Abraham para que le enviara a Lázaro para que mojando la punta de su dedo en agua le refrescara la lengua, pues se abrasaba en las llamas. Lo mismo decimos del **hambre** y demás tormentos de los sentidos; cada uno de ellos recibirá su castigo.

223. PENA DE DAÑO

Pero el gran castigo de los condenados, el infierno del infierno, como dice un autor, es la privación de la vista de Dios, la carencia del Sumo Bien, que se llama pena de **daño.** El pecador se apartó voluntariamente de su Criador para obrar el mal y ahora se ve separado, contra su voluntad, del único bien capaz de satisfacer su aspiración a una felicidad infinita.

En esta pena de daño consiste esencialmente la

condenación eterna, y el mayor de los tormentos. El dolor por haber perdido un bien, dice Santo Tomás, crece en proporción a su valor y como el condenado ha perdido un bien de valor infinito, su pena es en cierto modo infinita, **poena damnati est infinita, quia est omissio boni infiniti.**

San Juan Crisóstomo asegura que mil infiernos serían nada en comparación de la pena de daño: **si mille dixeris gehennas, nihil par dices illius dolori** (Homilía 49).

San Agustín dice que los réprobos no sufrirían tormento alguno, si pudiesen gozar de Dios. En esta hipótesis, agrega, el infierno sería para ellos un verdadero paraíso. Soportarían gustosos esos tormentos, como los soportaban los mártires puestos sobre hierros ardientes, o como los jóvenes israelitas en el horno de Babilonia.

Mientras el hombre vive, las criaturas lo engañan con sus seducciones y los placeres a que se entrega ahogan en su corazón la necesidad de Dios; pero, en el momento de la muerte, las criaturas desaparecen de su vista, y el alma, separada del cuerpo, se lanza hacia Dios, como a su propio fin, y tiende a unirse con El, con un ardor y una impetuosidad que nada puede detener.

En ese preciso momento siente que la mano inexorable de un Dios justiciero la rechaza y la arroja al infierno para cumplir la sentencia de condenación. Oye que el Señor le dice:

''Apártate de mí, maldito, al fuego eterno''. ''Tus iniquidades han puesto un muro de separación entre ti y Dios; y tus pecados le han hecho apartar su rostro de ti para no escucharte'' (Isaías cap. 59, v. 2).

Ese apartamiento de Dios es el mayor de los sufrimientos. ''Sin Dios, lejos de Dios, rechazado y maldito de Dios, dice Monseñor Bougaud, todo es fuego,

llamas, tinieblas, dolores. Si no hubiese fuego cerca de él, lo haría arder el condenado; lo sacaría de sus entrañas consumidas por el dolor, de su corazón quemado por la desesperación''.

¡Qué pobre es el diablo; no tiene a Dios! dice un proverbio ruso.

Todos los tormentos de la eternidad son nada comparados con esa angustia y confusión del alma, que se ve apartada de Dios para siempre.

Dios permitió que Santa Teresa de Jesús experimentara un momento esas torturas del alma para que se formara una idea de lo que es el infierno.

''Sentí, dice la Santa, un fuego en el alma, que yo no puedo entender como poder decir de la manera que es. Los dolores corporales tan insoportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y, según dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar, porque fué encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados por el demonio, no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar. Esto no es pues nada en comparación de el agonizar de el alma, un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sentible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer. Porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma es poco; porque aun os parece que otro os acaba la vida; mas aquí el alma mesma es la que se despedaza. El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego y aquel desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar a lo que me parece; y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor''.

224. SITIO DONDE SE ENCUENTRA EL INFIERNO

Según la tradición de la Iglesia, el infierno está situado en las entrañas de la tierra, lo cual está conforme con el modo de hablar de la Sagrada Escritura; pero debemos advertir que no se trata de una verdad de fe. Lo único que al respecto constituye dogma de fe es la existencia de un infierno eterno donde van los condenados.

El Antiguo Testamento dice que el infierno es un lugar **profundo.**

El amigo de Job, discutiendo con éste, le demuestra que Dios es incomprensible, más alto que el cielo y **más profundo** que el infierno (XI, 8). El santo rey David alababa al Señor por la misericordia que le había demostrado al sacar su alma del **infierno inferior** (85, v. 13), que según cree San Agustín es el infierno de los condenados, que es el más profundo, del cual lo libró el Señor permitiéndole arrepentirse de su adulterio y otros pecados. Y el libro de los Proverbios nos dice que los que oyen a la mala mujer que los convi, da, y consienten en sus malos tratos, tendrán como último paradero "**lo profundo del infierno**", donde "están los gigantes", es decir, los demonios (IX, 18).

Es también un lugar **obscuro.** Ya vimos lo que decía el santo Job, que era una tierra tenebrosa y cubierta de obscuridad de muerte, tierra de tinieblas, en donde habita sombra de muerte (X, 21 y 22). Y el Evangelio llama al infierno "las tinieblas exteriores".

Pero hay otros pasajes en que indica más claramente la Sagrada Escritura que el infierno está situado en el interior de la tierra.

Cuando la tierra se tragó vivos a Coré, Dathán y Abirón, en castigo de haberse levantado contra Moisés, dijo Moisés, para dar a entender que era enviado

del Señor: "Mas si el Señor hiciere una cosa nueva, de manera que **abriendo la tierra su boca** se los trague y todo lo que a ellos pertenece, descendieren vivos al infierno, sabréis que han blasfemado contra el Señor". Luego que Moisés acabó de hablar, "se rompió la tierra debajo de los pies de ellos: y abriendo su boca, se los tragó juntamente con sus tiendas y todos sus haberes, y **descendieron vivos al infierno** cubiertos de tierra" (Núm. XVI, 30 a 33).

El Eclesiástico, hablando del juicio que Dios hará de los malos dice: "Y después se levantará, y les dará su paga, a cada uno sobre su cabeza y los tornará a **las partes ínfimas de la tierra**" (XVII, 19).

La Iglesia en sus exorcismos, dirige a los malos espíritus estas palabras: "Dios te arrojó desde lo alto del cielo al **interior de la tierra**".

A las anteriores razones podemos añadir que los estudios científicos nos dicen que la tierra encierra en sus entrañas un fuego cuya acción va en aumento a medida que se penetra a mayor profundidad. Un sabio moderno, Mr. Cordier, resume esta teoría del fuego central en estos términos: "Nuestras experiencias confirman plenamente la existencia de un calor interior, que es propio del globo terrestre, que no proviene de la influencia de los rayos solares, y que crece con la profundidad".

225. EL CIELO

El cielo es el **lugar** de la felicidad perfecta y eterna. La felicidad del cielo es tan grande, que el hombre con sus fuerzas naturales no alcanza a comprenderla, porque, siendo una participación de la felicidad de Dios, sobrepuja a todo lo que podemos imaginarnos: "Que ojo no vió, dice San Pablo, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió, lo que preparó Dios

para aquellos que le aman" (1.a Cor. II, 9). Y para excitar nuestros deseos de alcanzar el premio ofrecido por Dios a los que cumplen sus mandamientos, agrega en otra parte: "no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera que se manifestará en nosotros" (Rom. VIII, 18).

Hacen grandiosas descripciones del cielo, como morada de eterna ventura, el profeta Isaías y el Evangelista San Juan.

El cielo es **nuestra patria,** verdadera y definitiva; único objeto que puede satisfacer las ansias de felicidad completa e inmortal que abriga el corazón del hombre. En la tierra somos simples peregrinos, que andamos en busca de la felicidad. "Mientras estamos en el cuerpo, dice San Pablo, vivimos ausentes del Señor: porque andamos por fe, y no por visión" (2.a Cor. V, 6 y 7). O sea, mientras vivimos, nos hallamos en un camino obscuro, amparados por la fe, y no podemos gozar de la vista clara de Dios. Pero, agrega el mismo San Pablo, "tenemos confianza, y queremos ausentarnos del cuerpo, y estar presentes al Señor", esto es, anhelamos morir para ver a Dios cara a cara en el cielo, seguros de que éste es el único medio de poder ir a Dios.

Si el cielo es nuestra patria, debemos hacer la jornada de la vida, sin perderlo de vista, mirándolo a menudo, como el deseado término de nuestra peregrinación. Aun en medio de los negocios y ocupaciones ordinarias que no requieran una atención muy solícita, aconseja San Francisco de Sales, mirar más bien al cielo que a la tierra, como hacen los que bogan en alta mar, los cuales para alcanzar el puerto donde anhelan llegar, miran muy alto hacia el firmamento, y no abajo al océano donde navegan. Así, dice, Dios nos ayudará y trabajará con nosotros, y el trabajo será seguido de mucha consolación.

"Elevando nuestras miradas a la Cruz, decía Luis Veuillot, contemplamos con tranquilidad las cáscaras de nuez que son nuestra fortuna, nuestra gloria y nuestra vida, pero no son nosotros mismos, y que pueden desaparecer hoy o al día siguiente, sin que nuestra alma se pierda en el naufragio. Ser un héroe o un grande hombre, tal como el mundo lo entiende, es demasiado fácil. Los acontecimientos hacen las tres cuartas partes del trabajo, y el mundo hace toda la gloria; hácela mezquina y perecedera como él. Uno que fué César, solo es ahora un gallo de lugar. Este parécenos grande, porque se llama tierra; un renombre os parece duradero, porque subsiste durante algunos siglos: ¿qué es, sin embargo, esta pequeña tierra en la reunión de los mundos, y qué cosa es una vida que tendrá un último día? Somos llamados a cosa mejor, a una vida celeste, a una gloria eternal, a la santidad, en una palabra. Ninguna otra empresa es más digna de nuestros afanes, habiéndosenos propuesto, y ninguna otra puede conducirnos a la dicha".

El cielo es el **reino** de Jesucristo. En todas partes manda Dios, pero en el cielo es donde reina, dice el inspirado autor de la Divina Comedia. Dios nos crió para el cielo; lo perdimos por el pecado, y podemos recuperarlo por los méritos infinitos del Hijo de Dios, si seguimos el camino de sus mandamientos, venciéndonos a nosotros mismos y haciendo el sacrificio de las malas pasiones. Como dice el Evangelio, el reino de los cielos padece violencia y solo los que se la hacen lo arrebatan. Para alcanzarlo quiere el Señor que diariamente se lo pidamos: "Venga a nos el tu reino".

Jesucristo en ocasión solemne, declaró que era rey, y que su reino no era de este mundo. Al buen ladrón, que se arrepintió, le prometió que el mismo día estaría con él en su reino.

San Pablo nos enseña en qué consiste este reino

de Dios. "El reino de Dios, dice, no es comida ni bebida; sino justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo" (Rom. XIV, 17).

La felicidad del cielo la obtienen, **inmediatamente después de la muerte,** las almas justas que no tienen ninguna falta que expiar; y no deben esperar para ello la resurrección de la carne y el juicio final, como equivocadamente sostuvieron los griegos y los armenios, cismáticos en el siglo XII. El Concilio general de Lyon, celebrado en 1275, condenó esta última creencia, en su sesión cuarta; y el de Florencia en 1439, en su decreto relativo a la unión de los griegos a la Iglesia romana, decidiendo que la salvación o condenación sigue inmediatamente a la muerte. El Concilio Tridentino confirmó esta decisión, en su decreto concerniente a la invocación de los santos. Son terminantes las palabras de Cristo al buen ladrón: "Hoy serás conmigo en el Paraíso".

El error fundamental de los tiempos modernos es buscar el paraíso en la tierra, es pensar exclusivamente en las comodidades materiales y en los goces sensuales, olvidando las inmortales esperanzas de la felicidad ultra terrena. Ese error es la causa del actual desorden social, porque dada la inevitable desigualdad de los hombres, que se traduce en abundancia para unos y pobreza para otros, viene a hacer insoportable el sufrimiento de los que tienen poco o nada, que son la porción más numerosa de la sociedad.

Hablando de esta necesidad social de la creencia en la otra vida, dijo Víctor Hugo en la Cámara francesa el año 1850: "Hay una desgracia en nuestro tiempo, casi diría que no hay sino una desgracia, y es la tendencia a cifrarlo todo en esta vida. Poniendo a la vida material por fin y término de la vida humana, se agravan todas las miserias por la negación que eso encierra: se añade al dolor del desgraciado el peso in-

soportable de la nada, y el sufrimiento que es una ley de Dios, se convierte en desesperación. Ciertamente, yo deseo mejorar en esta vida la condición de los que sufren, pero no olvido que la primera de esas mejoras es darles la esperanza. En cuanto a mí, yo creo profundamente en ese mundo mejor y esa es la suprema convicción de mi razón y la suprema ley de mi alma''.

El padre Félix, famoso predicador, en una de sus conferencias dadas en la iglesia de Notre Dame de París el año 1878, anunciaba las tragedias que estamos presenciando por la pérdida de la fe en los hijos del pueblo.

''El pueblo, decía, que no cree en el infierno del otro mundo, lo quiere mucho menos en éste. Si no tiene la esperanza de un paraíso en el cielo, para formarse uno aquí abajo, removerá el mundo, lo trastornará, lo destruirá. Será la **tragedia más sangrienta que se** haya representado en el teatro de la historia''.

¡Yo soy materialista y ateo, he aquí porque soy anarquista! exclamaba el anarquista Henry, poco antes de ser ejecutado, el 27 de Abril de 1894.

Un diario contaba que un obrero borracho y blasfemo, que había quitado a su esposa la fe en Dios y la esperanza de la otra vida, encontró una tarde, al regresar del trabajo, a la policía y un grupo de gente reunida en su casa. Subió y vió a su mujer y a sus tres hijos asfixiados y encima de la mesa una carta que decía: ''Mientras creí en Dios tuve fuerzas para soportar la miseria; ahora que mi marido y mi verdugo me ha convertido en una desesperada y una impía, no quiero que mis hijos sean desgraciados como yo, y me voy con ellos''.

226. NOMBRES QUE LA SAGRADA ESCRITURA DA AL CIELO

La Sagrada Escritura se vale de diversos nom-

bres para darnos una idea de lo que es el cielo, como lugar de eterna y perfecta felicidad.

Lo llama **Reino**. En la oración del Padre Nuestro Jesucristo nos enseña esta petición: "Venga a nos el tu **reino**" (Lucas XI, 2). Llama bienaventurados a los pobres de espíritu, porque de ellos es el **reino de los cielos** (Mat. V, 3). Dice que este reino se alcanza a viva fuerza: "Desde el tiempo de Juan Bautista, hasta el presente, el **reino de los cielos** se alcanza a viva fuerza, y los que la hacen a sí mismos, son los que lo arrebatan" (Mat. XI, 12).

Quiere que sea el objeto de nuestros deseos y acciones: "buscad primero el **reino de Dios** y su justicia; que todo lo demás se os dará por añadidura" (Luc. XII, 31).

Es el premio que Dios reserva a su pequeño rebaño, al cual aconseja que no tema, "porque ha sido del agrado de vuestro Padre celestial daros el **reino eterno** (Luc. XII, 32).

Es un reino distinto de los de este mundo. Lo dijo expresamente a Pilato: "Mi **reino** no es de este mundo. Si de este mundo fuera mi reino, claro está que mis gentes me habrían defendido para que no cayese en manos de los judíos; mas mi reino no es de acá" (S. Juan XVIII, 36). Cuando los discípulos discutían sobre quién sería el mayor, al establecerse el **reino** del Mesías, Jesús les dijo que no habían de conducirse como los reyes de las naciones, sino que el mayor debía portarse como el menor y el que tenía la precedencia como sirviente, y les agregó: "Vosotros sois los que constantemente habéis perseverado conmigo en las tribulaciones. Por eso yo os preparo el **reino celestial** como mi Padre me lo preparó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino" (Luc. XXII, 24 a 30).

Comentando este ofrecimiento del reino de los cielos a los que por amor de Jesucristo perseveraren en

las tribulaciones, decía el padre Baltasar Alvarez: "El cielo es el reino de los decapitados, de los tentados, de los afligidos, de los despreciados, de los indigentes. ¡No se puede entrar en él sin haber sufrido!"

Los que sufren en la tierra con Jesucristo son llamados a compartir en el cielo su reino y su gloria. Dice el Apocalipsis que delante del Cordero cantaban los ancianos un cántico nuevo, diciéndole que era digno de recibir el libro y de abrir sus sellos; porque con su sangre nos había rescatado a fin de que algún día reináramos eternamente con él en el cielo (V, 9 y 10).

Lo llama **Ciudad de Dios, Ciudad santa, Jerusalén celestial.**

Tobías predice la gloria venidera de Jerusalén. "Dichoso seré yo, dice, si algunas reliquias de mi descendencia lograren ver el esplendor y la gloria venidera de **Jerusalén**. De záfiros y esmeraldas serán labradas las puertas de Jerusalén, y de piedras preciosas todo el circuito de sus muros. Todas sus calles serán enlosadas de piedras blancas y relucientes; y en todos sus barrios se oirán cantar aleluyas. Bendito sea el Señor que la ha ensalzado; y reine en ella por los siglos de los siglos" (XIII, 20 a 23). El santo anciano abrigaba la firme confianza de ser uno de los moradores de la ciudad bienaventurada, y ambicionaba, como colmo de su felicidad, que sus descendientes tuvieran parte en la gloria que Dios prepara a sus escogidos. Por eso en un grito de santa alegría ensalza el santo nombre de Dios, lo que es propio de la Iglesia triunfante.

El apóstol San Pablo elogia al patriarca Abraham, "porque tenía puesta la mira y toda su esperanza en aquella **ciudad**, de sólidos fundamentos, la **celestial Jerusalén**, cuyo arquitecto y fundador es el mismo Dios" (Heb. XI, 10).

San Juan hace en su Apocalipsis una minuciosa descripción de la hermosura de la ciudad santa. Dice

que el ángel lo llevó en espíritu a un monte grande y encumbrado y le mostró "**la ciudad santa de Jerusalén,** que descendía del cielo y venía de Dios, la cual tenía la claridad de Dios; cuya luz era semejante a una piedra preciosa, a piedra de jaspe, transparente como cristal. Y tenía un muro grande y alto con doce puertas, y en las puertas doce ángeles y nombres esculpidos, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel. Tres puertas al Oriente, y tres puertas al Norte, tres puertas al Mediodía, y otras tres al Poniente. Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y en ellos los doce nombres de los doce Apóstoles del Cordero. Y el que hablaba conmigo tenía una caña de medir, que era de oro, para medir la ciudad y sus puertas, y la muralla. La ciudad es cuadrada, y tan larga como ancha; midió, pues, la ciudad con la caña de oro, y tenía doce mil estadios de circuito, siendo iguales su longitud, altura y latitud. Midió también la muralla, y hallóla de ciento y cuarenta y cuatro codos de alto, medida de hombre, que era también la del ángel. El material, empero, de este muro era de piedra jaspe; mas la ciudad era de un oro puro tan transparente, que se parecía a un vidrio o cristal, sin mota. Y los fundamentos de la ciudad estaban adornados con toda suerte de piedras preciosas. El primer fundamento era de jaspe; el segundo de záfiro, el tercero de calcedonia, el cuarto de esmeralda, el quinto de sardónica, el sexto de sardio, el séptimo de crisólito, èl octavo de berilo, el nono de topacio, el décimo de crisoprasa o lapizlázuli, el undécimo de jacinto, el duodécimo de amatista. Y las doce puertas son doce perlas; y cada puerta estaba hecha de una de estas perlas, y el pavimento de la ciudad de oro puro y transparente como el cristal. Y yo no vi templo en ella; por cuanto el Señor Dios omnipotente es su templo, con el Cordero. Y la ciudad no necesita sol ni luna que alumbren en

ella; porque la claridad de Dios la tiene iluminada, y su lumbrera es el Cordero. Y a la luz de ella andarán las gentes; y los reyes de la tierra llevarán a ella su gloria y su majestad. Y sus puertas no se cerrarán al fin de cada día, porque no habrá allí noche. Y en ellas se introducirá ,y vendrá a parar la gloria y la honra de las naciones. No entrará en esta ciudad cosa sucia, ni quien comete abominación y falsedad, sino solamente los que se hallan escritos en el libro de la vida del Cordero (XXI, 10 a 27).

La luz de la celestial Jerusalén es Jesucristo, que es luz verdadera para alumbrar a todos los hombres que vienen a este mundo. El muro grande y alto representa la firmeza de la fe con que los santos triunfaron de sus enemigos. Los doce fundamentos del muro son los Apóstoles, porque la Iglesia se fundó sobre la fe de Jesucristo que ellos predicaron. Por lo demás, San Juan, por medio de las medidas y preciosa fábrica de esta ciudad que describe tan detalladamente quiso indicar la grandeza, hermosura y precio de la celestial Jerusalén.

Lo llama **las bodas del Cordero; banquete celestial.**

''Semejante es el reino de los cielos, dijo el Señor a los judíos, a cierto rey que hizo **bodas** a su hijo. Y envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas, mas no quisieron ir''... Y como la invitación fué despreciada por muchos, hizo que sus siervos salieran a los caminos y convidaren a cuantos hallaren hasta que las bodas se llenaron de convidados. Y a uno que había entrado no teniendo vestido de bodas lo hizo arrojar a las tinieblas exteriores'' (Mat. XXII, 2 a 13).

Las bodas representan el banquete del cielo en que todos los amigos serán embriagados de la abundancia de los bienes inefables de la casa de Dios, según la expresión del Salmista,y en donde el Señor los

*

hará beber en el torrente de sus delicias. Todos los pueblos, sin distinción alguna, fueron convidados a este banquete, por la predicación de la fe de Jesucristo. El lugar de los Judíos, cuyo pecado fué una ocasión, como dice San Pablo, de salvación para los Gentiles, fué ocupado por gran número de pueblos y naciones, que llenaron la Iglesia de Cristo, figurada en la sala de las bodas. El vestido de boda es la caridad, que, como dice San Pedro, cubre la multitud de nuestros pecados, (Epíst. 1.a IV, 8); y el hombre que se encontró en el banquete sin el vestido de boda, representa, según San Jerónimo y San Agustín, a la multitud de los malos cristianos.

El apóstol San Juan, en sus misteriosas visiones que narra en el Apocalipsis, oyó los cánticos de los santos, por el reino de Dios y por las bodas del Cordero: "Oí, dice, como voz de mucha gente y como ruido de muchas aguas, y como voz de grandes truenos, que decían: Alleluya: porque reinó el Señor nuestro Dios el Todopoderoso. Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria: porque son venidas las bodas del Cordero, y su esposa está ataviada. Y le fué dado, que se cubra de finísimo lino resplandeciente y blanco. Y este lino fino son las virtudes de los santos. Y me dijo: Escribe: Bienaventurados los que han sido llamados a la cena de las bodas del Cordero" (XIX, 6 a 9).

Esos cánticos son las expresiones de júbilo de los bienaventurados que dan alabanzas a Jesucristo, porque fué vencida la ciudad de los impíos y entraron en la posesión perfecta y tranquila de su reino y de sus tesoros. La esposa del Cordero es la Iglesia, cuyos fieles se preparan mientras viven para unirse completa y eternamente con Jesucristo y para verle y gozarle en cuerpo y alma después de la general resurrección. Las bodas del Cordero son el convite de la eterna bienaventuranza, las mismas de que habló Jesucristo a los ju-

díos en el capítulo de San Mateo que acabamos de recordar.

En otra parte repite San Juan este título de esposa que da a la Iglesia triunfante. "Y yo Juan, dice, vi la ciudad santa, la Jerusalén nueva, que de parte de Dios descendía del cielo, y estaba aderezada como una **esposa** ataviada para su esposo" (Apoc. XXI, 2).

Lo llama **vida**.

Siempre que veais el nombre de **vida** en la Escritura, dice San Agustín, alejad de vuestra mente toda idea de pena y de tormento; pues estar continuamente en medio de los tormentos es no una vida, sino una muerte eterna. Los Sagrados Libros llaman a esto una segunda muerte, la que vendrá después de la que vivimos en la tierra; y si bien se llama segunda muerte, nadie muere en ella o, mejor sería decir, que nadie vive, pues repito que vivir continuamente entre dolores no es vivir. He aquí por qué la Escritura dice: "Aquellos que habrán hecho bien vendrán a la resurrección de la vida"; advirtiendo que no dice de la vida bienaventurada, pues el solo nombre de vida significa beatitud.

La palabra vida empleó el Señor al designar la bienaventuranza o cielo de los justos: "irán, dijo, a la **vida eterna**" (Mat. XXV, 46).

227. LOS HABITANTES DEL CIELO. SUS CUERPOS GLORIOSOS

Nuestro Señor dijo que **los justos** irán a la vida eterna, esto es, al cielo; de modo que los habitantes del cielo, además de Dios y los ángeles, son los hombres que han muerto en gracia de Dios y están enteramente libres de toda deuda de pecado. Por tanto, habitarán el cielo: los que no pecaron después del bau-

tismo y los que, habiendo pecado, hicieron penitencia para purificarse, en la tierra o en el purgatorio. Sus nombres serán conocidos de todos los hombres en el día solemne del juicio final en que se publicarán todos los fallos del Supremo Juez.

No entrarán al cielo, dice San Juan, sino los que estén libres de toda mancha. A la celestial Jerusalén "no entrará ninguna cosa contaminada, ni ninguno que cometa abominación y mentira; sino solamente los que están escritos en el libro de la vida del Cordero" (Apoc. XXI, 27).

En la resurrección general de la carne cada alma tomará **el cuerpo que en esta vida tenía** y, por lo tanto, los justos habitarán el cielo con sus mismos cuerpos, porque, como dice Tertuliano, el premio o retribución toca al cuerpo que tomó parte en la obra, y no a otro diferente; y así como no será otra el alma que reciba la recompensa, del mismo modo no será posible que resucite un cuerpo distinto para recibir su retribución.

Lo decía el Santo Job: "Y de nuevo he de ser revestido de esta piel mía, y en esta mi carne veré a mi Dios: A quien he de ver yo mismo en persona, y no otro, a quien contemplarán los ojos míos" (XIX, 26 y 27).

Lo decía uno de los Macabeos, cuando sus miembros iban a ser despedazados: "Del cielo los he recibido, y espero volverlos a recobrar de Dios" (Mac. libro II cap. VII, v. 11).

Lo decían los mártires de Cartago, cuando los gentiles los miraban con curiosidad: "Miradnos bien y fijaos en nuestros rostros para que nos podáis reconocer el día del juicio universal".

Procuremos ser agradables al Señor, decía el Apóstol San Pablo, "porque es necesario que todos nosotros seamos manifestados ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba, según lo que ha hecho,

o bueno, o malo, **estando en el propio cuerpo**'' (II Cor. V, 9 y 10).

Pero nuestro cuerpo resucitará **incorruptible,** o sea vestido de la inmortalidad.

''En un momento, dice San Pablo, la trompeta sonará y los muertos resucitarán incorruptibles; y nosotros seremos mudados, porque es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad; y esto que es mortal, se vista de inmortalidad. Y cuando esto, que es mortal, fuese revestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Tragada ha sido la muerte en la victoria'' (I Cor. XV, 52, 53 y 54).

Los justos tendrán en el cielo un **cuerpo semejante al cuerpo glorioso de Cristo.** El Salvador nuestro Señor Jesucristo, dice San Pablo, ''reformará nuestro cuerpo abatido, para hacerlo conforme a su cuerpo glorioso, según la operación con que también puede sujetar a sí todas las cosas'' (Philip. III, 21).

Se conservará la **diversidad de sexos,** porque esto pertenece a la perfección de los individuos y de la especie. Pero, como dijo Nuestro Señor, contestando a los saduceos, guardarán todos una pureza angelical: ''Después de la resurrección, ni los hombres tomarán mujeres, ni las mujeres tomarán maridos; sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo'' (Mat. XXII, 30). Serán los mismos cuerpos y la misma carne que tenían antes de su muerte, dice San Agustín, pero libres de todas las funestas consecuencias del pecado; y por consiguiente como ángeles de Dios en el cielo, en lo que toca a la inmortalidad, bienaventuranza y perfección de pureza; mas no en lo que mira a la carne. Cada uno conservará la suya.

Santo Tomás y todos los teólogos hablan de las **cuatro cualidades** o dotes que tendrán los cuerpos resucitados y que son: la impasibilidad, la claridad, la agilidad y la sutileza.

Impasibilidad. Los cuerpos gloriosos no pueden sufrir, ni morir, ni corromperse. El cuerpo del hombre, a manera de una semilla, "se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción" (1.a Cor. XV, 42). Se llama cuerpo animal el del hombre antes de la resurrección, porque está oprimido del peso de la mortalidad, y se opone, dice San Agustín, al estado del cuerpo resucitado, que será inmortal, y en cierto modo espiritual; porque libre de todas las cualidades terrenas, estará en una perfecta paz y concordia con el espíritu.

Gozarán de la paz de Dios. "Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas, y para ellos no habrá ni muerte, ni alarido, ni dolor" (Apoc. XXI, 4).

Claridad. Los cuerpos de los justos brillarán como el sol. "Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre" (Mat. XIII, 43). San Pablo dice que nuestro cuerpo será reformado, conforme al cuerpo glorioso de Jesucristo, el cual, como dice el Evangelio, cuando se transfiguró delante de Pedro, Santiago y Juan, lo hizo de manera, que "resplandeció su rostro como el sol; y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve" (Mat. XVII, 2), para que viesen en su transfiguración un rasgo de la gloria y majestad que tiene en el cielo.

San Agustín dice que la celestial claridad de los cuerpos de los justos aventajará tanto al sol, como lo hace ahora el sol a nuestros cuerpos.

La claridad será tanto mayor, cuanto mayores hayan sido los méritos. Lo dice expresamente San Pablo: "Una es la claridad del sol, otra la claridad de la luna, y otra la claridad de las estrellas. Y aun hay diferencia de estrella a estrella en la claridad. Así también la resurrección de los muertos".

Los teólogos convienen en que las excelencias del cielo superan a todo lo que puede imaginarse, pero agregan que hay diversos grados de felicidad, de la que

disfrutarán los elegidos, en proporción a sus méritos: **pro meritorum diversitate,** como dice el Concilio de Florencia. Sirvieron de base a esta decisión los sagrados textos, y entre otros éste: "Hay muchas moradas en la casa de mi Padre" (S. Juan XIV, 2).

Agilidad. En virtud de esta cualidad, el cuerpo quedará libre del peso que hoy le agobia y obedecerá sin dificultad los movimientos del alma, pudiendo trasladarse en un instante de un lugar a otro, como si fuera espíritu.

Hablando de la resurrección, dice San Pablo, que el cuerpo "es sembrado en vileza, resucitará en gloria: Es sembrado en flaqueza, resucitará en vigor: Es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual" (1.a Cor. XV, 43 y 44).

Sutileza. El don de la agilidad se completa con el de la sutileza, que conservando la forma del cuerpo le permite penetrar por todos los obstáculos y pasar a través de los cuerpos más sólidos, como el cuerpo resucitado del Señor pasó a través de la piedra del sepulcro y atravesó las puertas cerradas del Cenáculo para presentarse a los apóstoles que allí estaban reunidos.

Respecto al **número** de los habitantes, dice el Evangelista San Juan, que será grande: Hablando del número de los señalados, después de los que cuenta de cada tribu de los hijos de Israel, agrega: "vi una **grande muchedumbre,** que ninguno podía contar, de todas naciones, y tribus, y pueblos, y lenguas: que estaban en pie ante el trono, y delante del Cordero, cubiertos de vestiduras blancas, y palmas en sus manos: Y clamaban en voz alta, diciendo: La salud a nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero" (Apoc. VII, 9 y 10).

En el cielo, dice San Cipriano, encontraremos gran número de nuestros **amigos** que nos aguardan.

Los buscaremos, dice Mgr. Bougaud, en las profundidades del cielo y preguntaremos por ellos a todos los ecos de la eternidad.

Los amores legítimos de la tierra encontrarán su elevación y su definitiva consagración en el cielo.

¿Creéis, pregunta Madame Swetchine, en la reunión eterna de las almas que se han amado en la tierra? Me parece, contesta, que este es un dogma del corazón. ¿Dónde estaría la personalidad, sin la cual se ha dicho que la inmortalidad no sería sino un vano don, si la memoria no se conservase, si el yo dejase de existir? Y si este yo se encuentra, ¿qué región, qué felicidad podría hacerle perder lo que con él estaba identificado aquí en la tierra?... Creo que no debemos juzgar las cosas del cielo por las de la tierra; pero éstas ¿no son una sombra, un eco de aquéllas? ¿Y qué es una sombra, un eco sino una imagen, un sonido, débiles, imprecisos, pero siempre verdaderos?

228. FELICIDAD DE LOS BIENAVENTURADOS

La felicidad de los bienaventurados en el cielo consiste en la carencia absoluta de todo mal y en la posesión perfecta y eterna de todo bien.

Están **libres de todo mal.**

Nuestra vida mortal está llena de toda clase de aflicciones: enfermedades, dolores, persecuciones, pobreza, hambre, inquietudes constantes. La felicidad de este mundo es muy complicada; se compone, dice Bossuet, de tantas piezas, que siempre falta alguna. La única felicidad que aquí podemos alcanzar es el cumplimiento de la ley divina que nos da la esperanza de un premio eterno en el cielo.

Se refiere de un rey que hizo ver a sus súbditos que era el más feliz de la tierra, y para que ellos par-

ticipasen de su felicidad ordenó colocar en la torre más alta de su palacio una campanilla de plata de la cual pendía un cordón que llegaba hasta la cabecera de su lecho, y se prometía repicarla a menudo para que, oyéndola, se alegrasen con su dicha. Pasaron los años y la campanilla no sonaba, porque alguna preocupación acibaraba su dicha y él no quería engañar a sus súbditos. Encanecieron sus cabellos, se encorvó su espalda, las arrugas surcaron su frente y se aumentaba el temor de que la muerte lo sorprendiera sin haber tocado la campanilla. Llegó al fin la hora suprema de su muerte, y postrado en su lecho de dolor oyó el rumor de unos lamentos y murmullos lejanos. ¿Qué lamentos son esos?, preguntó. Son los del pueblo, dijo la reina, que se agolpan en torno del alcázar. Ordenó abrir las puertas para que todos entraran a recibir su bendición. ¿Me amáis hijos?, les preguntó. Sí, dijeron a una voz y compraríamos a costa de nuestra vida la salud del rey. ¿He sido un rey justo y un padre amoroso? les preguntó. Sí, le contestaron, redoblando los sollozos. Entonces, gracias a Dios, he cumplido con mi deber y muero dichoso, dijo el rey, y apoderándose del cordón de la campanilla la hizo sonar por primera vez en su vida. Los ecos resonaron en los aires anunciando al pueblo que la única felicidad de un rey es haber cumplido con su deber y morir entre el amor de sus vasallos, que es un anuncio del fallo favorable del eterno Juez.

En el cielo no habrá aflicciones, enfermedades, ni inquietudes, ni trabajos.

Lo dicen los Libros Santos: "Ya no tendrán hambre, ni sed, ni descargará sobre ellos el sol, ni el bochorno, porque el Cordero que está en medio del solio será su pastor, y los llevará a fuentes de aguas vivas, y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos"... Ni habrá ya muerte, ni llanto, ni alarido, ni habrá

más dolor, porque las cosas de antes son pasadas"... "Y allí no habrá jamás noche, ni necesitarán luz de antorcha, ni luz de sol, por cuanto el Señor Dios los alumbrará; y reinarán por los siglos de los siglos"... "Bienaventurados los muertos, que mueren en el Señor. Ya desde ahora dice el Espíritu, que descansan de sus trabajos, puesto que sus buenas obras los van acompañando' '(Apoc. VII, 16 y 17; XIV, 13; XXI, 4; y XXII, 5).

Es el cielo el lugar del **descanso** eterno. Dice Bossuet que así como no hay descanso mientras estamos en esta tierra, que es el lugar del trabajo; no habrá trabajo cuando estemos en el cielo, que es el lugar del descanso.

La vida del hombre sobre la tierra es una perpetua lucha y necesita un esfuerzo constante para vencer las pasiones que lo asaltan. En el cielo no habrá lucha, porque los que se salvan no podrán volver a pecar. Su voluntad, dice San Bernardo, queda transformada en la voluntad de Dios, así como la gota de agua echada en el vino toma enseguida el color y el sabor de él.

Gozan de la **posesión perfecta de todo bien.**

Distinguen los teólogos dos clases de felicidad de que gozan los bienaventurados: una **esencial,** que consiste en la contemplación, el amor, y la posesión de Dios; y la otra **accidental,** que consiste en el goce de los otros bienes que ellos encuentran en Dios y por Dios, que es el bien soberano y la fuente de todo bien.

Veamos primero la felicidad **accidental,** que proviene de la hermosura del cielo, del recíproco amor de los bienaventurados, y de los placeres de los sentidos.

La mansión de los justos es el lugar en que el Eterno tiene su asiento y su corte, el cielo Empíreo, el cielo de los cielos, la más admirable y **elevada** de las

regiones celestes, desde donde dominarán con su mirada todos los mundos.

Ese cielo es **inmenso** como Dios, porque Dios es el templo de la Eternidad. "No vi templo en ella (la Jerusalén celestial), dice San Juan; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero" (Apoc. XXI, 22).

Es la infinidad de Dios con todas sus **magnificencias** inagotables. "Las generaciones todas, dice David, celebrarán tus obras y pregonarán tu poder infinito. Publicarán la magnificencia de tu santa gloria, y predicarán tus maravillas" (Salm. CXLIV, 4 y 5).

Allí todo será seguro, estable, eterno como Dios. "Si esta casa terrestre, dice San Pablo, viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa, una casa no hecha de mano de hombre, y que durará eternamente" (2.a Cor. V, 1).

Los justos gozarán de la compañía de los otros bienaventurados. Ese gozo resultará del número incontable de amigos que allí tendrán; de las bellas cualidades que adornarán a esos compañeros de felicidad, que brillarán como el sol, y que volarán de unas partes a otras del cielo" como centellas que discurren por un cañaveral" (Sab. III, 7); y del mutuo amor que sentirán unos por otros, siendo todos "una misma cosa", como deseaba el Evangelista San Juan (XVII, 21). Ese amor, dice San Agustín, es lo que distingue a los hijos de los cielos de los hijos de perdición.

Los sentidos corporales tendrán tales goces, que como decía San Pablo, no puede el hombre imaginarlos.

Pensemos solo en el gozo de ver la humanidad santa del Salvador, resplandeciente como en el día de la transfiguración sobre el monte Tabor, llena de majestad y de dulzura.

Santa Teresa de Jesús cuenta que un día vió la

divina figura del Salvador y quedó extasiada. Aunque me esforzara, dice durante años enteros para imaginar una hermosura tan encantadora, no lo habría conseguido; de tal manera su blancura y su brillo sobrepasan todo lo que aquí abajo puede imaginarse: un brillo que no ofusca; una blancura inefable, pura y suave, todo junto; un esplendor infuso que causa a la vista un placer indecible, sin sombra de fatiga; una claridad que permite ver esa belleza tan divina; una luz infinitamente diversa de la luz de aquí abajo: en comparación de sus rayos, los del sol pierden su lustre, a tal punto que la santa, no querría mirarlos más.

La felicidad **esencial** de los bienaventurados consiste en la visión directa de Dios y en el goce de su belleza, fuente y principio de toda bondad y de toda perfección. Es la llamada **Visión Beatífica.**

''La **vida eterna**, esto es, la felicidad de los justos, consiste dice el Señor, en conocerte a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú enviaste'' (S. Juan XVII, 3).

El cual, dice San Pablo, ''es inmortal por esencia y habita en una luz inaccesible, a quien ninguno de los hombres ha visto, ni tampoco puede ver, cuyo es el honor y el imperio sempiterno'' (1.a Tim. VI, 16).

Una vez en la posesión de la gloria, los justos conocerán a Dios en su esencia, verán la luz en su propia fuente; y ese don, el más excelente de todos, los hará partícipes de la naturaleza divina y gozar de la verdadera y perfecta bienaventuranza.

''Al presente, agrega San Pablo, no vemos a Dios sino como en un espejo y bajo imágenes obscuras; pero entonces le veremos **cara a cara.** Yo no le conozco ahora sino imperfectamente; mas entonces le conoceré con una visión clara, a la manera que yo soy conocido'' (1.a Cor. XIII, 12).

Serán los justos como los ángeles, que en los cie-

los ven la cara del Padre Celestial (Mat. VXIII, 10).

Dios y el Cordero estarán de asiento en el cielo y los justos, sus siervos, "le servirán de continuo, y verán su cara y tendrán el nombre de él sobre sus frentes" (Apoc. XXII, 3 y 4).

Hablando de lo que serán los justos en el cielo, dice San Juan que somos hijos de Dios; mas lo que seremos algún día en la gloria no aparece aun, a nuestra vista mortal. "Sabemos sí que cuando se manifestare claramente Jesucristo, **seremos semejantes a él** en la gloria, porque le veremos como él es" (1.a S. Juan III, 2).

Serán los justos **transformados en la misma imagen de Jesucristo,** agrega San Pablo: "Y así es que todos nosotros, contemplando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de Jesucristo, avanzándonos de claridad en claridad, como iluminados por el Espíritu del Señor" (2 Cor. III, 18).

Vivirán con Dios, como hijos suyos, eternamente en su casa. "El cielo, dice San Juan es el tabernáculo de Dios entre los hombres, y el Señor morará con ellos. Y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios habitando en medio de ellos será su Dios"... "El que venciere, es decir, el justo, poseerá todas estas cosas, y yo seré su Dios, y él será hi hijo" (Apoc. XXI, 1 a 7).

Gozarán con Dios. Este es el premio que guarda el Señor para el siervo fiel. "Muy bien, siervo bueno, y leal, ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: ven a tomar parte en el gozo de tu señor" (Mat. XXV, 21).

INDICE

Págs.

Capítulo Primero. INTRODUCCION. — **1.** La verdadera ciencia de la vida. — **2.** Disciplina necesaria para conseguir nuestro fin. — **3.** Intima aspiración del hombre. — **4.** Desgraciadamente los hombres no meditan en lo que más les interesa. — **5.** Esta vida no es la vida verdadera y definitiva. — **6.** Los únicos sabios verdaderos. — **7.** Los bienes terrenales. — **8.** Reglas de San Ignacio de Loyola sobre el uso de los bienes terrenales. — **9.** La fortuna. — **10.** — La gloria. — **11.** El placer. — **12.** Dignidad del cristiano 1

Capítulo Segundo. DE LA FE. — **13.** ¿Qué es la fe? — **14.** Necesidad de la fe. — **15.** Reglas de fe. — **16.** Fuentes de la fe. — **17.** La Sagrada Escritura o Biblia. — **18.** El Antiguo Testamento. — **19.** El Nuevo Testamento. — **20.** La Tradición. — **21.** Verdades superiores a la razón. Misterios. — **22.** Relaciones entre la fe y la ciencia. — **23.** El libre pensamiento. — **24.** Propiedades de la fe. Fe universal. — **25.** Fe firme. — **26** Fe constante. — **27.** El respeto humano. — **28.** Fe viva. Obras buenas. — **29.** Grandeza y utilidad de la fe. — **30.** La fe y el orden moral. — **31.** La fe, el gran consuelo de la vida. — **32.** La fe cristiana y el arte. — **33.** Confesión de la fe. La señal del cristiano. — **34.** Usos de la señal de la cruz. Signarse y santiguarse. — **35.** La Invención de la Santa Cruz. — **36.** La exaltación de la Santa Cruz. — **37.** Vía Crucis 29

Capítulo Tercero. DEL CREDO. — **38.** El Credo, o símbolo de los apóstoles 143

Capítulo Cuarto. DIOS. — **39.** Existencia de Dios. — **40.** La revelación. — **41.** El ser necesario. — **42.** El libro del universo. — **43.** El movimiento del mundo. — **44.** El orden que reina en el universo. — **45.** La vida de muchos seres creados. — **46.** La inteligencia humana. — **47.** Las aspiraciones del corazón humano. — **48.** La ley moral. — **49.** El testimonio del género humano. — **50.** El nombre de Dios. **51.** — Esencia de Dios. — **52.** Perfecciones de Dios. — **53.** Eternidad de Dios. — **54.** Inmutabilidad de Dios. — **55.** Inmensidad

Págs.

de Dios. — 56. Ciencia y sabiduría de Dios. — 57. Omnipotencia de Dios. — 58. Santidad de Dios. — 59. Justicia de Dios. — 60. Misericordia de Dios. — 61. Bondad de Dios. — 62. Veracidad de Dios. — 63. Fidelidad de Dios 149

Capítulo Quinto. LA SANTISIMA TRINIDAD. — 64. Dogma de la Santísima Trinidad. — 65. Misterio que sobrepuja la inteligencia humana. Fundamento de la fe cristiana. — 66. Imágenes o representaciones de este misterio. — 67. Milagros y hechos heroicos en honor de la Santísima Trinidad. — 68. La revelación divina. — 69. El Antiguo Testamento. — 70. El Nuevo Testamento. — 71. Obras que se atribuyen en particular a cada una de las tres divinas personas 240

Capítulo Sexto. DE LA CREACION DEL MUNDO. — 72. Dios sacó al mundo de la nada. — 73. La casualidad nada puede crear. — 74. El por qué de la creación 257

Capítulo Séptimo. LA DIVINA PROVIDENCIA.— 75. Conserva y gobierna el mundo. — 76. El testimonio de los pueblos. — 77. El testimonio del mismo Dios. — 78. Lo que nos dice la filosofía. — 79. Las leyes de la naturaleza. — 80. El mal moral. — 81. El mal físico. — 82. Desigual repartición de los bienes y de las cargas. — 83. Suerte de los justos y de los pecadores en esta vida 265

Capítulo Octavo. DE LOS ANGELES. — 84. Las creaturas más perfectas. — 85. Gradación de los seres creados. — 86. Existencia del mundo invisible. — 87. Cuando fueron creados los ángeles. — 88. Su número incontable. — 89. Su ciencia, poder y hermosura. — 90. Jerarquías angélicas. — 91. El pecado de los ángeles malos. — 92. Los ángeles de la guarda 295

Capítulo Noveno. DE LA CREACION DEL HOMBRE. — 93. Adán y Eva. — 94. Alma y cuerpo.— 95. El hombre fué hecho a imagen y semejanza de Dios. — 96. Unidad de origen de todas las razas humanas 312

Págs.

Capítulo Décimo. EL PECADO ORIGINAL. — 97. La relación bíblica. — 98. Importancia de la doctrina católica sobre el pecado original. — 99. Gravísimos efectos del pecado original. — 100. No despreciemos a nuestros primeros padres 324

Capítulo Undécimo. EL MESIAS PROMETIDO.— 101. — Promesa del Redentor. — 102. Profecías que anunciaban a Jesucristo. — 103. Preparación de los hombres a la venida del Redentor. — 104. Los cuatro imperios vaticinados por el Profeta Daniel 338

Capítulo Duodécimo. ESTADO DEL MUNDO AL TIEMPO DE LA VENIDA DE N. S. JESUCRISTO.— 105. El mundo pagano sumido en la idolatría. — 106. Lo que ocurría en el pueblo escogido. — 107. Desorganización de la familia. — 108. La esclavitud imperaba en el mundo 364

Capítulo Décimo Tercio. JESUCRISTO. — 109. Centro al cual converge toda la historia de la humanidad. — 110. El nombre de Jesús. — 111. Cristo. — 112. Hijo único de Dios. — 113. Dios y hombre. — 114. Nuestro Señor. — 115. Divinidad de Jesucristo. — 116. En Jesucristo se cumplieron las profecías. — 117. El testimonio del Eterno Padre. — 118. El propio testimonio de Jesucristo. — 119. Profecías hechas por Jesucristo. — 120. Milagros de Jesucristo. — 121. Doctrina de los Apóstoles. Todos proclaman la Divinidad de Jesucristo. — 122. San Pedro. — 123. San Andrés. — 124. Santiago el Mayor. — 125. San Juan Evangelista. — 126. Santiago el Menor. — 127. San Felipe. — 128. San Bartolomé. — 129. San Mateo. — 130. Santo Tomás. — 131. — San Simón y San Judas Tadeo. — 132. San Pablo. — 133. Belleza física y moral de Jesucristo. — 134. Enseñó la fe, la esperanza y la caridad. — 135. La prudencia. — 136. La justicia. — 137. La fortaleza. — 138. La templanza. — 139. La humildad. — 140. La largueza. — 141. La castidad. — 142. La paciencia. — 143. La diligencia 384

Capítulo Décimo Cuarto. LA ENCARNACION

Págs.

DEL VERBO. — **144.** Misterio fundamental del Cristianismo. — **145.** Misterio de amor y de humillación que sólo un Dios pudo concebir. — **146.** Narración evangélica. — **147.** Matrimonio espiritual del Hijo de Dios con la Humanidad. — **148.** Errores contra este misterio. — **149.** Dios hecho hombre fué el que murió en la Cruz.— **150.** La Encarnación no es indigna de Dios. — **151.** La solución del problema del hombre. — **152.** La Santísima Virgen María. — **153.** La Inmaculada Concepción de la Virgen María. — **154.** Maternidad Divina de María. — **155.** Perpetua Virginidad de María. — **156.** Asunción gloriosa de María 485

Capítulo Décimo Quinto. DE LA PASION Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO. — **157.** La Pasión y Muerte de Jesucristo deben ser el objeto de nuestra frecuente meditación. — **158.** La Cruz en que padeció y murió Nuestro Señor Jesucristo. — **159.** Humillaciones y dolores que sufrió Nuestro Señor Jesucristo. — **160.** Los Príncipes de los Sacerdotes traman la muerte de Jesús. Traición de Judas. — **161.** Jesús lava los pies a sus discípulos. — **162.** María Magdalena perfuma los pies del Señor. — **163.** Ultima Cena del Señor. Anuncia la traición de Judas. — **164.** Institución de la Eucaristía. — **165.** El Señor anuncia la negación de Pedro. — **166.** Anuncia la proximidad de su Pasión y Muerte. — **167.** La Oración en el Huerto de los Olivos. — **168.** Prisión de Jesús. — **169.** Jesús en casa de Anás. — **170.** Jesús en el Tribunal de Caifás. Sentencia del Sanedrín. — **171.** Negaciones y llanto de San Pedro. — **172.** Judas se ahorca. — **173.** Jesús en el Pretorio. Interrogado por Pilatos es remitido a Herodes, quien lo devuelve a Pilatos. — **174.** Pilatos declara la inocencia de Jesús. Es pospuesto a Barrabás. Los azotes. — **175.** Corona de espinas. Ecce Homo. Pilatos lo entrega para que lo crucifiquen. — **176.** La Cruz a cuestas. El Cirineo. Llanto de las mujeres. — **177.** Crucifixión. Título puesto en la Cruz. Sorteo de la túnica. Insultos. Tinieblas. — **178.** Las siete palabras. — **179.** Muerte de Jesús. El Centurión. El costado de Jesús abierto con una lanza. — **180.** Jesús es sepultado 516

Págs.

Capítulo Décimo Sexto. RESURRECCION DEL SEÑOR. — **181.** Descendió a los infiernos. — **182.** Y resucitó al tercero día. — **183.** Himno de fe y de amor 546

Capítulo Décimo Séptimo. EL ESPIRITU SANTO. — **184.** Persona Divina, realmente distinta del Padre y del Hijo. — **185.** Dones y frutos del Espíritu Santo. — **186.** Pecados contra el Espíritu Santo. — **187.** Venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. — **188.** El Espíritu Santo asiste a la Iglesia de Jesucristo, y la vivifica. 556

Capítulo Décimo Octavo. LA SANTA IGLESIA CATOLICA. — **189.** La Iglesia Católica. —**190.** Una, Santa, Católica y Apostólica. — **191.** Es una sociedad perfecta e independiente. — **192.** Siempre perseguida y siempre existente. — **193.** Divina institución de la Iglesia. — **194.** El jefe supremo de la Iglesia. — **195.** Los obispos. — **196.** Los sacerdotes. — **197.** La Comunión de los santos 568

Capítulo Décimo Nono. LOS NOVISIMOS. — **198.** Los Novísimos. — **199.** La muerte, fruto del pecado original. — **200.** Ley general para todos los hombres. **201.** Los hombres olvidan esta ley. — **202.** Ley irrevocable. — **203.** Más próxima de lo que pensamos. — **204.** Incertidumbre del momento en que ha de ocurrir. — **205.** La hora de la claridad. — **206.** El horror a la muerte. — **207.** Muerte del cristiano. — **208.** Juicio particular. — **209.** Juicio universal o final. — **210.** Necesidad del juicio final. — **211.** Señales del juicio final. — **212.** El día del Señor. — **213.** Lugar en que se realizará el juicio final. — **214.** El infierno. — **215.** Existencia del infierno. Creencia universal. — **216.** Lo que dice la razón.—**217.** La ley moral necesita una sanción eficaz. — **218.** El hombre es condenado por su propia conciencia. — **219.** Testimonio de Jesucristo. — **220.** Testimonio de los Apóstoles. — **221.** Definición de la Iglesia. — **222.** Penas del infierno y primeramente de la pena de sentido. — **223.** Pena de daño. — **224.** Sitio donde se encuentra el infierno. — **225.** El cielo. — **226.** Nombres que la Sagrada Escritura da al cielo. — **227.** Los habitantes del cielo. Sus cuerpos gloriosos. — **228.** Felicidad de los bienaventurados 616

Imp. "San Francisco". — F. Las Casas

